

# JEFFREY ARCHER

DOS GIGANTES DE LA  
PRENSA. Y UN MUNDO  
DEMASIADO PEQUEÑO  
PARA CONTENER SUS  
ENCONTRADAS  
AMBICIONES

## EL CUARTO PODER

Lectulandia

Crónica de las vidas de los dos magnates de los medios, Richard Armstrong y Townsend Keith, desde sus infancias claramente opuestas hasta su última batalla para construir el imperio más grande del mundo los medios de comunicación. El libro se basa en dos medios de comunicación de la vida real: los barones Robert Maxwell y Rupert Murdoch, que lucharon para controlar el mercado de periódicos en Inglaterra (Murdoch compró The Sun y News of the World y más tarde The Times y Maxwell compró el Daily Mirror y su edición dominical, el Sunday Mirror).

El concepto del cuarto poder es, en esencia, la prensa como vigilante de otras instituciones poderosas o «poderes», el original de tres propiedades en Inglaterra y más tarde el Reino Unido es el espiritual señores (de la Iglesia de Inglaterra), los señores temporales, y los bienes comunes. El cuarto está a cargo de mantener un reloj honesta sobre las actividades de los otros estados y la propia organización. Estos derechos ayudaría a las sociedades democráticas funcionen correctamente, abierta y honestamente. El debate aún florece en cuanto a si es o no cada vez acontecido como estaba previsto.

También muestra una batalla entre dos personajes fuertes de diversas procedencias, que están dispuestos a asumir riesgos sin miedo.

**Lectulandia**

Jeffrey Archer

# **El cuarto poder**

ePub r1.0

Titivillus 07.02.15

Título original: *The fourth estate*  
Jeffrey Archer, 1996  
Traducción: José Manuel Pomares Olivares

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Michael y Judith

Esta obra de ficción ha sido inspirada por sucesos reales, pero por lo demás es producto de la imaginación del autor.

## Nota del autor

**E**n mayo de 1789, Luis XVI convocó en Versalles una reunión plenaria de los Estados Generales.

El Primer Estado estaba compuesto por trescientos nobles.

El Segundo Estado, por trescientos clérigos.

El Tercer Estado, por seiscientos plebeyos o estado llano.

**U**nos años más tarde, tras la Revolución Francesa, Edmund Burke, levantó la mirada hacia la galería de prensa de la Cámara de los Comunes y comentó: «Ahí se sienta el Cuarto Poder, y sus miembros son más importantes que todos los demás».

# **The GLOBE**

---

---

5 de noviembre de 1991

Los magnates de la prensa luchan por salvar sus imperios

---

## **VESPERTINO EXTRA**

---

Armstrong afronta la bancarrota

Las probabilidades estaban en contra suya. Pero las probabilidades nunca habían preocupado a Richard Armstrong.

—*Faites vos jeux, mesdames et messieurs*. Hagan sus apuestas.

Armstrong miró el tapete verde. La gran abundancia de fichas rojas colocadas delante de él apenas veinte minutos antes había quedado reducida a un solo montón. Aquella noche ya llevaba perdidos cuarenta mil francos, pero ¿qué significaban cuarenta mil francos cuando se han derrochado mil millones de dólares en los últimos doce meses?

Se inclinó hacia adelante y depositó todas las fichas que le quedaban sobre el cero.

—*Les jeux sont faits. Rien ne va plus* —dijo el *crupier* al tiempo que efectuaba un movimiento rápido con la muñeca y daba un impulso a la ruleta.

La pequeña bola blanca cobró velocidad sobre la ruleta, antes de caer y saltar de un lado a otro sobre las diminutas ranuras negras y rojas.

Armstrong dejó la mirada perdida en la distancia. Se negó a bajarla, incluso después de que la bola quedara depositada sobre una de las ranuras.

—*Vingt-six* —anunció el *crupier*, que empezó a recoger inmediatamente con la paleta las fichas diseminadas sobre todos los números, excepto el veintiséis.

Armstrong se alejó de la mesa sin mirar siquiera al *crupier*. Avanzó lentamente por entre las atestadas mesas de backgammon y ruleta, hasta llegar a las puertas dobles que conducían hacia el mundo real. Un hombre alto, con una larga levita azul, le abrió una de las hojas y sonrió al conocido jugador, a la espera de la habitual propina de cien francos. Pero eso no sería posible esta noche.

Armstrong se pasó una mano a través del denso cabello negro, descendió por entre los frondosos jardines aterrazados del casino y pasó ante la fuente. Ya habían transcurrido catorce horas desde la reunión de emergencia del consejo de administración, en Londres, y empezaba a sentirse agotado.

A pesar de su corpulencia (Armstrong no se había pesado desde hacía varios años), mantuvo un paso firme a lo largo del paseo, y solo se detuvo al llegar ante su restaurante favorito, que dominaba la bahía. Sabía que todas las mesas estarían reservadas por lo menos con una semana de anticipación, y el simple hecho de pensar en el problema que iba a causar arrancó una sonrisa de su rostro, por primera vez durante aquella noche.

Abrió la puerta de acceso al restaurante. El *maître*, alto y delgado, giró sobre sus talones y trató de ocultar su sorpresa con una fuerte inclinación.

—Buenas noches, señor Armstrong —le saludó—. Qué agradable verle de nuevo por aquí. ¿Le acompañará alguien?



—No, Henri.

El *maître* condujo rápidamente a su inesperado cliente a través del atestado restaurante, hasta una mesa situada en un pequeño nicho. Una vez que Armstrong se hubo sentado, le ofreció un gran menú encuadernado en cuero.

Armstrong negó con un gesto de la cabeza.

—No te molestes con eso, Henri. Sabes exactamente lo que me gusta.

El *maître* frunció ligeramente el ceño. No se amilanaba ante miembros de la *realeza* europea, estrellas de Hollywood e incluso futbolistas italianos, pero cada vez que Richard Armstrong se encontraba en el restaurante se sentía constantemente con los nervios de punta. Y ahora Armstrong esperaba que le eligiera la cena. Le aliviaba el hecho de que la mesa habitual de su famoso cliente hubiera estado libre. Si Armstrong hubiera llegado unos minutos más tarde, habría tenido que esperar en el bar, mientras montaban rápidamente una mesa en el centro de la sala.

Para cuando Henri desplegó una servilleta que colocó sobre el regazo de Armstrong, el *sommelier* ya le servía una copa de su champaña favorito. Armstrong miró por la ventana, hacia lo lejos, pero la mirada no se fijó en el gran yate anclado en el extremo norte de la bahía. Sus pensamientos estaban a varios cientos de kilómetros de distancia, con su esposa y sus hijos. ¿Cómo reaccionarían cuando se enteraran de la noticia?

Un *bisque* de langosta fue colocado ante él, a la temperatura adecuada para que pudiera comerlo de inmediato. Armstrong detestaba tener que esperar a que la comida se enfriara. Casi prefería quemarse.

Ante la sorpresa del *maître*, su cliente mantuvo la mirada fija en el horizonte, mientras se le llenaba por segunda vez la copa de champaña. Armstrong estaba convencido de que, en cuanto se hicieran públicas las cuentas de la empresa, sus colegas del consejo de administración, la mayoría de ellos simples comparsas con títulos y conexiones, empezarían a cubrirse las espaldas y a distanciarse de él. Sospechaba que solo *sir* Paul Maitland podría salvar su propia reputación.

Armstrong tomó la cuchara de postre situada ante él, la introdujo en el tazón y empezó a tomar la sopa con un rápido movimiento cíclico.

De vez en cuando, los clientes de las mesas cercanas se volvían a mirarlo y luego susurraban algo a sus compañeros de mesa, con actitud conspiradora.

—Es uno de los hombres más ricos del mundo —le comentó un banquero local a una mujer joven con la que salía por primera vez, y que quedó debidamente impresionada.

Normalmente, Armstrong disfrutaba con su fama. Pero esta noche apenas miró a los demás comensales. Su mente se había trasladado a la sala del consejo de un banco suizo, donde se tomó la decisión de abrir la última cortina que lo protegía..., y todo por solo cincuenta millones de dólares.

Le retiraron el tazón vacío de sopa y Armstrong se tocó apenas los labios con la servilleta de lino. El *maître* sabía muy bien que a él no le gustaba esperar entre platos.

Diestramente, se le colocó delante un plato con un lenguado de Dover, quitadas ya las espinas, dado que Armstrong no soportaba la actividad innecesaria; a su lado había un cuenco con las grandes patatas fritas que tanto le gustaban, y una botella de salsa HP, la única que había en la cocina, destinada al único cliente que siempre la pedía. Con expresión ausente, Armstrong quitó el tapón de la botella, la volvió boca abajo y la sacudió vigorosamente. Una gran masa informe y amarronada cayó en medio del pescado. Tomó el cuchillo y extendió la salsa de un modo uniforme sobre la carne blanca.

La reunión del consejo de administración celebrada aquella mañana casi se descontroló después de que *sir* Paul presentara la dimisión como presidente. Una vez que se hubieron ocupado del apartado «Otros asuntos», Armstrong abandonó rápidamente la sala y tomó el ascensor hasta el tejado, donde le esperaba su helicóptero.

El piloto estaba apoyado sobre la barandilla y fumaba un cigarrillo cuando apareció Armstrong.

—A Heathrow —ladró, sin pensar ni por un instante en el permiso del control de tráfico aéreo, o en la disponibilidad de canales de despegue.

El piloto aplastó rápidamente el cigarrillo y corrió hacia la plataforma de despegue donde estaba el helicóptero. Mientras volaban sobre la City de Londres, Armstrong empezó a considerar la secuencia de acontecimientos que se producirían durante las pocas horas siguientes, a menos que se materializaran de algún modo milagroso cincuenta millones de dólares.

Quince minutos más tarde, el helicóptero se posó sobre la pista privada conocida como Terminal Cinco por aquellos que pueden permitirse utilizarla. Descendió a tierra y se dirigió lentamente hacia su *jet* privado.

Otro piloto, que ya esperaba para recibir sus órdenes, le saludó desde lo alto de la escalerilla.

—A Niza —dijo Armstrong, antes de dirigirse hacia el fondo de la carlinga.

El piloto desapareció en la cabina de mando, e imaginó que el «capitán Dick» iba a tomar su yate en Monte Carlo, para pasar unos pocos días de descanso.

El Gulfstream despegó y tomó la ruta hacia el sur. Durante el vuelo de dos horas, Armstrong solo hizo una llamada telefónica, a Jacques Lacroix, en Ginebra. Pero, por mucho que rogó, la respuesta se mantuvo inflexible.

—Señor Armstrong, dispone usted hasta la hora de cierre de hoy para reponer los cincuenta millones de dólares. En caso contrario, no tendré más alternativa que dejar el tema en manos de nuestros abogados.

La única otra acción que hizo durante el vuelo fue rasgar el contenido de las carpetas que *sir* Paul había dejado sobre la mesa del consejo de administración. Luego, desapareció en el lavabo y arrojó los pequeños trozos por la taza.

Cuando el avión evolucionó hasta detenerse en el aeropuerto de Niza, un Mercedes conducido por un chófer se situó junto a la escalerilla. No hubo necesidad de decir nada después de que Armstrong se instalara en el asiento posterior; el chófer ya sabía adónde quería su patrono que lo llevara. Armstrong no pronunció una sola palabra durante todo el trayecto desde Niza a Monte Carlo; al fin y al cabo, su chófer no estaba en situación de prestarle cincuenta millones de dólares.

Al detenerse el coche en el puerto deportivo, el capitán del yate de Armstrong se puso firmes y esperó a darle la bienvenida a bordo. Aunque Armstrong no había advertido a nadie de sus intenciones, fueron otros los que telefonaron para alertar a la tripulación de trece hombres del *Sir Lancelot*, y advertir que el jefe no tardaría en llegar.

—Aunque solo Dios sabe adónde quiere ir —fue el último comentario de su secretaria.

Cada vez que Armstrong decidía que había llegado el momento de dirigirse al aeropuerto, su secretaria era informada inmediatamente. Esa era la única forma de que el personal que estaba a su servicio en todo el mundo pudiera abrigar la esperanza de sobrevivir en su puesto durante más de una semana.

El capitán se sentía receloso. No esperaban al jefe a bordo durante por lo menos otras tres semanas, cuando estaba previsto que se tomara dos semanas de vacaciones con el resto de la familia. Aquella mañana, al llegar la llamada desde Londres, el patrón se encontraba en el astillero local, dedicado a supervisar unas reparaciones menores en el *Sir Lancelot*. Nadie sabía hacia dónde quería dirigirse Armstrong, pero el patrón no estaba dispuesto a correr riesgos. A pesar de los considerables gastos que eso supuso, consiguió sacar el yate del astillero y tenerlo amarrado junto al muelle, apenas minutos antes de que el jefe llegara a Francia.

Armstrong recorrió la plancha de embarque y pasó ante cuatro hombres, todos ellos vestidos con impecables uniformes blancos, que se pusieron firmes y le saludaron. Armstrong se quitó los zapatos y descendió a sus camarotes privados. Al abrir la puerta del camarote principal, descubrió que otros se habían anticipado a su llegada; sobre la mesa, junto a la cama, ya había amontonados varios faxes.

¿Acaso Jacques Lacroix había cambiado de opinión? Desechó la idea en seguida. Después de tratar con los suizos desde hacía muchos años, los conocía demasiado bien. Seguían formando una nación poco imaginativa y unidimensional, cuyas cuentas bancarias tenían que estar siempre en números negros, y en cuyo diccionario no se encontraba la palabra «riesgo».

Empezó a revisar las hojas de arrollado papel de fax. El primero era de sus banqueros de Nueva York, para informarle que, tras la apertura del mercado esa misma mañana, el precio de las acciones de Armstrong Communications no había dejado de caer. Revisó rápidamente la página, hasta que su mirada encontró la línea que más temía leer. «No hay compradores, solo vendedores», afirmaba asépticamente. «Si continúa esta tendencia durante mucho más tiempo, el banco no

tendrá más remedio que considerar su posición».

Dejó caer todos los faxes al suelo y se dirigió hacia la pequeña caja fuerte oculta tras una gran fotografía enmarcada de él mismo estrechándole la mano a la reina. Movi6 el disco giratorio a un lado y a otro, hasta dejarlo en el 10-06-23. La pesada puerta se abrió y Armstrong introdujo las dos manos y retir6 los abultados fajos de billetes. Tres mil dólares, veintid6s mil francos franceses, siete mil dracmas y un grueso fajo de liras italianas. Una vez que se hubo guardado el dinero, abandon6 el yate y se dirigió directamente al casino, sin decirle a nadie de la tripulaci6n ad6nde iba, cu6nto tiempo estaría fuera o si regresaría. El capitán orden6 a un joven marinero que le siguiera a distancia, de modo que, cuando decidiera regresar al puerto, no les pillara por sorpresa.

Le colocaron delante un gran helado de vainilla. El *maître* empez6 a verter chocolate caliente sobre el helado; como quiera que Armstrong no sugiri6 en ning6n momento que se detuviera, continu6 hasta vaciar la chocolatera de plata. Se inici6 de nuevo el movimiento cíclico de la cuchara, que no ces6 hasta que hubo rebañado la última gota de chocolate del lado de la copa de helado.

La copa fue sustituida por una humeante taza de café. Armstrong seguía mirando fijamente hacia la bahía. En cuanto se corriera la noticia de que no podía cubrir una cantidad tan pequeña como cincuenta millones de dólares, no quedaría un solo banco en el mundo dispuesto a hacer negocios con él.

El *maître* regres6 minutos más tarde, y se sorprendió al ver que no había tocado el café.

—¿Quiere que le traiga otra taza, señor Armstrong? —pregunt6 con un susurro respetuoso.

—Solo la cuenta, Henri —contest6 Armstrong con un movimiento negativo de la cabeza.

El *maître* se alej6 presuroso y regres6 casi inmediatamente con una hoja de papel blanco doblada sobre una bandeja de plata. Se trataba de un cliente que no soportaba esperar por nada, ni siquiera por la cuenta.

Armstrong abri6 con un gesto rápido la hoja doblada pero no demostr6 el menor interés por su contenido. Setecientos doce francos, *service non compris*. La firm6 y la redonde6 hasta los mil francos. Por primera vez durante aquella noche, una sonrisa apareci6 en el rostro del *maître*..., una sonrisa que desaparecería cuando descubriera que el restaurante solo era uno más en la larga lista de acreedores.

Armstrong retir6 la silla, dej6 la servilleta arrugada sobre la mesa y sali6 del restaurante sin decir una sola palabra más. Varios pares de ojos le siguieron al hacerlo, y otro par de ojos le observ6 en cuanto sali6 a la acera. No se dio cuenta del joven marinero que se escabull6 corriendo, en direcci6n al *Sir Lancelot*.

Armstrong eruct6 mientras caminaba por el paseo y pasaba ante docenas de yates,

muy juntos unos contra otros, atracados para pasar la noche. Habitualmente, disfrutaba con la sensación de saber que el *Sir Lancelot* era, casi con toda seguridad, el yate más grande de la bahía, a menos que durante la noche hubieran llegado el sultán de Brunei o el rey Fahd. Lo único en lo que pensaba esta noche, sin embargo, era en la cifra que alcanzaría cuando fuera puesto a la venta en el mercado abierto. Pero ¿querría alguien comprar un yate que había sido propiedad de Richard Armstrong, una vez que se supiera la verdad?

Con ayuda de las cuerdas, Armstrong cruzó la plancha y encontró al capitán y al primer oficial, que le esperaban.

—Zarpamos inmediatamente.

El capitán no se mostró sorprendido. Sabía que Armstrong no desearía permanecer atracado en el puerto más tiempo del necesario; solo el suave balanceo del barco podía inducirle a dormir, incluso en las horas más avanzadas de la noche. El capitán empezó a impartir órdenes para zarpar, mientras Armstrong se quitaba los zapatos y desaparecía abajo.

Al abrir la puerta de su camarote, Armstrong se encontró con otro montón de faxes. Los tomó, confiado todavía en encontrar alguna noticia salvadora. El primero era de Peter Wakeham, vicepresidente de Armstrong Communications que, a pesar de lo avanzado de la hora, era evidente que aún se encontraba en su despacho, en Londres. «Le ruego que me llame urgentemente», decía el mensaje. El segundo era de Nueva York. Las acciones de la compañía se habían hundido a un nuevo mínimo, y a sus banqueros les «pareció necesario» poner de mala gana sus propias acciones a la venta en el mercado. El tercero era de Jacques Lacroix, desde Ginebra, para confirmarle que, puesto que el banco no había recibido los cincuenta millones de dólares a la hora del cierre, no habían tenido más remedio que...

Eran las cinco y doce en Nueva York, las diez y doce en Londres, y las once y doce en Ginebra. A las nueve de la mañana siguiente ya no podría controlar ni los titulares de sus propios periódicos, y mucho menos los de Keith Townsend.

Armstrong se desvistió lentamente y dejó que sus prendas de ropa cayeran en un montón desordenado sobre el suelo. Tomó después una botella de *brandy* del armario lateral, se sirvió una medida grande en la copa y se derrumbó sobre la cama doble. Permaneció quieto, mientras se encendían los motores con un rugido. Momentos más tarde, escuchó el sonido metálico del ancla al ser izada desde el lecho del mar. Lentamente, el barco empezó a maniobrar para salir del puerto.

Las horas transcurrieron lentamente, una tras otra, pero Armstrong no se movió, excepto para volver a llenar la copa de *brandy* de vez en cuando, hasta que escuchó cuatro suaves campanadas en el pequeño reloj situado sobre la mesita de noche. Se incorporó, esperó un momento y finalmente posó los pies sobre la mullida alfombra. Se levantó con movimientos inestables y se abrió paso a través del camarote a oscuras, hasta el cuarto de baño. Al llegar ante la puerta abierta, descolgó un gran batín de color crema, con las palabras *Sir Lancelot* bordadas en oro sobre el bolsillo

superior. Tanteó el camino para regresar hacia la puerta del camarote, la abrió con sigilo y salió, descalzo, al pasillo débilmente iluminado. Vaciló un momento, antes de cerrar la puerta con llave tras él y guardarse la llave en el bolsillo lateral del batín. No volvió a moverse hasta estar completamente seguro de que no podía escuchar nada, excepto el sonido familiar de los motores del barco, que zumbaban monótonamente bajo él.

Se balanceó de un lado a otro del estrecho pasillo, por el que avanzó dando trapiés. Se detuvo al llegar a la escalera que conducía al puente. Luego, lentamente, empezó a subir los escalones, sujetándose con firmeza a la barandilla de ambos lados. Al llegar a lo alto salió al puente y miró rápidamente a derecha e izquierda. No se veía a nadie. Hacía una noche clara y fresca, no muy diferente a noventa y nueve de cada cien en aquella época del año.

Armstrong avanzó en silencio, hasta encontrarse por encima de la sala de máquinas, la parte más ruidosa del barco.

Esperó solo un momento antes de desatarse el cinturón del batín y dejarlo caer descuidadamente sobre la cubierta.

**A**llí desnudo, en medio de la noche, observó fijamente el sereno mar negro y pensó: «¿Acaso la vida de uno no debe pasar fugazmente por la cabeza en un momento como este?».

# The Citizen

---

5 DE NOVIEMBRE DE 1991

Townsend se enfrenta a la ruina

—¿Algún mensaje? —fue todo lo que dijo Keith Townsend al pasar ante la mesa de su secretaria para dirigirse a su despacho.

—El presidente llamó desde Camp David justo antes de que subiera usted al avión —contestó Heather.

—¿Cuál de mis periódicos le ha molestado ahora? —preguntó Townsend al sentarse.

—El *New York Star*. El presidente ha oído comentar que va a publicar los datos de su cuenta bancaria en la primera página de mañana —contestó Heather.

—Es mucho más probable que sea mi propia cuenta bancaria la que aparezca mañana en la primera página de los diarios —dijo Townsend, con su acento australiano más intenso de lo habitual—. ¿Quién más?

—Margaret Thatcher ha enviado un fax desde Londres. Se muestra de acuerdo con sus condiciones para un contrato de dos libros, a pesar de que la oferta de Armstrong fue superior.

—Confiemos en que alguien me ofrezca seis millones de dólares cuando escriba mis memorias. —Heather le dirigió una débil sonrisa—. ¿Alguien más?

—Gary Deakins ha recibido otra demanda judicial.

—¿Por qué ha sido esta vez?

—Acusó de violación al arzobispo de Brisbane en la primera página del *Truth* de ayer.

—La verdad, solo la verdad y nada más que la verdad —dijo Townsend con una sonrisa—. Siempre y cuando eso ayude a vender periódicos.

—Desgraciadamente, resulta que la mujer en cuestión es una conocida predicadora profana, amiga de la familia del arzobispo desde hace varios años. Por lo visto, Gary sugirió un significado algo diferente cada vez que utilizó la palabra «profana».

Townsend se reclinó en el sillón y siguió escuchando los numerosos problemas a los que se enfrentaban otras personas en distintas partes del mundo: las quejas habituales de los políticos, hombres de negocios y las llamadas personalidades de los medios de comunicación, que esperaban que interviniese inmediatamente para salvar de la ruina sus preciosas carreras. A estas mismas horas del día siguiente, la mayoría de ellos se habrían tranquilizado, para ser sustituidos por otra docena de *prima donnas* igualmente iracundos y exigentes. Sabía muy bien que cada uno de ellos se sentiría encantado al descubrir que era la propia carrera de Townsend la que se hallaba al borde del colapso, y todo porque el presidente de un pequeño banco de Cleveland le había exigido el pago de un préstamo de cincuenta millones de dólares antes de la hora de cierre de esta noche.



Mientras Heather seguía revisando la lista de mensajes, la mayoría procedentes de personas cuyos nombres tenían poco significado para él, la mente de Townsend retrocedió al discurso que había pronunciado la noche anterior. Mil de sus más altos ejecutivos de todo el mundo se habían reunido en Honolulu para participar en una conferencia de tres días. En su discurso de cierre les dijo que la Global Corp. no podía hallarse en mejor forma para afrontar los desafíos de la nueva revolución de los medios de comunicación. Terminó diciendo: «Somos la única compañía cualificada para dirigir esta industria hacia el siglo veintiuno». Todos se levantaron y aplaudieron durante varios minutos. Al observar al apiñado público, entre el que abundaban las expresiones llenas de confianza, se preguntó cuántos de ellos sospechaban que la Global solo se encontraba a pocas horas de verse obligada a afrontar la bancarrota.

—¿Qué debo hacer con respecto al presidente? —preguntó Heather por segunda vez.

Townsend regresó de improviso al mundo de la realidad.

—¿A cuál se refiere?

—Al de Estados Unidos.

—Espere a que vuelva a llamar —contestó—. Quizá se haya calmado un poco para entonces. Mientras tanto, quiero hablar con el director del *Star*.

—¿Y a la señora Thatcher?

—Envíele un gran ramo de flores y una nota diciendo: «Convertiremos sus memorias en el número uno desde Moscú a Nueva York».

—¿No debería añadir también Londres?

—No. Ella ya sabe que serán el número uno en Londres.

—¿Y qué debo hacer con respecto a Gary Deakins?

—Llame al arzobispo y dígame que voy a construir ese nuevo tejado que tan desesperadamente necesita su catedral. Espere un mes y luego le envía un cheque por importe de diez mil dólares.

Heather asintió, cerró el cuaderno de notas y preguntó:

—¿Desea recibir llamadas?

—Solo de Austin Pierson. —Tras una breve pausa, añadió—: Me lo pasa directamente en cuanto llame.

Heather se volvió y salió del despacho.

Townsend hizo oscilar el sillón giratorio y se quedó mirando fijamente por la ventana. Trató de recordar la conversación mantenida con su asesora financiera cuando ella le llamó a su avión privado, en vuelo de regreso desde Honolulu.

—Acabo de salir de la reunión con Pierson —le informó—. Ha durado más de una hora, pero él seguía sin tomar una decisión cuando le dejé.

—¿Que no ha tomado una decisión?

—No. Todavía necesita consultar con el comité financiero del banco, antes de tomar una decisión final.

—Pero, seguramente, ahora que todos los demás bancos están de acuerdo, Pierson

no puede...

—Puede hacerlo, y es posible que lo haga. Procure recordar que es el presidente de un pequeño banco de Ohio. No le interesa lo que otros bancos hayan podido acordar. Y después de toda la mala prensa que ha recibido usted en las últimas semanas, a él solo le interesa ahora una cosa.

—¿Y qué es?

—Cubrirse las espaldas —contestó la asesora.

—Pero ¿es que no se da cuenta de que todos los demás bancos se echarán atrás si él no está de acuerdo con el plan general?

—Sí, se da cuenta de ello, pero al decírselo así se limitó a encogerse de hombros y replicó: «En cuyo caso, tendré que correr mi suerte junto con todos los demás». —Townsend empezó a maldecir y E. B. añadió—: Pero me prometió una cosa.

—¿Qué fue?

—Que llamaría en cuanto el comité hubiera tomado su decisión.

—Muy generoso por su parte. ¿Qué espera que haga si la decisión va en contra de mis intereses?

—Que anuncie la declaración de prensa que acordamos —contestó ella.

Townsend sintió náuseas.

—¿No puedo hacer ninguna otra cosa?

—No, nada —replicó la señorita Beresford con firmeza—. Solo sentarse y esperar a que llame Pierson. Si quiero tomar el próximo vuelo a Nueva York, tendré que darme prisa. Estaré con usted hacia el mediodía.

Luego, la comunicación se cortó.

Townsend siguió pensando en las palabras de la señorita Beresford. Se levantó del sillón y empezó a recorrer el despacho. Se detuvo ante el espejo de la repisa de la chimenea para comprobar el nudo de la corbata. No había tenido tiempo de cambiarse de ropa desde que bajó del avión, y eso se notaba. Por primera vez, no pudo evitar el pensar que parecía más viejo de los sesenta y tres años que tenía. Pero eso no era nada sorprendente, después de todo por lo que le había hecho pasar E. B. durante las últimas seis semanas. Hubiera sido el primero en admitir que, si hubiese buscado su asesoramiento un poco antes, quizá no dependería ahora tanto de la llamada del presidente de un pequeño banco en Ohio.

Miró fijamente el teléfono, con el deseo de que sonara. Pero no lo hizo. No hizo el menor intento por revisar el montón de cartas que Heather le había dejado para la firma. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando se abrió la puerta y entró Heather. Le entregó una sola hoja de papel. En ella había una lista de nombres, dispuestos por orden alfabético.

—Pensé que esto podría serle útil —dijo ella.

Después de treinta y cinco años de trabajar para él, sabía que no era precisamente la clase de hombre dispuesto a sentarse y esperar.

Townsend recorrió la lista de nombres con el dedo, y lo hizo lentamente, de una

forma poco habitual en él. Ninguno de ellos significaba nada para él. Junto a tres de ellos aparecía un asterisco, para indicar que habían trabajado para la Global Corp. en el pasado. Actualmente tenía empleadas a treinta y siete mil personas, treinta y seis mil de las cuales no conocía. Pero tres de los que habían trabajado para él en algún momento de sus carreras, se hallaban incluidos ahora en la nómina del *Cleveland Sentinel*, un periódico cuya existencia le era desconocida.

—¿Quién es el propietario del *Sentinel*? —preguntó, con la esperanza de poder ejercer alguna presión sobre él.

—Richard Armstrong —contestó Heather con voz monótona.

—Solo me faltaba eso.

—En realidad, no controla usted ningún periódico en varias decenas de kilómetros a la redonda de Cleveland —siguió diciendo Heather—. Solo una emisora de radio al sur de la ciudad, que emite música *country* y *western*.

En ese momento, Townsend habría cambiado gustosamente el *New York Star* por el *Cleveland Sentinel*. Miró de nuevo los tres nombres con asterisco, pero seguían sin tener ningún significado para él. Levantó la mirada hacia Heather.

—¿Me sigue queriendo alguno de ellos? —preguntó con una sonrisa forzada.

—Barbara Bennett, desde luego que no —contestó Heather—. Es la redactora jefa de moda del *Sentinel*. Fue despedida de su periódico local en Seattle, pocos días después de que usted se hiciera cargo del mismo. Planteó un juicio por despido improcedente, y afirmó que su sustitua mantenía relaciones amorosas con el director. Terminamos por solucionar el asunto al margen de los tribunales. Pero, durante la audiencia preliminar, le describió a usted como «nada más que un vendedor ambulante de pornografía, cuyo único interés es la cuenta de pérdidas y ganancias». Dio usted instrucciones para que no se la volviera a emplear nunca en ninguno de sus periódicos.

Townsend sabía que esa lista concreta debía de tener por lo menos mil nombres, cada uno de los cuales se sentiría muy feliz de mojar sus plumas en sangre al redactar su esquila mortuoria para las primeras ediciones del día siguiente.

—¿Mark Kendall? —preguntó.

—Encargado de la sección de delitos —informó Heather—. Trabajó para el *New York Star* durante unos pocos meses, pero no tenemos datos de que llegara usted a conocerlo.

La mirada de Townsend se detuvo sobre otro nombre desconocido, y esperó a que Heather le diera los detalles. Sabía que ella se reservaría lo mejor para el final; incluso parecía disfrutar teniendo alguna ventaja sobre él.

—Malcolm McCreedy. Editor de crónicas del *Sentinel*. Trabajó para la empresa en el *Melbourne Courier*, entre 1979 y 1984. En aquellos tiempos solía contar a todos los del periódico que usted y él habían sido compañeros de farra desde mucho tiempo antes. Fue despedido porque en reiteradas ocasiones no logró entregar su crónica a tiempo. Parece ser que el *whisky* de malta era lo primero que llamaba su atención

después de la conferencia matinal en la redacción, y cualquier cosa con faldas después del almuerzo. A pesar de sus afirmaciones, no he encontrado prueba alguna de que usted le conociera.

Townsend se maravilló ante la gran cantidad de información que Heather había podido reunir en tan poco tiempo. Pero aceptaba el hecho de que, después de trabajar para él durante tanto tiempo, sus contactos debían de ser casi tan buenos como los suyos.

—McCreeedy se ha casado dos veces —continuó—. En las dos ocasiones terminó en divorcio. Tiene dos hijos de su primer matrimonio: Jill, de veintisiete años, y Alan, de veinticuatro. Alan trabaja para la empresa, en el departamento de anuncios clasificados del *Dallas Comet*.

—Nada podría ser mejor —dijo Townsend—. McCreeedy es nuestro hombre. Está a punto de recibir una llamada de su compañero de farra perdido desde hace tanto tiempo.

—Lo localizaré en seguida por teléfono —asintió Heather con una sonrisa—. Esperemos que esté sobrio.

Townsend asintió y Heather regresó a su despacho. El propietario de 297 periódicos, cuyo público lector combinado superaba los mil millones de personas en todo el mundo, esperó a que le comunicaran con el redactor jefe de crónicas de un periódico local en Ohio, con una tirada de menos de treinta y cinco mil ejemplares.

Townsend se levantó y empezó a pasear por el despacho. Trató de formular las preguntas que necesitaba hacerle a McCreeedy, y pensar en el orden en que debería hacerlas. Mientras recorría la estancia de un lado a otro, la mirada se deslizó sobre los ejemplares enmarcados de sus periódicos, expuestos sobre las paredes, con sus titulares más famosos.

El *New York Star* del 23 de noviembre de 1963: «Kennedy asesinado en Dallas».

El *Continent* del 30 de julio de 1981: «Felices para siempre», sobre una fotografía de Carlos y Diana el día de su boda.

El *Globe* del 17 de mayo de 1991: «Richard Branson me desfloró, afirma Virgin».

Hubiera podido pagar hasta medio millón de dólares con tal de leer los titulares de los periódicos de mañana.

El teléfono de su despacho sonó con estridencia. Townsend regresó rápidamente al sillón y tomó el auricular.

—Malcolm McCreeedy por la línea uno —le informó Heather, pasándole la comunicación.

—Malcolm, ¿eres tú? —preguntó Townsend en cuanto escuchó el clic.

—Desde luego, señor Townsend —contestó una voz que sonó sorprendida y con un inconfundible acento australiano.

—Ha pasado mucho tiempo, Malcolm. Demasiado tiempo. ¿Cómo estás?

—Yo estoy muy bien, Keith. Estupendamente —le llegó la respuesta, algo más segura de sí misma.

—¿Y qué tal los niños? —preguntó Townsend, que miró la hoja de papel que Heather había dejado sobre su mesa—. Jill y Alan, ¿verdad? De hecho, ¿no es Alan el que trabaja para la compañía, en Dallas?

Siguió un prolongado silencio, y Townsend empezó a preguntarse si no se habría cortado la comunicación.

—Así es, Keith —contestó finalmente McCreedy—. A los dos les van muy bien las cosas, gracias. ¿Y los tuyos?

Evidentemente, era incapaz de recordar si los había o cómo se llamaban.

—También les va todo bien, gracias, Malcolm —contestó Townsend, que lo imitó intencionadamente—. ¿Disfrutas mucho en Cleveland?

—Vamos tirando —contestó McCreedy—. Pero preferiría estar de nuevo en Australia. Echo de menos el ver jugar a los Tigers los sábados por la tarde.

—Bueno, esa es precisamente una de las cosas por las que te llamo —dijo Townsend—. Pero antes necesito pedirte un consejo.

—Desde luego, Keith. Lo que quieras. Ya sabes que siempre puedes confiar en mí —dijo McCreedy—. Pero antes quizá sea mejor que cierre la puerta de mi despacho —añadió, ahora que estaba convencido de que todos los demás periodistas de la planta se habían dado cuenta de quién se hallaba al otro lado de la línea. Townsend esperó, impaciente—. Bien, ¿qué puedo hacer por ti, Keith? —preguntó al cabo de un instante una voz que parecía jadear ligeramente.

—El nombre de Austin Pierson, ¿significa algo para ti?

Siguió otro prolongado silencio.

—Es alguien bastante importante en el mundo de las finanzas, ¿verdad? Creo que dirige uno de nuestros bancos o compañías de seguros. Permíteme un momento y lo comprobaré en mi computadora.

Townsend esperó de nuevo, consciente de que si su padre hubiera hecho la misma pregunta cuarenta años atrás, tendría que haber esperado horas, e incluso días, antes de que alguien pudiera encontrar la respuesta.

—Ya lo tengo —dijo el hombre de Cleveland apenas un momento más tarde. Hizo una pausa y agregó—: Ahora recuerdo por qué creí reconocer el nombre. Publicamos una crónica sobre él hace unos cuatro años, cuando tomó posesión del cargo de presidente del Manufacturers de Cleveland.

—¿Qué puedes decirme sobre él? —preguntó Townsend, que ya no estaba dispuesto a perder más tiempo en fruslerías.

—No gran cosa —contestó McCreedy, que estudiaba la pantalla que tenía delante y de vez en cuando apretaba alguna tecla—. Parece ser un ciudadano modelo. Se encumbró entre los empleados del banco, es el tesorero del Club Rotary local, pastor laico y está casado con la misma mujer desde hace treinta y un años. Tiene tres hijos, y todos viven en la ciudad.

—¿Sabes algo sobre sus hijos?

McCreedy apretó unas pocas teclas más, antes de contestar.

—Sí. Uno es profesor de biología en la escuela superior local. La segunda es enfermera del Hospital Metropolitano de Cleveland, y el más joven acaba de ser nombrado socio de la empresa de abogados más prestigiosa del estado. Keith, si esperas cerrar algún trato con el señor Austin Pierson, te agradecerá saber que parece tener una reputación inmaculada.

A Townsend no le agradó saberlo.

—¿De modo que no hay en su pasado nada que...?

—No que yo sepa, Keith —contestó McCreedy. Releyó rápidamente sus notas tomadas a lo largo de cinco años, con la esperanza de encontrar alguna golosina que complaciera a su antiguo jefe—. Sí, ahora lo recuerdo. Ese tipo era tan molesto como la picadura de un mosquito. Ni siquiera me permitió que lo entrevistara durante las horas de oficina, y al presentarme en su casa, por la noche, lo único que conseguí por la molestia fue un aguado zumo de piña.

Townsend decidió que había llegado a un punto muerto con Pierson y con McCreedy, y que no serviría de nada continuar con aquella conversación.

—Gracias, Malcolm —le dijo—. Me has sido de una gran ayuda. Llámame si encuentras algo sobre Pierson.

Estaba a punto de colgar el teléfono cuando su antiguo empleado preguntó:

—¿Qué era lo otro de lo que querías hablarme, Keith? Abrigaba la esperanza de que pudiera haber un puesto en Australia, quizá incluso en el *Courier*. —Hizo una pausa—. Te aseguro, Keith, que estaría dispuesto a aceptar una reducción de salario si eso me permitiera volver a trabajar para ti.

—Lo tendré en cuenta —dijo Townsend—, y puedes estar seguro de que si apareciera algo por mi despacho, me pondría en contacto directamente contigo, Malcolm.

Townsend le colgó el teléfono a un hombre con el que estaba convencido de que no volvería a hablar en su vida. Lo único que McCreedy había podido decirle era que el señor Austin Pierson parecía ser un ejemplo de virtudes, una raza con la que Townsend no tenía muchas cosas en común, y a la que tampoco estaba muy seguro de saber cómo tratar. Como siempre, el consejo de E. B. demostraba ser correcto. No podía hacer nada, excepto sentarse y esperar. Se reclinó en el sillón y cruzó las piernas.

Eran las once y doce minutos en Cleveland, las cuatro y doce minutos en Londres y las tres y doce minutos en Sydney. Probablemente, a las seis de aquella misma tarde ya no podría contener los titulares de sus propios periódicos, y mucho menos los de Richard Armstrong.

El teléfono de su despacho volvió a sonar. ¿Podía ser McCreedy para comunicarle que había encontrado algo interesante sobre Austin Pierson? Townsend siempre suponía que todo el mundo tenía algún esqueleto que prefería mantener bien guardado en el armario.

Tomó el teléfono.

—Tengo al presidente de Estados Unidos por la línea uno —dijo Heather—, y al señor Austin Pierson, de Cleveland, por la línea dos. ¿A cuál quiere que le pase primero?

---

# PRIMERA EDICIÓN

---

Nacimientos, matrimonios y defunciones

---

# THE TIMES

---

6 DE JULIO DE 1923

Actuación de fuerzas comunistas



### 3

**E**l hecho de haber nacido judío en Rutenia tiene algunas ventajas y numerosas desventajas, pero tendría que pasar mucho tiempo antes de que Lubji Hoch descubriera las ventajas.

Lubji había nacido en una pequeña casa de campo construida en piedra, en las afueras de Douski, una ciudad arrinconada en las fronteras entre Checoslovaquia, Rumania y Polonia. Nunca estaría seguro de la fecha exacta de su nacimiento, ya que la familia no guardó ningún registro, pero era aproximadamente un año mayor que su hermano, y un año menor que su hermana.

Al sostener al niño entre sus brazos, su madre sonrió. Era perfecto, incluso con la reluciente marca roja de nacimiento por debajo del omóplato derecho, lo mismo que su padre.

La pequeña casa en la que vivían era propiedad de su tío abuelo, un rabino. El rabino le había suplicado repetidamente a Zelta que no se casara con Sergei Hoch, hijo de un tratante local en ganado. Pero la joven se sintió demasiado avergonzada como para admitir ante su tío que estaba embarazada y llevaba en sus entrañas el hijo de Sergei. Aunque actuó en contra de los deseos del rabino, este ofreció la pequeña casa a la pareja de recién casados, como regalo de bodas.

Cuando Lubji llegó al mundo, las cuatro habitaciones de la casa ya estaban atestadas; cuando fue capaz de caminar, ya se le habían unido otro hermano y una segunda hermana.

Su padre, a quien la familia veía poco, abandonaba la casa cada mañana, después de que saliera el sol, y no regresaba hasta la caída de la noche.

La madre de Lubji explicaba que se marchaba a trabajar.

—¿Y en qué trabaja? —preguntó Lubji.

—Cuida del ganado que le ha dejado vuestro abuelo —contestó la madre, sin fingir siquiera que las pocas vacas y terneros formaran un rebaño.

—¿Y dónde trabaja papá? —preguntó Lubji.

—En los pastos, al otro lado de la ciudad.

—¿Qué es una ciudad?

Zelta siguió contestando a las preguntas hasta que, finalmente, el niño se quedó dormido entre sus brazos.

El rabino nunca le habló a Lubji sobre su padre, pero le dijo en numerosas ocasiones que, en su juventud, su madre había sido pretendida por muchos admiradores, que la consideraban no solo como la más hermosa, sino también como la joven más inteligente de la ciudad. Según le dijo el rabino, podría haberse convertido en maestra en la escuela local, pero ahora tenía que contentarse con transmitir sus conocimientos a una familia cada vez más numerosa.

Pero, de entre todos sus hijos, solo Lubji respondía a sus esfuerzos, sentado a los pies de su madre, devorando cada una de sus palabras, absorbiendo las respuestas a las preguntas que le planteaba. A medida que transcurrieron los años, el rabino empezó a mostrar interés por los progresos de Lubji, y a sentirse preocupado por determinar qué lado de la familia terminaría por dominar en el carácter del muchacho.

Sus primeros temores se despertaron en cuanto Lubji empezó a gatear y descubrió la puerta de la casa; a partir de ese momento, la atención del niño se alejó de su madre, encadenada al horno, y se centró en su padre y en averiguar adónde se dirigía cada mañana después de salir de casa.

Una vez que Lubji fue capaz de ponerse en pie, hizo girar la manija de la puerta y en cuanto pudo caminar salió al camino y al ancho mundo ocupado por su padre. Durante unas pocas semanas, se sintió muy contento de que lo llevara de la mano por entre las calles empedradas de la dormida ciudad, hasta llegar a los pastos donde papá cuidaba del ganado.

Pero Lubji no tardó en aburrirse de las vacas, que se limitaban a esperar, primero a que las ordeñaran y después a parir. Deseaba descubrir qué sucedía en la ciudad que apenas empezaba a despertar cada mañana, cuando ellos la cruzaban.

En realidad, describir Douski como una ciudad podría parecer un tanto exagerado, ya que solo se componía de unas pocas hileras de casas de piedra, media docena de tiendas, una posada, una pequeña sinagoga, adonde la madre de Lubji llevaba a toda la familia los sábados, y un ayuntamiento en el que no había entrado nunca, pero que, para Lubji, era el lugar más apasionante del mundo.

Una mañana, sin ninguna explicación, su padre ató dos vacas y empezó a conducir las de regreso hacia la ciudad. Lubji trotó feliz a su lado, sin dejar de hacer una pregunta tras otra acerca de qué se proponía hacer con el ganado. Pero, a diferencia de las preguntas que le planteaba a su madre, las respuestas de su padre no siempre eran directas y raras veces eran ilustrativas.

Lubji dejó de hacer preguntas al darse cuenta de que la respuesta era siempre: «Espera y ya verás». Al llegar a las afueras de Douski, su padre condujo a las vacas a través de las calles, hacia el mercado.

De repente, su padre se detuvo en una esquina en la que no había precisamente mucha gente. Lubji decidió que no serviría de nada preguntarle por qué había elegido ese lugar en particular, porque sabía que probablemente no recibiría ninguna respuesta. Padre e hijo permanecieron allí, en silencio. Transcurrió bastante tiempo antes de que alguien demostrara algún interés por las dos vacas.

Lubji observó fascinado a la gente que empezó a rodear y a mirar las vacas. Algunos las empujaban, y otros se limitaban a expresar opiniones sobre su valor, en idiomas que él nunca había oído hablar antes. Se dio cuenta de la desventaja en que se hallaba su padre al hablar solo un idioma en una ciudad situada en las fronteras de tres países. Miraba con expresión vacía a la mayoría de los que ofrecían una opinión,

después de examinar a las escuálidas bestias.

Cuando su padre recibió finalmente una oferta en el único idioma que comprendía, la aceptó inmediatamente, sin molestarse siquiera en regatear. Varios papeles de colores cambiaron de manos, las vacas fueron entregadas a su nuevo propietario, y su padre se adentró en el mercado, donde compró un saco de grano, una caja de patatas, algo de pescado ahumado, varias prendas de ropa, un par de zapatos de segunda mano urgentemente necesitados de reparación, y unos pocos artículos más, incluido un trineo y una gran hebilla de latón que, por lo visto, debió de pensar que necesitaba alguien de la familia. A Lubji le pareció extraño que, mientras otros regateaban con los vendedores, su padre siempre se limitaba a entregar la suma que se le pedía, sin rechistar.

Camino de regreso a casa, su padre se detuvo en la única posada de la ciudad, y dejó a Lubji sentado a la entrada, al cuidado de todo lo que acababa de comprar. Su padre no salió de la posada hasta que el sol no hubo desaparecido por detrás del edificio del ayuntamiento, después de haberse bebido varias botellas de slivovice. Caminaba tambaleante, feliz de permitir que Lubji forcejeara con el trineo lleno de cosas, arrastrándolo con una mano, mientras que con la otra le guiaba a él.

Cuando su madre abrió la puerta de casa, su padre pasó ante ella a trompicones, y se derrumbó sobre el colchón. Apenas un momento más tarde, roncaba sonoramente.

Lubji ayudó a su madre a descargar las compras y a meterlas en la casa. Pero por muy cálidamente que su hermano mayor habló de ellas, a su madre no pareció complacerle el resultado de todo un año de trabajo. No dejaba de sacudir la cabeza, mientras decidía qué hacer con cada una de las cosas adquiridas.

El saco de grano quedó en un rincón de la cocina, las patatas se quedaron en la caja de madera y el pescado se colgó junto a la ventana. Zelta comprobó luego las tallas de las prendas de ropa, antes de decidir a cuál de sus hijos irían a parar. Los zapatos quedaron fuera de la puerta, para el que los necesitara. Finalmente, la hebilla fue depositada en una pequeña caja de cartón, que Lubji vio ocultar a su madre bajo una tabla suelta del piso, al lado de la cama de su padre.

Aquella noche, mientras el resto de la familia dormía, Lubji decidió que había seguido a su padre hasta los pastos por última vez. A la mañana siguiente, cuando su padre se levantó, Lubji introdujo los pies en los zapatos dejados junto a la puerta, para descubrir que eran demasiado grandes para él. Siguió a su padre fuera de la casa, pero en esta ocasión solo lo acompañó hasta las afueras de la ciudad, donde se ocultó detrás de un árbol. Observó mientras su padre desaparecía de la vista, sin mirar ni una sola vez hacia atrás para ver si lo seguía el heredero de su reino.

Lubji se volvió y echó a correr hacia el mercado. Se pasó el resto del día deambulando entre los puestos, dedicado a descubrir qué ofrecía cada uno de ellos. Algunos vendían frutas y verduras, mientras que otros se especializaban en muebles o artículos para el hogar. Pero la mayoría de ellos parecían dispuestos a comerciar con cualquier cosa siempre y cuando creyeran poder obtener un beneficio. Disfrutó

observando las diferentes técnicas empleadas por los comerciantes para regatear con sus clientes: algunos se mostraban fanfarrones, otros los camelaban, y casi todos mentían sobre el origen de sus mercancías. Lo que hacía que todo fuera más apasionante para Lubji eran los diferentes idiomas que empleaban al hablar. Descubrió rápidamente que la mayoría de los clientes terminaban por hacer compras de poco provecho, como su padre. Por la tarde escuchó con mayor cuidado, y empezó a captar unas pocas palabras en otros idiomas que no eran el suyo.

Aquella noche, al regresar a casa, tenía muchas preguntas que hacerle a su madre y, por primera vez, descubrió que había algunas a las que ni siquiera ella podía contestar. Su comentario final de aquella noche, después de que otra pregunta quedara sin contestar, fue; «Ya va siendo hora de que vayas a la escuela, pequeño». El único problema era que en Douski no existía escuela para alguien tan pequeño como él. Zelta resolvió que, en cuanto se le presentara la ocasión, hablaría con su tío acerca del problema. Al fin y al cabo, y con un cerebro tan bueno como el de Lubji, su hijo bien podría terminar por convertirse en un rabino.

A la mañana siguiente, Lubji se levantó incluso antes que su padre se agitara en su sueño, se puso el par de zapatos grandes y salió de la casa a hurtadillas, sin despertar a sus hermanos y hermanas. Corrió todo el trayecto hasta el mercado y, una vez más, se dedicó a deambular entre los puestos, a observar a los comerciantes que disponían sus artículos y se preparaban para el día que les esperaba. Los oyó discutir, y poco a poco comprendió más y más de lo que decían. También empezó a darse cuenta de qué había querido decir su madre al comentarle que tenía un don divino para los idiomas. Lo que ella no podía saber es que también era un genio para el trueque.

Lubji se sintió como hipnotizado mientras veía a alguien intercambiar una docena de velas por un pollo, mientras que otro se desprendía de un aparador, a cambio de dos sacos de patatas. Más tarde observó cómo se ofrecía una cabra a cambio de una gastada alfombra, y cómo se entregaba un carromato de leña a cambio de un colchón. Cómo hubiera deseado tener aquel colchón, mucho más grande y mullido que el colchón en el que dormía toda su familia.

A partir de entonces, cada mañana acudía al mercado. Aprendió así que la habilidad de un comerciante no solo dependía de los artículos que pusiera a la venta, sino, sobre todo, de su capacidad para convencer al cliente de su necesidad de tenerlos. Solo tardó unos pocos días en darse cuenta de que quienes manejaban los papeles de colores no solo iban mejor vestidos, sino que se hallaban en una posición incuestionablemente más fuerte para conseguir una buena ganga.

Cuando su padre decidió que había llegado el momento de llevar sus dos siguientes vacas al mercado, el niño de seis años ya estaba más que preparado para hacerse cargo del regateo. Aquella noche, el comerciante en ciernes volvió a conducir a su

padre de regreso a casa. Pero una vez que el hombre, totalmente borracho, se derrumbó sobre el colchón, su madre no pudo evitar el quedarse mirando fijamente el gran montón de artículos que su hijo dejó ante ella.

Lubji se pasó más de una hora ayudándola a distribuir los artículos entre el resto de la familia, pero no le dijo que aún le quedaba uno de aquellos papeles de colores con un «diez» grabado en él. Deseaba descubrir qué más podía comprar con aquel billete.

A la mañana siguiente, Lubji no se dirigió directamente al mercado y, por primera vez en su vida, se aventuró por la calle Schull para estudiar lo que se vendía en las tiendas que su tío abuelo visitaba de vez en cuando. Se detuvo ante una panadería, una carnicería, una tienda de cerámica, otra de ropa y, finalmente, una joyería, la del señor Lekski, el único establecimiento que mostraba un nombre impreso en letras doradas sobre la puerta. Observó un broche expuesto en el centro del escaparate. Era incluso más hermoso que el que su madre lucía todos los años por el Rosh Hashanah y que, según le comentó una vez, era una herencia de familia. Aquella noche, al regresar a casa, se quedó de pie junto al fuego, mientras su madre preparaba la cena, de un solo plato. Informó a su madre que las tiendas no eran más que puestos de venta fijos, con escaparates que daban a la calle, y que tras apretar la nariz contra el cristal y mirar hacia el interior, vio que casi todos los clientes comerciaban con trozos de papel, y nunca hacían ningún intento por regatear con el tendero.

Al día siguiente, Lubji regresó a la calle Schull. Se sacó el trozo de papel del bolsillo y lo estudió durante un tiempo. Aún no tenía ni la menor idea de lo que alguien pudiera darle a cambio. Después de pasarse una hora mirando por los escaparates, entró lleno de seguridad en sí mismo en la panadería y entregó el billete al hombre que estaba situado al otro lado del mostrador. El panadero lo tomó y se encogió de hombros. Lubji señaló esperanzado una hogaza de pan, sobre la estantería situada por detrás del hombre, que el tendero le entregó. Satisfecho con la transacción, el pequeño se dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—No te olvides del cambio —le dijo entonces el tendero.

Lubji se volvió hacia él, sin saber muy bien a qué se refería. Vio entonces que el tendero depositaba el billete en una caja de estaño y extraía de ella unas monedas, que le entregó por encima del mostrador.

Una vez que hubo regresado a la calle, el niño de seis años estudió las monedas con mucho interés. Tenían números grabados por una cara, y la cabeza de un hombre que no reconoció por la otra.

Animado por esta transacción, se dirigió a la tienda de cerámica, donde compró un cuenco que esperaba fuera de alguna utilidad para su madre, a cambio del cual entregó la mitad de sus monedas.

A continuación, Lubji se detuvo ante la tienda del señor Lekski, el joyero, donde sus ojos no se apartaron durante un buen rato del hermoso broche mostrado en el centro del escaparate. Finalmente, abrió la puerta y se dirigió hacia el mostrador, para

encontrarse ante un hombre que llevaba un traje y un lazo.

—¿En qué puedo ayudarte, pequeño? —le preguntó el señor Lekski, que se inclinó sobre el mostrador para mirarlo.

—Quiero comprar ese broche para mi madre —dijo con un tono de voz que confió fuera lo suficientemente seguro, al tiempo que señalaba hacia el escaparate.

Luego, abrió el puño fuertemente apretado hasta ese momento y reveló las tres pequeñas monedas que le quedaban de sus transacciones de la mañana.

El hombre de edad avanzada no se echó a reír, y le explicó suavemente que necesitaría muchas más monedas como aquellas antes de que pudiera comprar el broche. A Lubji se le encendieron las mejillas de vergüenza y salió a la calle corriendo, sin mirar atrás.

Aquella noche, Lubji no pudo dormir. No dejaba de repetirse una y otra vez las palabras que le había dicho el señor Lekski. A la mañana siguiente se encontraba ante la tienda, mucho antes de que el anciano llegara para abrirla. La primera lección que Lubji aprendió del señor Lekski fue que las personas que pueden permitirse comprar joyas no se levantan temprano por la mañana.

El señor Lekski, uno de los ancianos de la ciudad, quedó tan bien impresionado por la pura *chutzpah* de aquel niño de seis años, que se atrevió a entrar en su tienda sin nada más que unas pocas monedas que no tenían casi ningún valor, que durante las semanas siguientes consintió que el hijo del tratante de ganado le planteara una corriente continua de preguntas que él contestaba. Al cabo de poco tiempo, Lubji pasaba por la joyería durante unos pocos minutos cada tarde. Pero si veía que el anciano atendía a alguien, siempre esperaba fuera. Solo entraba después de que hubiera salido el cliente. Se situaba ante el mostrador y lanzaba una tras otra las preguntas que se le habían ocurrido la noche anterior.

El señor Lekski observó con aprobación que Lubji nunca repetía una pregunta dos veces y que cada vez que un cliente entraba en la tienda, se retiraba rápidamente a un rincón y se ocultaba tras el periódico del anciano. Aunque pasaba las páginas, el joyero no estaba seguro de que fuera capaz de leer las palabras o incluso de mirar las fotografías.

Una noche, después de que el señor Lekski cerrara la tienda, tomó a Lubji y lo llevó a la parte trasera para enseñarle su vehículo a motor. Lubji abrió los ojos desmesuradamente al escuchar que aquel magnífico objeto era capaz de moverse por su propia cuenta, sin necesidad de que ningún caballo tirara de él.

—Pero si no tiene patas —comentó con incredulidad.

Abrió la portezuela del coche y subió para instalarse junto al señor Lekski. El anciano apretó un botón para poner en marcha el motor, y Lubji sintió náuseas y temor a un mismo tiempo. Pero a pesar de que apenas si podía ver por encima del tablero de mandos, al cabo de un momento hubiera querido cambiar de puesto y situarse en el asiento del conductor, ocupado por el señor Lekski.

El señor Lekski le dio a Lubji un paseo por la ciudad y luego lo dejó frente a la

puerta de su casa. Inmediatamente, el niño entró como una exhalación en la cocina y le gritó a su madre:

—Algún día tendrá un vehículo a motor.

Zelta sonrió ante aquella idea y no mencionó que hasta el rabino no tenía más que una bicicleta. Siguió alimentando a su hijo más pequeño, jurándose a sí misma que sería el último. La presencia del recién llegado significaba que Lubji, que crecía rápidamente, ya no podría apretarse sobre el colchón, con sus hermanos y hermanas. Últimamente se había tenido que contentar con ejemplares de los viejos periódicos del rabino, extendidos junto a la chimenea.

Casi en cuanto oscurecía, los niños se peleaban por ocupar un lugar sobre el colchón; los Hoch no podían permitirse despilfarrar sus existencias de velas para tratar de prolongar el día. Noche tras noche, Lubji se acostaba junto a la chimenea, sin dejar de pensar en el coche del señor Lekski, y trataba de imaginar cómo podría demostrar a su madre que estaba equivocada. Entonces recordó el broche que ella solo se ponía para el Rosh Hashanah. Se puso a contar con los dedos y calculó que tendría que esperar otras seis semanas antes de poder poner en práctica el plan que ya se había formado en su mente.

Lubji permaneció despierto durante la mayor parte de la noche anterior al Rosh Hashanah. A la mañana siguiente, una vez que su madre se hubo vestido, apenas si apartó la mirada de ella o, para ser más exactos, del broche que llevaba. Una vez terminado el servicio religioso, a Zelta le sorprendió que, al salir de la sinagoga, Lubji se aferrara a su mano durante el trayecto de regreso a casa, algo que no recordaba que hiciera desde que cumplió los tres años. Una vez dentro de la pequeña casa, Lubji se sentó con las piernas cruzadas en el rincón de la chimenea y observó a su madre, que se desabrochó la pequeña joya del vestido. Por un momento, Zelta miró a su hijo, antes de arrodillarse, retirar la tabla suelta del piso, junto al colchón y guardar cuidadosamente el broche en la vieja caja de cartón, antes de volver a colocar la tabla en su sitio.

Lubji permaneció tan quieto, observándola, que su madre se sintió preocupada y le preguntó si se encontraba bien.

—Estoy bien, madre —contestó—. Pero como es el Rosh Hashanah pensaba en lo que debería hacer al año que viene.

Su madre le sonrió. Todavía abrigaba la esperanza de haber tenido un hijo que quizá algún día se convirtiera en rabino. Lubji no volvió a hablar, mientras consideraba el problema de la caja. No experimentaba la menor sensación de culpabilidad por cometer lo que su madre, sin lugar a dudas, describiría como un pecado, porque ya estaba convencido de que antes de que acabara el año lo podría devolver todo y nadie sería más listo que él.

Aquella noche, después de que el resto de la familia se hubo acostado en el

colchón, Lubji se acurrucó en el rincón de la chimenea y fingió quedarse dormido, hasta estar seguro de que todos los demás lo estaban. Sabía que para los seis inquietos cuerpos apretados, con dos cabezas hacia la cabecera y otras dos hacia el pie del colchón, con su madre y su padre en los extremos, el sueño era un lujo que raras veces duraba más de unos pocos minutos.

Una vez convencido de que todos estaban dormidos, empezó a gatear con sigilo por el borde de la estancia, hasta que llegó al extremo más alejado del colchón. Los ronquidos de su padre eran tan estruendosos, que temía que uno de sus hermanos o hermanas pudieran despertarse en cualquier momento y descubrirlo.

Lubji contuvo la respiración mientras recorría con los dedos las tablas del suelo y trataba de descubrir cuál de ellas se abriría.

Los segundos se transformaron en minutos pero, de pronto, una de las tablas se levantó ligeramente. Apretó un extremo con la palma de la mano derecha y pudo levantarla lentamente. Introdujo la mano izquierda por el hueco y palpó el borde de algo. Lo tomó con los dedos y extrajo muy despacio la caja de cartón. Luego, volvió a dejar la tabla en su sitio.

Lubji permaneció absolutamente quieto, hasta estar completamente seguro de que nadie se había dado cuenta de su acción. Uno de sus hermanos menores se revolvió, y sus hermanas gimieron e hicieron lo mismo. Lubji aprovechó el momento de confusa conmoción y retrocedió presuroso por el borde de la estancia, para detenerse solo al llegar junto a la puerta.

Se incorporó sobre las rodillas y empezó a buscar la manija de la puerta. La sudorosa palma de la mano aferró la manija y la hizo girar muy despacio. El viejo eje crujió ruidosamente, de una forma como no había observado nunca hasta entonces. Salió al camino y dejó la caja de cartón en el suelo, contuvo la respiración y volvió a cerrar la puerta con sigilo.

Lubji se alejó corriendo de la casa, con la caja aferrada contra su pecho. No miró atrás. De haberlo hecho, habría visto a su tío abuelo que lo miraba fijamente desde su casa más grande, situada por detrás de la casita.

—Lo que me temía —murmuró el rabino para sus adentros—. Predomina en él el lado de su padre.

Una vez que Lubji estuvo fuera de la vista, miró fijamente la caja por primera vez, pero ni siquiera con ayuda de la luz de la luna pudo distinguir adecuadamente su contenido. Siguió caminando, temeroso todavía de que alguien pudiera descubrirlo. Al llegar al centro de la ciudad, se sentó en los escalones de una fuente sin agua, tembloroso y agitado. Pero transcurrieron varios minutos antes de que pudiera distinguir con claridad los secretos escondidos en la caja.

Había dos hebillas de latón, varios botones que no hacían juego entre sí, incluido uno grande y brillante, y una vieja moneda que llevaba la efigie del zar. Y allí, en un rincón de la caja, se encontraba el premio más deseable de todos: un pequeño broche circular de plata, rodeado por pequeñas piedras que destellaban bajo la luz del



amanecer.

Al sonar seis campanadas en el reloj del ayuntamiento, Lubji tomó la caja bajo el brazo y se encaminó hacia el mercado. Una vez que se encontró de nuevo entre los comerciantes, se sentó entre dos de los puestos ambulantes y extrajo todo el contenido de la caja. Le dio luego la vuelta, poniéndola boca abajo y colocó los objetos sobre la superficie gris y plana, con el broche orgullosamente situado en el centro. Apenas lo había hecho cuando un hombre que llevaba un saco de patatas sobre el hombro se detuvo y miró fijamente sus objetos expuestos.

—¿Qué quieres por eso? —preguntó el hombre en checo, indicándole el gran botón brillante.

El niño recordó que el señor Lekski nunca contestaba a una pregunta con una respuesta, sino siempre con otra pregunta.

—¿Qué tenéis para ofrecer? —le preguntó al hombre en su lengua nativa.

El campesino dejó el saco sobre el suelo.

—Seis patatas —contestó.

Lubji negó con un gesto de la cabeza.

—Necesitaría por lo menos doce patatas para algo tan valioso como eso —dijo al tiempo que sostenía el botón a la luz del sol, para que su cliente potencial pudiera echarle un mejor vistazo.

El campesino frunció el ceño.

—Nueve —dijo finalmente.

—No —contestó Lubji con firmeza—. Recordad siempre que mi primera oferta es la mejor que puedo haceros.

Confiaba en que su voz sonara como la del señor Lekski cuando trataba con un cliente difícil.

El campesino sacudió la cabeza, tomó el saco de patatas, se lo echó al hombro y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Lubji se preguntó si acaso no habría cometido un error al no aceptar las nueve patatas. Lanzó un juramento para sus adentros, distribuyó de nuevo los objetos sobre la caja para tratar de sacarles más provecho y volvió a colocar el broche en el centro.

—¿Y cuánto esperas sacar por eso? —le preguntó otro cliente, que señaló el broche.

—¿Qué tenéis que ofrecer a cambio? —preguntó Lubji en húngaro.

—Un saco de mi mejor grano —contestó el campesino, que soltó con actitud orgullosa un saco del burro cargado a su lado y lo depositó en el suelo, delante de Lubji.

—¿Y por qué queréis el broche? —preguntó Lubji, al recordar otra de las técnicas del señor Lekski.

—Porque mañana es el cumpleaños de mi esposa —explicó el hombre—, y el año pasado se me olvidó darle un regalo.

—Cambiaré esta hermosa reliquia de familia —dijo Lubji, que le tendió el broche

para que lo observara más detenidamente—, que ha pertenecido a mi familia desde hace varias generaciones, por ese anillo que lleváis en el dedo...

—Pero mi anillo es de oro —dijo el campesino echándose a reír—, y tu broche solo es de plata.

—... y un saco de vuestro grano —añadió Lubji, como si no hubiera tenido tiempo de terminar la frase.

—Tienes que estar loco —replicó el campesino.

—Este broche lo llevó una gran dama de la aristocracia antes de que pasara por tiempos difíciles. Así que no tengo más remedio que preguntar: ¿acaso no es merecedor de la mujer que os ha dado a vuestros hijos?

Lubji no tenía ni la menor idea de si el hombre tenía hijos o no, pero insistió:

—¿O es que la vais a olvidar durante otro año?

El húngaro guardó silencio, mientras consideraba las palabras del niño. Lubji volvió a colocar el broche en el centro de la caja, con la mirada fija en él, sin levantarla en ningún momento hacia la sortija del hombre.

—Por la sortija, estoy de acuerdo —dijo finalmente el campesino—, pero sin incluir el saco de grano.

Lubji frunció el ceño y fingió reflexionar sobre la oferta. Tomó el broche y lo estudió de nuevo a la luz del sol.

—Está bien —dijo con un suspiro—, pero solo porque es el cumpleaños de vuestra esposa.

El señor Lekski le había enseñado a dejar que el cliente tuviera siempre la sensación de haberse llevado la mejor parte del negocio. Rápidamente, el campesino se quitó la pesada sortija de oro de su dedo y tomó el broche.

Apenas hubo terminado de cerrar su primer trato, cuando regresó el primer cliente, que llevaba una vieja pala. Dejó el saco medio vacío de patatas sobre el suelo, delante del muchacho.

—He cambiado de opinión —dijo en checo—. Te daré las doce patatas por el botón.

Pero Lubji negó con un movimiento de cabeza.

—Ahora quiero quince —dijo sin mirarlo.

—¡Pero si esta mañana solo querías doce!

—Sí, pero resulta que desde entonces habéis cambiado la mitad de vuestras patatas por esa pala, y sospecho que habéis ofrecido por ella las mejores patatas del saco. —El campesino vaciló—. Volved mañana —añadió Lubji—. Si todavía lo tengo para entonces, os costará veinte.

El rostro del checo volvió a fruncirse, pero esta vez no recogió el saco y se marchó.

—Acepto —asintió enojado y empezó a extraer unas patatas del saco abierto. Lubji, sin embargo, volvió a negar con la cabeza—. ¿Qué quieres ahora? —le gritó al muchacho—. Creía que habíamos hecho un trato.

—Habéis visto mi botón —dijo Lubji—, pero yo no he visto vuestras patatas. Es justo que sea yo quien las elija, no vos.

El checo se encogió de hombros, abrió el saco y permitió que el niño rebuscara en su interior para elegir sus quince patatas.

Aquel día, Lubji no cerró ningún otro trato, y una vez que los comerciantes empezaron a dismantelar sus puestos, recogió sus pertenencias, tanto viejas como nuevas, las guardó en la caja de cartón y, por primera vez, empezó a preocuparle la posibilidad de que su madre descubriera en qué se había metido.

Cruzó lentamente el mercado, hacia el extremo más alejado de la ciudad, y se detuvo allí donde el camino se bifurcaba en dos senderos estrechos. Uno conducía hacia los pastos donde estaría su padre cuidando del ganado. El otro se adentraba en el bosque. Lubji se volvió a mirar hacia la ciudad, para comprobar que nadie le había seguido, y luego desapareció entre la espesura. Al cabo de un breve rato se detuvo junto a un árbol que estaba seguro de reconocer cuando volviera. Con las manos, excavó un agujero cerca de la base y enterró la caja y doce de las patatas.

Una vez satisfecho de no haber dejado ninguna señal que indicara que allí se ocultaba algo, regresó despacio hacia el camino contando los pasos al avanzar. Doscientos siete. Se volvió a mirar un instante hacia el bosque y luego cruzó corriendo la ciudad, sin detenerse hasta llegar a la puerta de la pequeña casa. Esperó un momento para recuperar la respiración y luego entró.

Su madre ya servía en cuencos la aguada sopa de nabos, y seguramente le habría hecho muchas más preguntas acerca del por qué llegaba tan tarde, si él no se hubiera apresurado a mostrarle las tres patatas. Pequeños gritos encantados brotaron de sus hermanos y hermanas al ver lo que él había traído.

Su madre dejó el cazo en el caldero y lo miró directamente.

—¿Las has robado, Lubji? —le preguntó, con los brazos en jarras.

—No, mamá —contestó él—. No lo hice.

Zelta pareció sentirse aliviada y tomó las tres patatas. Las lavó una tras otra en un cubo que dejaba escapar el agua cada vez que se llenaba más de la mitad. Una vez que las hubo limpiado de tierra, empezó a pelarlas eficientemente con las uñas. Las cortó después en segmentos, reservando una ración extra para su esposo. A Sergei ni siquiera se le ocurrió preguntarle a su hijo de dónde había sacado la mejor comida que habían visto por casa en muchos días.

Aquella noche, antes de que oscureciera, Lubji se quedó dormido, agotado después de su primer día de actividad como comerciante.

A la mañana siguiente abandonó la casa antes de que su padre se despertara. Echó a correr hasta llegar al bosque, contó doscientos siete pasos, se detuvo al llegar a la base del árbol y empezó a excavar. Una vez recuperada la caja de cartón, regresó a la ciudad y observó a los comerciantes que montaban sus puestos.

En esta ocasión se situó entre dos puestos, en el extremo más alejado de la plaza, pero cuando los clientes llegaban hasta donde él se encontraba, la mayoría de ellos ya

habían cerrado sus transacciones, o les quedaba muy poco de interés para comerciar. Aquella tarde, el señor Lekski le explicó las tres reglas más importantes para el comercio: posición, posición y posición.

A la mañana siguiente, Lubji se instaló con su caja cerca de la entrada al mercado. Descubrió rápidamente que mucha más gente se detenía a considerar lo que tenía en oferta, y fueron varias los que preguntaron en distintos idiomas qué estaría dispuesto a aceptar a cambio de la sortija de oro. Algunos llegaron incluso a probársela, para comprobar si era de la talla adecuada pero, a pesar de varias ofertas, no pudo cerrar un trato que considerara ventajoso para él.

Lubji trataba de cambiar doce patatas y tres botones por un cubo que no filtrara el agua, cuando observó a un distinguido caballero con un largo abrigo negro, de pie a un lado, que esperaba pacientemente a que terminara de hacer su transacción.

En cuanto el muchacho levantó la mirada y vio quién era, se levantó, despidió rápidamente a su otro cliente, y lo saludó:

—Buenos días, señor Lekski.

El anciano se adelantó un paso, se inclinó y empezó a tomar los objetos colocados en lo alto de la caja. Lubji no podía creer que al joyero le interesaran sus artículos. El señor Lekski consideró primero la vieja moneda con la efigie del zar. La estudió durante un rato. Lubji se dio cuenta en seguida de que, en realidad, no se sentía interesado por la moneda; eso no era más que una estratagema que le había visto emplear muchas veces, antes de preguntar el precio del objeto que realmente deseaba. «No permitas nunca que sepan qué es lo que te interesa», le había dicho por lo menos cien veces al muchacho.

Lubji esperó pacientemente a que el anciano dirigiera su atención hacia el centro de la caja.

—¿Cuánto esperas conseguir por esto? —preguntó finalmente el joyero, que tomó la sortija de oro.

—¿Cuál es vuestra oferta? —preguntó el chico, empleando con él su propio juego.

—Cien coronas —contestó el anciano.

Lubji no estuvo muy seguro de saber cómo reaccionar ya que, hasta entonces, nadie le había ofrecido más de diez coronas por nada de lo que tenía en oferta. Entonces recordó uno de los lemas de su mentor: «Pide el triple y prepárate para cerrar el trato por el doble». Miró fijamente al anciano.

—Trescientas coronas.

El joyero se inclinó y volvió a dejar la sortija en el centro de la caja.

—Doscientas es mi mejor oferta —dijo con firmeza.

—Doscientas cincuenta —replicó Lubji, esperanzado.

El señor Lekski no dijo nada durante un rato, pero no dejaba de mirar la sortija.

—Doscientas veinticinco —dijo finalmente—. Pero solo se incluye también esa vieja moneda.

Lubji asintió inmediatamente y trató de ocultar su satisfacción ante el resultado de la transacción.

El señor Lekski se sacó una bolsa del bolsillo interior del abrigo, le entregó doscientas veinticinco coronas y se guardó la moneda antigua y la pesada sortija de oro. Lubji miró al anciano y, por un momento, se preguntó si aún le quedaba algo por enseñarle.

Aquella tarde, Lubji no pudo hacer ninguna transacción más, de modo que recogió pronto su caja de cartón y se encaminó hacia el centro de la ciudad, satisfecho con su día de trabajo. Al llegar a la calle Schull compró un cubo completamente nuevo por doce coronas, un pollo por cinco y, en la panadería, una hogaza de pan fresco por una corona.

El joven comerciante se puso a silbar al descender por la calle principal. Al pasar ante la tienda del señor Lekski miró por el escaparate para ver si todavía estaba a la venta el hermoso broche que tenía la intención de comprarle a su madre antes del siguiente Rosh Hashanah.

Lubji dejó caer el cubo al suelo con incredulidad. Sus ojos se abrieron más y más. El broche había sido sustituido por una vieja moneda, con una etiqueta en la que se decía que llevaba la efigie del zar Nicolás I y que era de 1829. Luego, comprobó el precio escrito sobre la tarjeta situada por debajo.

—¡Mil quinientas coronas!

# MELBOURNE COURIER

---

25 de octubre de 1929

---

Crisis en Wall Street: se derrumba la Bolsa

**H**ay muchas ventajas y algunas desventajas en el hecho de nacer como australiano de segunda generación. No tuvo que transcurrir mucho tiempo para que Keith Townsend descubriera algunas de las desventajas.

Keith nació a las 14,37 del 9 de febrero de 1928 en una gran mansión colonial en Toorak. La primera llamada telefónica que hizo su madre desde la cama fue al director de la escuela de St. Andrew para inscribir a su primogénito en la matrícula para el año 1941. La primera que hizo su padre, desde su oficina, fue a la secretaria del Club de Criquet de Melbourne, para incluir el nombre de su hijo recién nacido como candidato a socio, ya que había una lista de espera de quince años.

*Sir* Graham Townsend, el padre de Keith, era oriundo de Dundee, Escocia, pero él y sus padres habían llegado a Australia a principios de siglo en un barco de ganado. A pesar de la posición de *sir* Graham como propietario del *Melbourne Courier* y del *Adelaide Gazette*, coronada con la obtención de un título de caballero durante el año anterior, la alta sociedad de Melbourne, algunos de cuyos miembros llevaban casi un siglo en el país y no se cansaban de recordar a todos que no eran descendientes de convictos, o bien lo desdeñaban, o se referían a él, simplemente, en tercera persona.

A *sir* Graham le importaban un bledo sus opiniones o, si le importaban, ciertamente no lo demostraba nunca. La gente con la que le gustaba relacionarse trabajaba en los periódicos, y aquellos que contaba entre sus amigos también solían pasar por lo menos una tarde a la semana en las carreras de caballos. Caballos o galgos, eso no suponía diferencia alguna para *sir* Graham.

Pero Keith tenía una madre a quien la alta sociedad de Melbourne no podía dejar de lado tan fácilmente; una mujer cuyo linaje se remontaba a un alto oficial naval de la Primera Flota. Si ella hubiera nacido una generación más tarde, esta historia bien podría haberse referido a ella, y no a su hijo.

Al ser Keith su único hijo varón, ya que fue el segundo de tres hijos, siendo las otras dos niñas, *sir* Graham imaginó desde que nació que el muchacho le seguiría en el negocio de la prensa, y con ese propósito se dispuso a educarlo y prepararlo para hacer frente al mundo real. Keith hizo su primera visita a la imprenta de su padre, en el *Melbourne Courier*, a la temprana edad de tres años, y se sintió inmediatamente intoxicado por el olor de la tinta, el teclear de las máquinas de escribir y el estruendo de la maquinaria. A partir de ese momento, acompañó a su padre a la oficina cada vez que se le presentaba la oportunidad.

*Sir* Graham nunca desanimó a Keith, e incluso le permitía acompañarlo alguna que otra tarde de los sábados, cuando desaparecía para acudir al hipódromo. *Lady* Townsend no aprobaba aquellas andanzas, e insistía en que el joven Keith acudiera siempre a la iglesia a la mañana siguiente. Ante su desilusión, su único hijo varón

pronto reveló sus preferencias por los corredores de apuestas, antes que por el predicador.

*Lady* Townsend se mostró tan decidida a invertir esta inclinación inicial que se dispuso a lanzar una contraofensiva. En una ocasión en que *sir* Graham estuvo fuera, durante un largo viaje de negocios a Perth, contrató a una niñera llamada Florrie, la descripción de cuyo trabajo simplemente fue la de controlar a los niños. Pero Florrie, una viuda de algo más de cincuenta años, no demostró estar a la altura de Keith, que solo tenía cuatro años, y pocas semanas después le prometió al niño no contarle a su madre las ocasiones en que fuera llevado a las carreras. Al descubrir finalmente este subterfugio, *lady* Townsend esperó hasta que su esposo emprendió su viaje anual a Nueva Zelanda, y puso un anuncio en la primera página del *Times* de Londres. Tres meses más tarde, la señorita Steadman desembarcó en el muelle Station y se presentó en Toorak para hacerse cargo de su trabajo. Resultó ser todo aquello que indicaban sus excelentes referencias.

Hija segunda de un ministro presbiteriano escocés, educada en el St. Leonard, de Dumfries, sabía exactamente qué se esperaba de ella. Florrie continuó siendo tan fiel a los niños como estos lo eran con ella, pero la señorita Steadman no parecía fiel a nadie ni a nada que no fuera su vocación y la realización de lo que ella misma consideraba como su obsesivo deber.

Insistió en que todo el mundo, fuera cual fuese su posición, se dirigiera a ella en todo momento como señorita Steadman, y no dejó a nadie la menor duda acerca de qué lugar ocupaba cada cual en su propia escala social. El chófer pronunciaba las palabras con una ligera inclinación de cabeza. *Sir* Graham lo hacía con respeto.

A partir del día en que llegó, la señorita Steadman organizó la vida de los niños de una forma que impresionaría a un oficial de la Guardia Negra. Keith lo probó todo para hacerla entrar en razón, desde el encanto, hasta las actitudes mohínas y las rabietas, pero no tardó en descubrir que nada era capaz de conmover a aquella mujer. Su padre habría acudido en rescate de su hijo si su esposa no se deshiciera continuamente en elogios hacia la señorita Steadman, sobre todo por sus valerosos intentos por enseñar al joven caballero a hablar el inglés del rey.

A la edad de cinco años, Keith empezó a ir a la escuela, y al cabo de su primera semana se quejó a la señorita Steadman de que ninguno de los otros chicos quería jugar con él. Ella no consideró que le correspondiera decirle al niño que su padre se había ganado muchos enemigos con el transcurso de los años.

La segunda semana de escuela resultó ser mucho peor que la primera, porque Keith se vio continuamente amenazado por un chico llamado Desmond Motson, cuyo padre se había visto envuelto recientemente en un escándalo financiero relacionado con la minería, asunto que apareció publicado durante varios días en la primera página del *Melbourne Courier*. Tampoco ayudó en nada el hecho de que Motson fuera cinco centímetros más alto que Keith y pesara seis kilos más.

Keith consideró con frecuencia la posibilidad de discutir el problema con su



padre, pero puesto que solo se veían los fines de semana, se contentó con unirse al viejo en su despacho, un domingo por la mañana, para escuchar sus puntos de vista sobre el contenido del *Courier* y del *Gazette* de la semana anterior, antes de comparar sus propios esfuerzos con los de sus rivales.

—«Dictador benevolente» es un titular débil —declaró su padre un domingo por la mañana al mirar la primera página del *Adelaide Gazette* del día anterior. Al cabo de un momento, añadió—: Y una historia todavía más débil. A ninguna de esas personas se les debe permitir que vuelvan a aparecer en la primera página.

—Pero solo hay un nombre en lo alto del artículo —dijo Keith, que había escuchado atentamente a su padre.

*Sir Graham* lanzó una risita.

—Cierto, muchacho, pero el titular ha tenido que ser preparado por un subdirector, probablemente mucho después de que se marchara el periodista que escribió ese artículo.

Keith se sintió intrigado hasta que su padre le explicó que los titulares podían cambiarse incluso momentos antes de que empezara a imprimirse el periódico.

—El titular tiene que llamar la atención del lector. De otro modo, ni siquiera se molestará en leer el artículo.

*Sir Graham* leyó en voz alta un artículo sobre el nuevo líder alemán. Fue la primera vez que Keith oyó pronunciar el nombre de Adolf Hitler.

—Sin embargo, la foto es condenadamente buena —añadió su padre, que indicó la imagen de un hombre pequeño con un bigote que parecía un cepillo de dientes, mostrado en una pose con el brazo derecho en alto—. No olvides nunca el viejo tópico, muchacho: «Una imagen vale más que mil palabras».

Se escuchó entonces un fuerte golpe en la puerta del despacho, y los dos se dieron cuenta de que solo podía haberlo producido el nudillo de la señorita Steadman. *Sir Graham* dudaba mucho de que el momento en que se producía la llamada, cada domingo por la mañana, hubiera variado apenas unos pocos segundos desde el día en que ella llegó.

—Pase —dijo con su voz más severa.

Se volvió y la dirigió un guiño a su hijo. Ninguno de los Townsend masculinos permitió que nadie más supiera que, a sus espaldas, llamaban *Gruppenführer* a la señorita Steadman.

La mujer entró en el despacho y pronunció las mismas palabras que había repetido cada domingo durante el último año.

—*Sir Graham*, es hora de que el señorito Keith se prepare para ir a la iglesia.

—Santo cielo, señorita Steadman, ¿ya se ha hecho tan tarde? —contestaba él antes de dirigir a su hijo hacia la puerta.

De mala gana, Keith abandonaba el puerto seguro del despacho de su padre y seguía a la señorita Steadman fuera de la estancia.

—¿Sabe lo que acaba de decirme mi padre, señorita Steadman? —dijo Keith con

un profundo acento australiano que, estaba seguro de ello, la molestaría.

—No tengo la menor idea, señorito Keith. Pero sea lo que fuere, confiemos en que eso no le impida concentrarse debidamente en el sermón del reverendo Davidson.

Keith guardó un hosco silencio mientras subían la escalera hacia su dormitorio. No volvió a pronunciar una sola palabra más hasta que no se unió a su padre y a su madre, en el asiento trasero del Rolls.

Keith sabía que, efectivamente, tendría que concentrarse en cada palabra del ministro, porque la señorita Steadman siempre les preguntaba, a él y a sus hermanas, hasta los más nimios detalles del texto, antes de acostarse. A *sir* Graham le aliviaba saber que, al menos a él, no le sometería a tal examen.

Tres noches en la casa del árbol, que la propia señorita Steadman se había ocupado de construir apenas unas semanas después de su llegada, eran el castigo que imponía a cualquiera de los niños que alcanzara una puntuación inferior al 80 por ciento en el examen sobre el sermón.

—Eso es bueno para la formación del carácter —les recordaba continuamente.

Lo que Keith no le dijo nunca fue que, a veces, contestaba deliberadamente mal porque pasar tres noches en la casa del árbol suponía una magnífica forma de escapar de su tiranía.

Al cumplir once años, se tomaron dos decisiones que marcarían a Keith durante el resto de su vida, y las dos hicieron que el muchacho se echara a llorar, desconsolado.

Tras la declaración de guerra de Alemania, el gobierno australiano le encomendó a *sir* Graham una misión especial que, según le explicó a su hijo, le exigiría pasar una considerable cantidad de tiempo en el extranjero. Esa fue la primera decisión.

La segunda se produjo unos días más tarde, después de que *sir* Graham partiera para Londres, cuando a Keith se le ofreció un puesto en la escuela St. Andrew, que ella insistió en que aceptara. La St. Andrew era un internado situado en las afueras de Melbourne.

Keith no estaba seguro de saber cuál de las dos decisiones le causaron mayor angustia.

Vestido con el primer par de pantalones largos, el lloroso muchacho fue conducido a la escuela St. Andrew el mismo día en que se inauguraba el nuevo curso. Su madre le entregó a una matrona que ofrecía todo el aspecto de haber sido cincelada a partir de la misma roca que la señorita Steadman. El primer chico al que vio Keith en cuanto cruzó la puerta fue a Desmond Motson, y más tarde le horrorizó descubrir que no solo tendrían que vivir en la misma casa, sino incluso en el mismo dormitorio. La primera noche, no pudo dormir.

A la mañana siguiente, Keith se encontró al fondo del salón de la escuela, y escuchó el discurso que pronunció el señor Jessop, su nuevo director, que procedía de algún lugar de Inglaterra llamado Winchester. Al cabo de pocos días, el nuevo

alumno descubrió que la idea que el señor Jessop se hacía de lo que era diversión consistía en una carrera de quince kilómetros campo a través, seguida por una ducha fría. Y eso era para los buenos chicos de los que, una vez que se hubieran cambiado y regresado a sus habitaciones, se esperaba que leyeran a Homero en su lengua original. Últimamente, las lecturas de Keith se concentraban casi exclusivamente en las historias que se publicaban en el *Courier* sobre «nuestros valientes héroes de guerra» y sus hazañas en el frente. Después de pasar un mes en la St. Andrew, le habría encantado cambiar de puesto con ellos.

Durante sus primeras vacaciones, Keith le dijo a su madre que si los tiempos de la escuela eran los días más felices de nuestra vida, no existía para él ninguna esperanza en el futuro. Incluso ella misma se había dado cuenta de que tenía pocos amigos y de que se estaba convirtiendo en un solitario.

El único día de la semana que Keith esperaba con impaciencia era el miércoles, cuando podía escapar de St. Andrew al mediodía y no regresar hasta últimas horas del atardecer. Una vez que sonaba la campana del colegio, tomaba la bicicleta y recorría los once kilómetros que lo separaban del hipódromo más cercano, donde pasaba una tarde feliz, deambulando entre las cercas y el recinto de los ganadores. A la edad de doce años ya se consideraba una especie de mago de la pista, y solo deseaba disponer de algo más de dinero propio para poder hacer apuestas serias. Terminada la última carrera, se iba en bicicleta a las oficinas del *Courier*, donde veía salir los ejemplares de la primera edición, y luego regresaba al colegio justo a últimas horas de la tarde.

Lo mismo que le sucedía a su padre, Keith se sentía mucho más a gusto con los periodistas y la hermandad de los aficionados a las carreras de caballos que con los hijos de la alta sociedad de Melbourne. Cuánto anhelaba decirle al jefe de estudios que lo único que realmente deseaba hacer cuando abandonara la escuela era ser el corresponsal de las carreras del *Sporting Globe*, otro de los periódicos de su padre. Pero nunca dio a conocer su secreto a nadie, por temor a que le transmitiera la información a su madre, que ya le había dejado entrever que tenía otros planes para su futuro.

Cuando su padre le llevaba a las carreras, sin informar nunca a su madre o a la señorita Steadman de lo que se disponían a hacer, Keith le veía apostar grandes sumas de dinero en cada carrera, y de vez en cuando le entregaba a su hijo una moneda de seis peniques para que probara suerte. Al principio, las apuestas de Keith no hacían sino reflejar las elecciones de su padre, pero, ante su sorpresa, no tardó en descubrir que solía regresar a casa con los bolsillos vacíos.

Después de varias de estas excursiones al hipódromo, los miércoles por la tarde, y tras haber descubierto que la mayoría de sus monedas de seis peniques terminaban en la abultada bolsa de cuero del corredor de apuestas, Keith decidió invertir un penique a la semana para comprar el *Sporting Globe*. Al revisar las páginas, se enteró de la forma en que se hallaba cada *jockey*, entrenador y propietario reconocidos por el Club Hípico de Victoria, pero ni siquiera esos conocimientos recién adquiridos impidieron

que siguiera perdiendo su dinero como antes. A la tercera semana del trimestre ya se había jugado todo el dinero del que disponía.

La vida de Keith cambió el día en que localizó un libro anunciado en el *Sporting Globe*, titulado *Cómo superar al corredor de apuestas*, escrito por «Toe, el Afortunado». Convenció a Florrie para que le prestara media corona y envió su pedido por correo a la dirección indicada en la parte inferior del anuncio. Cada mañana acudió a saludar al cartero, hasta que finalmente llegó el libro, diecinueve días más tarde. Desde el momento en que abrió la primera página, Joe el Afortunado sustituyó a Homero como lectura obligada durante el período nocturno previo a acostarse. Después de leer el libro dos veces, se sintió lo bastante seguro de sí mismo como para creer que había encontrado un sistema que le permitiría ganar siempre. Al miércoles siguiente regresó a las carreras, extrañado al pensar por qué su padre no se había aprovechado del método infalible de Joe el Afortunado.

Aquella noche, Keith regresó a casa en bicicleta después de haber perdido el dinero de bolsillo de todo el trimestre en una sola tarde. Pero se negó a echarle la culpa de su fracaso a Joe el Afortunado y supuso que, sencillamente, no había comprendido del todo cómo funcionaba el sistema. Después de leer el libro por tercera vez, se dio cuenta de su error. Según explicaba Joe el Afortunado en la página setenta y uno, se tiene que disponer de un cierto capital para empezar ya que, de otro modo, nunca se puede confiar en superar al corredor de apuestas. En la página setenta y dos se sugería que la suma necesaria era de diez libras, pero como el padre de Keith todavía estaba en el extranjero, y el lema favorito de su madre era «No seas nunca prestamista, ni tomes nunca prestado», no encontró ninguna forma inmediata de demostrar que Joe el Afortunado tenía razón.

En consecuencia, llegó a la conclusión de que tenía que ganar dinero extra de algún modo, pero puesto que iba en contra de las normas de la escuela ganar dinero durante el curso, tuvo que contentarse con la lectura, una vez más, del libro de Joe el Afortunado. En los exámenes de fin de curso habría obtenido un sobresaliente si lo hubieran examinado del texto de *Cómo superar al corredor de apuestas*.

Una vez terminado el curso, Keith regresó a Toorak y analizó sus problemas financieros con Florrie. Ella le habló de los diversos métodos utilizados por sus hermanos para ganarse un dinero extra en sus tiempos de la escuela. Tras escuchar sus consejos, Keith regresó a las carreras de caballos al sábado siguiente, pero esta vez no para hacer ninguna apuesta, ya que seguía sin tener un céntimo, sino para recoger estiércol en los establos, que luego introdujo con la pala en un saco de azúcar proporcionado por la propia Florrie. Regresó después a Melbourne, llevando el pesado saco sobre el manillar de la bicicleta, antes de extender el estiércol alrededor de los macizos de flores de sus parientes. Después de cuarenta y siete viajes de ida y vuelta a la pista de carreras en el término de diez días, Keith se embolsó treinta chelines y, una vez satisfechas las necesidades de todos sus parientes, se dedicó a atender las de sus vecinos más próximos.

Al final de las vacaciones había acumulado la pequeña fortuna de tres libras, siete chelines y cuatro peniques. En cuanto su madre le entregó el dinero de bolsillo para su siguiente trimestre, una libra, se sintió impaciente por regresar al hipódromo y ganar una fortuna. El único problema era que el sistema infalible de Joe el Afortunado afirmaba en la página setenta y dos, y repetía en la página setenta y tres: «No pruebe el sistema con menos de diez libras».

Keith habría leído *Cómo superar al corredor de apuestas* por décima vez si el señor Clarke no le hubiera descubierto ojeándolo antes de acostarse. Keith no solo vio confiscado y probablemente destruido su más preciado tesoro, sino que tuvo que sufrir la humillación pública de una azotaina administrada por el director de la escuela delante de toda la clase. Al inclinarse sobre la mesa, miró fijamente a Desmond Motson, sentado en la primera fila, incapaz de contener la sonrisa burlona de su rostro.

Aquella noche, antes de que se apagarán las luces, el señor Clarke le dijo a Keith que, de no haber intervenido en su favor, habría sido indudablemente expulsado del colegio. Keith sabía que eso no le gustaría a su padre, que en aquellos momentos regresaba a casa procedente de un lugar llamado Yalta, en Crimea, como tampoco a su madre, que ya empezaba a hablar de enviarlo a estudiar a Inglaterra, a una universidad llamada Oxford. Pero a Keith le preocupaba mucho más cómo podría convertir sus tres libras, siete chelines y cuatro peniques en diez libras.

Fue durante la tercera semana del trimestre cuando a Keith se le ocurrió una idea para doblar su dinero. Una idea que, estaba seguro de ello, jamás descubrirían las autoridades de la escuela.

La tienda de golosinas de la escuela se abría cada viernes, entre las cinco y las seis de la tarde, y luego permanecía cerrada hasta la misma hora de la semana siguiente. El lunes por la mañana, la mayoría de los chicos ya habían devorado sus pirulíes de cereza, varios paquetes de patatas fritas e innumerables botellas de limonada Marchants. Aunque se sentían temporalmente saciados, a Keith no le cabía la menor duda de que les gustaría tener más. Así pues, y teniendo en cuenta esas circunstancias, consideró que de martes a jueves existía una oportunidad ideal para crearse un mercado. Lo único que necesitaba hacer era acumular algunos de los artículos más populares vendidos en la tienda, y luego revenderlos con un beneficio, una vez que los otros chicos hubieran consumido sus reservas de dulces para la semana.

Al viernes siguiente, en cuanto abrió la tienda, Keith se encontró en el primer puesto de la fila. Al encargado le sorprendió que el joven Townsend gastara tres libras en comprar una gran caja de Minties, otra todavía más grande de treinta y seis paquetes de patatas fritas, dos docenas de pirulíes de cereza, y dos cajas de madera que contenían una docena de botellas de limonada Marchants. Informó del incidente al señor Clarke, encargado del curso de Keith, cuyo único comentario fue:

—Me sorprende que *lady* Townsend le entregue tanto dinero de bolsillo a su hijo.

Keith llevó todas sus compras a los vestuarios, y lo ocultó todo en el fondo de su armario. Luego, esperó pacientemente a que transcurriera el fin de semana.

El sábado por la tarde, Keith se dirigió en bicicleta al hipódromo, aunque se suponía que debía acudir a ver el partido anual de los First Eleven contra los de Geelong. La tarde fue frustrante para él, incapaz de hacer ninguna apuesta. Reflexionó sobre lo extraño que era el poder elegir a un ganador tras otro cuando no se tenía dinero para apostar.

El domingo, después de asistir a la capilla, Keith comprobó las salas comunes de los estudiantes de los cursos inferiores y superiores, y quedó encantado al descubrir que los suministros de comida y bebida empezaban ya a disminuir. Durante el recreo del lunes por la mañana observó a sus compañeros de clase, de pie en el pasillo, dedicados a chupar sus últimos dulces, desenvolver las últimas barras de chocolate y tomar los últimos tragos de limonada.

El martes por la mañana vio las hileras de botellas vacías junto a los cubos de basura, en una esquina del patio. Por la tarde, ya estaba preparado para poner en práctica su teoría.

Durante el período de juegos, se encerró en la pequeña imprenta de la escuela, cuyo equipo había regalado su padre el año anterior. Aunque la prensa era bastante antigua y solo funcionaba a mano, resultó bastante adecuada para satisfacer las necesidades de Keith.

Una hora más tarde abandonó la estancia con treinta ejemplares de su primer periódico, donde anunciaba que cada miércoles, entre las cinco y las seis, se abriría una tienda alternativa, delante del armario número diecinueve del vestuario de alumnos mayores. En el otro lado de la página se mostraba la variedad de artículos en oferta y se indicaban sus precios «revisados».

Keith entregó un ejemplar de la hoja a cada uno de los miembros de su clase al principio de la última clase de la tarde, y terminó su tarea apenas un momento antes de que el profesor de geografía entrara en el aula. Ya planeaba una edición mucho mayor para la semana siguiente si el experimento resultaba tener éxito.

Pocos minutos antes de las cinco de la tarde siguiente, cuando Keith apareció en el vestuario, descubrió que ya se había formado una cola frente a su armario. Abrió rápidamente la puerta de estaño y sacó las cajas, que depositó en el suelo. Mucho antes de que hubiera terminado la hora, había vendido todas sus existencias. Con un beneficio de por lo menos el 25 por ciento en la mayoría de los artículos, consiguió un beneficio total de algo más de una libra.

Solo Desmond Motson, que permaneció en un rincón, viendo cómo cambiaba el dinero de manos, gruñó algo sobre los precios excesivamente caros aplicados por Townsend. El joven empresario se limitó a decirle:

—Tienes una alternativa. Te pones en la cola, o esperas a que llegue el viernes.

Motson abandonó precipitadamente el vestuario, sin dejar de murmurar veladas amenazas por lo bajo.

El viernes por la tarde, Keith volvió a situarse en primer lugar en la cola formada ante la tienda y, habiendo tomado buena nota de qué artículos vendió primero, adquirió sus nuevas existencias de acuerdo con ello.

Cuando el señor Clarke fue informado de que Townsend había gastado en la tienda del viernes un total de cuatro libras y diez chelines, admitió sentirse extrañado, y decidió hablar con el director.

Aquel sábado por la tarde, Keith no acudió a las carreras, y empleó su tiempo en imprimir cien páginas de la segunda edición de su hoja de ventas, que distribuyó al lunes siguiente, no solo entre sus compañeros de clase, sino también entre los alumnos de las dos clases inferiores.

El martes por la mañana, durante una clase sobre historia británica de 1815 a 1867, y sobre el dorso de una copia de la Ley de Reforma de 1832, calculó que, si mantenía el mismo ritmo, solo tardaría tres semanas más en disponer de las diez libras que necesitaba para poner a prueba el sistema infalible de Joe el Afortunado.

Fue durante la clase de latín del miércoles por la tarde cuando el propio sistema infalible de Keith empezó a fallar estrepitosamente. El director entró en la clase sin anunciarse, y le pidió a Townsend que saliera inmediatamente al pasillo con él.

—Y traiga consigo la llave de su armario —añadió ominosamente.

Mientras caminaban en silencio por el largo pasillo gris, el señor Jessop le presentó una sola hoja de papel. Keith repasó la lista que habría podido recitar con mayor fluidez que cualquiera de los cuadros del *Manual latino de Kennedy*. «Minties a 8 peniques, Patatas fritas a 4 peniques, Pirulíes de Cereza a 4 peniques, Limonada Marchants a un chelín. Situarse frente al armario 19 del vestuario de alumnos mayores, el jueves a las cinco en punto. Nuestro lema es: “Al que llega primero, se le sirve primero”».

Keith consiguió mantener una expresión seria en el rostro mientras avanzaba por el pasillo junto al director.

Al entrar en el vestuario, se encontró con el encargado de curso y el encargado de deportes que ya estaban situados junto a su armario.

—Abra la puerta, Townsend —fue todo lo que dijo el director.

Keith introdujo la pequeña llave en la cerradura y la hizo girar lentamente. Abrió la puerta y los cuatro miraron al interior. Al señor Jessop le sorprendió ver que allí dentro no había más que un bate de críquet, un par de viejas almohadillas, y una camisa blanca y arrugada que daba la impresión de que nadie se había puesto en varias semanas.

La expresión del director fue de enfado, la del jefe de estudios extrañada, y la del encargado de deportes azorada.

—¿No será que se han equivocado ustedes de alumno? —preguntó Keith con actitud de dolida inocencia.

—Cierre la puerta y regrese inmediatamente a su clase, Townsend —ordenó el director.

Keith obedeció con un insolente gesto de asentimiento de la cabeza y luego se dirigió lentamente hacia el pasillo.

Una vez sentado de nuevo ante su pupitre, se dio cuenta de que tenía que decidir qué debía hacer a continuación. ¿Debía rescatar sus artículos y salvar su inversión, o dejar caer una indirecta acerca de dónde se encontraba realmente la tienda clandestina, para que la descubrieran, y solucionar de ese modo una vieja rencilla de una vez por todas?

Desmond Motson se volvió a mirarlo. Pareció sorprendido y decepcionado al encontrar de nuevo a Townsend en su puesto.

Keith le dirigió una amplia sonrisa y en seguida supo cuál de las dos opciones elegiría.



---

# THE TIMES

---

9 DE MARZO DE 1936  
Tropas alemanas en Renania

**L**ubji solo oyó hablar de Adolf Hitler después de que los alemanes remilitarizaran la Renania.

Su madre hizo una mueca al leer las hazañas del Führer en el semanario publicado por el rabino. Al terminar de leer cada página, se la entregaba a su hijo. Solo se detuvo cuando se hizo demasiado oscuro como para seguir leyendo las palabras. Lubji pudo seguir leyendo unos pocos minutos más.

—¿Tendremos que llevar todos una estrella amarilla si Hitler cruza nuestra frontera? —preguntó.

Zelta fingió haberse quedado dormida.

Ya hacía algún tiempo que su madre no podía ocultar al resto de la familia el hecho de que Lubji era su favorito, aunque sospechaba que había sido él el responsable de la desaparición de su precioso broche, y había observado con orgullo cómo se convertía en un joven alto y agraciado. Pero se mostraba inexorable en su determinación de que, a pesar de los éxitos de Lubji como comerciante, de los que admitía que se beneficiaba toda la familia, el joven estaba destinado a convertirse en un rabino. Quizá ella hubiera desperdiciado su vida, pero estaba decidida a que Lubji no desperdiciara la suya.

Durante los últimos seis años, Lubji había dedicado cada mañana a recibir clases de su tío en la casa situada sobre la colina. Lo dejaba en libertad hacia el mediodía, para que pudiera regresar al mercado, donde recientemente había adquirido su propio puesto de venta. Pocas semanas después de su *bar mitzvah*, el anciano rabino le entregó a la madre de Lubji una carta en la que se le informaba que su hijo había conseguido una beca para estudiar en la academia de Ostrava. Fue el día más feliz en la vida de Zelta. Sabía que su hijo era inteligente, quizá excepcional, pero también se dio cuenta de que aquella oferta solo pudo conseguirse gracias a la fama de su tío.

Cuando Lubji recibió la noticia de la beca obtenida, trató de no demostrar su consternación. Aunque solo se le permitía ir al mercado por las tardes, ya estaba ganando dinero suficiente como para proporcionar a cada miembro de la familia un par de zapatos y dos comidas diarias. Deseaba explicarle a su madre que no le serviría de nada convertirse en un rabino si lo único que deseaba hacer era montar su propia tienda en el solar que había quedado vacante junto al del señor Lekski.

El señor Lekski cerró la tienda y se tomó el día libre para llevar al joven estudiante a la academia y, durante el largo viaje hasta Ostrava, le dijo que confiaba en que pudiera hacerse cargo de su tienda una vez terminados los estudios. Lubji solo deseaba regresar a casa inmediatamente, y se necesitó de mucho poder de persuasión para que tomara la pequeña bolsa de cuero, la última transacción hecha el día anterior, y cruzara bajo el enorme arco de piedra que conducía a la academia. Si el

señor Lekski no hubiera añadido que no consideraría la idea de aceptarlo a menos que terminara sus cinco años de estudio en la academia, Lubji habría vuelto a saltar al coche.

Lubji no tardó en descubrir que en la academia no había otros niños procedentes de un ambiente tan humilde como el suyo. Algunos de sus compañeros de clase dejaron bien claro, directa o indirectamente, que él no era la clase de persona con la que esperaban relacionarse. A medida que pasaron las semanas, también descubrió que las habilidades aprendidas como comerciante en el mercado le servían de bien poco en aquella institución, aunque ni el más indispuesto podía negar que él poseía un don natural para los idiomas. Y, ciertamente, las largas horas de estudio, el poco sueño y la disciplina rigurosa, no despertaban ningún temor en el muchacho procedente de Douski.

Al final de su primer año en Ostrava, Lubji terminó situado en la mitad superior de la clase en la mayoría de las asignaturas. Fue el mejor en matemáticas y el tercero en húngaro, que se había convertido ahora en su segunda lengua. Pero ni siquiera para el director de la academia le pasó por alto el hecho de que aquel joven tan bien dotado tuviera pocos amigos y fuera casi un solitario. Le aliviaba al menos tener la certeza de que nadie se haría el valiente con el muchacho, ya que el único que lo intentó terminó en el sanatorio.

Al regresar a Douski, a Lubji le sorprendió comprobar lo pequeña que era la ciudad, lo pobre que era su familia, y lo mucho que se habían acostumbrado a depender de él.

Cada mañana, después de que su padre se marchara hacia los pastos, Lubji subía por el camino de la colina, hasta la casa del rabino, y allí continuaba sus estudios. El anciano erudito se maravillaba ante el dominio de los idiomas que demostraba el muchacho, y admitía incluso que ya no estaba en condiciones de mantenerse a su altura en matemáticas. Por las tardes, Lubji regresaba al mercado y en un buen día era capaz de regresar a casa con suministros suficientes para alimentar a toda la familia.

Intentó enseñar a sus hermanos a comerciar, para que pudieran dirigir el puesto por las mañanas, mientras él no estaba. Llegó rápidamente a la conclusión de que se trataba de un empeño inútil, y solo deseaba que su madre le permitiera quedarse en casa y crear un negocio del que todos pudieran beneficiarse. Pero Zelta no demostró el menor interés por lo que él conseguía en el mercado, y solo le interrogaba acerca de sus estudios. Leía una y otra vez los informes sobre sus notas y al final de las vacaciones llegó a sabérselos de memoria. Eso hizo que Lubji se sintiera más decidido que nunca a complacerla cuando le presentara las notas del curso siguiente.

Una vez terminadas sus vacaciones de seis semanas, Lubji metió de mala gana sus cosas en la pequeña bolsa de cuero y fue conducido de regreso a Ostrava por el señor Lekski.

—La oferta de unirte a mí sigue en pie —le recordó al joven—, pero solo después de que hayas terminado tus estudios.

Durante el segundo año de estancia de Lubji en la academia, el nombre de Adolf Hitler surgió en las conversaciones casi con tanta frecuencia como el de Moisés. Cada día llegaban judíos que cruzaban huyendo la frontera e informaban de los horrores que tenían lugar en Alemania; Lubji no dejaba de preguntarse qué planearía hacer el Führer a continuación. Leía todos los periódicos que encontraba, en el idioma que fuese y aunque fueran atrasados.

«Hitler mira hacia el Este», decía un titular de la primera página del *Ostrava*. Al pasar a la página siete para seguir leyendo el artículo, descubrió que no estaba. Eso, sin embargo, no le impidió preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que los tanques del Führer marcharan sobre Checoslovaquia. En cualquier caso, estaba seguro de una cosa: la raza dominante de Hitler no incluiría a personas como él.

Más tarde, aquella misma mañana, expresó sus temores ante su profesor de historia, pero este parecía incapaz de desarrollar sus ideas más allá de Aníbal y la cuestión de si podría cruzar los Alpes. Lubji cerró su viejo libro de historia y, sin considerar las consecuencias que pudieran tener sus actos, abandonó la clase, recorrió el pasillo y se dirigió al despacho privado del director. Se detuvo ante una puerta que nunca había cruzado, y solo vaciló un momento antes de llamar.

—Pase —dijo una voz.

Lubji abrió la puerta despacio y entró en el despacho del director. Aquel hombre piadoso vestía todos sus ropajes académicos, de color rojo y gris, y un casquete negro sobre sus tirabuzones largos y negros. El hombre levantó la mirada.

—Imagino que esta visita será por algo de vital importancia, ¿no es así, Hoch?

—Sí, señor —contestó Lubji con seguridad.

Pero luego perdió los nervios y no supo qué añadir.

—¿Y bien? —le animó el director tras un largo silencio.

—Tenemos que estar preparados para marcharnos en cualquier momento —barbotó finalmente Lubji—. Tenemos que suponer que no pasará mucho tiempo antes de que Hitler...

El anciano le sonrió al joven de quince años e hizo un gesto despreciativo con la mano.

—Hitler nos ha dicho cientos de veces que no tiene intención de ocupar ningún otro territorio —dijo, como si corrigiera un pequeño error que Lubji hubiese cometido en un examen de historia.

—Siento mucho haberle molestado, señor —dijo Lubji al darse cuenta de que, por muy bien que expusiera sus argumentos, no iba a convencer a un hombre tan poco realista.

Pero, a medida que transcurrieron las semanas, primero su tutor, luego su jefe de estudios y finalmente el propio director, tuvieron que admitir que la historia se estaba escribiendo ante sus propios ojos.

Fue una cálida noche de septiembre cuando el director, que llevaba a cabo su ronda habitual, empezó a alertar a los alumnos y a decirles que recogieran sus

pertenencias, ya que se marcharían al amanecer del día siguiente. No se sorprendió al encontrar ya vacía la habitación de Lubji.

Pocos minutos después de la medianoche, una división de tanques alemanes cruzó la frontera y avanzó hacia Ostrava sin encontrar resistencia. Los soldados registraron minuciosamente la academia antes de que sonara la campana que anunciaba el desayuno, y empujaron a todos los estudiantes hacia unos camiones que esperaban. Solo hubo un alumno que no estuvo presente para contestar al pase final de la lista. Lubji Hoch se había marchado la noche anterior. Después de guardar todas sus pertenencias en la pequeña bolsa de cuero, se unió a la corriente de refugiados que se dirigían hacia la frontera húngara. Rezó para que su madre hubiera leído no solo los periódicos, sino la mente de Hitler, y hubiera podido escapar de algún modo junto con el resto de su familia. Recientemente, había oído rumores de que los alemanes reunían a los judíos y los metían en campos de internamiento. Intentó no pensar en lo que podría sucederle a su familia si eran capturados.

Aquella noche, al cruzar sigilosamente las puertas de la academia, Lubji ni siquiera se detuvo a observar a las gentes locales, que se precipitaban de una casa a otra para buscar a sus parientes, mientras que otros cargaban sus posesiones en carros tirados por caballos que seguramente serían alcanzados hasta por el vehículo armado más lento. No era una noche para preocuparse por las posesiones personales; no se puede fusilar a una posesión, hubiera querido gritarles. Pero nadie se quedó quieto el tiempo suficiente como para escuchar al joven alto, de fuerte constitución, con los largos tirabuzones negros, vestido con su uniforme académico. Cuando los tanques alemanes rodearon la academia, él ya había recorrido varios kilómetros por la carretera del sur, hacia la frontera.

Lubji ni siquiera se detuvo para dormir. Ya podía escuchar el rugido de los cañones, mientras el enemigo avanzaba hacia la ciudad, procedente del oeste. Siguió caminando, adelantó a aquellos cuyo paso era más lento porque tenían que tirar y empujar de las posesiones de sus vidas. Adelantó a burros excesivamente cargados, a carros que necesitaban reparar una rueda y a familias con niños pequeños y parientes ancianos, retenidos por el paso de los más lentos. Vio a las madres que cortaban los tirabuzones de sus hijos y que empezaban a abandonar todo aquello que pudiera identificarles como judíos. Se hubiera detenido para reprenderlas, pero no deseaba perder un tiempo precioso. Se juró a sí mismo que nada le haría abandonar su religión.

La disciplina que le inculcaron en la academia durante los dos años anteriores le permitió a Lubji continuar su camino sin comida ni descanso, hasta el amanecer. Cuando finalmente se tumbó a dormir un rato, lo hizo en el fondo de un carro y, más tarde, en el asiento delantero de un camión. Estaba decidido a que nada detuviera su avance hacia un país amistoso.

Aunque la libertad solo estaba apenas a 180 kilómetros de distancia, Lubji vio salir y ponerse el sol tres veces antes de escuchar los gritos de quienes iban por

delante de él, al llegar ante la frontera del estado soberano de Hungría. Se detuvo al final de una desordenada cola de futuros inmigrantes. Tres horas más tarde solo había avanzado un par de cientos de metros y quienes hacían cola, por delante de él, empezaron a prepararse para pasar la noche. Ojos angustiados miraron hacia atrás para mirar las columnas de humo que se elevaban en el cielo, y se escuchaba el tronar de los cañones, mientras los alemanes continuaban su avance implacable.

Lubji esperó hasta que se hizo de noche. Luego, silenciosamente, avanzó por entre las familias dormidas, hasta que pudo ver con claridad las luces del puesto fronterizo, por delante de él. Se tumbó en una zanja, y trató de pasar lo más inadvertido posible, con la cabeza apoyada sobre la pequeña bolsa de cuero. A la mañana siguiente, en cuanto el oficial de aduanas levantó la barrera, Lubji esperaba delante de la fila. Los que estaban detrás, despertaron y al ver a aquel joven con su atuendo académico, que canturreaba un salmo por lo bajo, no consideraron oportuno preguntarle cómo es que se había colocado al principio de la cola.

El oficial de aduanas no perdió el tiempo registrando la pequeña bolsa de Lubji. Una vez que hubo cruzado la frontera, no se alejó en ningún momento de la carretera que conducía a Budapest, la única ciudad húngara de la que había oído hablar. Después de otros dos días y noches de compartir la comida con familias generosas, aliviado por haber escapado de la ira de los alemanes, llegó a las afueras de la capital el 23 de septiembre de 1939.

Casi no pudo creer en la vista que se ofreció ante sus ojos. Aquella le pareció la ciudad más grande del mundo. Dedicó sus primeras horas a deambular por las calles, y se sentía más y más entusiasmado a cada paso que daba. Finalmente, se derrumbó en los escalones de una enorme sinagoga y al despertar a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue preguntar la dirección del mercado.

Lubji quedó muy impresionado al contemplar hilera tras hilera de puestos de venta cubiertos, que ocupaban todo el espacio que era capaz de ver. Algunos solo vendían verduras, otros solo fruta, unos pocos comerciaban con muebles, y uno simplemente con imágenes, algunas de ellas enmarcadas.

A pesar de que hablaba su idioma con fluidez, al ofrecer sus servicios a los comerciantes, la única pregunta que le hacían era:

—¿Tienes algo que vender?

Por segunda vez en su vida, Lubji se encontró con el problema de no tener nada con lo que comerciar. Se quedó observando a los refugiados, que cambiaban valiosas pertenencias familiares, a veces solo por una hogaza de pan o un saco de patatas. Se dio cuenta rápidamente de que la guerra permitía a algunas personas amasar una gran fortuna.

Lubji buscó trabajo incansablemente, día tras día. Por la noche, se desmoronaba sobre la acera, hambriento y agotado, pero todavía decidido a salir adelante. Después de haber sido rechazado por todos los comerciantes del mercado, se vio obligado a pedir limosna en las esquinas de las calles.

A últimas horas de una tarde, al borde ya de la desesperación, pasó ante una mujer vieja que estaba en un quiosco de periódicos en la esquina de una calle tranquila, y al observar que llevaba la estrella de David colgada de una delgada cadena de oro que le colgaba del cuello, le dirigió una sonrisa, confiando en que se apiadara de él. Pero la mujer ignoró al sucio y joven inmigrante y continuó con su trabajo.

Lubji se disponía a seguir su camino cuando un hombre joven, apenas unos pocos años mayor que él, se acercó al quiosco, eligió un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas y luego se marchó sin pagar a la mujer. La mujer salió corriendo del quiosco moviendo los brazos y gritando.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Pero el hombre joven se limitó a encogerse de hombros y encendió uno de los cigarrillos. Lubji lo siguió calle abajo y le puso una mano sobre el hombro. El hombre se volvió.

—No ha pagado usted los cigarrillos —le dijo Lubji.

—Piérdete por ahí, condenado eslovaco —exclamó el hombre, que lo empujó para apartarlo antes de continuar su camino.

Lubji corrió de nuevo tras él y esta vez lo sujetó por el brazo. El hombre se volvió por segunda vez y, sin advertencia previa, le lanzó un puñetazo. Lubji se agachó rápidamente y el puño le pasó por encima del hombro. Cuando el hombre se tambaleó hacia adelante por el impulso, Lubji le propinó un golpe corto en el plexo solar, con tal fuerza que el hombre se tambaleó hacia atrás y se desmoronó sobre el suelo, dejando caer los cigarrillos y las cerillas. Lubji acababa de descubrir algo que, seguramente, había heredado de su padre.

Se sintió tan sorprendido por su propia fuerza que vaciló un momento antes de agacharse para recoger los cigarrillos y las cerillas. Dejó al hombre aferrándose la boca del estómago y regresó hacia el quiosco.

—Gracias —le dijo la anciana cuando le entregó lo que le habían robado.

—Me llamo Lubji Hoch —le dijo y se inclinó ante ella.

—Yo soy la señora Cerani.

Aquella noche, cuando la anciana regresó a su casa, Lubji se quedó a dormir en la acera, detrás del quiosco. A la mañana siguiente, la mujer se sorprendió al verlo todavía allí, sentado sobre un bulto de periódicos atados.

En cuanto él la vio bajar por la calle, empezó a desatar los bultos. La observó mientras la mujer clasificaba los periódicos y los colocaba en los anaqueles para llamar la atención de los obreros que pasaban a primeras horas de la mañana. Durante el transcurso del día, la señora Cerani empezó a hablarle a Lubji de los diferentes periódicos y le sorprendió descubrir los idiomas que hablaba el joven. No tardó en darse cuenta de que también era capaz de conversar con cualquier refugiado que acudía en busca de noticias sobre su propio país.

Al día siguiente, Lubji ya había colocado todos los periódicos en los anaqueles, antes de que la señora Cerani llegara. Incluso había vendido un par de ellos a clientes

madrugadores. Al final de la semana, la mujer se pasaba la mayor parte del tiempo dormitando felizmente en el rincón de su quiosco, y solo tenía que ofrecer alguna que otra información cuando Lubji no sabía contestar a la pregunta de un cliente.

El viernes por la noche, cuando la señora Cerani cerró el quiosco, le hizo señas a Lubji para que la siguiera. Caminaron en silencio durante un rato hasta detenerse ante una pequeña casa a un kilómetro y medio del quiosco. La anciana le invitó a entrar y lo empujó a través de la salita para que conociera a su esposo. El señor Cerani quedó impresionado al ver a aquel mozo corpulento y sucio, pero se apiadó un poco al saber que Lubji era un refugiado judío procedente de Ostrava. Lo invitó a unirse a ellos para la cena. Era la primera vez que Lubji se sentaba ante una mesa desde que abandonara la academia.

Durante la cena, Lubji se enteró de que el señor Cerani dirigía una papelería que suministraba al quiosco donde trabajaba su esposa. Empezó por hacerle a su anfitrión una gran cantidad de preguntas acerca de los ejemplares devueltos, los artículos de reclamo vendidos a bajo precio para atraer clientes, los márgenes de beneficio y las existencias alternativas. El vendedor de periódicos no tardó en darse cuenta de por qué se habían disparado los beneficios del quiosco durante la semana. Mientras Lubji se ocupaba de fregar los platos, el señor y la señora Cerani hablaron en voz baja en el rincón de la cocina. Cuando terminaron de hablar, la señora Cerani llamó a Lubji, quien supuso que había llegado el momento de marcharse. Pero en lugar de acompañarlo hasta la puerta, la mujer subió la escalera. Se volvió hacia él y lo llamó de nuevo, de modo que se decidió a seguirla. En lo alto de la escalera, ella le abrió una puerta que daba acceso a una pequeña habitación. No había alfombra en el suelo, y el único mueble era una cama individual, un destartalado aparador y una mesita. La anciana observó la cama vacía con una mirada triste en su rostro, hizo un gesto hacia ella y luego abandonó habitación sin decir una sola palabra.

Fueron tantos los inmigrantes de tantos países que empezaron a acudir a hablar con el joven, que parecía haber leído todos los periódicos, acerca de lo que sucedía en cada uno de sus países que, al final del primer mes, Lubji casi había logrado duplicar las ganancias del pequeño quiosco. El último día del mes, el señor Cerani le hizo a Lubji su primera oferta de trabajo. Aquella noche, mientras cenaban, le dijo al joven que, a partir del lunes, trabajaría con él en la tienda, para aprender más sobre el oficio. La señora Cerani pareció sentirse decepcionada, a pesar de que su marido le aseguró que solo sería durante una semana.

En la tienda, el joven aprendió rápidamente los nombres de los clientes habituales, el periódico que solían comprar y su marca favorita de cigarrillos. Durante la segunda semana, le llamó la atención un tal señor Farkas, que dirigía una tienda de la competencia en el otro lado de la calle, pero como ni el señor ni la señora Cerani lo mencionaron por su nombre, él tampoco planteó el tema. El domingo por la noche, el



señor Cerani le dijo a su esposa que Lubji trabajaría permanentemente con él en la tienda, algo que no pareció sorprender a la mujer.

Cada mañana, Lubji se levantaba a las cuatro, salía de casa y acudía a abrir la tienda. Al cabo de poco tiempo ya se ocupaba de llevar los periódicos hasta el quiosco y de atender a los primeros clientes, antes de que el señor o la señora Cerani hubieran terminado de desayunar. A medida que transcurrieron las semanas, el señor Cerani empezó a llegar cada vez más tarde a la tienda y, por la noche, después de contar el dinero de la caja, ponía a menudo una o dos monedas en la mano de Lubji.

Lubji fue acumulando las monedas sobre la mesa, junto a su cama, y las convertía en un pequeño billete verde cada vez que conseguía diez. Por la noche, permanecía despierto y soñaba con la posibilidad de hacerse cargo de la tienda y del quiosco cuando el señor y la señora Cerani decidieran jubilarse. Últimamente habían empezado a tratarlo como si fuera su propio hijo; le hacían pequeños regalos y la señora Cerani llegaba incluso a abrazarlo antes de que él se acostara. Eso le hizo pensar en su madre.

Lubji empezó a creer que quizá pudiera llegar a cumplir sus ambiciones cuando el señor Cerani se tomó un día libre y no acudió a la tienda. Más adelante fue todo un fin de semana y, al regresar, no dejó de observar que las ganancias habían aumentado ligeramente.

Un sábado por la mañana, cuando regresaba de la sinagoga, Lubji tuvo la sensación de que alguien lo seguía. Se detuvo y, al volverse, vio al señor Farkas, el vendedor de periódicos de la competencia, que solo se encontraba a pocos pasos por detrás de él.

—Buenos días, señor Farkas —saludó Lubji, que se quitó el sombrero negro de ala ancha.

—Buenos días, señor Hoch —replicó el hombre.

La verdad es que, hasta ese momento, Lubji nunca había pensado en sí mismo como «señor Hoch». Al fin y al cabo, solo hacía muy poco que había celebrado su decimoséptimo cumpleaños.

—¿Deseaba usted hablar conmigo? —preguntó Lubji.

—Sí, señor Hoch, en efecto —dijo el hombre, que se situó a su lado.

Empezó a desplazar incómodamente el peso de su cuerpo, de un pie a otro. Lubji recordó entonces el consejo del señor Lekski: «Cuando un cliente parezca nervioso, no digas nada».

—Estaba pensando en ofrecerle un puesto de trabajo en una de mis tiendas —dijo el señor Farkas, que lo miró.

Era la primera noticia que tenía de que el señor Farkas poseía más de una tienda.

—¿En qué puesto? —preguntó.

—Como ayudante de dirección.

—¿Y cuál sería mi salario?

Al escuchar la cantidad, no hizo comentario alguno, aunque cien pengös a la

semana suponía casi el doble de lo que le pagaba el señor Cerani.

—¿Y dónde viviría?

—Hay una habitación libre encima de la tienda —contestó el señor Farkas—. Imagino que es bastante más grande que la pequeña buhardilla que ocupa ahora en lo alto de la casa de los Cerani.

Lubji lo miró fijamente.

—Pensaré en su oferta, señor Farkas —le dijo y, una vez más, se quitó el sombrero al despedirse.

De regreso en la casa, ya tenía decidido informar de toda la conversación al señor Cerani, antes de que se enterara por otros medios.

El anciano se tocó el poblado bigote y suspiró cuando Lubji terminó de contarle lo acaecido. Pero no dijo nada.

—Le dejé bien claro que no estaba interesado en trabajar para él —dijo Lubji, a la espera de ver cómo reaccionaría su jefe.

Pero el señor Cerani no dijo nada, y no volvió a plantear el tema hasta que los tres estuvieron sentados a la mesa para cenar, a la noche siguiente. Lubji sonrió al saber que recibiría un aumento de sueldo al final de la semana. Pero el viernes se sintió decepcionado al abrir el pequeño sobre marrón y descubrir lo exiguo que había resultado ser el aumento prometido.

Al sábado siguiente, cuando el señor Farkas se le aproximó de nuevo y le preguntó si había tomado ya alguna decisión, Lubji se limitó a contestarle que se sentía satisfecho con el salario que recibía actualmente. Luego, se inclinó ante él y se alejó, convencido de haberle causado la impresión de que seguía abierto a una contraoferta por su parte.

Durante las semanas siguientes, mientras realizaba su trabajo con la misma eficacia de siempre, Lubji miraba de vez en cuando hacia la gran habitación situada por encima de la papelería de la competencia, al otro lado de la calle. Por la noche, antes de dormirse, intentaba imaginar cómo sería vivir allí.

Después de trabajar durante seis meses para los Cerani, Lubji se las había arreglado para ahorrar casi todos sus salarios. El único gran gasto que hizo fue comprar un traje de segunda mano, de chaqueta cruzada, dos camisas y una corbata moteada con los que recientemente había sustituido su vestimenta académica. Pero, a pesar de su recién encontrada seguridad, experimentaba cada vez más y más temor acerca de dónde atacaría Hitler a continuación. Después de que el Führer invadiera Polonia, siguió pronunciando discursos en los que aseguraba al pueblo húngaro que lo consideraba como un aliado. Pero, a juzgar por lo sucedido en el pasado, «aliado» no era una palabra que hubiese mirado en el diccionario polaco.

Lubji intentó no pensar en la disyuntiva de tener que trasladarse otra vez, pero a medida que pasaban los días cobraba dolorosa conciencia de la gente que lo señalaba

como judío, y no pudo dejar de observar que algunos de los habitantes locales se preparaban para dar la bienvenida a los nazis.

Una mañana en que se dirigía al trabajo, un viandante le abucheó. Se sintió pillado por sorpresa, pero al cabo de unos pocos días aquello se había convertido en un incidente repetido con regularidad. Luego, alguien arrojó las primeras piedras contra el escaparate de la tienda del señor Cerani, y algunos de los clientes habituales empezaron a cruzar la calle para acudir a la tienda del señor Farkas. El señor Cerani, sin embargo, seguía insistiendo en que Hitler había afirmado categóricamente que nunca violaría la integridad territorial de Hungría.

Lubji le recordó a su jefe que aquellas fueron exactamente las mismas palabras que empleó el Führer antes de invadir Polonia. Luego le habló de un caballero británico llamado Chamberlain, que había presentado su dimisión como primer ministro apenas unos meses antes.

Lubji sabía que todavía no contaba con ahorros suficientes para cruzar la frontera, de modo que al lunes siguiente, mucho antes de que los Cerani bajaran a desayunar, cruzó osadamente la calle y entró en la tienda de la competencia. El señor Farkas no pudo ocultar su sorpresa al ver a Lubji entrar en su tienda.

—¿Sigue abierta su oferta como ayudante de dirección? —le preguntó Lubji sin preámbulos, pues no quería que lo pillaran en aquel lado de la calle.

—No, para un muchacho judío, no —contestó el señor Farkas, que lo miró directamente—. Por muy bueno que crea ser. En cualquier caso, en cuanto Hitler invada, me apoderaré de vuestra tienda.

Lubji se marchó sin decir una sola palabra más. Una hora más tarde, cuando el señor Cerani llegó a la tienda, le dijo que el señor Farkas le había hecho otra oferta.

—Pero le dije que a mí no me podía comprar —añadió.

El señor Cerani asintió con un gesto y no dijo nada. El viernes, al abrir el sobre de su salario, a Lubji no le sorprendió descubrir que contenía otro pequeño aumento de sueldo.

Siguió ahorrando casi todas sus ganancias. Cuando empezaron a detener a los judíos por pequeños delitos, consideró cuál podría ser su ruta de escape. Cada noche, después de que los Cerani se hubieran retirado a descansar, Lubji bajaba la escalera con sigilo y estudiaba el viejo atlas que el señor Cerani guardaba en su pequeño despacho. Repasó varias veces las alternativas. Tendría que evitar el cruzar por Yugoslavia; seguramente, solo era cuestión de tiempo que sufriera el mismo destino que Polonia y Checoslovaquia. Italia quedaba descartada, lo mismo que Rusia. Se decidió finalmente por Turquía. Aunque no tenía documentos oficiales decidió acudir el fin de semana a la estación y ver si podía tomar de algún modo un tren que efectuara el viaje a través de Rumania y Bulgaria hasta Estambul. Poco después de la medianoche, Lubji cerró los viejos mapas de Europa por última vez y regresó a su pequeña habitación en lo alto de la casa.

Sabía que se acercaba el momento en el que tendría que comunicarle sus planes al

señor Cerani, pero decidió aplazarlo hasta el viernes siguiente, cuando recibiera el sobre con su salario. Se metió en la cama y se quedó dormido, mientras trataba de imaginar cómo sería la vida en Estambul. ¿Habría allí un mercado y les gustaba a los turcos hacer trueques?

Unos golpes fuertes lo despertaron de un profundo sueño. Saltó de la cama y corrió hacia la pequeña ventanuca que daba a la calle. Había soldados por todas partes, armados con rifles. Algunos golpeaban las puertas de las casas con las culatas de sus rifles. De un momento a otro llegarían a la casa de los Cerani. Lubji se vistió rápidamente, extrajo el fajo de billetes de debajo del colchón y se lo metió en la cintura, sujetándolo con el ancho cinturón de cuero con el que se sostenía los pantalones.

Bajó al primer rellano y desapareció en el cuarto de baño que compartía con los Cerani. Tomó la cuchilla de afeitar del anciano y se cortó rápidamente los largos tirabuzones negros que le colgaban sobre los hombros. Arrojó los mechones de cabello a la taza y tiró de la cadena. Luego, abrió el pequeño armario de baño y sacó el tarro de brillantina del señor Cerani. Se puso un puñado en la cabeza, con la esperanza de que ocultara el hecho de que acababa de cortarse el pelo.

Lubji se miró en el espejo y rezó para que, con su traje gris claro de chaqueta cruzada y solapas anchas, la camisa blanca y la corbata azul moteada, los invasores creyeran que no era más que un hombre de negocios húngaro de visita en la capital. Al menos ahora ya podía hablar el idioma sin el menor rastro de acento. Se detuvo un momento, antes de regresar al rellano. Mientras bajaba la escalera, sin hacer ruido, oyó que alguien golpeaba ya con fuerza la puerta de la casa de al lado. Miró rápidamente hacia la salita, pero no había la menor señal de los Cerani. Se dirigió hacia la cocina, donde encontró a los dos viejos ocultos bajo la mesa, abrazados el uno al otro. Con el candelabro de siete brazos de David en un rincón de la estancia, no les iba a resultar nada fácil ocultar el hecho de que eran judíos.

Sin decir una sola palabra, Lubji se dirigió de puntillas hacia la ventana de la cocina, que daba al patio de atrás. La levantó con precaución y asomó la cabeza. No se veía a ningún soldado. Dirigió la mirada hacia la derecha, y vio a un gato que se subía a un árbol. Miró luego a la izquierda y se encontró ante un soldado, que le miraba fijamente. Junto a él estaba el señor Farkas, que asintió con un gesto y dijo:

—Es él.

Lubji sonrió, esperanzado, pero el soldado le hundió brutalmente la culata del rifle en la barbilla. Cayó fuera de la ventana, con la cabeza por delante y se derrumbó sobre el sendero.

Levantó la mirada y se encontró con una bayoneta que se balanceaba entre los ojos.

—¡Yo no soy judío! —gritó—. ¡No soy judío!

El soldado quizá podría haber quedado más convencido si Lubji no hubiera barbotado aquellas palabras en yiddish.

# **Daily Mail**

---

8 de febrero de 1945

Yalta: la Conferencia Tripartita

## 6

Cuando Keith regresó para pasar su último año en la escuela St. Andrew, a nadie le sorprendió que el director no lo invitara a convertirse en monitor escolar para los alumnos de menor edad.

Había, sin embargo, un puesto de autoridad que Keith deseaba ocupar antes de abandonar la escuela, aunque ninguno de sus contemporáneos le ofreciera la menor oportunidad de ocuparlo.

Keith confiaba en convertirse en el director del *St. Andy*, la revista escolar, como había hecho su padre antes que él. El único rival para ocupar el puesto era un chico de su misma clase llamado Tomkins *El Empollón*, que fuera subdirector durante el trimestre anterior, y que era considerado por el director como «una apuesta segura». Tomkins, a quien ya se le había ofrecido un puesto para estudiar en Cambridge, era considerado como el favorito por los sesenta y tres alumnos de sexto curso que tenían voto. Pero eso fue antes de que nadie se diera cuenta de hasta dónde estaba dispuesto a llegar Keith para asegurarse el puesto.

Poco antes de que tuviera lugar la elección, Keith analizó el problema con su padre mientras daban un paseo por la propiedad campestre de la familia.

—Los electores cambian con frecuencia de idea en el último momento —le dijo su padre—, y la mayoría de ellos son susceptibles al soborno o al temor. Esa ha sido siempre mi experiencia, tanto en la política como en el mundo de los negocios. No veo razón alguna por la que las cosas tengan que ser diferentes para el sexto curso de St. Andrew. —*Sir Graham* se detuvo al llegar a lo alto de la colina desde donde se dominaba la propiedad—. Y no olvides que cuentas con una ventaja sobre los candidatos que se presentan a la mayoría de las otras elecciones —afirmó.

—¿Qué ventaja? —preguntó el joven de diecisiete años mientras descendían de la colina, camino de regreso a la casa.

—Con un electorado tan exiguo, conoces personalmente a todos los votantes.

—Eso podría ser una ventaja si yo fuera más popular que Tomkins —dijo Keith—. Pero no lo soy.

—Son pocos los políticos que dependen exclusivamente de la popularidad para salir elegidos —le aseguró su padre—. Si fuera así, la mitad de los dirigentes del mundo perderían sus cargos. No tenemos mejor ejemplo de ello que Churchill.

Keith escuchó con mucha atención las palabras de su padre durante el camino de regreso a la casa.

Cuando Keith regresó a St. Andrew, solo disponía de diez días para poner en práctica las recomendaciones de su padre, antes de que se celebrara la elección. Probó todas

las formas de persuasión que se le ocurrieron: entradas para el MCG, botellas de cerveza, paquetes ilegales de cigarrillos. A uno de los votantes llegó a prometerle incluso una cita con su hermana mayor. Pero cada vez que trataba de calcular cuántos votos se había asegurado, seguía sin estar convencido de poder alcanzar la mayoría. Sencillamente, no había forma de saber cuál sería el voto de sus compañeros en una votación secreta. Y a Keith no le ayudó en nada el hecho de que el director no vacilara en dejar bien claro quién era su candidato preferido.

Cuarenta y ocho horas antes de la votación, Keith empezó a considerar la segunda opción recomendada por su padre, la del temor. Pero por muy tarde que se quedara despierto por la noche, dándole vueltas a la idea, no se le ocurrió nada factible.

A la tarde siguiente recibió una visita de Duncan Alexander, el recién nombrado jefe de curso.

—Necesito un par de entradas para el partido de Victoria contra Australia del Sur en el estadio MCG.

—¿Y qué puedo esperar a cambio? —preguntó Keith, que levantó la mirada hacia él.

—Mi voto —contestó el jefe de curso—, por no hablar de la influencia que podría ejercer sobre los otros votantes.

—¿En una votación secreta? —preguntó Keith—. Debes de estar bromeando.

—¿Sugieres que no te fías de mi palabra?

—Algo así —contestó Keith.

—¿Y cuál sería tu actitud si pudiera ofrecerte algunos trapos sucios sobre Cyril Tomkins?

—Eso dependería del grado de suciedad —contestó Keith.

—Lo bastante como para verse obligado a retirar su candidatura.

—Si fuera así, no solo te proporcionaría dos entradas en el palco de socios de honor, sino que yo personalmente te presentaría a cualquier miembro del equipo al que quisieras conocer. Pero antes de considerar siquiera la idea de entregarte las entradas, necesitaría saber qué tienes sobre Tomkins.

—No te lo diré mientras no tenga las entradas —afirmó Alexander.

—¿Sugieres acaso que no te fías de mí? —preguntó Keith con una risita burlona.

—Algo así —replicó Alexander con la misma risa.

Keith abrió el cajón superior de su mesa y sacó una pequeña caja de estaño. Introdujo en la cerradura la llave más pequeña que colgaba de su llavero y la hizo girar. Levantó la tapa, removi6 algunas cosas y finalmente extrajo dos entradas alargadas.

Se las entregó a Alexander, que las observó con atención. Una sonrisa se extendió sobre su rostro.

—Bien —dijo Keith—, ¿qué tienes sobre Tomkins que te hace estar tan seguro de que abandonará?

—Es homosexual —dijo Alexander.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo Keith.

—Pero lo que no saben —continuó Alexander—, es que estuvo a punto de ser expulsado del colegio el curso anterior.

—Yo también —dijo Keith—, así que eso no es gran cosa.

Tomó las dos entradas y las volvió a guardar en la caja de estaño.

—Pero no por haber sido descubierto en los lavabos con el joven Julian Wells, del curso inferior. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y los dos con los pantalones bajados.

—Si fue algo tan evidente, ¿por qué no lo expulsaron?

—Porque no hubo pruebas suficientes. Según me han dicho, el profesor que los descubrió abrió la puerta un momento demasiado tarde.

—¿O un momento demasiado pronto? —sugirió Keith.

—Y también estoy bastante bien informado de que al director le pareció que no era esa la clase de publicidad que necesitaba la escuela, sobre todo después de que Tomkins consiguiera una beca para estudiar en Cambridge.

La sonrisa de Keith se hizo mucho más amplia. Volvió a introducir la mano en la caja de estaño y extrajo una de las entradas.

—Me prometiste las dos —dijo Alexander.

—Recibirás la otra mañana... si gano. De ese modo estaré bastante seguro de que pondrás la cruz en la casilla correcta de la papeleta.

—Regresaré mañana a por la otra —dijo Alexander, que tomó la entrada que se le ofrecía.

Una vez que Alexander hubo cerrado la puerta tras él, Keith permaneció sentado ante la mesa y empezó a teclear furiosamente en la máquina de escribir. Redactó un par de cientos de palabras en la pequeña Remington que su padre le había regalado por Navidad. Una vez terminado el escrito, revisó el texto, hizo unas pocas correcciones y luego se dirigió hacia la imprenta de la escuela para preparar una edición limitada.

Salió de allí cincuenta minutos más tarde con una página recién impresa. Miró su reloj. Cyril Tomkins era uno de esos chicos de quien siempre se podía confiar que estaría en su habitación entre las cinco y las seis, repasando sus lecciones. Hoy no sería ninguna excepción. Keith recorrió el pasillo y llamó tranquilamente a su puerta.

—Entre —respondió Tomkins.

El estudioso alumno levantó la mirada de la mesa cuando Keith entró en la habitación. No pudo ocultar su sorpresa. Townsend nunca le había hecho una visita. Antes de que pudiera preguntarle qué deseaba, Keith le informó.

—Pensé que te gustaría ver la primera edición de la revista de la escuela, bajo mi dirección.

Tomkins apretó los abultados labios.

—Creo que terminarás por darte cuenta, por usar una de tus manidas expresiones, que una vez terminada la votación de mañana, seré yo el que gane por amplia



mayoría.

—No, porque si has retirado tu candidatura no podrás ganar —dijo Keith.

—¿Y por qué haría yo una cosa así? —preguntó Tomkins, que se quitó las gafas y las limpió con el extremo de su corbata—. A mí, desde luego, no puedes sobornarme como has tratado de hacer con el resto de la clase.

—Cierto —asintió Keith—, pero sigo teniendo la sensación de que querrás retirarte una vez que hayas leído esto.

Le entregó la página.

Tomkins volvió a colocarse las gafas, pero no llegó a leer más allá del titular y las primeras palabras del párrafo inicial, antes de experimentar una arcada sobre el libro que estudiaba.

Keith tuvo que admitir que aquella era una respuesta mucho mejor de lo que había esperado. Tuvo la sensación de que su padre estaría de acuerdo con él en que había logrado llamar la atención del lector con el titular.

«Alumno de sexto descubierto en el lavabo con nuevo chico. Bajados los pantalones. Negada la acusación».

Keith recuperó la página y la rasgó en pequeños trozos, mientras un Tomkins muy pálido trataba de recuperar la calma.

—Naturalmente —dijo Keith después de arrojar los pequeños trozos en la papelería, al lado de Tomkins—, estaré encantado de que ocupes el puesto de subdirector, siempre y cuando retires tu candidatura antes de que se produzca la votación de mañana.

Bajo la batuta del nuevo director, el principal titular de la primera edición del *St. Andy* fue:

---

«Razones para el socialismo».

---

—Desde luego, la calidad del papel y de la impresión son muy superiores a lo que recuerdo —comentó el director durante la reunión de profesores, a la mañana siguiente—. No obstante, no puede decirse lo mismo del contenido. Supongo que debemos estar agradecidos por el hecho de que solo tengamos que soportar dos ediciones en un trimestre.

El resto del profesorado asintió con gestos de acuerdo.

El señor Clarke informó que Cyril Tomkins había dimitido de su puesto de subdirector pocas horas después de que se publicara la primera edición de la revista.

—Es una pena que no fuera él el encargado de realizar el trabajo —comentó el

director—. Y a propósito, ¿sabe alguien por qué retiró su candidatura en el último momento?

Keith se echó a reír cuando le llegó esa información a la tarde siguiente, comunicada por alguien que la había escuchado repetir a su vez en la mesa del desayuno.

—Pero ¿tratará de hacer algo al respecto? —le preguntó Keith a la chica, que se subía la cremallera de la falda.

—Mi padre no comentó nada más sobre el tema, excepto que se sentía agradecido por el hecho de que no se te hubiera ocurrido defender la idea de que Australia se convierta en una república.

—Bueno, no deja de ser una idea —dijo Keith.

—¿Puedes venir a la misma hora el próximo sábado? —preguntó Penny, que se puso por la cabeza el suéter de cuello de polo.

—Lo intentaré —contestó Keith—. Pero la próxima semana no podrá ser en el gimnasio porque ya está reservado para un combate de boxeo, a menos, claro está, que quieras que lo hagamos en medio del cuadrilátero, rodeados por los espectadores, mientras nos vitorean.

—Creo que será mucho más prudente dejar que sean otros los que caigan tumbados sobre la lona —dijo Penny—. ¿Tienes alguna otra sugerencia que hacerme?

—Te daré a elegir —contestó Keith—. En la galería de tiro o en el pabellón de críquet.

—En el pabellón de críquet —dijo Penny sin vacilar.

—¿Qué tiene de malo la galería de tiro? —preguntó Keith.

—Ahí abajo hace siempre mucho frío, y está todo muy oscuro.

—¿De veras? —preguntó Keith. Tras una pausa, añadió—: Entonces tendrá que ser en el pabellón de críquet.

—Pero ¿cómo entraremos?

—Con una llave.

—Eso no es posible —dijo ella, mordiéndose el anzuelo—. Siempre lo cierran con llave cuando no juegan los First Eleven.

—No cuando el hijo del cuidador de las instalaciones trabaja en el *Courier*.

Penny lo tomó en sus brazos, apenas un momento después de que él hubiera terminado de abrocharse los botones de la bragueta.

—¿Me quieres, Keith?

Keith procuró pensar en una respuesta convincente que no le comprometiera a nada.

—¿Acaso no he sacrificado una tarde en las carreras por estar contigo? —Penny frunció el ceño y lo soltó. Se disponía a presionarlo un poco más cuando él añadió—: Te veré a la semana que viene. —Hizo girar la llave que abría la puerta del gimnasio, se asomó al pasillo y miró. Luego se volvió hacia ella, sonrió y le dijo—: Quédate ahí por lo menos otros cinco minutos.

Efectuó un desvío para llegar a su dormitorio, donde entró por la ventana de la cocina.

Una vez que entró en el despacho encontró una nota sobre la mesa. Era del director, y le pedía que pasara a verlo a las ocho. Miró el reloj. Solo faltaban diez minutos para las ocho. Suspiró aliviado por no haber sucumbido a los encantos de Penny y no haberse quedado un poco más en el gimnasio. Se preguntó de qué se iba a quejar el director esta vez, pero sospechó que Penny ya le había indicado la dirección correcta.

Se miró en el espejo situado sobre la palangana, para asegurarse de que no quedara el menor rastro exterior de las actividades extracurriculares de las dos últimas horas. Se arregló la corbata y se limpió un resto de pintalabios de la mejilla.

Mientras caminaba sobre la gravilla, hacia la casa del director, se dedicó a ensayar su defensa contra la reprimenda que esperaba desde hacía días. Procuró dar a su pensamientos un orden coherente, y cada vez se sintió más y más seguro de poder contestar con total seguridad en sí mismo todas y cada una de las advertencias que pudiera hacerle el director. Libertad de prensa, el ejercicio de los propios derechos democráticos, los males de la censura y, si después de todo eso el director se mantenía en sus trece, le recordaría el discurso que él mismo pronunció ante los padres durante la celebración del Día del Fundador del año anterior, en el que condenó a Hitler por emplear exactamente la misma táctica amordazante con la prensa alemana. La mayoría de aquellos argumentos se los había oído comentar a su padre en la mesa del desayuno desde que regresara de Yalta.

Keith llegó ante la casa del director en el momento en que el reloj de la capilla hacía sonar las ocho campanadas. Una doncella contestó a su llamada ante la puerta.

—Buenas noches, señor Townsend.

Era la primera vez que alguien le llamaba «señor». Le acompañó directamente al despacho del director. El señor Jessop levantó la mirada desde detrás de una mesa cubierta de papeles.

—Buenas noches, Townsend —le saludó, renunciando a la costumbre habitual de llamar por su nombre de pila a un alumno que cursara el último año.

Evidentemente, Keith iba a tener problemas.

—Buenas noches, señor —replicó, y se las arregló para que la palabra «señor» sonara con un ligero tono de condescendencia.

—Siéntese —dijo el señor Jessop, que indicó con un gesto de la mano la silla situada ante la mesa.

Keith se sorprendió. Si a uno le ofrecen un asiento, eso suele indicar que no hay ningún problema. Seguramente, no iría a ofrecerle...

—¿Le apetece tomar un jerez, Townsend?

—No, gracias —contestó Keith, ahora con incredulidad.

Normalmente, el jerez solo se ofrecía al jefe de curso.

«Ah —pensó Keith—, debe de tratarse de un soborno. Va a decirme que quizá

sería mejor que en el futuro modere mi tendencia natural a ser provocador mediante..., etcétera, etcétera. Bueno, ya tengo una respuesta preparada para eso. Puedes irte al infierno».

—Naturalmente, Townsend, soy muy consciente del mucho trabajo que supone tratar de ganarse un puesto en Oxford al mismo tiempo que intenta editar la revista de la escuela.

«De modo que ese es el juego. Quiere que dimita. Jamás. Para eso tendrá que despedirme. Y si lo hace, publicaré una revista clandestina una semana antes de que se edite la oficial».

—A pesar de todo, confío en que pueda usted hacerse cargo de otra responsabilidad más.

«Seguramente no querrá nombrarme monitor, ¿verdad? No me lo puedo creer».

—Quizá le sorprenda saber, Townsend, que considero el pabellón de críquet como inadecuado... —siguió diciendo el director, mientras Keith se ruborizaba intensamente.

—¿Inadecuado, señor director? —balbuceó.

—... Para el equipo de una escuela de nuestra reputación. Me doy cuenta de que no ha brillado usted mucho como deportista en St. Andrew. No obstante, el consejo escolar ha decidido que este es el año adecuado para solicitar ayuda que nos permita construir un pabellón nuevo.

«Bueno, no pueden esperar ninguna ayuda por mi parte —pensó Keith—. De todos modos, será mejor dejarlo seguir un poco más antes de rechazar su propuesta».

—Sé que le agradará saber que su madre se ha mostrado de acuerdo en ser la presidenta del llamamiento para recaudar fondos. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Teniendo eso en cuenta, confiaba en que estaría usted de acuerdo en ser el presidente, en nombre de los estudiantes.

Keith no hizo el menor intento por responder. Sabía muy bien que servía de muy poco tratar de interrumpirlo, una vez que el viejo se lanzaba a hablar.

—Y puesto que no tiene usted la penosa tarea de ser monitor, y tampoco representa a la escuela en ninguno de sus equipos, creo que quizá podría interesarle aceptar este desafío...

Keith se mantuvo en silencio.

—La cantidad en la que han pensado los gobernadores como meta son cinco mil libras, y en el caso de que tuviera usted éxito en su tarea de conseguir esa suma tan importante, podría informar de sus denodados esfuerzos a la facultad de Oxford en la que ha solicitado su ingreso. —Hizo una nueva pausa para consultar unas notas que tenía ante él—. El Worcester College, si lo recuerdo correctamente. Tengo la sensación de poder decirle que si su solicitud contara con mi bendición personal, eso diría mucho en su favor.

«Y todo esto —pensó Keith—, procedente de un hombre que cada domingo sube al púlpito para arremeter contra los pecados del soborno y la corrupción».

—Por lo tanto, Townsend, espero que reflexione usted seriamente sobre esta idea.

Como quiera que a estas palabras siguió un silencio de más de tres segundos, Keith supuso que el director había terminado de hablar. Su primera reacción fue la de decirle al viejo que se lo pensara dos veces y buscara a algún otro primo que se dedicara a conseguir el dinero, no porque no tuviera ningún interés por el críquet o por conseguir un puesto en Oxford. Estaba decidido a entrar en el *Courier* como periodista en formación en cuanto dejara la escuela. Aceptaba sin embargo que, al menos por el momento, su madre ganaba en esa discusión en particular, aunque si él suspendía deliberadamente el examen de ingreso, ella no podría hacer nada al respecto.

A pesar de eso, a Keith se le ocurrieron varias buenas razones para cumplir con los deseos del director. La cifra no era tan grande y dedicarse a reuniría en nombre del colegio le abriría sin duda algunas puertas que previamente se le habían cerrado en las narices. Luego, estaba su madre: necesitaría buenos argumentos para apaciguarla una vez que fracasara deliberadamente en su intento por conseguir plaza en Oxford.

—Es impropio de usted que tarde tanto tiempo en tomar una decisión —dijo el director, que interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Estaba reflexionando seriamente en su propuesta, señor director —contestó Keith con tono preocupado. No tenía la menor intención de permitir que el viejo creyera que se le podía comprar tan fácilmente. Esta vez fue el director el que permaneció en silencio. Keith contó hasta tres, antes de añadir—: Si me lo permite, señor, volveré a entrevistarme con usted para hablar de este asunto —dijo con un tono de voz que confió se pareciese al de un director de banco al dirigirse a un cliente que solicita un pequeño préstamo.

—¿Y cuándo será eso, Townsend? —preguntó el director, que pareció sentirse un tanto irritado.

—Dos o tres días como máximo, señor.

—Muy bien. Gracias, Townsend —dijo el director, que se levantó de la silla para indicar que la entrevista había concluido. Keith se volvió para salir, pero antes de llegar a la puerta, el director añadió—: De todos modos, hable con su madre antes de tomar una decisión.

—Tu padre quiere que sea el representante de los estudiantes para la recogida anual de fondos —dijo Keith mientras buscaba los pantalones.

—¿Qué quieren construir esta vez? —preguntó Penny, que seguía con la vista fija en el techo.

—Un nuevo pabellón de críquet.

—No veo que puede haber de malo en este.

—Se sabe que ha sido utilizado para otros propósitos —comentó Keith, poniéndose los pantalones.

—No se me ocurre por qué. —Ella tironeó de una pernera del pantalón. Keith

observó su cuerpo desnudo—. ¿Y qué vas a decirle?

—Voy a decirle que sí.

—Pero ¿por qué? Eso podría ocuparte todo tu tiempo libre.

—Lo sé, pero me ayudará a quitármelo de encima y, en cualquier caso, podría servir como una póliza de seguros.

—¿Una póliza de seguros? —repitió Penny.

—En efecto, si nos vieran alguna vez en las carreras de caballos, o en algún sitio peor...

Volvió a mirarla.

—¿En la plataforma de deslizamiento con la hija del director?

Ella se incorporó y empezó a besarle de nuevo.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó Keith.

—No seas bobo, Keith. Si los First Eleven juegan hoy en Wesley y el partido no termina hasta las seis, no regresarán antes de las nueve, así que tenemos todo el tiempo del mundo.

Se puso de rodillas y empezó a desabrocharle los botones de la bragueta.

—A menos que esté lloviendo —dijo Keith.

Penny había sido la primera chica con la que Keith hizo el amor. Ella lo había seducido una noche en la que se suponía que él debía asistir a un concierto de una orquesta invitada. Jamás se le ocurrió pensar que pudiera haber tanto espacio en el lavabo de señoras. Le alivió saber que no había forma de demostrar que había perdido su virginidad. Estaba seguro de que no era la primera experiencia sexual de Penny porque, hasta la fecha, no había tenido que enseñarle nada.

Pero todo eso tuvo lugar a principios del trimestre anterior, y ahora tenía la vista puesta en una chica llamada Betsy, que trabajaba tras el mostrador de la oficina local de Correos. De hecho, a su madre le había asombrado observar la frecuencia con la que Keith escribía últimamente a casa.

Keith estaba tumbado sobre una colchoneta formada por viejas almohadillas, en la plataforma de deslizamiento, y se preguntaba qué aspecto tendría Betsy desnuda. Decidió que esta iba a ser definitivamente la última vez.

—¿A la misma ahora la próxima vez? —preguntó Penny con naturalidad mientras se abrochaba el sujetador.

—Lo siento, no podré venir a la semana que viene —dijo Keith—. Tengo una cita en Melbourne.

—¿Con quién? —preguntó Penny—. Seguro que no vas a jugar para los First Eleven.

—No, todavía no están tan desesperados —contestó Keith echándose a reír—. Pero tengo que presentarme ante un consejo de entrevista para Oxford.

—¿Para qué molestarse por eso? —comentó Penny—. Si acabaras por irte allí no harías sino confirmar tus peores temores sobre los ingleses.

—Lo sé, pero mi... —empezó a decir mientras se ponía los pantalones por

segunda vez.

—Y en cualquier caso, oí a mi padre comentarle al señor Clarke que solo añadió tu nombre a la lista final para complacer a tu madre.

Penny lamentó aquellas palabras en cuanto las pronunció.

Keith estrechó los ojos y miró fijamente a una joven que, normalmente, nunca se ruborizaba.

Keith utilizó la segunda edición de la revista de la escuela para airear sus opiniones sobre la educación privada.

«Al acercarnos a la segunda mitad del siglo veinte, el dinero, por sí solo, no debería ser suficiente para garantizar una buena educación —declaró el líder—. La asistencia a las escuelas más exquisitas debería estar abierta a cualquier niño que demostrara la capacidad adecuada, y no decidirse simplemente por la cuna en la que uno haya nacido».

Keith esperó a que la cólera del director descendiera sobre él, pero de su despacho solo brotó el silencio. El señor Jessop no se mostró a la altura del desafío. En su actitud, quizá se sintiera influido por el hecho de que Keith ya había ingresado en la cuenta bancaria 1470 de las 5000 libras necesarias para construir un nuevo pabellón de críquet. Ciertamente que la mayor parte de ese dinero se había obtenido de los bolsillos de los contactos de su padre que, según sospechaba Keith, lo pagaban con la esperanza de que sus nombres no aparecieran en las primeras páginas del futuro.

De hecho, el único resultado de publicar el artículo no fue una queja, sino una oferta de diez libras, presentada por el *Melbourne Age*, el principal competidor de *sir* Graham, que deseaba reproducir completo el artículo de quinientas palabras. Keith aceptó encantado sus primeros honorarios como periodista, pero se las arregló para perder toda esa cantidad al miércoles siguiente, con lo que finalmente se demostró que el sistema de Joe el Afortunado no era infalible.

A pesar de todo, esperaba con impaciencia la oportunidad de impresionar a su padre con aquel pequeño golpe. El sábado, *sir* Graham leyó su prosa, reproducida en el *Melbourne Age*. No habían cambiado una sola palabra, pero habían recortado el artículo drásticamente, y le habían puesto un título que inducía a engaño:

---

«El heredero de *sir* Graham exige becas para los aborígenes».

---

Se dedicaba la mitad de la página a exponer los radicales puntos de vista de Keith; la otra mitad aparecía ocupada por un artículo del principal corresponsal del periódico en asuntos pedagógicos que, naturalmente, defendía la educación privada. Se invitaba a los lectores a responder a sus opiniones y, al sábado siguiente, el *Age* tuvo un gran día de ventas, a expensas de *sir* Graham.

Keith se sintió aliviado al comprobar que su padre no planteaba el tema, aunque oyó que lo comentaba con su madre.

—Ese muchacho habrá aprendido mucho con la experiencia. Y, en cualquier caso, estoy de acuerdo con mucho de lo que ha dicho.

Su madre, en cambio, no se mostró tan comprensiva.

Durante las vacaciones, Keith se pasaba cada mañana bajo la tutoría de la señorita Steadman, como forma de prepararse para sus exámenes finales.

—La enseñanza no es más que otra forma de tiranía —declaró al final de una de sus exigentes sesiones.

—Eso no es nada comparado con la tiranía de ser un ignorante durante el resto de su vida —le aseguró ella.

Después de que la señorita Steadman le indicara algunos temas más para revisar, Keith se marchó para pasar el resto del día en el *Courier*. Lo mismo que le sucedía a su padre, se sentía mucho más a gusto entre los periodistas que con los ricos y poderosos antiguos alumnos del St. Andrew, a quienes seguía tratando de sacar dinero para el pabellón de críquet.

Para su primer trabajo oficial para el *Courier*, Keith fue asignado bajo las órdenes de Barry Evans, el especialista en crímenes, que cada tarde lo enviaba para que cubriera las noticias sobre los juicios celebrados en la audiencia: delitos menores, robos, hurtos en las tiendas y algún que otro caso de bigamia.

—Busca nombres que puedan ser reconocidos —le dijo Evans—. O mejor aún, aquellos que puedan ser relacionados con personas muy conocidas. Y, lo mejor de todo, nombres de personas que sean muy conocidas.

Keith trabajó con presteza, pero sin grandes resultados que demostrar a cambio de sus esfuerzos. Cada vez que conseguía introducir un artículo en el periódico, terminaba por descubrir que había sido recortado sin piedad.

—No quiero saber tus opiniones —le repetía el viejo periodista—. Únicamente los hechos.

Evans se había formado en el *Manchester Guardian*, y nunca se cansaba de repetir las palabras de G. P. Scott: «Los comentarios son libres, pero los hechos son sagrados». Keith decidió que si alguna vez llegaba a ser dueño de un periódico, jamás emplearía a nadie que hubiera trabajado para el *Manchester Guardian*.

Regresó al St. Andrew para el segundo trimestre y utilizó el artículo de fondo de la primera edición de la revista de la escuela para sugerir que había llegado el



momento de que Australia rompiera sus lazos con Gran Bretaña. El artículo declaraba que Churchill había abandonado a Australia a su suerte, mientras se concentraba en la guerra en Europa.

Una vez más, el *Melbourne Age* le ofreció a Keith la posibilidad de difundir sus puntos de vista entre un público más amplio, pero esa vez se negó, a pesar de la tentadora oferta de 20 libras que le hicieron, el cuádruple de lo que había ganado en su quincena como periodista en prácticas para el *Courier*. Decidió ofrecer el artículo al *Adelaide Gazette*, uno de los periódicos de su padre, pero el director lo rechazó sin haber llegado a leer siquiera el segundo párrafo.

Durante la segunda semana del trimestre, Keith se dio cuenta de que su mayor problema consistía en encontrar una forma de librarse de Penny, que ya no creía en sus excusas para no verla, aunque él le dijera la verdad. Ya le había pedido a Betsy ir juntos al cine el siguiente sábado por la tarde. No obstante, seguía existiendo el problema irresuelto de cómo salir con la siguiente chica antes de haberse librado de su predecesora.

En sus encuentros más recientes en el gimnasio, al sugerir que quizá había llegado el momento para que los dos... Penny dejó entrever que le contaría a su padre cómo habían pasado los sábados por la tarde. A Keith le importaba un bledo a quién se lo dijera, pero sí le importaba mucho la posibilidad de dejar a su madre en una situación embarazosa. Durante la semana, se quedaba en su cuarto, donde solía trabajar duro y evitaba ir a ninguna parte donde pudiera encontrarse con Penny.

El sábado por la tarde siguió un camino secundario para ir a la ciudad, donde se encontró con Betsy frente al cine Roxy. No había nada como transgredir tres reglas de la escuela en un solo día, pensó. Compró dos entradas para ver a Chips Rafferty en *Las ratas de Tobruk*, y condujo a Betsy hacia un asiento doble en las filas de atrás. Cuando el «Fin» apareció en la pantalla, no había visto gran cosa de la película y le dolía la lengua de tanto ejercicio. Ya estaba impaciente porque llegara el siguiente sábado, cuando los First Eleven jugarían fuera y él podría mostrarle a Betsy los placeres del pabellón de críquet.

Le tranquilizó descubrir que Penny no hizo el menor intento por ponerse en contacto con él durante la semana siguiente. Así pues, el jueves, al ir a Correos para enviarle otra carta a su madre, acordó una cita para verse con Betsy el sábado por la tarde. Le prometió llevarla a un lugar en el que nunca había estado hasta entonces.

Una vez que el autobús del primer equipo se hubo perdido de vista, Keith se ocultó entre los árboles del lado norte de la zona deportiva, y esperó a que Betsy apareciera. Al cabo de media hora ya se preguntaba si ella iba a dejarlo plantado cuando, unos momentos más tarde, la distinguió caminando por entre los campos, y se olvidó inmediatamente de su impaciencia. Llevaba el largo cabello rubio formándole una cola de caballo, sujeta con una cinta elástica. Lucía un suéter amarillo tan ceñido a su cuerpo que le hizo pensar en Lana Turner; y llevaba una falda negra tan ceñida que al caminar no tenía más remedio que hacerlo a pasos muy

cortos.

Keith esperó a que se uniera a él, tras los árboles. Luego, la tomó por el brazo y la condujo rápidamente hacia el pabellón. Se detenía a cada pocos metros para besarla y a pesar de que todavía le faltaban por lo menos veintidós metros por recorrer, ya había descubierto dónde estaba la cremallera de su falda.

Al llegar a la puerta de atrás, Keith extrajo una llave grande del bolsillo de la chaqueta y la introdujo en la cerradura. La hizo girar despacio y empujó la puerta, tanteó para encontrar el interruptor de la luz. Lo apretó y entonces escuchó los gemidos. Keith miró fijamente, con incredulidad, la escena que se desplegó ante él. Cuatro ojos parpadearon al mirarlo. Uno de los dos cuerpos trataba de protegerse de la bombilla desnuda, pero Keith no tuvo ninguna dificultad para reconocer aquellas piernas, a pesar de que no pudo verle la cara. Luego, volvió su atención hacia el otro cuerpo situado sobre el de ella.

Estuvo seguro de que Duncan Alexander jamás olvidaría el día en que perdió su virginidad.

---

# THE TIMES

---

21 de noviembre de 1940

Hungría arrastrada a la red del Eje

Ribbentrop fanfarronea: «Otros seguirán»

Lubji estaba en el suelo, encogido, sujetándose la barbilla. El soldado mantuvo la bayoneta apuntada entre sus ojos, y con un gesto de la cabeza le indicó que debía unirse a los demás, en el camión que esperaba.

Lubji trató de continuar su protesta en húngaro, pero sabía que ya era demasiado tarde.

—Ahórrate el aliento, judío, o te lo sacaré a patadas —le abroncó el soldado.

La bayoneta descendió hacia sus pantalones y le desgarró la piel del muslo derecho. Lubji cojeó tan rápidamente como pudo hacia el camión, y se unió a un grupo de gente atónita e impotente que solo tenían una cosa en común: de todos ellos se creía que eran judíos. El señor y la señora Cerani fueron obligados a subir a la caja antes de que el camión iniciara su lento trayecto para salir de la ciudad. Una hora más tarde llegaron al complejo de la prisión local, donde Lubji y sus compañeros de infortunio fueron descargados como si no fueran más que ganado.

Los hombres fueron formados en fila y conducidos a través del patio, hacia una gran sala de piedra. Pocos minutos más tarde apareció un sargento de las SS, seguido por una docena de soldados alemanes. Ladró una orden en su lengua nativa.

—Dice que tenemos que desnudarnos —susurró Lubji, que tradujo las palabras al húngaro.

Todos se quitaron las ropas, y los soldados empezaron a reunir en filas a los cuerpos desnudos, la mayoría de los cuales se estremecían; algunas de las personas lloraban. La mirada de Lubji recorrió la estancia, tratando de ver si había alguna forma de escapar. Solo había una puerta, custodiada por soldados, y tres pequeñas ventanas en lo alto de las paredes.

Pocos minutos más tarde apareció un oficial de las SS, elegantemente uniformado, que fumaba un puro delgado. Se irguió en el centro de la estancia y, con un pequeño discurso de compromiso les informó que ahora eran todos prisioneros de guerra.

—Heil Hitler —dijo al final, y se volvió para marcharse.

Al pasar el oficial ante él, Lubji dio un paso adelante y sonrió.

—Buenas tardes, señor —dijo.

El oficial se detuvo y miró con expresión asqueada al joven. Lubji afirmó en un balbuceante alemán que habían cometido un terrible error y luego abrió la mano para revelar un fajo de pengös húngaros.

El oficial le sonrió a Lubji, tomó los billetes y les prendió fuego con un mechero. La llama aumentó de intensidad hasta que ya no pudo sostener el fajo, que dejó caer a los pies de Lubji. Luego se marchó. Lubji no podía dejar de pensar en los muchos meses de trabajo que le había costado ahorrar todo aquel dinero.

Los prisioneros permanecían estremecidos junto a la pared de piedra. Los guardias les ignoraron; algunos fumaban, mientras que otros hablaban entre sí como si los hombres desnudos simplemente no existieran. Transcurrió otra hora antes de que entrara en la estancia otro grupo de hombres, que llevaban largas batas blancas y guantes de goma. Empezaron a recorrer las filas, arriba y abajo; se detenían unos pocos segundos para comprobar el pene de cada detenido. A tres de los hombres se les ordenó que se vistieran y regresaran a sus casas. Esa fue toda la prueba que necesitaron. Lubji se preguntó a qué prueba someterían a las mujeres.

Una vez que se marcharon los hombres de las batas blancas, se ordenó a los detenidos que se vistieran y fueron sacados de la sala. Al cruzar el patio, Lubji miró a su alrededor, tratando de encontrar una forma de escapar, pero siempre había soldados con bayonetas a cada pocos pasos. Fueron conducidos hacia un largo pasillo y los hicieron bajar por una estrecha escalera de piedra en la que solo alguna que otra lámpara de gas ofrecía un atisbo de luz. Lubji pasó ante celdas situadas a ambos lados, atestadas de gente; escuchó gritos y ruegos en tantas lenguas, que no se atrevió a volverse para mirar. Entonces, de repente, se abrió la puerta de una de las celdas, fue agarrado por el cuello y empujado hacia el interior, con la cabeza por delante. Habría caído al suelo de piedra si no lo hubiera hecho sobre un montón de cuerpos.

Permaneció quieto durante un momento y luego se incorporó, tratando de centrar la mirada sobre los que le rodeaban. Pero como solo había un ventanuco de barrotes cruzados, tardó algún tiempo en distinguir los rostros de las personas.

Un rabino canturreaba un salmo, pero la respuesta que recibía era apagada. Lubji trató de situarse a un lado cuando un anciano vomitó sobre él. Se apartó del hedor de los vómitos, solo para tropezar con otro detenido que se había bajado los pantalones. Se sentó finalmente en un rincón, con la espalda apoyada contra la pared. De ese modo, nadie le pillaría por sorpresa.

Al abrirse de nuevo la puerta, Lubji no tuvo forma de saber cuánto tiempo había permanecido en aquella maloliente celda. Entró un grupo de soldados, con linternas cuya luz recorrió los rostros deslumbrados y parpadeantes de las personas. Si los ojos no parpadeaban, el cuerpo era arrastrado fuera, al pasillo, y ya nunca se le volvía a ver. Fue la última vez que vio al señor Cerani.

Aparte de observar la luz seguida por la oscuridad a través del ventanuco de la pared, y de compartir la única comida entregada cada mañana a los detenidos, no hubo forma de contar los días transcurridos. Cada pocas horas, los soldados regresaban para llevarse más cuerpos, hasta que estuvieron seguros de que solo sobrevivían los que se encontraban en mejor forma física. Lubji imaginó que, con el tiempo, él también moriría, ya que esa parecía ser la única forma de salir de la pequeña prisión. Cada día que pasaba, el traje le colgaba más suelto sobre el cuerpo, y empezó a apretarse el cinturón, agujero tras agujero.

Una mañana, sin la menor advertencia, un grupo de soldados entró en la celda y sacó de ella a los detenidos que todavía quedaban con vida. Se les ordenó que

avanzaran en fila por el pasillo y subieran los escalones de piedra que conducían al patio. Al salir al sol de la mañana, Lubji tuvo que levantar la mano para protegerse los ojos. Había pasado diez, quince, quizá veinte días en aquella mazmorra y había desarrollado lo que los detenidos llamaban «ojos de lince».

Entonces escuchó el martilleo. Volvió la cabeza hacia la izquierda y vio a un grupo de prisioneros que construían un patíbulo de madera. Contó hasta ocho lazos corredizos. Sintió náuseas, pero no tenía en el estómago nada que pudiera vomitar. Una bayoneta le tocó en la cadera y siguió rápidamente a los otros detenidos que formaban filas, preparados para subir a camiones atestados.

Durante el camino de regreso a la ciudad, un guardia que no dejaba de reír les informó que iban a tener el honor de ser sometidos a juicio antes de que regresaran a la prisión para que los ahorcaran a todos y cada uno de ellos. La esperanza se transformó en desesperación, al imaginar Lubji, una vez más, que iba a morir. Y por primera vez en su vida no estuvo muy seguro de que eso le importara.

Los camiones se detuvieron ante el edificio de los tribunales, y los detenidos fueron conducidos a su interior. Lubji se dio cuenta de que ya no había bayonetas, y de que los soldados se mantenían a cierta distancia. Una vez dentro del edificio, se permitió a los detenidos sentarse en bancos de madera, en el bien iluminado pasillo, y hasta se les dieron rebanadas de pan en platos de estaño. Lubji se sintió receloso y se dedicó a escuchar lo que decían los guardias, que hablaban entre ellos. A partir de diferentes conversaciones, dedujo que los alemanes se disponían a «demostrar» que todos los judíos eran delincuentes porque, aquella mañana, estaba presente en el tribunal un observador de la Cruz Roja, procedente de Ginebra. Seguramente, pensó Lubji, a un hombre así le parecería algo más que una simple coincidencia el hecho de que todos ellos fueran judíos. Antes de que pudiera reflexionar acerca de cómo aprovechar aquella información, un cabo lo tomó por un brazo y lo condujo a la sala del tribunal. Lubji quedó de pie ante el banquillo, frente a un anciano juez sentado sobre una silla alta. El juicio, si es que pudiera describirse de tal modo, apenas duró unos pocos minutos. Antes de que el juez firmara la sentencia de muerte, un oficial le tuvo que pedir a Lubji que les recordara su nombre.

El joven, alto y delgado, miró al observador de la Cruz Roja, sentado a su derecha. El hombre miraba al suelo, frente a él, aparentemente aburrido con la escena, y solo levantó la mirada cuando se pronunció la sentencia de muerte.

Otro soldado tomó a Lubji por el brazo y se dispuso a alejarlo del banquillo, para que el siguiente detenido pudiera ocupar su lugar. De repente, el observador se levantó y le hizo al juez una pregunta en un idioma que Lubji no pudo comprender.

El juez frunció el ceño y volvió la atención hacia el detenido que todavía estaba en el banquillo.

—¿Qué edad tiene usted? —le preguntó en húngaro.

—Diecisiete años —contestó Lubji.

El asesor fiscal se adelantó hacia el estrado y le susurró algo al juez, que miró a

Lubji, frunció el ceño y dijo:

—Sentencia conmutada por cadena perpetua. —Hizo una pausa, sonrió y añadió —: Revisión del caso en doce meses.

El observador pareció satisfecho con su trabajo de la mañana y asintió con un gesto de aprobación.

El guardia, evidentemente convencido de que Lubji había sido tratado con demasiada conmiseración, se adelantó, le puso una mano en el hombro y lo condujo de nuevo al pasillo. Le pusieron esposas, fue conducido al patio y allí lo hicieron subir al camión. Ya había otros detenidos sentados en el interior. Lo miraron en silencio, como si fuera el último pasajero que hubiera subido a un autobús local.

El tablero posterior del camión se cerró de golpe y, un momento después, el camión se puso en marcha con una sacudida. Incapaz de mantener el equilibrio, Lubji cayó sobre el suelo de tablas.

Permaneció arrodillado y miró a su alrededor. Había dos guardias en el camión, sentados uno frente al otro, junto al tablero posterior de cierre. Ambos aferraban los rifles, pero uno de ellos había perdido el brazo derecho. Parecía tan resignado a su destino como los propios prisioneros.

Lubji gateó hacia ellos y se sentó cerca del guardia que tenía los dos brazos. Incluyó la cabeza y trató de concentrarse. Solo tardarían unos cuarenta minutos en recorrer el trayecto de regreso a la prisión, y estaba convencido de que esta sería su última oportunidad si no quería unirse a los demás, en las horcas. Se preguntó cómo podría escapar. En ese momento, el camión aminoró la marcha para pasar por un túnel. Al salir por el otro lado, Lubji trató de recordar cuántos túneles había entre la prisión y el tribunal. Tres, quizá cuatro. No podía estar seguro.

Pocos minutos más tarde, al pasar por el siguiente túnel, empezó a contar despacio: «Uno, dos, tres». Estuvieron rodeados por la más completa oscuridad durante casi cuatro segundos. Durante esos pocos segundos tendría ventaja sobre los guardias; después de haber pasado tres semanas en una mazmorra, ellos no podrían moverse en la oscuridad tan bien como él. Tenía en su contra el hecho de que debía ocuparse de dos. Miró al otro guardia... Bueno, uno y medio.

Lubji miró por delante y observó el terreno por el que cruzaban. Calculó que debían de estar a medio camino entre la ciudad y la prisión. Por el lado más cercano de la carretera discurría un río. Quizá fuera difícil cruzarlo, pero no imposible, aunque no tenía forma de saber su profundidad. Por el otro lado, los campos se extendían hacia un grupo de árboles que calculó debían de estar a unos trescientos a cuatrocientos metros de distancia.

¿Cuánto tiempo tardaría en recorrer trescientos metros teniendo limitado el movimiento de sus brazos? Volvió la cabeza para ver si se aproximaba otro túnel, pero no observó ninguno, y Lubji sintió el temor de que ya hubieran pasado por el último túnel antes de la prisión. ¿Podía arriesgarse a escapar a plena luz del día? Llegó a la conclusión de que contaba con muy pocas posibilidades si no aparecía un

túnel en los próximos tres kilómetros.

Recorrieron algo más de un kilómetro y decidió que, una vez que tomaran la siguiente curva, tendría que tomar una decisión. Despacio, encogió las piernas y las situó bajo la barbilla. Colocó las manos esposadas sobre las rodillas. Apretó firmemente la espalda contra la caja del camión y trató de desplazar el peso de su cuerpo hacia los dedos de los pies.

Lubji miró fijamente carretera adelante, mientras el camión tomaba la siguiente curva. Casi gritó: «¡Madelto!» al ver el túnel, a unos quinientos metros por delante. A juzgar por el pequeño foco de luz situado en el extremo del otro lado, dedujo que sería un túnel que el camión tardaría en cruzar unos cuatro segundos.

Mantuvo el peso del cuerpo sobre los dedos de los pies, tenso y preparado para saltar. Notaba que el corazón le latía con tal fuerza que, seguramente, los guardias se darían cuenta de algún peligro inminente. Levantó la mirada hacia el guardia con los dos brazos, que extrajo un cigarrillo de un bolsillo, se lo colocó lentamente en la boca y empezó a buscar una cerilla. Lubji volvió su atención hacia el túnel que se aproximaba, ahora a solo cien metros de distancia. Sabía que solo dispondría de unos pocos segundos, una vez que hubieran entrado en la oscuridad.

Cincuenta metros..., cuarenta..., treinta..., veinte..., diez. Lubji respiró profundamente y contó uno. Entonces, se incorporó de un salto, rodeó con las esposas el cuello del guardia de los dos brazos y le hizo girar la cabeza con tal fuerza que el alemán cayó por encima del tablero de cierre del camión, y lanzó un grito al chocar contra el asfalto.

El camión se detuvo con chirrido de frenos y patinó hasta salir por el extremo más alejado del túnel. Lubji saltó por el lado y corrió inmediatamente hacia la seguridad temporal de la oscuridad. Le siguieron otros dos o tres prisioneros. Una vez que salió al otro lado del túnel, giró rápidamente a la derecha y echó a correr por entre los campos, sin detenerse a mirar atrás. Tenía que haber recorrido por lo menos cien metros cuando oyó silbar la primera bala por encima de su cabeza. Trató de cubrir los cien metros siguientes sin perder velocidad, pero cada pocos pasos que daba iban acompañados ahora por una lluvia de balas. Empezó a correr en zigzag. Entonces oyó el grito. Miró hacia atrás y vio a uno de los prisioneros que había saltado del camión tras él, tumbado ahora en el suelo, inmóvil, mientras que un segundo seguía corriendo con todas sus fuerzas, solo unos pocos metros por detrás de él. Lubji confiaba en que las balas fueran disparadas por el guardia de un solo brazo.

Por delante de él, los árboles se acercaban, a solo cien metros de distancia. Cada bala actuaba como una pistola que diera la señal de salida en una carrera, e impulsaba su tembloroso cuerpo a recorrer unos metros más. Entonces oyó el segundo grito. Esta vez ni siquiera perdió tiempo en mirar atrás. Cuando solo le quedaban por recorrer cincuenta metros, recordó que un prisionero le había dicho una vez que los rifles alemanes tenían un alcance de trescientos metros. Dedujo que solo estaba a seis o siete segundos de la seguridad. Entonces, la bala se aplastó contra su hombro. La



fuerza del impacto le impulsó hacia adelante unos pocos pasos más, pero solo fue momentos antes de que se derrumbara con la cabeza por delante sobre el barro. Intentó gatear, pero solo pudo avanzar un par de metros antes de dejar caer la cabeza. Permaneció cabeza abajo, resignado a morir.

Al cabo de unos momentos notó un par de rudas manos que lo tomaban por los hombros. Otras manos lo alzaron por los tobillos. Lo único que Lubji pudo pensar fue cómo se las habían arreglado los alemanes en llegar tan rápidamente hasta él. Lo habría descubierto si, en ese momento, no hubiera perdido el conocimiento.

Al despertar, Lubji no tenía forma de saber qué hora era. Solo pudo suponer que estaba de regreso en la celda, a la espera de ser ejecutado, pues todo estaba oscuro como boca de lobo. Entonces notó el dolor lacerante en su hombro. Intentó incorporarse, apoyado sobre las palmas de las manos, pero no pudo moverse. Movi6 los dedos y le sorprendió descubrir que por lo menos le habían quitado las esposas.

Parpadeó y trató de decir algo, pero solo consiguió emitir un susurro que tuvo que haber parecido como el sonido de un animal herido. Trató de incorporarse nuevamente y, una vez más, fracasó. Parpadeó, incapaz de creer lo que vio de pie ante él. Una mujer joven se arrodilló a su lado y le humedeció la frente con un basto trapo húmedo. Lubji le habló en varios idiomas, pero ella se limitó a negar con la cabeza. Cuando finalmente dijo algo, lo hizo en un idioma que él nunca había escuchado antes. Luego sonrió, se señaló a sí misma y dijo simplemente:

—Mari.

Se quedó dormido. Al despertar, el sol de la mañana brillaba sobre sus ojos; pero esta vez pudo levantar la cabeza. Se hallaba rodeado de árboles. Volvió la cabeza hacia la izquierda y vio un círculo de carromatos de colores, llenos hasta rebosar con montones de objetos. Más allá, tres o cuatro caballos pastaban en la hierba situada en la base de un árbol. Se volvió en la otra dirección y su mirada se posó sobre una joven que estaba de pie, a pocos pasos de distancia. Hablaba con un hombre que llevaba un rifle sobre el hombro. Por primera vez, fue consciente de lo hermosa que era la muchacha.

Al hablar, los dos se volvieron hacia él. El hombre se le acercó rápidamente y, de pie sobre él, lo saludó en su propia lengua.

—Me llamo Rudi —le dijo.

Le explicó después cómo él y su pequeño grupo habían escapado cruzando la frontera checa, unos meses antes, para encontrarse con que los alemanes les seguían. Se veían obligados a seguir su camino, ya que la raza superior consideraba a los gitanos incluso inferiores a los judíos.

Lubji empezó a asediarlo a preguntas.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde estoy? —Y, la más importante de todas—: ¿Dónde están los alemanes?

Solo se detuvo cuando Mari, que según le explicó Rudi era su hermana, regresó con un cuenco de líquido caliente y un trozo de pan. Se arrodilló junto a él y empezó a introducirle lentamente las aguadas gachas en la boca, con ayuda de una cuchara. Se detenía a cada pocas cucharadas y de vez en cuando le ofrecía un trozo de pan. Mientras tanto, su hermano seguía contándole a Lubji cómo había terminado por encontrarse entre ellos. Rudi había oído los disparos, y corrió hasta el lindero del bosque, convencido de que los alemanes habían descubierto a su pequeño grupo. Entonces vio a los prisioneros que corrían hacia donde él se encontraba, entre los árboles. Todos ellos fueron alcanzados por las balas, pero Lubji estaba lo bastante cerca del bosque como para que sus hombres lo rescataran.

Los alemanes no los siguieron una vez que los gitanos se lo llevaban hacia la espesura del bosque.

—Quizá tuvieron miedo de lo que pudieran encontrarse, aunque la verdad es que los nueve que formamos el grupo solo tenemos dos rifles, una pistola y una variedad de armas, desde una horca hasta un cuchillo de pescado. —Rudi se echó a reír—. Sospecho que les preocupaba más la posibilidad de perder a los otros prisioneros si se dedicaban a buscarte. Pero de una cosa podíamos estar seguros: que en cuanto saliera el sol regresarían en gran cantidad. Por eso di la orden de que una vez extraída la bala de tu hombro, siguiéramos nuestro camino y te lleváramos con nosotros.

—¿Cómo os podré pagar lo que habéis hecho por mí? —murmuró Lubji.

Una vez que Mari hubo terminado de alimentarlo, dos de los gitanos izaron suavemente a Lubji sobre uno de los carromatos y la pequeña comitiva continuó su camino, adentrándose todavía más en el bosque.

Continuaron su avance, evitando los pueblos, e incluso las carreteras, poniendo cada vez mayor distancia entre ellos y el lugar donde se había producido el tiroteo. Día tras día, Mari cuidaba de Lubji, hasta que finalmente este pudo incorporarse. Ella se sintió encantada al comprobar lo rápidamente que aprendió a hablar su lengua. Lubji practicó durante varias horas una frase que deseaba decirle. Luego, aquella noche, cuando ella acudió para darle de comer, le dijo en un fluido romaní que era la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida. Ella se sonrojó y se alejó corriendo. No regresó de nuevo hasta la hora del desayuno.

Gracias a las constantes atenciones de Mari, Lubji se recuperó con rapidez y pronto pudo unirse a sus salvadores alrededor de la hoguera del campamento, por la noche. A medida que los días se convirtieron en semanas no solo empezó a llenar el traje con su cuerpo, sino que también tuvo que soltarse agujeros del cinturón.

Una noche, tras regresar de caza con Rudi, Lubji le dijo que no tardaría en tener que abandonarles.

—Tengo que llegar a un puerto y alejarme tanto como pueda de los alemanes —le explicó.

Rudi asintió con un gesto, mientras estaban sentados alrededor del fuego del campamento, compartiendo un conejo. Ninguno de ellos observó la mirada de tristeza

que apareció en los ojos de Mari.

Aquella noche, al regresar al carromato, Lubji encontró a Mari esperándole. Subió para sentarse junto a ella y tratar de explicarle que puesto que la herida casi se había curado, ya no necesitaba de su ayuda para desnudarse. Ella le sonrió y, con movimientos lentos, le apartó la camisa del hombro, le quitó el vendaje y limpió la herida. Miró en su bolsa de lona, frunció el ceño, vaciló un momento y se desgarró el vestido, utilizando esa tira de tela para volver a vendarle el hombro.

Lubji miró fijamente las largas piernas morenas de Mari mientras ella le pasaba los dedos sobre el pecho y los hacía descender hasta la cintura de sus pantalones. Le sonrió y empezó a desabrocharle los botones. Lubji colocó una mano fría sobre el muslo de ella y se ruborizó cuando Mari se levantó el vestido y reveló que no llevaba nada debajo.

Mari esperó con expectación a que él moviera la mano, pero Lubji seguía con la mirada fija. Se inclinó hacia él y le quitó los pantalones, después se puso a horcajadas y descendió suavemente sobre él. Lubji se quedó tan quieto como cuando fue derribado por la bala, y Mari empezó a moverse lentamente, arriba y abajo, con la cabeza echada hacia atrás. Le tomó la mano y la colocó en el interior del escote de su vestido. Se estremeció la primera vez que él le tocó el pecho cálido. Lubji dejó la mano allí, sin moverse, a pesar de que el ritmo de ella se hacía más y más rápido. Cuando hubiera querido gritar, la tomó en sus brazos y la atrajo rápidamente hacia abajo, para besarla torpemente en los labios. Pocos segundos más tarde estaba tumbado, exhausto, preguntándose si le habría hecho daño, hasta que abrió los ojos y vio la expresión del rostro de Mari, que se hundió junto a su hombro, rodó hacia un lado y se quedó profundamente dormida.

Lubji permaneció despierto, sin dejar de pensar que podría haber muerto sin llegar a experimentar tanto placer. Dejó transcurrir unas pocas horas antes de despertarla. Esta vez, sin embargo, no permaneció inmóvil como antes; sus manos descubrieron continuamente diferentes partes del cuerpo de Mari, y disfrutó mucho más de esta segunda experiencia. Luego, los dos se quedaron dormidos.

Al día siguiente, cuando la caravana reanudó la marcha, Rudi le dijo a Lubji que durante la noche habían cruzado otra frontera, y que ahora se encontraban en Yugoslavia.

—¿Y cómo se llaman esas colinas cubiertas de nieve? —preguntó Lubji.

—Desde la distancia pueden parecer colinas —contestó Rudi—, pero son los traicioneros Alpes Dináricos. Mis carromatos no pueden cruzarlos hasta la costa. —Guardó silencio durante un rato, antes de añadir—: Pero un hombre decidido podría conseguirlo.

Viajaron durante tres días más y solo se detenían a descansar unas pocas horas cada noche, evitando los pueblos y ciudades, hasta que finalmente llegaron al pie de la cordillera.

Aquella noche, Lubji permaneció despierto mientras Mari dormía sobre su

hombro. Se dedicó a pensar en su nueva vida y en la felicidad experimentada durante las últimas pocas semanas, y se preguntó si realmente deseaba separarse del pequeño grupo y seguir de nuevo el camino por su cuenta y riesgo. Pero decidió que si quería escapar de las iras de los alemanes, tenía que llegar de algún modo al otro lado de aquellas montañas y encontrar un barco que lo llevara lo más lejos posible. A la mañana siguiente se vistió bastante antes de que Mari se despertara. Después de tomar el desayuno, recorrió el campamento y se fue despidiendo de cada uno de sus compatriotas, para terminar por Rudi.

Mari esperó hasta que regresó a su carromato. Lubji se inclinó hacia ella, la tomó en sus brazos y la besó por última vez. Mari permaneció aferrada a él incluso después de que Lubji dejara caer los brazos a lo largo de los costados. Cuando finalmente lo soltó, le entregó un gran hato con comida. Lubji le sonrió y luego emprendió rápidamente la marcha, alejándose del campamento, hacia las faldas de la cordillera. A pesar de que la oyó seguirle durante los primeros pasos, no se volvió a mirarla en ningún momento.

Lubji continuó su caminata, adentrándose en las montañas, hasta que se hizo demasiado oscuro como para ver lo que tenía por delante. Eligió una gran roca que le protegiera de lo peor del cortante viento, pero incluso encogido sobre sí mismo estuvo a punto de helarse. Aquella noche no pudo dormir, se alimentó con la comida que le había entregado Mari y no dejó de pensar en la calidez de su cuerpo.

En cuanto amaneció volvió a ponerse en marcha, sin detenerse apenas más que unos pocos momentos muy de vez en cuando. A la caída de la noche se preguntó si aquel viento, cortante y frío, terminaría por congelarlo mientras dormía. Pero a la mañana siguiente se despertó con el brillo del sol en sus ojos.

Al final de la tercera jornada se había quedado sin comida y su vista no podía ver más que montañas en todas direcciones. Se preguntó entonces por qué había abandonado a Rudi y a su pequeño grupo de gitanos.

A la cuarta mañana apenas si podía colocar un pie por delante del otro; quizá la muerte por inanición consiguiera lo que los alemanes no habían podido rematar. Al caer la noche del quinto día caminaba hacia adelante sin objetivo, casi indiferente a su propio destino, cuando, de repente, creyó ver un hilillo de humo que se elevaba en la distancia. Pero tuvo que pasar otra noche de frío terrible antes de que el parpadeo de unas luces le confirmaran lo que veían sus ojos. Allí, delante de él, había un pueblo, y más allá estaba el mar, que veía por primera vez.

Descender de las montañas quizá fuera más rápido que subirlas, pero no fue por ello menos traicionero. Se cayó varias veces y no consiguió llegar a las llanuras verdes antes de la puesta del sol. Afortunadamente, la luna asomó por entre las nubes y permitió iluminar su lento avance.

La mayoría de las lámparas de las pequeñas casas ya se habían apagado cuando llegó al borde del pueblo, pero continuó su avance, tambaleante, confiado en encontrar a alguien que todavía estuviera despierto. Al llegar a la primera casa, que

parecía como si formara parte de una pequeña granja, pensó en llamar a la puerta, pero como no vio ninguna luz encendida, decidió no hacerlo. Esperaba a que reapareciera la luna por detrás de unas nubes cuando creyó distinguir un cobertizo en el extremo más alejado del patio. Se abrió paso lentamente hacia la destartalada construcción. Las gallinas, entre la paja, cacarearon al apartarse de su camino, y estuvo a punto de tropezar con una vaca negra, que no tenía la intención de moverse para dejar paso al extraño. La puerta del cobertizo estaba medio abierta. Entró, se derrumbó sobre un montón de paja y se quedó profundamente dormido.

Al despertar a la mañana siguiente se dio cuenta de que no podía mover el cuello, que estaba firmemente sujeto al suelo. Pensó por un momento que debía de estar de regreso en la mazmorra, hasta que abrió los ojos y vio a una corpulenta figura de pie ante él. El hombre sostenía una alargada horca, que era la razón por la que él no podía moverse.

El campesino espetó unas palabras en otro idioma extraño. Lubji solo sintió alivio al comprobar que no era alemán. Levantó los ojos al cielo y agradeció a sus maestros la amplitud de la educación recibida. Lubji le dijo al hombre que sostenía la horca que había llegado procedente de las montañas, después de escapar de los alemanes. El campesino lo miró con incredulidad, hasta que observó la cicatriz dejada por la bala en el hombro de Lubji. Su padre había sido el propietario de la granja antes que él, y nunca le oyó hablar de nadie que hubiera cruzado aquellas montañas.

Condujo a Lubji hasta la granja, sin soltar la horca, que sostenía con firmeza. Mientras desayunaba huevos con tocino y gruesas rebanadas de pan servidas por la esposa del granjero, Lubji les contó, más con gestos que con palabras, lo que había tenido que pasar durante los últimos pocos meses. La esposa del campesino le miró con simpatía y no dejó de llenarle el plato en cuanto lo vaciaba. El campesino habló poco, y seguía pareciendo receloso.

Cuando Lubji terminó de contar su historia, el campesino le advirtió que, a pesar de las valerosas palabras de Tito, el líder partisano, no creía que los alemanes tardaran mucho en invadir Yugoslavia, ante lo que Lubji se preguntó si habría algún país a salvo de las ambiciones del Führer. Quizá tuviera que pasarse el resto de su vida huyendo de él.

—Tengo que llegar a la costa —dijo—. Entonces podré subir a un barco y cruzar el océano...

—No importa a dónde vayas —dijo el campesino—, siempre que te alejes todo lo posible de esta guerra. —Hundió los dientes en una manzana—. Si vuelven a cogerte, no te dejarán escapar una segunda vez. Encuentra un barco, cualquier barco. Vete a América, a México, a las Antillas o incluso a África —le aconsejó el campesino.

—¿Cómo puedo llegar al puerto más cercano?

—Dubrovnik está a doscientos kilómetros al sureste de donde nos encontramos —le informó el campesino, que encendió una pipa—. Allí encontrarás muchos barcos dispuestos a alejarse de esta guerra.

—Tengo que marcharme en seguida —dijo Lubji, que se levantó de un salto.

—No tengas tanta prisa, jovencito —le dijo el campesino expulsando una nube de humo—. Los alemanes todavía tardarán algún tiempo en cruzar esas montañas.

Lubji volvió a sentarse, y la esposa del campesino cortó la costra de una segunda hogaza de pan, la empapó de caldo y la dejó sobre la mesa, delante de él.

Solo quedaron algunas migajas en el plato cuando Lubji se levantó finalmente de la mesa y siguió al campesino fuera de la cocina. Al llegar a la puerta, la mujer lo cargó con manzanas, queso y más pan, antes de que él subiera a la parte de atrás del tractor del campesino, que lo llevó hasta las afueras del pueblo. Finalmente, el hombre lo dejó en la cuneta de una carretera que, según le aseguró, conducía hasta la costa.

Lubji caminó por la carretera y levantó el pulgar al aire cada vez que oía aproximarse un vehículo. Pero, durante el primer par de horas, todos los vehículos que pasaron, rápidos o lentos, lo ignoraron. La tarde estaba ya bastante avanzada cuando un destartado Tatra se detuvo a pocos metros por delante de él.

Corrió hasta la ventanilla del conductor, que ya estaba bajada.

—¿A dónde va? —le preguntó el conductor.

—A Dubrovnik —contestó Lubji con una sonrisa.

El conductor se encogió de hombros, subió la ventanilla y se alejó sin decir una sola palabra.

Pasaron varios tractores, dos coches y un camión antes de que otro coche se detuviera. Ante la misma pregunta, Lubji ofreció la misma respuesta.

—No voy tan lejos —fue esta vez la respuesta—, pero puedo llevarle parte del camino.

Otro coche, dos camiones, tres carros tirados por caballos y el sillín de una motocicleta, le permitieron completar el viaje de tres días hasta Dubrovnik. Para entonces, Lubji ya había devorado la comida que le ofreciera la mujer del campesino, y reunió todas las informaciones que pudo acerca de cómo encontrar un barco en Dubrovnik que le ayudara a escapar de los alemanes.

Una vez que lo dejaron en las afueras del animado puerto, solo tardó unos minutos en descubrir que los peores temores del campesino habían sido exactos; mirara donde mirase, solo veía a ciudadanos que se preparaban para una invasión alemana. Lubji no tenía la menor intención de esperar por segunda vez para darles la bienvenida, mientras ellos desfilaban con el paso de la oca por otra ciudad extranjera. No estaba dispuesto a que lo pillaran dormido en esta ciudad.

Siguiendo el consejo del campesino, se dirigió hacia los muelles. Allí pasó un par de horas dedicado a caminar arriba y abajo, tratando de determinar de dónde procedía cada uno de los barcos y hacía dónde se dirigirían. Eligió tres de ellos, pero no tenía forma de saber cuándo zarparían y cuál sería su destino. Continuó deambulando por los muelles. Cada vez que veía a alguien con uniforme, se apresuraba a desaparecer entre las sombras de uno de los numerosos callejones que se extendían a lo largo del

muelle, y una vez llegó a meterse incluso en un bar atestado de gente, a pesar de que no tenía ningún dinero.

Encontró un asiento en el extremo más alejado de la sucia taberna, con la esperanza de que nadie observara su presencia, y se dedicó a escuchar las conversaciones mantenidas en diferentes idiomas en las mesas situadas a su alrededor. Recogió así información acerca de dónde se podía buscar a una mujer, quién pagaba los mejores precios por los fogoneros, y hasta dónde le podían hacer un tatuaje de Neptuno a un precio muy bajo; pero entre la ruidosa cháchara también descubrió que el próximo barco en izar el ancla sería el *Arridin*, que zarparía en cuanto hubiera terminado de subir a bordo un cargamento de trigo. No pudo descubrir, sin embargo, hacia dónde se dirigía.

Uno de los marineros no dejaba de repetir la palabra «Egipto». Lo primero que pensó Lubji fue en Moisés y la Tierra Prometida.

Salió del bar y regresó al muelle. Esta vez, revisó cuidadosamente cada barco, hasta que se encontró con un grupo de hombres que cargaban sacos en la bodega de un pequeño vapor de carga que mostraba el nombre de *Arridin* pintado en su proa. Lubji observó la bandera que colgaba fláccidamente del mástil del barco. No soplaban viento, de modo que no podía saber de qué bandera se trataba. Pero estaba seguro de una cosa: aquella bandera no tenía una esvástica.

Lubji se hizo a un lado y observó a los hombres que se echaban los sacos al hombro, los llevaban sobre la pasarela y luego los dejaban caer por una escotilla de carga abierta en el centro de la cubierta. Un capataz permanecía de pie en lo alto de la pasarela y trazaba una marca sobre una pequeña pizarra cada vez que un saco pasaba ante él. Cada pocos momentos se producía un hueco en la fila continua, cuando uno de los hombres descendía por la pasarela, a ritmos diferentes. Lubji esperó pacientemente a que llegara el momento exacto en el que pudiera unirse a la fila sin que nadie se diera cuenta. Avanzó como si tratara de cruzar por en medio y, de pronto, se inclinó, se echó uno de los sacos sobre el hombro izquierdo y caminó hacia el barco, con el rostro oculto detrás del saco, para que no lo viera el hombre situado al extremo de la pasarela. Al llegar al puente, dejó caer el saco en el interior de la escotilla de carga.

Lubji descendió del barco y repitió el ejercicio varias veces, y en cada ocasión aprendía un poco más sobre la distribución del barco. Poco a poco, una idea fue cobrando cuerpo en su mente. Después de haber llevado una docena de sacos se dio cuenta de que si aceleraba la marcha podía situarse justo directamente por detrás del hombre que lo precedía, y a bastante distancia del hombre que lo seguía. Como el montón de sacos sobre el muelle disminuía rápidamente, Lubji llegó a la conclusión de que le quedaban pocas oportunidades. El momento en que se decidiera a actuar sería crítico.

Se echó otro saco sobre el hombro. Apenas un instante después había alcanzado al hombre que le precedía, que dejó caer el saco a la bodega y se volvió para

descender por la pasarela.

Al llegar a la cubierta, Lubji también dejó caer el saco pero luego, sin atreverse a mirar hacia atrás, saltó tras él y cayó en posición extraña sobre un montón de sacos. Rápidamente, gateó hacia el rincón más alejado de la bodega, y allí esperó, con el temor de escuchar las voces de los hombres que se precipitaran para ayudarlo a salir. Pero transcurrieron varios segundos más antes de que el siguiente estibador apareciera sobre la escotilla de carga. El hombre se limitó a inclinarse para dejar caer su saco, sin molestarse en mirar dónde caía.

Lubji trató de situarse de modo que quedara oculto ante cualquiera que mirara por la escotilla, hacia el interior de la bodega, al mismo tiempo que evitaba que un saco de trigo le cayera encima. Para asegurarse de permanecer oculto casi se ahogaba, de modo que después de la caída de cada saco, se asomaba rápidamente para respirar antes de volver a ocultarse. Cuando cayó el último saco en la bodega, Lubji no solo tenía el cuerpo amoratado, sino que jadeaba como una rata a punto de ahogarse.

Cuando ya empezaba a pensar que las cosas no podían empeorar, la tapa de la escotilla de carga fue ajustada sobre el hueco, y un trozo de madera la calzó entre las anillas de hierro. Desesperado, Lubji trató de subirse a lo alto del montón de sacos, para apretar la boca contra las diminutas grietas de las juntas y respirar aire fresco.

Apenas se había instalado sobre lo alto de los sacos cuando los motores se pusieron en marcha, por debajo de la bodega donde se encontraba. Minutos más tarde, notó el deslizamiento del barco, que se movió lentamente para salir del puerto. Escuchó voces sobre la cubierta y, de vez en cuando, pasos que caminaban sobre las planchas, justo por encima de su cabeza. Una vez que el pequeño barco de carga salió del puerto, el balanceo a uno y otro lado se transformó en sacudidas y encontronazos al salir el barco a mar abierto. Lubji se situó entre dos sacos y se agarró a ellos con los brazos extendidos, tratando de no ser arrojado de un lado a otro.

Tanto él como los sacos se vieron continuamente sacudidos en el interior de la bodega hasta que hubiera querido ponerse a gritar para pedir auxilio, pero ahora todo estaba a oscuras y solo distinguía las estrellas por entre las rendijas. Todos los marineros habían desaparecido bajo el puente, de modo que difícilmente podrían escuchar sus gritos.

No tenía ni la menor idea de cuánto podría durar el viaje a Egipto, y no dejaba de preguntarse si podría sobrevivir en aquella bodega durante una tormenta. Al salir el sol, se alegró de estar todavía con vida. A la caída de la noche, hubiera querido morir.

No pudo estar seguro de saber cuántos días transcurrieron hasta que finalmente llegaron a aguas más tranquilas, aunque estaba convencido de haber permanecido despierto la mayor parte de ese tiempo. ¿Entraban ahora en un puerto? Casi no se producía ningún movimiento, y el motor apenas sonaba. Imaginó que el barco tenía que haberse detenido cuando escuchó el sonido del ancla al caer al agua, a pesar de que su estómago seguía moviéndose, como si se encontraran en medio del océano.

Transcurrió por lo menos otra hora antes de que un marinero se inclinara y



retirara el calzo que sujetaba la tapa de la escotilla de carga. Momentos más tarde, Lubji escuchó el sonido de otras voces, en una lengua que tampoco había oído nunca. Imaginó que debería ser el egipcio, y se sintió nuevamente aliviado por el hecho de que no fuera alemán. Alguien retiró finalmente la tapa de la escotilla de carga y por el hueco aparecieron dos hombres que lo miraron fijamente.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? —dijo uno de ellos, al tiempo que Lubji extendía las manos desesperadamente hacia el cielo.

—Seguro que es un espía alemán —dijo su compañero con una risotada.

El primero de ellos se inclinó hacia adelante, tomó los brazos extendidos de Lubji y lo izó sobre la cubierta como si no fuera más que un saco de trigo. Lubji quedó sentado delante de ellos, con las piernas extendidas, respirando a grandes bocanadas el aire fresco, mientras esperaba que lo encerraran de nuevo en la mazmorra de otro país.

Levantó la mirada y parpadeó bajo el sol de la mañana.

—¿Dónde estoy? —preguntó en checo.

Pero los estibadores no demostraron ninguna señal de haberle comprendido. Lo intentó en húngaro, en ruso y, de mala gana, incluso en alemán, pero por toda respuesta solo recibió risas y encogimiento de hombros. Finalmente, lo ayudaron a levantarse sobre la cubierta y lo acompañaron por la pasarela hasta el muelle, sin hacer el menor intento por conversar con él en ningún idioma.

Apenas los pies de Lubji tocaron el suelo cuando los dos hombres lo sujetaron por los brazos y lo alejaron a rastras a lo largo del muelle. Lo acercaron apresuradamente hacia un edificio blanco situado en el extremo del muelle. En lo alto de una puerta se veían unas letras pintadas que, en ese momento, no tuvieron ningún significado para el inmigrante ilegal:

POLICÍA DEL PUERTO DE LIVERPOOL, INGLATERRA

# *St. Andy*

---

12 de septiembre de 1945

Amanecer de una nueva república

« **A**bolición del sistema de honores», decía el titular de la tercera edición del *St. Andy*.

En opinión del director, el sistema de honores no era más que la excusa para que un puñado de políticos envejecidos se recompensaran a sí mismos y a sus amigos con títulos que no se merecían. «Los honores se ofrecen casi siempre a los que no se los merecen. Este ofensivo despliegue de autoengrandecimiento solo es un ejemplo más de los últimos restos de un imperio colonial, y debe desaparecer a la primera oportunidad que se presente. Debemos destinar este anticuado sistema al cubo de la basura de la historia».

Varios miembros de su clase escribieron al director para indicar que su padre había aceptado un título de caballero, y los más históricamente informados de entre ellos añadieron que la última frase había sido copiada de otra destinada a una mejor causa.

Keith no pudo estar seguro de saber cuál era el punto de vista del director, expresado en la reunión semanal de profesores, porque Penny ya no le dirigía la palabra. Duncan Alexander y otros se referían abiertamente a él como un traidor a su clase social. Ante la inquietud de todos, sin embargo, a Keith no parecía importarle lo más mínimo lo que pensarán los demás.

A medida que transcurría el trimestre, se preguntó si acaso no existiría mayor probabilidad de ser llamado a filas por el consejo del ejército, en lugar de que se le ofreciera un puesto en Oxford. A pesar de estos celos, dejó de trabajar en el *Courier* por las tardes, para disponer así de más tiempo que dedicar a los estudios, y redobló sus esfuerzos cuando su padre le ofreció comprarle un coche deportivo si aprobaba los exámenes. La idea de demostrar que el director estaba equivocado, y de poseer un coche propio fue irresistible para él. La señorita Steadman, que seguía dirigiéndolo en sus estudios en las largas y oscuras tardes, pareció entusiasmarse ante la perspectiva de duplicar su carga de trabajo.

Para cuando Keith regresó a St. Andrew para su último trimestre, se sintió preparado para afrontar tanto a los miembros del tribunal como al director; la obtención de fondos para el pabellón de críquet iba tan bien que solo faltaban unos pocos cientos de libras para alcanzar su objetivo, y Keith decidió utilizar el último número del *St. Andy* para anunciar su éxito. Confiaba en que eso fuera suficiente para impedir que el director hiciera algo con respecto al artículo que tenía la intención de publicar en el siguiente número, y en el que defendería la idea de abolir la monarquía.

«Australia no necesita ser gobernada por una familia alemana de clase media que vive a más de quince mil kilómetros de distancia. ¿Por qué tenemos que acercarnos a la segunda mitad del siglo xx teniendo que apuntalar un sistema tan elitista?»

Librémonos de todos ellos —anunciaba el editorial—, además del himno nacional, de la bandera británica y hasta de la libra. Una vez terminada la guerra llegará sin duda el momento de que Australia se proclame a sí misma república».

El señor Jessop mantuvo los labios fuertemente cerrados, mientras que el *Melbourne Age* le ofreció a Keith 50 libras por su artículo, una oferta que él tardó mucho tiempo en rechazar. Duncan Alexander le hizo saber que alguien cercano al director le había dicho que a todos los profesores les sorprendería que Townsend se las arreglara para llegar a fin de curso.

Durante las primeras pocas semanas del último trimestre, Keith siguió dedicando la mayor parte de su tiempo a prepararse para los exámenes, y solo se tomaba un respiro de vez en cuando para ver a Betsy y para acudir algún que otro miércoles por la tarde a las carreras, mientras que otros se dedicaban a pasatiempos mucho más enérgicos.

Keith no se habría molestado en acudir a las carreras aquel miércoles en particular, si no hubiera recibido un «consejo seguro» por parte de uno de los mozos de una cuadra local. Comprobó con sumo cuidado el estado de sus finanzas. Aún le quedaba un poco de dinero del trabajo realizado durante las vacaciones, además del dinero de bolsillo recibido para pasar el trimestre. Decidió hacer una apuesta en la primera carrera y, si ganaba, regresaría a la escuela y continuaría con su repaso. El miércoles por la tarde, tomó la bicicleta que había dejado detrás de la oficina de Correos y pedaleó hacia el hipódromo, después de prometerle a Betsy que pasaría a verla antes de regresar a la escuela.

El «consejo seguro» se llamaba *Rum Punch*, y tenía que participar en la carrera de las dos de la tarde. Su informante se mostró tan seguro del pedigrí del caballo, que Keith apostó cinco libras al pleno para ganar siete a uno en las apuestas. Antes de que se levantara la barrera ya pensaba cómo gastaría sus ganancias.

*Rum Punch* se mantuvo en cabeza durante toda la carrera, y aunque otro caballo empezó a ganarle terreno, Keith echó los brazos al cielo cuando pasaron ante el poste indicador de meta. Se dirigió hacia la casilla de las apuestas para recoger sus ganancias.

En ese momento sonó un anuncio por los altavoces: «El resultado de la primera carrera de la tarde se retrasa y será dado a conocer dentro de unos minutos, ya que tiene que hacerse una comprobación de foto-fija entre *Rum Punch* y *Colonus*». Keith no abrigaba la menor duda de que, desde donde él estaba, *Rum Punch* había ganado, y no comprendía por qué razón tenían que recurrir a una fotografía para determinarlo. Imaginó que, probablemente, los empleados tenían que aparentar que cumplían con su deber. Miró el reloj y se acordó de Betsy.

«He aquí el resultado de la primera carrera —tronó una voz por el sistema de altavoces—. El ganador es el número once, *Colonus*, con cinco a cuatro, por una corta cabeza por delante de *Rum Punch*, con siete a uno».

Keith lanzó una maldición en voz alta. Si al menos hubiera apoyado a *Rum Punch* con una apuesta colocado, habría duplicado su dinero. Rompió el billete y se dirigió hacia la salida. Cuando ya se dirigía hacia la bicicleta, miró hacia la cartelera para la próxima carrera. *Drumstick* se encontraba entre los participantes, y bien situado al principio. El paso de Keith se hizo más lento. En el pasado había ganado en dos ocasiones al apostar por *Drumstick*, y estaba seguro de que podrían convertirse en tres veces seguidas. Su único problema era que había apostado todos sus ahorros por *Rum Punch*.

Mientras continuaba hacia la bicicleta, recordó que tenía autoridad para retirar dinero de una cuenta en el Banco de Australia que mostraba un saldo de más de cuatro mil libras.

Comprobó la cartelera para ver cuáles eran los otros caballos, y no vio a ninguno que pudiera poner en peligro la segura victoria de *Drumstick*. Esta vez, apostaría cinco libras a que el caballo quedaría en cualquiera de los tres primeros puestos, de modo que a unas apuestas de tres por uno, podía estar seguro de recuperar su dinero, aunque *Drumstick* llegara en tercer puesto. Keith cruzó el torniquete de salida, tomó la bicicleta y pedaleó furiosamente un kilómetro y medio hasta encontrar el banco más cercano. Entro corriendo y extendió un cheque por importe de diez libras.

Todavía faltaban quince minutos para que empezara la segunda carrera, de modo que estaba bastante seguro de cobrar el cheque y regresar a tiempo para hacer su apuesta. El empleado sentado tras la rejilla miró al cliente, observó el cheque y llamó por teléfono a la sucursal del banco de Keith, en Melbourne, donde le confirmaron inmediatamente que el señor Townsend tenía firma en esa cuenta en particular, y que disponía de saldo suficiente. A las dos y cincuenta y tres minutos, el empleado empujó un billete de diez libras hacia el impaciente joven.

Keith pedaleó de regreso al hipódromo a una velocidad que habría impresionado al capitán del equipo de atletismo, abandonó la bicicleta y echó a correr hacia la taquilla de apuestas más cercana. Apostó cinco libras a cada puesto por *Drumstick*, con Honest Syd. En cuanto se levantó la barrera, corrió rápidamente hacia las barandillas y llegó a tiempo para ver la *mêlée* de caballos que pasaron ante él por el primer circuito. Casi no pudo creer lo que vieron sus ojos. *Drumstick* tuvo que haber hecho una salida retrasada, porque iba a la cola del resto de caballos sobre la pista al iniciarse la segunda vuelta y, a pesar de su valeroso esfuerzo por llegar bien situado a la meta, solo consiguió un cuarto puesto.

Keith comprobó los caballos y jinetes de la tercera carrera y rápidamente regresó en bicicleta al banco, sin que su trasero descansara ni un momento sobre el sillín. En esta ocasión extendió un cheque por importe de 20 libras. Se hizo otra llamada telefónica y, en esta ocasión, el ayudante del director del banco, en Melbourne, pidió hablar personalmente con Keith. Una vez establecida la identidad de Keith, autorizó el pago del cheque.

A Keith no le fueron mejor las cosas en la tercera carrera y para cuando se

anunció por los altavoces el ganador de la sexta carrera, ya había retirado 100 libras de la cuenta del pabellón de críquet. El regreso hacia la oficina de Correos lo hizo lentamente, sin dejar de darle vueltas a las consecuencias de lo ocurrido aquella tarde. Sabía que la cuenta sería controlada a finales de mes por el tesorero de la escuela, y que si se le planteaba alguna duda acerca de depósitos y retiradas de dinero, informaría al director, que pediría a su vez una aclaración al banco. El ayudante del director le informaría entonces que el señor Townsend había telefoneado en cinco ocasiones desde una sucursal situada cerca del hipódromo durante la tarde del miércoles en cuestión, insistiendo en cada ocasión para que se le pagara el cheque. Keith podía estar seguro de ser expulsado; durante el curso anterior, un chico había sido expulsado por robar una botella de tinta. Pero lo que era peor, mucho peor que ninguna otra cosa, es que la noticia se publicaría en la primera página de todos los periódicos de Australia que no fueran propiedad de su padre.

A Betsy le sorprendió que Keith no se acercara para hablar con ella después de dejar la bicicleta detrás de la oficina de Correos. Regresó andando a la escuela, sabiendo perfectamente bien que solo disponía de tres semanas para conseguir cien libras. Se dirigió directamente a su habitación y trató de concentrarse en antiguos ejercicios de exámenes, pero no podía evitar que su mente volviera una y otra vez a pensar en aquellos cobros irregulares. Se le ocurrieron una docena de historias que, en diferentes circunstancias, habrían podido parecer verosímiles. Pero ¿cómo explicar que hubiera cobrado los cheques a intervalos de treinta minutos y en una sucursal bancaria tan cercana al hipódromo?

A la mañana siguiente consideró incluso la idea de alistarse en el ejército y conseguir que lo enviaran a Birmania, antes de que nadie descubriera lo que había hecho. Quizá si lo mataban en una acción heroica y conseguía la Cruz Victoria, nadie se atreviera a mencionar en su entierro las cien libras que faltaban. Lo único que no consideró fue hacer una apuesta a la semana siguiente, ni siquiera después de haber recibido otro «consejo seguro» por parte del mismo mozo de cuadras. No le ayudó en nada leer en el *Sporting Globe* del día siguiente que aquel «consejo seguro» había entrado en primer puesto, con unas apuestas de diez a uno.

Fue durante la hora de estudio del lunes siguiente, mientras Keith se esforzaba por redactar un ensayo sobre el patrón oro, cuando le entregaron una nota manuscrita en su cuarto. En ella se decía, simplemente:

*«El director quiere verle inmediatamente en su despacho».*

Keith sintió náuseas. Dejó sobre la mesa el ensayo a medio redactar y se encaminó lentamente hacia la casa del director. ¿Cómo podía haberlo descubierto con tanta rapidez? ¿Acaso el banco había decidido cubrirse las espaldas y comunicarle al tesorero las retiradas irregulares de fondos? ¿Cómo podían estar seguros de que aquel dinero no se hubiera empleado en gastos perfectamente legítimos? Casi pudo

escuchar al director preguntarle con sarcasmo: «Y bien, Townsend, ¿cuáles han sido esos “gastos legítimos” retirados del banco a intervalos de treinta minutos de una sucursal cercana al hipódromo durante el miércoles por la tarde?».

Keith subió los escalones que conducían a la casa del director. Sentía náuseas y un sudor frío. La doncella le abrió la puerta incluso antes de que él pudiera llamar. Lo acompañó directamente al despacho del señor Jessop sin decir una sola palabra. Al entrar en el despacho le pareció que nunca había visto una expresión tan adusta en el rostro del director. Miró hacia el otro lado de la estancia y vio que su jefe de curso estaba sentado en un sofá, en la esquina. Keith permaneció de pie, consciente de que en esta ocasión no se le invitaría ni a sentarse ni a tomar una copa de jerez.

—Townsend —empezó a decir el director—, estoy investigando una grave acusación, acerca de la que, lamento informarle, parece estar usted personalmente implicado. —Keith hundió las uñas en las palmas de las manos para no echarse a temblar—. Como puede ver, el señor Clarke está presente, simplemente para que haya un testigo en el caso de que sea necesario poner este asunto en manos de la policía.

Keith sintió que se le debilitaban las piernas y temió derrumbarse allí mismo si no se le ofrecía una silla.

—Iré directamente al asunto, Townsend. —El director se detuvo un momento, como si buscara las palabras adecuadas. Keith no podía dejar de temblar—. Mi hija, Penny, parece ser que está... está... embarazada —dijo el señor Jessop—. Ella me informa que ha sido violada. Parece ser que usted... —Keith ya se disponía a protestar— fue el único testigo del episodio. Y puesto que el acusado no se aloja solo en su casa, sino que es además el encargado estudiantil del curso, considero de la mayor importancia que tenga usted la amabilidad de cooperar en esta investigación.

Keith emitió un audible suspiro de alivio.

—Contestaré a sus preguntas lo mejor que sepa —dijo.

La mirada del director regresó a lo que, según sospecho, era un guión de preguntas previamente preparado.

—El sábado seis de octubre, alrededor de las tres de la tarde, ¿entró usted en el pabellón de críquet?

—Sí, señor —contestó Keith sin vacilación—. A menudo me veo obligado a visitar el pabellón, por asuntos relacionados con mi responsabilidad para la obtención de fondos.

—Sí, desde luego —asintió el director—. Perfectamente normal y adecuado que así lo haga.

El señor Clarke tenía una expresión muy seria e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Puede decirme, con sus propias palabras, con qué se encontró al entrar en el pabellón durante aquel sábado en concreto?

Keith hubiera querido sonreír al escuchar la palabra «encontró», pero logró

mantener una expresión muy seria.

—Tómese el tiempo que considere oportuno para contestar —añadió el señor Jessop—. Y sean cuales fueren sus sentimientos, no debe considerar esto como un chivatazo.

«No te preocupes —pensó Keith—, que no lo considero así». Se preguntó si acaso no sería esta la ocasión propicia para solucionar al mismo tiempo dos viejos asuntos pendientes. Pero quizá tuviera mucho más que ganar si...

—También debe usted tener en cuenta que la reputación de varias personas depende de su interpretación de lo que viera durante aquella desgraciada tarde.

Fue precisamente la palabra «reputación» lo que ayudó a Keith a decidirse. Frunció el ceño, como si reflexionara profundamente sobre las implicaciones de lo que se disponía a decir, y se preguntó durante cuánto tiempo más podría prolongar la angustia de sus interlocutores.

—Señor director —dijo finalmente, con un tono de voz que trató de que pareciera insólitamente responsable—, al entrar en el pabellón lo encontré completamente a oscuras, lo que no dejó de extrañarme hasta que me di cuenta de que se habían bajado todas las persianas. Todavía me sorprendió más escuchar ruidos que parecían proceder de los vestuarios del equipo visitante, pues sabía que los First Eleven jugaban aquel día fuera de casa. Tanteé con la mano en la pared para encontrar el interruptor de la luz y, al encenderla, me quedé conmocionado al ver... —Keith fingió vacilar, como si le resultara embarazoso seguir adelante.

—Townsend, no debe preocuparse por lo que quizá considere como dejar en la estacada a un amigo —intervino el director—. Puede confiar en nuestra discreción.

«Que es mucho más de lo que puedes confiar tú en la mía», pensó Keith.

—... Al ver a su hija y a Duncan Alexander que estaban tumbados, desnudos, en la pista de deslizamiento. —Keith hizo una nueva pausa pero, esta vez, el director no le presionó para que continuara y él la prolongó aún más—. Lo que hubiera sucedido hasta ese momento, tuvo que detenerse de improviso en cuanto encendí la luz.

Se detuvo, con una nueva vacilación.

—Esto tampoco resulta fácil para mí, Townsend, como bien podrá comprender —dijo el director.

—Aprecio su comentario, señor —dijo Keith, complacido por la forma de conducir todo el episodio.

—En su opinión, ¿estaban manteniendo o habían mantenido relaciones sexuales?

—Estoy relativamente convencido, señor director, de que las relaciones sexuales ya se habían producido —contestó Keith, con la esperanza de que su respuesta no fuera del todo concluyente.

—Pero ¿puede estar seguro? —preguntó el director.

—Sí, creo que sí, señor —contestó Keith tras una larga pausa—, porque...

—No se sienta azorado, Townsend. Debe usted comprender que mi único interés consiste en averiguar toda la verdad sobre este asunto.



«Pero quizá no sea ese mi único interés», pensó Keith, que no se sentía azorado en lo más mínimo, aunque era evidente que los dos hombres presentes en el despacho lo estaban.

—Debe contarnos exactamente lo que vio, Townsend.

—No se trató tanto de lo que vi, señor, como de lo que escuché —dijo Keith.

El director bajó la cabeza y tardó un tiempo en recuperarse.

—La siguiente pregunta que debo plantearle es muy desagradable para mí, Townsend, porque no solo me verá obligado a fiarme de su memoria, sino también de su juicio.

—La contestaré lo mejor que sepa, señor.

Esta vez fue el director el que vaciló, y Keith casi tuvo que morderse la lengua para no decirle: «Tómese el tiempo que considere oportuno, señor».

—En su opinión, Townsend, y recuerde que hablamos confidencialmente, ¿le pareció, en la medida en que pueda saberlo, que mi hija actuaba, por así decirlo... —vaciló de nuevo antes de terminar la pregunta—... de buen grado?

Keith dudó mucho de que el director hubiera planteado una frase más torpe en toda su vida.

Lo dejó sudar unos segundos más, antes de contestar con firmeza:

—Sobre esa cuestión concreta, señor, no me cabe la menor duda. —Los dos hombres lo miraron directamente—. No fue un caso de violación.

El señor Jessop no demostró reacción alguna.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —se limitó a preguntar.

—Porque ninguna de las voces que escuché antes de encender la luz expresaban ira o temor. Eran las voces de dos personas que..., ¿cómo podría expresarlo, señor? ..., que disfrutaban juntas con lo que estaban haciendo.

—¿Puede estar seguro de eso, más allá de cualquier duda razonable, Townsend? —preguntó el director.

—Sí, señor, creo estarlo.

—¿Y por qué lo está? —preguntó el señor Jessop.

—Porque..., porque yo mismo experimenté ese mismo placer con su hija apenas dos semanas antes, señor.

—¿En el pabellón? —barbotó el director con incredulidad.

—No, señor. Para ser honestos, debo decirle que en mi caso fue en el gimnasio. Tengo la sensación de que su hija prefería el gimnasio, antes que el pabellón. Siempre decía que era mucho más fácil relajarse sobre las colchonetas de goma que sobre las almohadillas de críquet en la pista de deslizamiento.

El director se quedó sin saber qué decir. Tras un prolongado silencio, recuperó el habla.

—Gracias por su franqueza, Townsend.

—De nada, señor. ¿Me necesitará para alguna cosa más?

—No, por el momento no, Townsend. —Keith se volvió para marcharse—. No

obstante, le agradecería su más completa discreción en este asunto.

—Desde luego, señor —asintió Keith, que se volvió ligeramente para mirarle y se ruborizó ligeramente al añadir—: Siento mucho haberle colocado en una situación embarazosa, señor, pero como bien nos recordó usted en su sermón del pasado domingo, sea cual fuere la situación a la que tengamos que enfrentarnos en la vida, uno debe recordar siempre las palabras que pronunciara George Washington: «No puedo contar una mentira».

Durante las semanas siguientes, a Penny no se la vio por ninguna parte. Cuando se le preguntó, el director se limitó a contestar que ella y su madre habían ido a visitar a una tía suya que vivía en algún lugar de Nueva Zelanda.

Keith no tardó en apartar de sus pensamientos los problemas del director, para concentrarse en sus propias preocupaciones. Todavía no se le había ocurrido una solución que le permitiera devolver las cien libras que faltaban en la cuenta del pabellón.

Una mañana, después de las oraciones, Duncan Alexander llamó a la puerta de su cuarto.

—Solo quería darte las gracias —dijo Alexander—. Te has portado como un viejo compañero y un tipo decente —añadió, con una forma de hablar más británica que la de los propios británicos.

—Como siempre, compañero —respondió Keith con un intenso acento australiano—. Después de todo, solo le dije la verdad al viejo.

—En efecto —asintió el joven—. A pesar de todo, te debo un gran favor, amigo. Y nosotros, los Alexander, tenemos una buena memoria.

—También la tenemos los Townsend —dijo Keith, sin mirarlo.

—Bueno, si puedo hacer algo para ayudarte en el futuro, no vaciles en hablar conmigo.

—No vacilaré —le prometió Keith.

Duncan abrió la puerta y se volvió a mirarlo antes de añadir:

—Debo admitir, Townsend, que no eres la mierda que todo el mundo asegura que eres.

Una vez que se hubo cerrado la puerta, Keith repitió las palabras pronunciadas por Asquith, citadas en un ensayo en el que había trabajado.

—Será mejor que esperes y lo veas.

—Hay una llamada para usted por el teléfono interior, en el despacho del señor Clarke —le informó el alumno de primer año, de servicio en el pasillo.

A medida que se acercaba el fin de mes, Keith temía hasta abrir su correspondencia o, lo que era peor, recibir una llamada inesperada. Siempre

imaginaba que alguien terminaría por descubrir lo sucedido. Cada día que pasaba esperaba que el ayudante del director del banco se pusiera en contacto con él para informarle de que había llegado el momento de presentarle al tesorero el estado de cuentas.

«Pero si he conseguido más de cuatro mil libras», se repetía una y otra vez.

«Esa no es la cuestión, Townsend», imaginaba que le contestaba el director.

Intentó no demostrarle al alumno de primero lo angustiado que se sentía. Al salir de su cuarto y avanzar por el pasillo, vio la puerta abierta del despacho del encargado de curso. Sus pasos se hicieron más y más lentos. Entró en el despacho y el señor Clarke le tendió el teléfono. Keith hubiera deseado que saliera de la estancia, pero él se quedó donde estaba, calificando las pruebas del día anterior.

—Keith Townsend —dijo al teléfono.

—Buenos días, Keith. Soy Mike Adams.

Reconoció inmediatamente el nombre del director del *Sydney Morning Herald*. ¿Cómo había logrado descubrir lo del dinero que faltaba?

—¿Sigue usted ahí? —preguntó Adams.

—Sí —contestó Keith—. ¿En qué puedo servirle?

Le alivió el hecho de saber que Adams no pudiera verle temblar.

—Acabo de leer la última edición del *St. Andy* y sobre todo su artículo sobre la necesidad de que Australia se convierta en una república. Me ha parecido muy bueno y quisiera publicarlo completo en nuestro periódico... si llegamos a un acuerdo sobre el precio.

—No está a la venta —dijo Keith con firmeza.

—Pensaba ofrecerle setenta y cinco libras por él —dijo Adams.

—No le daría permiso para publicarlo, a menos que me ofreciera...

—A menos que le ofreciera... ¿cuánto?

La semana antes de que Keith tuviera que presentarse a sus exámenes para Oxford, regresó a Toorak para un repaso de última hora con la señorita Steadman. Revisaron juntos todas las posibles preguntas, así como las respuestas modelo que ella había preparado. Lo único que no consiguió la señorita Steadman fue una cosa: que se relajara. Pero no le dijo que no eran los exámenes lo que le ponían nervioso.

—Estoy segura de que aprobarás —le dijo su madre el domingo por la mañana, durante el desayuno, muy segura de sí misma.

—Espero que sea así —dijo Keith.

Sabía muy bien que, al día siguiente, el *Sydney Morning Herald* publicaría su artículo, titulado: «Amanecer de una nueva república». Pero esa misma mañana también empezaría sus exámenes, de modo que confiaba en que sus padres se guardarían sus consejos durante por lo menos los diez próximos días y quizá para entonces...

—Bueno —intervino su padre, que interrumpió sus pensamientos—, es un examen muy minucioso, pero estoy seguro de que te ayudará mucho el fuerte apoyo del director, después de tu extraordinario éxito en conseguir el dinero para el pabellón. Y, a propósito, se me olvidó decirte que tu abuela ha quedado tan bien impresionada por tus esfuerzos, que donó otras cien libras en tu nombre.

Fue la primera vez que la madre de Keith le oyó lanzar un juramento en voz alta.

El lunes por la mañana, Keith se sentía tan preparado como creía poder estarlo para enfrentarse al tribunal examinador, y diez días más tarde, cuando terminó el último trabajo, quedó impresionado por la gran cantidad de preguntas a las que la señorita Steadman se había anticipado. Sabía que lo había hecho bien en Historia y Geografía, y solo confiaba en que el consejo examinador de Oxford no diera tanta importancia al estudio de los clásicos.

Llamó por teléfono a su madre para asegurarle que estaba convencido de haberlo hecho todo lo bien que esperaba, y que si no conseguía un puesto en Oxford no podría achacarle la culpa a su mala suerte con las preguntas.

—Tampoco yo me quejaré —fue la respuesta inmediata de su madre—. Pero tengo un consejo que darte, Keith. Procura no cruzarte con tu padre durante unos pocos días más.

El anticlímax que siguió a la terminación de los exámenes fue algo inevitable. Mientras Keith esperaba a saber los resultados, dedicó parte de su tiempo a tratar de conseguir los últimos y pocos cientos de libras que faltaban para completar la suma requerida para la construcción del nuevo pabellón, una parte de la misma en el hipódromo, mediante pequeñas apuestas hechas con su propio dinero, y otra parte gracias a la noche pasada con la esposa de un banquero, que terminó por entregarle cincuenta libras.

El último lunes del trimestre, el señor Jessop, durante su reunión semanal con los profesores, les informó que St. Andrew continuaba con su gran tradición de enviar a sus mejores estudiantes a Oxford y a Cambridge, manteniendo así el vínculo con aquellas dos grandes universidades. Luego, leyó en voz alta los nombres de los que habían conseguido plaza:

Alexander, D. T. L.

Tomkins, C.

Townsend, K. R.

—Un mierda, un empollón y una estrella, aunque no necesariamente por ese mismo orden —dijo el director en voz baja.

---

# SEGUNDA EDICIÓN

---

El botín para el vencedor

# DAILY MIRROR

---

7 DE JUNIO DE 1994

---

Los desembarcos en Normandía tienen éxito

Cuando Lubji Hoch terminó de contar su historia ante el tribunal, todos sus miembros lo miraron con incredulidad. O era una especie de superman, o un embustero patológico, y no podían decidir cuál de las dos cosas.

El traductor checo se encogió de hombros.

—Algo de esto tiene sentido —le dijo al oficial investigador—, pero tanto me parece un poco exagerado.

El presidente del tribunal consideró por unos momentos el caso de Lubji Hoch y luego decidió la solución más fácil.

—Enviarlo al campo de internamiento... y volveremos a verlo dentro de seis meses. Entonces podrá volver a contarnos su historia, y solo tendremos que comprobar cuántas cosas han cambiado.

Lubji asistió a las sesiones del tribunal sin comprender una sola palabra de lo que dijo el presidente, pero esta vez, al menos, le proporcionaron los servicios de un intérprete, de modo que pudo seguir todo el procedimiento. Durante el viaje de regreso al campo de internamiento, tomó una decisión. Cuando revisaran su caso, al cabo de seis meses, no necesitaría que nadie tradujera sus palabras.

Eso, sin embargo, no resultó ser tan fácil como había imaginado, porque una vez de regreso en el campo, al encontrarse entre sus compatriotas, ninguno de ellos mostró el menor interés por hablar otro idioma que no fuera el checo. De hecho, lo único que le enseñaron fue a jugar al póquer y no tardó mucho tiempo en derrotarlos a todos en su propio juego. La mayoría de ellos imaginaban que regresarían a su país, una vez terminada la guerra.

Lubji era el primer internado en levantarse por la mañana, y molestaba permanentemente a sus compañeros al tratar de superarles a cada uno de ellos, trabajar más que ninguno y aventajarlos en todo lo posible. La mayoría de los checos lo consideraban como poco más que un rufián ruteno, pero puesto que ahora ya se había convertido en un joven corpulento, de más de un metro ochenta de estatura, y seguía creciendo, ninguno de ellos se atrevió a expresar ningún tipo de opinión delante de él.

Ya había transcurrido una semana desde que regresara al campo cuando se dio cuenta por primera vez de la presencia de aquella mujer. Volvía a su barracón, después del desayuno cuando vio a una mujer vieja que empujaba una bicicleta cargada de periódicos, colina arriba. Al cruzar las puertas de entrada al campo, no pudo distinguir su rostro con claridad, porque llevaba una bufanda sobre la cabeza, como forma de protegerse del cortante viento. Empezó a repartir los periódicos, primero en el cuarto de oficiales y luego, una tras otra, en las pequeñas casetas ocupadas por los suboficiales. Lubji rodeó el terreno donde formaban filas y empezó

a seguirla, con la esperanza de que aquella persona pudiera ser la que le ayudara. Cuando la bolsa que llevaba sobre el manillar de la bicicleta quedó vacía, la mujer se dirigió hacia las puertas del campo. Al pasar junto a Lubji, él la saludó.

—Hola.

—Buenos días —contestó ella.

Montó en la bicicleta y cruzó las puertas, para desaparecer colina abajo sin decir nada más.

A la mañana siguiente, Lubji no se molestó en acudir a desayunar y permaneció junto a las puertas del campo, sin dejar de mirar colina abajo. Al verla empujar la bicicleta cargada por la cuesta, echó a correr hacia ella, antes de que el guardia de la puerta pudiera detenerle.

—Buenos días —le dijo, y le tomó la bicicleta para ayudarla a subir los últimos metros.

—Buenos días —contestó ella—. Soy la señora Sweetman. ¿Qué tal andamos hoy?

Lubji se lo habría dicho, si hubiera tenido la más ligera idea de cómo expresarlo.

Mientras la mujer efectuaba sus rondas, él la ayudó ávidamente a efectuar las entregas. Una de las primeras palabras que aprendió en inglés fue «periódico». Después de eso, se impuso a sí mismo la tarea de aprender diez palabras nuevas al día.

Al final del mes, el guardián del campo ni siquiera parpadeaba cuando Lubji pasaba cada mañana junto a él para acudir a recibir a la mujer al pie de la cuesta.

Al segundo mes ya estaba sentado cada mañana, a las seis, ante la puerta de la tienda de la señora Sweetman, para hacerse cargo del montón de periódicos que colocaba ya en el orden correcto antes de empujar la bicicleta cargada cuesta arriba. Cuando la mujer solicitó mantener una entrevista con el comandante del campo, a principios del tercer mes, el mayor le dijo que no había ningún inconveniente en que Hoch trabajara para ella unas pocas horas al día en la tienda del pueblo, siempre y cuando regresara antes de pasar lista.

La señora Sweetman descubrió rápidamente que el suyo no era el primer quiosco de prensa para el que había trabajado el joven, y no hizo el menor intento por detenerlo cuando cambió la posición de las estanterías, reorganizó los horarios de entrega y, un mes más tarde, se hizo cargo de las cuentas. Tampoco le sorprendió descubrir, varias semanas más tarde de poner en práctica las sugerencias de Lubji, que los beneficios aumentaban por primera vez desde 1939.

Siempre que la tienda estaba vacía, la señora Sweetman ayudaba a Lubji con su inglés, leyéndole en voz alta los artículos publicados en la primera página del *Citizen*. A continuación, Lubji trataba de leerle el mismo artículo. Ella se echaba a reír a menudo con lo que llamaba sus «errores garrafales» de pronunciación, pero eso no fueron más que otras palabras más que Lubji añadió a su vocabulario.

Cuando el invierno dio paso a la primavera solo se producía algún que otro «error

garrafal» ocasional y no transcurrió mucho tiempo más antes de que Lubji fuera capaz de sentarse tranquilamente en un rincón y leer por sí solo, para consultar con la señora Sweetman solo cuando se encontraba con una palabra que desconocía. Bastante antes de que tuviera que presentarse de nuevo ante el tribunal, había pasado a estudiar los artículos de opinión del *Manchester Guardian*, y una mañana, cuando la señora Sweetman se quedó mirando fijamente la palabra «indolente», sin poder ofrecerle una explicación, Lubji decidió ahorrarle el mal trago y consultar en el futuro el diccionario Oxford de bolsillo que había permanecido hasta entonces acumulando polvo bajo el mostrador.

—¿Necesita de un intérprete? —le preguntó el presidente del tribunal.

—No, gracias, señor —fue la respuesta inmediata de Lubji.

El presidente enarcó una ceja. Estaba seguro de que cuando entrevistó por última vez a este hombre corpulento, apenas seis meses antes, no había podido comprender una sola palabra de inglés. ¿No fue el mismo que los mantuvo a todos boquiabiertos con su improbable historia de las cosas que le habían ocurrido hasta que llegó a Liverpool? Ahora repetía exactamente la misma historia y, aparte de unos pocos errores gramaticales y de su terrible acento de Liverpool, su narración causó mucho más efecto sobre el tribunal que cuando la contó por primera vez a través de un intérprete.

—Muy bien, ¿qué le gustaría hacer a continuación, Hoch? —le preguntó una vez que el joven checo hubo terminado de contar su historia.

—Desearía unirme a un viejo regimiento y contribuir a ganar la guerra —fue la respuesta previamente preparada de Lubji.

—Eso quizá no sea tan fácil, Hoch —dijo el presidente, que le sonrió con expresión bonachona.

—Si no me dan un rifle, mataré alemanes con mis propias manos —dijo Lubji, desafiante—. Solo tienen que ofrecerme la oportunidad para demostrarlo.

El presidente le sonrió de nuevo antes de hacerle un gesto al sargento de servicio, que se puso firmes y sacó a Lubji bruscamente de la estancia.

Lubji no supo durante varios días el resultado de las deliberaciones del tribunal. Se dedicaba a entregar los periódicos de la mañana en el cuarto de oficiales cuando un cabo se dirigió hacia él, y le dijo, sin mayores preámbulos:

—Está bien, el comandante quiere verle.

—¿Cuándo? —preguntó Lubji.

—Ahora —contestó el cabo y sin añadir nada más, se dio media vuelta y se alejó.

Lubji dejó los demás periódicos en el suelo y lo siguió cuando ya desaparecía entre la niebla matinal que se extendía sobre el terreno de formación de filas, para dirigirse hacia el edificio de oficinas. Ambos se detuvieron ante una puerta marcada con un letrero que decía:



«Oficial comandante».

El cabo llamó y en cuanto oyó la palabra «Entre», abrió la puerta, entró, se puso firmes ante la mesa del despacho del coronel y saludó.

—Se presenta Och, según lo ordenado, señor —gritó, casi como si estuviera todavía en el exterior.

Lubji se detuvo directamente por detrás del cabo, que estuvo a punto de derribarlo al dar un paso hacia atrás.

Lubji observó al oficial elegantemente vestido sentado tras la mesa. Lo había visto en una o dos ocasiones anteriores, pero solo a distancia. Se puso firmes y se llevó la palma de la mano a la sien, tratando de imitar el saludo del cabo. El comandante lo miró un momento y luego volvió a fijarse en la única hoja de papel que tenía sobre la mesa.

—Hoch —empezó a decir—. Tiene que ser trasladado desde este campo hasta un campo de entrenamiento en Staffordshire, donde se unirá al Cuerpo de Zapadores, como soldado raso.

—Sí, señor —gritó Lubji, sintiéndose feliz.

La mirada del coronel siguió fija en la hoja de papel.

—Abandonará el campo mañana a las siete en punto.

—Sí, señor.

—Antes, preséntese al administrativo de servicio, que le proporcionará la documentación necesaria, incluido un pase para el ferrocarril.

—Sí, señor.

—¿Alguna pregunta, Hoch?

—Sí, señor —contestó Lubji—. ¿Se dedica el Cuerpo de Zapadores a matar alemanes?

—No, Hoch, no se dedican a eso —contestó el coronel con una sonrisa—, pero se esperará de usted que ofrezca una inestimable ayuda a quienes lo hacen.

Lubji sabía muy bien lo que significaba la palabra «valiosa», pero no estaba muy seguro de saber lo que significaba «inestimable». Tomó buena nota para averiguarlo en cuanto regresara a su barracón.

Aquella tarde se presentó al administrativo de servicio, tal como se le había ordenado, y se le entregó un pase para los ferrocarriles y diez chelines. Una vez que hubo recogido sus pocas pertenencias, descendió la colina por última vez para darle a la señora Sweetman las gracias por todo lo que había hecho por él durante los últimos siete meses al ayudarlo a aprender inglés. Miró el significado de la nueva palabra en el diccionario situado bajo el mostrador, y le dijo a la señora Sweetman que su ayuda había sido inestimable. A ella no le importó admitir ahora ante el joven extranjero que hablaba su idioma mejor que ella.

A la mañana siguiente, Lubji tomó un autobús hasta la estación, a tiempo para tomar el tren de las 7,20 hacia Stafford. Cuando llegó, después de tres cambios de

tren y varios retrasos, se había leído el *Times* de cabo a rabo.

En Stafford encontró un *jeep* que lo esperaba. Tras el volante se sentaba un cabo del regimiento North Staffordshire, con aspecto tan elegante que Lubji lo llamó «señor». Durante el trayecto hasta los barracones el cabo no le dejó a Lubji la menor duda de que la forma de vida más inferior estaba compuesta por los «culíes», palabra que Lubji no acabó de entender.

—Deseo tomar parte en la acción de combate —le dijo Lubji con firmeza—, y no soy ningún gandul, ¿verdad?

—Se necesita a uno que lo sea para saberlo —replicó el cabo.

Poco después el *jeep* se detenía frente al barracón de intendencia.

Una vez que a Lubji le hubieron entregado un uniforme de soldado, pantalones unos pocos centímetros más cortos de su talla, dos camisas caqui, dos pares de calcetines grises, una corbata marrón (de algodón), una cantimplora, cuchillo, tenedor y cuchara, dos mantas, una sábana y un almohadón, fue acompañado a su nuevo barracón, y se encontró alojado en compañía de veinte reclutas de la zona de Staffordshire que, antes de ser llamados a filas, habían trabajado principalmente como alfareros y mineros del carbón. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que, a pesar de todo, hablaban el mismo idioma que le había enseñado la señora Sweetman.

Durante las pocas semanas siguientes, Lubji hizo poco más que excavar trincheras, limpiar letrinas y, de vez en cuando, conducir camiones cargados de basura para arrojarla a un estercolero situado a unos tres kilómetros del campamento. Ante el descontento de sus camaradas, siempre trabajaba más duramente y durante más tiempo que ninguno de ellos. Pronto descubrió por qué el cabo pensaba que los culíes no eran más que un puñado de gandules.

Cada vez que Lubji vaciaba los cubos de basura situados por detrás del cuarto de oficiales, retiraba cualquier periódico que hubieran tirado, por antiguo que fuese. Por la noche, tumbado en su estrecho catre, con las piernas sobresaliéndole por el extremo, pasaba lentamente las páginas de cada periódico. Le interesaban sobre todo las noticias sobre la marcha de la guerra, pero cuanto más leía tanto más temía que la acción pudiera llegar a terminarse, y que la última batalla se hubiese librado antes de que se le diera ninguna oportunidad de matar a alemanes.

Lubji llevaba casi seis meses de «culi» cuando leyó en las órdenes de la mañana que el regimiento North Staffordshire tenía previsto celebrar su torneo anual de boxeo para seleccionar a los representantes para los campeonatos nacionales del ejército, que se celebrarían a finales de ese mismo año. A la sección de Lubji se le encargó la responsabilidad de preparar el cuadrilátero y montar las sillas en el gimnasio, de modo que todo el regimiento pudiera asistir a la final. La orden estaba firmada por el oficial de servicio, el teniente Wakeham.

Una vez montado el cuadrilátero en el centro del gimnasio, Lubji se dedicó a

desplegar las sillas y colocarlas en hileras a su alrededor. A las diez, se concedió un descanso de quince minutos a la sección, y la mayoría de sus miembros se marcharon a tomar algo a la cantina, pero Lubji se quedó en el gimnasio y se dedicó a observar a los boxeadores, que se entrenaban.

Cuando el campeón de los pesos pesados del regimiento, un hombre de cien kilos de peso, subió al cuadrilátero por entre las cuerdas, el instructor no pudo encontrarle un *sparring* adecuado, de modo que el campeón tuvo que contentarse con golpear el saco, que le sujetaba el soldado más corpulento disponible. Pero nadie podía sostener por mucho tiempo el abultado saco, y después de que varios hombres quedaran agotados, el campeón empezó a boxear con su sombra, mientras su entrenador lo animaba a dejar fuera de combate a un oponente invisible.

Lubji observó impresionado, hasta que entró en el gimnasio un hombre delgado de algo más de veinte años, con una estrella en la hombrera, que parecía como si acabara de salir de la escuela. Lubji se apresuró a continuar con su trabajo de desplegar sillas. El teniente Wakeham se detuvo junto al cuadrilátero y frunció el ceño al ver al campeón de pesos pesados luchar contra su propia sombra.

—¿Qué problema hay, sargento? ¿No encuentra a nadie que le sirva de *sparring* a Matthews?

—No, señor —fue la inmediata respuesta—. Nadie que no tenga el peso adecuado resistiría más de un par de minutos con él.

—Es una pena —comentó el teniente—. Se va a oxidar un poco si no entrena en una verdadera competición. Procure encontrar a alguien que esté dispuesto a librar un par de asaltos con él.

Al oírlo, Lubji dejó caer la silla que desplegaba y corrió hasta el cuadrilátero. Saludó al teniente y dijo:

—Yo puedo enfrentarme a él durante todo el tiempo que quiera, señor.

El campeón lo miró desde lo alto del cuadrilátero y se echó a reír.

—Yo no boxeo con culíes —dijo—. O con señoritas del ejército de tierra, que viene a ser lo mismo.

Sin pensárselo dos veces, Lubji subió al *ring*, preparó los puños y avanzó hacia el campeón.

—Está bien, está bien —intervino el teniente Wakeham, que miró a Lubji—. ¿Cómo se llama?

—Soldado Hoch, señor.

—De acuerdo, vaya a cambiarse. Encuentre unos calzones cortos de gimnasia y pronto veremos cuánto tiempo le resiste a Matthews.

Cuando Lubji regresó, pocos minutos más tarde, Matthews seguía boxeando con su sombra. Ignoró a su oponente cuando este subió al cuadrilátero. El entrenador ayudó a Lubji a ponerse los guantes.

—Bien, veamos de qué madera está hecho, Hoch —dijo el teniente Wakeham.

Lubji avanzó osadamente hacia el campeón del regimiento y, cuando todavía se

encontraba a un paso de distancia, recibió un golpe lateral en la nariz. Matthews hizo una finta a la derecha y luego lanzó firmemente uno de los guantes contra el centro de la cara de Lubji.

Lubji retrocedió, tambaleante, rebotó contra las cuerdas y salió despedido hacia el campeón. Apenas si pudo agacharse para evitar un segundo puñetazo que pasó rozando sobre su hombro, pero no tuvo tanta suerte con el siguiente, que le dio directamente en la barbilla. Solo duró unos pocos segundos más antes de caer por primera vez sobre la lona. Al final del asalto, tenía la nariz rota y un corte en la ceja, que arrancó risotadas de sus camaradas, que habían dejado de colocar sillas para asistir al espectáculo gratuito desde las filas del fondo del gimnasio.

Una vez que el teniente Wakeham puso fin a las carcajadas, le preguntó a Lubji si había subido antes a un cuadrilátero de boxeo. El joven negó con un gesto de la cabeza.

—Bueno, con un entrenamiento adecuado quizá pueda ser de utilidad. Deje de hacer las obligaciones que se le hayan asignado por el momento y, durante las dos próximas semanas, preséntese cada mañana al gimnasio a las seis. Estoy seguro de que podremos sacar mejor partido de usted que dedicarlo a colocar sillas.

Al llegar la época de celebración de los campeonatos nacionales, los otros culíes habían dejado de reír. Hasta Matthews tuvo que admitir que Hoch era mucho mejor *sparring* que un saco de boxeo, y que bien pudiera haber sido esa la razón por la que consiguió llegar hasta la semifinal.

A la mañana siguiente después de terminado el campeonato, Lubji fue destinado a sus deberes habituales. Empezó por ayudar a dismantelar el cuadrilátero y a llevar las sillas al teatro. Estaba enrollando una de las colchonetas de goma, cuando un sargento entró en el gimnasio, miró a su alrededor y gritó:

—¡Och!

—¿Señor? —contestó Lubji, que se puso firme.

—¿Es que no sabe leer las órdenes de la compañía, Och? —le gritó el sargento desde el otro extremo del gimnasio.

—Sí, señor. Quiero decir, no, señor.

—Aclárese, Och, porque tenía que haberse presentado ante el oficial de reclutamiento del regimiento hace quince minutos —dijo el sargento.

—No sabía... —empezó a decir Lubji.

—No quiero escuchar sus excusas, Och —bramó el sargento—. Solo quiero ver cómo empieza a moverse a paso ligero. —Lubji salió disparado del gimnasio sin tener ni la menor idea de adónde ir. Llegó junto al sargento, que se limitó a decirle—: Sígame, Och, *pronto*.

—*Pronto* —repitió Lubji.

Era la primera palabra nueva que aprendía en varios días. Su vocabulario era ahora muy completo.

El sargento cruzó con rapidez el terreno de formación y dos minutos más tarde un

Lubji con la respiración entrecortada se encontraba ante el oficial de reclutamiento. El teniente Wakeham también había regresado a sus ocupaciones habituales. Aplastó sobre el cenicero el cigarrillo que estaba fumando.

—Hoch —dijo Wakeham una vez que Lubji se puso firmes y le saludó—, le he recomendado para que sea transferido al regimiento, como soldado raso.

Lubji permaneció inmóvil, tratando de recuperar la respiración.

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo el sargento.

—Sí, señor. Gracias, señor —repitió Lubji.

—Bien —dijo Wakeham—. ¿Alguna pregunta?

—No, señor. Gracias, señor —respondió el sargento de inmediato.

—No, señor. Gracias, señor —repitió Lubji—. Excepto...

El sargento frunció el ceño.

—¿Sí? —preguntó Wakeham, que levantó la mirada.

—¿Significa eso que tendré la oportunidad de matar alemanes?

—Si es que no le mato yo primero, Och —dijo el sargento.

El joven oficial sonrió.

—Sí, eso es lo que significa —contestó—. Lo único que tenemos que hacer ahora es rellenar un formulario de reclutamiento. —El teniente Wakeham hundió la plumilla en el tintero y miró a Lubji—. ¿Cuál es su nombre completo?

—Está bien, señor —dijo Lubji, que se adelantó para tomar la plumilla—. Yo mismo puedo rellenar el formulario.

Los dos hombres le observaron mientras él rellenaba los pequeños cajetines, antes de firmar con una fioritura al pie de la página.

—Muy impresionante, Hoch —dijo el teniente una vez que hubo comprobado el formulario completado—. Pero ¿me permite darle un consejo?

—Sí, señor. Gracias, señor —contestó Lubji.

—Quizá haya llegado el momento de que se cambie el nombre. No creo que llegue muy lejos en el regimiento North Staffordshire con un apellido como Hoch.

Lubji vaciló, bajó la mirada hacia la mesa situada ante él y se fijó en el paquete de cigarrillos que mostraba el famoso emblema de un marinero barbudo que le miraba desde el paquete. Se inclinó, trazó una línea para tachar el nombre «Lubji Hoch» y puso en su lugar: «John Player».

En cuanto quedó ataviado con su nuevo uniforme, lo primero que hizo el soldado raso Player, del regimiento North Staffordshire, fue contonearse por entre los barracones y saludar a todo lo que se moviera.

Al lunes siguiente fue enviado a Aldershot, para iniciar un período de entrenamiento básico de doce semanas. Todavía se levantaba cada mañana a las seis, y aunque la calidad de la comida no mejoró, tenía al menos la sensación de estar siendo entrenado para hacer algo que valiera la pena: matar alemanes. Durante el tiempo que pasó en Aldershot dominó el rifle, la ametralladora Sten, la granada de

mano, la brújula, la lectura de mapas, tanto de día como de noche. Era capaz de marchar lentamente y a paso ligero, nadar una milla y pasarse tres días sin avituallamiento. Tres meses más tarde, cuando regresó al campamento, el teniente Wakeham no dejó de observar un cierto aire londinense de los barrios bajos en el inmigrante procedente de Checoslovaquia y, al leer los informes, no le sorprendió descubrir que el último recluta del regimiento había sido recomendado para un rápido ascenso.

El primer puesto que se le asignó al soldado raso John Player fue en el Segundo Batallón, estacionado en Cliftonville. Apenas pocas horas después de presentarse supo que, junto con una docena más de regimientos, se estaban preparando para la invasión de Francia. En la primavera de 1944 el sur de Inglaterra se había convertido en un vasto campo de entrenamiento, y el soldado raso Player tomó parte con regularidad en los entrenamientos de combate realizados por estadounidenses, canadienses y polacos.

Entrenaba noche y día con su división, impaciente porque el general Eisenhower diera la orden final, de modo que pudiera verse nuevamente frente a frente con los alemanes. Aunque se le recordaba continuamente que se preparaba para la batalla decisiva de la guerra, aquella espera interminable casi le volvía loco. En Cliftonville añadió a todo lo aprendido en Aldershot un conocimiento exhaustivo de la costa de Normandía, e incluso las reglas del críquet pero, a pesar de todos sus preparativos, seguía metido en el agujero que eran para él los barracones, «a la espera de que ascendiera el globo», como decían.

Y entonces, sin ninguna advertencia previa, en plena noche del 4 de junio de 1944, fue despertado por el sonido de mil camiones y se dio cuenta de que los preparativos habían terminado. El cuadro de oficiales empezó a impartir órdenes sobre el terreno de formación y el soldado Player supo que la invasión, por fin, estaba a punto de empezar.

Subió al transporte junto con todos los demás soldados de su sección; no pudo evitar el recordar la primera vez que había sido conducido en un camión. Cuando el reloj de una torre hizo sonar una campanada en la madrugada del día cinco, los soldados del North Staffordshire salieron de los barracones en un convoy militar. El soldado Player levantó la vista hacia las estrellas y calculó que debían de dirigirse hacia el sur.

Viajaron durante toda la noche por carreteras oscuras, apretando los rifles con firmeza. Pocos hablaban. Todos ellos se preguntaban si estarían vivos al cabo de veinticuatro horas. Al cruzar por Winchester, señales indicadoras recién colocadas les dirigieron hacia la costa. Otros también se habían estado preparando para el 5 de junio. El soldado Player comprobó su reloj. Pasaban unos pocos minutos de las tres. Continuaron interminablemente, sin tener ni la menor idea de cuál sería su destino final.

—Solo espero que alguien sepa adónde vamos —susurró un cabo sentado frente a

él.

Transcurrió otra hora antes de que el convoy se detuviera en el muelle de Portsmouth. Una masa de cuerpos descendió de un camión tras otro, y formaron rápidamente en compañías, a la espera de sus órdenes.

La sección de Player formó en tres filas silenciosas; algunos de los hombres se estremecieron ante el aire frío de la noche, otros de temor, mientras todos esperaban subir a bordo de la gran flota de barcos que podían ver anclada en el puerto, por delante de ellos. Una división tras otra esperaba la orden de embarcar. Debían cruzar los ciento sesenta kilómetros de agua que se extendían ante ellos, antes de ser desembarcados en suelo francés.

El soldado Player recordó que la última vez que había buscado un barco fue para que lo alejara lo más posible de los alemanes. En esta ocasión, al menos, no tendría que aguardar, medio sofocado, sobre un montón de sacos de trigo por toda compañía.

Se escuchó un crujido por el sistema de altavoces, y todo el mundo guardó silencio sobre el muelle.

—Les habla el brigadier Hampson —dijo una voz—. Estamos todos a punto de embarcarnos en la Operación Overlord, la invasión de Francia. Hemos reunido la flota más grande de la historia para llevarles al otro lado del Canal. Serán apoyados por nueve acorazados, veintitrés cruceros, ciento cuatro destructores y setenta y una corbetas, por no hablar de la gran cantidad de barcos de la marina mercante. Ahora, su comandante de pelotón les transmitirá las órdenes.

El sol empezaba a salir cuando el teniente Wakeham terminó de informarles y dio al pelotón la orden de embarcar en el *Undaunted*. Pocos momentos después de haber subido a bordo del destructor, los motores se pusieron en marcha con un rugido e iniciaron el zarandeado y agitado cruce del Canal, sin saber todavía dónde podían terminar.

Eisenhower, a pesar del consejo de su meteorólogo jefe, había elegido una noche de tiempo variable y durante la primera media hora del agitado cruce cantaron, bromearon y se contaron historias improbables de conquistas todavía más improbables. Cuando el soldado Player les contó la historia de cómo había perdido su virginidad con una joven gitana, después de que esta le sacara una bala alemana del hombro, todos se echaron a reír, y el sargento dijo que era la historia más inverosímil que había escuchado hasta entonces.

El teniente Wakeham, que estaba arrodillado en la proa del barco, levantó de repente la palma de la mano derecha y todo el mundo guardó silencio. Eso sucedió momentos antes de que fueran desembarcados en una playa inhóspita. El soldado Player comprobó su equipo. Llevaba una máscara antigás, un rifle, dos cananas de munición, algunas raciones básicas y una cantimplora llena de agua. Era casi tan molesto como sentirse con las esposas puestas. Cuando el destructor echó el ancla, siguió al teniente Wakeham fuera del barco y descendió a la primera lancha anfibia. Momentos después se dirigían hacia la playa de Normandía. Al mirar a su alrededor

se dio cuenta de que muchos de sus compañeros todavía estaban aturridos por el mareo. Cayó sobre ellos una lluvia de fuego de ametralladora y de granadas de mortero, y el soldado Player vio a hombres de otras lanchas que resultaban muertos o heridos antes incluso de que llegaran a la playa.

En cuanto la lancha quedó varada, Player saltó sobre el costado, tras el teniente Wakeham. A derecha e izquierda, pudo ver a sus compañeros que corrían playa arriba, bajo el fuego graneado. El primer obús cayó a su izquierda, antes de que hubieran avanzado veinte metros. Segundos más tarde vio a un cabo avanzar tambaleante varios pasos después de que una ráfaga de balas le atravesara el pecho. Su instinto natural le indicaba que buscara protección, pero no existía ninguna, y obligó a sus piernas a seguir avanzando. Continuó disparando, aunque no tenía ni la menor idea de dónde estaban los enemigos.

Ascendió por la playa, incapaz de saber cuántos de sus camaradas caían tras él pero, aquella mañana de junio, la arena ya estaba cubierta de cuerpos. Player no estuvo seguro de cuántas horas tuvo que estar atascado en aquella playa, pero por cada pocos metros que era capaz de arrastrarse hacia adelante, se pasaba al menos el doble de tiempo inmóvil, mientras el fuego del enemigo pasaba sobre su cabeza. Cada vez que se incorporaba para avanzar, eran menos los camaradas que se le unían. El teniente Wakeham se detuvo finalmente al llegar a la protección de los acantilados, seguido de cerca por el soldado Player. El joven oficial temblaba tanto que tuvieron que transcurrir algunos momentos antes de que pudiera dar ninguna orden.

Cuando finalmente salvaron la playa, el teniente Wakeham contó once de los veintiocho hombres originales que había en la lancha de desembarco. El operador de radio le dijo que no debían detenerse, ya que tenían órdenes de seguir avanzando. Player era el único hombre que parecía complacido. Durante las dos horas siguientes se movieron lentamente hacia el interior, en dirección al fuego enemigo. Siguieron avanzando, a menudo teniendo como única protección setos y zanjas, y los hombres caían casi a cada paso que daban. No se les permitió descansar hasta que casi hubo desaparecido el sol. Se estableció rápidamente un campamento, pero fueron pocos los que pudieron dormir, mientras seguían resonando los cañones del enemigo. Mientras algunos jugaban a las cartas, otros descansaban. Los muertos, en cambio, permanecían quietos.

Pero el soldado Player quería ser el primero en encontrarse frente a frente con los alemanes. Cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, salió sigilosamente de la tienda y avanzó en dirección del enemigo, utilizando como guía únicamente los fognazos de sus armas. Después de cuarenta minutos de correr, caminar agachado y gatear, oyó el sonido de voces alemanas. Rodeó lo que parecía ser su campamento de vanguardia, hasta que distinguió a un soldado alemán que hacía sus necesidades entre unos arbustos. Se arrastró en silencio hasta quedar situado por detrás de él y justo en el momento en que el hombre se agachaba para subirse los pantalones, Player saltó sobre él. Le rodeó el cuello con un brazo, se lo retorció con un violento giro y le



rompió las vértebras. Luego dejó el cuerpo entre los arbustos. Le quitó al alemán la chapa de identidad y el casco y regresó hacia su campamento.

Debía de estar a unos cien metros de distancia, cuando una voz le preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Pequeña capucha roja de jinete —contestó Player, recordando a tiempo la contraseña.

—Avanza e identifícate.

Player avanzó unos pocos pasos y, de pronto, notó la punta de una bayoneta en la espalda y una segunda en el cuello. Sin decir una sola palabra más lo condujeron a la tienda del teniente Wakeham. El joven oficial escuchó con atención lo que tuvo que contar Player, y solo le interrumpió para comprobar alguna información.

—Muy bien, Player —dijo el teniente una vez que el explorador por su cuenta hubo terminado su informe—. Quiero que trace un mapa exacto del lugar donde está acampado el enemigo. Necesito detalles del terreno, distancia, número de soldados, cualquier cosa que recuerde y que nos ayude una vez que iniciemos el avance. Una vez que haya terminado, procure dormir un poco. Tendrá que actuar como nuestro guía en cuanto reanudemos el avance, al amanecer.

—¿Debo imponerle un castigo por haber abandonado el campamento sin permiso de un oficial? —preguntó el sargento de servicio.

—No —contestó Wakeham—. Emitiré una orden de la compañía, con efectos inmediatos, para que Player sea nombrado cabo.

El cabo Player sonrió y regresó a su tienda. Pero antes de acostarse a dormir, se cosió dos galones en cada manga del uniforme.

A medida que el regimiento avanzó lentamente, kilómetro tras kilómetro, adentrándose cada vez más profundamente en Francia, Player continuó efectuando salidas por detrás de las líneas, y siempre regresaba con información vital. Su mejor hazaña fue cuando regresó acompañado por un oficial alemán, al que había pillado con los pantalones bajados.

Al teniente Wakeham le impresionó el hecho de que Player hubiera podido capturar a aquel hombre, y mucho más cuando inició el interrogatorio y descubrió que el cabo también era capaz de actuar como intérprete.

A la mañana siguiente asaltaron el pueblo de Orbec, del que se apoderaron a la caída de la noche. El teniente envió un despacho a su cuartel general, para comunicar que la información obtenida por el cabo Player había permitido acortar la batalla.

Tres meses después de que el soldado Player desembarcara en una playa de Normandía, el regimiento North Staffordshire desfiló por los Champs Élysées, y el recién ascendido sargento Player solo pensaba en una cosa: cómo encontrar a una

mujer que se sintiera feliz de pasar con él sus tres noches de permiso o, si tenía suerte suficiente, a tres mujeres que pasaran una noche cada una en su compañía.

Pero antes de que les dieran permiso para visitar la ciudad, a todos los suboficiales se les dijo que tenían que presentarse ante el comité de bienvenida para el personal aliado, que les aconsejaría acerca de cómo orientarse en París. El sargento Player no pudo imaginar un mayor desperdicio de su tiempo. Sabía exactamente cómo cuidar de sí mismo en cualquier capital europea. Lo único que deseaba era que lo soltaran, antes que los soldados estadounidenses le pusieran las manos encima a toda mujer menor de cuarenta años.

Al llegar al cuartel general del comité, un edificio requisado situado en la Place de la Madeleine, ocupó su puesto en la fila de espera para recibir una carpeta con información acerca de lo que se esperaba de él mientras estuviera en territorio aliado, cómo localizar la Torre Eiffel, qué clubes y restaurantes se encontraban al alcance de su paga, cómo evitar el contraer una enfermedad venérea. Parecía como si todos aquellos consejos fueran dados por un grupo de damas de edad media que posiblemente no habían visto el interior de un club nocturno durante los últimos veinte años.

Cuando finalmente le llegó el turno, se quedó como hipnotizado, incapaz de pronunciar una sola palabra en ningún idioma. Una delgada joven, de profundos ojos pardos y ensortijado cabello negro estaba sentada tras de una mesa montada sobre un caballete y le sonreía al alto y tímido sargento. Le entregó su carpeta, pero él no se movió.

—¿Tiene alguna pregunta qué hacer? —le preguntó ella en inglés, con un fuerte acento francés.

—Sí —contestó—. ¿Cómo se llama usted?

—Charlotte —dijo ella, ruborizándose, a pesar de que a lo largo del día ya le habían hecho esa misma pregunta por lo menos una docena de veces.

—¿Es usted francesa? —preguntó Player.

Ella asintió con un gesto.

—Termine ya de una vez, sargento —le pidió el cabo situado tras él.

—¿Tiene algo que hacer durante los tres próximos días? —preguntó Player en francés.

—No gran cosa. Pero estoy de servicio durante las dos próximas horas.

—Entonces la esperaré —afirmó.

Se volvió y se sentó en un banco de madera situado contra la pared. Durante los 120 minutos siguientes, la mirada de John Player raras veces se apartó de la joven de cabello ensortijado y moreno, excepto para comprobar el lento avance del minuterero del gran reloj que colgaba de la pared, por detrás de ella. Le alegró haber esperado, sin sugerir que volvería más tarde, porque durante aquellas dos horas vio a algunos otros soldados que se inclinaban hacia ella y le hacían exactamente la misma pregunta que él le había planteado. En cada ocasión, la joven se volvía a mirar al

sargento, le sonreía y negaba con un gesto de la cabeza. Después de transmitir sus responsabilidades a una matrona de edad media, se acercó a donde él esperaba. Ahora le tocó a ella hacerle una pregunta.

—¿Qué le gustaría hacer primero?

No se lo dijo, pero se mostró felizmente de acuerdo en que le enseñara París.

Durante los tres días siguientes, apenas se apartó del lado de Charlotte, excepto cuando ella regresaba a su pequeño piso, a primeras horas de la madrugada. Subió a la Torre Eiffel, paseó por las orillas del Sena, visitó el Louvre e hizo caso de la mayoría de los consejos incluidos en su carpeta, lo que significó verse acompañados por casi tres regimientos de soldados solos que eran incapaces de ocultar la expresión de envidia de sus rostros cada vez que se cruzaban con ellos.

Comieron en restaurantes abarrotados, bailaron en clubes nocturnos tan atestados que apenas si pudieron moverse, y hablaron de todo excepto de la guerra que les obligaba a no disponer más que de tres preciosos días para estar juntos. Mientras tomaban café en el Hotel Cancelier, Player le habló de su familia, a la que había dejado en Douski y a la que no había visto desde hacía cuatro años.

Pasó a describirle todo lo que le había ocurrido desde que escapó de Checoslovaquia, y solo dejó de lado la experiencia con Mari. Ella le habló de su vida en Lyon, donde sus padres eran propietarios de una pequeña verdulería, y de lo feliz que se sintió cuando los aliados volvieron a ocupar su querida Francia. Pero solo anhelaba que terminase la guerra.

—Pero no antes de que haya ganado la Cruz Victoria —le dijo él.

Ella se estremeció, porque había leído que muchos de los que la recibían eran condecorados a título póstumo.

—Pero ¿qué harás cuando termine la guerra?

Esta vez, él vaciló porque ella había encontrado finalmente una pregunta para la que no tenía respuesta.

—Regresar a Inglaterra, donde me haré rico.

—¿Haciendo qué? —preguntó ella.

—No será vendiendo periódicos, de eso puedes estar segura —contestó.

Durante aquellos tres días y noches, solo durmieron unas pocas horas..., los únicos momentos en que se separaban.

Finalmente, al despedirse de Charlotte ante la puerta de su pequeño piso, le prometió:

—Regresaré en cuanto hayamos ocupado Berlín.

La expresión del rostro de Charlotte se derrumbó mientras veía alejarse al hombre del que se había enamorado; muchas de sus amigas le habían advertido que, una vez que los soldados se marchaban, ya nunca se les volvía a ver. Y demostraron tener razón, porque Charlotte Reville nunca volvió a ver a John Player.

El sargento Player firmó su entrada en el puesto de guardia apenas minutos antes de que se pasara revista. Se afeitó rápidamente, se cambió de camisa y al comprobar las órdenes de la compañía, descubrió que el oficial de mando deseaba que se presentara en su despacho a las nueve de la mañana.

El sargento Player entró en el despacho, se puso firmes y saludó exactamente en el momento en que el reloj de la plaza hacía sonar las nueve campanadas. Se le ocurrieron cien razones distintas por las que el comandante deseaba verle, pero ninguna de ellas resultó ser cierta.

El coronel levantó la mirada, sentado tras la mesa.

—Lo siento, Player, pero tendrá usted que abandonar el regimiento —dijo con voz suave.

—¿Por qué, señor? —preguntó Player con incredulidad—. ¿Qué he hecho mal?

—Nada —fue la contestación, acompañada por una risa—. Nada en absoluto. Antes al contrario. Mi recomendación para que reciba usted la graduación de oficial acaba de ser ratificada por el alto mando. En consecuencia, será necesario que pase usted a otro regimiento, de modo que pueda ponerse al frente de hombres con los que no haya servido recientemente como soldado.

El sargento Player permaneció firmes, con la boca abierta.

—Me limito a cumplir con el reglamento del ejército —explicó el oficial de mando—. Naturalmente, el regimiento echará de menos sus habilidades y experiencias particulares. Pero no me cabe la menor duda de que volveremos a oír hablar de usted en el futuro. Lo único que puedo hacer ahora, Player, es desearle la menor suerte del mundo en su nuevo regimiento.

—Gracias, señor —dijo él, suponiendo que la entrevista había terminado—. Muchas gracias.

Estaba a punto de saludar para despedirse, cuando el coronel añadió:

—¿Me permite darle un consejo antes de que pase a integrarse en su nuevo regimiento?

—Desde luego, señor, por favor —contestó el recientemente ascendido teniente.

—John Player es un nombre un tanto ridículo. Cámbieselo antes de que los hombres que estén a sus órdenes se burlen por eso a sus espaldas.

A las siete de la mañana siguiente, el segundo teniente Richard Ian Armstrong se presentó en el cuarto de oficiales del Regimiento del Rey.

Mientras cruzaba la explanada de formación de filas con su nuevo uniforme hecho a medida, tardó unos pocos minutos en acostumbrarse a que lo saludara todo soldado con el que se cruzaba. Al llegar y sentarse a la mesa para desayunar con sus camaradas oficiales, miró atentamente para observar cómo sostenían los cuchillos y

tenedores que manejaban. Después del desayuno, del que comió poco, se presentó ante el coronel Oakshott, su nuevo oficial de mando. Oakshott era un hombre de rostro abotargado y actitud campechana y afable que, después de darle la bienvenida, le dejó bien claro que ya había oído hablar de la fama del joven teniente en el campo de batalla.

Richard, o Dick, como no tardó en ser conocido entre sus compañeros oficiales, disfrutó al saberse parte de un regimiento tan antiguo como famoso. Pero todavía disfrutó más al ser un oficial británico, con un acento claro y resuelto que traicionaba sus orígenes. Había recorrido un largo camino desde aquellas dos habitaciones atestadas en la pequeña casa familiar de Douski. Sentado frente a la chimenea encendida, en la sala de oficiales del Regimiento del Rey, mientras tomaba una copa de oporto, no veía razón alguna para que no pudiera recorrer un camino mucho más largo.

Todos los oficiales del Regimiento del Rey no tardaron en enterarse de las pasadas hazañas del teniente Armstrong, y al avanzar su regimiento hacia territorio alemán, su valentía y ejemplo en el campo de batalla convencieron, incluso a los más escépticos, de que nada de todo aquello había sido inventado. Pero incluso su propia sección quedó asombrada por el valor que desplegó en las Ardenas, apenas tres semanas después de que entrara a formar parte del regimiento.

El grupo de vanguardia, al mando de Armstrong, entró con precaución en las afueras de un pequeño pueblo, con la impresión de que los alemanes ya se habían retirado para fortificar sus posiciones en las colinas que lo dominaban. Pero la patrulla de Armstrong había avanzado apenas unos pocos cientos de metros por la calle principal del pueblo cuando se encontró ante una barrera de fuego enemigo. El teniente Armstrong, únicamente armado con una pistola automática y una granada de mano, identificó inmediatamente de dónde procedía el fuego alemán y «con despreocupación por su propia vida», según el parte que describió más tarde su acción, se lanzó a la carga contra los refugios subterráneos del enemigo.

Disparó y mató a los tres soldados alemanes que ocupaban el primer refugio, incluso antes de que su sargento pudiera llegar a su lado. Luego, avanzó hacia la segunda posición, lanzó hacia ella la única granada de mano que tenía, y mató a otros dos soldados. Una bandera blanca apareció entonces en el tercer refugio, y tres jóvenes soldados alemanes salieron lentamente de su escondite, con las manos en alto. Uno de ellos avanzó un paso y sonrió. Armstrong le devolvió la sonrisa y le disparó en la cabeza. Los otros dos alemanes se volvieron hacia él, con una expresión suplicante, al tiempo que su camarada se derrumbaba sobre el suelo. Armstrong no dejó de sonreír mientras les disparaba a los dos en el pecho.

El jadeante sargento llegó corriendo a su lado. El joven teniente se giró en redondo hacia él, sin haber perdido la sonrisa. El sargento observó los cuerpos sin

vida. Armstrong se enfundó la pistola y dijo:

—No se puede correr ningún riesgo con estos bastardos.

—No, señor —asintió el sargento tranquilamente.

Aquella noche, una vez montado el campamento, Armstrong requisó una motocicleta alemana y regresó a toda velocidad a París para pasar un permiso de dos días. A las siete de la mañana del día siguiente se encontraba ante la puerta del piso de Charlotte.

Cuando la portera le dijo que un tal teniente Armstrong esperaba para verla, Charlotte contestó que no conocía a nadie por ese nombre, y supuso que no sería más que otro oficial que esperaba a que le enseñara París. Pero al ver quién era, le echó los brazos al cuello y no salieron de su habitación durante el resto del día y de la noche. La portera se quedó atónita, a pesar de ser francesa.

—Sé que hay una guerra —le comentó a su marido—, pero ni siquiera se conocían de antes.

Antes de dejar a Charlotte para regresar al frente, el domingo por la noche, Dick le dijo que, cuando regresara, ya habrían ocupado Berlín, y que entonces se casarían. Luego, subió a la motocicleta y se alejó. Ella se quedó junto a la ventana del pequeño piso, vestida únicamente con el camisón, y lo vio alejarse hasta que lo perdió de vista.

—A menos que te maten antes de que caiga Berlín, cariño.

El Regimiento del Rey fue uno de los elegidos para avanzar sobre Hamburgo, y Armstrong deseaba ser el primer oficial en entrar en la ciudad. La ciudad cayó finalmente, después de tres días de feroz resistencia.

A la mañana siguiente, el mariscal de campo *sir* Bernard Montgomery entró en la ciudad y se dirigió a las tropas combinadas desde la parte posterior de su *jeep*. Describió la batalla como decisiva, y les aseguró que la guerra ya no duraría mucho más y que todos regresarían a sus casas. Después de que los hombres vitorearan a su comandante en jefe, él descendió del *jeep* e impuso medallas por actos de valentía. Entre los condecorados con la Cruz Militar estaba el capitán Richard Armstrong.

Dos semanas más tarde, el general Jodl firmó la rendición incondicional de los alemanes, que Eisenhower aceptó. Al día siguiente, el capitán Richard Armstrong, Cruz Militar, obtuvo una semana de permiso. Dick volvió a tomar la motocicleta, regresó a París y llegó ante el viejo edificio donde vivía Charlotte poco antes de la medianoche. Esta vez, la portera le permitió subir directamente a su piso.

A la mañana siguiente, Charlotte, con un vestido blanco, y Dick, con su traje de gala, se dirigieron al ayuntamiento del distrito, de donde salieron treinta minutos más tarde, convertidos en el capitán y la señora Armstrong, acompañados por la portera, que actuó de testigo. La mayor parte de los tres días de luna de miel la pasaron en el pequeño piso de Charlotte. Antes de despedirse de ella para regresar a su regimiento,

Dick le dijo que, ahora que la guerra había terminado, tenía la intención de pedir la baja del ejército, llevarla a Inglaterra y construir allí un gran imperio empresarial.

—¿Tiene usted planes ahora que ha terminado la guerra? —le preguntó el coronel Oakshott.

—Sí, señor. Tengo la intención de regresar a Inglaterra y buscar un trabajo —contestó Armstrong.

Oakshott abrió la carpeta de color ante que tenía delante, sobre la mesa.

—Es posible que tenga algo para usted aquí, en Berlín.

—¿Para hacer qué, señor?

—El alto mando busca a la persona adecuada para hacerse cargo del PRISC, y creo que es usted el candidato ideal para ocupar ese puesto.

—¿Qué diantres es...?

—Servicios de Control de Relaciones Públicas e Información. El trabajo parece hecho a la medida para usted. Buscamos a alguien que pueda presentar los intereses británicos con capacidad de persuasión y asegurarse al mismo tiempo de que la prensa no se haga ninguna idea equivocada. Ganar la guerra fue una cosa, pero convencer al mundo exterior de que tratamos al enemigo con ecuanimidad va a ser algo mucho más difícil. Los estadounidenses, rusos y franceses nombrarán a sus propios representantes, de modo que necesitamos a alguien que pueda comunicarse bien con ellos y tenernos informados. Usted habla varios idiomas y posee todas las calificaciones que exige el trabajo. Además, Dick, no tiene usted familia en Inglaterra que le espere.

Armstrong asintió con un gesto. Tras un momento de silencio, preguntó:

—Citando a Montgomery, ¿qué armas me proporcionará para realizar el trabajo, señor?

—Un periódico —contestó Oakshott—. *Der Telegraf* es uno de los diarios de la ciudad. Actualmente lo hace funcionar un alemán llamado Arno Schultz. Nunca deja de quejarse y afirma que no puede mantener su imprenta en funcionamiento, tiene preocupaciones constantes acerca de la escasez de papel y por los cortes de suministro eléctrico que se producen constantemente. Deseamos que *Der Telegraf* salga a la calle cada día, y que comunique nuestros puntos de vista. No se me ocurre pensar en nadie más que usted para asegurarnos de que eso suceda así.

—*Der Telegraf* no es el único periódico en Berlín —dijo Armstrong.

—En efecto, no lo es —contestó el coronel—. Otro alemán dirige *Der Berliner*, en el sector estadounidense, lo que no es más que una razón añadida para que *Der Telegraf* necesite ser un éxito. Por el momento, *Der Berliner* vende el doble de ejemplares que *Der Telegraf* una situación a la que, como puede imaginar, nos gustaría darle la vuelta.

—¿Y qué clase de autoridad tendría?

—Se le daría plena autoridad. Puede establecer su propio despacho y elegir a su personal, con tanta gente como le parezca necesario para realizar el trabajo. En la oferta se incluye un piso, lo que significa que puede usted traer a su esposa. —Oakshott hizo una pausa—. ¿Le gustaría disponer, quizá, de un poco de tiempo para pensárselo, Dick?

—No necesito tiempo para pensármelo, señor. —El coronel enarcó una ceja y lo miró—. Estaré encantado de aceptar el trabajo.

—Buena decisión. Empiece por establecer contactos. Procure conocer a cualquiera que le pueda ser útil. Si se encuentra con algún problema, dígame a la persona de que se trate que se ponga en contacto conmigo. Si los obstáculos le parecen infranqueables, las palabras «Comisión de Control Aliado» suele engrasar hasta los engranajes más inamovibles.

El capitán Armstrong solo necesitó una semana para requisar las oficinas adecuadas, en el corazón del sector británico, gracias, en parte, a que utilizó las palabras «Comisión de Control» a cada pocas frases que empleaba. Tardó un poco más en encontrar y comprometer a un personal de once miembros para que dirigiera la oficina, puesto que las mejores personas trabajaban ya para la Comisión. Empezó por pescar a Sally Carr, secretaria de un general, a quien se la arrebató, y que antes de la guerra había trabajado en el *Daily Chronicle*, en Londres.

Una vez que Sally se instaló en el despacho, todo empezó a funcionar en el término de pocos días. El siguiente golpe de mano de Armstrong lo dio al descubrir que el teniente Wakeham se hallaba estacionado en Berlín, trabajando en el departamento de asignación de transportes; Sally le dijo que Wakeham ya estaba aburrido de ocupar su tiempo rellenando documentos de viaje. Armstrong le ofreció ser su segundo de a bordo y, ante su sorpresa, su antiguo oficial superior aceptó encantado. Tardó algunos días en acostumbrarse a llamarlo Peter.

Armstrong completó su equipo con un sargento, un par de cabos y media docena de soldados del Regimiento del Rey, que poseían las calificaciones que necesitaba. Todos ellos eran antiguos vendedores de periódicos del East End de Londres. Eligió al más avisado de ellos, el soldado Reg Benson, para que fuera su chófer. El siguiente movimiento consistió en requisar un piso en la Paulstrasse, previamente ocupado por un brigadier que ahora regresaba a Inglaterra. Una vez que el coronel firmó la documentación necesaria, Armstrong le pidió a Sally que enviara un telegrama a Charlotte, a París.

—¿Qué desea decirle? —preguntó ella tras pasar una página de su cuaderno de notas.

—Encontrado alojamiento adecuado. Recoge todo y ven inmediatamente. —Mientras Sally anotaba el mensaje, Armstrong se levantó—. Me voy al *Der Telegraf* para ver cómo le van las cosas a Arno Schultz. Ocúpese de que todo funcione bien hasta que yo regrese.

—¿Qué quiere que haga con esto? —preguntó Sally, que le entregó una carta.



—¿De qué se trata? —preguntó tras echarle un breve vistazo.

—Es de un periodista de Oxford que desea visitar Berlín y escribir acerca de cómo tratan los británicos a los alemanes bajo la ocupación.

—Condenadamente bien —dijo Armstrong al llegar a la puerta—. Pero supongo que será mejor que acuerde una cita con él para que venga a verme.

# News Chronicle

---

---

1 de octubre de 1946

El juicio de Nuremberg: la culpabilidad de Goeringes  
única en su enormidad

**A**l llegar al Worcester College de Oxford para estudiar política, filosofía y economía, la primera impresión que tuvo Keith Townsend de Inglaterra se correspondió con todo lo que había esperado encontrar: complacencia, esnobismo, pompa y un país todavía inmerso en la era victoriana. Se era un oficial o se pertenecía a otras categorías, y puesto que él llegaba de las colonias, no le dejaron abrigar la menor duda acerca de en qué categoría encajaba.

Casi todos sus compañeros estudiantes parecían ser una versión en joven del señor Jessop, y al final de la primera semana a Keith ya le habría gustado regresar a casa, de no haber sido por su tutor universitario. El doctor Howard no podía ofrecer mayor contraste con respecto a su antiguo director, y no demostró la menor sorpresa cuando, mientras tomaban una copa de jerez en su habitación, el joven australiano le comentó lo mucho que despreciaba el sistema británico de clases, todavía perpetuado por la mayoría de pregraduados. Hasta evitó hacer comentario alguno sobre el busto de Lenin que Keith había colocado en el centro de la repisa de la chimenea, precisamente allí donde el año anterior había visto un busto de lord Salisbury.

El doctor Howard no disponía de ninguna solución inmediata para el problema de las clases. El único consejo que pudo darle a Keith fue que acudiera a lo que llamaban la Feria de Alumnos de Primer Año, donde se enteraría de todo lo que necesitaba saber sobre clubes y sociedades en las que podían ingresar los pregraduados, y quizá encontrar algo que fuera de su gusto.

Keith hizo caso de la sugerencia del doctor Howard y empleó la mañana siguiente en enterarse de por qué debía hacerse miembro del Club de Remo, la Sociedad Filatélica, la Sociedad Teatral, el Club de Ajedrez, el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales y, sobre todo, el periódico estudiantil. Pero, después de haber conocido al recién nombrado director del *Cherwell*, y enterarse de sus puntos de vista acerca de cómo dirigir el periódico, decidió concentrarse en la política. Rellenó los formularios de solicitud de ingreso en el Sindicato de Oxford y en el Club Laborista.

El martes siguiente, Keith averiguó la forma de llegar al Bricklayers' Arms, donde el barman le indicó la escalera que conducía a la pequeña habitación del piso superior, donde se reunía el Club Laborista.

Rex Siddons, el presidente del club, se mostró inmediatamente receloso ante la presencia de Keith, e insistió en tratarlo desde el principio con cierta distancia. Townsend mostraba todas las características de un tory conservador tradicional: un padre con un título, educación en una escuela exclusiva, una asignación privada y hasta un Mognette MG de segunda mano.

Pero, a medida que transcurrieron las semanas y los miembros del Club Laborista se vieron sometidos cada martes a la exposición de los puntos de vista de Keith sobre

la monarquía, las escuelas privadas, el sistema de honores y el elitismo de Oxford y Cambridge, terminó por ser conocido como camarada Keith. Uno o dos de ellos terminaron por visitarlo en su cuarto después de las reuniones, para discutir hasta altas horas de la noche cómo podían cambiar el mundo una vez que salieran de «este terrible lugar».

Durante el primer trimestre, a Keith le sorprendió descubrir que no era automáticamente castigado, o incluso reprendido si no asistía a una clase, o si no acudía a ver a su tutor para leerle el trabajo semanal que tenía que presentarle. Tardó varias semanas en acostumbrarse a un sistema que se basaba exclusivamente en la autodisciplina y, a finales del primer trimestre su padre ya le amenazaba con cortar la asignación en el caso de que no hincara los codos, y hasta de hacerle regresar a casa para ponerlo a trabajar.

Durante el segundo trimestre, Keith se acostumbró a escribirle una larga carta a su padre cada viernes, para detallarle el trabajo realizado, lo que pareció impulsar el flujo de su inventiva. Llegó incluso a aparecer de vez en cuando por las clases, donde se concentró en tratar de perfeccionar un sistema de ruleta, y a las reuniones con el tutor, en las que tuvo que hacer grandes esfuerzos para permanecer despierto.

Durante el trimestre del verano, Keith descubrió Cheltenham, Newmarket, Ascot, Doncaster y Epsom, y de ese modo tuvo la seguridad de que nunca dispondría de dinero suficiente para comprarse una camisa nueva o incluso un par de calcetines.

Durante las vacaciones tuvo que tomar algunas de sus comidas en la estación de tren que, debido a su proximidad a Worcester, fue habilitada por algunos pregraduados como cantina del colegio. Una noche, después de haber bebido demasiado en el Bricklayers' Arms, Keith pintarrajeó en la pared del siglo dieciocho del Worcester: «*C'est magnifique, mais ce n'est pas la gare*».

Al final de su primer año de estudios Keith tenía pocas cosas que demostraran su aprovechamiento durante los doce meses pasados en la universidad, aparte de un pequeño grupo de amigos que, como él, estaban decididos a cambiar el sistema en beneficio de la mayoría en cuanto terminaran sus estudios universitarios.

Su madre, que le escribía con regularidad, le sugirió que aprovechara estas primeras vacaciones para viajar por Europa, ya que quizá nunca se le presentara otra oportunidad de hacerlo. Keith siguió su consejo y planificó una ruta a la que se habría atendido si no se hubiera tropezado con el redactor jefe de crónicas del *Oxford Mail* mientras tomaba una copa en el *pub* local.

*Querida madre:*

*Acabo de recibir tu carta con ideas sobre lo que debería hacer durante las vacaciones. Tenía la intención de seguir tu consejo y recorrer la costa francesa, para terminar quizá en Deauville, pero eso fue antes de que el redactor jefe de crónicas del Oxford Mail me ofreciera la oportunidad de visitar Berlín.*

*Quieren que escriba cuatro artículos de mil palabras sobre la vida en la*

*Alemania ocupada bajo las fuerzas aliadas, y que luego vaya a Dresden para informar sobre la reconstrucción de la ciudad. Me ofrecen veinte guineas por cada artículo, a su entrega. Debido al estado precario de mis finanzas, por culpa mía, no vuestra, Berlín ha tenido precedencia sobre Deauville.*

*Si en Alemania encuentro postales, te enviaré una, junto con las copias de los artículos para consideración de papá. ¿Es posible que el Courier se interese por ellos?*

*Siento mucho no poder veros este verano. Con cariño,*

*Keith*

Una vez terminado el curso, Keith tomó la misma dirección que otros muchos estudiantes. Condujo su MG hasta Dover, donde tomó el transbordador a Calais. Pero mientras que los demás desembarcaban para iniciar sus viajes por las ciudades históricas del continente, él dirigió su turismo descapotable hacia el noreste, en dirección a Berlín. Hacía tanto calor que, por primera vez, pudo mantener bajada la suave capota del coche.

Mientras conducía por las tortuosas carreteras de Francia y Bélgica, veía por todas partes las señales que indicaban el poco tiempo transcurrido desde que Europa estuvo en guerra. Setos y campos mutilados allí donde los tanques habían ocupado el lugar de los tractores, granjas bombardeadas que se encontraron entre los ejércitos que avanzaban y se retiraban, y ríos cubiertos de oxidado equipo militar. Al pasar ante cada edificio bombardeado y por entre kilómetros y kilómetros de paisajes devastados, se le hizo cada vez más atractiva la idea de Deauville, con su casino y su hipódromo.

Una vez que se hizo demasiado oscuro para evitar los baches en la carretera, Keith la abandonó y condujo unos pocos cientos de metros hasta un camino tranquilo. Aparcó en la cuneta y cayó rápidamente en un profundo sueño. Le despertó, todavía de noche, el sonido de los camiones que se dirigían pesadamente hacia la frontera alemana, y tomó una nota en su cuaderno: «El ejército parece levantarse sin la menor consideración para con el movimiento del sol». Tuvo que hacer girar dos o tres veces la llave de contacto antes de que el motor se pusiera en marcha. Se frotó los ojos, hizo girar el MG y regresó a la carretera principal, tratando de recordar que debía mantenerse en el lado derecho de la calzada.

Llegó a la frontera un par de horas más tarde, y tuvo que esperar en una larga cola: cada persona que deseaba entrar en Alemania era registrada meticulosamente. Finalmente, llegó ante un oficial de aduanas que revisó su pasaporte. Al descubrir que Keith era australiano, se limitó a hacerle un cáustico comentario sobre Donald Bradman y le hizo señas para que siguiera su camino.

Nada de lo que Keith había oído o leído le preparó para la experiencia de encontrarse con una nación derrotada. Su avance se hizo más y más lento a medida que las grietas de la carretera se convertían en baches y los baches en cráteres. Pronto

le resultó imposible avanzar más de unos pocos cientos de metros sin tener que conducir como si estuviera en un autito de choque en un parque de atracciones junto al mar. Y en cuanto lograba acelerar por encima de los sesenta kilómetros por hora, se veía obligado a pararse en la cuneta para dar paso a otro convoy de camiones, el último de los cuales llevaba estrellas en sus portezuelas, que pasaba junto a él por el centro de la calzada.

Decidió aprovechar una de esas paradas imprevistas y comer en una posada que vio junto a la carretera. La comida era incomedible, la cerveza floja, y las miradas hoscas del posadero y de sus clientes le dejaron bien claro que allí no se le recibía bien. Ni siquiera se molestó en pedir un segundo plato. Pagó rápidamente y se marchó.

Avanzó lentamente hacia la capital alemana, kilómetro tras kilómetro, y llegó a las afueras de la ciudad pocos minutos antes de que se encendieran las lámparas de gas. Empezó a buscar inmediatamente un pequeño hotel por entre las calles secundarias. Sabía que, cuanto más se acercara al centro, con menos probabilidad podría permitirse pagar el precio.

Finalmente, encontró una pequeña casa de huéspedes en la esquina de una calle bombardeada. La casa se mantenía en pie, como si de algún modo no se hubiera visto afectada por todo lo ocurrido a su alrededor. Pero esa ilusión se disipó en cuanto abrió la puerta principal. El sombrío vestíbulo estaba iluminado por una sola vela, y un conserje con pantalones muy holgados y una camisa gris se hallaba sentado tras un mostrador, con expresión malhumorada. Efectuó pocos intentos por responder a los esfuerzos de Keith por conseguir una habitación. Keith solo sabía unas pocas palabras de alemán, de modo que finalmente levantó la mano abierta, con la esperanza de que el conserje comprendiera que deseaba quedarse cinco noches.

El hombre asintió con un gesto, de mala gana; tomó una llave del gancho de un tablero, por detrás de él y condujo a su huésped por una escalera sin alfombra, hasta una habitación situada en un rincón del segundo piso. Keith dejó la bolsa que llevaba en el suelo y contempló la pequeña cama, la única silla, la cómoda a la que le faltaban tres manijas de ocho, y la destartada mesa. Cruzó la habitación y miró por la ventana hacia los montones de cascotes; no pudo dejar de pensar en el sereno estanque de patos que se contemplaba desde su habitación en el colegio. Se volvió para dar las gracias, pero el conserje ya se había marchado.

Después de sacar sus cosas de la bolsa, Keith acercó la silla a la mesa, junto a la ventana, y durante un par de horas, y sintiéndose culpable por asociación, se dedicó a escribir sus primeras impresiones de la nación derrotada.

Keith despertó a la mañana siguiente en cuanto el sol entró por la ventana sin cortinas. Tardó algún tiempo en lavarse en un lavabo sin tapón y por cuyo grifo solo surgía un hilillo de agua fría. Decidió no afeitarse. Se vistió, bajó al vestíbulo y abrió

varias puertas, en busca de la cocina. Una mujer situada delante de un horno se volvió y hasta consiguió dirigirle una sonrisa. Luego, le indicó que se sentara ante una mesa.

En su dificultoso inglés, le explicó que había escasez de todo, excepto de harina. Le puso delante dos grandes rebanadas de pan cubiertas con una tenue sugerencia de lo que debía de ser mermelada. Le dio las gracias y se vio recompensado con una sonrisa. Después de tomar un segundo vaso de lo que se le aseguró que era leche, regresó a su habitación, se sentó al borde de la cama, comprobó la dirección donde tendría que efectuarse la entrevista, y luego trató de encontrarla en un mapa desfasado de la ciudad, que había encontrado en Blackwell's, de Oxford. Al salir del hotel pasaban unos pocos minutos de las ocho, pero no era una cita a la que quisiera llegar tarde.

Keith ya había decidido organizar su tiempo de modo que pudiera pasar por lo menos un día en cada sector de la ciudad dividida; tenía la intención de visitar el sector ruso en último lugar, para poder compararlo con los tres controlados por los aliados. Por lo que había visto hasta el momento, supuso que solo podía ser mejor, y sabía que eso complacería a sus compañeros del Club Laborista de Oxford, convencidos de que el «Tío Joe» estaba realizando mucho mejor trabajo que Attlee, Auriol y Truman juntos, a pesar de que lo máximo que habían viajado la mayoría de ellos hacia el este no iba más allá de Cambridge.

Keith se detuvo varias veces para preguntar la dirección de la Siemensstrasse. Finalmente, encontró el cuartel general de los Servicios Británicos de Relaciones Públicas y Control de la Información. Faltaban unos pocos minutos para las nueve. Aparcó el coche y se unió a la corriente de militares y mujeres con uniformes de diversos colores que subían los anchos escalones de piedra y desaparecían tras las puertas oscilantes. Un cartel advertía que el ascensor estaba estropeado, de modo que subió a pie los cinco pisos hasta la oficina del PRISC. A pesar de que llegaba pronto para su cita, se presentó en el despacho principal.

—¿En qué puedo servirle, señor? —le preguntó una joven cabo sentada tras una mesa.

Hasta entonces, ninguna mujer le había tratado de «señor», y no le gustó.

Extrajo una carta del bolsillo interior de la chaqueta y se la entregó.

—Tengo una cita con el director a las nueve.

—Creo que no ha llegado todavía, señor, pero lo comprobaré. —Tomó un teléfono y habló con un colega. Luego colgó y le dijo—: Alguien saldrá a recibirle dentro de unos minutos. Siéntese, por favor.

Los pocos minutos resultaron convertirse en una hora y, para entonces, Keith ya había leído los dos periódicos que había sobre la mesita de café, aunque no se le ofreció ningún café. *Der Berliner* no era mucho mejor que el *Cherwell*, el periódico estudiantil del que tanto se burlaba en Oxford, y *Der Telegraf* era todavía peor. Pero como el director del PRISC aparecía mencionado casi en cada página de este último, Keith confió en que no se le pidiera su opinión.

Finalmente, apareció otra mujer, que preguntó por el señor Townsend. Keith se levantó de inmediato y se acercó a la mesa.

—Soy Sally Carr —dijo la mujer con un enérgico acento londinense—. Secretaria del director. ¿En qué puedo servirle?

—Le escribí desde Oxford —contestó Keith con la esperanza de que su tono de voz sonara como su él tuviera más años de los que tenía en realidad—. Soy periodista del *Oxford Mail*, y se me ha encargado escribir una serie de artículos sobre las condiciones de vida reinantes en Berlín. Tengo una cita para ver... —hizo girar la carta—, al capitán Armstrong.

—Ah, sí, ya recuerdo —asintió la señorita Carr—, pero me temo que el capitán Armstrong se encuentra esta mañana de visita en el sector ruso, y no espero que regrese hoy a la oficina. Si puede usted volver mañana por la mañana, estoy segura de que estará encantado de recibirle.

Keith procuró no dejar entrever su decepción, y le aseguró que regresaría a las nueve de la mañana siguiente. Podría haber abandonado su plan de entrevistarse con Armstrong de no haber sido porque este capitán en particular sabía más sobre lo que sucedía realmente en Berlín que todos los demás oficiales de estado mayor juntos.

Dedicó el resto del día a explorar el sector británico, y se detuvo con frecuencia para tomar notas sobre todo aquello que considerara noticiable: cómo se comportaban los británicos con los alemanes derrotados, tiendas vacías que trataban de servir a demasiados clientes, colas para adquirir alimentos en la esquina de casi cada calle, cabezas inclinadas cada vez que se intentaba mirar a un alemán a los ojos. En la distancia, un reloj hizo sonar las doce campanadas. Entró en un ruidoso bar lleno de soldados uniformados y se sentó en el extremo de la barra. Cuando el camarero le preguntó finalmente qué deseaba, pidió una jarra de cerveza y un bocadillo de queso; al menos, creyó haber pedido queso, pues su alemán no era lo bastante fluido como para estar muy seguro. Sentado ante la barra, se dedicó a tomar algunas notas más. Mientras observaba a los camareros que iban de un lado a otro realizando su trabajo, se dio cuenta de que si uno vestía ropas de civil se le servía después que a cualquier otra persona que vistiera de uniforme.

Los diferentes acentos que escuchó en el local le recordaron que el sistema de clases se perpetuaba incluso allí donde los británicos ocuparan la ciudad de otros. Algunos de los soldados se quejaban, con tonos que no habrían complacido nada a la señorita Steadman, de lo mucho que tardaba en solucionarse su papeleo antes de que pudieran regresar a casa. Otros parecían resignados a llevar el uniforme toda la vida, y solo hablaban de la próxima guerra y de dónde se libraría. Keith frunció el ceño al oír decir a alguien: «Rasca un poco y, por debajo, todos son unos condenados nazis». Pero después del almuerzo, tras continuar con su exploración del sector británico, le pareció que, al menos en la superficie, los soldados estaban bien disciplinados y que la mayoría de los ocupantes parecían tratar a los ocupados con moderación y cortesía.

Cuando los tenderos empezaron a bajar sus cierres metálicos y a cerrar sus



puertas, Keith regresó a su pequeño MG. Lo encontró rodeado de admiradores, cuyas miradas de envidia no tardaron en transformarse en cólera al ver que el dueño del coche vestía ropas civiles. Regresó lentamente hacia su hotel. Después de tomar un plato de patatas y col en la cocina, subió a su habitación y pasó las dos horas siguientes dedicado a escribir todo lo que podía recordar de la experiencia del día. Más tarde, se acostó y leyó *Rebelión en la granja*, hasta que la vela chisporroteó y se apagó.

Aquella noche, Keith durmió bien. Después de otro intento por lavarse con agua helada, hizo un poco entusiasta esfuerzo por afeitarse antes de bajar a la cocina. Allí le esperaban varias rebanadas de pan cubiertas de mermelada. Después de desayunar, recogió sus papeles y se dispuso a acudir a su cita. Si se hubiera concentrado más en la conducción, y menos en las preguntas que deseaba plantearle al capitán Armstrong, no habría girado a la izquierda en la rotonda. El tanque que avanzaba hacia él fue incapaz de detenerse con tan poco tiempo de advertencia, y aunque Keith hundió el pie en el freno y solo golpeó la esquina de su pesado guardabarros, el MG efectuó un giro completo, se subió a la acera y se estrelló contra una farola de cemento. Se quedó sentado tras el volante, tembloroso.

El tráfico que lo rodeaba se detuvo, y un joven teniente saltó del tanque y corrió hacia él para comprobar que no había resultado herido. Keith se bajó cautelosamente del coche, un poco conmocionado, pero después de unos saltos y movimientos con los brazos comprobó que no tenía nada más que un ligero corte en la mano derecha y un tobillo inflamado.

Al inspeccionar el tanque, vieron que no mostraba señal alguna del encontronazo, a excepción de la desaparición de la capa de pintura en una pequeña parte de su guardabarros. El MG, en cambio, daba la impresión de haber participado en una batalla en toda regla. Fue entonces cuando Keith recordó que, durante su estancia en el extranjero, solo tenía cubierto el seguro por daños a terceros. No obstante, le aseguró al oficial de caballería que la culpa de lo sucedido no era suya, y después de que el teniente le indicara a Keith cómo llegar hasta el taller más próximo, se despidieron.

Keith abandonó el MG y echó a caminar hacia el taller. Llegó al patio unos veinte minutos más tarde, dolorosamente consciente de lo inapropiadamente vestido que iba. Al encontrar finalmente al único mecánico que hablaba inglés, este le prometió que eventualmente alguien iría a retirar el vehículo.

—¿Qué significa «eventualmente»? —preguntó Keith.

—Eso depende —contestó el mecánico, que se frotó las yemas de los dedos índice y pulgar—. Mire, todo es una cuestión de... prioridades.

Keith sacó la cartera y extrajo un billete de diez chelines.

—¿No tiene dólares? —preguntó el mecánico.

—No —contestó Keith con firmeza.

Después de indicarle dónde estaba el coche, continuó su viaje hacia la

Siemensstrasse. Ya llegaba con diez minutos de retraso a su cita en una ciudad donde había pocos trenes y menos taxis. Al llegar al cuartel general del PRISC, pensó que ahora le había tocado a él hacer esperar cuarenta minutos a alguien.

El cabo sentado tras la mesa le reconoció casi inmediatamente, pero no le transmitió noticias muy alentadoras.

—El capitán Armstrong tuvo que salir hace unos minutos para acudir a una cita en el sector estadounidense —le dijo—. Le esperó durante más de una hora.

—Maldita sea —exclamó Keith—. Tuve un accidente cuando venía hacia aquí, y he venido lo más rápidamente que he podido. ¿Podré verle en algún momento, durante el día?

—Me temo que no —contestó ella—. Tiene toda la tarde ocupada en reuniones en el sector estadounidense.

Keith se encogió de hombros.

—¿Podría indicarme cómo llegar al sector francés?

Mientras recorría las calles de otro sector de Berlín, tuvo poco que añadir a su experiencia del día anterior, excepto para recordar que en esta ciudad se hablaban por lo menos dos idiomas en los que no podía conversar. Eso provocó que pidiera una comida que no deseaba, y una botella de vino que no se podía permitir.

Después de almorzar, regresó al garaje para comprobar cómo iban las cosas con su coche. Al llegar ya se habían encendido las luces de gas y la única persona que hablaba inglés se había marchado a casa. Keith vio su MG en el rincón del patio, en el mismo estado ruinoso en que lo había dejado por la mañana. Lo único que pudo hacer el ayudante fue señalar el número ocho de su reloj.

A la mañana siguiente, Keith estaba en el garaje a las ocho menos cuarto, pero el hombre que hablaba inglés no llegó hasta las 8,13. Rodeó el MG varias veces, pensativo, antes de darle su opinión.

—Pasaré por lo menos una semana antes de que pueda dejarlo en condiciones de funcionar —dijo tristemente. Esta vez, Keith le ofreció una libra—. Bueno, quizá pueda arreglarlo en un par de días... Como ve, todo es cuestión de prioridades —repitió.

Keith decidió que no podía permitirse el lujo de ser máxima prioridad.

Luego, de pie en el atestado tranvía, se dedicó a considerar el estado de sus fondos, o más bien la falta de ellos. Si quería sobrevivir durante otros diez días, pagar su cuenta en el hotel y la reparación de su coche, tendría que pasarse el resto del viaje renunciando al lujo del hotel y dormir en el MG.

Keith bajó del tranvía en la parada que ahora ya le era familiar, subió los escalones y pocos minutos más tarde se encontraba ante la mesa, unos minutos antes de las nueve. Esta vez solo le hicieron esperar veinte minutos, con los mismos periódicos para leer, antes de que la secretaria del director reapareciera con una expresión azorada en su rostro.

—Lo siento mucho, señor Townsend —se disculpó—, pero el capitán Armstrong

ha tenido que volar inesperadamente a Inglaterra. Su segundo, el teniente Wakeham, le recibirá con sumo gusto.

Keith pasó casi una hora con el teniente Wakeham, que no dejaba de llamarle «muchacho», le explicó por qué no podía entrar en Spandau y no dejó de gastar algunas bromas sobre Don Bradman. Al marcharse, Keith tuvo la sensación de haber aprendido más cosas sobre el estado del críquet inglés que acerca de lo que sucedía en Berlín. Pasó el resto del día en el sector estadounidense, y se detuvo varias veces en las calles para hablar con los soldados. Le dijeron con orgullo que no abandonaban su sector hasta que llegara el momento de regresar a Estados Unidos.

A últimas horas de la tarde, al pasar de nuevo por el garaje, el mecánico que hablaba inglés le prometió que el coche estaría terminado a la tarde siguiente, listo para que se lo llevara.

Al día siguiente, Keith se desplazó en tranvía hasta el sector ruso. Pronto descubrió lo muy equivocado que estaba al suponer que no podría aprender nada nuevo de la experiencia. El Club Laborista de la Universidad de Oxford no se sentiría complacido al saber que los hombros de los berlineses orientales parecían más hundidos, sus cabezas más inclinadas y su paso más lento que los de sus conciudadanos de los sectores aliados, y que ni siquiera parecían capaces de hablarse los unos a los otros, y mucho menos con Keith. En la plaza principal, una estatua de Hitler había sido sustituida por otra todavía más grande de Lenin, y una enorme efigie de Stalin dominaba casi todas las esquinas de las calles. Después de varias horas de deambular por calles tristes, con tiendas desprovistas de gente y de artículos, y de no poder encontrar un solo bar o restaurante, Keith regresó al sector británico.

Decidió que si a la mañana siguiente conducía hasta Dresde podría terminar pronto su trabajo, y pasar entonces un par de días en Deauville para reponer sus menguadas finanzas. Se puso a silbar al saltar a un tranvía que lo dejaría frente al garaje.

El MG le esperaba en el patio delantero, y tuvo que admitir que su aspecto era magnífico. Alguien se había dedicado incluso a limpiarlo, y el capó rojo brillaba bajo la luz nocturna.

El mecánico le entregó la llave. Keith se sentó tras el volante, la hizo girar en el contacto y el motor se puso en marcha inmediatamente.

—Estupendo —dijo.

El mecánico hizo un gesto de asentimiento. Una vez que Keith se bajó del coche, otro empleado del garaje se inclinó y sacó la llave del contacto.

—¿Cuánto es? —preguntó Keith, que sacó la cartera.

—Veinte libras —contestó el mecánico.

Keith se giró en redondo y lo miró.

—¿Veinte libras? —barbotó—. Pero yo no tengo veinte libras. Ya se ha embolsado usted treinta chelines, y ese maldito coche solo me costó treinta libras.

Aquella información no pareció impresionar al mecánico en lo más mínimo.

—Tuvimos que cambiar el árbol del cigüeñal y reconstruir el carburador —le explicó—. Y no ha sido nada fácil encontrar las piezas de repuesto, por no hablar de la mano de obra. En Berlín no hay mucho espacio para esta clase de lujos. Veinte libras —repitió.

Keith abrió la cartera y empezó a contar sus billetes.

—¿Cuánto supone eso en marcos alemanes?

—No aceptamos marcos alemanes —dijo el mecánico.

—¿Por qué no?

—Los británicos nos han advertido que llevemos cuidado con las falsificaciones.

Keith decidió llegado el momento para probar con una táctica diferente.

—¡Esto no es más que una extorsión! —aulló—. ¡Haré que le cierren el taller!

El alemán no se dejó conmovir.

—Es posible que hayan ganado ustedes la guerra, señor —le dijo secamente—, pero eso no quiere decir que no tengan que pagar sus facturas.

—¿Cree que puede salir bien librado de esto? —le gritó Keith—. Informaré de este asunto a mi amigo el capitán Armstrong, del PRISC. Entonces se dará cuenta de quién manda aquí.

—Quizá sea mejor que llamemos a la policía y dejemos que sean ellos quienes decidan quién manda.

Ese solo comentario bastó para silenciar a Keith, que recorrió el patio varias veces, arriba y abajo, antes de admitir.

—No tengo veinte libras.

—Entonces, quizá tendrá que vender el coche.

—Eso nunca —dijo Keith.

—En ese caso, tendremos que guardárselo en el garaje, al precio diario habitual, hasta que pueda pagar la factura.

Keith se puso más y más rojo, mientras los dos hombres permanecían de pie, junto a su MG, con aspecto notablemente impávido.

—¿Cuánto me ofrecería por él? —preguntó finalmente.

—Bueno, en Berlín no existe una gran demanda de coches deportivos de segunda mano con el volante a la derecha —dijo—. Pero supongo que podría ofrecerle cien mil marcos alemanes.

—Pero si me acaba de decir que no hace tratos en marcos alemanes.

—Eso es solo cuando vendemos. Pero las cosas son muy diferentes cuando compramos.

—¿Suponen esos cien mil marcos una cantidad superior a mi factura?

—No —contestó el mecánico. Hizo una pausa, sonrió y añadió—: Pero procuraremos ofrecerle una buena tasa de cambio.

—Condenados nazis —murmuró Keith.

Al iniciar su segundo año de estudios en Oxford, Keith se vio presionado por sus amigos del Club Laborista para que se presentara a la elección del comité. Ya había llegado a la conclusión de que, aunque el club contaba con más de seiscientos miembros, era el comité el que se reunía con los ministros del gabinete cuando estos visitaban la universidad, y los que tenían el poder para tomar resoluciones. Seleccionaban incluso a los que asistían a la conferencia del partido y, de ese modo, contaban con la posibilidad para influir sobre la política del partido.

Al anunciarse el resultado de la votación para el comité, a Keith le sorprendió comprobar el margen tan amplio por el que había sido elegido. Al lunes siguiente asistió a su primera reunión de comité, en el Bricklayers' Arms. Se sentó al fondo, en silencio, sin creer apenas en lo que estaba ocurriendo delante de sus mismos ojos. En el seno de aquel comité se reproducían todas aquellas cosas que más despreciaba sobre Gran Bretaña. Eran reaccionarios, estaban llenos de prejuicios y, cuando se trataba de tomar verdaderas decisiones, eran ultraconservadores. Si alguien planteaba una idea original, se discutía durante largo rato y luego se olvidaba rápidamente en cuanto la reunión se suspendía y todos bajaban al bar. Keith llegó a la conclusión de que ser un miembro del comité no iba a ser suficiente si deseaba ver convertidas en realidad algunas de sus ideas más radicales. Decidió que, en su último año, se convertiría en el presidente del Club Laborista. Al comentar sus ambiciones en una carta dirigida a su padre, *sir* Graham le contestó que le interesaban mucho más sus perspectivas de obtener un título, ya que llegar a ser el presidente del Club Laborista no tenía tanta importancia para alguien que confiaba pudiera sucederle como propietario de un grupo periodístico.

El único rival que tenía Keith para ocupar el puesto parecía ser el vicepresidente, Gareth Williams, hijo de un minero que, a partir de la escuela elemental de Neath, a la que había asistido, obtuvo una beca y poseía, desde luego, todas las calificaciones adecuadas.

La elección de puestos estaba programada para dos semanas después de la fiesta de San Miguel, el 29 de septiembre. Keith se dio cuenta de que cada hora de la primera semana sería crucial para sus esperanzas de ser nombrado presidente. Puesto que Gareth Williams era más popular en el comité que entre los socios, Keith sabía exactamente dónde tendría que concentrar todas sus energías. Durante los diez primeros días del trimestre invitó a su habitación, a tomar una copa a varios de los miembros liberados del club, incluidos algunos estudiantes de primer curso. Noche tras noche, consumieron cajas de cerveza, tarta y vino corriente, todo ello a expensas de Keith.

A falta de veinticuatro horas para la votación, Keith creía tenerlo todo bien atado. Comprobó la lista de miembros del club, marcó con una señal a todos aquellos con los que ya había hablado y que estaba razonablemente seguro de que le votarían, y

con una cruz a los que sabía que apoyaban a Williams.

La reunión semanal del comité, celebrada la noche antes de la votación, se prolongó demasiado, pero Keith disfrutó con el considerable placer de pensar que esta sería la última vez que tendría que soportar una resolución inútil tras otra, que solo terminarían en la papelera más cercana. Permaneció sentado en el fondo de la estancia, sin aportar ninguna contribución a las innumerables enmiendas y subcláusulas que tanto gustaban a Gareth Williams y a sus compinches. El comité discutió durante casi una hora la desgracia que suponían las últimas cifras de desempleo, que afectaban ya a 300 000 obreros. A Keith le habría gustado señalar a sus hermanos que había por lo menos 300 000 personas en Gran Bretaña que, en su opinión, eran simplemente inútiles para el trabajo, pero pensó que decir algo así no sería muy prudente precisamente el día antes de buscar su apoyo en la urna.

Se hallaba reclinado en su asiento, casi dormitando, cuando cayó el obús. Fue durante la discusión de «Otros asuntos» cuando Hugh Jenkins (del St. Peter), alguien con el que Keith apenas se hablaba, no solo porque hacía que Lenin pareciera un liberal, sino porque era el aliado más próximo de Gareth Williams, se levantó pesadamente de su asiento en la primera fila.

—Hermano presidente —empezó a decir—, he sido advertido de que se ha producido una violación del artículo número nueve de los reglamentos, subsección C, relativa a la elección de cargos para este comité.

—Explícate —dijo Keith, que ya tenía sus planes para el hermano Jenkins una vez que fuera elegido, unos planes que no se encontrarían en la subsección C de ningún reglamento.

—Eso es precisamente lo que me propongo hacer, hermano Townsend —afirmó Jenkins, que se volvió a mirarle—, sobre todo porque la cuestión te afecta directamente.

Keith se adelantó en su asiento y prestó más atención por primera vez desde que empezara la reunión.

—Parece ser, hermano presidente, que el hermano Townsend se ha dedicado durante los diez últimos días a solicitar apoyo para su candidatura al puesto de presidente de este club.

—Pues claro que lo he hecho —replicó Keith—. ¿De qué otro modo podría esperar ser elegido?

—Bueno, me alegra que el hermano Townsend muestre tanta franqueza al respecto, porque de ese modo, hermano presidente, no habrá necesidad de llevar a cabo una investigación interna.

En el rostro de Keith apareció una expresión de extrañeza, que se mantuvo hasta que Jenkins se explicó.

—Está perfectamente claro, que el hermano Townsend ni siquiera se ha molestado en consultar los reglamentos del partido, en los que se afirma sin el menor género de dudas que está estrictamente prohibido emplear cualquier forma de

solicitar el voto para ocupar un puesto en la organización. Solo tiene que consultar el artículo nueve, subsección C del reglamento.

Keith tuvo que admitir que no disponía de un reglamento y que jamás lo había consultado, y mucho menos por lo que se especificaba en su artículo nueve y en todas sus subsecciones.

—Lamento mucho verme en la obligación de proponer la aprobación de una resolución por parte de este comité —continuó Jenkins—. Que el hermano Townsend sea descalificado para tomar parte en la elección de mañana y al mismo tiempo que sea expulsado de este comité.

—Una cuestión de orden, hermano presidente —intervino otro miembro del comité, que se puso en pie en la segunda fila—. Creo que eso son dos resoluciones.

El comité pasó a discutir, durante otros cuarenta minutos, si era una o dos resoluciones las que tendrían que votar. La cuestión se solucionó finalmente mediante una enmienda introducida en la proposición: por una votación de once contra siete, se decidió que se votarían dos resoluciones. Siguieron varios discursos y cuestiones de orden sobre el tema de si se permitiría al hermano Townsend participar en la votación de las dos resoluciones planteadas. Keith dijo que, de todos modos, se abstendría en la votación de la primera resolución.

—Muy generoso por tu parte —dijo Williams con una sonrisa burlona.

A continuación, el comité aprobó una resolución por diez votos contra siete, y una abstención, por la que se descalificaba al hermano Townsend para presentarse como candidato a presidente.

Williams insistió en que el resultado de la votación quedara debidamente registrado en las actas de la reunión, por si acaso alguien decidiera presentar una apelación en el futuro. Keith dejó bien claro que no tenía la menor intención de apelar. Williams no pudo apartar la sonrisa burlona de su rostro.

Keith no se quedó para conocer el resultado de la votación sobre la segunda resolución y ya se encontraba en su habitación mucho antes de que se produjera la votación. Se perdió así la prolongada discusión que se produjo acerca de si debían imprimirse nuevas papeletas de votación, ahora que solo había un candidato para ocupar el puesto de presidente.

Al día siguiente, fueron varios los estudiantes que dejaron bien claro lo mucho que lamentaban la descalificación de Keith. Pero este ya había decidido que el Partido Laborista no entraría probablemente en el mundo real antes de finales de siglo, y que él podía hacer bien poco al respecto, por no decir prácticamente nada, incluso en el caso de que hubiera podido convertirse en presidente del club.

Aquella noche, en los alojamientos, el rector del colegio aportó su juicio mientras tomaba una copa de jerez.

—Debo decirle que no me siento desilusionado con el resultado, porque, tengo que advertirle, Townsend, que, en opinión de su tutor, si continuara usted trabajando de la misma forma irregular con que lo ha venido haciendo durante estos dos últimos

años, es muy improbable que llegue a conseguir calificación alguna por parte de esta universidad. —Antes de que Keith pudiera decir algo en su defensa, el rector añadió —: Naturalmente, soy muy consciente de que un título por Oxford no tendrá una gran importancia en la carrera que ha elegido, pero me permito sugerirle que será una grave decepción para sus padres si tuviera que dejarnos, después de tres años de estudios, sin haber logrado absolutamente ninguna titulación que lo atestigüe.

Aquella noche, al regresar a su habitación, Keith se tumbó en la cama y pensó seriamente en la advertencia del rector. Pero fue una carta llegada pocos días más tarde la que finalmente le aguijoneó para entrar en acción. Su madre le escribió para comunicarle que su padre había sufrido un ligero ataque cardíaco, y confiaba en que, dentro de poco tiempo, él estuviera ya dispuesto para asumir alguna responsabilidad.

Keith le puso inmediatamente una conferencia a su madre, en Toorak. Cuando finalmente logró la comunicación, lo primero que le preguntó fue si deseaba que regresara a casa.

—No —contestó ella con firmeza—. Pero tu padre espera que dediques ahora más tiempo a concentrarse en la obtención de tu título ya que, de otro modo, cree que tu estancia en Oxford no habrá servido para nada.

Una vez más, Keith decidió confundir a los examinadores. Durante los ocho meses siguientes asistió a todas las clases y no faltó a ninguna reunión con el tutor. Con ayuda del doctor Howard, continuó estudiando durante los dos cortos períodos de vacaciones, lo que le permitió cobrar conciencia del poco trabajo realizado durante los dos últimos años.

Casi empezó a desear haberse llevado consigo a Oxford a la señorita Steadman, en lugar del MG.

El lunes de la séptima semana de su último trimestre, vestido con un sombrero traje oscuro, cuello blanco y pajarita, y su bata de pregraduado, se presentó en la escuela de exámenes superiores. Durante los cinco días siguientes se sentó en la mesa que se le asignó, con la cabeza inclinada y contestó todas las preguntas que pudo de los once exámenes que se le hicieron. La tarde del quinto día, al salir a la luz del sol, se unió a sus amigos, sentados en los escalones de las escuelas, para tomar champaña con cualquier viandante que pasara y quisiera unirse a ellos.

Seis semanas más tarde, Keith se sintió muy aliviado al encontrar su nombre en la lista de los incluidos por la escuela examinadora entre quienes habían obtenido una licenciatura en Filosofía y Letras (con título). A partir de ese momento, nunca reveló la clase de título obtenido, aunque tuvo que estar de acuerdo con la opinión del doctor Howard, según la cual eso tenía muy poca importancia para el desempeño de la carrera en la que estaba a punto de embarcarse.

Keith hubiera querido regresar a Australia apenas un día después de conocer el resultado de los exámenes, pero su padre no quiso saber nada al respecto.



—Espero que vayas a ver a mi viejo amigo Max Beaverbrook, y trabajes para él en el *Express* —le dijo por la línea telefónica, entre ruidos de estática—. Beaver puede enseñarte en seis meses mucho más de lo que has aprendido en Oxford en tres años.

Keith se contuvo para no decirle que eso no había sido un gran logro.

—Lo único que me preocupa, papá, es tu estado de salud. No quiero quedarme en Inglaterra si regresar a casa significa que puedo ayudarte a aliviar la presión a la que te ves sometido.

—Nunca me he sentido mejor, muchacho —replicó *sir* Graham—. El médico me asegura que casi he vuelto ya a la normalidad y, mientras no fuerce las cosas, aún me queda mucho tiempo por delante. A la larga, me serás mucho más útil si aprendes tu oficio en Fleet Street, en lugar de regresar a casa ahora y ponerte bajo mis órdenes. Voy a llamar ahora mismo a Beaver. Así que procura escribirle unas líneas..., hoy mismo.

Esa tarde, Keith le escribió a lord Beaverbrook y, tres semanas más tarde, el propietario del *Express* concedió al hijo de *sir* Graham Townsend una entrevista de quince minutos.

Keith llegó a Arlington House con quince minutos de anticipación, y recorrió St. James durante varios minutos para hacer tiempo antes de entrar en el impresionante edificio. Tuvo que esperar otros veinte minutos antes de que una secretaria lo acompañara hasta el enorme despacho de lord Beaverbrook, desde donde se dominaba el parque de St. James.

—¿Qué tal está su padre? —fueron las primeras palabras de Beaver.

—Se encuentra bien, señor —contestó Keith.

Se mantuvo de pie, delante de la mesa, puesto que no se le había ofrecido asiento.

—¿Y quiere usted seguir sus pasos? —preguntó el viejo, mirándole.

—Así es, señor.

—Bien, en ese caso, mañana, a las diez, se presenta en el despacho de Frank Butterfield, en el *Express*. Es el mejor subdirector que puede encontrarse en Fleet Street. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —contestó Keith.

—Bien —replicó Beaverbrook—. Le ruego que transmita mis saludos a su padre.

Bajó la cabeza, lo que pareció ser una señal de que la entrevista había concluido. Treinta segundos más tarde, Keith estaba de nuevo en St. James, no muy seguro de que aquella entrevista hubiera tenido lugar.

A la mañana siguiente se presentó ante Frank Butterfield, en Fleet Street. El subdirector parecía incapaz de dejar de correr de un periodista a otro. Keith intentó mantenerse a su lado, y no tardó mucho en comprender del todo por qué Butterfield se había divorciado tres veces. Pocas mujeres en su sano juicio habrían tolerado aquel estilo de vida. Butterfield se llevaba el periódico a la cama cada noche, excepto el sábado, y esa era su implacable amante.

A medida que transcurrieron las semanas, Keith empezó a aburrirse de seguir a Frank por todas partes, y se sentía cada vez más impaciente por obtener una visión más amplia de cómo se producía y gestionaba un periódico. Frank, consciente de la inquietud del joven, diseñó un programa para mantenerlo totalmente ocupado. Pasó tres meses en el departamento de tiraje, los tres siguientes en el de publicidad, y otros tres en los talleres. Allí encontró innumerables ejemplos de miembros del sindicato que se dedicaban a jugar a las cartas cuando debían de estar trabajando en las prensas, o que interrumpían ocasionalmente el trabajo entre una taza de café y otra para escaparse a hacer apuestas en el local del corredor más cercano. Algunos llegaban a fichar bajo dos o tres nombres, y recibían un sobre con un salario por cada uno de los nombres.

Cuando Keith ya llevaba seis meses en el *Express*, empezó a cuestionarse que el contenido editorial fuera todo lo que importaba para producir un periódico con éxito. ¿Acaso él y su padre no deberían haber dedicado todas aquellas mañanas de domingo a controlar el espacio de publicidad del *Courier* con la misma atención con que leían la primera página? Y cuando criticaban los titulares del *Gazette*, en el despacho del viejo, ¿no deberían haberse ocupado más bien de que el periódico no tuviera personal excesivo, o de que no se dispararan los gastos de los periodistas? En último término, y por enorme que fuera la tirada de un periódico, el objetivo final debería ser sin duda obtener el mayor beneficio posible para la inversión. A menudo discutió el problema con Frank Butterfield, quien tenía la impresión de que las prácticas establecidas desde hacía tiempo en los talleres eran probablemente irreversibles a aquellas alturas.

Keith escribía a su casa con regularidad, en cartas extensas en las que exponía sus teorías. Ahora que experimentaba de primera mano muchos de los problemas a los que se enfrentaba su padre, empezaba a temer que las prácticas sindicales que eran tan comunes en los talleres de Fleet Street pudieran llegar también a Australia.

Al final de su primer año, Keith envió un largo memorándum a Beaverbrook, en Arlington House, a pesar de que Frank Butterfield le aconsejó que no lo hiciera. Expresaba en él su opinión de que los talleres del *Express* contaban con un personal excesivo y superfluo, en una proporción de tres a uno, y que, puesto que los salarios constituían sus principales gastos, no existía ninguna esperanza de que un grupo periodístico moderno pudiera conseguir beneficios de aquel modo. Alguien iba a tener que enfrentarse a los sindicatos en el futuro. Beaverbrook ni siquiera le dirigió una nota para agradecerle el envío del informe.

Sin dejarse amilanar por ello, Keith inició su segundo año de trabajo en el *Express* dedicándole horas que ni siquiera sabía que existieran cuando estuvo en Oxford. Eso sirvió para reforzar su opinión de que, tarde o temprano, tendrían que producirse grandes cambios en la industria periodística, y con todo ello preparó un largo memorándum para su padre, que tenía la intención de analizar con él en cuanto regresara a Australia. En el memorándum explicaba con toda exactitud qué cambios creía que sería necesario hacer en el *Courier* y el *Gazette* para que ambos periódicos

pudieran seguir siendo solventes durante la segunda mitad del siglo veinte.

Keith se encontraba hablando por teléfono, en el despacho de Butterfield, disponiendo su vuelo de regreso a Melbourne, cuando un mensajero le entregó el telegrama.

---

# THE TIMES

---

5 de junio de 1945

El control de Alemania: reunión preliminar de los  
comandantes aliados

**A**l visitar *Der Telegraf* por primera vez, al capitán Armstrong le sorprendió descubrir lo destantaladas que eran las oficinas del pequeño sótano. Fue saludado por un hombre que se presentó a sí mismo como Arno Schultz, director del periódico.

Schultz solo medía un metro sesenta de estatura, tenía unos taciturnos ojos grises y llevaba el cabello muy corto. Vestía un traje de tres piezas de antes de la guerra, que probablemente le hicieron a medida cuando pesaba diez kilos más. La camisa aparecía rozada en el cuello y en los puños, y llevaba una corbata negra, delgada y brillante por el uso.

Armstrong le sonrió.

—Usted y yo tenemos algo en común —le dijo.

Schultz se removió inquieto en presencia de este corpulento oficial británico.

—¿Y qué es? —preguntó.

—Ambos somos judíos —dijo Armstrong.

—Jamás me lo habría imaginado —dijo Schultz, verdaderamente sorprendido.

Armstrong no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción.

—Permítame dejar bien claro desde el principio que tengo la intención de ofrecerle toda la ayuda que esté en mi mano para procurar que *Der Telegraf* salga a la calle. Solo tengo un objetivo a largo plazo: superar en ventas al *Der Berliner*.

Schultz lo miró con expresión dudosa.

—En estos momentos venden el doble de ejemplares diarios que nosotros. Eso sucedía incluso antes de la guerra. Tienen mejor imprenta, más personal, y la ventaja de estar en el sector estadounidense. No creo que ese sea un objetivo realista, capitán.

—En ese caso, tendremos que cambiar todo eso, ¿no le parece? —dijo Armstrong—. A partir de ahora tiene que considerarme como el propietario del periódico, a cambio de lo cual le permitiré que continúe con su trabajo de director. ¿Por qué no empieza por contarme cuáles son sus problemas?

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntó Schultz, que miró directamente a su nuevo jefe—. Las máquinas de imprimir son anticuadas. Muchos de sus componentes están desgastados, y no parece haber forma humana de conseguir repuestos.

—Hágame una lista de todo lo que necesita y me ocuparé de que disponga usted de repuestos.

Schultz lo miró, nada convencido. Empezó a limpiarse los cristales de roca de las gafas con un pañuelo que se sacó del bolsillo superior de la chaqueta.

—Luego está el continuo problema con la electricidad. En cuanto consigo poner en marcha la maquinaria, se corta la corriente. De ese modo, por lo menos dos veces

a la semana no logramos poner el periódico en la calle.

—Me aseguraré de que eso no vuelva a suceder —le prometió Armstrong sin la menor idea de cómo iba a conseguirlo—. ¿Qué más?

—Seguridad —dijo Schultz—. El censor comprueba cada palabra del original, de modo que, inevitablemente, los artículos llegan con dos o tres días de retraso cuando pueden ser publicados, y después de que él haya tachado con lápiz azul los párrafos más interesantes, de tal modo que no queda por leer gran cosa de valor.

—Correcto —asintió Armstrong—. A partir de ahora, yo me ocuparé de revisar los artículos. Hablaré también con el censor, para que no tenga que volver a sufrir esos problemas en el futuro. ¿Es eso todo?

—No, capitán. Mi mayor problema se produce cuando no hay ningún corte del suministro eléctrico durante toda la semana.

—No comprendo. ¿Cómo puede ser eso un problema? —preguntó Armstrong.

—Porque entonces me quedo siempre sin papel.

—¿Cuál es su tirada actual?

—Cien mil ejemplares diarios. Ciento veinte mil en el mejor de los casos.

—¿Y el tiraje del *Berliner*?

—Aproximadamente un cuarto de millón de ejemplares —Schultz hizo una breve pausa, antes de añadir—: cada día.

—Me aseguraré de que reciba usted papel suficiente para imprimir un cuarto de millón de ejemplares al día. Para ello, deme tiempo hasta finales de mes.

Schultz, que normalmente era un hombre cortés, ni siquiera le dio las gracias cuando el capitán Armstrong se despidió para regresar a su despacho. A pesar de la enorme seguridad en sí mismo demostrada por el oficial británico, él, simplemente, no creía que nada de todo aquello fuera posible.

Una vez que se encontró sentado ante su mesa, Armstrong le pidió a Sally que mecanografiara una lista de todas las piezas que le había pedido Schultz. Una vez que terminó la tarea, él mismo comprobó la lista, y le pidió que preparase una docena de copias y que organizara una reunión de todo el equipo. Una hora más tarde, todos se encontraban apretujados dentro de su despacho.

Sally entregó una copia de la lista a cada uno de ellos. Armstrong repasó brevemente cada una de las piezas y terminó diciendo:

—Deseo disponer de todo lo que aparece en esta lista, y lo quiero *pronto*. Cuando se haya conseguido cada una de las cosas incluidas en ella, todos ustedes dispondrán de tres días de permiso. Mientras tanto, el horario será permanente, incluidos los fines de semana. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Unos pocos de ellos asintieron, pero nadie dijo nada.

Nueve días más tarde, Charlotte llegó a Berlín, y Armstrong envió a Benson a buscarla a la estación.

—¿Dónde está mi esposo? —preguntó ella mientras el chófer colocaba las maletas en los asientos traseros del *jeep*.

—Tenía una reunión importante a la que no podía faltar, señora Armstrong. Me ha ordenado decirle que se reunirá con usted esta noche.

Aquella noche, al regresar al piso, Dick descubrió que Charlotte ya había terminado de guardar sus cosas y le había preparado la cena. Al cruzar el umbral, ella le echó los brazos al cuello.

—Es maravilloso tenerte en Berlín, querida —le dijo—. Siento mucho no haber podido ir a la estación a recibirte. —La soltó y la miró a los ojos—. Estoy realizando el trabajo de seis hombres. Espero que lo comprendas.

—Desde luego —asintió Charlotte—. Quiero saberlo todo sobre tu nuevo trabajo mientras cenamos.

Dick apenas si dejó de hablar desde que se sentaron a cenar hasta que dejaron sobre la mesa los platos sin lavar y se acostaron. A la mañana siguiente llegó tarde a la oficina, por primera vez desde que estaba en Berlín.

Los muchachos del capitán Armstrong tardaron diecinueve días en localizar cada una de las piezas incluidas en la lista, y Dick solo tardó otros ocho en requisarlas, para lo que empleó una poderosa mezcla de encanto, intimidación y soborno. Un día en el que apareció en el despacho una gran caja cerrada que contenía seis nuevas máquinas de escribir Remington, y que no iba acompañada por ninguna orden de requisamiento, se limitó a decirle al teniente Wakeham que mirara hacia otro lado.

Cada vez que Armstrong se encontraba con un obstáculo importante, se limitaba a mencionar las palabras «coronel Oakshott» y «Comisión de Control». Eso casi siempre tenía como resultado que el reacio oficial que planteaba la dificultad terminara por firmar por triplicado todo aquello que se necesitara.

En lo referente al suministro eléctrico, Peter Wakeham le informó que, debido a la sobrecarga, uno de los cuatro sectores de la ciudad tenía que ser desconectado de la red por lo menos tres horas de cada doce. Según dijo, la red se hallaba a cargo de un capitán estadounidense llamado Max Sackville, que dijo no disponer de tiempo para entrevistarse con él.

—Déjemelo a mí —se limitó a decirle Armstrong.

Pero Dick pronto descubrió que Sackville era incommovible al encanto, la intimidación o el soborno, debido en parte a que los estadounidenses parecían tener exceso de todo y siempre asumían que la autoridad definitiva era la suya. Lo que sí descubrió fue que el capitán tenía una debilidad, a la que se entregaba cada sábado por la noche. Tuvo que emplear varias horas para escuchar cómo Sackville se había ganado su corazón púrpura en Anzio, antes de que Dick fuera invitado a unirse a su grupo de jugadores de póquer.

Durante las tres semanas siguientes, Dick procuró perder alrededor de cincuenta

dólares cada sábado por la noche que, bajo diferentes conceptos, incluía al lunes siguiente en el capítulo de gastos. De ese modo, se aseguró que el suministro eléctrico del sector británico no se cortara nunca entre las tres de la tarde y la medianoche, excepto los sábados, en que no se imprimía el *Telegraf*.

La lista de piezas de repuesto de Arno Schultz quedó completada en veintiséis días y, para entonces, el *Telegraf* ya imprimía 140 000 ejemplares cada noche. El teniente Wakeham quedó a cargo de la distribución, y el periódico nunca dejaba de estar en las calles a primeras horas de la mañana. Cuando Dick informó al coronel Oakshott de las últimas tiradas del *Telegraf*, este quedó encantado con los resultados que estaba consiguiendo su *protégé* y estuvo de acuerdo en conceder tres días de permiso a todo el equipo.

Nadie se sintió más encantada ante esta noticia que la propia Charlotte. Desde su llegada a Berlín, Dick raras veces regresaba a casa antes de la medianoche, y a menudo se marchaba antes incluso de que ella se despertara. Pero aquel viernes por la tarde se detuvo ante el edificio donde estaba el piso que ocupaban al volante de un Mercedes de alguien, y una vez que ella hubo cargado las viejas maletas en el coche, emprendieron el viaje hacia Lyon para pasar un fin de semana con la familia de Charlotte.

A ella le preocupaba que Dick pareciera incapaz de relajarse más de unos pocos minutos seguidos, pero se sentía agradecida por el hecho de que no hubiera teléfono en la pequeña casa de sus padres, en Lyon. El sábado por la noche, toda la familia se fue a ver a David Niven en *El matrimonio perfecto*. A la mañana siguiente, Dick empezó a dejarse crecer el bigote.

En cuanto el capitán Armstrong regresó a Berlín, siguió el consejo del coronel y se dedicó a establecer útiles contactos en cada sector de la ciudad, una tarea que se le facilitaba en cuanto la gente se enteraba de que controlaba un periódico leído por un millón de personas cada día (según sus propias cifras).

Casi todos los alemanes con los que se encontraba suponían que, por su forma de comportarse, tenía que ser por lo menos un general; a todos los demás no les dejaba la menor duda de que, aun cuando no lo fuera, disponía del apoyo de los altos mandos. Se aseguró de que ciertos oficiales del estado mayor fueran mencionados con regularidad en el *Telegraf*, después de lo cual, ninguno de ellos se oponía a sus peticiones, por escandalosas que fueran. También aprovechó la continua fuente de publicidad que le proporcionaba el periódico para promocionarse a sí mismo y, puesto que era capaz de publicar prácticamente lo que quisiera, no tardó en convertirse en un personaje famoso en una ciudad llena de uniformes anónimos.

Tres meses después de la entrevista inicial con Arno Schultz el *Telegraf* se editaba con regularidad seis días a la semana, y ya pudo informar al coronel Oakshott de que la tirada superaba los 200 000 ejemplares y que, a ese ritmo, no tardarían en



sobrepasar al *Berliner*.

—Está haciendo usted un trabajo de primera clase, Dick —se limitó a decirle el coronel.

No sabía con toda seguridad qué hacía realmente Armstrong, pero había observado que los gastos del joven capitán ascendían ya a más de 20 libras semanales.

Aunque Dick informó a Charlotte de la alabanza del coronel, su esposa se dio cuenta de que empezaba a aburrirse con aquel trabajo. El *Telegraf* ya vendía casi tantos ejemplares como el *Berliner*, y los oficiales de más alta graduación de los tres sectores occidentales siempre se sentían felices de recibir al capitán Armstrong e incluirlo entre sus invitados. Al fin y al cabo, solo tenían que susurrarle una historia al oído para que apareciera en letras de imprenta al día siguiente. Como consecuencia de ello, siempre disponía de una buena reserva de puros cubanos, a Charlotte y a Sally nunca les faltaban medias de nailon, Peter Wakeham disfrutaba de su copa favorita de ginebra Gordon's, y los muchachos disponían de suficiente vodka y cigarrillos como para mantener un pequeño mercado negro.

Pero Dick se sentía frustrado por el hecho de que no parecía lograr ningún progreso en su propia carrera. Aunque con bastante frecuencia se le había dado a entender que podía esperar un ascenso, nada parecía ocurrir en una ciudad demasiado llena ya de mayores y coroneles, la mayoría de los cuales se pasaban el tiempo sentados, a la espera de ser enviados de regreso a sus casas.

Dick empezó a discutir con Charlotte la posibilidad de regresar a Inglaterra, sobre todo porque el recientemente elegido primer ministro laborista, Clement Attlee, había pedido a los soldados que regresaran lo antes posible porque había una gran cantidad de puestos de trabajo esperándoles. A pesar de su cómodo estilo de vida en Berlín, a Charlotte pareció encantarle la idea, y animó a Dick a solicitar la baja voluntaria. Al día siguiente, pidió ver al coronel.

—¿Está seguro de que es eso lo que realmente desea hacer? —le preguntó Oakshott.

—Sí, señor —contestó Dick—. Ahora que todo funciona suavemente, Schultz es perfectamente capaz de dirigir el periódico sin mí.

—Me parece bastante justo. Procuraré acelerar el proceso todo lo posible.

Pocas horas más tarde, sin embargo, Armstrong oyó pronunciar por primera vez el nombre de Klaus Lauber y procuró hacer más lento el proceso de su baja en el ejército.

A últimas horas de la mañana, cuando Armstrong visitó la imprenta, Schultz le informó que, por primera vez, habían vendido más ejemplares que el *Berliner*, y que tenía la sensación de que debían empezar a pensar en sacar una edición dominical.

—No veo razón alguna por la que no debamos hacerlo —dijo Dick, que parecía un tanto aburrido.

—Solo desearía que pudiéramos cobrar el mismo precio que cobrábamos antes de

la guerra —comentó Schultz con un suspiro—. Con estas cifras de ventas conseguiríamos un buen beneficio. Sé que debe de parecerle difícil de creer, capitán Armstrong, pero en aquellos tiempos se me consideraba como un hombre próspero y con éxito.

—Quizá vuelva usted a serlo —dijo Armstrong—. Y antes de lo que se imagina —añadió mientras miraba por la sucia ventana hacia una acera llena de gente con aspecto cansado.

Se disponía a decirle a Schultz que tenía la intención de dejar toda la operación en sus manos para regresar a Inglaterra, cuando el alemán dijo:

—No estoy yo tan seguro de que eso sea posible.

—¿Por qué no? —preguntó Armstrong—. El periódico le pertenece a usted, y todo el mundo sabe que no tardarán mucho en levantarse las restricciones sobre las participaciones accionariales de los ciudadanos alemanes.

—Quizá sea así, capitán Armstrong, pero, desgraciadamente, ya no soy el propietario de las acciones de la empresa.

Armstrong guardó silencio y, al hablar, eligió las palabras con mucho cuidado.

—¿De veras? ¿Qué le indujo a venderlas? —preguntó, sin dejar de mirar por la ventana.

—No las vendí —dijo Schultz—. Prácticamente las regalé.

—Creo que no le comprendo —dijo Armstrong, volviéndose a mirarlo.

—En realidad, es bastante sencillo —dijo Schultz—. Poco después de que Hitler llegara al poder, se aprobó una ley por la que se descalificaba a los judíos para ser propietarios de periódicos. Me vi obligado a entregarle mis acciones a una tercera persona.

—En ese caso, ¿quién es ahora el propietario del *Telegraf*? —preguntó Armstrong.

—Un viejo amigo mío llamado Klaus Lauber —contestó Schultz—. Era funcionario en el ministerio de Obras Públicas. Nos conocimos hace muchos años en un club de ajedrez, y solíamos jugar todos los martes y viernes..., otra de las cosas que tampoco me permitieron seguir haciendo después de la llegada de Hitler al poder.

—Pero si Lauber es tan buen amigo suyo, tiene que poder venderle de nuevo las acciones.

—Supongo que eso todavía es posible. Al fin y al cabo, solo pagó una suma nominal por ellas, en el bien entendido de que me las devolvería una vez acabada la guerra.

—Estoy seguro de que será fiel a su palabra —dijo Armstrong—, sobre todo si es tan buen amigo suyo.

—Yo también estoy seguro de que lo haría, si no hubiéramos perdido el contacto durante la guerra. No lo he vuelto a ver desde diciembre de 1942. Como tantos otros alemanes, se ha convertido en otra estadística.

—Pero usted tiene que saber dónde vivía —comentó Armstrong, dándose unos

golpecitos en la pierna con el bastón de paseo.

—Su familia fue trasladada fuera de Berlín después de que se iniciaran los bombardeos, que fue cuando perdí contacto con él. Solo Dios sabe dónde puede estar ahora —añadió con un suspiro.

Dick tuvo la sensación de haber obtenido toda la información que necesitaba.

—¿Qué sucede con ese artículo sobre la inauguración del nuevo aeropuerto? —preguntó, para cambiar de tema.

—Ya hemos enviado a un fotógrafo al lugar, y he pensado enviar a un periodista para hacer una entrevista...

Schultz continuó informándole, pero Armstrong tenía sus pensamientos puestos en otra cosa. En cuanto regresó a su despacho, llamó a Sally y le pidió que se pusiera en contacto con la Comisión de Control y descubriera quién era el propietario del *Telegraf*.

—Siempre creí que era Arno —dijo ella.

—Yo también —dijo Armstrong—, pero por lo visto no lo es. Se vio obligado a vender sus acciones a un tal Klaus Lauber poco después de la llegada de Hitler al poder. Lo que necesito saber es: primero, ¿sigue siendo Lauber el propietario de las acciones? Segundo, si lo es, ¿vive todavía? Y tercero, si vive, ¿dónde demonios está? Y, por favor, Sally, no le mencione esto a nadie. Y eso incluye al teniente Wakeham.

Sally tardó tres días en confirmar que el mayor Klaus Otto Lauber seguía registrado en la Comisión de Control como el propietario legal del *Der Telegraf*.

—Pero ¿está todavía vivo? —preguntó Armstrong.

—Vivito y coleando —contestó Sally—. Y, lo que es más importante, se encuentra en Gales.

—¿En Gales? —repitió Armstrong—. ¿Cómo puede ser?

—Por lo visto, el mayor Lauber está retenido actualmente en un campo de internamiento en las afueras de Bridgend, donde ha pasado los tres últimos años, después de haber sido capturado mientras servía en el Afrika Korps de Rommel.

—¿Qué más ha podido descubrir? —preguntó Armstrong.

—Eso es todo —contestó Sally—. Me temo que el mayor no pasó una buena guerra.

—Bien hecho, Sally. Pero sigo queriendo saber cualquier cosa que pueda descubrir sobre él. Y me refiero a todo; fecha y lugar de nacimiento, educación, cuánto tiempo estuvo en el ministerio de Obras Públicas, todo hasta el día que llegó a Bridgend. Procure utilizar en esto todos los favores que le deban, y procúrese unos pocos más si lo necesita. Yo voy a ver a Oakshott. ¿Alguna otra cosa por la que deba preocuparme?

—Hay un joven periodista del *Oxford Mail* que esperaba poder entrevistarse con usted. Lleva esperando casi una hora.

—Déjelo para mañana.

—Pero escribió para pedirle una cita, y usted se la concedió.

—Déjelo para mañana —repitió Armstrong.

Sally había terminado por conocer bien aquel tono de voz y, después de librarse del señor Townsend, dejó todo lo que estaba haciendo y se dispuso a investigar la poco distinguida carrera del mayor Klaus Lauber.

Después de abandonar su despacho, el soldado Benson condujo al capitán Armstrong hasta los alojamientos de oficiales de la comandancia, situados al otro lado del sector.

—Me viene usted con peticiones muy extrañas —observó el coronel Oakshott después de que él le esbozara su idea.

—Creo que terminará usted por comprobar, señor, que esto ayudará a la larga a cimentar unas mejores relaciones entre las fuerzas de ocupación y los ciudadanos de Berlín.

—Está bien, Dick. Sé que usted comprende estas cosas mucho mejor que yo, pero en este caso no puedo imaginar siquiera cómo reaccionarán nuestros jefes.

—Quizá pueda usted señalarles, señor, que si somos capaces de demostrarles a los alemanes que nuestros prisioneros de guerra, es decir, sus esposos, hijos y padres, reciben un tratamiento justo y decente por parte de los británicos, eso sería un magnífico golpe de relaciones públicas para nosotros, especialmente teniendo en cuenta la forma en que los nazis trataron a los judíos.

—Haré todo lo que pueda —le prometió el coronel—. ¿Cuántos campos desea visitar?

—Creo que, para empezar, solo uno —contestó Armstrong—. Y quizá otros dos o tres algo más adelante, en el caso de que mi primera salida demuestre ser un éxito. —Sonrió, antes de añadir—: Solo espero que eso no dé a «nuestros jefes» razones para sentir pánico.

—¿Ha pensado ya en alguno en particular? —preguntó el coronel.

—En Inteligencia me han informado que el campo ideal para llevar a cabo esta clase de ejercicio puede ser, probablemente, uno situado a unos pocos kilómetros a las afueras de Bridgend, en Gales.

El coronel tardó en conseguir la autorización deseada por el capitán Armstrong algo más de lo que tardó Sally en descubrir todo lo que había que saber sobre Klaus Lauber. Dick releyó sus notas una y otra vez, tratando de considerarlas desde todos los puntos de vista.

Lauber había nacido en Dresde en 1896. Sirvió en la Primera Guerra Mundial y alcanzó el grado de teniente. Tras el Armisticio entró a formar parte del ministerio de Obras Públicas, en Berlín. A pesar de hallarse en la reserva, fue llamado a filas en diciembre de 1942, y se le concedió el grado de mayor. Enviado al norte de África, fue puesto al mando de una unidad dedicada a construir puentes, que poco más tarde se dedicó a destruirlos. Capturado en marzo de 1943 durante la batalla de El Agheila,

fue enviado por vía marítima a Gran Bretaña y se encontraba actualmente en el campo de internamiento situado en las afueras de Bridgend. En el expediente de Lauber, en la Oficina de Guerra de Whitehall, no se mencionaba que fuera propietario de las acciones del *Der Telegraf*.

Tras leer las notas una vez más, Armstrong le hizo una pregunta a Sally. Ella comprobó rápidamente en la guía de oficiales británicos estacionados en Berlín, y le dio tres nombres.

—¿Alguno de ellos ha servido en el Regimiento del Rey, o en el North Staffordshire? —preguntó Armstrong.

—No —contestó Sally—, pero uno de ellos pertenece a la Brigada Real de Rifles, que utiliza los mismos comedores que nosotros.

—Bien —asintió Dick—, ese es nuestro hombre.

—A propósito —dijo Sally—, ¿qué debo decirle al joven periodista del *Oxford Mail*?

Dick hizo una pausa antes de contestar.

—Dígale que he tenido que visitar el sector estadounidense, y que trataré de entrevistarme con él en algún momento, mañana.

Era insólito que Armstrong comiera en el comedor de oficiales británicos, porque con su opulencia y libertad para moverse por la ciudad siempre era bien recibido en cualquier restaurante de Berlín. En cualquier caso, todo oficial sabía que, cuando se trataba de comer, siempre trataba de encontrar alguna excusa para estar en el sector francés. No obstante, la noche de ese martes concreto el capitán Armstrong llegó al comedor pocos minutos después de las seis y le preguntó al cabo que servía detrás de la barra si conocía al capitán Stephen Hallet.

—Desde luego, señor —contestó el cabo—. El capitán Hallet suele venir hacia las seis y media. Creo que trabaja en el Departamento Legal —añadió, diciéndole a Armstrong algo que ya sabía.

Armstrong se quedó en el bar, tomando un *whisky* y mirando hacia la puerta cada vez que llegaba un nuevo oficial. Luego, miraba interrogativamente al cabo, que en cada ocasión negaba con la cabeza, hasta que se dirigió hacia el bar un hombre delgado, prematuramente calvo, en quien hasta el uniforme más pequeño habría parecido holgado. Al llegar ante la barra pidió un Tom Collins y el barman le dirigió a Armstrong un rápido gesto de asentimiento. Armstrong se le acercó y se sentó en un taburete, a su lado.

Se presentó y se enteró rápidamente de que Hallet se sentía impaciente por ser desmovilizado y regresar al Colegio de Abogados de Lincoln, para continuar con su carrera.

—Me ocuparé de ayudarle a acelerar el proceso —dijo Armstrong, sabiendo perfectamente bien que, cuando se trataba de ese departamento, no tenía absolutamente ninguna influencia.

—Es muy amable por su parte, compañero —agradeció Hallet—. No vacile en

decirme si puedo hacer algo por usted cuando lo necesite. Para compensarle por la molestia.

—¿Qué le parece si tomamos un bocado? —sugirió Armstrong, que bajó del taburete y condujo al abogado hacia una mesa tranquila para dos, en un rincón.

Después de haber pedido el menú fijo, Armstrong pidió al cabo una botella de vino de su reserva privada, y condujo hábilmente a su compañero a hablar de un tema sobre el que, según dijo, necesitaba consejo.

—Comprendo demasiado bien los problemas a los que se enfrentan algunos alemanes —dijo Armstrong, que llenó la copa de su compañero—, puesto que yo mismo soy judío.

—Me sorprende, capitán Armstrong —dijo Hallet, que tomó un sorbo de vino, antes de añadir—: Pero, evidentemente, es usted un hombre lleno de sorpresas.

Armstrong miró con atención a su compañero de mesa, pero no detectó en su rostro ninguna señal de ironía.

—Quizá pueda usted ayudarme en un caso muy interesante que me he encontrado hace poco sobre la mesa —se arriesgó a decir.

—Estaré encantado de ayudarle en lo que pueda —dijo Hallet.

—Es muy amable por su parte —dijo Armstrong, que todavía no había tocado su copa—. Me preguntaba qué derechos puede tener un judío alemán que, antes de la guerra, se vio obligado a vender las acciones que poseía de una empresa a otro alemán no judío. ¿Puede reclamar su devolución, ahora que la guerra ha terminado?

El abogado guardó un momento de silencio, y en esta ocasión pareció un poco extrañado.

—Solo en el caso de que la persona que adquirió las acciones sea lo bastante decente como para volvérselas a vender. De otro modo, no puede hacer absolutamente nada al respecto. Si recuerdo correctamente, eso fue el resultado de las leyes de Nuremberg de 1935.

—Eso, sin embargo, no parece justo —se limitó a decir Armstrong.

—En efecto, no lo es —fue la respuesta del abogado, que tomó otro sorbo de vino—. Pero esa fue la ley aprobada en su momento y, tal como están las cosas ahora, no existe ninguna autoridad civil con capacidad para revocarla. Ah, debo admitir que este clarete es excelente. ¿Cómo se las ha arreglado para encontrarlo?

—Un buen amigo mío, en el sector francés, parece tener existencias ilimitadas. Si quiere, puedo pedirle, y luego hacérselas llegar a usted, una docena de botellas.

A la mañana siguiente, el coronel Oakshott recibió autorización para permitirle al capitán Armstrong que visitara un campo de internamiento en Gran Bretaña, en cualquier momento del siguiente mes.

—Pero le han limitado a visitar Bridgend —añadió.

—Lo comprendo perfectamente —asintió Armstrong.

—Y también han dejado bien claro que no puede usted entrevistar a más de tres prisioneros —continuó el coronel, que leía un memorándum que tenía sobre la mesa —, y que ninguno de ellos puede tener un rango superior al de coronel. Son órdenes estrictas de Seguridad.

—Estoy seguro de que podré arreglármelas, a pesar de esas limitaciones —dijo Armstrong.

—Esperemos que todo esto demuestre ser útil, Dick. Como bien sabe, todavía tengo mis dudas.

—Espero demostrarle que está equivocado, señor.

Una vez que hubo regresado a su oficina, Armstrong le pidió a Sally que se ocupara de arreglar los detalles de su viaje.

—¿Cuándo desea marcharse? —preguntó ella.

—Mañana.

—Disculpe, ha sido una pregunta estúpida por mi parte —dijo ella.

Sally le consiguió plaza para un vuelo a Londres para el día siguiente, después de que un general cancelara su viaje en el último momento. También se ocupó de que acudiera a recibirle un coche con un chófer, que lo llevaría directamente a Gales.

—Pero ¿tienen los capitanes derecho a un coche y un chófer? —preguntó él cuando Sally le entregó la documentación del viaje.

—Lo tienen si el brigadier que se ocupa de eso desea ver publicada la foto de su hija en la primera página del *Telegraf* cuando ella visite Berlín al mes que viene.

—¿Y por qué querría el brigadier una cosa así? —preguntó Armstrong.

—Yo diría que, probablemente, no puede casarla en Inglaterra —contestó Sally—. Y, como yo misma sé muy bien, todo el mundo se echa encima de cualquier cosa con faldas.

Armstrong se echó a reír.

—Si de mí dependiera, Sally, recibiría usted un aumento de sueldo. Mientras tanto, manténgame informado de cualquier otra cosa que pueda descubrir sobre Lauber, y me refiero una vez más a cualquier cosa.

Aquella noche, durante la cena, Dick le dijo a Charlotte que una de las razones por las que viajaba a Gran Bretaña era para ver si podía encontrar un trabajo una vez que recibiera la documentación de su desmovilización. Aunque ella esbozó una sonrisa forzada, últimamente no siempre estaba segura de que él le contara toda la verdad. Cuando lo presionaba un poco, él se escudaba invariablemente tras las palabras «máximo secreto», y se daba unos golpecitos en la nariz con el dedo índice, tal como había visto hacer al coronel Oakshott.

A la mañana siguiente, el soldado Benson lo llevó al aeropuerto. Mientras estaba en el vestíbulo de salidas, una voz sonó por el sistema de altavoces: «Capitán Armstrong, preséntese en el teléfono militar más cercano antes de embarcar. Es un

aviso para el capitán Armstrong». Podría haber atendido la llamada si su avión no se hubiera dirigido ya en esos momentos hacia la pista de despegue.

Tres horas más tarde, al aterrizar en Londres, Armstrong cruzó la pista para dirigirse hacia el cabo apoyado contra un brillante Austin negro que sostenía una pizarra con su nombre indicado en ella. El cabo se puso firme y saludó en cuanto distinguió al oficial que se le acercaba.

—Necesito que me lleve inmediatamente a Bridgend —le dijo, antes de que el hombre tuviera la oportunidad de abrir la boca.

Tomaron por la A40, y Armstrong se quedó dormido en pocos minutos. No se despertó hasta que el cabo dijo en voz alta:

—Solo faltan unos cuatro kilómetros más y habremos llegado, señor.

Al acercarse al campo, afluyeron a su mente los recuerdos de los tiempos de su propio internamiento en Liverpool. Pero esta vez, cuando el coche pasó ante las puertas, los centinelas se pusieron firmes y saludaron. El cabo detuvo el Austin frente a la oficina del comandante de campo.

Al entrar Armstrong, un capitán se puso en pie, desde el otro lado de una mesa, y le saludó.

—Soy Roach —se presentó—. Encantado de conocerle.

Extendió la mano y Armstrong se la estrechó. El capitán Roach no mostraba ninguna medalla en su uniforme y daba toda la impresión de no haber cruzado nunca el Canal, ni siquiera para pasar un día al otro lado, y mucho menos para entrar en contacto con el enemigo.

—Nadie me ha explicado todavía cómo puedo ayudarle —dijo mientras dirigía a Armstrong hacia un cómodo sillón junto a la chimenea encendida.

—Necesito ver una lista detallada de los prisioneros que hay en este campo —dijo Armstrong, sin perder tiempo en fruslerías—. Tengo la intención de entrevistar a tres de ellos, para un informe que preparo para la Comisión de Control, en Berlín.

—Eso es bastante fácil —dijo el capitán—. Pero ¿por qué han elegido precisamente Bridgend? La mayoría de los generales nazis están encerrados en Yorkshire.

—Soy perfectamente consciente de ello —asintió Armstrong—, pero no se me ha dado la posibilidad de elegir.

—Me parece bien. ¿Se ha formado ya alguna idea acerca del tipo de persona al que quiere entrevistar, o debo elegir a unas pocas, al azar?

El capitán Roach le entregó una tablilla con varias hojas llenas de nombres. Armstrong recorrió rápidamente con la vista la lista mecanografiada de nombres. Sonrió.

—Entrevistaré a un cabo, a un teniente y a un mayor —dijo, al tiempo que señalaba tres nombres con una cruz, antes de devolverle la lista al capitán.

Roach leyó los nombres elegidos.

—Con los dos primeros será bastante fácil —dijo—, pero me temo que no podrá



entrevistar usted al mayor Lauber.

—Tengo plena autoridad para...

—No importaría que tuviera incluso la autoridad del propio señor Attlee —le interrumpió Roach—. Al tratarse de Lauber no puedo hacer nada por usted.

—¿Por qué no? —espetó Armstrong.

—Porque murió hace dos semanas. El pasado lunes lo envié a Berlín en un ataúd.

# MELBOURNE COURIER

---

12 DE SEPTIEMBRE DE 1950

---

Muere sir Graham Townsend

**E**l cortejo fúnebre se detuvo ante la catedral. Keith se bajó del primer coche del acompañamiento, tomó a su madre por el brazo y la ayudó a subir los escalones, seguido por sus hermanas. Al entrar en el edificio, los fieles ya reunidos se levantaron de sus asientos. Un acólito les acompañó por el pasillo lateral hasta un banco vacío situado en primera fila. Keith sintió varios pares de ojos fijos en él, todos ellos con la misma pregunta: «¿Estás a la altura de las circunstancias?». Un momento más tarde, el ataúd pasó junto a ellos y quedó instalado en un catafalco, delante del altar.

El servicio fúnebre fue celebrado por el obispo de Melbourne, y las oraciones leídas por el reverendo Charles Davidson. Los cánticos seleccionados por *lady* Townsend habrían hecho reír al viejo: *Ser un peregrino*, *La roca de los tiempos* y *Participa en la buena lucha*. David Jakeman, antiguo director del *Courier*, fue el encargado de pronunciar el panegírico. Habló de la energía de *sir* Graham, de su entusiasmo por la vida, de su ausencia de hipocresía, del amor que sentía por su familia, y de lo mucho que sería echado de menos por todos aquellos que lo habían conocido. Terminó recordando a todos los presentes que *sir* Graham había sido sucedido por un hijo y heredero.

Después de la bendición, *lady* Townsend se apoyó de nuevo en el brazo de su hijo y siguió a los que llevaban el féretro a hombros. Los sacaron de la catedral y lo llevaron hacia el cementerio.

—Ceniza a las cenizas, polvo al polvo —entonó el obispo mientras el féretro de roble era descendido al interior de la fosa, y los sepultureros empezaban a arrojar paletadas de tierra sobre él.

Keith levantó la cabeza y paseó la mirada por todos los que rodeaban la tumba. Amigos, parientes, colegas, políticos, rivales, corredores de apuestas, e incluso algún que otro buitre que, según sospechaba Keith, solo había acudido para ver si podía picotear los despojos... que iban a quedar enterrados en la fosa.

Una vez que el obispo hizo la señal de la cruz, Keith condujo lentamente a su madre de regreso hacia la limusina que esperaba. Poco antes de llegar, ella se volvió y miró a los que la seguían en silencio. Durante la hora siguiente, estrechó la mano y recibió el pésame de todos los asistentes, hasta que se hubo marchado el último.

Ni Keith ni su madre hablaron durante el trayecto de regreso a Toorak y, en cuanto llegaron a la casa, *lady* Townsend subió la ancha escalera de mármol y se retiró a su habitación. Keith se dirigió a la cocina, donde Florrie preparaba un almuerzo ligero. El propio Keith preparó una bandeja y subió con ella a la habitación de su madre. Al llegar ante la puerta, llamó con suavidad y entró. Ella estaba sentada en su sillón favorito, junto a la ventana. No se movió cuando él dejó la bandeja sobre la mesita situada delante. La besó en la frente sin decir nada, se volvió y salió de la

habitación. Luego salió a dar un largo paseo por los terrenos de la propiedad, recorriendo los lugares que tan a menudo había visitado con su padre. Ahora que había terminado el funeral, sabía que tendría que abordar el tema que había evitado hasta entonces.

*Lady Townsend* reapareció poco antes de las ocho de aquella misma noche y juntos se dirigieron al comedor. Una vez más, ella solo habló de su padre, y repitió con frecuencia los mismos sentimientos que ya expresara la noche anterior. Comió muy poco y, una vez retirado el plato principal, se levantó sin decir nada y se dirigió al salón.

Al sentarse en su lugar habitual, junto a la chimenea encendida, Keith permaneció un momento de pie, antes de sentarse en el sillón que había sido el de su padre. Una vez que la doncella les sirvió el café, su madre se inclinó hacia adelante, se calentó las manos extendidas hacia el fuego e hizo la pregunta que él había esperado pacientemente a escuchar.

—¿Qué tienes la intención de hacer ahora que has regresado a Australia?

—Lo primero que haré mañana será ir a ver al director del *Courier*. Hay varios cambios que se tienen que introducir rápidamente si queremos desafiar al *Age*.

Tras estas palabras, esperó la respuesta de su madre.

—Keith —dijo ella tras un momento de silencio—, siento mucho tener que decirte que ya no somos los propietarios del *Courier*.

Keith se quedó tan asombrado ante aquella información que no supo qué decir. Su madre continuó calentándose las manos.

—Como sabes, tu padre me lo dejó todo a mí en su testamento, y yo siempre he detestado tener cualquier clase de deudas. Quizá si te hubiera dejado a ti el periódico.

—Pero madre, yo... —empezó a decir Keith.

—Procura no olvidar, Keith, que has estado fuera cinco años. La última vez que te vi eras un adolescente que embarcó de mala gana en el *SS Strantheadan*. En aquellos momentos no tenía forma de saber...

—Pero mi padre no hubiera querido que vendieras el *Courier*. Fue el primer periódico con el que estuvo asociado.

—Y perdía dinero cada semana. Cuando la Kenwright Corporation me ofreció la oportunidad de salirme, librándonos de todo compromiso, el consejo recomendó que aceptara la oferta.

—Pero ni siquiera me diste la oportunidad de ver si podía darle la vuelta a la situación. Soy muy consciente de que los dos periódicos han estado perdiendo tirada en los últimos años. Precisamente por eso había preparado un plan para hacer algo al respecto, un plan con el que papá parecía estar de acuerdo.

—Me temo que eso ya no será posible —dijo su madre—. *Sir Colin Grant*, el presidente del *Adelaide Messenger*, acaba de hacerme una oferta de 150 000 libras por el *Gazette*, y el consejo la tomará en consideración en nuestra siguiente reunión.

—Pero ¿por qué tenemos que vender el *Gazette*? —preguntó Keith con

incredulidad.

—Porque hemos librado durante años una batalla perdida de antemano con el *Messenger*, y su oferta parece extremadamente generosa teniendo en cuenta las circunstancias.

—Mamá —dijo Keith levantándose y mirándola—, no he regresado a casa para vender el *Gazette*, sino precisamente para todo lo contrario. Ahora, uno de mis objetivos a largo plazo será hacerme con el *Messenger*.

—Keith, eso no es nada realista teniendo en cuenta nuestra situación financiera actual. En cualquier caso, el consejo no estará de acuerdo.

—Quizá no lo esté por el momento, pero lo estará en cuanto empecemos a vender más ejemplares que nunca.

—Te pareces tanto a tu padre, Keith... —dijo su madre, mirándolo.

—Solo quiero que me des la oportunidad para demostrarlo y ponerme a prueba —dijo Keith—. Descubrirás que he aprendido muchas cosas durante el tiempo que he pasado en Fleet Street. He regresado a casa dispuesto a hacer buen uso de esos conocimientos.

*Lady Townsend* se quedó mirando el fuego durante un rato, antes de contestar.

—*Sir Colin* me ha dado noventa días para considerar su oferta. —Hizo una nueva pausa—. Yo te daré exactamente ese mismo tiempo para convencerme de que debo rechazar su oferta.

A la mañana siguiente, cuando *Townsend* descendió del avión en *Adelaida*, lo primero que observó al pasar por el vestíbulo de llegadas fue que el *Messenger* se hallaba situado por encima del *Gazette* en la estantería de periódicos. Dejó las maletas en el suelo y cambió los periódicos de sitio, de modo que el *Gazette* quedó arriba. Luego, compró un ejemplar de los dos.

Mientras guardaba cola para tomar un taxi, observó que de las setenta y tres personas que salieron del aeropuerto, doce llevaban el *Messenger* y solo siete el *Gazette*. Mientras el taxi le conducía a la ciudad, anotó esos datos en el dorso del billete, con la intención de informar a *Frank Bailey*, el director del *Gazette*, en cuanto llegara a su despacho. Dedicó el resto del trayecto a hojear los dos periódicos, y tuvo que admitir que el *Messenger* ofrecía una lectura más interesante. No obstante, tuvo la sensación de que no debía expresar aquella opinión durante su primer día de estancia en la ciudad.

*Townsend* se bajó frente a las oficinas del *Gazette*. Dejó las maletas en recepción y tomó el ascensor hasta el tercer piso. Nadie le prestó atención cuando avanzaba por entre las hileras de periodistas sentados ante sus mesas, dedicados a teclear en sus máquinas de escribir. Sin llamar ante la puerta del despacho del director, entró directamente y se encontró con que se celebraba en aquellos momentos la conferencia matinal.

Un sorprendido Frank Bailey se levantó de detrás de su mesa y extendió una mano hacia él.

—Keith, me alegro de verte después de tanto tiempo.

—Sí, es muy agradable volver a verle —dijo Townsend con tono serio.

—No le esperábamos hasta mañana —observó Bailey, que cambió inmediatamente y pasó a tratarle de usted. Se volvió hacia los periodistas, sentados en arco alrededor de su mesa—. Les presento a Keith, el hijo de *sir* Graham, que ocupará el puesto de su padre como editor. Aquellos de ustedes que lleven con nosotros unos pocos años recordarán la última vez que estuvo aquí como... —Frank vaciló.

—Como el hijo de mi padre —dijo Townsend. El comentario fue saludado por unas risas—. Les ruego que continúen como si no yo estuviera aquí. No tengo la intención de interferir en las decisiones editoriales.

Se dirigió hacia un rincón del despacho, se sentó en el alféizar de la ventana y observó, mientras Bailey continuaba dirigiendo la conferencia matinal. No había perdido ninguna de sus capacidades como, al parecer, tampoco su deseo de utilizar el periódico para hacer campaña en favor de cualquier desvalido que, en su opinión, hubiera sido tratado injustamente.

—Está bien, ¿cuál será la historia principal para mañana? —preguntó.

Tres manos se levantaron.

—Dave —dijo el redactor, señalando con un lápiz al redactor jefe de sucesos—. Veamos cuál es tu propuesta.

—Parece que hoy podemos tener un veredicto en el juicio de Sammy Taylor. Se espera que el juez exponga sus conclusiones a últimas horas de esta tarde.

—Bueno, si actúa de la misma forma como ha llevado el juicio hasta ahora, ese pobre bastardo no tiene la menor esperanza. Ese hombre colgará a Taylor a la menor excusa que se le presente.

—Lo sé —asintió Dave.

—Si es un veredicto de culpabilidad, le dedicaré la primera página y escribiré un artículo de opinión sobre el simulacro de justicia que puede esperar cualquier aborígen en nuestros tribunales. ¿Sigue el tribunal rodeado por manifestantes aborígenes?

—Desde luego. Eso se ha convertido en una vigilia continua, día y noche. Duermen en la acera desde que publicamos aquella foto de sus líderes arrastrados por la policía.

—De acuerdo, si se pronuncia hoy un veredicto y es de culpabilidad, tienes la primera página. Jane —dijo volviéndose hacia la redactora jefe de crónicas—, necesitaré mil palabras sobre los derechos de los aborígenes y la forma nefasta en que se ha llevado este juicio. Simulacro de justicia, prejuicios raciales, ya sabes, todas esas cosas.

—¿Y si el jurado decide que no es culpable? —preguntó Dave.

—En ese improbable caso, dispones de la columna derecha de la primera página, y Jane puede pasarme quinientas palabras de la página siete sobre la fortaleza del sistema de jurados, Australia saliendo finalmente de las épocas oscuras, etcétera.

Bailey desvió la atención hacia el otro lado de la estancia y señaló con un lápiz a una mujer que había mantenido la mano en alto.

—Maureen —le dijo.

—Podemos tener una enfermedad misteriosa en el Royal Hospital de Adelaida. Tres niños pequeños han muerto en los diez últimos días y Gyles Dunn, director del hospital, se niega a hacer declaración alguna, a pesar de lo mucho que le he presionado.

—¿Todos los niños son de aquí?

—Sí —contestó Maureen—. Proceden todos de la zona de Port Adelaide.

—¿Edades? —preguntó Frank.

—Cuatro, tres y cuatro años. Dos niñas y un niño.

—De acuerdo, ponte en contacto con sus padres, sobre todo con las madres. Quiero fotos, historial de las familias, todo lo que puedas encontrar sobre ellos. Intenta descubrir si existe alguna relación entre las familias, por remota que sea. ¿Están emparentados? ¿Se conocen entre sí, o trabajan en el mismo lugar? ¿Tienen algún interés compartido, por remoto que sea, y que pueda relacionar los tres casos? Y quiero alguna clase de declaración por parte de Gyles Dunn, aunque solo sea: «Sin comentarios».

Maureen le dirigió a Bailey un rápido gesto de asentimiento y este volvió su atención al redactor jefe gráfico.

—Consígueme una foto de Dunn con aspecto atormentado, que sea lo bastante buena como para publicarla en primera página. Tendrás la primera página, Maureen, si el veredicto sobre Taylor es de inocencia. En caso contrario te daré la página cuatro, con una posible continuación de fondo en la página cinco. Procura conseguir fotos de los tres niños. Lo que busco es alguna foto del álbum familiar, con niños sanos y felices, preferiblemente de vacaciones. Y quiero que entres en ese hospital. Si Dunn sigue negándose a declarar nada, encuentra a alguien que esté dispuesto a hablar. Un médico, una enfermera, o incluso un celador, pero asegúrate de que la declaración se produzca delante de testigos o quede grabada. No quiero encontrarme con otro fiasco como el del mes pasado con la señora Kendal y sus quejas contra el cuerpo de bomberos. Ah, Dave —dijo el director, que se volvió de nuevo hacia el redactor jefe de sucesos—, necesitaré saber lo antes posible el veredicto del caso Taylor, para que podamos ponernos a trabajar en la compaginación de la primera página. ¿Alguien más tiene algo que ofrecer?

—Thomas Playford hará lo que ha prometido. Será una declaración importante a las once de esta mañana —dijo Jim West, el redactor jefe de política.

Surgieron gemidos que se extendieron por todo el despacho.

—No me interesa, a menos que anuncie su dimisión —dijo Frank—. Si se trata

del habitual ejercicio fotográfico y de relaciones públicas, y de presentar más cifras hinchadas sobre lo mucho que supuestamente ha conseguido para la comunidad local, dedicarle una sola columna en la página once. ¿Qué tenemos en deportes, Harry?

Un hombre con bastante sobrepeso, sentado en la esquina, frente a Townsend, parpadeó y se volvió hacia un joven ayudante sentado a su lado. El joven le susurró algo al oído.

—Oh, sí —dijo el redactor jefe deportivo—. Durante el día de hoy el seleccionador anunciará la composición de nuestro equipo para la primera prueba contra Inglaterra, que empezará el jueves.

—¿Es posible que sea seleccionado alguno de los chicos de Adelaida?

Townsend asistió al resto de la conferencia, que duró una hora, pero no dijo nada, a pesar de que, en su opinión, habían quedado por contestar varias preguntas. Una vez terminada la conferencia, esperó a que salieran todos los periodistas antes de entregarle a Frank las notas que había tomado antes, en el taxi. El director miró las cifras tomadas apresuradamente y prometió estudiarlas con mayor atención en cuanto dispusiera de un momento. Sin darse cuenta de lo que hacía, dejó la nota en la bandeja de asuntos de salida.

—Puede usted pasar a verme siempre que desee saber algo, Keith —le dijo—. Mi puerta siempre está abierta. —Townsend asintió con un gesto. Al volverse para salir, Frank añadió—: ¿Sabe? Su padre y yo siempre mantuvimos una buena relación de trabajo. Hasta hace poco, tomaba el avión desde Melbourne y venía a verme por lo menos una vez al mes.

Townsend sonrió y cerró tranquilamente la puerta del despacho del editor, tras él. Caminó de nuevo entre las máquinas de escribir y tomó el ascensor hasta el último piso.

Experimentó un estremecimiento al entrar en el despacho de su padre, consciente por primera vez de que ya nunca tendría la oportunidad de demostrarle que sería un digno sucesor. Contempló la estancia, y su mirada se detuvo sobre la fotografía de su madre, en la esquina de la mesa. Sonrió al pensar que ella era la única persona que no tenía necesidad de sentir miedo a ser sustituida en un próximo futuro.

Oyó un pequeño carraspeo, se volvió y se encontró con la señorita Bunting, de pie ante la puerta. Había servido a su padre como secretaria durante los últimos treinta y siete años. De niño, Townsend había oído a su madre describir a Bunty, según la llamaban todos, como «una chica delgaducha». Debía de tener poco más de un metro cincuenta y dos de estatura, aunque se la midiera desde lo alto del moño perfectamente hecho. Nunca la había visto el cabello arreglado de ninguna otra forma y, desde luego, Bunty no hacía ninguna concesión a la moda. La falda larga y el sensato jersey que llevaba solo permitían ver un atisbo de los tobillos y el cuello; no lucía ninguna joya y, por lo visto, nadie le había hablado todavía de las medias de nailon.

—Bienvenido a casa, señor Keith —le dijo con su acento escocés que no había



disminuido en lo más mínimo después de vivir casi cuarenta años en Australia—. Acabo de poner las cosas en orden, para que todo estuviera preparado para su regreso. Naturalmente, me jubilaré pronto, pero comprendería perfectamente que usted quisiera traer a alguien que me sustituya antes de eso.

Townsend tuvo la sensación de que ella había ensayado cada una de las palabras de su pequeño discurso, decidida a pronunciarlas antes de que él tuviera la oportunidad de decirle nada. Le sonrió.

—No voy a buscar a nadie que la sustituya, señorita Bunting. —No tenía ni idea de cuál era su nombre de pila; solo sabía que su padre siempre la llamaba «Bunty»—. El único cambio que me gustaría es que volviera usted a llamarme simplemente Keith.

Ella sonrió.

—¿Por dónde quiere empezar?

—Dedicaré el resto del día a repasar los archivos. Luego, empezaré por lo primero mañana por la mañana.

—¿Significa «empezar por lo primero» lo mismo que significaba para su padre? —preguntó ella, inocentemente.

—Me temo que sí —contestó Townsend con una sonrisa burlona.

A la mañana siguiente, Townsend regresó al *Gazette* a las siete de la mañana. Tomó el ascensor hasta el segundo piso y recorrió las mesas vacías del departamento de publicidad y anuncios clasificados. Incluso vació, se dio cuenta de que el departamento estaba mal dirigido. Había papeles diseminados sobre las mesas, carpetas que se habían dejado abiertas y varias luces que, evidentemente, habían permanecido encendidas durante toda la noche. Empezó a comprender que su padre había tenido que estar ausente de aquel edificio desde hacía mucho tiempo.

El primer empleado llegó a las nueve y diez.

—¿Quién es usted? —le preguntó Townsend en cuanto ella entró.

—Ruth —contestó—. ¿Y usted quién es?

—Keith Townsend.

—Ah, sí, el hijo de *sir* Graham —dijo ella con todo indiferente y se dirigió hacia su mesa.

—¿Quién dirige este departamento? —preguntó Townsend.

—El señor Harris —contestó ella, sentándose y sacando una polvera del bolso.

—¿A qué hora puedo esperar verle?

—Bueno, suele llegar entre las nueve y media y las diez.

—¿De veras? —preguntó Townsend—. ¿Dónde está su mesa de despacho?

La joven se volvió y señaló hacia un rincón del fondo de la sala.

El señor Harris llegó a la oficina a las 9,47. Para entonces, Townsend ya había revisado la mayoría de sus fichas.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —fueron las primeras palabras de Harris al encontrar a Townsend sentado tras su mesa, dedicado a estudiar un montón de papeles.

—Esperándole —contestó Townsend—. No esperaba que mi director de publicidad llegara poco antes de las diez de la mañana.

—Nadie que trabaje para un periódico empieza mucho antes de las diez. Eso lo sabe hasta el chico de los recados —dijo Harris.

—Mientras fui el chico de los recados en el *Daily Express*, lord Beaverbrook estaba todos los días en su despacho a las ocho.

—Pero es que yo raras veces me marchó antes de las seis de la tarde —protestó Harris.

—Un periodista decente raras veces se marcha a casa antes de las ocho, y el personal auxiliar puede considerarse afortunado si termina antes de la medianoche. A partir de mañana, usted y yo nos reuniremos cada mañana en mi despacho a las ocho y media, y el resto de su personal estará en sus puestos de trabajo a las nueve. Si alguien no pudiera hacerlo así, ya puede empezar a revisar las ofertas de trabajo publicadas en la última página del periódico. ¿Me he explicado con claridad?

Harris apretó los labios y asintió con un gesto.

—Bien. Lo primero que quiero de usted es que me presente un presupuesto para los tres próximos meses, con un claro análisis acerca de nuestros precios comparados con los del *Messenger*. Quiero tenerlo sobre mi mesa para cuando llegue mañana.

Se levantó de la silla de Harris.

—Quizá no sea posible tenerle preparadas todas esas cifras para esa hora de mañana —protestó Harris.

—En ese caso, también puede empezar usted a mirar las ofertas de trabajo —dijo Townsend—. Pero no durante el tiempo que le pago.

Salió de la sala y dejó a Harris tembloroso.

Tomó el ascensor y subió un piso, al departamento de tiraje, donde no le sorprendió nada encontrar la misma actitud de *laissez-faire*. Una hora más tarde salió del departamento dejando tembloroso a más de uno, aunque tuvo que admitir que se sintió bien impresionado por un joven de Brisbane, llamado Mel Carter, nombrado recientemente subdirector del departamento.

Frank Bailey se mostró sorprendido al ver al «joven Keith» de regreso en la oficina tan pronto, y todavía le sorprendió más comprobar que volvía a ocupar su puesto en el alféizar de la ventana para asistir a la conferencia matinal. Bailey se sintió aliviado al ver que Townsend no ofrecía ninguna opinión, pero no pudo evitar darse cuenta de que no dejaba de tomar notas.

Cuando Townsend llegó a su propio despacho eran las once de la mañana. Se dispuso a revisar inmediatamente su correspondencia, en compañía de la señorita Bunting. Ella la había dejado sobre la mesa, dentro de carpetas separadas, de diferentes colores, con el propósito, según explicó, de que se ocupara primero de las

verdaderas prioridades cuando no disponía de mucho tiempo.

Dos horas más tarde, Townsend comprendía ya por qué su padre tenía a «Bunty» en tan alta estima, y se preguntaba no cuándo la sustituiría, sino cuánto tiempo estaría ella dispuesta a quedarse.

—He dejado lo más importante de todo para el final —dijo Bunty—. La última oferta del *Messenger*. Sir Colin Grant llamó a primeras horas de esta mañana para darle la bienvenida y asegurarse de que había recibido usted su carta.

—¿De veras? —preguntó Townsend con una sonrisa.

Abrió la carpeta marcada como «Confidencial», y leyó una carta de Jervis, Smith & Thomas, los abogados que habían representado al *Messenger* desde que él tenía uso de razón. Se detuvo al llegar a la cifra de 150 000 libras y frunció el ceño. Leyó después las actas de la reunión del consejo del mes anterior, en la que se mostraba claramente la actitud favorable de los miembros del consejo con respecto a la oferta. Pero aquella reunión había tenido lugar antes de que su madre le concediera un plazo de noventa días antes de tomar la decisión.

—Estimado señor —dictó Townsend, mientras Bunty pasaba rápidamente la página de su cuaderno de notas y empezaba a tomar nota taquigráfica—. He recibido su carta del doce de los corrientes. Nuevo párrafo. Con objeto de no hacerle perder más el tiempo, permítame aclararle que el *Gazette* no está a la venta, y nunca lo estará. Atentamente...

Townsend se reclinó en el sillón y recordó la última vez que había visto al presidente del *Messenger*. Como tantos otros políticos fracasados, sir Colin era un hombre ostentoso y terco, sobre todo con los jóvenes. «Esa brigada de los que deben ser vistos y no oídos» era como describía a los niños, si es que Townsend recordaba correctamente sus palabras. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de tener noticias suyas o de volver a verlo.

Dos días más tarde, Townsend estudiaba el informe de Harris sobre publicidad cuando Bunty asomó la cabeza por el resquicio de la puerta para decir que sir Colin Grant le llamaba por teléfono. Townsend asintió con un gesto y tomó el teléfono.

—Keith, muchacho, bienvenido a casa —empezó a decir el viejo—. Acabo de leer tu carta y me preguntaba si sabías que había llegado a un acuerdo verbal con tu madre referente a la venta del *Gazette*.

—Mi madre le dijo, sir Colin, que reflexionaría seriamente sobre su oferta. No acordó ningún compromiso verbal, y cualquiera que sugiera lo contrario es...

—Vamos, vamos, jovencito —le interrumpió sir Colin—. Solo actúo de buena fe. Como bien debes saber, tu padre y yo éramos buenos amigos.

—Pero mi padre ya no está entre nosotros, sir Colin, de modo que en el futuro tendrá usted que tratar conmigo. Y nosotros, que yo sepa, no somos buenos amigos.

—Bueno, si esa es tu actitud, supongo que no servirá de nada mencionar que

estaba dispuesto a aumentar mi oferta hasta las 170 000 libras.

—En efecto, *sir* Colin, no sirve de nada, porque ni siquiera así la consideraría.

—Tendrás que hacerlo con el tiempo —ladró el viejo—, porque dentro de seis meses te habré expulsado de la calle y entonces tendrás que darte por satisfecho con aceptar las 50 000 libras que te ofreceré por los restos. —*Sir* Colin hizo una pausa, antes de añadir—: Puedes llamarme en cuanto cambies de opinión.

Townsend colgó el teléfono y le pidió a Bunty que le comunicara al director que quería verlo inmediatamente.

La señorita Bunting vaciló.

—¿Hay algún problema, Bunty?

—Solo que su padre tenía la costumbre de bajar a ver al director en su despacho.

—¿De veras lo hacía así? —preguntó Townsend, que permaneció sentado.

—Le pediré que suba en seguida.

Mientras esperaba, Townsend volvió el periódico por la última página y revisó la columna de anuncios de pisos para alquilar. Ya había decidido que el viaje a Melbourne cada fin de semana le privaría de unas horas preciosas de su tiempo. Se preguntó cuánto tiempo podría esperar antes de comunicárselo a su madre.

Frank Bailey entró precipitadamente en su despacho unos minutos más tarde, pero Townsend no pudo ver la expresión de su rostro, porque mantuvo la cabeza inclinada, mientras fingía estar absorto en la lectura de la última página del periódico. Trazó un círculo sobre uno de los anuncios, levantó la cabeza para mirar al director y le entregó una hoja de papel.

—Quiero que imprima esta carta de Jervis, Smith & Thomas en la primera página de la edición de mañana, y dentro de una hora tendré preparadas unas trescientas palabras para el artículo.

—Pero... —empezó a decir Frank.

—Y ocúpese de buscar la peor fotografía que pueda encontrar de *sir* Colin Grant, y publíquela junto a la carta.

—Pero tenía la intención de ocuparme mañana del juicio sobre Taylor —dijo el director—. Es inocente y se nos conoce como un periódico que emprende campañas.

—También se nos conoce como un periódico que pierde dinero —dijo Townsend—. En cualquier caso, el juicio sobre Taylor fue noticia ayer. Puede dedicarle todo el espacio que quiera, pero mañana no será en la primera página.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Frank con sarcasmo.

—Sí —contestó Townsend con calma—. Espero ver la prueba de la primera página sobre mi mesa antes de que me marche esta noche.

Frank salió enojado del despacho, sin decir nada más.

—Ahora quiero ver al director de publicidad —le dijo Townsend a Bunty cuando esta reapareció.

Abrió la carpeta que Harris le había entregado con un día de retraso y observó las cifras amontonadas con descuido. Aquella reunión resultó ser incluso más corta que

la mantenida con Frank y, mientras Harris recogía las cosas de su mesa, Townsend llamó a Mel Carter, el subdirector de tiraje.

Al entrar en su despacho, la expresión del rostro del joven indicaba que él también esperaba que se le ordenara recoger sus cosas de su mesa antes de que hubiera transcurrido la mañana.

—Siéntese, Mel —dijo Townsend. Estudió su ficha—. Veo que trabaja para nosotros desde hace poco, y que está sometido a un período de prueba de tres meses. Permítame dejarle bien claro desde el principio que a mí solo me interesan los resultados. Dispone usted de noventa días, a partir de ahora mismo, para demostrar su valía como director de publicidad.

El joven pareció sorprendido y aliviado a un tiempo.

—Dígame —continuó Townsend—, si tuviera la posibilidad de cambiar una cosa en el *Gazette*, ¿qué sería?

—La última página —contestó Mel sin vacilación—. Trasladaría los anuncios clasificados a una página del interior.

—¿Por qué? —preguntó Townsend—. Esa es la página que genera nuestros ingresos más importantes, algo más de tres mil libras diarias si lo recuerdo bien.

—Soy consciente de ello —asintió Mel—. Pero, recientemente, el *Messenger* ha empezado a dedicar la última página a los deportes, y nos ha arrebatado otros diez mil lectores. Han llegado a la conclusión de que pueden poner los anuncios clasificados en cualquier página del interior porque a la gente le interesa mucho más conocer las cifras de tirada del periódico que el lugar donde este decida publicar el anuncio. Podría ofrecerle un análisis más detallado de las cifras a las seis de esta tarde, si eso ayudara a convencerle de lo que digo.

—Desde luego que sí —afirmó Townsend—. Y si tiene alguna otra brillante idea, Mel, no vacile en comunicarla. Encontrará siempre abierta la puerta de mi despacho.

Para Townsend fue todo un cambio ver a alguien que salía de su despacho con una sonrisa en el rostro. Comprobó su reloj y en ese momento entró Bunty.

—Es la hora para acudir a su almuerzo con el director del departamento de tirada del *Messenger*.

—Me pregunto si me lo podré permitir —dijo Townsend tras comprobar su reloj.

—Oh, sí —dijo ella—. El Caxton Grill siempre le pareció muy razonable a su padre. Es el Pilligrini el que consideraba muy caro, y allí solo llevaba a su madre.

—No es el precio de la comida lo que me preocupa, Bunty, sino lo que me pedirá si está de acuerdo en dejar el *Messenger* y trabajar para nosotros.

Townsend esperó una semana antes de llamar a Frank Bailey y decirle que los anuncios clasificados ya no se publicarían en la última página, que a partir de ahora sería ocupada por las noticias de deportes.

—Pero los anuncios clasificados se han publicado en la última página desde hace

setenta años —fue la primera reacción del director.

—Si eso es cierto, no se me ocurre mejor argumento para cambiarlos de sitio —dijo Townsend.

—Pero a nuestros lectores no les gustará el cambio.

—¿Y a los del *Messenger* sí? —preguntó Townsend—. Esa solo es una de las muchas razones por las que venden bastantes más ejemplares que nosotros.

—¿Está dispuesto a sacrificar nuestra antigua tradición simplemente por conseguir unos pocos lectores más?

—Veo que por fin empieza a comprender el mensaje —se limitó a decir Townsend, sin pestañear.

—Pero su madre me aseguró que...

—Mi madre no está a cargo del funcionamiento cotidiano de este periódico. Me ha dado a mí esa responsabilidad.

No le dijo que lo había hecho solo durante noventa días. El director contuvo la respiración durante un momento, antes de decir con voz serena:

—¿Abriga usted la esperanza de que dimita?

—Desde luego que no —contestó Townsend con firmeza—. Pero sí abrigo la esperanza de que me ayude a dirigir un periódico capaz de producir beneficios.

Se sintió sorprendido ante la siguiente pregunta del director.

—¿Puede usted suspender la decisión durante otras dos semanas?

—¿Por qué? —preguntó Townsend.

—Porque mi redactor jefe de deportes no regresa de vacaciones hasta finales de mes.

—Un redactor jefe de deportes que se toma tres semanas de vacaciones en plena temporada de críquet, probablemente ni siquiera se daría cuenta de que se le ha cambiado de sitio su mesa cuando regrese —dijo Townsend con voz cortante.

El redactor jefe de deportes presentó su dimisión el mismo día que regresó de vacaciones, privando así a Townsend del placer de echarle. Pocas horas más tarde había nombrado para ocupar su puesto al corresponsal de críquet, de veinticinco años de edad.

Frank Bailey entró como una exhalación en el despacho de Townsend un momento después de enterarse de la noticia.

—Es tarea del director ocuparse de los nombramientos —empezó a decir, incluso antes de cerrar la puerta—, no la de...

—No, ahora ya no lo es —dijo Townsend.

Los dos hombres se miraron fijamente el uno al otro durante un momento, antes de que Frank volviera a intentarlo.

—En cualquier caso, es demasiado joven para asumir esa responsabilidad.

—Tiene tres años más que yo —observó Townsend.

Frank se mordió el labio.

—Me permito recordarle que al visitar mi despacho por primera vez, hace apenas

un mes, me aseguré, y cito textualmente: «No tengo intención de interferir en las decisiones editoriales».

Townsend levantó la mirada y se ruborizó ligeramente.

—Lo siento, Frank. Le mentí.

Bastante antes de que transcurrieran los noventa días ya había empezado a estrecharse la diferencia en la tirada del *Messenger* y el *Gazette*, y lady Townsend olvidó que había impuesto un límite de tiempo para aceptar la oferta de 150 000 libras del *Messenger*.

Después de haber mirado varios pisos, Townsend encontró finalmente uno que le pareció situado en un lugar ideal, y firmó el contrato de arrendamiento pocas horas después. Aquella noche le explicó a su madre por teléfono que, en el futuro, y debido a la presión del trabajo, no podría visitarla en Toorak cada fin de semana, una decisión que a ella no pareció sorprenderle.

Durante la celebración del tercer consejo de administración al que asistía, Townsend exigió que se le nombrara director ejecutivo, para que nadie abrigara la menor duda de que no estaba allí simplemente como el hijo de su padre. Los miembros del consejo rechazaron su propuesta por un estrecho margen. Aquella noche, al llamar por teléfono a su madre y preguntarle por qué creía ella que lo habían hecho, le contestó que la mayoría de ellos consideraban que el título de editor era más que suficiente para alguien que acababa de cumplir veintitrés años.

Seis meses después de abandonar el *Messenger* para entrar a trabajar en el *Gazette*, el nuevo director de tiraje informó que la diferencia entre los dos periódicos se había reducido a 32 000 ejemplares. Townsend se sintió encantado con la noticia, y en la siguiente reunión del consejo de administración les dijo a los directores que había llegado el momento para hacerle una oferta de compra al *Messenger*. Uno o dos de los miembros más antiguos apenas si lograron evitar el echarse a reír, pero Townsend les presentó entonces las cifras de ventas, así como algo que denominó gráficos de tendencia, y pudo demostrarles, además, que el banco había acordado con él apoyar su oferta.

Una vez que hubo convencido a la mayoría de sus colegas para que aprobaran la oferta, Townsend dictó una carta dirigida a sir Colin, en la que le hacía una oferta de 750 000 libras por el *Messenger*. Aunque no recibió contestación oficial a su oferta, los abogados de Townsend le informaron que sir Colin había convocado una reunión de emergencia de su consejo de administración, que tendría lugar al día siguiente por la tarde.

Las luces del piso de los despachos ejecutivos del *Messenger* permanecieron encendidas hasta bastante tarde por la noche. Townsend, a quien se le había negado la entrada al edificio, paseó arriba y abajo por la acera, a la espera de conocer la decisión del consejo. Tras dos horas de espera, tomó una hamburguesa en un café

situado en la calle de al lado, y al regresar observó que las luces del piso superior seguían encendidas. Si en aquellos momentos hubiera pasado un policía y le hubiera visto, lo habría detenido como sospechoso de merodear con fines delictivos.

Las luces del piso ejecutivo se apagaron finalmente poco después de la una, y los miembros del consejo de administración del *Messenger* empezaron a salir del edificio. Townsend miró esperanzado a cada uno de ellos, pero todos pasaron a su lado sin dirigirse ni siquiera una mirada.

Townsend se quedó por los alrededores hasta que estuvo seguro de que en el edificio ya no quedaban nada más que las limpiadoras. Luego, regresó lentamente hacia el *Gazette*, y vio cómo salían los primeros ejemplares de la edición del día siguiente. Sabía que aquella noche no podría dormir, de modo que salió con una de las primeras camionetas y ayudó a repartir la primera edición por los puntos de venta distribuidos por la ciudad. Eso le permitió comprobar que el *Gazette* era colocado en la parte superior de las estanterías, por encima del *Messenger*.

Dos días más tarde, Bunty le colocó una carta en la carpeta de asuntos prioritarios.

*Querido señor Townsend:*

*He recibido su carta del veintiséis de los corrientes.*

*Con objeto de no hacerle perder más el tiempo, permítame aclararle que el Messenger no está a la venta, y nunca lo estará.*

*Atentamente,*

*Colin Grant*

Townsend sonrió, arrugó la carta y la echó a la papelera.

Durante los meses siguientes, Townsend presionó a su personal día y noche, en un impulso implacable para superar a su rival. Siempre le dejaba bien claro a cualquier miembro de su equipo que nadie tenía el puesto de trabajo asegurado, y eso incluía al director. Las dimisiones de quienes fueron incapaces de mantener el ritmo de los cambios en el *Gazette* se vieron superadas por las de quienes dejaron el *Messenger* para unirse a él, una vez que se dieron cuenta de que aquello iba a ser «una batalla a muerte», una expresión que el propio Townsend utilizaba cada vez que se dirigía a su personal en las reuniones mensuales.

Un año después del regreso de Townsend de Inglaterra, la tirada de los dos periódicos se mantenía igualada, y tuvo la sensación de que había llegado el momento de hacerle otra llamada al presidente del *Messenger*.

En cuanto *sir* Colin se puso al aparato, Townsend no perdió el tiempo en cortesías formales y fue directo al grano. Su gambito de apertura fue:

—Si 750 000 libras no le parecen suficientes, *sir* Colin, ¿cuánto le parece que



vale actualmente su periódico?

—Mucho más de lo que tú te puedes permitir, jovencito. En cualquier caso —añadió—, y como ya te expliqué en otra ocasión, el *Messenger* no está a la venta.

—Bueno, quizá no lo esté durante los seis próximos meses —dijo Townsend.

—¡No lo estará nunca! —gritó *sir* Colin por el teléfono.

—En ese caso, lo expulsaré de la calle y entonces tendrá que darse por satisfecho con aceptar las 50 000 libras que le ofreceré por los restos. —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Puede llamarme en cuanto cambie de opinión.

Esta vez fue *sir* Colin quien le colgó el teléfono.

El día en que el *Gazette* superó en ventas al *Messenger* por primera vez, Townsend organizó una fiesta en el cuarto piso, y anunció la noticia en un gran cartel que hizo colocar sobre una fotografía ampliada de *sir* Colin, tomada el año anterior, durante el funeral de su esposa. Ahora, a cada mes que pasaba se ampliaba la diferencia de ventas entre los dos periódicos, y Townsend nunca pasaba por alto todas las oportunidades que se le presentaban para informar a sus lectores de las últimas cifras de ventas. No le sorprendió que *sir* Colin llamara y sugiriera que quizá hubiese llegado el momento de que ambos se reunieran.

Tras varias semanas de negociaciones, se acordó que los dos periódicos se fusionarían, pero no antes de que Townsend se asegurara las dos únicas concesiones que realmente le importaban. El nuevo periódico se imprimiría en sus talleres y se llamaría el *Gazette Messenger*.

Durante la reunión del primer consejo *sir* Colin fue nombrado presidente y Townsend director ejecutivo.

En el término de apenas seis meses, la palabra *Messenger* había desaparecido de la cabecera, y todas las grandes decisiones se tomaban sin la menor pretensión de consultar al consejo o a su presidente. Fueron pocos los que se sintieron conmocionados cuando *sir* Colin ofreció su dimisión, y a nadie le sorprendió que Townsend la aceptara.

**A**l ser preguntado por su madre por qué había dimitido Colin, Townsend se limitó a explicarle que había sido por acuerdo mutuo, porque estaba convencido de que había llegado el momento de dejar paso a los más jóvenes. Lady Townsend, sin embargo, no quedó convencida del todo. Donde hay una voluntad...

---

# Der Telegraf

---

31 DE AGOSTO DE 1947

---

## TERCERA EDICIÓN

---

Continúa la escasez de alimentos en Berlín

— **S**i Lauber hizo testamento, necesito tener acceso a ese documento.

—¿Por qué es tan importante ver ese documento? —preguntó Sally.

—Porque quiero saber quién hereda sus acciones en el *Der Telegraf*.

—Supongo que será su esposa.

—No, es más probable que sea Arno Schultz, en cuyo caso estaría perdiendo el tiempo..., de modo que cuanto antes lo descubramos, tanto mejor.

—Pero ni siquiera sé por dónde empezar.

—Pruebe en el ministerio del Interior. Una vez que el cadáver de Lauber fue devuelto a Alemania, eso pasó a ser una cuestión de su responsabilidad. —Sally le miró, dudosa—. Utilice todos los favores que nos deban —le dijo Armstrong—, y prometa cualquier cosa a cambio, pero encuéntreme ese testamento. —Se volvió, dispuesto a marcharse—. Ahora me voy a ver a Hallet.

Armstrong salió sin decir nada más, y Benson lo llevó hasta el comedor de oficiales británicos. Se acomodó en el taburete situado en la esquina del bar y pidió un *whisky*. Comprobaba su reloj cada pocos minutos. Stephen Hallet entró pocos momentos después de que el viejo reloj del salón hiciera sonar las campanadas de las seis y media. Al ver a Armstrong, sonrió ampliamente y se le acercó.

—Dick, muchas gracias por la caja de Mouton-Rothschild del veintinueve. Realmente, es un vino excelente. Debo confesarle que trato de racionarlo a la espera de que me llegue mi documentación de desmovilización.

—En ese caso —le sonrió Armstrong—, tendremos que ocuparnos de ver si podemos conseguir un suministro algo más regular. ¿Qué le parece si cenamos juntos? Así podremos descubrir por qué hablan tan bien del Château Beychevelle del treinta y tres.

Mientras comía un filete muy hecho, el capitán Hallet probó por primera vez el Beychevelle, mientras Armstrong descubría todo lo que necesitaba saber sobre catar un vino, y se enteraba de que las acciones de Lauber pasarían automáticamente a manos de la señora Lauber, como su pariente más cercano, en el caso de que no hubiera dejado testamento.

—Pero ¿y si ella también hubiera muerto? —preguntó Armstrong un rato después, mientras el camarero descorchaba una segunda botella.

—Si ella ha muerto, o no se la puede localizar... —Hallet tomó un sorbo de la copa recién llena, y la sonrisa regresó a sus labios—, entonces el propietario original tendría que esperar cinco años. Una vez transcurrido ese tiempo, probablemente podría plantear con éxito una demanda para recuperar sus acciones.

Como Armstrong no podía tomar notas, se vio obligado a repetir preguntas para estar bien seguro de que podía confiar a la memoria toda la información importante.

Eso no pareció preocuparle a Hallet que, según sospechaba Armstrong, sabía exactamente cuáles eran sus propósitos, aunque no parecía muy dispuesto a hacer muchas preguntas mientras alguien continuara llenándole la copa. Una vez que Armstrong estuvo seguro de haber comprendido perfectamente la situación legal, presentó una excusa, diciéndole que había prometido a su esposa no llegar tarde a casa, y dejó al abogado para que disfrutara de una botella medio llena.

Tras abandonar el comedor, Armstrong no regresó a casa. No sentía el menor deseo de pasarse otra velada explicándole a Charlotte por qué tardaban tanto en llegar sus documentos de desmovilización, cuando varios de sus amigos ya lo habían conseguido. En lugar de eso le ordenó a un Benson de aspecto cansado que le condujera al sector estadounidense.

Lo primero que hizo allí fue visitar a Max Sackville, con quien pasó un par de horas jugando al póquer. Armstrong perdió unos pocos dólares, pero obtuvo una valiosa información sobre los movimientos de tropas estadounidenses que estaba convencido de que al coronel Oakshott le encantaría escuchar.

Dejó a Max poco después de haber perdido lo suficiente como para asegurarse de ser invitado de nuevo, cruzó la calle al salir y se dirigió hacia un callejón, donde entró en su bar favorito cuando estaba en el sector estadounidense. Allí se unió a un grupo de oficiales que celebraban su inminente regreso a Estados Unidos. Después de haber tomado unos pocos *whiskies*, salió del bar, una vez aumentada su reserva de información. No obstante, lo habría cambiado todo por poder echar un vistazo al testamento de Lauber. No se dio cuenta de un hombre de aspecto perfectamente sobrio, vestido con ropas civiles, que se levantó y lo siguió hasta la calle.

Regresaba ya hacia su *jeep* cuando una voz tras él dijo:

—Lubji.

Armstrong se detuvo en seco, y se sintió ligeramente mareado. Se giró en redondo para mirar a un hombre que debía de tener aproximadamente su misma edad, aunque era bastante más bajo y robusto que él. Vestía un sencillo traje gris, con camisa blanca y corbata azul oscuro. En la calle débilmente iluminada, Armstrong no pudo distinguir sus facciones.

—Tiene que ser usted un checo —dijo Armstrong con voz serena.

—No, Lubji, no lo soy.

—Entonces, debe de ser un condenado alemán —dijo Armstrong con los puños apretados, al tiempo que avanzaba un paso hacia él.

—Vuelve a equivocarse —dijo el hombre sin moverse un milímetro.

—Entonces, ¿quién diablos es usted?

—Digamos que un amigo.

—Ni siquiera le conozco —dijo Armstrong—. ¿Qué le parece si deja de jugar al gato y al ratón y me dice qué desea?

—Solo ayudarle —dijo el hombre con tranquilidad.

—¿Y cómo se propone hacer eso? —gruñó Armstrong.

El hombre sonrió.

—Produciendo el testamento que tan decididamente anda buscando.

—¿El testamento? —preguntó Armstrong, nervioso.

—Ah, ya veo que he tocado lo que los británicos suelen llamar «un nervio vivo».

—Armstrong miró fijamente al hombre, que se metió la mano en un bolsillo y extrajo una tarjeta—. ¿Por qué no me hace una visita la próxima vez que pase por el sector ruso? —le dijo, tendiéndole la tarjeta.

En la semipenumbra, Armstrong pudo leer el nombre impreso en la tarjeta. Al levantar la mirada, el hombre había desaparecido, tragado por la oscuridad de la noche.

Avanzó unos pocos pasos hasta situarse bajo una farola de gas y volvió a mirar la tarjeta.

Mayor S. Tulpanov  
*Agregado diplomático*  
*Leninplatz, sector ruso*

A la mañana siguiente, al entrevistarse con el coronel Oakshott, le informó de todo lo ocurrido en el sector estadounidense la noche anterior, y le entregó la tarjeta del mayor Tulpanov. Lo único que no mencionó fue que Tulpanov se dirigió a él llamándolo Lubji. Oakshott tomó unas notas en el bloc que tenía ante él.

—No le comente esto a nadie hasta que no haya hecho un par de averiguaciones —le dijo.

Poco después de regresar a la oficina, Armstrong se sorprendió al recibir una llamada telefónica. El coronel deseaba que regresara inmediatamente a su cuartel general. Benson lo condujo rápidamente de regreso, a través del sector británico. Al entrar por segunda vez aquella mañana en el despacho del coronel Oakshott, encontró a su comandante flanqueado por dos hombres a los que no había visto nunca, vestidos con ropas civiles. Se presentaron como el capitán Woodhouse y el mayor Forsdyke.

—Parece que se ha encontrado usted con el premio gordo, Dick —dijo Oakshott, antes de que Armstrong se sentara—. Por lo visto, nuestro mayor Tulpanov pertenece a la KGB. Creemos que es su número tres en el sector ruso. Se le considera como una estrella en ascenso. Estos dos caballeros pertenecen al servicio de seguridad. Les complacería que aceptara usted la sugerencia de Tulpanov de hacerle una visita, y les informara de todo lo que pudiera descubrir, absolutamente de todo, hasta de la marca de cigarrillos que fuma.

—Podría ir a verlo esta misma tarde —sugirió Armstrong.

—No —dijo Forsdyke con firmeza—. Eso sería demasiado evidente. Preferiríamos que esperara una semana o dos y aparentara que solo se trata de una visita rutinaria. Si fuera a verlo demasiado rápidamente, seguro que se mostraría receloso. Su trabajo le obliga a ser receloso, claro, pero ¿por qué facilitarle las cosas?

Preséntese usted en mi oficina en Franklinstrasse, y me ocuparé de que sea totalmente informado.

Armstrong pasó los diez días siguientes dejando que el servicio de seguridad le hiciera pasar por procedimientos rutinarios. Pronto comprendió que no lo consideraban como un recluta natural. Al fin y al cabo, sus conocimientos de Inglaterra se limitaban a un campamento de tránsito en Liverpool, un período como soldado raso en el Cuerpo de Zapadores, su graduación como soldado del Regimiento North Staffordshire, y un viaje nocturno hasta Portsmouth, antes de ser embarcado con destino a Francia. La mayoría de los oficiales que le informaron habrían considerado Eton, el Trinity y los Guards como una calificación más natural para la carrera que habían elegido.

—Dios no parece haberse puesto de nuestro lado con este —comentó Forsdyke con un suspiro durante el almuerzo con un colega.

Ni siquiera habían considerado la posibilidad de invitar a Armstrong a unirse a ellos.

A pesar de todos estos recelos, el capitán Armstrong visitó diez días más tarde el sector ruso, con el pretexto de intentar encontrar unas piezas de repuesto para las máquinas de imprimir del *Telegraf*. Una vez que hubo confirmado que su contacto no tenía el equipo que necesitaba, como él ya sabía muy bien, se dirigió rápidamente a la Leninplatz y empezó a buscar la oficina de Tulpanov.

La entrada al vasto edificio gris, a través de un arco situado en el lado norte de la plaza, no era nada impresionante, y la secretaria sentada a solas en el sucio despacho exterior del tercer piso no le produjo a Armstrong la sensación de que su jefe fuera precisamente una «estrella en ascenso». La mujer comprobó su tarjeta, y no le pareció nada extraño que un capitán del ejército británico acudiera allí sin cita previa. Condujo a Armstrong en silencio por un largo pasillo gris, con las paredes desconchadas cubiertas con fotos y cuadros de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y se detuvo ante una puerta en la que no aparecía ningún nombre. Llamó, abrió la puerta y se apartó a un lado para dejar entrar a Armstrong en el despacho de Tulpanov.

Armstrong se sorprendió al entrar en una estancia lujosamente amueblada, llena de exquisitos cuadros y muebles antiguos. En cierta ocasión había tenido que acudir a informar directamente al general Templer, el gobernador militar del sector británico, y su despacho era mucho menos impresionante.

El mayor Tulpanov se levantó desde detrás de la mesa, y cruzó la habitación alfombrada para salir a recibir a su invitado. Armstrong no pudo evitar darse cuenta de que el uniforme del mayor, hecho a medida, era mucho mejor que el suyo.

—Bienvenido a mi humilde morada, capitán Armstrong —dijo el oficial ruso—. ¿No es esa la expresión correcta en inglés? —No hizo el menor intento por ocultar una sonrisa burlona—. Ha llegado usted en un momento perfecto. ¿Le importaría acompañarme a almorzar?

—Gracias —contestó Armstrong en ruso.

Tulpanov no mostró ninguna sorpresa ante el cambio de idioma y condujo a su invitado a través de una segunda estancia, donde ya había una mesa preparada para dos. Armstrong no pudo dejar de preguntarse si acaso el mayor no esperaba su visita.

Una vez sentado frente a Tulpanov apareció un camarero que trajo dos platos de caviar, seguido por otro con una botella de vodka. Si con eso pretendía conseguir que se sintiera a gusto, no lo consiguió.

El mayor levantó su rebosante copa y brindó.

—Por nuestra futura prosperidad.

—Por nuestra futura prosperidad —repitió Armstrong.

En ese momento entró en la estancia la secretaria del mayor, que dejó un grueso sobre marrón en la mesa, al lado de Tulpanov.

—Y cuando digo «nuestra», quiero decir «nuestra» —dijo el mayor.

Dejó la copa sobre la mesa e ignoró el sobre. Armstrong también dejó su copa sobre la mesa, pero no dijo nada. Una de las instrucciones que le habían dado en las sesiones de información del servicio de seguridad era que no hiciese el menor intento por conducir la conversación.

—Y ahora, Lubji —dijo Tulpanov—, no le haré perder el tiempo mintiéndole acerca de mi posición en el sector ruso, sobre todo después de que se haya pasado los diez últimos días siendo exactamente informado acerca de por qué me encuentro estacionado en Berlín y qué papel juego en esta nueva «guerra fría». ¿No es así como lo describen ustedes? A estas alturas, sospecho que sabe usted de mí más que mi propia secretaria.

Sonrió y se llevó a la boca una cuchara llena de caviar. Armstrong jugueteó incómodamente con su tenedor, pero no intentó comer nada.

—Pero la verdad, Lubji..., ¿o prefiere que le llame John? ¿O Dick? La verdad es que yo sí sé sobre usted mucho más que su secretaria, su esposa y su madre juntas.

Armstrong seguía sin decir nada. Colocó el tenedor sobre la mesa y dejó el caviar delante de él, sin tocarlo.

—Como puede ver, Lubji, usted y yo somos de la misma clase, y esa es precisamente la razón por la que estoy seguro de que podemos prestarnos una gran ayuda mutua.

—No estoy seguro de comprenderle —dijo Armstrong, que le miró directamente.

—Veamos. Puedo informarle, por ejemplo, acerca de dónde encontrar exactamente a la señora Klaus Lauber, y decirle que ella ni siquiera sabe que su marido era el propietario del *Der Telegraf*.

Armstrong tomó un pequeño sorbo de vodka. Le alivió el hecho de comprobar que la mano no le temblaba lo más mínimo, a pesar de que los latidos de su corazón se habían acelerado mucho.

Tulpanov tomó entonces el sobre marrón dejado a su lado, lo abrió y extrajo un documento, que deslizó hacia él, a través de la mesa.

—Y tampoco hay razón alguna para hacérselo saber a ella, siempre y cuando

lleguemos a un acuerdo.

Armstrong abrió el documento, de pesado papel pergamino, y leyó el primer párrafo del testamento del mayor Klaus Otto Lauber, mientras Tulpanov permitía que el camarero le sirviera un segundo plato de caviar.

—Pero aquí dice... —dijo Armstrong al llegar a la tercera página.

La sonrisa reapareció en el rostro de Tulpanov.

—Ah, ya veo que ha llegado al párrafo en el que se confirma que se dejan todas las acciones del *Telegraf* a Arno Schultz.

Armstrong levantó la cabeza y miró fijamente al mayor, pero no dijo nada.

—Eso, naturalmente, solo tiene importancia mientras exista este testamento —dijo Tulpanov—. Sin embargo, si este documento no viera nunca la luz del día, las acciones pasarían automáticamente a manos de la señora Lauber, en cuyo caso no veo razón alguna para que...

—¿Qué espera de mí a cambio? —preguntó Armstrong muy directamente.

El mayor no contestó en seguida, como si se pensara la respuesta.

—Oh, quizá solo un poco de información de vez en cuando. Al fin y al cabo, Lubji, si yo hiciera posible que usted fuera el propietario de su primer periódico antes de cumplir los veinticinco años, seguramente podría decirse que tendría cierto derecho a recibir algo a cambio.

—No acabo de comprenderle —dijo Armstrong.

—Creo que lo comprende perfectamente bien —dijo Tulpanov con una sonrisa—, pero permítame decírselo con palabras más claras.

Armstrong tomó el tenedor y probó por primera vez el sabor del caviar, mientras el mayor seguía hablando.

—Empecemos por reconocer, querido Lubji, el sencillo hecho de que ni siquiera es usted ciudadano británico. Se encuentra aquí por casualidad. Y aunque le hayan recibido con los brazos abiertos en su ejército... —hizo una pausa para tomar un sorbo de vodka—, estoy seguro de que ya se habrá dado cuenta de que eso no significa ser bien recibido en el fondo de sus corazones. En consecuencia, ha llegado el momento en el que tiene que decidir con qué equipo quiere jugar.

Armstrong tomó un segundo bocado de caviar. Le gustó.

—Creo que la pertenencia a nuestro equipo no le resultará muy exigente, según podrá descubrir usted mismo, y estoy seguro de que, de vez en cuando, podremos ayudarnos el uno al otro a avanzar en lo que los británicos siguen insistiendo en llamar «el gran juego».

Armstrong acabó con lo último que quedaba del caviar y confió en que se le ofreciera más.

—¿Por qué no se lo piensa, Lubji? —preguntó Tulpanov.

Se inclinó sobre la mesa, recuperó el testamento y lo guardó de nuevo en el sobre. Armstrong no dijo nada, y se limitó a mirar su plato vacío.

—Mientras tanto —añadió el mayor de la KGB—, permítame darle una pequeña



información que puede comunicar a sus amigos del servicio de seguridad.

Sacó una hoja de papel del bolsillo interior y se la colocó delante, sobre la mesa. Armstrong leyó su contenido, y se sintió complacido al descubrir que todavía era capaz de pensar en ruso.

—Para ser justos, Lubji, debe saber que su gente ya está en posesión de este documento, pero se sentirán muy complacidos de ver confirmado su contenido. Como puede comprobar, lo único que todos los operativos del servicio secreto tienen en común es su gran afición por el papeleo. Es así como demuestran que su trabajo es necesario.

—¿Cómo podría haber descubierto yo esto? —preguntó Armstrong, que sostuvo en alto la hoja de papel.

—Ah, me temo que precisamente hoy tengo una secretaria temporal que abandona continuamente su puesto ante su mesa.

Dick sonrió, dobló la hoja de papel y se la guardó en el bolsillo interior del uniforme.

—Y a propósito, Lubji, esos tipos de su servicio de seguridad no son tan estúpidos como pueda parecer. Siga mi consejo y lleve cuidado con ellos. Si decide unirse al juego, al final se verá obligado a ser desleal a una parte o a la otra, y si llegan a descubrir que los traiciona, se ocuparán de usted sin el menor remordimiento.

Ahora, hasta el propio Armstrong pudo escuchar los latidos de su corazón.

—Como ya le he explicado —siguió diciendo el mayor—, no es necesario que tome usted una decisión inmediata. —Tabaleó con los dedos encima del sobre marrón—. Puedo esperar fácilmente unos pocos días más antes de informar al señor Schultz de su buena fortuna.

—Tengo buenas noticias para usted, Dick —le dijo el coronel Oakshott a la mañana siguiente, cuando se presentó en el cuartel general—. Sus documentos de desmovilización han sido finalmente procesados, y no veo razón alguna por la que no pueda estar de regreso en Inglaterra en menos de un mes.

Al coronel le sorprendió que la reacción de Armstrong fuera tan apagada, pero imaginó que debía de estar pensando en otras cosas.

—Aunque a Forsdyke no le agrada saber que nos deja tan pronto, después de su triunfo con el mayor Tulpanov.

—Quizá no debiera regresar tan precipitadamente —apuntó Armstrong—, sobre todo ahora que tengo la posibilidad de establecer una relación con la KGB.

—Eso es condenadamente patriótico por su parte, compañero —dijo el coronel—. ¿Quiere que dejemos las cosas como están y no acelere nada hasta que usted me guiñe el ojo?

El inglés de Armstrong ya era casi tan fluido como el de la mayoría de los oficiales del ejército británico, a pesar de lo cual Oakshott siempre se las arreglaba

para añadir de vez en cuando alguna que otra expresión que enriquecía su vocabulario.

Charlotte continuaba presionándole, ansiosa por saber cuándo podrían abandonar Berlín, y aquella noche le explicó por qué era tan repentinamente importante. Al enterarse de la noticia, Dick se dio cuenta de que no podría retrasar su partida por mucho más tiempo. Aquella noche no salió y se quedó en la cocina con Charlotte, hablándole de sus planes una vez que hubieran creado un hogar en Inglaterra.

A la mañana siguiente encontró una excusa para visitar el sector ruso y, siguiendo una prolongada sesión informativa con Forsdyke, llegó ante la oficina de Tulpanov pocos minutos antes del almuerzo.

—¿Qué tal está usted, Lubji? —preguntó el agente de la KGB levantándose de la mesa. Armstrong le dirigió un breve gesto de cortesía con la cabeza—. Y, lo que es más importante, amigo mío, ¿ha tomado ya una decisión acerca del lado desde el que quiere iniciar el bateo? —Armstrong le miró extrañado—. Ah —añadió Tulpanov—, para apreciar el inglés se tienen que comprender primero las reglas del críquet, que no puede comenzar hasta después de haber arrojado una moneda al aire. ¿Se imagina algo más estúpido que darle al otro una oportunidad? Pero lo que yo me pregunto, Lubji, es si usted ya ha arrojado su moneda al aire. Y si es así, ¿ha decidido batear o bolear?

—Quiero reunirme con la señora Lauber antes de tomar una decisión —dijo Dick.

El mayor se dedicó a pasear por la habitación, con los labios apretados, como si reflexionara muy seriamente sobre la petición de Armstrong.

—Hay un viejo dicho inglés, Lubji. Donde hay una voluntad... —Armstrong le miró, extrañado—. Otra cosa que debe comprender usted sobre los ingleses es que sus juegos de palabras son terribles, sobre todo cuando emplean palabras de doble significado, como «voluntad» o «testamento». Sin embargo, y a pesar de todo su sentido de lo que ellos llaman juego limpio, son mortales cuando se trata de defender su posición. Bien, si desea visitar a la señora Lauber, tendremos que viajar a Dresde.

—¿A Dresde?

—En efecto. La señora Lauber se encuentra instalada con toda seguridad en lo más profundo de la zona rusa. Eso no puede ser más que una ventaja adicional para usted. Pero creo que no deberíamos visitarla hasta por lo menos dentro de unos días.

—¿Por qué no? —preguntó Armstrong.

—Ah, todavía tiene que aprender mucho sobre los ingleses, amigo Lubji. No imagine en ningún momento que el hecho de dominar su idioma supone conocer también cómo funciona su mentalidad. A los ingleses les encanta la rutina. Si regresara usted mañana, empezarían a sentirse recelosos. En cambio, si regresa en cualquier momento de la semana que viene, no se detendrán a pensarlo dos veces.

—¿Qué les tengo que decir entonces cuando les informe?

—Les dice que me mostré cauteloso, y que usted sigue «tanteando el terreno» —Tulpanov sonrió de nuevo—. Pero puede decirles que le he preguntado por un

hombre llamado Arbuthnot, Piers Arbuthnot, y que si es cierto que está a punto de ocupar un puesto en Berlín. Usted me contestó que nunca había oído hablar de él, pero que trataría de averiguarlo.

Aquella tarde, Armstrong regresó al sector británico e informó a Forsdyke de la mayor parte del contenido de la conversación. Esperaba que le dijera quién era Arbuthnot y cuándo llegaría a Berlín, pero Forsdyke se limitó a comentar:

—Solo trata de ponerle a prueba. Sabe exactamente quién es Arbuthnot y cuándo asumiré su puesto. ¿Con qué rapidez puede encontrar una excusa para visitar de nuevo el sector ruso?

—El próximo miércoles o jueves tengo mi reunión mensual habitual con los rusos para negociar los suministros de papel.

—Está bien, si tiene la oportunidad de ir a ver a Tulpanov, dígame que no me ha podido sacar ninguna información sobre Arbuthnot.

—¿No hará eso que se muestre receloso?

—No, recelaría mucho más si le dijera usted cualquier cosa sobre ese hombre en concreto.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Charlotte y Dick tuvieron otra discusión acerca de para cuándo esperaba él el regreso a Gran Bretaña.

—¿Cuántas nuevas excusas se te van a ocurrir para retrasar la cuestión? —preguntó ella.

Dick no hizo ningún intento por contestarle. Sin dirigirle una mirada, tomó su bastón de mando, cogió la gorra y abandonó rápidamente el piso.

El soldado Benson lo condujo directamente a la oficina y, una vez en su despacho, llamó inmediatamente a Sally con el timbre. Ella acudió con un montón de correspondencia para firmar y le saludó con una sonrisa. Al marcharse, una hora más tarde, la expresión de su rostro era de agotamiento. Advirtió a todos que procuraran evitar al capitán durante el resto del día, porque estaba de muy mal humor. Su estado de ánimo no había mejorado para el miércoles y el jueves todos los miembros del equipo se sintieron aliviados al saber que pasaría fuera de la oficina la mayor parte del día.

Benson lo llevó al sector ruso pocos minutos antes de las diez. Armstrong bajó del *jeep*. Llevaba su maletín Gladstone, y le dijo a su chófer que regresara al sector británico. Cruzó bajo el gran arco de la Leninplatz que conducía a la oficina de Tulpanov, y le sorprendió descubrir que la secretaria del mayor ya le esperaba en el patio exterior.

Sin decirle una palabra le condujo a través del patio empedrado hacia un gran Mercedes negro. Le abrió la portezuela y él se acomodó en el asiento de atrás, junto a Tulpanov. El motor ya estaba en marcha y, sin necesidad de esperar instrucciones, el chófer salió a la plaza y empezó a seguir los carteles indicadores que conducían a la *autobahn*.

El mayor no mostró ninguna sorpresa cuando Armstrong le informó de la

conversación mantenida con Forsdyke, para añadir que no había conseguido obtener ninguna información sobre Arbuthnot.

—Todavía no confían en usted, Lubji —dijo Tulpanov—. Como puede ver, no es uno de ellos. Quizá nunca llegue a serlo.

Armstrong hizo un mohín y se volvió a mirar por la ventanilla.

Una vez que llegaron a las afueras de Berlín tomaron hacia el sur, en dirección a Dresde. Al cabo de unos minutos, Tulpanov se inclinó y le entregó a Armstrong una pequeña y estropeada maleta grabada con las iniciales «K. L».

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Todas las posesiones terrenales del bueno del mayor —contestó Tulpanov—. O, por lo menos, todas aquellas que su viuda puede heredar.

Luego le entregó un grueso sobre marrón.

—¿Y esto? ¿Más posesiones terrenales?

—No. Son los 40 000 marcos que Lauber le pagó a Schultz por sus acciones del *Telegraf*. Mire, cuando se trata de los británicos, procuro atenerme siempre a las reglas. «Ánimo, ánimo, pero participa en el juego». —Tras una pausa, Tulpanov añadió—: Estoy convencido de que tiene usted en su poder el único otro documento necesario.

Armstrong asintió con un gesto y guardó el grueso sobre en el maletín Gladstone. Volvió a mirar por la ventanilla y contempló el paisaje, horrorizado al comprobar los pocos trabajos de reconstrucción que se habían llevado a cabo desde que acabara la guerra. Trató de concentrar sus pensamientos en cómo actuar con la señora Lauber, y no volvió a decir nada hasta que llegaron a las afueras de Dresde.

—¿Sabe el chófer adónde vamos? —preguntó Armstrong al pasar ante una señal de limitación de velocidad a 40 kilómetros por hora.

—Oh, sí —contestó Tulpanov—. No es usted la primera persona que ha llevado a visitar a esta vieja dama. El chófer tiene «el conocimiento». —Armstrong se volvió a mirarlo, extrañado—. Cuando se instale en Londres, amigo Lubji, alguien se ocupará de explicarle eso.

Minutos más tarde se detuvieron frente a un monótono bloque de pisos de cemento, en el centro de un parque que ofrecía la impresión de haber sido bombardeado el día anterior.

—Es el número sesenta y tres —le explicó Tulpanov—. Me temo que no hay ascensor, así que tendrá que subir unos cuantos escalones mi querido Lubji. Pero eso es algo que sabe usted hacer muy bien.

Armstrong bajó del coche con su maletín Gladstone y la destartalada maleta del mayor. Echó a andar por un sendero cubierto de hierbajos y llegó ante la entrada del edificio de diez pisos, anterior a la guerra. Empezó a subir la escalera de cemento, contento de que la señora Lauber no viviera en el último piso. Al llegar al sexto, giró por un pasillo estrecho que daba al exterior, hasta llegar a una puerta con el número «63» pintado en rojo en la pared.

Golpeó ligeramente con el bastón de mando sobre el cristal, y la puerta fue abierta momentos más tarde por una anciana que no mostró ninguna sorpresa al encontrarse con un oficial británico ante su puerta. Le condujo por un pasillo estrecho, sin iluminar, hasta una habitación pequeña y fría, que daba frente a otro bloque idéntico de diez pisos. Armstrong se sentó frente a ella, junto a una estufa eléctrica de dos barras, de las que solo una estaba encendida.

Se estremeció al ver a la anciana que se hundía en su silla y se arrebujaba en un chal deshilachado que llevaba sobre los hombros.

—Visité a su esposo en Gales antes de que muriera —empezó a decir—. Me pidió que le entregara esto.

Le pasó la maleta destartada. La señora Lauber le dio las gracias en alemán y luego abrió la maleta. Armstrong la observó retirar una fotografía enmarcada de su esposo y de ella misma el día de su boda, seguida por la foto de un hombre joven que imaginó debía de ser su hijo. A juzgar por la expresión triste de su rostro, Armstrong tuvo la impresión de que el joven debía de haber perdido la vida durante la guerra. Siguieron algunos objetos diversos, entre ellos un libro de poesías de Rainer Maria Rilke y un viejo juego de ajedrez hecho de madera. Finalmente, sacó las tres medallas de su esposo. Levantó la mirada y preguntó, esperanzada:

—¿Le dejó algún mensaje para mí?

—Solo me dijo que la echaba mucho de menos. Y pidió que le entregara el juego de ajedrez a Arno.

—Arno Schultz —dijo ella—. Dudo mucho que esté todavía con vida. —Hizo una pausa, antes de explicar—: El pobre hombre era judío. Perdimos el contacto con él durante la guerra.

—En ese caso, asumiré como responsabilidad propia el tratar de descubrir si sobrevivió —dijo Armstrong.

Se inclinó hacia adelante y tomó una mano de la anciana.

—Es usted muy amable —dijo ella, aferrándose a él con sus huesudos dedos. Transcurrió algún tiempo antes de que le soltara la mano. Luego, tomó el juego de ajedrez y se lo entregó—. Espero que todavía esté con vida. Arno fue un buen hombre. —Armstrong asintió con un gesto—. ¿Le dejó mi esposo algún otro mensaje para mí?

—Sí, me dijo que su último deseo era que le devolviera a Arno sus acciones.

—¿A qué acciones se refería? —preguntó ella, que pareció angustiada por primera vez—. Ellos no dijeron nada de acciones cuando vinieron a visitarme.

—Parece ser que Arno le vendió al señor Lauber las acciones de una empresa editora, poco después de que Hitler llegara al poder. Su esposo le prometió devolvérselas en cuanto hubiera terminado la guerra.

—En ese caso, me sentiría feliz de poder hacerlo —dijo la anciana, que volvió a estremecerse—. Pero, desgraciadamente, no poseo ningunas acciones. Quizá Klaus dejó un testamento...

—Desgraciadamente no, señora Lauber —le dijo Armstrong—. O, si lo hizo, no hemos podido encontrarlo.

—Eso parece impropio de Klaus —comentó la anciana—. Siempre fue muy meticuloso. Pero quizá haya desaparecido en alguna parte, en la zona rusa. No se puede confiar en los rusos, ¿sabe? —susurró en voz baja.

Armstrong asintió con un gesto.

—De todos modos, eso no representa un problema —dijo, tomándole la mano de nuevo—. Tengo un documento por el que se me otorga la autoridad para asegurarme de que Arno Schultz reciba las acciones a las que tiene derecho, siempre y cuando esté vivo y podamos encontrarlo.

La señora Lauber le sonrió.

—Gracias. Es un gran alivio saber que el asunto queda en manos de un oficial británico.

Armstrong abrió su maletín y sacó el contrato. Lo dobló directamente por la última de las cuatro páginas e indicó dos cruces marcadas a lápiz. Luego, le entregó una pluma a la señora Lauber. La mujer estampó su temblorosa firma entre las cruces, sin hacer ningún intento por leer una sola cláusula o párrafo del contrato. En cuanto la tinta se hubo secado, Armstrong volvió a guardar el documento en su maletín Gladstone, y lo cerró con un chasquido. Después, le sonrió a la señora Lauber.

—Ahora tengo que regresar a Berlín —le dijo, y se levantó de la silla—. Haré todos los esfuerzos posibles por localizar a *Herr* Schultz.

—Gracias —volvió a decir la señora Lauber. Se levantó lentamente y lo acompañó por el pasillo hasta la puerta del piso—. Adiós —le dijo una vez que él salió al rellano exterior—. Ha sido muy amable por su parte al hacer un viaje tan largo por mí.

La mujer sonrió débilmente y cerró la puerta sin añadir nada más.

—¿Y bien? —preguntó Tulpanov en cuanto Armstrong se acomodó a su lado, en el asiento trasero del coche.

—Firmó el contrato.

—Estaba convencido de que lo haría —asintió Tulpanov.

El coche trazó un círculo e inició el viaje de regreso a Berlín.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Armstrong.

—Ahora ha lanzado usted la moneda al aire —contestó el mayor del KGB—. Ha ganado en el lanzamiento y ha decidido batear. Aunque debo decir que lo que acaba de hacerle a la señora Lauber difícilmente podría describirse como críquet. —Armstrong le miró enigmáticamente—. Hasta yo estaba convencido de que le entregaría los 40 000 marcos —añadió Tulpanov—. Pero no me cabe la menor duda de que tiene la intención de entregarle a Arno... —hizo una breve pausa, antes de añadir—: El juego de ajedrez.

A la mañana siguiente, el capitán Richard Armstrong registró su propiedad sobre el *Der Telegraf* ante la Comisión de Control Británica. Aunque uno de los

funcionarios enarcó una ceja ante el documento, y otro le hizo esperar durante más de una hora, el empleado selló finalmente el documento por el que se autorizaba la transacción y en el que se confirmaba que el capitán Armstrong era ahora el único propietario del periódico.

Charlotte trató de ocultar sus verdaderos sentimientos cuando su marido le informó del «golpe». Estaba segura de que eso solo podía significar que su partida hacia Inglaterra se vería retrasada de nuevo. Pero se sintió más aliviada cuando Dick estuvo de acuerdo en que regresara a Lyon, para que estuviera en compañía de sus padres cuando naciera el primogénito, ya que estaba decidido a que cualquier hijo suyo iniciara su vida como ciudadano francés.

Arno Schultz se sintió sorprendido ante el repentino y renovado compromiso de Armstrong con el *Telegraf*. Empezó por presentar contribuciones en la conferencia editorial de las mañanas, y hasta adquirió la costumbre de acompañar a las camionetas de reparto que recorrían la ciudad a la medianoche. Arno imagino que el nuevo entusiasmo de su jefe debía de estar directamente relacionado con la ausencia de Charlotte, que se había marchado a Lyon.

Pocas semanas más tarde ya vendían, por primera vez, 300 000 ejemplares diarios, y Arno aceptó el hecho de que el alumno se había convertido en el maestro.

Un mes más tarde, el capitán Armstrong se tomó diez días de permiso con el propósito de estar en Lyon para el nacimiento de su primer hijo. Quedó encantado cuando Charlotte le dio un niño, al que impusieron el nombre de David. Sentado en la cama, con el niño entre sus brazos, le prometió a Charlotte que no pasaría mucho tiempo más antes de que regresaran a Inglaterra, donde los tres podrían iniciar una nueva vida.

Regresó a Berlín una semana más tarde, y resolvió comunicarle al coronel Oakshott que había llegado el momento de darse de baja en el ejército y volver a Inglaterra.

Y lo habría hecho así si Arno Schultz no hubiera organizado una fiesta para celebrar su sexagésimo cumpleaños.

# Adelaide Gazette

---

13 DE MARZO DE 1956

Menzies se mantiene en su puesto



Townsend la vio por primera vez durante un vuelo a Sydney. Él leía el *Gazette*. El artículo de la primera página debía haber sido relegado a la tercera, y el titular era débil. El *Gazette* disfrutaba ahora del monopolio periodístico en Adelaida, pero el periódico estaba siendo cada vez más flojo. Debería haber apartado del puesto de director a Frank Bailey inmediatamente después de la fusión, pero antes tuvo que contentarse con librarse de *sir* Colin. Frunció el ceño.

—¿Quiere que le vuelva a llenar la taza de café, señor Townsend? —preguntó ella.

Townsend levantó la mirada y observó a una joven delgada que sostenía una cafetera en la mano y le sonreía. Debía de tener unos veinticinco años, con un ensortijado cabello rubio y unos ojos azules que le hicieron desear seguir mirándolos.

—Sí —contestó, a pesar de que no quería más café.

Ella le dirigió una sonrisa. Era la sonrisa propia de una azafata, invariable, tanto si se trataba de un pasajero grueso como delgado, pobre como rico.

Townsend dejó el *Gazette* a un lado y trató de concentrar sus pensamientos en la reunión a la que se disponía a asistir. Recientemente había comprado, con un coste de medio millón de libras, un pequeño grupo impresor especializado en periódicos de bajo precio que se distribuían por los barrios occidentales de Sydney. El negocio le permitió poner un pie en la ciudad más grande de Australia.

Fue durante la cena anual del gremio de editores, en el Hotel Cook, una vez terminados todos los discursos, cuando un hombre que aparentaba unos veintisiete o veintiocho años, de algo más de un metro setenta de estatura, mandíbula cuadrada, brillante cabello rojizo, y los hombros de un profesional lanzado, se acercó a su mesa y le susurró al oído:

—Le veré en el lavabo de caballeros.

Por un momento, Townsend no supo si echarse a reír o limitarse a ignorar al hombre. Pero la curiosidad pudo con él y pocos minutos más tarde se levantó de la mesa y se dirigió por entre las demás mesas hacia el lavabo de caballeros. El pelirrojo se lavaba las manos en el lavabo de la esquina. Townsend se le acercó, se situó en el lavabo de al lado y abrió el grifo.

—¿En qué hotel se aloja? —preguntó el hombre.

—En el Town House —contestó Townsend.

—¿Y cuál es su número de habitación?

—No tengo ni la menor idea.

—Ya lo descubriré. Acudiré a su habitación hacia la medianoche. Es decir, si le interesa echarle mano al *Sydney Chronicle*.

Tras decirle esto, el pelirrojo cerró el grifo, se secó las manos y se marchó.

Townsend se enteró a primeras horas de la madrugada que el hombre que le había abordado durante la cena era Bruce Kelly, el subdirector del *Chronicle*. No perdió el tiempo en decirle a Townsend que *sir* Somerset Kenwright consideraba la idea de vender el periódico, ya que tenía la impresión de que no encajaba con el resto de su grupo de empresas.

—¿Le ocurre algo a su café, señor? —preguntó ella.

Townsend se volvió a mirarla, para luego observar su taza de café, que no había tocado.

—No, está bien, gracias. Solo estoy un poco preocupado.

Ella le dirigió aquella misma sonrisa, le retiró la taza de café y continuó hacia los asientos de atrás. Una vez más, Townsend hizo un esfuerzo por concentrarse.

Al discutir por primera vez la idea con su madre, ella le dijo que la ambición de toda la vida de su padre había sido la de poseer el *Chronicle*, aunque sus propios sentimientos al respecto eran un tanto ambiguos. La razón por la que él viajaba ahora a Sydney por tercera vez en otras tantas semanas era para asistir a otra reunión con la alta dirección de *sir* Somerset, y poder revisar las condiciones de un posible acuerdo. Y uno de aquellos directores todavía le debía un favor.

Durante los últimos meses, los abogados de Townsend habían trabajado en tándem con los de *sir* Somerset, y ambas partes tenían ahora la sensación de hallarse por fin cerca de llegar a un acuerdo.

—El viejo está convencido de que es usted el menor de dos posibles males —le había advertido Kelly—. Tiene que afrontar el hecho de que su hijo no está a la altura del trabajo, pero no quiere que el periódico caiga en manos de Wally Hacker, que nunca le ha gustado y en quien, desde luego, nunca ha confiado. No está muy seguro con respecto a usted, aunque guarda buenos recuerdos de su padre.

Desde que Kelly le ofreciera aquella valiosa información, Townsend había procurado mencionar a su padre cada vez que se reunía con *sir* Somerset.

Cuando el avión se detuvo ante la terminal del aeropuerto Kingsford-Smith, Townsend se desabrochó el cinturón de seguridad, tomó el maletín y empezó a moverse hacia la salida de proa.

—Que tenga usted un buen día, señor Townsend —le dijo ella—. Espero que vuelva a volar con Austair.

—Lo haré —le prometió—. De hecho, regreso esta misma noche.

Solo la impaciente fila de pasajeros que se apretujaban en dirección hacia la salida le impidió preguntarle si ella estaría también de servicio en ese vuelo.

Después de que el taxi se detuviera en Pitt Street, Townsend comprobó su reloj y vio que aún le sobraban unos minutos. Pagó la carrera y cruzó entre el tráfico hasta el otro lado de la calle. Al llegar a la acera de enfrente se volvió en redondo y observó el edificio que era la sede del periódico de mayor venta en Australia. Solo habría deseado que su padre viviera para verle cerrar este gran acuerdo.

Volvió a cruzar la calle, entró en el edificio y esperó en el vestíbulo de recepción,

hasta que una mujer de mediana edad y bien vestida salió de uno de los ascensores, se dirigió directamente hacia él y le dijo:

—*Sir Somerset* le espera, señor *Townsend*.

Al entrar en el vasto despacho desde el que se dominaba el puerto, *Townsend* fue saludado por un hombre al que había considerado con respeto y admiración desde que era un niño. *Sir Somerset* le estrechó cálidamente la mano.

—*Keith*, me alegro mucho de verle. Tengo entendido que asistió usted a la escuela con mi director general, *Duncan Alexander*. —Los dos hombres se estrecharon las manos, en silencio—. Pero no creo que conozca a *Nick Watson*, el director del *Chronicle*.

—No, no tenía ese placer —dijo *Townsend*, que estrechó la mano de *Watson*—. Aunque, naturalmente, conozco su excelente reputación.

*Sir Somerset* les indicó con un gesto que tomaran asiento alrededor de la gran mesa del consejo, y él mismo se instaló a la cabecera.

—Como sabe muy bien, *Keith* —empezó el viejo—, me siento muy orgulloso de este periódico. Hasta el propio *Beaverbrook* intentó comprármelo.

—Algo muy comprensible —asintió *Townsend*.

—En este edificio hemos establecido un nivel de periodismo del que me gusta pensar que hasta su padre se habría sentido orgulloso.

—Siempre habló de sus periódicos con el mayor respeto. En realidad, cuando se trataba del *Chronicle*, creo que la palabra «envidia» sería la más apropiada.

*Sir Somerset* sonrió.

—Es muy amable por su parte decirlo así, joven. —Hizo una pausa—. Bien, parece ser que nuestros equipos han podido ponerse de acuerdo en las últimas semanas acerca de la mayoría de los detalles. En consecuencia, si puede usted estar a la altura de la oferta de *Wally Hacker*, por importe de un millón novecientas mil libras, y, lo que es igualmente importante para mí, está de acuerdo en mantener a *Nick* como director y a *Duncan* como director general, creo que podemos dar por cerrado el trato.

—Sería estúpido por mi parte no depender de sus vastos conocimientos y experiencia —dijo *Townsend*—. Son profesionales muy respetados y, naturalmente, estaré encantado de trabajar con ellos. Creo que debo hacerle saber, no obstante, que no sigo una política de interferencia en el funcionamiento interno de mis periódicos, sobre todo por lo que se refiere a su contenido editorial. No es ese mi estilo.

—Veo que ha aprendido usted mucho de su padre —dijo *sir Somerset*—. Lo mismo que él, y que usted, yo tampoco intervengo en el funcionamiento cotidiano del periódico. Eso habitualmente siempre acaba en lágrimas.

*Townsend* asintió para mostrar su acuerdo.

—Bien, en ese caso, creo que no tenemos mucho más que hablar en estos momentos. Le sugiero que vayamos al comedor a almorzar. —El viejo se levantó y después de que *Townsend* hiciera lo mismo, le pasó un brazo por los hombros y le

dijo—: Solo desearía que su padre estuviera aquí, para unirse a nosotros.

La sonrisa no abandonó el rostro de Townsend en ningún momento durante todo el trayecto de regreso al aeropuerto. Si, además, ella estaba en el vuelo de regreso, eso no sería más que un premio añadido. Su sonrisa aún se hizo más amplia al abrocharse el cinturón de seguridad y dedicarse a repasar mentalmente lo que le diría.

—Espero que su estancia en Sydney haya sido provechosa, señor Townsend —le dijo ella al ofrecerle el periódico vespertino.

—No podría haber sido más provechosa —replicó él—. Quizá quisiera usted acompañarme a cenar esta noche y ayudarme así a celebrarlo.

—Es muy amable por su parte, señor —dijo ella, resaltando ligeramente la palabra «señor»—, pero me temo que eso vaya contra la política de la compañía.

—¿Y va en contra de la política de la compañía el conocer su nombre?

—Desde luego que no, señor —contestó ella—. Me llamo Susan.

Le dirigió la misma sonrisa de siempre y continuó hacia la siguiente hilera de asientos.

Lo primero que hizo en cuanto regresó a su piso fue prepararse un bocadillo de sardinas. Apenas había dado un bocado cuando sonó el teléfono. Era Clive Jervis, el socio más antiguo de Jervis, Smith & Thomas. A Clive todavía le preocupaban algunos de los detalles más delicados del contrato, incluidos los acuerdos de compensación y los traspasos de acciones.

Apenas hubo colgado el teléfono, después de hablar con él, cuando este sonó de nuevo, y recibió una llamada todavía más prolongada de Trevor Meacham, su contable, todavía convencido de que 1,9 millones de libras era un precio demasiado alto.

—No me queda otra alternativa —le dijo Townsend—. Wally Hacker ya ha ofrecido la misma cantidad.

—Hacker también es capaz de pagar demasiado —fue la respuesta—. Sigo pensando que deberíamos pedir pagos aplazados, basados en las tiradas medias de este año, y no en los agregados de los diez últimos años.

—¿Por qué? —preguntó Townsend.

—Porque el *Chronicle* ha perdido año tras año de un dos a un tres por ciento de sus lectores. Todo debería basarse en las últimas cifras de que disponemos.

—Estoy de acuerdo con usted en eso, pero no quiero que esa sea la razón que nos impida llegar a un acuerdo.

—Tampoco yo —le aseguró el contable—. Pero tampoco quiero que termine usted en la bancarrota simplemente porque pagó demasiado por razones sentimentales. Cada trato debe poder sostenerse por su propio pie, y no cerrarse solo por querer demostrar que es usted tan bueno como su padre.

Durante un momento, ninguno de los dos hombres dijo nada.

—No tiene que preocuparse por eso —dijo Townsend finalmente—. Ya tengo planes para duplicar los beneficios del *Chronicle*. Dentro de un año, el millón novecientas mil libras nos parecerá barato. Y, lo que es más importante, mi padre me habría apoyado en esta decisión.

Colgó el teléfono antes de que Trevor pudiera replicar nada.

La última llamada fue la de Bruce Kelly, poco antes de las once. Para entonces, Townsend ya se había puesto el batín, y dejado el bocadillo de sardinas a medio comer.

—*Sir Somerset* sigue nervioso —le advirtió.

—¿Por qué? —preguntó Townsend—. Tengo la sensación de que la reunión de hoy no podría haber ido mejor.

—La reunión no fue el problema. Después de que se marchara usted recibió una llamada de *sir Colin Grant* y estuvieron hablando durante casi una hora. Y Duncan Alexander no es exactamente su mejor amigo.

Townsend descargó el puño contra la mesa.

—Maldita sea su estampa —exclamó—. Escúcheme bien, Bruce, y le diré exactamente qué actitud debe usted adoptar. Cada vez que surja el nombre de *sir Colin*, recuérdale a *sir Somerset* que en cuanto se convirtió en presidente del *Messenger* ese periódico empezó a registrar pérdidas. En cuanto a Alexander, a ese puede dejarlo por mi cuenta.

A Townsend le desilusionó descubrir que en su siguiente vuelo a Sydney, Susan no estaba de servicio. Después de que una azafata le sirviera café, le preguntó si Susan estaría en otro vuelo.

—No, señor —contestó ella—. Susan abandonó la compañía a finales del mes pasado.

—¿Sabe usted dónde trabaja ahora?

—No tengo la menor idea, señor —contestó ella antes de continuar con su trabajo.

Townsend empleó la mañana en recorrer las oficinas del *Chronicle*, acompañado por Duncan Alexander, que procuró mantener la conversación en un nivel profesional, sin hacer el menor intento por demostrarle una actitud amistosa. Townsend esperó un momento en que ambos se encontraron solos en el ascensor para volverse hacia él y decirle:

—Una vez, hace muchos años, me dijiste: «Los Alexander tenemos una buena memoria. Llámame cuando me necesites».

—Sí, eso dije —admitió Duncan.

—Bien, porque ha llegado el momento de recordarlo.

—¿Qué espera usted que haga?

—Quiero que le diga a *sir Somerset* lo buen hombre que soy.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—Si hago eso, ¿me garantiza que conservaré mi puesto?

—Cuenta con mi palabra —dijo Townsend al salir al pasillo.

Después del almuerzo, *sir* Somerset, que parecía un poco más contenido que la primera vez que se vieron, acompañó a Townsend a recorrer el departamento editorial, donde le presentó a los periodistas. Todos ellos se sintieron aliviados al ver que el posible nuevo propietario se limitaba a asentir con gestos y a sonreírles, y que procuraba mostrarse agradable incluso con el personal subalterno. Ese día, todo aquel que entró en contacto con Townsend quedó agradablemente sorprendido, sobre todo después de lo que les comunicaron los periodistas que habían trabajado para él en el *Gazette*. Hasta el propio *sir* Somerset empezó a preguntarse si acaso *sir* Colin no había exagerado al describirle el comportamiento de Townsend en el pasado.

—No olvidéis lo que sucedió con las ventas del *Messenger* después de que *sir* Colin ocupara la presidencia —se encargó de susurrar Bruce Kelly en diversos oídos, incluidos los del director, una vez que Townsend se hubo marchado.

El personal del *Chronicle* no le habría concedido a Townsend el beneficio de la duda si hubieran visto las notas que tomaba durante el vuelo de regreso a Adelaida. Para él ya estaba claro que si esperaba duplicar los beneficios del periódico, iba a tener que practicar una cirugía drástica, con recortes desde arriba hasta abajo.

Townsend se encontró, sin pretenderlo, pensando en Susan de vez en cuando. Cuando otra azafata le ofreció un ejemplar del periódico vespertino, le preguntó si sabía dónde trabajaba ella ahora.

—¿Se refiere a Susan Glover?

—Rubia, de pelo rizado y unos veintitrés años —asintió Townsend.

—Sí, esa es Susan. Nos dejó para aceptar una oferta de trabajo en Moore's. Dijo que ya no podía soportar los horarios irregulares, por no hablar de que la trataran como a un conductor de autobús. Sé muy bien cómo se sentía.

Townsend sonrió. Moore's siempre había sido la tienda favorita de su madre en Adelaida. Estaba seguro de que no tardaría en descubrir en qué departamento trabajaba Susan.

A la mañana siguiente, una vez repasada la correspondencia con Bunty, marcó el número de Moore's en cuanto ella hubo cerrado la puerta, dejándolo a solas en su despacho.

—¿Puede ponerme con la señorita Glover, por favor?

—¿En qué departamento trabaja?

—No lo sé —contestó Townsend.

—¿Se trata de una emergencia?

—No, es una llamada personal.

—¿Es usted pariente suyo?

—No, no lo soy —contestó, extrañado por la pregunta.

—En ese caso lo siento mucho, pero no puedo ayudarle. Es contrario a las normas

de la empresa que su personal reciba llamadas privadas durante el horario de oficina.

La línea se cortó.

Townsend colgó el teléfono, se levantó de la silla y se dirigió al despacho de Bunty.

—Estaré fuera durante una hora, Bunty. Quizá un poco más. Debo comprarle un regalo de cumpleaños a mi madre.

La señorita Bunting le miró sorprendida, pues sabía que aún faltaban cuatro meses para el cumpleaños de su madre. Pero eso significaba al menos una mejora en comparación con su padre, pensó. A *sir* Graham siempre le había tenido que recordar la fecha el día anterior.

Al salir del edificio hacía un día tan cálido y agradable que le dijo a Sam, su chófer, que caminaría una docena de manzanas hasta Moore's, lo que le permitiría comprobar todos los quioscos de prensa que encontrara por el camino. No le complació descubrir que el primero de ellos, en la esquina de la King William Street, ya había vendido todos los ejemplares del *Gazette*, a pesar de que solo pasaban unos minutos de las diez. Tomó nota para hablar con el director de distribución en cuanto regresara a la oficina.

Al acercarse a los grandes almacenes, situados en Rundle Street, se preguntó cuánto tiempo tardaría en encontrar a Susan. Empujó la puerta giratoria de la entrada y deambuló por entre los mostradores de la planta baja: joyería, guantes, perfumes. Pero no la vio. Tomó la escalera mecánica hasta el primer piso, donde repitió el procedimiento: vajilla, lencería, artículos de cocina. Tampoco tuvo éxito. El segundo piso estaba destinado a ropa de caballero, lo que le recordó que necesitaba un traje nuevo. Si ella trabajaba allí, podría encargarse uno inmediatamente, pero no vio a una mujer en todo el departamento.

Al subir en la escalera mecánica para subir al tercer piso, Townsend creyó reconocer al hombre elegantemente vestido situado a dos escalones por encima de él. El hombre se giró y vio a Townsend.

—¿Cómo está usted? —le saludó.

—Muy bien, gracias —contestó Townsend, que hizo desesperados esfuerzos por recordar quién era.

—Soy Ed Scott —dijo el hombre, solucionándole el problema—. Estuve un par de cursos por debajo de usted en el St. Andrews, y todavía recuerdo sus editoriales en la revista del colegio.

—Me siento halagado —dijo Townsend—. ¿En qué anda metido ahora?

—Soy ayudante del director.

—Eso quiere decir que le han ido bien las cosas —comentó Townsend, que miró a su alrededor.

—Difícilmente podría decirse así —replicó Ed—. Mi padre es el director. Pero eso es algo que usted conoce mejor que yo. —Townsend frunció el ceño—. ¿Buscaba algo en particular? —preguntó Ed al salir de la escalera mecánica.

—Sí —contestó Townsend—. Un regalo para mi madre. Ella ya ha elegido algo, y solo he venido para recogerlo. No recuerdo en qué piso es, pero sé el nombre de la vendedora que la atendió.

—Dígame el nombre y encontraré el departamento.

—Susan Glover —dijo Townsend, que hizo un esfuerzo para no ruborizarse.

Ed se hizo a un lado, marcó un número por su intercomunicador y repitió el nombre. Un momento más tarde, una expresión de sorpresa apareció en su rostro.

—Parece ser que está en el departamento de juguetería —le dijo—. ¿Está seguro de que le han dado el nombre correcto?

—Oh, sí —contestó Townsend—. Rompecabezas.

—¿Rompecabezas?

—Sí, resulta que mi madre no se puede resistir a los rompecabezas. Pero a nadie de la familia se nos permite elegirlos porque, cada vez que lo hacemos, terminamos por regalarle uno que ya tiene.

—Oh, ya comprendo —asintió Ed—. Bueno, tome la escalera hasta el sótano. Encontrará el departamento de juguetería a mano derecha.

Townsend le dio las gracias y el ayudante de dirección desapareció hacia la sección de equipaje y viajes.

Townsend descendió hasta «El Mundo del Juguete». Una vez allí, miró entre los mostradores, pero no vio a Susan y empezó a preguntarse si acaso tendría que emplear todo el resto del día. Recorrió lentamente todo el departamento, y decidió no preguntarle a una mujer de aspecto serio, con una placa sobre su ancho pecho que la identificaba como «Primera ayudante de ventas», si trabajaba allí una vendedora llamada Susan Glover.

Pensó que tendría que regresar al día siguiente y ya estaba a punto de marcharse, cuando se abrió una puerta por detrás de uno de los mostradores y Susan salió por ella, llevando una gran caja de un mecano. Se acercó a una clienta que estaba apoyada sobre el mostrador.

Townsend se quedó como transfigurado allí mismo. Era mucho más cautivadora de lo que recordaba.

—¿En qué puedo servirle, señor?

Townsend se sobresaltó, se giró en redondo y se encontró frente a la mujer de aspecto serio.

—En nada, gracias —contestó con nerviosismo—. Solo busco un regalo para..., para... mi sobrino.

La mujer le miró fijamente y Townsend se alejó y eligió un lugar donde pudiera permanecer oculto a su vista y seguir viendo a Susan.

La clienta a la que esta atendía se tomó una cantidad desproporcionada de tiempo para decidir si quería el mecano o no. Susan se vio obligada a abrir la caja para demostrar que el contenido se ajustaba a lo que se indicaba en la tapa. Tomó algunas de las piezas rojas y amarillas y trató de montarlas, pero la clienta se marchó pocos



minutos más tarde, con las manos vacías.

Townsend esperó a que la mujer de aspecto serio estuviera ocupada en atender a otra cliente. Solo entonces se acercó al mostrador. Susan levantó la mirada y sonrió. Esta vez fue una sonrisa de reconocimiento.

—¿En qué puedo servirle, señor Townsend? —le preguntó.

—¿Quiere cenar conmigo esta noche? —preguntó él por toda respuesta—. ¿O eso es algo que continúa estando en contra de las normas de la empresa?

—Sí, lo está —contestó ella con una sonrisa—, pero...

En ese momento la primera ayudante de ventas reapareció junto a Susan, más recelosa que nunca.

—Debe de tener por lo menos mil piezas —dijo Townsend—. Mi madre necesita la clase de rompecabezas que la mantenga ocupada durante por lo menos una semana.

—Desde luego, señor —asintió Susan.

Lo condujo hacia una mesa donde aparecían expuestos varios rompecabezas de tamaños diferentes. Townsend empezó a tomarlos y estudiarlos atentamente, sin mirarla.

—¿Qué le parece en Pilligrini a las ocho? —le susurró, justo cuando la vendedora de aspecto serio se les aproximaba.

—Es perfecto. Nunca he estado allí, pero siempre he querido ir —dijo ella, tomándole de entre las manos el rompecabezas del puerto de Sydney.

Se dirigió hacia la caja registradora, marcó la cuenta e introdujo la gran caja en una bolsa de Moore's.

—Serán dos libras y diez chelines, por favor.

Townsend pagó la cuenta, y habría confirmado la cita si la vendedora de aspecto serio no hubiera estado tan cerca de Susan.

—Espero que su sobrino disfrute con el rompecabezas —dijo la mujer.

Dos pares de ojos lo siguieron al salir.

Al regresar a la oficina, Bunty no dejó de sorprenderse al descubrir el contenido de la bolsa de compra. En los treinta y dos años que llevaba trabajando para *sir* Graham, no recordaba una sola ocasión en que este le hubiera regalado un rompecabezas a su esposa. Townsend ignoró su mirada interrogativa.

—Bunty, quiero ver inmediatamente al director de distribución. El quiosco de prensa de la esquina de la King William Street se había quedado sin el *Gazette* a las diez de la mañana. —Al volverse para entrar en su despacho, añadió—: Ah, ¿puede reservarme una mesa para dos en el Pilligrini, para esta noche?

Al entrar Susan en el restaurante, varios hombres se volvieron a mirarla cruzar hasta una mesa situada en un rincón. Llevaba un traje de color rosa cuyo corte resaltaba su delgada figura, y aunque la falda le caía un par de centímetros por debajo de la rodilla, la mirada de Townsend seguía fija en sus piernas cuando ella llegó junto a la

mesa. Después de que ella se sentara frente a él, algunos de los comensales masculinos le miraron con envidia.

Una voz, que tuvo la intención de hacerse oír, comentó:

—Ese condenado hombre consigue todo lo que quiere.

Ambos se echaron a reír y Townsend le sirvió una copa de champaña. Pronto descubrió lo fácil que le resultaba estar en su compañía. Empezaron a intercambiarse historias acerca de lo que habían estado haciendo durante los últimos veinte años, como si fueran viejos amigos que acabaran de encontrarse de nuevo. Townsend explicó por qué había hecho recientemente tantos viajes a Sydney, y Susan le dijo por qué no disfrutaba de su trabajo en el departamento de juguetería de Moore's.

—¿Es esa mujer siempre tan terrible? —preguntó Townsend.

—Hoy la has visto de buen humor. Después de que te marcharas, se pasó toda la mañana haciendo comentarios sarcásticos sobre si habías acudido para comprarle algo a tu madre, a tu sobrino, o quizá para buscar a alguien. Y después del almuerzo, al regresar tarde un par de minutos, me dijo: «Ha llegado usted ciento veinte segundos tarde, señorita Glover. Ciento veinte segundos del tiempo que le paga la empresa. Si vuelve a suceder, tendremos que pensar en deducir la cantidad apropiada de su salario».

La de Susan fue una imitación casi perfecta y Townsend no pudo evitar el echarse a reír.

—¿Cuál es su problema?

—Creo que quería ser azafata de una línea aérea.

—Me temo que le faltan una o dos de las calificaciones más evidentes —sugirió Townsend.

—¿A qué te has dedicado hoy? —preguntó Susan, cambiando de tema—. ¿A tratar de salir con azafatas de Austair?

—No —contestó él con una sonrisa—. Eso sucedió la semana pasada... y fracasé. Hoy me contento con tratar de decidir si puedo permitirme pagar un millón novecientas libras por el *Sydney Chronicle*.

—¿Quieres decir uno coma nueve millones? —preguntó ella con incredulidad—. En tal caso, lo menos que puedo hacer es pagar la cuenta de la cena. La última vez que compré un ejemplar del *Sydney Chronicle* me costó seis peniques.

—Sí, pero yo quiero todos los ejemplares —dijo Townsend.

A pesar de que ya habían terminado de tomarse el café, siguieron hablando hasta bastante después de que el personal de la cocina hubiera terminado su turno. Un par de camareros, de expresión aburrida, se apoyaban contra una columna y, de vez en cuando, les miraban esperanzados. Al ver que uno de ellos contenía apenas un bostezo, Townsend pidió la cuenta y dejó una generosa propina. Al salir a la acera, tomó a Susan de la mano.

—¿Dónde vives?

—En un barrio del norte, pero temo haber perdido el último autobús. Tendré que

tomar un taxi.

—Hace una noche magnífica, ¿y si caminamos?

—Me parece bien —contestó ella, sonriente.

No dejaron de hablar hasta que llegaron a la puerta de su casa, una hora más tarde. Susan se volvió hacia él.

—Gracias por una noche encantadora, Keith. Has dado un nuevo significado a las palabras «bajar la comida con un paseo».

—Podríamos repetirlo pronto.

—Eso me gustaría.

—¿Cuándo te vendría bien?

—Te diría que mañana, pero eso dependerá de que vaya a tener que regresar a casa andando en cada ocasión. En ese caso, sugeriría un pequeño restaurante local, o me pondría por lo menos unos zapatos más cómodos.

—Desde luego que no —dijo Townsend—. Te prometo que mañana te traeré a casa en coche. Pero a primeras horas del día tengo que estar en Sydney para firmar un contrato, de modo que no espero regresar antes de las ocho.

—Eso es perfecto. Dispondré de tiempo suficiente para regresar a casa y cambiarme.

—¿Te parecería bien en L'Étoile?

—Solo si tienes algo que celebrar.

—Habrá algo que celebrar, te lo prometo.

—En ese caso te veré en L'Étoile, a las nueve. —Se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla—. ¿Sabes, Keith? A estas horas de la noche nunca se consigue un taxi por aquí —le dijo, preocupada—. Me temo que vas a tener que caminar un largo trecho.

—Habrá valido la pena —dijo Townsend mientras Susan ya desaparecía por el corto sendero que conducía a la puerta de su casa.

Poco después, apareció un coche que se detuvo a su lado. Un chófer bajó rápidamente y le abrió la portezuela.

—¿Adónde vamos, jefe?

—A casa, Sam —le contestó al chófer—. Pero pasemos por la estación para recoger un ejemplar de la primera edición.

Townsend tomó el primer vuelo de la mañana siguiente con destino a Sydney. Su abogado, Clevis Jervis, y su contable, Trevor Meacham, se sentaron uno a cada lado.

—Sigue sin gustarme la cláusula de rescisión —comentó Clive.

—Y el plan de pagos necesita ajustarse un poco, eso está claro —añadió Trevor.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en solucionar esos problemas? —preguntó Townsend—. Tengo una cita para cenar en Adelaida esta noche, por lo que debo tomar un vuelo de la tarde.

Los dos hombres lo miraron con expresión dubitativa.

Sus temores demostraron estar justificados. Los abogados de las dos empresas se pasaron la mañana revisando la letra pequeña, y los dos contables aún tardaron más en revisar las cifras. Nadie se detuvo, ni siquiera para almorzar y, a las tres de la tarde, Townsend ya comprobaba su reloj a cada pocos minutos. A pesar de que recorría el despacho de un lado a otro, y que contestaba con monosílabos a largas preguntas, el documento final no estuvo preparado para la firma hasta pocos minutos después de las cinco.

Townsend soltó un suspiro de alivio cuando los abogados se levantaron finalmente de la mesa y empezaron a estirar las piernas. Comprobó de nuevo su reloj, convencido de que aún podría tomar un avión que le permitiera regresar a tiempo a Adelaida. Agradeció los esfuerzos a sus dos consejeros y estrechaba las manos de los asesores de la parte opuesta cuando *sir* Somerset entró en el despacho, seguido por su director y director general.

—Me dicen que hemos llegado por fin a un acuerdo —dijo el viejo con una amplia sonrisa.

—Así lo creo —asintió Townsend, que trató de no demostrar lo impaciente que estaba por escapar de allí.

Si llamaba a Moore's para advertir a Susan que podía llegar tarde, sabía que no le pasarían la comunicación.

—Bueno, tomemos una copa para celebrarlo antes de estampar nuestras firmas en el documento definitivo —sugirió *sir* Somerset.

Después del tercer *whisky*, Townsend sugirió que quizá había llegado el momento de firmar el contrato. Nick Watson se mostró de acuerdo y le recordó a *sir* Somerset que todavía tenía que ocuparse de sacar un periódico aquella noche.

—Muy cierto —dijo el propietario, que sacó una pluma estilográfica del bolsillo interior de la chaqueta—. Y puesto que seguiré siendo el propietario del *Chronicle* durante otras seis semanas, no podemos permitir que descienda el nivel de calidad. Y a propósito, Keith, espero que pueda acompañarme a cenar.

—Me temo que esta noche no podrá ser —dijo Townsend—. Ya tengo una cita para cenar en Adelaida.

*Sir* Somerset se giró en redondo para mirarlo.

—Debe de ser una mujer muy hermosa —comentó— porque yo no rechazaría una invitación así por otro acuerdo de negocios.

—Le prometo que es muy hermosa —dijo Townsend con una sonrisa—. Y solo es nuestra segunda cita.

—En ese caso, no le entretengo más —dijo *sir* Somerset, que se dirigió hacia la mesa del consejo, donde ya estaban preparadas dos copias del contrato.

Se detuvo un momento, miró fijamente el contrato y pareció vacilar. Los asesores de ambas partes se miraron, nerviosos, y uno de los abogados de *sir* Somerset empezó a agitarse, nervioso.

El viejo se volvió hacia Townsend y le hizo un guiño.

—Debo decirle que fue Duncan quien finalmente me convenció de que debía cerrar el trato con usted, y no con Hacker —le dijo.

Se inclinó sobre la mesa y estampó su firma en los dos contratos. Luego, le entregó la pluma a Townsend, que hizo lo propio junto a la firma de *sir* Somerset.

Los dos hombres se estrecharon las manos con formalidad.

—Es el momento para tomar otra copa —dijo *sir* Somerset con un nuevo guiño—. Usted puede marcharse, Keith, y veremos qué parte de sus beneficios podemos consumir en su ausencia. Debo decir, muchacho, que no podría sentirme más encantado de que el *Chronicle* haya pasado a manos del hijo de *sir* Graham Townsend.

Nick Watson se adelantó y pasó un brazo alrededor del hombro de Townsend antes de que este se marchara.

—Debo decirle, como director del *Chronicle*, que espero con impaciencia trabajar con usted. Espero que podamos verle de regreso por Sydney dentro de poco.

—Yo también espero con impaciencia trabajar con usted —dijo Townsend—, y estoy seguro de que nos tropezaremos el uno con el otro de vez en cuando. —Se volvió luego hacia Duncan Alexander—. Gracias —le dijo—. Estamos en paz.

Duncan extendió la mano hacia él, pero Townsend ya se dirigía hacia la puerta. Vio cómo se cerraban las puertas del ascensor antes de poder apretar el botón de bajada. Cuando finalmente consiguió un taxi, el taxista se negó a superar los límites de velocidad a pesar de los halagos, sobornos y finalmente gritos de Townsend. Al llegar a la terminal, pudo ver el Douglas DC4 que se elevaba en el aire, por encima de él, indiferente a su último pasajero que se había quedado en tierra, varado en un taxi.

—Tuvo que haber despegado a su hora, para variar —dijo el taxista con un encogimiento de hombros.

No pudo decirse lo mismo del vuelo siguiente, que estaba programado para despegar una hora más tarde, pero que terminó por hacerlo con cuarenta minutos de retraso.

Townsend comprobó su reloj por enésima vez, se dirigió a una cabina telefónica y buscó el número de Susan en la guía de Adelaida. La telefonista le dijo que el número estaba ocupado. Volvió a llamar cinco minutos más tarde y no obtuvo respuesta. Quizá estuviera en la ducha. Trataba de imaginar la escena cuando se anunció por el servicio de altavoces: «Última llamada para los pasajeros en vuelo a Adelaida».

Le pidió a la telefonista que lo intentara por última vez, pero el número volvía a estar ocupado. Lanzó una maldición por lo bajo, colgó el teléfono y echó a correr hacia el avión, al que logró subir justo antes de que cerraran la portezuela. Se pasó todo el vuelo propinando ligeros puñetazos sobre el reposabrazos, pero eso no hizo que el avión volara más rápido.

Sam estaba de pie junto al coche, con aspecto impaciente, cuando su jefe salió corriendo de la terminal. Lo condujo a Adelaida ignorando todas las señales de límite de velocidad, pero cuando dejó a su jefe frente a L'Étoile, el *maître* ya había tomado

nota de los últimos pedidos.

Townsend intentó explicar lo sucedido, pero Susan pareció comprenderlo incluso antes de que él abriera la boca.

—Intenté llamarte desde el aeropuerto, pero encontré tu teléfono ocupado o no me contestó nadie. —Observó los cubiertos sin tocar, delante de ella—. ¿No me digas que no has cenado?

—No, no tenía tanto apetito —contestó ella y le tomó de la mano—. Pero tú debes de estar hambriento, y apuesto a que todavía quisieras celebrar tu triunfo. Si pudieras elegir, ¿qué es lo que más te gustaría hacer?

A la mañana siguiente, cuando Townsend entró en su despacho, encontró a Bunty inclinada sobre la mesa, sosteniendo una hoja de papel. Daba la impresión de haber permanecido allí durante algún tiempo.

—¿Algún problema? —preguntó Townsend al cerrar la puerta.

—No. Solo que parece haber olvidado usted que me jubilo a finales de mes.

—No, no lo había olvidado —dijo Townsend, sentándose tras la mesa—. Simplemente, no creía...

—Las normas de la compañía son muy claras al respecto —dijo Bunty—. Cuando una empleada alcance la edad de sesenta años...

—¡Usted no tendrá nunca sesenta años, Bunty!

—... debe jubilarse el último viernes del mes natural en que los cumpla.

—Las normas están para romperlas.

—Su padre decía que no debía haber ninguna excepción a esa regla, y yo estoy de acuerdo con él.

—Pero por el momento no he tenido tiempo para buscar a nadie más, Bunty. Con las negociaciones del *Chronicle* y...

—Ya me había anticipado a ese problema —dijo ella, sin amilanarse—. Y he encontrado a la sustituta ideal.

—Pero ¿cuáles son sus calificaciones? —preguntó Townsend, dispuesto a rechazarlas inmediatamente como inadecuadas.

—Es mi sobrina —fue la respuesta— y, lo que es más importante, procede del lado de Edimburgo de la familia.

A Townsend no se le ocurrió una respuesta más adecuada.

—Bueno, en ese caso será mejor que acuerde una cita para que la conozca. —Hizo una pausa, antes de añadir—: En algún momento del mes que viene.

—En estos momentos está sentada en mi despacho, y puede entrevistarse con usted ahora mismo —dijo Bunty.

—Ya sabe lo muy ocupado que estoy —dijo Townsend que, sin embargo, miró la hoja en blanco de su dietario.

Evidentemente, Bunty se había asegurado de que no tuviera ninguna cita durante

aquella mañana. Le entregó la hoja de papel que sostenía en la mano.

Empezó a estudiar el curriculum de la señorita Younger, con la intención de encontrar alguna excusa para no verla. Al llegar al final de la página, asintió de mala gana.

—Está bien, la veré ahora.

Cuando Heather Younger entró en el despacho, Townsend se levantó y esperó hasta que ella se hubo sentado frente a la mesa. La señorita Younger medía uno setenta y cinco de estatura, y Townsend sabía por su curriculum que tenía veintiocho años, aunque parecía bastante mayor. Vestía un jersey verde y una falda de paño. Las medias marrones le hicieron pensar a Townsend en las cartillas de racionamiento, y los zapatos que llevaba habrían sido descritos por su madre como sensatos.

El pelo era castaño rojizo, sujeto en un moño, sin que hubiera un solo cabello fuera de lugar. La primera impresión de Townsend fue la de encontrarse con una nueva señorita Steadman, una ilusión que se intensificó cuando la señorita Younger empezó a contestar sus preguntas con resolución y eficiencia.

La entrevista duró once minutos, y la señorita Younger empezó a trabajar el lunes siguiente.

Townsend aún tuvo que esperar otras seis semanas antes de que el *Chronicle* fuera legalmente suyo. Durante ese tiempo, vio a Susan casi cada día. Cada vez que le preguntaba por qué se quedaba en Adelaida cuando tenía la sensación de que el *Chronicle* necesitaba tanto de su tiempo y de su atención, se limitaba a contestar:

—Mientras no sea el propietario legal del periódico, no puedo hacer nada al respecto. Y si tuvieran idea de lo que les espera, habrían roto el contrato mucho antes de que transcurrieran las seis semanas.

De no haber sido por Susan, aquellas seis semanas le habrían parecido interminables, aunque ella se burlaba continuamente de él acerca de las raras veces que llegaba a tiempo a una cita. Finalmente, él solucionó el problema el día en que le sugirió:

—Quizá todo resultaría más fácil si te instalaras a vivir conmigo.

El domingo por la tarde, antes de que Townsend entrara oficialmente en posesión del *Chronicle*, ambos volaron juntos a Sydney. Townsend le pidió al taxista que se detuviera delante del edificio del periódico antes de continuar hasta el hotel. Al llegar, tomó a Susan por el codo y le hizo cruzar la calle. Una vez que estuvieron en la acera de enfrente, él se volvió a mirar el edificio del *Chronicle*.

—A partir de esta medianoche me pertenece —dijo con un apasionamiento que ella no le había visto nunca.

—Yo más bien esperaba que fueras tú el que me pertenecieras a partir de esta medianoche —bromeó ella.

Al llegar al hotel, a Susan le sorprendió encontrar a Bruce Kelly, que les esperaba

en el vestíbulo. Todavía se sorprendió más al oír a Keith pedirle que les acompañara a cenar.

La atención de Susan se desviaba continuamente, mientras Keith explicaba sus planes para el futuro del periódico como si ella no estuviera presente. Le extrañó el hecho de que el director del *Chronicle* no hubiera sido invitado también a cenar con ellos. Una vez que Bruce se marchó, ella y Keith tomaron el ascensor hasta el último piso y desaparecieron en habitaciones separadas. Keith estaba sentado ante la mesa, repasando unas cifras, cuando ella se deslizó en el interior de su habitación a través de la puerta que las conectaba.

El propietario del *Chronicle* se levantó pocos minutos antes de las seis de la mañana siguiente y ya había salido del hotel mucho antes de que Susan despertara. Caminó hasta Pitt Street, y se detuvo en cada quiosco de periódicos que encontró en su camino. Las cosas no estaban tan mal como durante su primera experiencia con el *Gazette*, pensó al llegar frente al edificio del *Chronicle*, aunque podrían haber sido mucho mejores.

Entró en el vestíbulo y le dijo al guardia de seguridad de la recepción que deseaba ver al director y al director general en cuanto llegaran, y que necesitaría inmediatamente a un cerrajero. Esta vez, al recorrer el edificio, nadie preguntó quién era.

Townsend se sentó en el sillón de *sir* Somerset por primera vez y se dedicó a leer la última edición del *Chronicle* de aquella mañana. Tomó algunas notas, y cuando hubo leído el periódico de cabo a rabo, se levantó del sillón y empezó a recorrer el despacho de un lado a otro, deteniéndose de vez en cuando para mirar hacia el puerto de Sydney. Minutos después, cuando llegó el cerrajero, le dijo exactamente lo que necesitaba que se hiciera.

—¿Cuándo? —le preguntó el hombre.

—Ahora —contestó Townsend.

Regresó ante su mesa y se sentó, preguntándose cuál de los dos hombres llegaría el primero. Tuvo que esperar otros cuarenta minutos antes de que alguien llamara a su puerta. Nick Watson, el director del *Chronicle*, entró y encontró a Townsend con la cabeza inclinada, enfrascado en la lectura de una abultada carpeta.

—Lo siento, Keith —empezó a decir—. No tenía ni idea de que llegaría tan pronto en su primer día. —Townsend levantó la mirada y Watson añadió—: ¿Puede ser una entrevista rápida? A las diez tengo que presidir la conferencia matinal.

—Hoy no presidirá usted la conferencia matinal —dijo Townsend—. Le he pedido a Bruce Kelly que lo haga.

—¿Qué? Pero yo soy el director —dijo Nick.

—No, ya no lo es —dijo Townsend—. Le voy a ascender.

—¿Ascenderme? —preguntó Nick.



—Así es.

—Podrá leer el anuncio en el periódico de mañana. Será usted el director emérito del *Chronicle*.

—¿Qué significa eso?

—La «e» significa en realidad «ex». En cuanto a lo de «mérito», significa que se lo merece. —Townsend esperó un momento a que Nick asumiera la noticia—. Pero no se preocupe, Nick. Cuenta con un pomposo título y el despido de un año completo de su paga.

—Pero le dijo usted a *sir* Somerset, delante de mí, que esperaba con impaciencia trabajar conmigo.

—Sé que lo hice así, Nick —asintió, ligeramente ruborizado—. Pero lo siento, el caso es que le...

Habría terminado la frase si en ese preciso momento no se hubiera oído otra llamada a la puerta. Se abrió y entró Duncan Alexander.

—Siento mucho molestarle, Keith, pero alguien ha cambiado la cerradura de la puerta de mi despacho.

# Evening Chronicle

---

20 DE NOVIEMBRE DE 1947

---

En este feliz día, la radiante princesa Isabel se casa  
con su marino el duque

Charlotte decidió no asistir a la fiesta del sexagésimo cumpleaños de Arno Schultz, porque no se sintió lo bastante segura como para dejar a David con su niñera alemana. Desde que regresara de Lyon, Dick se había mostrado más atento con ella, y a veces incluso llegaba a casa a tiempo para ver a su primogénito antes de que lo acostara.

Aquella noche, Armstrong salió del piso poco después de las siete para dirigirse a casa de Arno. Le aseguró a Charlotte que solo tenía la intención de quedarse un rato, brindar a la salud de Arno y luego regresar a casa. Ella sonrió y le prometió que la cena estaría preparada para cuando volviera.

Recorrió la ciudad presuroso, con la esperanza de que si llegaba antes de que se sentaran a cenar, podría marcharse después de haber tomado una copa. Luego, quizá podría reunirse con Max Sackville para jugar un par de manos de póquer, antes de volver a casa.

Faltaban unos pocos minutos para las ocho cuando Armstrong llamó a la puerta de la casa de Arno. En cuanto su anfitrión le acompañó al salón, lleno de gente, quedó claro que todos le habían esperado antes de sentarse a cenar. Arno le presentó a sus amigos, que le saludaron como si en realidad fuera él el huésped de honor.

Arno le colocó una copa de vino blanco en la mano, un vino que, después de probarlo, Armstrong comprendió que no procedía del sector francés. Luego lo condujo hacia el comedor y lo sentó junto a un hombre que se presentó a sí mismo como Julius Hahn, y al que Arno describió como «mi amigo más antiguo y mi principal rival».

Armstrong ya había escuchado antes aquel nombre, pero no logró situarlo inmediatamente. Al principio, no hizo caso a Hahn y se concentró en la comida que le sirvieron. Había empezado a tomar ya la tenue sopa, sin estar muy seguro de saber con qué animal se había hecho, cuando Hahn empezó a interrogarlo acerca de cómo iban las cosas en Londres. Armstrong no tardó en comprender claramente que este alemán en concreto poseía muchos más conocimientos que él sobre la capital británica.

—Espero que no tarden mucho tiempo en levantar las restricciones sobre los viajes al extranjero —comentó Hahn—. Necesito desesperadamente visitar de nuevo su país.

—No preveo que los aliados lo aprueben, al menos durante algún tiempo más —dijo Armstrong.

La señora Schultz le cambió el tazón de sopa vacío por un plato de empanada de conejo.

—Saberlo me angustia —dijo Hahn—. Cada vez me resulta más difícil controlar

algunos de mis negocios en Londres.

Y entonces Armstrong recordó de qué conocía aquel nombre y, por primera vez, dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato. Hahn era el propietario del *Der Berliner*, el periódico rival, publicado en el sector estadounidense. Pero ¿qué otras empresas poseía?

—Hace tiempo que deseaba conocerle —dijo Armstrong. Hahn le miró sorprendido porque, hasta el momento, Armstrong no había mostrado el menor interés por él—. ¿Cuántos ejemplares del *Berliner* imprimen? —preguntó.

Conocía la cifra, pero quería que Hahn hablara antes de hacerle la pregunta que realmente necesitaba contestar.

—Unos 260 000 diarios —contestó Hahn—. Y me satisface decir que nuestro otro periódico en Frankfurt ha vuelto a vender más de doscientos mil ejemplares.

—¿Cuántos periódicos tiene en total? —preguntó Armstrong con naturalidad, tomando de nuevo el cuchillo y el tenedor.

—Solo esos dos. Tenía diecisiete antes de la guerra, además de varias revistas científicas especializadas. Pero no confío en poder volver a esas cifras mientras no se anulen las restricciones.

—Pero yo creía que a los judíos, y yo mismo lo soy —Hahn volvió a parecer sorprendido—, no se les permitía ser propietarios de periódicos antes de la guerra.

—Eso es cierto, capitán Armstrong. Pero vendí todas mis acciones en la empresa a mi socio, que no era judío, y él me las devolvió pocos días después de terminada la guerra, al mismo precio que había pagado por ellas.

—¿Y las revistas? —preguntó Armstrong, que tomó un trozo de empanada de conejo—. ¿Consiguieron dar beneficios durante estos tiempos tan duros?

—Oh, sí. De hecho, y a largo plazo, es muy posible que demuestren ser una fuente de ingresos mucho más fiable que los periódicos. Antes de la guerra, mi empresa se llevaba la parte del león de las publicaciones científicas alemanas. Pero desde el momento en que Hitler invadió Polonia, se nos prohibió publicar nada que pudiera ser útil para los enemigos del Tercer Reich. En estos momentos me encuentro con un material que supone ocho años de investigación no publicada, incluidos la mayoría de los artículos científicos producidos en Alemania durante la guerra. El mundo editorial pagaría bastante por todo ese material si le encontrara una salida.

—¿Y qué le impide publicarlo ahora? —preguntó Armstrong.

—La editorial de Londres que tenía un acuerdo conmigo ya no está dispuesta a distribuir mi trabajo.

La bombilla que colgaba del techo se apagó de repente y un pequeño pastel sobre el que había una sola vela encendida fue colocado en el centro de la mesa.

—¿Y por qué? —preguntó Armstrong, decidido a no dejar que nada interrumpiera la conversación, mientras Arno Schultz soplabla la vela entre los aplausos de los invitados.

—Desgraciadamente, solo porque el único hijo del presidente resultó muerto en

las playas de Dunquerque —contestó Hahn después de que le sirvieran a Armstrong el trozo más grande de la tarta—. Le he escrito a menudo para expresarle mis condolencias, pero él no me contesta.

—En Inglaterra hay otras muchas editoriales —dijo Armstrong, que tomó una cucharada de tarta y se la llevó a la boca.

—Sí, pero mi contrato no me permite abordar en estos momentos a ninguna otra. Ahora solo me queda esperar unos pocos meses más. Ya tengo decidido qué editorial de Londres representaría mejor mis intereses.

—¿De veras? —preguntó Armstrong, que se limpió las migajas de la boca.

—Si encontrara usted tiempo, capitán Armstrong —dijo el editor alemán—, sería para mí un honor mostrarle mis talleres.

—Tengo numerosos compromisos por el momento.

—Desde luego —asintió Hahn—. Lo comprendo perfectamente.

—Pero quizá pueda pasar a verle la próxima vez que visite el sector estadounidense.

—Hágalo, por favor —dijo Hahn.

Una vez terminada la cena, Armstrong le dio las gracias a su anfitrión por una noche memorable y procuró marcharse al mismo tiempo que lo hacía Julius Hahn.

—Espero que podemos vernos pronto —dijo Hahn cuando salieron juntos a la acera.

—Estoy seguro de que así será —asintió Armstrong, y le estrechó la mano al mejor amigo de Arno Schultz.

Al llegar al piso, pocos minutos antes de la medianoche, Charlotte ya se había acostado y estaba dormida. Se desnudó, se puso un batín y subió a la habitación de David. Permaneció durante algún tiempo junto a la cuna, mirando fijamente a su hijo.

—Crearé un imperio para ti —le susurró—. Un imperio que te puedas sentir orgulloso de recibir de mí.

A la mañana siguiente, Armstrong informó al coronel Oakshott que había asistido a la fiesta del sexagésimo cumpleaños de Arno Schultz, pero no le dijo que en ella había conocido a Julius Hahn. La única noticia que Oakshott tenía para él era que el mayor Forsdyke le había telefonado para decirle que deseaba que hiciera otra escapada al sector ruso. Armstrong prometió ponerse en contacto con Forsdyke, pero no dijo que tenía la intención de visitar antes el sector estadounidense.

—Y a propósito, Dick —comentó el coronel—, no he visto su artículo sobre la forma en que tratamos a los alemanes en nuestros campos de internamiento.

—No, señor. Siento decirle que esos condenados *krauts* no quisieron cooperar. Me temo que todo eso no fue más que una pérdida de tiempo.

—No me sorprende tanto —comentó Oakshott—. Ya se lo advertí...

—Y al final ha demostrado tener razón, señor.

—De todos modos, siento mucho saberlo, porque sigue pareciéndome importante construir puentes de comunicación con esta gente y recuperar su confianza.

—No podría estar más de acuerdo con usted, señor —dijo Armstrong—. Y puedo asegurarle que no hago otra cosa que procurar jugar mi papel en ese sentido.

—Lo sé muy bien, Dick. ¿Cómo le van las cosas al *Telegraf* en estos tiempos tan difíciles?

—Nunca le han ido mejor —contestó—. A partir del mes que viene tendremos una edición dominical en las calles, y el periódico sigue rompiendo records.

—Eso es magnífico —exclamó el coronel—. Y a propósito, acabo de enterarme de que el duque de Gloucester hará una visita oficial a Berlín el próximo mes. Podría ser material para un buen artículo.

—¿Le gustaría verlo publicado en la primera página del *Telegraf*? —preguntó Armstrong.

—No hasta que consiga el visto bueno de seguridad. Entonces podrá tener usted..., ¿cómo se dice?..., una exclusiva.

—Qué interesante —dijo Armstrong, que recordó la predilección del coronel por los dignatarios de visita, sobre todo si eran miembros de la familia real.

Se levantó para marcharse.

—No olvide ponerse en contacto con Forsdyke —fueron las últimas palabras del coronel, antes de que Armstrong le saludara y se dirigiera en *jeep* a su despacho.

Pero Armstrong tenía en su mente consideraciones más apremiantes que ponerse en contacto con un mayor del servicio de seguridad. En cuanto hubo despachado la correspondencia que encontró sobre su mesa, le advirtió a Sally que pasaría el resto del día en el sector estadounidense.

—Si llamara Forsdyke —le advirtió—, acuerde una cita para verme con él a cualquier hora de mañana.

Durante el trayecto hasta el sector estadounidense, conducido por Benson, Armstrong repasó la secuencia de acontecimientos que sería necesario desplegar para que todo pareciera casual. Le ordenó a Benson que se detuviera en Holt & Co., de donde retiró cien libras de su cuenta, lo que representaba casi todo su saldo. Apenas dejó en la cuenta una suma simbólica, ya que seguía siendo un delito para un oficial británico tener una cuenta bancaria en números rojos, algo que podía llevarlo ante un consejo de guerra.

Una vez que cruzó al sector estadounidense, Benson se detuvo frente a otro banco, donde Armstrong cambió las libras esterlinas por un total de 410 dólares. Esperaba que eso fuera suficiente para conseguir que Max Sackville encajara en sus planes. Los dos almorzaron plácidamente en el comedor estadounidense, y Armstrong acordó reunirse con el capitán aquella misma noche, para la habitual partida de póquer. Al regresar al *jeep*, le ordenó a Benson que lo llevara hasta las oficinas del *Berliner*.

A Julius Hahn le sorprendió ver tan pronto al capitán Armstrong, después de su

primer encuentro del día anterior, pero dejó inmediatamente lo que estaba haciendo para enseñar los talleres a su distinguido visitante. Armstrong solo tardó unos pocos minutos en darse cuenta del tamaño del imperio que controlaba Hahn, a pesar de que él no dejaba de repetir con un tono de autolamentación:

—Nada es ya como en los viejos tiempos.

Terminada la visita, incluidas las veintiuna prensas, instaladas en el sótano, fue plenamente consciente de lo insignificante que era el *Telegraf* en comparación con el equipo de Hahn, sobre todo después de que este comentara que tenía otros siete talleres de impresión de aproximadamente el mismo tamaño en otras partes de Alemania, incluido uno en el sector ruso de Berlín.

Pocos minutos después de las cinco, antes de abandonar el edificio, Armstrong le dio las gracias a Julius, como había empezado a llamarle.

—Tenemos que volver a vernos pronto, amigo mío. ¿Le importaría acompañarme a almorzar algún día?

—Es muy amable por su parte —contestó Hahn—. Pero, como seguramente sabe, capitán Armstrong, no se me permite visitar el sector británico.

—En ese caso, tendré que ser yo quien acuda a visitarle —dijo Armstrong con una sonrisa.

Hahn acompañó a su visitante hasta la puerta y le estrechó cálidamente la mano. Armstrong cruzó la calle y caminó por una de las calles laterales, ignorando a su chófer. Se detuvo al llegar a un bar llamado Joe's, y se preguntó cómo se llamaba antes de la guerra. Entró en el momento en que Benson detenía el *jeep* a pocos metros de distancia.

Armstrong pidió una Coca-Cola y se sentó en una mesa, en un rincón del bar. Le alivió comprobar que nadie le reconocía o hacía intento alguno por acercársele. Después de tomar una tercera Coca-Cola, comprobó que los 410 dólares estaban donde los había guardado. Iba a ser una noche muy larga.

—¿Dónde demonios está? —preguntó Forsdyke.

—El capitán Armstrong tuvo que ir al sector estadounidense poco antes de almorzar, señor —contestó Sally—. Surgió algo urgente después de su reunión con el coronel Oakshott. Pero antes de marcharse me pidió que acordara una entrevista con usted si llamaba.

—Muy considerado por su parte —dijo Forsdyke con sarcasmo—. Resulta que algo urgente ha surgido en el sector británico, y quedaría muy agradecido si el capitán Armstrong se presentara en mi oficina mañana a las nueve.

—Me ocuparé de que reciba el mensaje en cuanto regrese, mayor Forsdyke —le aseguró Sally.

Habría tratado de localizar a Dick inmediatamente, pero no tenía ni la más remota idea de dónde estaba.

—¿Mano de cinco cartas, como siempre? —preguntó Max, que empujó una botella de cerveza y un abridor sobre la mesa de tapete verde.

—Me parece bien —contestó Armstrong, que empezó a barajar.

—Esta noche tengo muy buena sensación, amigo mío —comentó Max, que se quitó la chaqueta y la colgó sobre el respaldo de la silla—. Espero que dispongas de mucho dinero para gastar.

Se sirvió la cerveza lentamente en un vaso.

—Suficiente —contestó Armstrong.

Apenas tomó un sorbo de cerveza, consciente de que tendría que permanecer perfectamente sobrio durante varias horas. Terminó de barajar, Max hizo el corte y encendió un cigarrillo.

Al final de la primera hora, Armstrong ya ganaba 70 dólares y la palabra «suerte» seguía flotando desde el otro lado de la mesa. Empezó la segunda hora con una reserva de casi 500 dólares.

—Has tenido mucha suerte hasta el momento —dijo Max, que terminó el contenido de su cuarta cerveza—. Pero la noche no ha terminado aún.

Armstrong sonrió y asintió. Lanzó una carta a su oponente y se sirvió una segunda. Comprobó las cartas: el cuatro y el nueve de espadas. Colocó cinco dólares sobre la mesa y repartió las cartas.

Max cubrió la apuesta con sus cinco dólares y levantó la esquina de su carta para comprobar qué le había servido Dick. Intentó no sonreír, y apostó otros cinco dólares para superar la apuesta de Armstrong, que sirvió una quinta carta y estudió su mano durante un rato, antes de colocar un billete de diez dólares para superar la apuesta. Max no vaciló en sacar un billete de diez dólares de la cartera, que dejó sobre el montón de billetes, en el centro de la mesa. Se humedeció los labios.

—Te las veo, compañero.

Armstrong la dio la vuelta a sus cartas y reveló una pareja de cuatros. La sonrisa de Max se hizo más amplia al mostrar una pareja de diez.

—No te puedes echar un farol conmigo —dijo el estadounidense, que recogió el dinero hacia su lado de la mesa.

Al final de la segunda hora, Max iba ligeramente por delante.

—Ya te advertí que sería una noche larga —le dijo.

Hacía rato que había dejado el vaso y bebía directamente de la botella.

Fue durante la tercera hora, después de que Max ganara tres manos seguidas, cuando Dick sacó a relucir el nombre de Julius Hahn en la conversación.

—Afirma conocerte.

—Sí, claro que me conoce —asintió Max—. Es el responsable de editar el periódico en este sector, aunque yo no lo he leído nunca.

—Parece tener mucho éxito —comentó Armstrong, mientras repartía las cartas de otra mano.



—Ciertamente, pero solo gracias a mí.

Armstrong colocó diez dólares sobre la mesa, a pesar de que solo tenía un as. Inmediatamente, Max cubrió la apuesta y pidió otra carta.

—¿Qué quieres decir con eso de «solo gracias a mí»? —preguntó Armstrong, que puso un billete de veinte dólares sobre el creciente montón.

Max vaciló. Comprobó sus cartas y miró el montón.

—¿Acabas de apostar esos veinte dólares?

Armstrong asintió con un gesto y el estadounidense sacó veinte dólares del bolsillo de su chaqueta.

—No podría ni limpiarse el culo por la mañana si yo no le entregara el papel —dijo Max, que estudió su mano con atención concentrada—. Yo le entrego su permiso mensual, controlo el suministro de papel, decido la electricidad que recibe, cuándo se cortará y se dará..., como tú y Arno Schultz sabéis muy bien.

Max levantó la mirada al ver que Armstrong sacaba un fajo de billetes de su cartera.

—Creo que te marcas un farol, muchacho —dijo Max—. Lo huelo. —Vaciló, antes de preguntar—: ¿Cuánto has puesto esta vez?

—Cincuenta dólares —contestó Armstrong con naturalidad, como sin darle importancia.

Max introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó dos billetes de diez y seis de cinco, que dejó cautelosamente sobre la mesa.

—Veamos con qué nos has salido esta vez —dijo receloso.

Armstrong mostró una pareja de sietes. Max se echó a reír inmediatamente y mostró tres sotas.

—Lo sabía. Estás lleno de mierda. —Tomó otro trago de la botella. Al comenzar a barajar para la siguiente mano, la sonrisa no desapareció de su rostro—. No sé a cuál de los dos sería más fácil limpiar, si a ti o a Hahn —dijo con una voz que ya empezaba a arrastrar las palabras.

—¿Estás seguro de que no es la bebida lo que te hace hablar así? —preguntó Dick, que estudió su mano con poco interés.

—Ya veremos quién habla el último —fanfarroneó Max—. Dentro de una hora te habré dejado limpio.

—No me refería a mí —dijo Armstrong, que dejó otro billete de cinco dólares sobre la mesa—. Hablaba de Hahn.

Se produjo una larga pausa, mientras Max tomaba otro trago de la botella. Luego estudió sus cartas, antes de dejarlas boca abajo sobre el tapete. Armstrong se sirvió otra carta y apostó otros diez dólares. Max pidió otra carta y al verla empezó a relamerse los labios. Se volvió hacia la chaqueta y sacó otros diez dólares.

—Veamos lo que tienes esta vez, compañero —dijo Max, seguro de que ganaría esta vez con dobles parejas de ases y sotas.

Armstrong le mostró un trío de cincos. Max frunció el ceño al ver cómo sus

ganancias regresaban al otro lado de la mesa.

—¿Estarías dispuesto a poner verdadero dinero en lugar de esa bocaza que tienes?  
—preguntó.

—Acabo de hacerlo —contestó Dick, que se embolsó el dinero.

—No, me refiero a Hahn. —Dick no dijo nada—. Estás lleno de mierda —dijo Max al ver que Dick guardaba silencio durante un rato.

Dick dejó el mazo de cartas sobre la mesa, miró a su oponente y le dijo fríamente:

—Apostaría mil dólares a que no puedes expulsar a Hahn del negocio.

Max dejó la botella en el suelo y lo miró fijamente, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—¿Cuánto tiempo me darías?

—Seis semanas.

—No, eso no es suficiente. No olvides que todo tiene que parecer como si nada tuviera que ver conmigo. Necesitaré por lo menos seis meses.

—No dispongo de seis meses —dijo Armstrong—. Yo siempre podría cerrar el *Telegraf* en seis semanas si quisieras invertir la apuesta.

—Pero Hahn dirige una organización mucho más grande que la de Arno Schultz —dijo Max.

—Soy consciente de ello. Por eso te daré tres meses.

—En ese caso espero que me des ventaja.

Una vez más, Armstrong fingió que se tomaba tiempo para considerar la propuesta.

—De dos a uno —dijo finalmente.

—Si fuera de tres a uno estaría de acuerdo —dijo Max.

—Acabas de cerrar un trato —dijo Armstrong.

Los dos hombres se inclinaron sobre la mesa y se estrecharon las manos. Luego, el capitán estadounidense se levantó de la silla, con movimientos torpes y se dirigió hacia la pared, de donde colgaba un calendario con una mujer escasamente vestida. Levantó las páginas hasta llegar a octubre, sacó una pluma del bolsillo superior de la chaqueta, contó en voz alta y trazó un gran círculo alrededor del día diecisiete.

—Ese será el día en que recibiré mis mil dólares —dijo.

—No tienes la menor esperanza de conseguirlo —le advirtió Armstrong—. He conocido a Hahn y te puedo asegurar que no te será tan fácil arrollarlo.

—Tú límitate a observar lo que hago —fanfarroneó Max mientras regresaba a la mesa—. Voy a hacer con Hahn lo que los mismos alemanes no llegaron a hacerle.

Max empezó a servir una nueva mano. Durante la hora siguiente, Dick continuó recuperando la mayor parte de lo que había perdido hasta entonces. Pero al marcharse, poco antes de la medianoche, Max todavía se relamía los labios.

A la mañana siguiente, al salir del cuarto de baño, Dick encontró a Charlotte sentada

en la cama, totalmente despierta.

—¿A qué hora llegaste a casa anoche? —le preguntó fríamente mientras él abría un cajón de la cómoda para buscar una camisa limpia.

—A las doce —contestó Dick—. Quizá fuera la una. Cené fuera para que no tuvieras que preocuparte por mí.

—Preferiría que llegaras a casa a una hora civilizada, y que pudiéramos cenar alguno de los platos que te preparo cada noche.

—Tal como te digo continuamente, todo lo que hago redundará en tu interés.

—Empiezo a pensar que no sabes cuál es mi interés —dijo Charlotte.

Dick observó el reflejo de su esposa en el espejo, pero no dijo nada.

—Si no vas a hacer nunca el esfuerzo de sacarnos de este condenado agujero, quizá haya llegado el momento de que yo regrese a Lyon.

—Mi documentación de desmovilización ya no debe tardar mucho tiempo más —dijo Dick, comprobando su nudo Windsor en el espejo—. El coronel Oakshott me ha asegurado que todo estará listo en tres meses como máximo.

—¿Tres meses más? —preguntó Charlotte con incredulidad.

—Ha surgido algo que podría ser muy importante para nuestro futuro.

—Y, como siempre, supongo que no puedes decirme de qué se trata.

—No, es máximo secreto.

—Muy conveniente —dijo Charlotte—. Cada vez que quiero discutir contigo lo que sucede en nuestra vida, me vienes con que «ha surgido algo», y cuando te pregunto por los detalles, siempre me dices que es máximo secreto.

—Eso no es justo —dijo Dick—. Es algo del máximo secreto. Y todo lo que trato de conseguir será al final para ti y para David.

—¿Cómo lo sabrías? Nunca estás aquí cuando acuesto a David, y ya te has marchado a la oficina mucho antes de que él se despierte por la mañana. Últimamente te ve tan poco, que ni siquiera está seguro de saber si su padre eres tú o el soldado Benson.

—Tengo responsabilidades que cumplir —dijo Dick, que elevó el tono de voz.

—En efecto —asintió Charlotte—. Responsabilidades con tu familia. Y la más importante debería ser sin duda la de sacarnos lo antes posible de esta ciudad olvidada de Dios.

Dick se puso la chaqueta caqui y se volvió hacia ella.

—Sigo ocupándome de eso. No es nada fácil por el momento. Tienes que procurar comprender.

—Creo que lo comprendo todo muy bien, ya que parece algo notablemente fácil de hacer para otras personas a las que conozco. Y, como no deja de recordarnos el *Telegraf*, los trenes salen ahora de Berlín por lo menos dos veces al día. Quizá David y yo debamos tomar uno.

—¿Qué quieres decir con eso? —gritó Dick, que avanzó un paso hacia ella.

—Sencillamente, que una noche podrías regresar a casa y descubrir que ya no

tienes esposa ni hijo.

Dick avanzó otro paso hacia ella y levantó el puño, pero Charlotte no se arredró. Dick se detuvo y la miró fijamente a los ojos.

—Vas a tratarme de la misma forma que tratas a todo el mundo por debajo del rango de capitán, ¿verdad?

—No sé ni por qué me molesto —dijo Dick, que bajó el puño—. No me ofreces ningún apoyo cuando más lo necesito, y cada vez que intento hacer algo por ti, no haces más que quejarte. —Charlotte ni siquiera palideció—. Regresa junto a tu familia si eso es lo que deseas, estúpida zorra, pero no creas que voy a ser yo el que vaya corriendo detrás de ti.

Salió hecho una furia del dormitorio, tomó la gorra y el bastón de mando del paraguero, bajó con rapidez la escalera y salió por la puerta. Benson estaba sentado en el *jeep*, con el motor en marcha, a la espera de llevarlo a la oficina.

—¿Y dónde demonios te crees que vas a terminar si me dejas? —dijo Armstrong mientras subía al asiento delantero del *jeep*.

—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó Benson.

Armstrong se volvió hacia el chófer.

—¿Está usted casado, Reg? —le preguntó.

—No, señor. Hitler me salvó justo a tiempo.

—¿Hitler?

—Sí, señor. Fui llamado a filas tres días antes de la boda.

—¿Y ella le sigue esperando?

—No, señor. Se casó con mi mejor amigo.

—¿La echa de menos?

—No, pero a él sí.

Armstrong todavía se reía cuando Benson detuvo el *jeep* delante de la oficina.

La primera persona con la que se encontró en cuanto entró en el edificio fue a Sally.

—¿Recibió mi mensaje? —preguntó ella.

—¿Qué mensaje? —replicó Armstrong, que se detuvo inmediatamente.

—Ayer le llamé por teléfono a casa, y le pedí a Charlotte que le dijera que el mayor Forsdyke espera verle en su oficina a las nueve de la mañana.

—Maldita mujer —exclamó Armstrong, que se dio la vuelta, pasó junto a Sally y se dirigió hacia la puerta de salida—. ¿Qué más tengo hoy? —preguntó sin detenerse.

—No hay muchos compromisos —informó ella, echando a correr tras él—, excepto una cena esta noche en honor del mariscal de campo Auchinleck. Charlotte también ha sido invitada. Tiene que estar en el comedor de oficiales a las siete; la cena empezará a las siete y media. Van a estar presentes todos los jefazos.

—No espere que vuelva antes del almuerzo —le dijo Armstrong al llegar a la puerta.

Benson apagó rápidamente el cigarrillo que acababa de encender.

—¿A dónde vamos esta vez, señor? —preguntó en cuanto Armstrong se hubo instalado a su lado.

—A la oficina del mayor Forsdyke. Necesito estar allí a las nueve.

—Pero, señor... —empezó a decir Benson al tiempo que ponía el motor en marcha.

Decidió no comentarle al capitán que hasta el propio Nuvolari se las vería y desearía para estar en el otro lado del sector en apenas diecisiete minutos.

Armstrong llegó ante la oficina de Forsdyke con sesenta segundos de anticipación. Benson solo se sentía complacido por el hecho de que no les hubiera detenido la policía militar.

—Buenos días, Armstrong —saludó Forsdyke en cuanto Dick entró en su despacho. Esperó a que él saludara, pero no lo hizo—. Ha surgido algo urgente. Necesitamos que le entregue un paquete a su amigo, el mayor Tulpanov.

—No es mi amigo —replicó Armstrong con sequedad.

—No hay necesidad de ser tan sensible, compañero —dijo Forsdyke—. A estas alturas ya debería saber que no se puede permitir serlo trabajando para mí.

—Yo no trabajo para usted —barbotó Armstrong.

Forsdyke miró al hombre que estaba de pie al otro lado de su mesa. Sus ojos se estrecharon y sus labios se apretaron en una línea recta.

—Soy muy consciente de la influencia que tiene usted en el sector británico, capitán Armstrong, pero me permito recordarle que por muy poderoso que crea ser, mi rango es superior al suyo. Y, quizá lo que sea todavía más importante, yo no tengo ningún interés en aparecer en la primera página de su terrible y pequeño andrajo. Así que será mejor que deje de armar jaleo con su ego excesivamente engraido y se dedique a cumplir con el trabajo que hay que hacer.

Siguió un prolongado silencio.

—¿Deseaba usted que hiciera una entrega? —consiguió preguntar Armstrong al cabo de un rato.

—Así es —contestó el mayor. Abrió un cajón de la mesa, sacó un paquete del tamaño de una caja de zapatos y se lo entregó a Armstrong—. Ocúpese de que el mayor Tulpanov reciba esto lo antes posible.

Armstrong tomó el paquete, se lo colocó bajo el brazo izquierdo, saludó de una forma exagerada y salió del despacho del mayor.

—Al sector ruso —ladró en cuanto hubo subido al *jeep*.

—Sí, señor —contestó Benson, complacido por haber podido dar esta vez un par de chupadas a su cigarrillo.

Pocos minutos más tarde, habían cruzado al sector ruso. Armstrong le ordenó que se detuviera junto al bordillo de la acera.

—Espere aquí y no se mueva hasta que yo regrese —le ordenó.

Se bajó del *jeep* y echó a caminar hacia la Leninplatz.

—Disculpe, señor —dijo Benson, que bajó del *jeep* y salió corriendo tras él.

Armstrong se giró en redondo y miró enfurecido a su chófer.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

—¿No necesitará esto, señor? —preguntó, tendiéndole el paquete envuelto en papel marrón.

Armstrong le arrebató el paquete y se alejó sin decir una sola palabra. Benson se preguntó si su jefe iría a visitar a una amante, a pesar de que el reloj de la catedral acababa de hacer sonar las diez campanadas.

Al llegar a la Leninplatz, pocos minutos más tarde, todavía no se había aplacado su temperamento. Entró directamente en el edificio y subió rápidamente la escalera, cruzó la estancia donde estaba la secretaria y se dirigió directamente al despacho de Tulpanov.

—Disculpe, señor —dijo la secretaria, que se levantó de un salto.

Pero ya era demasiado tarde. Armstrong llegó ante la puerta de Tulpanov antes de que ella pudiera alcanzarlo. Sin la menor vacilación, la abrió y entró.

Se detuvo en seco al ver con quién estaba hablando Tulpanov.

—Lo siento, señor —balbuceó, y se volvió rápidamente para salir, tropezando casi con la secretaria que llegaba en ese instante.

—No, Lubji, por favor —dijo Tulpanov—. ¿No quiere unirse a nosotros?

Armstrong se volvió, se puso firme y saludó enérgicamente. Su rostro se enrojecía cada vez más.

—Mariscal —dijo el hombre de la KGB—, creo que no conoce usted al capitán Armstrong, que está a cargo de las relaciones públicas para el sector británico.

Armstrong le estrechó la mano al comandante del sector ruso, y se disculpó de nuevo por haberle interrumpido, aunque esta vez presentó sus excusas en ruso.

—Encantado de conocerle —dijo el mariscal Zhukov en su propia lengua—. Si no me equivoco, creo que esta noche estaré sentado a su lado, durante la cena.

Armstrong le miró, sorprendido.

—No lo creo, señor.

—Oh, sí —afirmó Zhukov—. Esta misma mañana he comprobado la lista de invitados. Tendré el placer de sentarme junto a su esposa.

Se produjo un incómodo silencio durante el que Armstrong decidió no aventurar más opiniones.

—Gracias por venir, señor —dijo entonces Tulpanov, rompiendo el silencio—. Y por haber aclarado ese pequeño malentendido.

El mayor Tulpanov le saludó sin mucho entusiasmo. Zhukov respondió de la misma manera y salió del despacho sin añadir nada más. Una vez que se hubo cerrado la puerta tras él, Armstrong preguntó:

—¿Es costumbre en su ejército que los mariscales visiten a los mayores?

—Solo cuando los mayores pertenecen a la KGB —contestó Tulpanov con una sonrisa. Su mirada se fijó en el paquete—. Veo que me trae usted un regalo.

—No tengo ni idea de lo que es —le aseguró Armstrong, entregándole el paquete

—. Lo único que sé es que Forsdyke me pidió que se lo entregara inmediatamente.

Tulpanov tomó el paquete y desató lentamente la cuerda, como un niño que desarrollara un inesperado regalo de Navidad. Apartó el papel marrón que lo envolvía, levantó la tapa de la capa y extrajo un par de zapatos marrones de Church. Se los probó.

—Me sientan perfectamente —dijo, mirándose las puntas, muy brillantes—. Quizá Forsdyke sea lo que su amigo Max llamaría un arrogante hijo de puta, pero siempre se puede confiar en los ingleses para que le suministren a uno las cosas más exquisitas de la vida.

—¿De modo que no soy más que un chico de los recados? —preguntó Armstrong.

—En nuestro servicio, Lubji, le puedo asegurar que no hay puesto más alto.

—Le dije a Forsdyke, y se lo repito a usted ahora... —empezó a decir Armstrong, levantando la voz.

Pero se detuvo en mitad de la frase.

—Veo que, por usar otra expresión inglesa, hoy se ha levantado por el lado equivocado de la cama —comentó el mayor del KGB. Armstrong estaba de pie ante él, casi temblando de rabia—. No, no, continúe Lubji. Dígame a mí lo que le dijo a Forsdyke.

—Nada. No le dije nada.

—Me alegra oír eso —dijo el mayor—. Porque debe comprender que yo soy la única persona a la que se puede permitir decirle cualquier cosa.

—¿Qué le hace estar tan seguro de eso? —preguntó Armstrong.

—Porque, lo mismo que Fausto, ha firmado usted un contrato con el diablo. —Hizo una pausa—. Y quizá porque también estoy al corriente de su pequeña argucia para desestabilizar..., ah, otra admirable palabra inglesa que expresa admirablemente sus intenciones..., al señor Julius Hahn.

Por un momento, Armstrong pareció a punto de protestar. El mayor enarcó una ceja, pero Armstrong no dijo nada.

—Debería haberme comunicado su pequeño secreto desde el principio, Lubji —continuó Tulpanov—. Entonces habríamos jugado nuestro papel. Habríamos interrumpido la corriente eléctrica, por no hablar del suministro de papel al taller de Hahn en el sector ruso. Pero claro, probablemente no sabía usted que imprime todas sus revistas en un edificio situado apenas a un tiro de piedra de donde estamos ahora. Si hubiera confiado en nosotros, habríamos podido facilitarle considerablemente al capitán Sackville... el cobro de sus mil dólares.

Armstrong siguió sin decir nada.

—Pero quizá sea exactamente eso lo que había planeado usted. Una ventaja de tres a uno está bastante bien, Lubji, siempre y cuando yo sea uno de los tres.

—Pero ¿cómo ha...?

—Ha vuelto a subestimarnos de nuevo, Lubji. Pero tranquilícese, porque todavía

queremos lo mejor para usted. —Tulpanov se dirigió hacia la puerta—. Y dígale al mayor Forsdyke, la próxima vez que lo vea, que todo ha encajado perfectamente.

Estaba claro que, en esta ocasión, no tenía la intención de invitarlo a almorzar. Armstrong saludó, abandonó el despacho de Tulpanov y regresó de malhumor al *jeep*.

—Al *Telegraf* —le dijo tranquilamente a Benson.

Solo fueron retenidos unos pocos minutos en el puesto de control, antes de que se les permitiera acceder al sector británico. Al entrar en los talleres del *Telegraf* le sorprendió ver las máquinas todavía en marcha. Se dirigió directamente hacia donde estaba Arno, que supervisaba la confección de cada paquete nuevo de periódicos.

—¿Por qué seguimos imprimiendo? —le gritó Armstrong, tratando de hacerse oír por encima del ruido atronador de las máquinas.

Arno señaló hacia su oficina y ninguno de los dos volvió a hablar hasta que hubo cerrado la puerta tras ellos.

—¿Es que no se ha enterado todavía? —le preguntó Arno, que le indicó a Armstrong que se sentara en su silla.

—¿Enterado? ¿De qué?

—Anoche vendimos 350 000 ejemplares del periódico, y todavía quieren más.

—¿Trescientos cincuenta mil? ¿Y quieren más? ¿Por qué?

—El *Berliner* no ha podido salir a la calle en los dos últimos días. Julius Hahn me ha llamado esta mañana para decirme que le mantienen cortada la electricidad desde hace cuarenta y ocho horas.

—Qué extraordinaria mala suerte —dijo Armstrong, que trató de mostrarse comprensivo.

—Y, para empeorar las cosas —añadió Arno—, también ha perdido su suministro habitual de papel del sector ruso. Quería saber si nosotros teníamos también el mismo problema.

—¿Qué le dijo? —preguntó Armstrong.

—Que nosotros no hemos tenido ningún problema desde que usted se hizo cargo de todo —contestó Arno.

Armstrong sonrió y se levantó de la silla.

—Si mañana no logran salir tampoco a la calle —dijo Arno cuando Armstrong ya se dirigía hacia la puerta—, tendremos que tirar por lo menos cuatrocientos mil ejemplares.

Armstrong cerró la puerta tras él y repitió:

—Qué extraordinaria mala suerte.



---

# **SYDNEY Morning Herald**

---

30 de enero de 1957

El controvertido diseño de Dane gana el concurso para el  
Teatro de la Ópera

—**P**ero si apenas te he visto desde que anunciamos nuestro compromiso —dijo Susan.

—Estoy tratando de sacar adelante un periódico en Adelaida y otro en Sydney —le recordó Keith, que se volvió a mirarla—. Y no es posible estar en dos sitios a la vez.

—Últimamente tampoco te es posible estar mucho tiempo en un sitio —replicó Susan—. Y si te apoderas de ese periódico dominical en Perth, como intentas hacer, por lo que vengo leyendo, ni siquiera podré verte los fines de semana.

Keith comprendió que no era el momento adecuado para decirle que ya había cerrado el trato con el propietario del *Perth Sunday Monitor*. Se levantó de la cama sin hacer ningún comentario.

—¿Y adónde vas ahora? —le preguntó antes de que desapareciera en el cuarto de baño.

—Tengo un desayuno de trabajo en la ciudad —gritó Keith desde el otro lado de la puerta cerrada.

—¿Un domingo por la mañana?

—Era el único día en que él podía verme. Ese hombre ha venido especialmente en avión desde Brisbane.

—Pero íbamos a pasar el domingo navegando, ¿o es que también se te había olvidado eso?

—Claro que no lo había olvidado —contestó Keith, que salió del cuarto de baño—. Precisamente por eso acordé un desayuno de trabajo. Regresaré antes de que estés preparada para salir.

—¿Como sucedió el domingo pasado?

—Eso fue diferente —intentó explicar Keith—. El *Perth Monitor* es un periódico dominical, y si voy a comprarlo, ¿de qué otra forma puedo descubrir cómo es si no estoy allí el día que sale?

—¿De modo que lo has comprado? —preguntó Susan.

Keith se puso los pantalones y se volvió a mirarla tímidamente.

—Sí, hemos llegado a un acuerdo legal. Pero el periódico cuenta con un equipo directivo de primera clase, de modo que no habrá razones para que vaya a Perth con tanta frecuencia.

—¿Y el personal editorial? —preguntó Susan mientras Keith se ponía una chaqueta deportiva—. Si este sigue la misma pauta que todos los demás periódicos de los que te has apoderado, vivirás encima de ellos durante los seis primeros meses.

—No, las cosas no serán tan malas, te lo prometo —le aseguró Keith—. Tú procura estar preparada para marcharnos en cuanto regrese. —Se inclinó sobre ella y

la besó en la mejilla—. No debería ser más de una hora, dos como máximo.

Cerró la puerta del dormitorio antes de que ella tuviera la oportunidad de hacer ningún otro comentario.

Una vez que Townsend se instaló en el asiento delantero del coche, el chófer hizo girar la llave de contacto.

—Dígame, Sam, ¿le incordia mucho su mujer por las horas que tiene que trabajar para mí?

—Sería muy difícil decirlo, señor, ya que últimamente ha dejado de hablarme.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Once años.

Decidió no hacerle a Sam más preguntas sobre el matrimonio. Mientras el coche se dirigía a la ciudad, trató de apartar a Susan de sus pensamientos, y procuró concentrarse en la reunión que estaba a punto de celebrar con Alan Rutledge. No lo conocía, pero todos los que trabajaban en el mundo del periodismo conocían la fama de Rutledge como periodista ganador de premios, y como un hombre capaz de tumbar a cualquiera bebiendo. Para que la última idea de Townsend tuviera posibilidades de éxito necesitaba a alguien con la capacidad de Rutledge para hacerla despegar.

Sam giró por Elizabeth Street y se detuvo ante la entrada del Town House Hotel. Townsend sonrió al ver el *Sunday Chronicle* situado en lo alto de la estantería del quiosco de prensa, y recordó su artículo de fondo de esa mañana. Una vez más, el periódico les decía a sus lectores que había llegado el momento para que el señor Menzies abandonara el cargo y dejara paso a un hombre más joven y más en sintonía con las aspiraciones de los australianos modernos.

—Tardaré aproximadamente una hora. Dos como máximo —dijo Townsend al detenerse el coche junto a la acera.

Sam sonrió para sus adentros mientras su jefe bajaba del coche, empujaba las puertas giratorias de entrada al hotel y desaparecía en su interior.

Townsend cruzó rápidamente el vestíbulo y entró en la sala de desayunos. Miró a su alrededor y vio a Alan Rutledge sentado a solas en una mesa situada junto a la ventana. Fumaba un cigarrillo y leía el *Sunday Chronicle*.

Se levantó en cuanto Townsend se dirigió hacia la mesa. Se estrecharon la mano formalmente y Rutledge dejó el periódico a un lado.

—Veo que sigue llevando al *Chronicle* hacia la parte más baja del mercado —le dijo con una sonrisa. Townsend miró el titular: «Cabeza disecada encontrada en lo alto de un autobús de Sydney»—. Yo diría que no es un titular que siga la tradición de *sir Somerset Kenwright*.

—No —admitió Townsend—, pero tampoco lo son los beneficios. Ahora vendemos cien mil ejemplares diarios más de los que se vendían cuando él era el propietario, y los beneficios han aumentado en un 17 por ciento. —Levantó la mirada hacia la camarera que acababa de llegar—. Solo café para mí, y quizá una tostada.

—Espero que no pensaré pedirle que sea el próximo director del *Chronicle* —dijo Rudedge, que encendió otro cigarrillo marca Turf.

Townsend miró el cenicero que estaba sobre la mesa, y observó que este era el cuarto que fumaba Rutledge desde que llegara a la mesa.

—No —dijo Townsend—. Bruce Kelly es el hombre adecuado para el *Chronicle*. Lo que tengo en mente para usted es algo mucho más apropiado.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Rudedge.

—Un periódico que ni siquiera existe todavía, excepto en mi imaginación —contestó Townsend—. Pero le necesito para que me ayude a crearlo.

—¿Y en qué ciudad ha pensado para ello? —preguntó Rudedge—. La mayoría de ellas ya tienen demasiados periódicos, y en las que no los tienen se ha creado un monopolio virtual. Ningún ejemplo mejor de ello que Adelaida.

—No puedo estar en desacuerdo con eso —admitió Townsend mientras la camarera le servía una taza de café humeante—. Pero lo que este país no tiene por el momento es un periódico nacional para todos los australianos. Quiero crear un periódico que se llame *Continent*, que se venderá desde Sydney a Perth y en todas las ciudades intermedias. Quiero que sea el *Times* de Australia, y que todo el mundo lo considere como el periódico de mayor calidad de Australia. Y, lo que es más importante, quiero que sea usted su primer director.

Alan respiró profundamente y no dijo nada durante un rato.

—¿Dónde tendría su sede? —preguntó al fin.

—En Canberra. Tiene que partir de la capital política, donde se toman las decisiones que afectan al país. Nuestra principal tarea será contratar a los mejores periodistas disponibles. Es ahí donde entra usted en juego, porque es mucho más probable que acepten participar si saben que va a ser usted el director.

—¿En cuánto tiempo cree que se puede organizar todo? —preguntó Rudedge, que aplastó su quinto cigarrillo.

—Espero tenerlo en la calle dentro de seis meses —contestó Townsend.

—¿Y qué tirada espera alcanzar? —preguntó Rutledge, que ya encendía un nuevo cigarrillo.

—Entre doscientos y doscientos cincuenta mil ejemplares durante el primer año, para aumentar a cuatrocientos mil.

—¿Durante cuánto tiempo seguirá adelante con el proyecto en el caso de que no se alcancen esas cifras?

—Dos años, quizá tres. Pero mientras no pierda dinero, lo mantendré siempre.

—¿Y en qué clase de salario ha pensado para mí? —preguntó Alan.

—Diez mil al año, junto con todos los extra habituales.

Una sonrisa apareció en el rostro de Rutledge, pero Townsend ya sabía que eso casi duplicaba lo que ganaba con su trabajo actual.

Una vez que Townsend hubo terminado de contestar a todas sus preguntas, y Rudedge hubo abierto otro paquete de cigarrillos, ya casi era la hora de pedir un

almuerzo temprano. Cuando Townsend se levantó finalmente de la mesa y ambos se estrecharon nuevamente la mano, Rudedge le dijo que reflexionaría sobre su propuesta y le daría una contestación al final de la semana.

Durante el trayecto de regreso a Darling Point, Townsend se preguntó hasta qué punto le entusiasmaría a Susan la idea de que él viajara entre Sydney, Canberra, Adelaida y Perth cada siete días. No abrigaba muchas dudas acerca de cuál sería su reacción.

Al enfilar el coche el camino de entrada, pocos minutos antes de la una, lo primero que vio Keith fue a Susan que bajaba por él llevando un gran cesto en una mano, y una bolsa llena de ropa de playa en la otra.

—Cierra la puerta —fue todo lo que dijo al cruzarse con Keith, antes de seguir caminando hacia el coche.

Keith acababa de cerrar los dedos sobre el pomo de la puerta cuando empezó a sonar el teléfono. Vaciló un momento y decidió decirle a quien fuese que tendría que volver a llamar por la noche.

—Buenas tardes, Keith. Soy Dan Hadley.

—Buenas tardes, senador —contestó Keith—. Tengo un poco de prisa. ¿Le importaría llamarme esta noche?

—No tendrá ninguna prisa en cuanto se entere de lo que tengo que decirle —le aseguró el senador.

—Le escucho, Dan, pero tendrá que ser rápido.

—Acabo de colgar el teléfono después de hablar con el director general de Correos. Me dice que Bob Menzies está dispuesto a apoyar la creación estatal de una nueva red comercial de radio. También me indica que Hacker y Kenwright no participarán en la carrera, puesto que ya controlan sus propias redes, de modo que esta vez puede participar usted con una buena posibilidad de llevarse el gato al agua.

Keith se sentó en la silla, junto al teléfono y escuchó con atención el plan de campaña propuesto por el senador. Hadley estaba al tanto de que Townsend ya había hecho sin éxito ofertas por las redes de sus rivales. Pero sus intentos habían sido rechazados porque Hacker seguía teniendo clavada la espina de no haber podido hacerse con el *Chronicle*, y en cuanto a Kenwright, ya no se hablaba con Townsend.

Cuarenta minutos más tarde Townsend colgó el teléfono, salió corriendo y cerró de un portazo. El coche ya no estaba allí. Lanzó una maldición, volvió a subir el sendero y entró en la casa. Pero ahora que Susan se había marchado sin él, decidió que bien podría poner en práctica las primeras sugerencias del senador. Tomó el teléfono y marcó un número que le pondría en contacto directo con el despacho del director.

—Sí —dijo una voz que Townsend reconoció con aquella sola palabra.

—Bruce, ¿cuál es el artículo de fondo para la edición de mañana? —preguntó sin molestarse en anunciar quién era.

—El por qué Sydney no necesita un Teatro de la Ópera y sí otro puente —

contestó Bruce.

—Ya lo puede eliminar —dijo Townsend—. Dentro de una hora tendré doscientas palabras escritas, listas para usted.

—¿Cuál será el tema, Keith?

—Les diré a nuestros lectores el magnífico trabajo que está haciendo Bob Menzies como primer ministro, y lo estúpido que sería sustituir a un estadista como él por otro *apparatchik* inexperto y todavía verde.

Townsend se pasó la mayor parte de los seis meses siguientes encerrado en Canberra con Alan Rutledge, dedicados ambos a preparar el lanzamiento del nuevo periódico. Todo iba retrasado, desde la localización de las oficinas donde emplear al mejor personal administrativo, hasta atraerse la colaboración de los periodistas más experimentados. Pero el mayor problema de Townsend consistía en disponer de tiempo suficiente para ver a Susan, porque cuando no estaba en Canberra se encontraba inevitablemente en Perth.

El *Continent* llevaba en la calle solo un mes y su director de banco ya empezaba a recordarle que su liquidez solo seguía un camino: hacia abajo. Susan, por su parte, le dijo que incluso los fines de semana él seguía siempre un camino: retroceder.

Townsend se encontraba en la sala de redacción, hablando con Alan Rutledge, cuando sonó el teléfono. El director puso la mano sobre el aparato y le advirtió que era Susan quien llamaba.

—Oh, santo Dios, se me había olvidado. Es su cumpleaños y teníamos la intención de almorzar en casa de su hermana, en Sydney. Dígale que estoy en el aeropuerto. Haga lo que haga, no permita que sepa que todavía estoy aquí.

—Hola, Susan —dijo Alan al teléfono—. Acaban de comunicarme que Keith se marchó hace un rato al aeropuerto, de modo que ya debe estar camino de Sydney. —Escuchó con atención su respuesta—. Sí... Está bien... Así lo haré. —Colgó el teléfono—. Dice que si sale ahora mismo llegará al aeropuerto justo a tiempo para tomar el vuelo de las 8,25.

Townsend salió del despacho de Alan sin despedirse siquiera, saltó a una camioneta de reparto y él mismo la condujo hasta el aeropuerto, donde ya había pasado la mayor parte de la noche anterior. Uno de los problemas que no había considerado al elegir Canberra como sede del periódico era la gran cantidad de días que los aviones no podrían despegar debido a la niebla. Durante las cuatro últimas semanas, tenía la sensación de haber pasado la mitad del tiempo comprobando los partes meteorológicos, y la otra mitad en las pistas, distribuyendo liberalmente dinero entre unos pilotos reacios, que se estaban convirtiendo rápidamente en los repartidores de periódicos más caros del mundo.

Se sintió complacido con la acogida inicial experimentada por el *Continent*, y las ventas alcanzaron rápidamente los doscientos mil ejemplares. Pero la novedad de

tener un periódico nacional parecía agotarse rápidamente y las cifras descendían ahora de modo continuado. Alan Rutledge producía el periódico que Townsend le había pedido, pero el *Continent* no demostraba ser el periódico que el pueblo australiano creía necesitar.

Por segunda vez aquella mañana, Townsend entró en el aparcamiento del aeropuerto. Pero, esta vez, brillaba el sol y se había levantado la niebla. El avión a Sydney despegó a su hora, pero no fue el de las 8,25. La azafata le ofreció un ejemplar del *Continent*, pero solo porque cada avión que despegaba de la capital recibía un ejemplar gratuito para cada pasajero. De ese modo, las cifras de circulación se mantenían por encima de los doscientos mil, y eso hacía felices a los anunciantes.

Pasó las páginas de un periódico del que tenía la sensación que su padre se habría sentido orgulloso. Era lo más aproximado al *The Times* de que disponía Australia. Y también tenía algo más en común con aquel distinguido periódico: perdía dinero con rapidez. Townsend ya se daba cuenta de que si quería obtener un beneficio, tendría que rebajar la calidad del periódico. Se preguntó hasta qué punto estaría Alan Rutledge dispuesto a seguir siendo el director una vez que se enterara de sus propósitos.

Continuó pasando las páginas hasta que su mirada se posó sobre una columna titulada: «Próximos acontecimientos». Su matrimonio con Susan dentro de seis días se presentaba como «la boda del año». El periódico anunciaba que estaría presente la flor y nata de la sociedad australiana, aparte del primer ministro y de *sir* Somerset Kenwright. Sería un día en el que Keith tendría que estar en Sydney desde la mañana hasta la noche, porque no tenía la intención de llegar tarde a su propia boda.

Pasó a la última página para comprobar qué se emitía por la radio. Victoria jugaba al críquet contra Nueva Gales del Sur, pero ninguna de las emisoras de radio se ocupaba de cubrir el partido, de modo que no podría seguirlo. Después de meses de forzar las cosas, de invertir en causas en las que no creía y de apoyar a políticos a los que despreciaba, Townsend no había logrado conseguir la franquicia de la nueva red de radio. Había estado presente en la galería de visitantes de la Cámara de Representantes para escuchar al director general de Correos anunciar que la franquicia había sido concedida a alguien que siempre había apoyado al Partido Liberal. Aquella misma noche el senador Hadley le confió a Townsend que el propio primer ministro había bloqueado personalmente su solicitud. Con la caída en las ventas del *Continent*, el dinero empleado inútilmente en asegurarse la franquicia de radio y su madre y Susan quejándose continuamente de que nunca le veían el pelo, este año no parecía que fuera a ser precisamente glorioso.

Una vez que el avión se detuvo ante la terminal del aeropuerto Kingsford-Smith, Townsend bajó corriendo la escalerilla, cruzó la pista, pasó por la terminal de llegadas y salió a la acera para encontrarse con Sam, que ya estaba de pie junto al coche, esperándole.

—¿Qué es eso? —preguntó Townsend, que señaló un gran paquete elegantemente

envuelto, en el asiento trasero.

—Es un regalo de cumpleaños para Susan. A Heather le pareció que quizá no encontraría usted nada apropiado en Canberra.

—Que Dios la bendiga —dijo Townsend.

Aunque Heather solo llevaba cuatro meses con él, ya estaba demostrando ser una digna sucesora de Bunty.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar allí? —preguntó Townsend con impaciencia, mirando su reloj.

—Si el tráfico se mantiene tan fluido como hasta ahora, no tardaremos más de veinte minutos.

Townsend procuró relajarse, pero no pudo evitar el pensar en el mucho trabajo que le quedaba por hacer antes de la boda. Ya empezaba a lamentar haberse comprometido a pasar una luna de miel de dos semanas.

El coche se detuvo finalmente ante una pequeña casa con terraza, en los barrios del sur. Sam se inclinó y le entregó el regalo a su jefe. Townsend sonrió, bajó del coche y corrió sendero arriba. Susan le abrió la puerta antes de que él llamara. Estaba a punto de discutir de nuevo con él, cuando Keith le dio un prolongado beso y le entregó el paquete. Susan sonrió y lo condujo hasta el salón, donde en ese momento acababan de entrar el pastel de cumpleaños.

—¿Qué hay dentro? —preguntó ella, agitando el paquete como una niña.

Townsend se detuvo a tiempo, antes de contestar: «No tengo la menor idea», y consiguió decir:

—No te lo voy a decir, pero creo que te gustará lo que he elegido.

Casi estuvo a punto de decir «el color».

La besó en la mejilla y tomó asiento en la silla vacía situada entre la hermana y la madre de Susan. Todos la miraron, mientras ella empezaba a desenvolver el paquete. Keith esperó con la misma expectativa que todos los demás. Susan levantó la tapa y extrajo un largo abrigo de cachemira, de color azul claro, que había visto por primera vez en Farmers hacía más de un mes. Casi podría haber jurado que en aquella ocasión no estaba acompañada por Keith.

—¿Cómo sabías que este es mi color favorito? —le preguntó.

Keith no tenía ni la menor idea, pero sonrió como si guardara un secreto y volvió su atención al trozo de tarta sobre el plato colocado ante él. El resto de la comida se dedicó a revisar los planes de boda, y Susan le advirtió que el discurso que pronunciaría Bruce Kelly durante la recepción no debía seguir en modo alguno la misma vena que los editoriales del periódico.

Después del almuerzo, Susan ayudó a su madre y a su hermana a recoger la mesa, mientras los hombres se sentaban junto a la radio, en el salón. A Keith le sorprendió comprobar que el partido de críquet se retransmitía.

—¿Qué emisora estamos sintonizando? —le preguntó al padre de Susan.

—La 2WW de Wollongong.



—Pero no se puede sintonizar la 2WW en Sydney.

—Se puede, en los barrios del sur —replicó él.

—Wollongong es una ciudad pequeña y poco importante, ¿verdad? —preguntó Keith.

—En mi adolescencia lo era. Solo tenía dos minas de carbón y un hotel. Pero su población se ha duplicado en los diez últimos años.

Keith prestó atención a los comentarios del partido, pero su mente ya estaba en Wollongong. En cuanto le pareció prudente, se dirigió a la cocina, donde encontró a las mujeres sentadas alrededor de la mesa, hablando todavía de la boda.

—Susan, ¿viniste con tu coche? —preguntó Keith.

—Sí, llegué anoche y me he quedado a dormir.

—Estupendo. Le pediré a Sam que le lleve ahora a casa. Me siento un poco culpable por tenerlo pendiente de mí durante tanto tiempo. ¿Te veré dentro de una hora?

La besó en la mejilla y se volvió para marcharse. Ya había descendido la mitad del sendero antes de que Susan se diera cuenta de que habría podido despedir a Sam hacía horas, porque ambos podrían haber regresado en su coche a casa.

—¿De regreso a Darling Point, jefe?

—No —contestó Keith—. A Wollongong.

Sam hizo girar el coche trazando un círculo y al llegar al final de la calle giró a la izquierda para unirse al tráfico de la tarde que salía de Sydney por la Princes Highway. Keith sospechaba que aunque le hubiera dicho «a Wagga Wagga» o «a Broken Hill», Sam ni siquiera habría enarcado una ceja.

Pocos momentos después, Keith se había quedado dormido, con la sensación de que aquel viaje sería probablemente una pérdida de tiempo. Al pasar ante un cartel que decía: «Bienvenido a Wollongong», Sam dobló bruscamente en la siguiente esquina, lo que despertó al jefe.

—¿Quiere ir a algún sitio en particular? —preguntó—. ¿O quiere comprar ahora una mina de carbón?

—No, en realidad, ando buscando una emisora de radio —contestó Keith.

—Entonces supongo que tiene que estar cerca de esa gran antena que sobresale por ahí —dijo Sam.

—Apuesto a que ganó un premio por observador cuando estuvo en los exploradores.

Pocos minutos más tarde, Sam se detuvo ante un edificio que mostraba un cartel de desvaídas letras blancas sobre su techo de plancha ondulada. El cartel indicaba: «2WW».

Townsend bajó del coche, subió los escalones, empujó la puerta y entró en un pequeño despacho. La joven recepcionista dejó la labor de punto que hacía y levantó la mirada.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó.

—¿Sabe usted quién es el propietario de esta emisora? —le preguntó Townsend.

—Sí, lo sé —contestó ella.

—¿Y quién es? —preguntó Townsend.

—Mi tío.

—¿Y quién es su tío?

—Ben Amphill —contestó mirándole fijamente—. No es usted de por aquí, ¿verdad?

—No, no lo soy —admitió Townsend.

—No creía haberle visto antes.

—¿Sabe usted dónde vive?

—¿Quién?

—Su tío, claro.

—Sí, claro que lo sé.

—¿Y le parece que sería posible que me dijera dónde? —preguntó Townsend, que hacía grandes esfuerzos para que su voz no sonara exasperada.

—Claro que es posible. Vive en la gran casa situada sobre la colina, en Woonona, en las afueras de la ciudad. No tiene pérdida.

Townsend abandonó el edificio rápidamente, subió de nuevo al coche y le indicó la dirección a Sam.

Resultó que la joven recepcionista tenía razón en una cosa: era difícil pasar por alto la gran casa blanca situada sobre la colina. Sam salió de la calle principal, y redujo la velocidad al pasar entre las grandes puertas abiertas de hierro forjado, para subir por un largo camino hacia la casa. Se detuvieron delante de un pequeño pórtico.

Townsend golpeó el gran picaporte negro y esperó pacientemente. Ya tenía preparado lo que diría: «Siento molestarle un domingo por la tarde, pero confiaba en tener la oportunidad de hablar un momento con el señor Amphill».

Una mujer de edad mediana le abrió la puerta. Llevaba un elegante vestido estampado de flores, y parecía como si le estuviera esperando.

—¿Señora Amphill?

—Sí. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Keith Townsend. Siento molestarla un domingo por la tarde, pero confiaba en poder hablar un momento con su esposo.

—Mi sobrina tenía razón —dijo la señora Amphill—. No es usted de por aquí. De otro modo sabría que a Ben siempre se le puede encontrar en las oficinas de la mina, de lunes a viernes, se toma libre el sábado para jugar al golf, va a la iglesia el domingo por la mañana, y pasa la tarde en la emisora de radio, escuchando el partido de críquet. Creo que esa fue la única razón por la que compró esa emisora de radio.

Townsend sonrió ante aquella información.

—Gracias por su ayuda, señora Amphill. Siento haberla molestado.

—No ha sido ninguna molestia —replicó ella y se quedó ante la puerta, viendo cómo él regresaba rápidamente hacia su coche.

—De vuelta a la emisora de radio —dijo Townsend, que no estaba dispuesto a admitir su error ante Sam.

Al dirigirse hacia el mostrador de recepción por segunda vez, preguntó inmediatamente:

—¿Por qué no me dijo que su tío estaba aquí?

—Porque no me lo preguntó —contestó la joven, sin molestarse en levantar la mirada de su labor de punto.

—Bien, ¿dónde está exactamente? —preguntó Townsend pronunciando lentamente las palabras.

—En su despacho.

—¿Y dónde está su despacho?

—En el tercer piso.

—¿De este mismo edificio?

—Desde luego —contestó ella mirándolo como si estuviera tratando con un estúpido.

Al no encontrar la menor señal de ascensor, Townsend subió la escalera hasta el tercer piso. Miró a uno y otro lado del pasillo, pero no encontró nada que le indicara dónde podría estar el despacho del señor Amphill. Tuvo que llamar a varias puertas antes de que una voz le contestara.

—Pase.

Townsend empujó la puerta y se encontró con un hombre grueso y calvo, que llevaba una camiseta y tenía los pies apoyados sobre la mesa. Escuchaba los últimos minutos del partido que Townsend había seguido a primeras horas de la tarde. Se giró en redondo, miró a Townsend y le dijo:

—Siéntese, señor Townsend. Pero no diga nada todavía, porque solo necesitamos otra carrera para ganar.

—Yo también apoyo a Nueva Gales del Sur —dijo Townsend.

Ben Amphill sonrió cuando la siguiente bola fue golpeada. Sin mirar a Townsend, se inclinó hacia atrás y le tendió una botella de Resch's y un abridor.

—Un par de bolas más serán suficientes, y entonces estaré con usted —le dijo.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que no se anotaron los tantos de las siete últimas carreras. Luego, el señor Amphill se inclinó hacia adelante, levantó un puño al aire y exclamó:

—Eso será suficiente para asegurarnos la Ensaladera Sheffield. —Bajó los pies de la mesa, se giró, extendió una mano hacia él y añadió—: Soy Ben Amphill.

—Keith Townsend.

—Sí, sé quién es usted —asintió Amphill—. Mi esposa me llamó para decirme que había estado en la casa. Pensó que podría ser una especie de vendedor, con ese elegante traje y llevando corbata un domingo por la tarde.

Townsend hizo un esfuerzo por no echarse a reír.

—No, señor Amphill, no soy...

—Llámeme Ben, como todo el mundo.

—No, Ben, no soy un vendedor. Soy un comprador.

—¿Y qué espera usted comprar, joven?

—Su emisora de radio.

—No está a la venta, Keith. No, a menos que quiera en el lote un periódico local, un hotel sin ninguna estrella y un par de minas de carbón. Porque todo eso forma parte de la misma compañía.

—¿Quién es propietario de la compañía? —preguntó Townsend—. Es posible que los accionistas puedan considerar...

—Solo hay dos accionistas —explicó Ben—. Pearl y yo. De modo que aunque yo quisiera vender, tendría que convencerla a ella.

—Pero si es usted el propietario de la compañía... —Townsend vaciló un instante—, junto con su esposa, está en su mano el venderme la emisora de radio.

—Desde luego —asintió Ben—. Pero no voy a hacerlo. Si quiere usted la emisora, va a tener que comprarlo todo.

Después de tomar varias botellas más de Resch's y de otra hora de regateo, Townsend terminó por darse cuenta de que la sobrina de Ben no había heredado ningún gen de esta parte de la familia.

Cuando Townsend salió finalmente del despacho de Ben ya había oscurecido, y la recepcionista se había marchado. Se dejó caer en el asiento del coche y le dijo a Sam que lo llevara de nuevo a casa de los Amphill.

—Y, a propósito —le comentó mientras hacía girar el coche—, tenía usted razón con respecto a las minas de carbón. Soy ahora el orgulloso propietario de dos de ellas, así como de un periódico local y un hotel. Pero lo más importante de todo es que soy propietario de una emisora de radio. El trato, sin embargo, no quedará ratificado hasta que no haya cenado con el otro accionista, solo para estar seguros de que ella da su beneplácito.

A la una de la madrugada, al entrar en la casa, a Keith no le sorprendió encontrar dormida a Susan. Cerró en silencio la puerta del dormitorio y se dirigió a su despacho, en la planta baja, donde se sentó ante la mesa y empezó a tomar notas. No tardó mucho en preguntarse cuál sería la hora más temprana a la que podría llamar a su abogado. La estableció en las seis treinta y cinco, y ocupó el tiempo que le quedaba en tomar una ducha, cambiarse de ropa, preparar una maleta, desayunar algo y leer las primeras ediciones de los periódicos de Sydney, que le dejaban siempre a la puerta de su casa a las cinco de la mañana.

A las siete menos veinticinco salió de la cocina, regresó al despacho y marcó el número de la casa de su abogado. Una voz soñolienta contestó al teléfono.

—Buenos días, Clive. Me ha parecido conveniente informarle que acabo de comprar una mina de carbón. Dos, para ser más exactos.

—¿Y por qué demonios ha hecho usted eso, Keith? —preguntó una voz ahora mucho más despierta.

Townsend tuvo que emplear otros cuarenta minutos para explicarle a qué había dedicado la tarde del día anterior y el precio acordado por la transacción. La pluma de Clive no dejaba de tomar notas en el bloc que tenía sobre la mesita de noche, que siempre estaba preparado por si acaso llamaba Townsend.

—Mi primera impresión es que todo parece indicar que el señor Amphill ha hecho un buen negocio —dijo Clive una vez que su cliente dejó de hablar.

—Desde luego que sí —admitió Townsend—. Y si hubiera querido demostrarlo, también me habría podido tumbar con la bebida.

—Bien, le llamaré a lo largo de esta mañana para fijar una reunión, de modo que podamos darle sustancia a este acuerdo.

—No puedo hacerlo —dijo Townsend—. Debo tomar el primer vuelo a Nueva York si quiero que este acuerdo valga la pena. Tendrá usted que concertar los detalles con Ben Amphill. No es la clase de hombre que deja de cumplir la palabra acordada.

—Pero voy a necesitar la información que usted me proporcione.

—Acabo de dársela —dijo Townsend—. Asegúrese de tener el contrato preparado para la firma en cuanto regrese.

—¿Cuánto tiempo estará fuera? —preguntó Clive.

—Cuatro días. Cinco como máximo.

—¿Cree que podrá conseguir todo lo que necesita en cinco días?

—Si no pudiera, tendré que dedicarme a la minería del carbón.

Una vez colgado el teléfono, Townsend regresó al dormitorio y tomó la maleta. Decidió no despertar a Susan; marcharse a Nueva York tan de improviso le exigiría muchas explicaciones. Le escribió una nota y se la dejó sobre la mesa del salón.

Al ver a Sam esperándole al final del sendero, Townsend no pudo evitar el pensar que él tampoco había dormido mucho aquella noche. Ya en el aeropuerto, le dijo que estaría de regreso en algún momento, a lo largo del viernes.

—No olvide que se casa el sábado, jefe.

—Ni siquiera yo podría olvidarme de eso —dijo Townsend—. No hay necesidad de preocuparse. Estaré de regreso por lo menos veinticuatro horas antes.

Ya en el avión, se quedó dormido momentos después de haberse abrochado el cinturón de seguridad. Al despertar, varias horas más tarde, ni siquiera recordaba adónde iba o por qué. Entonces, lo recordó todo. Él y su equipo de radio habían pasado varios días en Nueva York durante sus preparativos para presentar la oferta anterior para la franquicia de la red de radio, y ese año había efectuado otras tres visitas a la ciudad para llegar a acuerdos con redes y agencias estadounidenses que se habrían convertido inmediatamente en una programación en el caso de haber conseguido la franquicia. Ahora, pretendía aprovechar todo ese trabajo realizado previamente.

Un taxi le llevó desde el aeropuerto hasta el Pierre. A pesar de que estaban

bajadas las cuatro ventanillas, Townsend ya se había quitado la corbata y desabrochado el cuello de la camisa mucho antes de llegar al hotel.

La recepcionista le dio la bienvenida como si hubiera hecho cincuenta viajes a Nueva York en ese año, y dio instrucciones a un mozo para que acompañara al señor Townsend a «su habitación habitual». Otra ducha, un nuevo cambio de ropa, un desayuno tardío y varias llamadas telefónicas fueron suficientes para que Townsend empezara a desplazarse por la ciudad, de un agente a otro, de una red de radio a otra, de un estudio a otro, en un intento por cerrar acuerdos durante los desayunos, almuerzos y cenas y, a veces, incluso a altas horas de la noche.

Cuatro días más tarde, había adquirido los derechos australianos para la mayoría de los mejores programas radiofónicos estadounidenses para la temporada, con opciones sobre ellos durante otros cuatro años. Firmó el último acuerdo apenas un par de horas antes de que su vuelo despegara de regreso a Sydney. Hizo la maleta, llena de ropa sucia, ya que no estaba de acuerdo en pagar facturas innecesarias de lavandería, y tomó un taxi al aeropuerto.

Una vez que despegó el avión se dedicó a redactar un artículo de quinientas palabras, a revisar sus párrafos y cambiar frases, hasta que quedó satisfecho con el resultado final para la primera página. Al aterrizar en Los Angeles, buscó el teléfono público más cercano y llamó a la oficina de Bruce Kelly. Le sorprendió no encontrar al director en su despacho. El subdirector le aseguró que todavía tenía tiempo para llegar a la edición final, y le dictó rápidamente el texto a una taquimecanógrafa. Mientras dictaba el artículo, se preguntó cuánto tiempo tardarían en llamarle por teléfono Hacker y Kenwright, rogándole llegar a un acuerdo, ahora que les había roto su querido cártel radiofónico.

Oyó su nombre, anunciado por los altavoces, y tuvo que correr para llegar a tiempo de tomar el avión, cuya puerta se cerró en cuanto él subió a bordo. Una vez instalado en su asiento, sus ojos no volvieron a abrirse hasta que el avión aterrizó en Sydney a la mañana siguiente.

Al llegar a la zona de recogida de equipaje, llamó a Clive Jervis mientras esperaba a que apareciera su maleta. Miró el reloj al escuchar la voz de Clive en el otro extremo de la línea.

—Espero no haberle sacado de la cama —le dijo.

—En absoluto, me estaba preparando para asistir a la boda —contestó el abogado.

Townsend ni siquiera le preguntó a qué boda se refería, ya que solo le interesaba saber si Amphill había firmado el contrato.

—Permítame decírselo antes de que me lo pregunte —empezó a informarle Clive—. Es usted ahora el orgulloso propietario del *Wollongong Times*, el Grand Hotel de Wollongong, dos minas de carbón y una emisora de radio conocida como la 2WW, que puede sintonizarse hasta Nowra por el sur y hasta las afueras meridionales de Sydney por el norte. Solo espero que sepa en qué anda metido, Keith, porque yo no tengo ni la menor idea.

—Lea la primera página del *Chronicle* de esta mañana —le dijo Townsend—. Eso le permitirá comprenderlo.

—Nunca leo los periódicos el sábado por la mañana —dijo Clive—. Creo que tengo derecho a un día libre a la semana.

—Pero hoy es viernes —le recordó Townsend.

—Quizá sea viernes en Nueva York —replicó Clive—, pero le aseguro que aquí, en Sydney, es sábado. Me estoy preparando para verle en la iglesia dentro de una hora.

—Oh, Dios mío —exclamó Townsend.

Colgó el teléfono, echó a correr hasta la aduana sin preocuparse por recoger su maleta, y salió finalmente a la acera para encontrarse con Sam, que esperaba junto al coche, con aspecto ligeramente agitado. Townsend se metió de un salto en el asiento delantero.

—Creía que era viernes —dijo por toda explicación.

—No, señor, me temo que hoy es sábado —dijo Sam—. Y tiene usted previsto casarse dentro de cincuenta y seis minutos.

—Pero entonces no tengo tiempo de regresar a casa y cambiarme.

—No se preocupe —le tranquilizó Sam—. Heather se ha ocupado de dejarle todo lo que necesitará en el asiento de atrás.

Keith se volvió y encontró un montón de ropa, un par de gemelos de oro y un clavel rojo, todo perfectamente dispuesto para él. Se quitó rápidamente la chaqueta y empezó a desabrocharse los botones de la camisa.

—¿Llegaremos a tiempo? —preguntó.

—Llegaremos a St. Peter cinco minutos antes de la hora prevista —contestó Sam, mientras Keith dejaba caer al suelo del asiento trasero la camisa del día anterior. Tras una pausa, el chófer añadió—: Siempre que no se produzca ningún atasco en el tráfico y encontremos en verde todos los semáforos.

—¿De qué otra cosa debería preocuparme? —preguntó Keith haciendo un esfuerzo por introducir el brazo derecho en la manga de la camisa almidonada.

—Creo que entre Heather y Bruce se han ocupado de pensar en todo —le aseguró Sam.

Keith consiguió finalmente introducir el brazo por la manga correcta, y luego preguntó si Susan se daría cuenta de que acababa de regresar de viaje.

—No lo creo —contestó Sam—. Ha pasado los últimos días en casa de su hermana, en Kogarah, desde donde acudirá directamente a la iglesia. Ha llamado un par de veces esta mañana, pero le dije que estaba usted en la ducha.

—Me vendría bien una ducha.

—Habría tenido que llamarla por teléfono si no hubiera llegado usted en ese vuelo.

—Seguro, Sam. Esperemos que la novia llegue unos minutos tarde, como sucede tradicionalmente.

Keith se inclinó hacia atrás y tomó un par de pantalones grises a rayas, con los tirantes ya colocados, y que no se había puesto nunca.

Sam trató de ocultar un bostezo y Keith se volvió hacia él.

—¿No me diga que ha estado esperándome en el aeropuerto durante las últimas veinticuatro horas?

—Treinta y seis horas, señor. Al fin y al cabo, dijo usted que regresaría en algún momento del viernes.

—Lo siento —dijo Keith—. Su esposa debe de estar muy enojada conmigo.

—A ella no le importa un pimiento, señor.

—¿Por qué no? —preguntó Keith, mientras el coche tomaba una fuerte curva a noventa kilómetros por hora y él trataba de abotonarse los botones de la bragueta.

—Porque me dejó el mes pasado y ha iniciado los trámites del divorcio.

—Lo siento mucho —dijo Keith con voz serena.

—Oh, no se preocupe por eso, señor. En realidad, nunca estuvo de acuerdo con el estilo de vida que se ve obligado a llevar un chófer.

—¿De modo que fue por culpa mía?

—Desde luego que no —contestó Sam—. Las cosas todavía estaban peor cuando yo conducía un taxi. No, la verdad es que yo disfruto con esta clase de trabajo, pero ella no puede soportar los horarios irregulares.

—¿Y tardó once años en descubrirlo? —preguntó Keith, inclinándose hacia adelante para poder ponerse el frac gris.

—Creo que los dos lo sabíamos desde hacía algún tiempo —contestó Sam—. Pero al final ya no pude soportar sus recriminaciones acerca de estar segura de cuándo regresaría a casa.

—¿No estar segura de cuándo regresaría a casa? —repitió Keith, que tuvo que sujetarse al tomar el coche otra curva cerrada.

—Sí. Ella seguía sin comprender por qué no terminaba yo mi trabajo a las cinco de la tarde, como un marido normal.

—Comprendo muy bien esa clase de problemas —asintió Keith—. No es usted el único que tiene que vivir con eso.

Ninguno de los dos dijo nada más durante el resto del trayecto. Sam se concentró en elegir el carril menos congestionado de tráfico que pudiera permitirle ganar unos pocos segundos, mientras Keith pensaba en Susan, al tiempo que se hacía la corbata por tercera vez.

Keith se sujetaba el clavel en el ojal de la solapa cuando desde el interior del coche se divisó ya el camino que conducía a la iglesia de St. Peter. Escuchó el sonido de las campanas, y la primera persona a la que vio, de pie en el centro del camino de acceso a la iglesia, mirando hacia el coche, fue a Bruce Kelly, que mostraba una expresión de indudable inquietud. Al reconocer el coche, la expresión de su cara cambió por completo y fue de alivio.

—Tal como le prometí, señor —dijo Sam, que redujo la marcha a tercera—.



Hemos llegado con cinco minutos de antelación.

—O con once años que lamentar —dijo Keith con voz tranquila.

—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó Sam, que ya apretaba el freno, reducía a segunda y aminoraba la marcha.

—Nada, Sam. Simplemente, me ha hecho usted caer en la cuenta de que este es un juego que no estoy dispuesto a jugar. —Guardó un momento de silencio y justo antes de que el coche se detuviera del todo, ordenó—: No se detenga, Sam. Continúe conduciendo.

---

# THE TIMES

---

24 DE MARZO DE 1948

Las potencias occidentales boicotean las reuniones de  
Berlín tras la retirada rusa

—Capitán Armstrong, le estoy muy agradecido por haber venido a verme tan rápidamente.

—No hay de qué, Julius. Cuando surgen problemas, nosotros, los judíos, debemos permanecer juntos —le aseguró Armstrong, que dio unas palmaditas sobre el hombro del editor—. Dígame en qué puedo ayudarle.

Julius Hahn se levantó y se puso a recorrer el despacho de un lado a otro, mientras informaba a Armstrong de toda la serie de desastres que habían afectado a su empresa durante los dos últimos meses. Armstrong le escuchó con atención. Hahn se sentó finalmente tras su mesa y preguntó:

—¿Cree usted que puede hacer algo para ayudarme?

—Me gustaría, Julius. Pero como usted mismo conocerá mejor que nadie, los sectores estadounidense y ruso son dos mundos aparte.

—Me temía que esa pudiera ser su respuesta —dijo Hahn—, pero Arno me ha comentado muchas veces que su influencia se extiende mucho más allá del sector británico. No habría considerado siquiera la idea de molestarle si mi situación no fuera tan desesperada.

—¿Desesperada? —preguntó Armstrong.

—Me temo que esa sea la única palabra adecuada para describirla —asintió Hahn—. Si los problemas continúan durante un mes más, algunos de mis clientes más antiguos perderán su confianza en mi capacidad para efectuar las entregas, y es posible que me vea obligado a cerrar uno, o quizá incluso dos de mis talleres.

—No sabía que las cosas estuvieran tan mal —dijo Armstrong.

—Están peor. Aunque no puedo demostrarlo, tengo la sensación de que quien está detrás de todo esto es el capitán Sackville. Como sabe, nunca nos hemos llevado demasiado bien. —Hahn hizo una pausa, antes de preguntar—: ¿Cree usted que se trata, simplemente, de antisemitismo?

—No se me habría ocurrido mirarlo de ese modo —dijo Armstrong—. Pero la verdad es que no le conozco tan bien. Veré si puedo utilizar a algunos de mis contactos para descubrir si se puede hacer algo por ayudarle.

—Es muy amable por su parte, capitán Armstrong. Si pudiera usted ayudar, le estaría eternamente agradecido.

—Estoy seguro de que así sería, Julius.

Armstrong abandonó el despacho de Hahn y ordenó a su chófer que lo llevara al sector francés, donde intercambió una docena de botellas de Johnnie Walker etiqueta negra, por una caja de clarete que ni siquiera el mariscal de campo Auchinleck había

probado en su reciente visita.

De regreso al sector británico, Armstrong decidió pasar a ver a Arno Schultz y tratar de descubrir si Hahn le decía toda la verdad. Al llegar al *Telegraf* se sorprendió al ver que Arno no estaba en su despacho. Su ayudante, cuyo nombre nunca lograba recordar, explicó que el señor Schultz había obtenido un permiso de veinticuatro horas para visitar a su hermano en el sector ruso. Armstrong ni siquiera sabía que Arno tuviera un hermano.

—Ah, capitán Armstrong —dijo el ayudante—, le complacerá saber que anoche tuvimos que imprimir de nuevo cuatrocientos mil ejemplares.

Armstrong asintió con un gesto y salió, convencido de que todo empezaba a encajar. Hahn tendría que estar de acuerdo con sus condiciones dentro de un mes, si esperaba mantenerse en el negocio. Comprobó su reloj y le ordenó a Benson que le dejara en el despacho del capitán Hallet. Al llegar, dejó la caja de doce botellas de clarete sobre la mesa de Hallet, antes de que el capitán tuviera la oportunidad de decir nada.

—No sé cómo lo consigue —dijo Hallet, que abrió el cajón superior de su mesa y extrajo un documento de aspecto oficial.

—Zapatero a tus zapatos —dijo Armstrong, por utilizar un tópico que le había oído decir al coronel Oakshott el día anterior.

Durante la hora siguiente, Hallet explicó a Armstrong todas y cada una de las cláusulas del borrador del contrato, hasta que estuvo seguro de que él comprendía por completo las implicaciones, y de que todo concordaba con sus exigencias.

—Y si Hahn está de acuerdo en firmar este documento —dijo Armstrong una vez que llegaron al último párrafo—, ¿puedo estar seguro de que será apoyado en un tribunal inglés?

—De eso no cabe la menor duda —contestó Stephen.

—¿Y por lo que se refiere a Alemania?

—Puede decirse lo mismo. Le puedo asegurar que es absolutamente estanco, aunque me sigue extrañando... —el abogado vaciló un momento antes de continuar—, por qué querría Hahn cambiar una parte tan sustancial de su imperio a cambio del *Telegraf*.

—Digamos que, de ese modo, yo también podría cumplir una o dos de sus exigencias —dijo Armstrong, que colocó una mano sobre la caja de clarete.

—Así lo espero —dijo Hallet, que se levantó de su silla—. Y a propósito, Dick, mi documentación de desmovilización ha llegado finalmente. Espero regresar pronto a casa.

—Felicidades, compañero —dijo Armstrong—. Eso son noticias maravillosas.

—Sí, ¿verdad? Y, naturalmente, si alguna vez necesita de un abogado cuando regrese a Inglaterra...

En cuanto llegó a su oficina, veinte minutos más tarde, Sally le advirtió que en su despacho esperaba una visita que afirmaba ser un buen amigo, a pesar de que ella no le había visto antes.

Armstrong abrió la puerta y se encontró con Max Sackville, que recorría la estancia de un lado a otro, impaciente.

—La apuesta queda anulada, compañero —fue lo primero que le dijo.

—¿Qué significa eso de «anulada»? —preguntó Armstrong, que introdujo el contrato en el cajón superior de su mesa y cerró con llave.

—Lo que he dicho... Anulada. Acaba de llegar mi documentación. Me envían de regreso a Carolina del Norte a finales de este mes. ¿No es una gran noticia?

—Desde luego que lo es —asintió Armstrong—, porque una vez que se marche usted, Hahn logrará sobrevivir, y entonces yo cobraré mil dólares.

Sackville lo miró fijamente.

—No le haría mantener las condiciones de una apuesta a un viejo amigo cuando han cambiado las circunstancias, ¿verdad?

—Desde luego que lo haría, compañero —afirmó Armstrong—. Y, lo que es más importante, si intenta escaquearse, a estas horas de mañana lo sabrá todo el mundo en el sector estadounidense. —Armstrong se sentó ante su mesa y observó las pequeñas gotas de sudor que aparecieron en la frente de Sackville. Esperó un momento más, antes de añadir—: Le diré lo que podemos hacer, Max. Me conformaré con setecientos cincuenta dólares, pero solo si me los paga hoy mismo.

Transcurrió casi un minuto antes de que Max empezara a humedecerse los labios.

—No hay ninguna esperanza —dijo—. Podré acabar con Hahn antes de finales de mes. Solo tendré que acelerar las cosas un poco..., compañero.

Salió precipitadamente del despacho y dejó a Armstrong convencido de que podría acabar con Hahn él mismo. Quizá había llegado el momento de echarle una mano. Tomó el teléfono y le dijo a Sally que no quería que nadie lo molestara durante por lo menos una hora.

Una vez que hubo terminado de mecanografiar los dos artículos con un solo dedo, los repasó cuidadosamente antes de introducir algunos pequeños cambios en los textos. Introdujo la primera hoja de papel en un sobre sin membrete y lo cerró. Tomó el teléfono y le pidió a Sally que llamara a su chófer. Benson escuchó con atención, mientras el capitán le dijo lo que quería que hiciese; después le pidió que repitiera sus órdenes, para asegurarse de que no había malinterpretado nada, sobre todo aquella parte en que le pedía que se vistiera de civil.

—Y no debe hablar de esta conversación con ninguna otra persona, Reg, y quiero decir absolutamente con ninguna. ¿Me he explicado con bastante claridad?

—Sí, señor —asintió Benson.

Tomó el sobre, saludó y salió del despacho.

Armstrong sonrió, apretó el intercomunicador de su teléfono y le pidió a Sally que le trajera la correspondencia. Sabía que la primera edición del *Telegraf* no estaría a la venta en la estación hasta poco después de la medianoche. Ningún ejemplar llegaría a los sectores estadounidense o ruso hasta por lo menos una hora después. Era vital que la sincronización del tiempo fuera perfecta.

Estuvo en su despacho durante todo el resto del día, comprobando las últimas cifras de distribución que le presentó el teniente Wakeham. También llamó al coronel Oakshott y le leyó el artículo propuesto. El coronel no vio razón alguna para cambiar ni una sola palabra y estuvo de acuerdo en que se publicara en la primera página del *Telegraf* de la mañana siguiente.

A las seis de la tarde, el soldado Benson, vestido nuevamente de uniforme, llevó a Armstrong a su piso, donde pasó una noche relajada con Charlotte. Ella pareció sorprendida y encantada al ver que regresaba tan pronto a casa. Después de acostar a David, cenaron juntos. Él tomó hasta tres platos de su cocido favorito, y Charlotte decidió no comentarle que quizá estaba engordando un poco.

Poco después de las once, Charlotte sugirió que era hora de acostarse. Dick estuvo de acuerdo, pero dijo:

—Saldré un momento a comprar la primera edición del periódico. Solo tardaré unos minutos.

Comprobó su reloj. Eran las 11,50. Salió a la calle y se dirigió lentamente hacia la estación, adonde llegó pocos minutos después de que se hubiera tenido que entregar la primera edición del *Telegraf*.

Comprobó de nuevo su reloj; eran casi las doce. Llegaban con retraso. Pero quizá eso no fuera más que una consecuencia del desplazamiento de Arno al sector ruso para visitar a su hermano. Solo tuvo que esperar unos pocos minutos más para ver la familiar camioneta roja que doblaba la esquina y se detenía ante la entrada de la estación. Se ocultó entre las sombras, por detrás de una gran columna y vio como un gran fardo de periódicos caía con un golpe sordo sobre la acera, antes de que la camioneta se dirigiera hacia el sector ruso.

Un hombre salió de la estación y se inclinó para desatar la cuerda en el momento en que Armstrong salió de entre las sombras y se dirigió hacia él. Al verlo, el hombre lo reconoció, hizo un gesto de asentimiento y le entregó el ejemplar de la parte superior del fardo.

Armstrong leyó rápidamente el artículo de la primera página, para asegurarse de que no habían cambiado una sola palabra. No, no lo habían hecho. Todo estaba tal y como él mismo lo había mecanografiado, incluso el titular.

---

Distinguido editor se enfrenta a la  
bancarrota

---

Julius Hahn, presidente de la famosa editorial de su mismo nombre, se vio sometido anoche a una creciente presión para ofrecer una declaración pública referente al futuro de su empresa.

Su principal periódico, *Der Berliner*, no ha aparecido en las calles de la capital durante los seis últimos días y, según se dice, algunas de sus revistas se publican con varias semanas de retraso. Uno de los principales distribuidores dijo anoche: «Ya no podemos confiar en que las publicaciones de Hahn estén en la calle de un día para otro, y nos vemos obligados a considerar otras alternativas».

No se pudo encontrar a *Herr Hahn*, que pasó el día reunido con sus abogados y contables, para que hiciera algún comentario, pero un portavoz de la empresa admitió que no alcanzarían las previsiones proyectadas para el presente año. Finalmente contactado anoche, *Herr Hahn* se negó a hablar oficialmente acerca del futuro de la empresa.

Armstrong sonrió y comprobó su reloj. La segunda edición estaría a punto de salir de la imprenta, pero todavía no estaría preparada para ser distribuida por las camionetas que regresaban. Se dirigió lentamente hacia el *Telegraf*, adonde llegó diecisiete minutos más tarde. Entró y pidió a gritos ver inmediatamente en el despacho de *Herr Schultz* a quien estuviera a cargo. Un hombre, al que Armstrong no habría reconocido aunque se lo cruzara en la calle, se apresuró a reunirse con él.

—¿Quién es el responsable de esto? —le gritó Armstrong al tiempo que arrojaba un ejemplar de la primera edición del periódico sobre la mesa.

—Fue usted —le contestó el subdirector, sorprendido.

—¿Qué quiere decir con que fui yo? —preguntó Armstrong—. Yo no he tenido nada que ver con esto.

—Pero el artículo nos fue enviado directamente desde su oficina, señor.

—No, yo no lo envié —dijo Armstrong.

—Pero el hombre dijo que usted le había dado órdenes de entregarlo personalmente.

—¿Qué hombre? ¿Lo había visto usted antes? —preguntó Armstrong.

—No, señor, pero me aseguró que llegaba directamente desde su oficina.

—¿Cómo iba vestido?

El subdirector guardó silencio durante un momento.

—Creo recordar que llevaba un traje gris, señor —contestó finalmente.

—Cualquiera que trabajara para mí habría llevado uniforme —dijo Armstrong.

—Lo sé, señor, pero...

—¿Le dio su nombre? ¿Le mostró alguna tarjeta de identificación que demostrara su autoridad?

—No, señor, no lo hizo. Yo solo supuse...

—¿Que usted «solo supuso»? ¿Por qué no tomó el teléfono y comprobó que yo había autorizado la publicación de ese artículo?

—No me di cuenta de que...

—Santo cielo. Una vez que leyó el artículo, ¿no consideró preguntar si debía editarse?

—Nadie lee su trabajo antes de editarlo, señor —contestó el subdirector—. Va directamente a la imprenta.

—¿Nunca ha comprobado usted los contenidos?

—No, señor —contestó el subdirector, ahora con la cabeza agachada.

—¿De modo que no hay ningún responsable de esto?

—No, señor —contestó el subdirector, tembloroso.

—En ese caso está usted despedido —gritó Armstrong, mirándolo fijamente—. Quiero que salga inmediatamente de aquí. Inmediatamente, ¿me ha comprendido? — El subdirector pareció disponerse a protestar, pero Armstrong aulló—: Si no ha retirado sus objetos personales de su despacho dentro de quince minutos, llamaré a la policía militar.

El subdirector salió del despacho, arrastrando los pies, y sin decir una sola palabra más.

Armstrong sonrió, se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla de Arno. Comprobó su reloj. Estaba seguro de que ya había transcurrido tiempo más que suficiente. Se subió las mangas de la camisa, salió del despacho y apretó un botón rojo que había en la pared. Todas las máquinas de imprimir se detuvieron pesadamente.

Una vez que estuvo seguro de contar con la atención de todos, empezó a ladrar una serie de órdenes.

—Que los conductores salgan a la calle y recuperen todos los ejemplares de la primera edición que puedan encontrar.

El director de transporte salió corriendo hacia el patio y Armstrong se volvió hacia su impresor jefe.

—Quiero que se saque ese artículo sobre Hahn y se incluya este en su lugar —dijo.

Sacó una hoja de papel del bolsillo de la chaqueta y se la entregó al desconcertado jefe del taller, que empezó a preparar inmediatamente un nuevo bloque tipográfico para la primera página, dejando espacio en la esquina superior derecha para la fotografía más reciente que tenían del duque de Gloucester.

Armstrong se volvió hacia un grupo de mozos de almacén que esperaban a que la siguiente edición saliera de las máquinas.

—Ustedes —les gritó—. Ocúpense de destruir todos los ejemplares de la primera edición que queden todavía en el taller.

Los hombres se desparramaron hacia diferentes sitios y empezaron a reunir todos los periódicos que pudieron encontrar, incluso los antiguos.

Cuarenta minutos más tarde llegó apresuradamente al despacho de Schultz una prueba de la nueva primera página. Armstrong leyó con atención el otro artículo que



él mismo había escrito aquella mañana acerca de la propuesta visita a Berlín del duque de Gloucester.

—Está bien —asintió, una vez que hubo terminado la revisión—. Empecemos a sacar inmediatamente la segunda edición.

Una hora más tarde Arno abrió la puerta del taller, entró precipitadamente y se sorprendió al encontrar al capitán Armstrong, con las mangas de la camisa subidas, ayudando a cargar en las camionetas la recientemente impresa segunda edición. Armstrong indicó con un dedo hacia su despacho. Una vez cerrada la puerta tras ellos, le contó todo lo que había, hecho desde el momento en que leyó lo publicado en la primera página de la primera edición.

—He conseguido retirar la mayoría de los primeros ejemplares, que he ordenado destruir —le dijo a Schultz—. Pero no he podido hacer nada con los veinte mil que se han distribuido en los sectores ruso y estadounidense. Una vez que cruzaron el puesto de control, ya no pudimos hacer nada por recuperarlos.

—Qué suerte que encontrara usted la primera edición en cuanto salió a la calle —dijo Arno—. Me siento culpable por no haber llegado antes.

—No es usted culpable de nada —le aseguró Armstrong—. Pero su subdirector sobrepasó con creces su responsabilidad al decidir seguir adelante e imprimir ese artículo sin molestarse siquiera en consultar con mi oficina.

—Me sorprende. Suele ser un hombre muy responsable y fiable.

—No tuve más remedio que despedirlo inmediatamente —dijo Armstrong, que miró directamente a Schultz.

—No tuvo más remedio, claro —dijo Schultz, que seguía pareciendo angustiado—, aunque me temo que el daño haya sido irreparable.

—Temo no comprenderlo —dijo Armstrong—. Conseguí retirar todos los primeros ejemplares, excepto unos pocos.

—Sí, soy consciente de ello. En realidad, no podría haber hecho usted más. Pero justo antes de cruzar el puesto de control tomé un ejemplar de la primera edición que llegó al sector ruso. Solo llevaba en casa unos pocos minutos cuando Julius me llamó para decirme que su teléfono no había dejado de sonar durante la hora anterior. La mayoría de las llamadas eran de minoristas angustiados. Le prometí que acudiría al taller y averiguaría cómo pudo haber sucedido una cosa así.

—Puede decirle a su amigo que me ocuparé personalmente de investigar lo sucedido —le prometió Armstrong. Se bajó las mangas de la camisa y se puso de nuevo la chaqueta—. Estaba cargando los ejemplares de la segunda edición en las camionetas cuando llegó usted, Arno. Quizá sea tan amable de hacerse cargo de todo ahora que está aquí. Mi esposa...

—Desde luego, no faltaba más —asintió Arno.

Armstrong abandonó el edificio con las últimas palabras de Arno todavía resonando en sus oídos:

—No podría usted haber hecho más, capitán Armstrong. No podría haber hecho

más.

Y, desde luego, Armstrong estaba totalmente de acuerdo con él.

A Armstrong no le sorprendió nada recibir una llamada telefónica de Julius Hahn a primeras horas de la mañana siguiente.

—Siento mucho lo ocurrido con la primera edición —le dijo antes de que Hahn tuviera oportunidad de hablar.

—No fue por culpa suya —dijo Hahn—. Arno me ha explicado que pudo haber sido todo mucho peor de no haber sido por su intervención. Pero me temo que ahora necesito otro favor de usted.

—Haré todo lo que pueda por ayudarlo, Julius.

—Es muy amable por su parte, capitán Armstrong. ¿Sería posible que viniera usted a verme?

—¿Le parece que lo haga en algún momento de la semana que viene? —preguntó Armstrong, que pasó con naturalidad varias hojas de su dietario.

—Temo que se trate de algo mucho más urgente que eso —dijo Hahn—. ¿Cree que existe alguna posibilidad de que podamos vernos hoy mismo, a cualquier hora?

—Bueno, no es algo conveniente en estos momentos —dijo Armstrong, que no dejaba de mirar la página en blanco de su dietario—, pero como esta tarde tengo otra cita en el sector estadounidense, supongo que podría pasar a verle hacia las cinco, pero solo podré quedarme quince minutos. Espero que lo comprenda.

—Lo comprendo, capitán Armstrong, pero le estaría muy agradecido aunque solo fueran esos quince minutos.

Armstrong sonrió al colgar el teléfono. Abrió con la llave el cajón superior de la mesa y sacó el contrato. Durante la hora siguiente revisó cada cláusula para asegurarse de que quedaran cubiertas todas las eventualidades. La única interrupción que se produjo fue una llamada del coronel Oakshott para felicitarlo por el artículo sobre la próxima visita del duque de Gloucester.

—De primera clase —le aseguere—. De primera clase.

Después de un prolongado almuerzo en el comedor de oficiales, Armstrong dedicó las primeras horas de la tarde a despachar una serie de cartas sobre las que Sally le insistía desde hacía semanas. A las cuatro y media le pidió al soldado Benson que lo llevara al sector estadounidense. Pocos minutos después de las cinco, el *jeep* se detuvo frente a las oficinas del *Berliner*. Un nervioso Hahn le esperaba ya en lo alto de los escalones y le hizo pasar rápidamente a su despacho.

—Debo disculparme nuevamente por nuestra primera edición de anoche —empezó por decirle Armstrong—. Me encontraba cenando con un general del sector estadounidense y, desgraciadamente, Arno había ido al sector ruso a visitar a su hermano, de modo que ninguno de los dos supimos en qué andaba metido su subdirector. Lo despedí inmediatamente, claro, y he puesto en marcha una

investigación interna. Si yo no hubiera pasado por la estación hacia la medianoche...

—No, no, usted no tiene la culpa de nada, capitán Armstrong. —Hahn hizo una pausa, antes de añadir—: Sin embargo, los pocos ejemplares que llegaron a los sectores estadounidense y ruso fueron más que suficientes para provocar el pánico entre algunos de mis clientes más antiguos.

—Lamento mucho saberlo —dijo Armstrong.

—Temo que hayan caído en malas manos. Uno o dos de mis suministradores más fiables me han llamado hoy exigiendo que en el futuro les pague por adelantado, y eso no será nada fácil después de todos los gastos extra que he tenido que afrontar durante los dos últimos meses. Ambos sabemos que es el capitán Sackville el que está detrás de todo esto.

—Siga mi consejo, Julius —le dijo Armstrong—, y no se le ocurra mencionar su nombre al hablar de este incidente. No tiene usted pruebas, absolutamente ninguna prueba, y él es la clase de hombre que no vacilaría en cerrar su negocio en cuanto le diera la más mínima excusa.

—Pero es que se dedica a poner sistemáticamente de rodillas a mi empresa —se quejó Hahn—. Y no sé qué he podido hacerle yo para merecer este trato, del mismo modo que tampoco sé cómo impedirselo.

—No se altere tanto, amigo mío. Hace ya algún tiempo que vengo reflexionando sobre su situación, y es posible que haya encontrado una solución.

Hahn lo miró con una sonrisa forzada, pero no pareció quedar convencido.

—¿Qué le parecería si lograra que devolvieran al capitán Sackville a Estados Unidos antes de fin de mes? —le preguntó Armstrong.

—Eso solucionaría todos mis problemas —contestó Hahn con un profundo suspiro. Pero aún mantenía la expresión dubitativa—. Si pudieran enviarlo a su casa...

—A finales de mes —repitió Armstrong—. No obstante, Julius, eso va a exigir forzar mucho las cosas en los niveles más altos, por no hablar de...

—Cualquier cosa, estaría dispuesto a hacer cualquier cosa. Solo tiene que decirme lo que desea.

Armstrong sacó el contrato del bolsillo interior, lo dejó sobre la mesa y lo empujó suavemente hacia él.

—Usted firme esto, Julius, y yo me ocuparé de que Sackville sea enviado de regreso a Estados Unidos.

Hahn leyó el documento de cuatro páginas, primero rápidamente y luego con mayor lentitud, hasta que finalmente lo dejó sobre la mesa, delante de él. Luego levantó la mirada y dijo con voz sosegada:

—Veamos si comprendo bien las consecuencias de este acuerdo en el caso de que lo firme. —Hizo una nueva pausa y tomó otra vez el contrato—. Recibiría usted los derechos de distribución en el extranjero de todas mis publicaciones.

—Así es —contestó Armstrong en voz baja.

—Supongo que por eso se refiere a Inglaterra... —Vaciló antes de añadir—: Y la Commonwealth.

—No, Julius. Me refiero al resto del mundo.

Hahn comprobó de nuevo el contrato. Al llegar a la cláusula donde se especificaba, asintió con gesto serio.

—A cambio de lo cual yo recibiría el cincuenta por ciento de los beneficios.

—Así es —asintió Armstrong—. Después de todo, Julius, fue usted mismo quien me dijo que buscaba a una empresa británica que le representara una vez que terminara su contrato actual.

—Cierto, pero en aquellos momentos no sabía que actuaba usted en el negocio editorial.

—He trabajado en esto durante toda mi vida —dijo Armstrong—. Y una vez que me desmovilicen regresaré a Inglaterra para hacerme cargo del negocio de la familia.

Hahn lo miró, confundido.

—Y a cambio de estos derechos —continuó—, me convertiría en el único propietario del *Telegraf*. —Hizo una nueva pausa—. Tampoco sabía que era usted el propietario de ese periódico.

—Tampoco lo sabe Arno, de modo que debo pedirle que tome esa información como algo estrictamente confidencial. Tuve que pagar por sus acciones bastante más de lo que valían en el mercado.

Hahn asintió con un gesto, y luego frunció el ceño.

—Pero si yo firmara este documento, sería usted millonario.

—Y si no lo firma —le recordó Armstrong—, podría terminar en la bancarrota antes de finales de mes.

Ambos hombres se miraron fijamente durante un rato.

—Es evidente que ha reflexionado usted mucho sobre mi problema, capitán Armstrong —dijo finalmente Hahn.

—Solo pensando en lo que son sus mejores intereses —asintió Armstrong. Hahn no hizo ningún comentario, de modo que añadió—: Permítame demostrarle mi buena voluntad, Julius. No quisiera que firmara usted ese documento si el capitán Sackville todavía se encuentra en el país el primer día del mes que viene. Pero si para entonces ha sido sustituido, espero que lo firme usted ese mismo día. Por el momento, Julius, un apretón de manos entre los dos será suficiente para mí.

Hahn guardó silencio durante unos segundos más.

—No puedo argumentar nada en contra de eso —dijo finalmente—. Si ese hombre ha salido del país para finales de mes, firmaré el contrato en su favor.

Los dos hombres se levantaron y se estrecharon la mano solemnemente.

—Y ahora, será mejor que me marche —dijo Armstrong—. Todavía tengo que entrevistarme con una serie de personas y ocuparme de mucho papeleo si quiero asegurarme de que Sackville sea enviado a Estados Unidos en el término de tres semanas.

Hahn se limitó a asentir con un gesto.

Armstrong despidió a su chófer y recorrió a pie las nueve manzanas que le separaban de las oficinas de Max, para asistir a su habitual sesión de póquer de los viernes por la noche. El aire frío le aclaró la cabeza y al llegar ya estaba dispuesto para poner en marcha la segunda parte de su plan.

Max limpiaba la mesa con gestos de impaciencia.

—Sírvase una cerveza, compañero —le dijo en cuanto Armstrong se hubo sentado ante la mesa—, porque esta noche, amigo mío, va a perder.

Dos horas más tarde, Armstrong había ganado unos ochenta dólares y Max no se había relamido los labios en una sola ocasión durante toda la noche. Tomó un largo trago de cerveza mientras Dick barajaba las cartas.

—No me ayuda nada el pensar que si Hahn sigue en el negocio a finales de mes, le deberé otros mil dólares, lo que será suficiente para dejarme pelado.

—Por el momento, debo admitir que tengo todas las posibilidades de ganar la apuesta. —Armstrong hizo una pausa tras entregarle a Max la primera carta—. Sin embargo, hay circunstancias en las que podría estar de acuerdo en renunciar a la apuesta.

—Solo tiene que decirme lo que debo hacer —dijo Max, con las cartas boca arriba, sobre la mesa. Armstrong fingió concentrarse en su mano y no dijo nada—. Cualquier cosa, Dick. Haría cualquier cosa..., excepto matar a ese condenado *kraut*.

—¿Qué le parece si le permitimos vivir de nuevo?

—No estoy seguro de comprenderle.

Armstrong colocó la mano sobre la mesa y miró fijamente al estadounidense.

—Quiero que se asegure de que Hahn reciba toda la electricidad que necesita, todo el papel que pida, y que encuentre una mano amiga cada vez que se ponga en contacto con su oficina.

—Pero ¿por qué este repentino cambio de intenciones? —preguntó Max con recelo.

—En realidad, es bastante sencillo, Max. Lo que sucede es que me he estado cubriendo las espaldas con algunos primos del sector británico. He apoyado la apuesta de que Hahn estará todavía en el negocio dentro de un mes, de tal modo que si ahora lo invirtiera usted todo, yo ganaría bastante más que los mil dólares que le tendría que pagar a usted.

—Viejo y astuto bastardo —exclamó Max, relamiéndose los labios por primera vez aquella noche—. Acaba de cerrar un trato, compañero.

Y tras decir esto extendió su mano sobre la mesa. Armstrong se la estrechó y cerró con ello el segundo acuerdo al que llegaba en ese mismo día.

Tres semanas más tarde, el capitán Max Sackville subía a un avión con destino a Carolina del Norte. No tuvo que pagarle a Armstrong más que los pocos dólares que perdió en la última partida de póquer. El primero de mes fue sustituido por el mayor Bernie Goodman.

Aquella tarde, Armstrong se dirigió al sector estadounidense para entrevistarse con Julius Hahn, que le entregó el contrato firmado.

—No sé cómo lo ha podido conseguir —dijo Hahn—, pero debo admitir que las palabras surgidas de sus labios parecieron llegar a oídos de Dios.

Se estrecharon las manos.

—Espero mantener una prolongada y fructífera asociación con usted —fueron las últimas palabras de Armstrong antes de despedirse.

Hahn no hizo ningún comentario.

A primeras horas de la noche, al llegar al piso, le dijo a Charlotte que su documentación de desmovilización había llegado finalmente y que se marcharían de Berlín antes de que terminara el mes. También le hizo saber que se le habían ofrecido los derechos para representar la distribución de todas las publicaciones de Julius Hahn en el extranjero, lo que significaría que tendría trabajo desde el mismo instante en que descendieran del avión, en Londres. Empezó a recorrer la estancia, barbotando una idea tras otra, pero Charlotte no se quejó esta vez, de tan feliz como se sentía ante la idea de salir de Berlín. Cuando finalmente él dejó de hablar, ella lo miró y le dijo:

—Siéntate, Dick, porque yo también tengo una noticia que darte.

Armstrong les prometió al teniente Wakeham, al soldado Benson y a Sally que podían estar seguros de contar con un trabajo si se decidían a abandonar el ejército, y todos ellos le dijeron que se pondrían en contacto con él en cuanto les llegara su documentación de desmovilización.

—Dick, ha hecho usted un trabajo magnífico para nosotros, aquí, en Berlín —le dijo el coronel Oakshott—. En realidad, no sé cómo voy a poder sustituirle. De todos modos y tras su brillante sugerencia de fusionar el *Telegraf* y el *Berliner*, hasta es posible que no haya necesidad de sustituirle.

—Me pareció la solución más evidente —dijo Armstrong—. Permítame añadir, señor, que he disfrutado mucho formando parte de su equipo.

—Es muy amable al decirlo, Dick —agradeció el coronel. Bajó el tono de voz y añadió—: Dentro de poco, yo también voy a ser desmovilizado. Una vez que regrese usted a la vida civil, póngase en contacto conmigo si se entera de algo adecuado para un viejo soldado.

Armstrong no se molestó en visitar a Arno Schultz para despedirse, pero Sally le dijo que Hahn le había ofrecido el puesto de director del nuevo periódico.

La última visita de Armstrong antes de entregar su uniforme en el almacén de suministros, fue para acudir a la oficina del mayor Tulpanov, en el sector ruso, y en esta ocasión el hombre del KGB sí que le invitó a almorzar con él.

—Lubji, ha sido un verdadero placer observar su golpe de mano con Hahn —dijo Tulpanov, indicándole una silla—, aunque solo sea desde la distancia.

Un ordenanza les sirvió vodka y el ruso levantó su copa al aire.

—Gracias —dijo Armstrong, devolviéndole el cumplido—. Y no en menor medida por el papel que jugó usted en ello.

—Insignificante —dijo Tulpanov, tras dejar la copa vacía sobre la mesa—. Pero es posible que no siempre sea así, Lubji. —Armstrong enarcó una ceja, con expresión interrogativa—. Es posible que se haya asegurado los derechos de distribución en el extranjero de la mayor parte de la investigación científica alemana, pero todo eso no tardará mucho en quedar desfasado, y entonces necesitará del último material ruso..., siempre y cuando quiera mantenerse en la vanguardia del juego, claro.

—¿Y qué esperaría usted a cambio? —preguntó Armstrong llevándose a la boca otra cucharada de caviar.

—Por el momento, Lubji, dejemos las cosas como están y digamos que ya me pondré en contacto con usted de vez en cuando.

# **Daily Mail**

---

13 de abril de 1961

La voz desde el espacio: «Cómo lo hice». Gagarin le habla a Jrushev de la Tierra azul



**H**eather dejó una taza de café delante de él. Townsend ya lamentaba haber concedido la entrevista, especialmente a una periodista en prácticas. Su regla de oro consistía en no permitir nunca que un periodista hablara oficialmente con él. A algunos propietarios les encantaba leer cosas sobre sí mismos en sus propios periódicos. Townsend no se contaba entre ellos, pero cuando Bruce Kelly le presionó, en un momento en que le pilló con la guardia baja, consintió de mala gana al oírle decir que sería conveniente para el periódico, y bueno para su propia imagen.

Aquella mañana estuvo a punto de cancelar la entrevista en dos o tres ocasiones, pero una serie de llamadas telefónicas y reuniones le impidieron encontrar el momento para hacerlo. Y entonces entró Heather para decirle que la joven periodista la esperaba en el vestíbulo.

—¿Quiere que la haga pasar? —preguntó Heather.

—Sí —contestó tras consultar su reloj—, pero no quiero que sea muy largo. Hay varias cosas que necesito repasar con usted antes de la reunión del consejo de mañana.

—Entraré en su despacho al cabo de quince minutos y le diré que tiene al teléfono una llamada transcontinental.

—Buena idea —asintió—. Pero diga que es de Nueva York. Por alguna razón, eso hace que la gente siempre se marche antes. Y si se ve en una situación desesperada, utilice el método de Andrew Blacker.

Heather asintió con un gesto y abandonó el despacho, mientras Townsend revisaba con el dedo los puntos del día para la reunión del consejo de administración. Se detuvo en el punto siete. Necesitaba ser mejor informado sobre el West Riding Group si quería convencer al consejo de administración de que debían apoyarle en sus contactos con el grupo. Aunque le dieran el visto bueno para seguir adelante, una vez en Inglaterra aún tendría que ocuparse de llegar a acuerdos con ellos. De hecho, tendría que viajar directamente a Leeds si creía que valía la pena seguir el asunto.

—Buenos días, señor Townsend. —Keith levantó la mirada pero no dijo nada—. Su secretaria me advirtió que está usted muy ocupado, así que procuraré no hacerle perder demasiado tiempo —agregó ella con rapidez. Él siguió sin decir nada—. Soy Kate Tulloh, periodista del *Chronicle*.

Keith se levantó, rodeó la mesa, estrechó la mano de la joven periodista y la hizo sentarse en un cómodo sillón, habitualmente reservado para los miembros del consejo, editores o aquellas personas con las que esperaba llegar a acuerdos importantes. Una vez que se hubo acomodado, se sentó en el sillón situado frente a ella.

—¿Desde cuándo trabaja para la empresa? —le preguntó mientras ella sacaba un

cuaderno de taquigrafía y un lápiz del bolso.

—Solo desde hace unos pocos meses, señor Townsend —contestó después de cruzar las piernas—. Entré a trabajar en el *Chronicle* como periodista en prácticas una vez terminados mis estudios universitarios. La entrevista con usted es mi primera tarea importante.

Keith se sintió viejo por primera vez en su vida, a pesar de que recientemente había cumplido los treinta y tres años.

—¿De dónde le viene el acento? —le preguntó—. No acabo de situarlo.

—Nací en Budapest, pero mis padres huyeron de Hungría durante la revolución. El único barco que pudimos tomar se dirigía a Australia.

—Mi abuelo también tuvo que huir a Australia —dijo Keith.

—¿Debido a una revolución? —preguntó ella.

—No. Era escocés, y solo deseaba alejarse todo lo posible de los ingleses. —Kate se echó a reír—. Recientemente obtuvo usted un premio para escritores jóvenes, ¿verdad? —preguntó, tratando de recordar el breve informe que le había presentado Heather previamente.

—Sí. Bruce entregó los premios el año pasado, y esa fue la razón por la que terminé trabajando para el *Chronicle*.

—¿A qué se dedica su padre?

—En Hungría era arquitecto, pero aquí solo ha podido encontrar trabajos esporádicos y un tanto extraños para su formación. El gobierno se niega a reconocer sus calificaciones, y los sindicatos tampoco se han mostrado muy comprensivos.

—Tampoco a mí me caen bien —comentó Keith—. ¿Y qué me dice de su madre?

—Siento mucho parecer descortés, señor Townsend, pero creía que sería yo quien le hiciera la entrevista.

—Sí, desde luego —asintió Keith—. Adelante.

Miró fijamente a la joven, sin darse cuenta de lo nerviosa que la ponía por ello. Nunca había visto a una mujer más cautivadora. Tenía un cabello largo y moreno que le caía sobre los hombros, un rostro perfectamente ovalado que todavía no se había visto estropeado por el sol australiano. Sospechaba que el sencillo traje bien cortado de color azul marino que llevaba era algo más formal de lo que normalmente se pondría. Pero, probablemente, eso se debía a que había acudido para hacerle una entrevista a su jefe. Ella cruzó de nuevo las piernas y la falda se le levantó ligeramente. Keith hizo esfuerzos por no bajar la mirada.

—¿Quiere que le repita la pregunta, señor Townsend?

—Ah..., disculpe.

Heather entró poco después y se sorprendió al verlos sentados en el rincón del despacho normalmente reservado para los directores.

—Tiene una llamada telefónica por la línea uno. Es de Nueva York —le dijo—. El señor Lazar. Necesita hablar con usted sobre una contraoferta que acaba de recibir del Canal 7 para uno de los programas de la temporada que viene.

—Dígale que yo le llamaré —dijo Keith, sin levantar la mirada—. A propósito, Kate, ¿quiere tomar un café?

—Sí, gracias, señor Townsend.

—¿Solo o con leche?

—Con leche, pero sin azúcar. Gracias —contestó ella, volviéndose a mirar a Heather.

Heather se volvió y abandonó el despacho, sin preguntarle a Keith si quería tomar otro.

—Lo siento, ¿cuál era la pregunta? —inquirió Keith.

—¿Escribió o publicó usted alguna cosa mientras estuvo en la escuela?

—Sí, fui el director de la revista de la escuela durante el último año de estudios —contestó. Kate empezó a tomar notas rápidamente—. Lo mismo que hizo mi padre antes que yo.

Cuando reapareció Heather con el café todavía le hablaba a Kate de su triunfo con la obtención de fondos para la construcción del pabellón de la escuela.

—Y cuando fue a Oxford, ¿por qué no dirigió el periódico estudiantil, o se ocupó de *Isis*, la revista universitaria?

—En aquellos tiempos me interesaba mucho más la política y, en cualquier caso, ya sabía que pasaría el resto de mi vida en el mundo del periodismo.

—¿Es cierto que al regresar a Australia se sintió desolado al enterarse de que su madre había vendido el *Melbourne Courier*?

—Sí, lo es —admitió Keith en el momento en que Heather entraba de nuevo en el despacho—. Y algún día lo recuperaré —añadió en voz baja—. ¿Algún problema, Heather? —preguntó enarcando una ceja.

Ella estaba de pie, a solo un paso de distancia del sillón que él ocupaba.

—Siento interrumpirle de nuevo, señor Townsend, pero *sir* Kenneth Stirling lleva toda la mañana tratando de ponerse en contacto con usted. Deseaba hablarle del propuesto viaje al Reino Unido.

—En ese caso, tendré que llamarlo yo, ¿verdad?

—Me advirtió que estaría ilocalizable durante toda la tarde.

—Dígale entonces que lo llamaré a su casa esta misma noche.

—Veo que está usted muy ocupado —dijo Kate—. Puedo esperar, o volver en cualquier otro momento.

Keith negó con un gesto de la cabeza, a pesar de que Heather permaneció donde estaba durante unos pocos segundos más, hasta el punto de que él se preguntó si Ken estaría realmente al teléfono.

Kate lo intentó una vez más.

—Se han contado varias historias entre bastidores acerca de cómo se hizo con el control del *Adelaide Messenger*, y sobre su golpe de mano con el ya fallecido *sir* Colin Grant.

—*Sir* Colin fue un buen amigo de mi padre —dijo Keith—, y una fusión siempre

redundaría en interés de los dos periódicos. —Kate no pareció muy convencida por su respuesta—. Estoy seguro de que, como habrá leído en los artículos publicados al respecto, sabrá que *sir* Colin fue el primer presidente del grupo fusionado.

—Pero solo presidió una reunión del consejo de administración.

—Creo que, si busca bien, verá que fueron dos.

—¿No sufrió *sir* Somerset Kenwright más o menos el mismo destino cuando se hizo usted cargo del *Chronicle*?

—No, eso no es del todo exacto. Le puedo asegurar que nadie admiraba a *sir* Somerset más que yo.

—Pero *sir* Somerset le describió en cierta ocasión... —Kate revisó sus notas— como «un hombre que se siente feliz en el arroyo y se dedica a observar cómo los demás escalan montañas».

—Creo que a *sir* Somerset se le cita a menudo erróneamente, como tantas veces sucede con Shakespeare.

—En cualquier caso, sería difícil demostrarlo, puesto que también ha muerto —comentó Kate.

—Cierto —asintió Keith un poco a la defensiva—. Pero las palabras de *sir* Somerset, que yo siempre recordaré, son: «No podría sentirme más encantado de que el *Chronicle* haya pasado a manos del hijo de *sir* Graham Townsend».

—Sin embargo, ¿no dijo eso *sir* Somerset seis semanas antes de que usted se hiciera realmente cargo del periódico? —preguntó Kate tras consultar de nuevo sus notas.

—¿Qué diferencia supone eso? —replicó Keith, tratando de defenderse.

—Simplemente que el primer día que llegó usted al *Chronicle* despidió al director y al director general. Una semana más tarde ambos hicieron una declaración conjunta en la que afirmaron, y esta vez cito textualmente...

—Acaba de llegar su siguiente cita, señor Townsend —dijo Heather en ese momento, que se asomó a la puerta y dio la impresión de que se disponía a hacer entrar a alguien.

—¿Quién es? —preguntó Keith.

—Andrew Blacker.

—Dispóngala para otra ocasión.

—No, no, por favor —dijo Kate—. Tengo más que suficiente.

—Dispóngala para otra ocasión —repitió Keith con firmeza.

—Como desee —asintió Heather con la misma firmeza. Se marchó y dejó la puerta abierta.

—Siento haber ocupado tanto de su tiempo, señor Townsend —se disculpó Kate—. Procuraré acelerar las cosas —añadió, antes de volver a su larga lista de preguntas—. ¿Podemos hablar ahora del lanzamiento del *Continent*?

—Todavía no he terminado de hablarle de *sir* Somerset Kenwright y del estado en que encontré el *Chronicle* cuando me hice cargo de él.

—Lo siento —dijo Kate—. El caso es que me siento preocupada por las llamadas que tiene que hacer, y me siento un poco culpable por su entrevista aplazada con el señor Blacker.

Se produjo un prolongado silencio, antes de que Keith admitiera:

—El señor Blacker no existe.

—Creo que no le comprendo —dijo Kate.

—Es un nombre en clave. Heather lo emplea para hacerme saber cuándo una reunión se ha prolongado demasiado. Nueva York significa quince minutos. El señor Andrew Blacker significa que ya han transcurrido treinta minutos. Dentro de un cuarto de hora reaparecerá de nuevo para decirme que tengo una conferencia internacional con Londres y Los Ángeles. Y si está muy enfadada conmigo, incluye Tokio para asegurarse. —Kate se echó a reír—. Confiemos en que permanezca usted por lo menos una hora. No creería lo que es capaz de inventarse si ha transcurrido una hora.

—Si quiere que le sea sincera, señor Townsend, no esperaba que me concediera más de quince minutos de su tiempo —dijo Kate, que volvió a mirar las preguntas que tenía anotadas.

—Empezaba a preguntarme algo sobre el *Chronicle* —le recordó Keith.

—Ah, sí. Se ha dicho a menudo que se sintió usted desolado cuando Alan Rutledge dimitió como director.

—En efecto, así fue —admitió Keith—. Es un excelente periodista y se había convertido en un buen amigo para mí. Pero las ventas del periódico cayeron por debajo de los cincuenta mil ejemplares diarios, y perdíamos casi cien mil libras a la semana. Ahora, con el nuevo director, las cifras de ventas han vuelto al nivel de los doscientos mil ejemplares diarios, y dentro de poco, al año que viene, lanzaremos una edición dominical del *Continent*.

—Pero, seguramente, aceptará usted que el periódico ya no puede ser considerado como «el *Times* de Australia».

—Sí, aunque es algo que lamento —admitió Keith por primera vez ante cualquier otra persona que no fuera su madre.

—¿Seguirá el *Sunday Continent* la misma pauta que el diario, o va a producir usted el periódico de calidad nacional que tan desesperadamente necesita Australia?

Keith empezaba a darse cuenta de por qué la señorita Tulloh había ganado un premio periodístico, y por qué Bruce la tenía en tan alta consideración. Esta vez eligió sus palabras con mayor prudencia.

—Dedicaré mis esfuerzos a producir un periódico que la mayoría de australianos quieran tener en sus mesas cada domingo por la mañana, mientras desayunan. ¿Responde eso a su pregunta, Kate?

—Me temo que sí, señor Townsend —contestó ella con una sonrisa.

Keith le devolvió la sonrisa, que desapareció rápidamente al escuchar su pregunta siguiente.

—¿Podemos hablar ahora de un incidente que se produjo en su vida y que fue ampliamente comentado en las páginas de ecos de sociedad?

Keith se ruborizó ligeramente, mientras ella esperaba su respuesta. El instinto que experimentó Keith en ese momento fue el de dar por terminada la entrevista, pero se limitó a asentir con un gesto.

—¿Es cierto que el día de su boda la dio a su chófer la orden de pasar de largo ante la iglesia apenas momentos antes de que llegara la novia?

Keith se sintió aliviado cuando Heather entró en el despacho y anunció con firmeza:

—Su llamada internacional está prevista para dentro de un par de minutos, señor Townsend.

—¿Mi conferencia? —preguntó, animado.

—Sí, señor —contestó Heather.

Y ella solo recurría al empleo del «señor» cuando se sentía muy enfadada.

—Londres y Los Ángeles —dijo Heather. Luego, hizo una pausa, antes de añadir—. Y Tokio.

«Está muy enfadada», pensó Keith. Pero eso, al menos, le ofreció la oportunidad para escapar. Kate había cerrado incluso su bloc de notas.

—Dispóngalas para esta tarde —dijo él en voz baja.

No pudo estar seguro de cuál de las dos mujeres pareció más sorprendida. Heather abandonó el despacho sin decir nada más, y esta vez cerró la puerta tras ella. Ninguno de los dos habló durante un rato.

—Sí, es cierto —dijo Keith finalmente—. Pero le quedaría muy agradecido si no mencionara eso en su artículo.

Kate dejó el lápiz sobre la mesa, y Keith se levantó y miró por la ventana.

—Lo siento, señor Townsend —se disculpó ella—. Ha sido poco sensible por mi parte.

—«Solo hacía mi trabajo». Eso es lo que suelen decir los periodistas —dijo Keith en voz baja.

—Quizá podamos hablar de la forma un tanto insólita, por no decir extravagante, con la que se hizo cargo de la 2WW.

Keith se volvió a sentar en el sillón y se relajó un poco por primera vez.

—Al publicarse la noticia en el *Chronicle*, algo que ocurrió precisamente la mañana en la que tenía previsto casarse, *sir* Somerset le llamó «pirata».

—Estoy seguro de que lo dijo como un cumplido.

—¿Un cumplido?

—Sí, supongo que se refería a que yo actuaba de acuerdo con la gran tradición de los piratas.

—¿En qué pirata estaba pensando en particular? —preguntó Kate inocentemente.

—En Walter Raleigh y en Francis Drake —contestó Keith.

—Supongo que *sir* Somerset se refirió más bien a Barbanegra o al capitán

Morgan —dijo Kate, devolviéndole la sonrisa.

—Quizá. Pero, según podrá descubrir, creo que ambas partes terminaron por sentirse satisfechas con ese acuerdo en concreto.

Kate volvió a consultar sus notas.

—Señor Townsend, tiene usted ahora, o es el accionista mayoritario de diecisiete periódicos, once emisoras de radio, una compañía aérea, un hotel y dos minas de carbón. —Levantó la mirada hacia él—. ¿Qué se propone hacer a continuación?

—Me gustaría vender el hotel y las minas de carbón, de modo que si se encuentra con alguien que pueda estar interesado...

Kate se echó a reír.

—No, en serio —dijo en el momento en que Heather volvía a entrar en el despacho.

—El primer ministro sube en estos momentos en el ascensor, señor Townsend —dijo, con su acento escocés más pronunciado que nunca—. Como recordará tenía previsto usted recibirlo en la sala del consejo de administración.

Keith le dirigió un guiño a Kate, que se echó a reír. Heather, sin embargo, mantuvo abierta la puerta y se apartó para permitir el paso de un caballero de aspecto distinguido, de cabello plateado, que entró en el despacho.

—Buenos días, señor primer ministro —dijo Keith, que se levantó y se adelantó para saludar a Robert Menzies. Los dos hombres se estrecharon la mano antes de que Keith se volviera para presentarle a Kate, que trataba de ocultarse en el rincón de la estancia—. No creo que conozca usted a Kate Tulloh, señor primer ministro. Es una de las jóvenes periodistas más prometedoras del *Chronicle*. Sé que estaba tratando de conseguir una entrevista con usted en algún momento.

—Estaré encantado de recibirla —dijo Menzies—. ¿Por qué no llama a mi oficina en algún momento, señorita Tulloh, y acordamos una hora?

Durante los dos días siguientes, Keith no pudo apartar a Kate de su mente. De una cosa podía estar seguro: que ella no encajaba en ninguno de sus bien ordenados planes.

Cuando se sentaron a almorzar, el primer ministro se preguntó porqué su anfitrión parecía tan preocupado. Townsend mostró poco interés por sus innovadoras propuestas de doblegar el poder de los sindicatos, a pesar de que sus periódicos presionaban al gobierno desde hacía varios años sobre el tema.

Townsend tampoco se mostró mucho más expresivo a la mañana siguiente, al presidir la reunión mensual del consejo de administración. De hecho, para ser un hombre que controlaba el imperio más grande de los medios de comunicación de Australia, se mostró insólitamente reservado. Uno o dos de sus directores se preguntaron si acaso estaría tramando algo. Al dirigirse al consejo para tratar sobre el punto siete del orden del día, su propuesto viaje al Reino Unido con el propósito de hacerse cargo de un pequeño grupo periodístico en el norte de Inglaterra, pocos de

ellos vieron beneficio alguno en que efectuara aquel largo viaje. Keith no logró convencerlos de que algo positivo pudiera surgir de aquello.

Una vez terminado el consejo, cuando ya se habían marchado los directores, Townsend regresó a su despacho y permaneció ante la mesa, revisando papeles, hasta que Heather dio por concluida su jornada de trabajo. Keith miró su reloj en cuanto la puerta se cerró tras ella. Eran poco más de las siete, lo que le recordó que Heather trabajaba normalmente hasta muy tarde. No tomó el teléfono hasta no estar seguro de que no regresaría. Luego, marcó los tres números que le pondrían en comunicación directa con el despacho del director.

—Bruce, sobre ese viaje que estoy a punto de emprender a Londres. Debería llevar conmigo a un periodista para asegurarme de que si se filtra la noticia sea usted el primero en publicar algo al respecto.

—¿Qué espera comprar en esta ocasión? —preguntó Bruce—. ¿El *Times*?

—No, no en este viaje —contestó Townsend—. Solo ando buscando algo que podría dar beneficios.

—¿Qué le parece si llamo a Ned Brewer, de nuestra oficina en Londres? Es el hombre adecuado para seguir cualquier historia.

—No estoy seguro de que sea un trabajo para el jefe de nuestra oficina —dijo Townsend—. Voy a tener que recorrer el norte de Inglaterra durante varios días, dedicado a visitar imprentas, a reunirme con periodistas, a tratar de decidir con qué directores quedarme. No quisiera que Ned se alejara de su despacho durante tanto tiempo.

—Supongo que podría desprenderme de Ed Makins durante una semana. Pero necesitaré tenerlo aquí de regreso para la sesión inaugural del Parlamento, sobre todo si su presentimiento resulta ser cierto y Menzies anuncia la promulgación de una ley para rebajar los poderes de los sindicatos.

—No, no, tampoco necesito a nadie tan cualificado. En cualquier caso, no puedo estar seguro de saber cuánto tiempo estaré fuera. Un buen periodista en prácticas sería suficiente para realizar este trabajo. —Hizo una pausa, pero Bruce no le ofreció ninguna sugerencia—. Quedé bien impresionado por aquella joven que me envió el otro día para entrevistarme —añadió—. ¿Cómo se llamaba?

—Kate Tulloh —dijo Bruce—. Pero ella es demasiado joven e inexperta para algo como esto.

—También lo era usted cuando nos vimos por primera vez, Bruce. Eso, sin embargo, no me impidió ofrecerle el puesto de director.

Se produjo un momento de silencio, antes de que Bruce dijera:

—Veré si está disponible.

Townsend sonrió y colgó el teléfono. No podía fingir que había esperado con impaciencia aquel viaje a Inglaterra, aunque sabía que había llegado el momento de expandir sus horizontes más allá de Australia.

Se quedó mirando el montón de notas que había sobre su mesa. A pesar del



equipo de asesores de dirección que se ocuparon de revisar los detalles de todos los grupos periodísticos del Reino Unido, solo encontraron a uno que parecía ofrecer buenas perspectivas.

Se le había preparado una carpeta con los datos, para que los estudiara durante el fin de semana. La abrió, tomó la primera página y se enfrascó en la lectura de un perfil del West Riding Group. Su sede central estaba situada en Leeds. Sonrió. Lo más cerca que había estado de Leeds fue una visita al hipódromo de Doncaster, mientras estuvo en Oxford. En aquella ocasión había apostado por un caballo ganador, si es que lo recordaba bien.

# News Chronicle

---

25 DE OCTUBRE DE 1951

La última encuesta da ventaja a Churchill

—¿Y cómo pagará, señor Armstrong? —preguntó el agente inmobiliario.

—En realidad, soy el capitán Armstrong.

—Lo siento, capitán Armstrong.

—Pagaré mediante cheque.

Armstrong había tardado diez días en encontrar alojamiento adecuado y acababa de firmar el alquiler de un piso en Stanhope Gardens, cuando el agente mencionó que en el piso de arriba vivía un brigadier jubilado.

La búsqueda de una oficina adecuada todavía le llevó más tiempo, pues necesitaba disponer de una dirección que convenciera a Julius Hahn de que Armstrong había actuado en el mundo editorial durante toda su vida.

Cuando John D. Wood le preguntó en qué gama de precios estaba pensando, la tarea le fue asignada a uno de sus ayudantes más jóvenes.

Dos semanas más tarde, Armstrong se instaló en un despacho que era todavía más pequeño que su piso en Stanhope Gardens. A pesar de que no podía aceptar como ideal, perfecto y único, la descripción que le hizo el agente del despacho de veinticinco metros cuadrados, con un lavabo en el piso superior, tenía al menos dos ventajas. La dirección en Fleet Street, y un alquiler que podía pagar..., al menos durante los tres primeros meses.

—Si es tan amable, capitán Armstrong, puede firmar al pie del contrato.

Armstrong abrió el capuchón de su nueva pluma Parker y firmó.

—Bien, en ese caso todo queda arreglado —dijo el joven agente, que esperó a que la tinta se secara—. Como sabe, capitán Armstrong, el alquiler de esta propiedad es de diez libras semanales, con un trimestre pagado por adelantado. Quizá sea tan amable de extenderme ahora un cheque por importe de ciento treinta libras.

—A últimas horas de esta tarde le enviaré a uno de mis empleados con un cheque por ese importe —dijo Armstrong, que se enderezó la corbata de lazo.

El agente vaciló un momento y luego guardó el contrato en su maletín.

—Estoy seguro de que será correcto, capitán Armstrong —dijo.

A continuación, le entregó las llaves de la más pequeña de las propiedades que representaba.

Armstrong se sintió seguro de que Hahn no tendría forma de saber que cuando llamara al FLE 6093 y escuchara las palabras «Armstrong Communications», su empresa editorial solo se componía de una pequeña habitación, dos mesas, un archivador y el recientemente instalado teléfono. En cuanto a «sus empleados», solo contaba por el momento con uno de ellos. Sally había regresado a Londres la semana anterior, y esa misma mañana se había unido a él en funciones de ayudante personal.

Armstrong no había podido entregarle al agente un cheque de forma inmediata

porque hacía muy poco que había abierto una cuenta en el Barclays, y el banco no se mostró dispuesto a entregarle un talonario de cheques hasta que recibiera la transferencia de fondos prometida desde Holt & Co., en Berlín. El hecho de que él fuera el capitán Armstrong, condecorado con la Cruz Militar, como no dejó de recordarles, no pareció impresionar lo más mínimo al director del banco.

Cuando el dinero llegó finalmente, el director le confesó a uno de sus empleados que, después de su entrevista, esperaba que llegaran algo más que las 217 libras, 9 chelines y seis peniques que fueron depositadas en la cuenta del capitán Armstrong.

Mientras esperaba la transferencia del dinero, Armstrong se puso en contacto con Stephen Hallet, en sus oficinas del Colegio de Abogados de Lincoln, y le pidió que se ocupara de registrar a la Armstrong Communications como una empresa privada. Eso le costó otras diez libras.

En cuanto estuvo formada la empresa, a la mesa de Sally llegó otra factura. Armstrong no disponía esta vez de una docena de botellas de clarete para liquidar la cuenta, de modo que invitó a Hallet a convertirse en secretario de la empresa.

Una vez recibidos los fondos, Armstrong pagó todas sus deudas, y en su cuenta quedaron menos de cuarenta libras. Le dijo a Sally que, en el futuro, no debía pagar ninguna factura superior a las diez libras mientras no recibiera por lo menos tres exigencias de pago.

Charlotte, que ya estaba embarazada de seis meses de su segundo hijo, se reunió con Dick en Londres pocos días después de que él hubiera alquilado el piso en Knightsbridge. La primera vez que vio las cuatro habitaciones, no hizo ningún comentario sobre lo pequeño que era el piso en comparación con el espacioso apartamento del que había disfrutado en Berlín. Se sentía demasiado feliz por haber podido escapar de Alemania.

Durante los trayectos diarios en autobús hasta la oficina, Armstrong se preguntaba cuánto tiempo tardaría en disponer de un coche y un chófer. Una vez registrada la empresa, voló a Berlín y convenció a un reacio Hahn para que le hiciera un préstamo de mil libras. Regresó a Londres con un cheque por esa cantidad y una docena de manuscritos, tras haber prometido que serían traducidos en el término de pocos días, y que el dinero sería devuelto en cuanto firmara el primer acuerdo de distribución en el extranjero. Pero se enfrentaba con un problema que no podía admitir ante Hahn. A pesar de que Sally se pasaba horas pegada al teléfono, tratando de acordar citas con los presidentes de las principales editoriales científicas de Londres, pronto descubrió que sus puertas no se le abrían al capitán Armstrong como había sucedido en Berlín.

Aquellos días, al regresar a casa antes de la medianoche, Charlotte le preguntaba cómo le iban los negocios. El «nunca han ido mejor» sustituyó al «máximo secreto». Pero ella no dejaba de observar que los delgados sobres marrones que aparecían regularmente en el buzón, parecían terminar amontonados en el cajón más cercano, sin abrir siquiera. Al volar a Lyon para dar a luz a su segundo hijo, Dick le aseguró

que cuando regresara ya tendría firmado su primer gran contrato.

Diez días más tarde, mientras Armstrong dictaba una contestación a la única carta recibida aquella mañana, alguien llamó a la puerta. Sally se precipitó a abrirla y se encontró ante su primer cliente. En realidad, Geoffrey Bailey, un canadiense que representaba a un pequeño editor de Montreal, se había equivocado de piso. Pero una hora más tarde se marchó con tres manuscritos científicos en alemán. Una vez traducidos y, al darse cuenta de su potencial comercial, regresó con un cheque y firmó un contrato para quedarse con los derechos en Canadá y en Francia de los tres libros. Armstrong ingresó el cheque, pero no se molestó en informar a Hahn de la transacción.

Gracias al señor Bailey, cuando Charlotte aterrizó en Heathrow, seis semanas más tarde, con la pequeña Nicole en brazos, Dick ya había firmado otros dos contratos con editores de España y Bélgica. A Charlotte le sorprendió ver que su esposo había comprado un gran automóvil Dodge, y que el soldado Benson se sentaba ante el volante. Lo que Dick no le dijo fue que el Dodge se pagaba a plazos, y que no podía pagarle su salario a Benson al final de la semana.

—Eso impresiona a los clientes —dijo, asegurándole que el negocio marchaba cada vez mejor.

Ella trató de ignorar el hecho de que algunas de las historias que él le contaba habían variado durante su ausencia, y que los sobres marrones sin abrir continuaban guardados en el cajón. Pero incluso ella quedó impresionada cuando le dijo que el coronel Oakshott había regresado a Londres, le había visitado y preguntado si conocía a alguien que pudiera ofrecer trabajo a un viejo soldado.

Armstrong fue la quinta persona a la que visitó, y ninguno de los otros tuvo nada que ofrecer a alguien de su edad y de su rango. Al día siguiente, Oakshott fue nombrado miembro del consejo de administración de Armstrong Communications, con un salario de mil libras anuales, aunque su cheque mensual no siempre encontraba fondos de forma inmediata al ser presentado al cobro por su banco.

Una vez que los tres primeros manuscritos fueron publicados en Canadá, Francia, Bélgica y España, otros editores extranjeros empezaron a bajarse del ascensor en el piso correcto, para abandonar más tarde el despacho de Armstrong con largas listas mecanografiadas de todos los libros cuyos derechos estaban disponibles.

A medida que Armstrong empezó a cerrar un número cada vez mayor de contratos, redujo sus viajes a Berlín, y envió al coronel Oakshott en su lugar, encargándole la poco envidiable tarea de explicarle a Julius Hahn por qué razón había tan poca liquidez. Oakshott seguía creyéndose todo lo que Armstrong le contaba; al fin y al cabo, ¿acaso no habían servido en el mismo regimiento? Hahn también se lo creyó, al menos durante algún tiempo.

Pero a pesar de algún que otro éxito con editoriales extranjeras, Armstrong no conseguía convencer a ningún destacado editor británico para que adquiriera los derechos de sus libros. Después de escuchar durante varios meses la consabida frase:

«Me pondré en contacto con usted, capitán Armstrong», empezó a preguntarse cuánto tiempo tardaría en abrir la puerta que le permitiera entrar a formar parte del mundo editorial británico.

Fue una mañana de octubre en la que Armstrong contemplaba los enormes edificios del *Globe* y del *Citizen*, los dos periódicos más populares del país, cuando Sally le dijo que le llamaba por teléfono un periodista del *The Times*. Armstrong asintió con un gesto.

—Le pondré con el capitán Armstrong —anunció Sally a su interlocutor, al otro lado de la línea.

Armstrong cruzó la habitación y le tomó a Sally el teléfono de la mano.

—Aquí Dick Armstrong, presidente de Armstrong Communications, ¿en qué puedo servirle?

—Soy Neville Andrade, corresponsal científico del *The Times*. Recientemente he encontrado la edición francesa de uno de los libros de Julius Hahn, *Los alemanes y la bomba atómica*, y sentía curiosidad por saber cuántos otros títulos tiene usted en proceso de traducción.

Armstrong colgó el teléfono una hora más tarde, después de haberle contado a Andrade la historia de su vida, y de prometerle que su chófer le dejaría al mediodía la lista completa de títulos en su mesa.

A la mañana siguiente, al llegar tarde a la oficina, debido a lo que los londinenses llamaban una «sopa de guisantes», Sally le dijo que había recibido siete llamadas telefónicas en veinte minutos. Al sonar de nuevo el teléfono, ella le indicó con un gesto su mesa, donde había un ejemplar del *The Times*, abierto por la página científica. Armstrong se sentó y empezó a leer el largo artículo de Andrade sobre la bomba atómica y cómo, a pesar de haber perdido la guerra, los científicos alemanes seguían estando muy adelantados con respecto al resto del mundo en numerosos campos de investigación.

El teléfono sonó de nuevo, pero seguía sin comprender por qué Sally se veía tan asediada, hasta que leyó el último párrafo del artículo.

—La clave de toda esta información la tiene el capitán Richard Armstrong, condecorado con la Cruz Militar, que controla los derechos de traducción de todas las publicaciones del prestigioso imperio editorial de Julius Hahn.

Pocos días más tarde, la frase «Ya nos pondremos en contacto con usted, capitán Armstrong», se vio sustituida por «Estoy seguro de que podemos cumplir con esas condiciones, Dick», y a partir de entonces empezó a seleccionar a las editoriales a las que permitiría publicar sus manuscritos y distribuir sus revistas. Personas con las que no había logrado acordar una cita en el pasado, le invitaban ahora a almorzar en el Garrick, a pesar de que, después de conocerle, no llegaban hasta el punto de sugerirle que se hiciera miembro.

A finales de ese mismo año, Armstrong había devuelto finalmente el préstamo de mil libras y al coronel Oakshott ya no le era posible convencer a Hahn de que su

presidente seguía pasando por un mal momento para conseguir que alguien firmara un contrato. Oakshott se sintió agradecido por el hecho de que Hahn no pudiera ver que el Dodge había sido sustituido mientras tanto por un Bentley, y de que Benson vestía ahora un elegante uniforme gris y una gorra de plato. El problema más reciente de Armstrong consistía en encontrar oficinas adecuadas y personal cualificado, para poder estar a la altura de su rápida expansión. Al quedar vacíos los pisos superior e inferior al que él ocupaba, firmó nuevos contratos de alquiler por ellos en cuestión de horas.

Fue durante la reunión anual del regimiento North Staffordshire, en el Café Royal, donde Armstrong se encontró con el mayor Wakeham. Descubrió así que Peter acababa de ser desmovilizado y que se disponía a aceptar un puesto de trabajo en el departamento de personal de la Great Western Railway. Armstrong dedicó el resto de la velada a tratar de convencerlo de que la Armstrong Communications ofrecía mejores perspectivas. Al lunes siguiente, Peter se unió a él como director general.

Una vez que Peter se hubo instalado, Armstrong empezó a viajar por todo el mundo, desde Montreal a Nueva York, y desde Tokio a Christchurch, para dedicarse a vender los manuscritos de Hahn, por los que pedía anticipos cada vez mayores. Empezó a colocar el dinero en distintas cuentas bancarias, lo que tuvo como resultado que ni siquiera Sally pudiera estar segura de saber cuál era la liquidez de la empresa en un momento dado, o dónde se hallaban las cuentas. Cada vez que él regresaba a Inglaterra, se encontraba con que su pequeño personal era incapaz de satisfacer las exigencias de un creciente cúmulo de deudas. Y Charlotte también empezaba a cansarse de que él le comentara lo mucho que habían crecido los niños.

Cuando se puso en alquiler todo el resto del edificio de Fleet Street, aprovechó inmediatamente la ocasión. Ahora, hasta el más escéptico de sus clientes potenciales que lo visitaban en sus nuevas oficinas tenía que aceptar que el capitán Armstrong parecía estar haciendo buenos negocios. Los rumores sobre los éxitos de Armstrong no tardaron en llegar a Berlín, pero las cartas de Hahn en las que le pedía detalles de las cifras de venta país por país, de los contratos firmados en el extranjero y de la auditoría de cuentas siguieron sin conocer respuesta.

El coronel Oakshott, en quien recaía la tarea de informar a un Hahn cada vez más incrédulo acerca de las afirmaciones de Armstrong de que la empresa tenía dificultades para obtener beneficios, empezó a ser tratado cada vez más como un recadero, a pesar de que recientemente se le había nombrado vicepresidente. Armstrong se mantuvo imperturbable a pesar de que Oakshott le amenazó con dimitir, y de que Stephen Hallet le advirtió que había recibido una carta de los abogados de Hahn en Londres, amenazándole con dar por concluida su asociación. Estaba seguro de que mientras la ley impidiera a Hahn viajar fuera de Alemania, no tenía forma alguna de descubrir hasta qué punto había crecido su imperio y, por lo tanto, cuánto representaba en realidad su cincuenta por ciento.

Pocas semanas después de que el gobierno de Winston Churchill recuperara el poder en 1951, se anularon todas las restricciones que impedían viajar a los ciudadanos alemanes. A Armstrong no le sorprendió saber, a través del coronel, que el primer viaje que harían Hahn y Schultz al extranjero sería precisamente a Londres.

Después de mantener prolongadas consultas con un consejero real en Gray's Inn, los dos alemanes tomaron un taxi que los llevó a Fleet Street para mantener allí una reunión con su socio extranjero. La costumbre de Hahn de ser escrupuloso con la puntualidad no le había abandonado ni siquiera en la vejez, y Sally acudió a recibir a los dos hombres en la recepción. Los condujo hasta el amplio despacho nuevo de Dick, y confió en que se sintieran debidamente impresionados por el ajetreo y la actividad que les rodeaba.

Entraron en el despacho de Armstrong y fueron saludados con la amplia y expresiva sonrisa que ambos recordaban tan bien. Schultz quedó impresionado al observar lo mucho que había engordado el capitán y no le importó en lo más mínimo su vistoso lazo.

—Bienvenidos, mis queridos amigos —empezó por decir Armstrong con los brazos abiertos, como un oso corpulento—. Ha pasado mucho tiempo.

Pareció sorprenderse al recibir una fría respuesta por parte de ellos, pero los condujo hacia los cómodos asientos situados al otro lado de la mesa, y luego se instaló en el suyo, algo más elevado, lo que le permitía dominarlos físicamente. Por detrás de él colgaba de la pared una enorme fotografía ampliada del mariscal de campo Montgomery en el momento de imponer la Cruz Militar sobre el pecho del joven capitán.

Una vez que Sally les hubo servido café brasileño en tazas de porcelana china, Hahn no perdió el tiempo en tratar de comunicarle el propósito de su visita a Armstrong, como ahora le llamaba. Se disponía a lanzarse a pronunciar su bien ensayado discurso cuando empezó a sonar uno de los cuatro teléfonos instalados sobre la mesa. Armstrong lo tomó, y Hahn imaginó que le daría a su secretaria instrucciones para que no les molestaran. Pero en lugar de eso se lanzó a mantener una intensa conversación en ruso. Apenas hubo terminado de hablar cuando sonó otro teléfono y poco después había iniciado un nuevo diálogo, esta vez en francés. Hahn y Schultz ocultaron sus recelos y esperaron pacientemente a que el capitán Armstrong terminara de atender sus llamadas.

—Lo siento —se disculpó Armstrong tras haber terminado la tercera conversación telefónica—, pero como pueden ver este maldito trasto no deja de sonar. Y el cincuenta por ciento de todo esto lo hago en su nombre —añadió con una amplia sonrisa.

Hahn se disponía a iniciar su discurso por segunda vez cuando Armstrong abrió el cajón superior de la mesa y extrajo una caja de puros habanos, algo que sus invitados no habían visto desde hacía por lo menos diez años. Empujó la caja hacia ellos, sobre la mesa. Hahn hizo un gesto negativo con la mano, y Schultz, aunque de mala gana,



siguió el ejemplo de su presidente.

Hahn intentó empezar por tercera vez.

—Y a propósito —dijo Armstrong—, he reservado una mesa para almorzar en el Savoy Grill. Todo aquel que es alguien aquí almuerza en el Grill —añadió, dirigiéndoles otra amplia sonrisa.

—No tenemos tiempo para almorzar —dijo Hahn con sequedad.

—Pero si tenemos muchas cosas de las que hablar —insistió Armstrong—. Y, sobre todo, tenemos mucho que recordar de los viejos tiempos.

—Tenemos pocas cosas de las que discutir —dijo Hahn—, y menos de los viejos tiempos. —Armstrong guardó silencio por un momento—. Siento tener que informarle, capitán Armstrong, que hemos decidido dar por concluido nuestro acuerdo con usted.

—Pero eso no es posible —dijo Armstrong—. Tenemos firmado un acuerdo perfectamente legal.

—Evidentemente, hace algún tiempo que no ha leído usted ese documento —dijo Hahn—. Si lo hubiera hecho así, conocería muy bien cuáles son las consecuencias de no haber cumplido sus obligaciones financieras con nosotros.

—Yo tengo la intención de...

—«En el caso de falta de pago, todos los derechos revertirán automáticamente a la compañía propietaria después de doce meses» —citó Hahn, que parecía haberse aprendido la cláusula de memoria.

—Puedo cumplir con mis obligaciones inmediatamente —aseguró Armstrong, sin estar muy seguro de poder hacerlo.

—Eso ya no influirá en mi decisión —dijo Hahn.

—Pero el contrato estipula que debe usted comunicármelo por escrito, con noventa días de antelación —le dijo Armstrong, al recordar una de las cláusulas que Stephen Hallet le había subrayado recientemente.

—Lo hemos hecho así en once ocasiones distintas —replicó Hahn.

—No soy consciente de haber recibido en ningún momento esa notificación —declaró Armstrong—. En consecuencia, no...

—Las tres últimas fueron enviadas a esta misma oficina —continuó Hahn—. Por correo certificado.

—Eso no quiere decir que las hayamos recibido.

—Cada una de ellas fue firmada por su secretaria o por el coronel Oakshott. Nuestra última demanda fue entregada en mano a su abogado, Stephen Hallet, que, según tengo entendido, fue quien redactó el contrato original.

Una vez más, Armstrong guardó silencio.

Hahn abrió el usado maletín que llevaba y que Armstrong recordaba tan bien, y extrajo copias de los tres documentos que colocó sobre la mesa, delante de su antiguo socio. Luego, extrajo un cuarto documento.

—Le emplazo ahora para que en el término de un mes devuelva todas las

publicaciones, planchas o documentos que se encuentren en su posesión y que hayan sido suministradas por nosotros durante los dos últimos años, junto con un cheque por importe de ciento setenta mil libras en pago de los derechos que se nos adeudan. Nuestros contables consideran esa cifra como un cálculo muy conservador.

—Seguramente, me dará una nueva oportunidad después de todo lo que hice por usted —le rogó Armstrong.

—Ya le hemos dado muchas oportunidades —dijo Hahn—, y ninguno de los dos —añadió, mirando a su colega— tiene edad para andar perdiendo el tiempo con la esperanza de que cumpla usted con sus obligaciones.

—Pero ¿cómo pueden esperar sobrevivir sin mí? —preguntó Armstrong.

—Muy sencillo —contestó Hahn—. Ya hemos firmado un acuerdo esta misma mañana con la distinguida casa editora Macmillan, que estoy seguro conocerá usted. Haremos una declaración en ese sentido en el *Bookseller* del próximo viernes, de tal modo que nuestros clientes en Gran Bretaña, Estados Unidos y el resto del mundo sepan que usted ya no nos representa.

Hahn se levantó de la silla y Armstrong observó sin decir una palabra cómo él y Schultz se volvían para marcharse. Antes de que llegaran a la puerta, les gritó:

—¡Tendrán noticias de mis abogados!

Una vez cerrada la puerta se dirigió lentamente a la ventana situada tras su mesa. Miró hacia la acera y no se movió de allí hasta verlos subir a un taxi. Una vez que se hubieron alejado, regresó ante la mesa, tomó el teléfono más cercano y marcó un número. Le contestó una voz familiar.

—Durante los siete próximos días, compre todas las acciones de Macmillan que pueda encontrar.

Colgó el teléfono y luego hizo una segunda llamada.

Stephen Hallet escuchó con atención a su cliente, que le informó ampliamente de su reunión con Hahn y Schultz. A Hallet no le sorprendió la actitud de los dos alemanes, ya que recientemente le había informado a Armstrong de la orden de rescisión de contrato recibida de los abogados de Hahn en Londres. Una vez que Armstrong hubo terminado de contarle su versión de la reunión, solo le hizo una pregunta:

—¿Durante cuánto tiempo cree que puedo resistir? Tengo que cobrar varios grandes pagos en las próximas semanas.

—Un año, quizá dieciocho meses, siempre y cuando esté dispuesto a presentar una demanda y a seguir todos los trámites hasta llegar a los tribunales.

Dos años más tarde, después de que Armstrong agotara a todo el mundo, incluido Stephen Hallet, llegó a un acuerdo con Hahn en los últimos trámites previos a la celebración del juicio.

Hallet redactó un extenso documento en el que Armstrong acordaba devolver a

Hahn toda su propiedad, incluido el material no publicado, las planchas, los acuerdos sobre derechos, los contratos y más de un cuarto de millón de libros de su almacén en Watford. También se comprometía a pagar 75 000 libras como liquidación final de los beneficios obtenidos durante los cinco años anteriores.

—Gracias a Dios que nos hemos librado por fin de ese hombre —fue todo lo que dijo Hahn al salir del Tribunal Supremo en el Strand.

Al día siguiente de la firma del contrato, el coronel Oakshott dimitió de su puesto en el consejo de administración de Armstrong Communications, sin dar ninguna explicación. Murió de un ataque al corazón tres semanas más tarde. Armstrong no encontró tiempo para asistir a su funeral, de modo que envió para representarle a Peter Wakeham, su nuevo vicepresidente.

Armstrong se encontraba en Oxford el día del funeral de Oakshott, para firmar un contrato de arrendamiento de un gran edificio situado en las afueras de la ciudad.

Durante los dos años siguientes, Armstrong pasó casi más tiempo volando que en tierra firme; se dedicó a viajar por todo el mundo, visitó a un autor tras otro de los contratados por Hahn, y trató de convencerlos para que rompieran su acuerdo con el alemán y se unieran a Armstrong Communications. Era consciente de que no podría convencer a algunos de los científicos alemanes para que se unieran a él, pero eso quedó más que compensado gracias a su irrupción exclusiva en el mercado ruso, que hizo posible la intervención del coronel Tulpanov, y a los numerosos contactos que estableció en Estados Unidos durante los años en los que Hahn no pudo viajar al extranjero.

Muchos de los científicos, que nunca se aventuraban más allá de sus laboratorios, se sintieron halagados ante la visita personal de Armstrong y su promesa de difundir sus obras por entre un nuevo y vasto público por todo el mundo. A menudo no tenían una idea muy exacta del verdadero valor comercial de sus investigaciones, y se sintieron felices de firmar los contratos que se les presentaban. Más tarde, enviaban las obras fruto de toda una vida de trabajo a Headley Hall, en Oxford, e imaginaban a menudo que aquella dirección se hallaba relacionada de algún modo con la universidad.

Una vez que habían firmado un acuerdo, en el que habitualmente comprometían todos sus trabajos futuros, que debían entregar a Armstrong para su publicación, a cambio de unos anticipos irrisorios, ya nunca volvían a verle. El empleo de estas tácticas permitió a Armstrong Communications declarar unos beneficios de 90 000 libras apenas un año después de que él y Hahn se separaran y, un año más tarde, el *Manchester Guardian* nombró a Richard Armstrong Joven Empresario del Año, aunque Charlotte se encargó de recordarle que ya estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta años.

—Cierto —replicó él—, pero no olvides nunca que todos mis rivales me llevaban

veinte años de ventaja.

Una vez que se instalaron en Headley Hall, su nuevo hogar en Oxford, Dick empezó a recibir numerosas invitaciones para asistir a acontecimientos universitarios. Rechazó la asistencia a la mayoría de ellos porque sabía que solo deseaban su dinero. Pero entonces recibió una carta de Allan Walker, el presidente del Club Laborista de la Universidad de Oxford, que deseaba saber si el capitán Armstrong estaría dispuesto a patrocinar una cena que daría el comité en honor de Hugh Gaitskell, líder de la oposición.

—Acéptelo —dijo Dick—, con una sola condición: que me sienten a su lado.

Después de eso, patrocinó cada visita a la universidad realizada por el portavoz del Partido Laborista, y al cabo de un par de años conocía a todos los miembros del gabinete de oposición, así como a varios dignatarios europeos, incluido el primer ministro de Israel, David Ben Gurion, que le invitó a Tel Aviv y le sugirió que se interesara por los judíos que no habían sido tan afortunados como él.

Una vez que Allan Walker terminó sus estudios, su primera solicitud de trabajo la presentó a la Armstrong Communications. El presidente lo incluyó inmediatamente en su equipo personal, para que le asesorara acerca de lo que debía hacer para ampliar su influencia política. La primera sugerencia de Walker fue que se hiciera cargo de la maltrecha revista universitaria *Isis* que, como venía siendo habitual, se encontraba con problemas financieros. Gracias a una pequeña inversión, Armstrong se convirtió en el héroe de la izquierda universitaria, y utilizó desvergonzadamente la revista para promover su propia causa. Su rostro aparecía en la portada por lo menos una vez al trimestre, pero como los directores de la revista solo duraban un curso, y dudaba mucho de que nadie encontrara otra fuente de financiación, nadie se opuso.

Cuando Harold Wilson fue nombrado líder del Partido Laborista, Armstrong empezó a hacer declaraciones públicas en su apoyo; los cínicos sugirieron que lo hacía únicamente porque los tories no querían tener nada que ver con él. En ningún momento dejó de hacerles saber a los miembros destacados del Partido Laborista que lo visitaban que estaba dispuesto a soportar las pérdidas que fueran necesarias con la publicación de *Isis*, en la medida en que eso pudiera estimular a la siguiente generación de estudiantes de Oxford a que apoyaran al Partido Laborista. Esta actitud les pareció bastante burda a no pocos políticos. Pero Armstrong empezó a estar convencido de que si el Partido Laborista llegaba a formar el próximo gobierno, podría utilizar toda su influencia y riqueza para llevar a cabo su nuevo sueño: ser propietario de un periódico nacional.

De hecho, empezaba a preguntarse ya quién podría detenerlo.

---

# THE TIMES

---

6 DE OCTUBRE DE 1964

Jruschev abandona, «viejo y enfermo». Breznev y Kosiguin  
pasan a gobernar Rusia

**K**eith Townsend se desabrochó el cinturón de seguridad pocos minutos después de que el Comet despegara, abrió el maletín y extrajo un montón de papeles. Miró a Kate, que ya se había enfrascado en la lectura de la última novela de Patrick White.

Empezó a comprobar la carpeta con información sobre el West Riding Group. ¿Era esta la mejor oportunidad para asegurarse un baluarte en Gran Bretaña? Después de todo, su primera adquisición en Sydney había sido un pequeño grupo de periódicos que, con el tiempo, le permitieron comprar el *Sydney Chronicle*. Estaba convencido de que, una vez que controlara un grupo periodístico regional en Gran Bretaña, se encontraría en una posición mucho más fuerte para plantear una oferta que le permitiera acceder a la propiedad de un periódico nacional.

Según leyó, Harry Shuttleworth era el hombre que había fundado el grupo a principios de siglo. Había publicado primero un periódico en Huddersfield, como empresa filial de su taller textil, que alcanzó mucho éxito. Townsend reconoció la pauta del periódico local controlado por el patrono más importante de la zona; de ese modo había terminado él por ser el propietario de un hotel y dos minas de carbón. Cada vez que Shuttleworth inauguraba una fábrica en una ciudad nueva, le seguía la fundación de un periódico un par de años más tarde. Al jubilarse, tenía cuatro fábricas textiles y cuatro periódicos en West Riding.

Frank, el hijo mayor de Shuttleworth, se hizo cargo de la empresa una vez terminada la Primera Guerra Mundial, y aunque dirigió su interés fundamental hacia las fábricas textiles, también había...

—¿Quiere tomar algo, señor?

—Un *whisky* —asintió Townsend—, y un poco de agua, por favor.

... añadido periódicos locales a las tres fábricas que construyó en Doncaster, Bradford y Leeds. En diversos momentos, los periódicos fueron amistosamente codiciados por Beaverbrook, Northcliffe y Rothermere, pero, por lo visto, Frank siempre les dio la misma respuesta: «No tiene usted nada que hacer aquí».

Parecía, sin embargo, que la tercera generación de los Shuttleworth no tenía el mismo temple. La combinación de textiles importados a precios baratos de la India y la existencia de un único hijo que siempre había querido ser botánico hizo que, al morir Frank, dejara ocho fábricas textiles, siete diarios, cinco semanarios y una revista del condado, y que los beneficios de la empresa empezaran a disminuir pocos días después de su entierro. Las fábricas textiles fueron finalmente liquidadas a finales de los años cuarenta y, desde entonces, el grupo de periódicos apenas había podido sostenerse. Ahora parecía sobrevivir gracias, únicamente, a la fidelidad de sus lectores, pero las últimas cifras demostraban que ni siquiera eso le permitiría

mantenerse por mucho más tiempo.

Townsend levantó la mirada para observar cómo se encajaba una mesita portátil en el brazo de su asiento, y se extendía sobre ella un pequeño mantel. Al hacer la azafata lo mismo por Kate, ella dejó la lectura de *Jinetes en el carro*, pero permaneció en silencio, al no querer interrumpir la concentración de su jefe.

—Quisiera que leyera esto —le dijo, entregándole las primeras páginas del informe—. Entonces comprenderá por qué hago este viaje a Inglaterra.

Townsend abrió una segunda carpeta, preparada por Henry Wolstenholme, que había estudiado con él en Oxford y era ahora un abogado instalado en Leeds. Recordaba muy poco sobre Wolstenholme, excepto el hecho de que, después de unas pocas copas, se volvía insólitamente locuaz. No habría sido el elegido por Townsend para hacer negocios, pero como su empresa había representado al West Riding Group desde su fundación, no le quedaba otra alternativa. Fue Wolstenholme el primero que le alertó sobre el potencial del grupo; le escribió a Sydney para sugerir que, aun cuando el WRG no estaba a la venta, como afirmaría su presidente actual en el caso de ser abordado, sabía que si John Shuttleworth deseaba considerar alguna vez la posibilidad de una venta, desearía que el comprador procediera de un lugar lo más alejado posible de Yorkshire. Townsend sonrió en el momento en que se le colocaba delante una taza con sopa de tortuga. Como propietario del *Hobart Mail*, tenía que ser el candidato mejor calificado del mundo.

Una vez que Townsend le escribió expresándole su interés, Wolstenholme sugirió que se reunieran para hablar de las condiciones. La primera condición de Townsend fue que necesitaba ver las imprentas del grupo. «No existe ninguna posibilidad —fue la respuesta inmediata—. Shuttleworth no quiere aparecer en las primeras páginas de sus publicaciones hasta que no se haya cerrado el trato». Townsend aceptaba que ninguna negociación sería fácil a través de una tercera persona, pero en esta ocasión iba a tener que confiar en Wolstenholme para que le contestara más preguntas de lo habitual.

Con un tenedor en la mano y la siguiente página en la otra, empezó a revisar las cifras que Clive Jervis le había preparado. Clive calculaba que la empresa valía entre cien mil y ciento cincuenta mil libras, pero indicaba que al no haber podido ver más que el balance, no se encontraba en posición de comprometerse; sin lugar a dudas, pensó Townsend, deseaba una cláusula de salvaguardia en el caso de que algo saliera mal.

—Esto es más interesante que *Jinetes en el carro* —dijo Kate después de dejar la primera carpeta—. Pero ¿qué papel espera que juegue yo en todo esto?

—Eso dependerá del final —contestó Keith—. Si concluyo esta negociación con éxito, necesitaré que se publiquen artículos en todos mis periódicos australianos, y también necesitaré un texto aparte, algo menos efusivo, para Reuters y la Asociación de la Prensa. Lo importante será alertar a los editores de todo el mundo sobre el hecho de que a partir de ese momento empezaré a actuar seriamente fuera de

Australia.

—¿Hasta qué punto conoce bien a Wolstenholme? —preguntó Kate—. Tengo la impresión de que va a tener que confiar mucho en su buen juicio.

—No lo conozco demasiado bien —admitió Keith—. Estudió en Worcester, dos cursos por delante de mí, y se le consideraba como una persona campechana.

—¿Campechana? —repitió Kate, que lo miró extrañada.

—Durante el primer trimestre se pasaba la mayor parte del tiempo con el equipo de rugby de la universidad, y los otros dos trimestres se dedicaba a entrenar al equipo de remo. Creo que fue elegido para dirigirlos porque tenía una voz que podía escucharse desde el otro lado del Támesis, y porque disfrutaba bebiendo alguna que otra jarra de cerveza con el equipo, incluso después de haber perdido. Pero han pasado ya diez años; por lo que sé, se ha instalado y convertido en un austero abogado de Yorkshire, con esposa y varios hijos.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que vale realmente el West Riding Group?

—No, pero siempre puedo hacer una oferta sujeta a la inspección de las seis imprentas y, al mismo tiempo, tratar de averiguar hasta qué punto son buenos los directores y periodistas. No obstante, el mayor problema en Inglaterra son siempre los sindicatos. Si este grupo estuviera controlado por un grupo cerrado, entonces no me interesa, porque por muy bueno que sea el acuerdo, los sindicatos pueden llevarme a la bancarrota en cuestión de meses.

—¿Y si no lo está? —preguntó Kate.

—En ese caso, estaría dispuesto a llegar a las cien mil libras, o como máximo ciento veinte mil. Pero no sugeriré ninguna cifra hasta que no sepa lo que piensan ellos.

—Bueno, esto es algo más importante que cubrir la información de los tribunales tutelares de menores —comentó Kate.

—Yo también empecé por ahí —dijo Keith—, pero al director no le parecía que mis esfuerzos fueran un material merecedor de un premio, como le pareció al suyo, y la mayoría de mis artículos terminaban en la papelera antes de que terminara de leer el primer párrafo.

—Quizá el director solo deseaba demostrar que no se dejaba amedrentar por su padre.

Keith se volvió a mirarla y se dio cuenta de que ella se preguntaba en aquellos momentos si acaso no había ido demasiado lejos.

—Quizá —contestó—, pero sucedió antes de que pudiera hacerme cargo del *Chronicle* y de que lo despidiera.

Kate permaneció en silencio mientras la azafata retiraba las bandejas.

—Vamos a bajar la intensidad de las luces de la cabina —les dijo—, pero disponen de una luz sobre sus cabezas si desean continuar la lectura.

Keith asintió con un gesto y encendió la luz. Kate extendió las piernas y echó hacia atrás todo lo que pudo el respaldo de su asiento, se tapó con una manta y cerró



los ojos. Keith la miró durante un momento antes de abrir una cuarta carpeta. Estuvo leyendo durante toda la noche.

Cuando el coronel Tulpanov llamó para sugerir que conociera a un asociado suyo de negocios, llamado Yuri Valchek, para hablar sobre una cuestión de interés mutuo, Armstrong propuso que almorzaran en el Savoy la próxima vez que el señor Valchek estuviera en Londres.

Durante toda la década anterior, Armstrong había efectuado viajes regulares a Moscú y, a cambio de los derechos exclusivos en el extranjero de las obras de los científicos soviéticos, siguió efectuando pequeñas tareas para Tulpanov, todavía capaz de convencerse a sí mismo de que aquello no causaba ningún daño real a su país de adopción. A ese engaño ayudó el hecho de que siempre informara a Forsdyke de la realización de aquellos viajes, y de que a veces se ocupara de entregar mensajes en su nombre, para regresar a menudo con respuestas insondables. Armstrong comprendía que ambas partes lo consideraban como uno de los suyos, y sospechaba que Valchek no era un mensajero llegado para transmitirle un recado sencillo, sino para descubrir hasta dónde se le podía empujar. Al elegir el Savoy Grill, Armstrong confiaba en convencer a Forsdyke de que no tenía nada que ocultarle.

Armstrong llegó al Savoy con unos pocos minutos de antelación y fue conducido a su habitual mesa reservada en el rincón. Renunció a su *whisky* favorito con soda y pidió un vodka, señal acordada entre los agentes para no hablar inglés. Miró hacia la entrada del restaurante y se preguntó si podría identificar a Valchek cuando entrara. Diez años antes habría sido fácil, pero había advertido a muchos de la nueva generación que llamaban demasiado la atención con sus trajes baratos de chaqueta cruzada y sus corbatas tenuemente moteadas. Desde entonces, algunos de los que visitaban Londres y Nueva York con mayor regularidad, aprendieron a dejarse caer por Savile Row y la Quinta Avenida durante sus visitas, aunque Armstrong sospechaba que tenían que cambiarse rápidamente durante el vuelo de Aeroflot, de regreso a Moscú.

Dos hombres de negocios entraron en el Grill, enfrascados en una conversación. Armstrong reconoció a uno de ellos, aunque no recordó su nombre. Fueron seguidos por una mujer joven muy guapa, seguida a su vez por otros dos hombres. Que una mujer almorzara en el Grill no era nada habitual, y la siguió con la mirada hasta que fueron conducidos hacia el reservado de al lado.

El *mâitre* le interrumpió.

—Su invitado ha llegado, señor.

Armstrong se levantó para estrecharle la mano a un hombre que podría haber pasado por el director de una empresa británica y que, evidentemente, no necesitaba que nadie le dijera dónde se hallaba situado Savile Row. Armstrong pidió dos vodkas.

—¿Cómo le fue el vuelo? —le preguntó en ruso.

—No muy bien, camarada —contestó Valchek—. A diferencia de usted, yo no tengo más remedio que volar en Aeroflot. Si tiene que hacerlo alguna vez, tómese una pastilla para dormir, y ni siquiera se le ocurra probar la comida.

Armstrong se echó a reír.

—¿Cómo está el coronel Tulpanov?

—El general Tulpanov está a punto de ser nombrado número dos de la KGB, y desea que le haga saber al brigadier Forsdyke que sigue teniendo un rango superior al suyo.

—Eso será un placer —asintió Armstrong—. ¿Se han producido algunos otros cambios en las alturas que yo deba saber?

—Por el momento no. —Hizo una pausa antes de agregar—: Aunque sospecho que el camarada Jrushev no se mantendrá en su puesto durante mucho más tiempo.

—En ese caso, quizá tenga usted que dejar libre su mesa —observó Armstrong, que lo miró directamente.

—No mientras Tulpanov sea mi jefe.

—¿Y quién será el sucesor de Jrushev? —preguntó Armstrong.

—Yo apostaría por Breznev —dijo su visitante—. Pero como Tulpanov tiene fichas de todos los candidatos posibles, nadie va a tratar de sustituirle a él.

Armstrong sonrió al pensar que Tulpanov no había perdido nada de su tacto.

Un camarero colocó una nueva copa de vodka ante su invitado.

—El general le tiene en muy alta consideración —dijo Valchek una vez que el camarero se hubo alejado— y, sin duda, la posición de usted será mucho más influyente una vez que su nombramiento sea oficial. —Valchek hizo una pausa para estudiar el menú y hacer el pedido en inglés al camarero que esperaba. Una vez que este se alejó, preguntó—: Dígame una cosa, ¿por qué el general Tulpanov siempre le llama Lubji?

—Es un nombre en clave tan bueno como cualquier otro —contestó Armstrong.

—Pero usted no es ruso.

—No, no lo soy —dijo Armstrong con firmeza.

—¿Y tampoco es inglés, camarada?

—Soy más inglés que los ingleses —contestó Armstrong.

Aquella contestación pareció silenciar a su invitado, delante del cual se colocó un plato de salmón ahumado. Valchek había terminado ya el primer plato y comía el filete cuando empezó a revelar el verdadero propósito de su visita.

—El Instituto Nacional de Ciencias desea publicar un libro para conmemorar los logros alcanzados en la exploración espacial —dijo, tras elegir una mostaza de Dijon—. El presidente tiene la sensación de que el presidente Kennedy recibe demasiado crédito por su programa de la NASA cuando, como todo el mundo sabe, fue la Unión Soviética la que envió al primer hombre al espacio. Hemos preparado un documento en el que se detallan los logros de nuestro programa, desde la fundación de la Academia Espacial hasta nuestros días. Dispongo de un manuscrito de doscientas mil

palabras, compilado por los científicos más destacados en ese campo, además de cien fotografías tomadas tan recientemente que son del mes pasado, y de diagramas y especificaciones detalladas de los *Luna IV* y *V*.

Armstrong no hizo el menor intento por interrumpir a Valchek. El mensajero tenía que saber que un libro así podía quedar desfasado antes de que se publicara. Sin duda alguna, tenía que existir otra razón que explicara su viaje desde Moscú para almorzar con él. Pero su invitado siguió hablando, añadiendo más y más detalles sin importancia. Finalmente, le preguntó a Armstrong cuál era su opinión sobre el proyecto.

—¿Cuántos ejemplares espera el general Tulpanov que se impriman de esta obra?

—Un millón en tapa dura, para que se distribuyan por los canales habituales.

Armstrong dudaba mucho de que un libro así llegara a una fracción de aquella cifra de lectores en todo el mundo.

—Pero solo mis costes de impresión... —empezó a decir.

—Comprendemos plenamente los riesgos que asumiría usted con su publicación, de modo que le adelantaremos una suma de cinco millones de dólares, que tendrán que ser distribuidos entre aquellos países donde el libro se traduzca, se publique y se venda. Naturalmente, habrá una comisión del diez por ciento para usted, como agente distribuidor. Debo añadir que al general Tulpanov no le sorprendería nada que el libro no apareciera en ninguna lista de los más vendidos. Mientras usted pueda indicar en su informe anual que se han impreso un millón de ejemplares, él se sentirá satisfecho. Lo que realmente importa es la distribución de los beneficios —añadió Valchek tras tomar un sorbo de vodka.

—¿Será esto una operación aislada? —preguntó Armstrong.

—Si consigue usted éxito en este... —Valchek hizo una pausa antes de elegir la palabra adecuada—... proyecto, queremos que se publique una edición de bolsillo un año más tarde, para lo que estaremos dispuestos a destinar otros cinco millones de dólares. Después, quizá haya que hacer reimpressiones, versiones revisadas...

—De modo que se asegure un flujo continuo de dinero que pueda llegar sin problemas a sus equipos operativos repartidos por todos los países donde la KGB esté presente —dijo Armstrong.

—Como nuestro representante —añadió Valchek, que ignoró el comentario—, recibirá usted el diez por ciento de cualquier adelanto. Al fin y al cabo, no hay razones para que le tratemos a usted de modo diferente a como haríamos con cualquier otro agente literario. Y estoy seguro de que nuestros científicos podrán producir cada año un nuevo manuscrito que merezca ser publicado. —Tras una pausa agregó—: Siempre y cuando sus derechos de autor sean pagados a tiempo, en la divisa que pidamos.

—¿Cuándo puedo ver el manuscrito? —preguntó Armstrong.

—He traído un ejemplar —contestó Valchek, que bajó la mirada hacia el maletín que había dejado a su lado, sobre el suelo—. Si acepta usted ser el editor, los cinco

primeros millones se le abonarán en su cuenta en Liechtenstein a finales de la semana. Tengo entendido que así es como hemos hecho negocios con usted en el pasado.

Armstrong asintió.

—Necesitaré disponer de una segunda copia del manuscrito para pasársela a Forsdyke. —Valchek enarcó una ceja en el momento en que un camarero retiraba su plato—. Tiene a un agente sentado en el otro extremo del comedor —añadió Armstrong—. Así que tendrá que entregarme el manuscrito antes de que nos marchemos, y yo tendré que salir de aquí con él bajo el brazo. Pero no se preocupe —continuó, sensible a la preocupación de Valchek—. Él no sabe nada sobre edición y, probablemente, su departamento se dedicará durante varios meses a buscar mensajes cifrados entre los Sputniks.

Valchek se echó a reír, pero no hizo el menor intento por mirar hacia el otro extremo de la sala cuando un carrito con postres llegó ante su mesa. Se limitó a contemplar las tres bandejas de delicados manjares que se le ofrecían.

En el silencio que siguió, Armstrong captó una sola palabra que le llegó desde la mesa de al lado: «impresas». Aguzó el oído para escuchar la conversación, pero Valchek le preguntó entonces cuál era su opinión sobre un joven checo llamado Havel, que había sido recientemente enviado a la cárcel.

—Es un político.

—No, es un...

Armstrong se llevó un dedo a los labios para indicarle a su colega que debía seguir hablando pero sin esperar una respuesta. El ruso no necesitaba que le dieran lecciones en esa estratagema.

Armstrong se concentró en escuchar lo que hablaban las tres personas sentadas en el reservado contiguo. El hombre delgado, de hablar suave, sentado de espaldas a él, solo podía ser un australiano, pero aunque su acento era evidente, Armstrong apenas si podía captar una sola palabra de lo que decía. Junto a él se sentaba la mujer joven a la que había seguido con la mirada en cuanto entró en el comedor. Como suposición, diría que era centroeuropea, y que probablemente no habría nacido muy lejos de su propio lugar de nacimiento. A la derecha, sentado frente al australiano, había un hombre que hablaba con acento del norte de Inglaterra y un tono de voz que habría encantado a su viejo sargento mayor del regimiento. Evidentemente, nadie le había explicado aún el significado de la palabra «confidencial».

Mientras Valchek continuaba hablando suavemente en ruso, Armstrong extrajo una pluma del bolsillo y empezó a anotar las palabras que escuchaba en la contraportada del menú, tarea que no resultaba fácil, a menos que se hubiera aprendido de un maestro de la profesión. No fue la primera vez que se sintió agradecido por la experiencia de Forsdyke.

«John Shuttleworth, presidente WRG», fueron las primeras palabras que anotó, y un momento más tarde: «dueño». Transcurrieron unos segundos antes de que

añadiera «*Huddersfield Echo*» y los nombres de otros seis periódicos. Miró a Valchek a los ojos y siguió concentrado en escuchar. Luego escribió otras cuatro palabras: «Leeds, mañana, doce horas». Mientras tomaba el café, agregó: «120 000 precio justo». Y finalmente: «fábricas cerradas desde hace un tiempo».

Cuando el sujeto de la mesa de al lado empezó a hablar de críquet, Armstrong tuvo la sensación de que aunque había logrado colocar varias piezas de un rompecabezas, necesitaba regresar ahora lo antes posible a su oficina si quería abrigar la esperanza de completar la imagen antes de las doce del día siguiente. Miró su reloj, y a pesar de que se le acababa de servir un segundo plato de pan y budín de mantequilla, pidió la cuenta. Al serle presentada esta, momentos más tarde, Valchek extrajo un grueso manuscrito de su maletín y se lo entregó ostentosamente a su anfitrión. Una vez pagada la cuenta, Armstrong se levantó, se colocó el manuscrito bajo el brazo y le habló a Valchek en ruso al pasar junto a la mesa de al lado. Miró a la mujer y creyó detectar una expresión de alivio en su rostro cuando les oyó hablar en un idioma extranjero.

Al llegar a la puerta, Armstrong le entregó un billete de una libra al *maître*.

—Un almuerzo excelente, Mario —le dijo—. Y gracias por sentar a una mujer tan hermosa en la mesa de al lado.

—Ha sido un placer, señor —dijo Mario, que se guardó el billete.

—¿Puedo preguntarle a qué nombre se reservó esa mesa?

Mario recorrió la lista de reservas con un dedo.

—A nombre de un tal señor Keith Townsend.

Aquella nueva pieza del rompecabezas bien había valido una libra, pensó Armstrong al salir del restaurante por delante de su invitado.

Al llegar a la acera, Armstrong le estrechó la mano al ruso y le aseguró que el proceso de publicación se pondría en marcha inmediatamente.

—Es muy agradable oírsele decir, camarada —dijo Valchek con el más refinado acento inglés—. Y ahora, debo darme prisa para no llegar tarde a una cita con mi sastre.

Se unió rápidamente a la corriente de viandantes que cruzaban el Strand y desapareció en dirección a Savile Row.

Mientras Benson lo conducía de regreso a la oficina, la mente de Armstrong no estaba ocupada en pensar en Tulpanov, Yuri Gagarin o incluso Forsdyke. En cuanto llegó al último piso, se dirigió directamente al despacho de Sally, a la que encontró hablando por teléfono. Se inclinó sobre la mesa y cortó la comunicación telefónica.

—¿Por qué razón estaría interesado Keith Townsend en algo llamado WRG?

Sally, con el teléfono todavía en la mano, pensó un momento, antes de sugerir:

—¿El Western Railway Group?

—No, eso no puede ser... A Townsend solo le interesan los periódicos.

—¿Quiere que trate de averiguarlo?

—Sí —contestó Armstrong—. Si Townsend está en Londres para comprar algo,

quiero saber qué. Ponga a trabajar en esto solo al equipo de Berlín, y que no se filtre la noticia a nadie más.

Sally, Peter Wakeham, Stephen Hallet y Reg Benson solo tardaron un par de horas en aportar unas cuantas piezas más del rompecabezas, mientras Armstrong llamaba a su contable y a su banquero y les pedía que estuvieran disponibles en cualquier momento, las veinticuatro horas del día.

A las 16,15 Armstrong ya estudiaba un informe sobre el West Riding Publishing Group, que le había sido entregado a mano por Dunn & Bradstreet apenas unos minutos antes. Después de revisar las cifras por segunda vez, tuvo que admitir con Townsend que 120 000 libras era un precio justo. Pero, naturalmente, eso fue antes de que el señor John Shuttleworth supiera que recibiría una contraoferta.

A las seis de aquella misma tarde, su equipo se reunió con él en su despacho, para revelarle lo que habían descubierto.

Stephen Hallet había descubierto quién era el otro hombre sentado a la mesa, y a qué empresa de abogados pertenecía.

—Han representado a la familia Shuttleworth durante más de un siglo —le dijo a Armstrong—. Townsend tiene una reunión con John Shuttleworth, el presidente actual. La reunión se celebrará mañana en Leeds, pero no he podido averiguar el lugar y la hora exactas.

Sally sonrió.

—Bien hecho, Stephen. ¿Qué ha averiguado usted, Peter?

—Tengo los números de teléfono del despacho y de la casa de Wolstenholme; la hora del tren que tomará para regresar a Leeds y la matrícula del coche que conducirá su esposa al acudir a recibirlo a la estación. Conseguí convencer a su secretaria de que soy un antiguo amigo de la escuela.

—Bien, acaba de colocar un par de piezas más en las esquinas del rompecabezas —dijo Armstrong—. ¿Y usted, Reg?

Había tardado varios años en acostumbrarse a no llamarlo soldado Benson.

—Townsend se aloja en el Ritz, y también la mujer. Ella se llama Kate Tulloh. Tiene veintidós años y trabaja en el *Sunday Chronicle*.

—Creo que es más bien el *Sydney Chronicle* —intervino Sally.

—Tiene un condenado acento australiano —dijo Reg con un condenado acento londinense—. El portero me asegura que la señorita Tulloh no solo ocupa una habitación diferente a la de su jefe, sino que esta se halla situada dos pisos por debajo.

—De modo que no es su amante —dijo Armstrong—. Sally, ¿usted que ha encontrado?

—La conexión entre Townsend y Wolstenholme es que ambos fueron estudiantes en Oxford al mismo tiempo, según me confirmó el secretario del Worcester College. Pero la mala noticia es que John Shuttleworth es el único accionista del West Riding Group, y se ha convertido virtualmente en un recluso. No he podido descubrir dónde

vive y no se le puede localizar por teléfono. En realidad, nadie de la sede central del grupo lo ha visto desde hace varios años, de modo que la idea de presentarle una contraoferta antes de las doce de mañana no es realista.

La información de Sally produjo un sombrío silencio, interrumpido finalmente por Armstrong.

—Muy bien. Nuestra única esperanza es que algo le impida a Townsend asistir a esa reunión en Leeds, que no debe celebrarse.

—Eso no será nada fácil si no sabemos dónde se va a celebrar —dijo Peter.

—En el Queen's Hotel —dijo Sally.

—¿Cómo puede estar segura de ello? —preguntó Armstrong.

—He llamado a todos los grandes hoteles de Leeds y les he preguntado si tienen una reserva a nombre de Wolstenholme. El Queen's contestó que tenía reservado el salón Rosa Blanca desde las doce a las tres, y que serviría el almuerzo a un grupo de cuatro personas a partir de la una. Puedo indicarle incluso la composición del menú.

—No sé qué haría sin usted, Sally —dijo Armstrong—. Bien, y ahora procuremos sacar provecho de las informaciones de que disponemos. ¿Dónde está Wolst...?

—A punto de iniciar su regreso a Leeds —le interrumpió Peter—. Toma el tren de las 18,50 en la estación de King's Cross. Lo esperan en su despacho a las nueve de la mañana.

—¿Qué me dicen de Townsend y de la mujer? —preguntó Armstrong—. ¿Reg?

—Townsend ha pedido un coche para que los lleve a King's Cross a las siete y media de mañana. Tienen previsto tomar el tren de las 8,12, que llega a la estación central de Leeds a las 11,47, con tiempo suficiente para llegar al Queen's Hotel al mediodía.

—De modo que entre ahora y las siete y media de mañana tenemos que impedir de algún modo que Townsend suba a ese tren con destino a Leeds. —Armstrong miró a los presentes, pero ninguno de ellos parecía esperanzado—. Y se nos tendrá que ocurrir algo bueno —añadió—, porque les aseguro que Townsend es mucho más astuto que Julius Hahn. Y tengo la sensación de que la señorita Tulloh tampoco es una estúpida.

Siguió otro prolongado silencio, antes de que Sally dijera:

—No sé si tiene alguna importancia, pero he descubierto que Townsend se encontraba en Inglaterra cuando murió su padre.

—¿Y qué? —preguntó Armstrong.

**P**rimera declaración de Wilson:

«Nuestra tarea consiste en gobernar, y eso es lo que haremos»

**DAILY MIRROR**

---

17 DE OCTUBRE DE 1964

---



**K**eith había acordado encontrarse con Kate en el Palm Court para desayunar a las siete. Se sentó ante una mesa situada en el rincón y se puso a leer *The Times*. No le sorprendió que ganara tan poco dinero, y no comprendía por qué los Astor no lo cerraban ya, porque nadie querría comprarlo. Tomó un café solo y dejó de concentrarse en el artículo principal, para desviar su mente hacia Kate. Ella mantenía una actitud tan distante y profesional que empezó a preguntarse si acaso habría otro hombre en su vida y si había cometido una estupidez al pedirle que lo acompañara.

Llegó justo después de las siete y se sentó ante la mesa. Llevaba un ejemplar del *Guardian*. No era la mejor forma de empezar el día, pensó Keith, aunque tenía que admitir que aún sentía el mismo entusiasmo por ella que experimentó la primera vez que la vio.

—¿Cómo se encuentra esta mañana? —preguntó ella.

—Jamás me he sentido mejor —contestó Keith.

—¿Le parece un día adecuado para comprar algo? —preguntó ella con una sonrisa burlona.

—Sí, tengo la sensación de que a estas mismas horas de mañana, seré el propietario de mi primer periódico en Inglaterra.

Un camarero sirvió a Kate una taza de café, y le impresionó que después de haber pasado solo un día en el hotel, él ya no necesitara preguntarle si lo tomaba con leche.

—Henry Wolstenholme me telefoneó anoche, justo antes de acostarme —siguió diciendo Keith—. Ya había hablado con Shuttleworth y para cuando lleguemos a Leeds los abogados ya tendrán preparados los contratos para su firma.

—¿No es todo esto un poco arriesgado? Ni siquiera ha visto las impresas.

—No, porque solo firmaré con una cláusula de comprobación del estado de la empresa en noventa días, de modo que será mejor que se prepare para pasar algún tiempo en el norte de Inglaterra. En esta época del año hará bastante frío.

«Señor Townsend. Mensaje para el señor Keith», decía el cartel que llevaba un botones, que se dirigió directamente hacia ellos.

—Mensaje para usted, señor —dijo el botones, que le entregó un sobre.

Keith abrió el sobre y encontró una nota escrita de puño y letra en una hoja de papel con el emblema del Alto Comisionado Australiano. «Le ruego que me llame urgentemente. Alexander Downer», decía el mensaje.

Se lo mostró a Kate, que frunció el ceño.

—¿Conoce usted a Downer? —preguntó.

—Me encontré una vez con él en la Copa Melbourne —contestó Keith—, pero eso fue mucho antes de que fuera nombrado alto comisionado. Supongo que no me recordará.

—¿Qué querrá a estas horas de la mañana? —preguntó Kate.

—No tengo ni la menor idea. Probablemente, querrá saber por qué rechacé su invitación a cenar para esta noche —dijo Keith con una sonrisa—. Siempre podemos hacerle una visita cuando regresemos del norte. Sin embargo, será mejor que trate de localizarlo antes de partir hacia Leeds, no sea caso que se trate de algo importante. —Se levantó de la silla—. Espero con impaciencia a que llegue el día en que podamos tener teléfonos en los coches.

—Subiré a mi habitación y me reuniré con usted en el vestíbulo poco antes de las siete y media —dijo Kate.

—De acuerdo —asintió Keith.

Salió del Palm Court para ir en busca de un teléfono. Al llegar al vestíbulo, el recepcionista le indicó una pequeña mesa frente a su mostrador. Keith marcó el número indicado en la parte superior de la hoja de papel y le contestó casi inmediatamente una voz de mujer.

—Buenos días, aquí la Alta Comisión Australiana.

—¿Puedo hablar con el alto comisionado? —preguntó Keith.

—El señor Downer no ha venido aún, señor —contestó ella—. Le ruego que llame después de las nueve y media.

—Soy Keith Townsend. Se me ha pedido que lo llame urgentemente.

—Ah, sí, señor. Me indicó que si llamaba usted le pasara la comunicación a su residencia. Un momento, por favor.

Mientras Keith esperaba la conexión miró el reloj. Eran las 7,20.

—Alexander Downer al habla.

—Soy Keith Townsend, alto comisionado. Me pidió usted que le llamara con urgencia.

—Sí, gracias, Keith. Nos conocimos en la Copa Melbourne, aunque supongo que no lo recordará. —Su acento australiano sonaba mucho más profundo de lo que Townsend recordaba—. Siento decirle que no tengo buenas noticias para usted, Keith. Parece ser que su madre ha sufrido un ataque al corazón. Está ingresada en el hospital Royal Melbourne. Su estado es estable, pero se encuentra en la unidad de cuidados intensivos.

Townsend se quedó sin habla. También estaba fuera del país cuando murió su padre, y esta vez no iba a...

—¿Está todavía ahí, Keith?

—Sí, sí. Pero es que cené con ella la noche antes de salir, y su aspecto nunca me pareció mejor.

—Lo siento, Keith. Es una condenada mala suerte que sucediera mientras estaba usted en el extranjero. He dispuesto la reserva de dos asientos de primera clase en el vuelo de Qantas a Melbourne, que despegará esta misma mañana. Puede usted llegar a tiempo si sale en seguida. O podría tomar el mismo vuelo mañana por la mañana.

—No, partiré inmediatamente —afirmó Townsend.

—¿Quiere que le envíe mi coche al hotel para llevarlo al aeropuerto?

—No, no será necesario. Ya tenía reservado un coche para que me llevara a la estación. Lo utilizaré para ir al aeropuerto.

—He alertado al personal de Qantas en Heathrow, para que no tenga usted ningún retraso, pero si puedo hacer alguna otra cosa por ayudar, no vacile en llamarme. Espero que podamos vernos de nuevo en mejores circunstancias.

—Gracias —dijo Townsend.

Colgó el teléfono y se acercó al mostrador de recepción.

—Nos marchamos inmediatamente —le dijo al hombre situado tras el mostrador—. Le ruego que tenga preparada la factura en cuanto baje.

—Desde luego, señor. ¿Sigue necesitando el coche que espera fuera?

—Sí, lo necesito —afirmó Townsend.

Se volvió rápidamente y subió a pie al primer piso. Corrió por el pasillo, comprobando los números de las habitaciones. Al llegar a la 124 golpeó la puerta con el puño. Kate la abrió un momento más tarde y observó inmediatamente la angustia reflejada en su rostro.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

—Mi madre ha sufrido un ataque al corazón. Baje directamente las maletas al vestíbulo. Salimos dentro de cinco minutos.

—Lo siento mucho —dijo ella—. ¿Quiere que llame a Henry Wolstenholme y le diga lo ocurrido?

—No. Eso podemos hacerlo desde el aeropuerto —dijo Townsend, que se volvió y echó a correr por el pasillo.

Pocos minutos más tarde salía del ascensor en la planta baja, y mientras guardaban su equipaje en el coche pagó la cuenta, se dirigió rápidamente al coche, le dio una propina al botones y se unió a Kate, que ya esperaba en el asiento trasero. Se inclinó hacia adelante y la ordenó al conductor:

—A Heathrow.

—¿A Heathrow? —repitió el conductor—. Mi hoja de ruta dice que debo llevarle a la estación de King's Cross. Aquí no dice nada de Heathrow.

—Me importa un bledo lo que diga su hoja de ruta —espetó Townsend—. Lléveme a Heathrow.

—Lo siento, señor, pero yo tengo mis instrucciones. Mire, King's Cross es un destino en el interior de la ciudad, mientras que Heathrow está fuera de la ciudad y no puedo...

—Si no empieza a moverse, y lo hace con rapidez, le partiré su condenado cuello —le amenazó Townsend.

—No tengo por qué tolerar esas cosas de nadie —dijo el chófer.

Se bajó del coche, abrió el portamaletas y empezó a sacar su equipaje y a dejarlo sobre la acera.

Townsend se disponía a bajar de un salto cuando Kate le puso una mano en el

brazo.

—Quédese quieto y déjeme a mí ocuparme de esto —le dijo con firmeza.

Townsend no pudo escuchar la conversación que mantuvo por detrás del coche, pero unos minutos más tarde observó que las maletas volvían a ser colocadas en el maletero.

—Gracias —le dijo a Kate cuando esta se sentó de nuevo a su lado.

—No me lo agradezca a mí, sino a él —le susurró ella.

El chófer apartó el coche del bordillo de la acera, giró a la izquierda con el semáforo en verde y se introdujo en el tráfico de la mañana. A Keith le alivió comprobar que el tráfico que salía de Londres a estas horas de la mañana no formara colas tan largas como las de los vehículos que intentaban entrar en la ciudad.

—Tendré que llamar a Downer en cuanto lleguemos al aeropuerto —dijo Townsend en voz baja.

—¿Por qué desea hablar de nuevo con él? —preguntó Kate.

—Creo que sería mejor tratar de hablar con el médico de mi madre en Melbourne, antes de despegar, pero no tengo el número.

Kate asintió con un gesto. Townsend empezó a tablear con los dedos sobre la ventanilla. Intentó recordar la última vez que había estado con su madre. Le informó de la posible compra del West Riding Group, y ella replicó con su habitual retahíla de preguntas astutas. Se marchó después de cenar, prometiéndole que la llamaría desde Leeds si llegaba a cerrar el acuerdo.

—¿Y quién es la joven que te acompaña? —le preguntó su madre.

Se mostró cauteloso ante ella, pero sabía que no la había engañado. Se volvió a mirar a Kate y hubiera querido tomarla de la mano, pero ella parecía preocupada. Ninguno de los dos dijo nada hasta que llegaron al aeropuerto. En cuanto el coche se detuvo ante el bordillo, Townsend bajó y se fue a buscar un carrito de equipaje, mientras el chófer sacaba las maletas. En cuanto estuvieron colocadas en el carrito, le entregó una generosa propina, le dio las gracias varias veces y empujó el carrito lo más rápidamente que pudo hacia el mostrador de embarque, seguido de cerca por Kate.

—¿Llegamos todavía a tiempo para el vuelo a Melbourne? —preguntó Townsend, que mostró su pasaporte en el mostrador de embarque de Qantas.

—Sí, señor Townsend —contestó la empleada, que pasó las hojas del pasaporte—. El Alto Comisionado ha llamado antes. —Levantó la mirada e informó—: Le hemos reservado dos asientos, uno a su nombre y otro a nombre de la señorita Tulloh.

—Soy yo —dijo Kate, que le entregó su pasaporte.

—Tienen ambos reserva en primera clase, asientos 3D y E. Por favor, diríjense inmediatamente a la puerta número diecisiete, donde está a punto de comenzar el embarque.

Al llegar a la sala de salidas, los de clase turista ya empezaban a embarcar, y Townsend dejó a Kate que se presentara en nombre de los dos, mientras él buscaba

un teléfono. Tuvo que esperar por detrás de otras tres personas en el único teléfono disponible, y al llegar finalmente ante el aparato marcó el número de la casa de Henry. Estaba ocupado. Lo intentó tres veces más, pero continuaba produciendo los mismos bips prolongados. Cuando ya marcaba el número de la hoja del Alto Comisionado, un empleado anunció que todos los demás pasajeros debían ocupar sus asientos, ya que se disponían a cerrar las puertas. El teléfono del Alto Comisionado empezó a sonar. En ese momento, Townsend miró a su alrededor y observó que la sala había quedado vacía, aparte de él mismo y Kate. Le hizo señas para que se dirigiera al avión.

Townsend dejó sonar el teléfono unas pocas llamadas más, pero nadie contestó. Abandonó su intento, colgó el teléfono y echó a correr por el pasillo, para encontrar a Kate que le esperaba ante la puerta del avión. Una vez que hubieron entrado, las puertas se cerraron herméticamente tras ellos.

—¿Ha tenido suerte? —preguntó Kate, poniéndose el cinturón de seguridad.

—No —contestó Townsend—. Henry estaba constantemente ocupado y en las oficinas de la Alta Comisión no contestaron al teléfono.

Kate guardó silencio mientras el avión se dirigía hacia el inicio de la pista. Al detenerse, le dijo:

—Mientras estaba usted en el teléfono, empecé a pensar y hay algo que no concuerda.

El avión inició la aceleración por la pista y Townsend se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Qué quiere decir con eso de que algo no concuerda?

—Con todo lo ocurrido en la última hora —dijo Kate.

—No sé a qué se refiere.

—Bueno, para empezar, con lo de mi billete.

—¿Su billete? —preguntó Keith, extrañado.

—Sí. ¿Cómo sabía Qantas a qué nombre debía reservar el billete?

—Supongo que se lo comunicó el Alto Comisionado.

—¿Y cómo lo sabía él? —preguntó Kate—. Al enviarle la invitación a cenar no me incluyó a mí, porque no sabía que yo estuviera con usted.

—Se lo habrá preguntado al director del hotel.

—Posiblemente. Pero hay algo más que me ha importunado en el fondo de mi mente.

—¿Y qué es?

—El botones sabía exactamente hacia qué mesa dirigirse.

—¿Y qué?

—Usted estaba situado delante de mí, en el rincón del salón, de cara a la ventana, pero yo levanté la mirada en el momento en que entró el botones en el Palm Court. Recuerdo que me pareció extraño que él supiera exactamente a qué mesa tenía que dirigirse, a pesar de que usted estaba de espaldas.

—Podría habérselo preguntado al *maître*.

—No —insistió Kate—, porque pasó justo por delante del *maître*, al que ni siquiera miró.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Y luego lo del teléfono de Henry, continuamente ocupado a pesar de que solo eran las ocho y media de la mañana. —El tren de aterrizaje del avión se separó de la pista—. ¿Y por qué no pudo ponerse en contacto con el Alto Comisionado a las ocho y media a pesar de haber hablado con él a las siete y veinte?

Keith la miró directamente a los ojos.

—Nos han tomado el pelo, Keith. Y lo ha hecho alguien que deseaba estar seguro de que no estuviera usted en Leeds a las doce de hoy para firmar ese contrato.

Keith se desabrochó el cinturón de seguridad, corrió por el pasillo y entró en la cabina de mando antes de que la azafata pudiera impedirle. El capitán escuchó comprensivamente su historia, pero le indicó que ya no podía hacer nada ahora que el avión se hallaba en pleno vuelo hacia Bombay.

—El vuelo 009 acaba de despegar hacia Melbourne con los dos paquetes de cargamento a bordo —dijo Benson desde un teléfono situado en la torre de observación. Vio el Comet que desapareció por entre un banco de nubes—. Estarán en el aire durante por lo menos otras catorce horas.

—Bien hecho, Reg —dijo Armstrong—. Ahora ya puede regresar al Ritz. Sally ya ha reservado la habitación donde estaba Townsend, de modo que espere allí a que llame Wolstenholme. Supongo que lo hará poco después de las doce. Para entonces, yo ya estaré en el Queen's Hotel y le llamaré para decirle mi número de habitación.

Keith, mientras tanto, se sentó de nuevo en su asiento, en el avión, y golpeó los reposabrazos con las palmas de las manos.

—¿Quiénes son y cómo lo han conseguido?

Kate estaba bastante segura de saber quién, y creía saber mucho acerca del cómo.

Tres horas más tarde se recibió en el Ritz una llamada para el señor Keith Townsend. La telefonista siguió las instrucciones que le había dado un caballero extremadamente generoso que habló con ella aquella misma mañana, y pasó la llamada a la habitación 319, donde Benson esperaba sentado sobre el borde de la cama.

—¿Está Keith ahí? —preguntó una voz angustiada.

—¿Quién llama, por favor?

—Henry Wolstenholme —tronó la voz.

—Buenos días, señor Wolstenholme. El señor Townsend trató de llamarlo esta mañana, pero su línea estaba continuamente ocupada.

—Lo sé. Alguien llamó a mi casa hacia las siete, pero resultó ser un número

equivocado. Una hora más tarde, cuando traté de hacer una llamada, la línea estaba cortada. Pero ¿dónde está Keith?

—Se encuentra en estos momentos en un avión con destino a Melbourne. Su madre ha sufrido un ataque al corazón y el Alto Comisionado dispuso el vuelo para él.

—Siento enterarme de lo ocurrido a la madre de Keith, pero me temo que el señor Shuttleworth quizá no esté dispuesto a esperar a la firma del contrato. Ya ha sido bastante difícil convencerle para que se entrevistara con nosotros.

Benson leyó las palabras exactas que Armstrong le había escrito:

—El señor Townsend me dio instrucciones para decirle que ha enviado a un representante a Leeds, con su autoridad personal para firmar cualquier contrato, siempre y cuando usted no tenga nada que objetar.

—No tengo nada que objetar —dijo Wolstenholme—. ¿Cuándo se espera su llegada?

—Debe de haber llegado ya al Queen's Hotel. Partió hacia Leeds poco después de que el señor Townsend saliera para Heathrow. No me extrañaría nada que estuviera ya en el hotel, buscándole.

—En ese caso, será mejor que baje al vestíbulo a ver si lo encuentro —dijo Wolstenholme.

—Y a propósito —dijo Benson—, nuestro contable deseaba cerciorarse de la cifra final..., son ciento veinte mil libras.

—Más todos los gastos legales —dijo Wolstenholme.

—Más todos los gastos legales —repitió Benson—. No le entretengo más, señor Wolstenholme —añadió, antes de colgar el teléfono.

Wolstenholme abandonó la sala Rosa Blanca y bajó en el ascensor, seguro de que si el abogado de Keith disponía de una orden de pago por la cantidad total, aún podría arreglarlo todo antes de que llegara el señor Shuttleworth. Solo había un problema: no tenía ni idea de a quién debía buscar.

Benson le pidió a la telefonista que le comunicara con un número en Leeds. Una vez contestada la llamada, pidió que le pasaran con la habitación 217.

—Bien hecho, Benson —dijo Armstrong una vez que hubo confirmado la cifra de ciento veinte mil libras—. Ahora pague la cuenta del hotel en metálico, márchese y tómese libre el resto del día.

Armstrong salió de la habitación 217 y tomó el ascensor hasta el vestíbulo. Al salir vio a Hallet que hablaba con el hombre al que había visto en el Savoy. Se dirigió directamente hacia ellos.

—Buenos días —saludó—. Soy Richard Armstrong y este es el abogado de la empresa. Creo que usted nos esperaba.

Wolstenholme miró fijamente a Armstrong. Casi hubiera jurado que lo había visto antes en alguna parte.

—Sí, he reservado la sala Rosa Blanca, para que nadie nos moleste.

Los dos hombres asintieron y lo siguieron.

—Una noticia muy triste lo ocurrido con la madre de Keith —comentó Wolstenholme al entrar en el ascensor.

—Sí, ¿verdad? —asintió Armstrong, con cuidado de no añadir nada que pudiera incriminarlo más tarde.

Una vez que ocuparon sus asientos alrededor de la gran mesa de reuniones de la sala Rosa Blanca, Armstrong y Hallet comprobaron línea por línea los detalles del contrato, mientras Wolstenholme se sentaba frente a ellos, tomando café. Le sorprendió que revisaran tan escrupulosamente un borrador final que ya contaba con el visto bueno de Keith, pero imaginó que él también habría hecho lo mismo de haberse encontrado en su situación. De vez en cuando, Hallet planteaba una pregunta y, después de su contestación, seguía invariablemente un intercambio de palabras susurradas entre él y Armstrong. Una hora más tarde le devolvieron el contrato a Wolstenholme y confirmaron que todo estaba en orden.

Wolstenholme se disponía a hacer algunas preguntas propias cuando entró un hombre de edad mediana, vestido con un traje de antes de la guerra que no había vuelto a ponerse de moda. Wolstenholme presentó a John Shuttleworth, que sonrió tímidamente. Una vez que se hubieron estrechado las manos, Armstrong dijo:

—Por nuestra parte no queda nada más que hacer excepto firmar el contrato.

John Shuttleworth asintió con un gesto de acuerdo, y Armstrong extrajo una pluma del bolsillo interior de la chaqueta y se inclinó para firmar allí donde le indicaba el tembloroso dedo de Stephen. Luego le entregó la pluma a Shuttleworth, que firmó entre las cruces colocadas a lápiz, sin pronunciar una sola palabra. Después, Stephen le entregó a Wolstenholme una orden de pago por importe de 120 000 libras. El abogado asintió con un gesto cuando Armstrong le recordó que, puesto que se trataba de una orden realizable, quizá fuera conveniente ingresarla inmediatamente en el banco.

—Me acercaré a la sucursal más cercana del Midland mientras preparan el almuerzo —dijo Wolstenholme—. No tardaré más que unos pocos minutos.

Al regresar Wolstenholme, encontró a Shuttleworth sentado a solas en la mesa.

—¿Dónde están los otros dos? —preguntó.

—Pidieron muchas disculpas, pero dijeron que no podían quedarse a almorzar porque tenían que regresar a Londres.

Wolstenholme lo miró perplejo. Aún había varias preguntas que hubiera querido plantear y ahora ni siquiera sabía a quién enviarle su minuta. Shuttleworth le sirvió una copa de champaña y le dijo:

—Felicidades, Henry. No podría haber hecho un trabajo más profesional. Debo decir que su amigo Townsend es, desde luego, un hombre de acción.

—De eso no me cabe la menor duda —dijo Wolstenholme.

—Y también generoso —añadió Shuttleworth.

—¿Generoso?



—Sí, quizá se marcharon sin despedirse, pero pidieron un par de botellas de champaña.

Aquella noche, cuando Wolstenholme llegó a su casa, el teléfono estaba sonando. Lo tomó y escuchó la voz de Townsend al otro extremo de la línea.

—He sentido mucho lo ocurrido a su madre —fueron las primeras palabras de Henry.

—A mi madre no le ocurre nada —espetó Townsend con sequedad.

—¿Qué? Pero si...

—Regreso en el próximo vuelo disponible. Estaré en Leeds mañana por la noche.

—No necesita hacer eso, viejo amigo —dijo Henry, ligeramente perplejo—. Shuttleworth ya ha firmado.

—Pero en ese contrato todavía falta mi firma —dijo Townsend.

—No hace falta. Su representante lo firmó todo en su nombre —dijo Henry—, y le puedo asegurar que todo el papeleo estaba en orden.

—¿Mi representante? —preguntó Townsend.

—Sí, un tal señor Richard Armstrong. Ingresé su carta de pago por importe de ciento veinte mil libras justo antes de almorzar. En realidad, no tiene usted necesidad de regresar. El WRG le pertenece ahora.

Townsend colgó el teléfono con un gesto furioso y se volvió para encontrarse con Kate, de pie tras él.

—Yo continúo viaje a Sydney, pero quiero que regrese usted a Londres y descubra todo lo que pueda sobre un hombre llamado Richard Armstrong.

—¿De modo que así se llama el hombre que se sentaba junto a nosotros en el Savoy?

—Así parece —asintió Townsend, casi escupiendo las palabras.

—¿Y es ahora el propietario del West Riding Group?

—En efecto, así es.

—¿Puede usted hacer algo al respecto?

—Podría denunciarlo por usurpación fraudulenta de personalidad, e incluso por fraude, pero eso me llevaría años de pleitear. En cualquier caso, un hombre capaz de haberse tomado tantas molestias se habrá asegurado de actuar de acuerdo con la legalidad. Y una cosa está clara: Shuttleworth no estará nunca de acuerdo en aparecer en el estrado de los testigos.

—En ese caso, no veo de qué puede servir que yo regrese ahora a Londres —dijo Kate con el ceño fruncido—. Sospecho que su batalla con el señor Richard Armstrong no ha hecho más que empezar. De todos modos, podríamos pasar la noche en Bombay —sugirió—. Nunca había estado en la India.

Townsend la miró, pero no dijo nada hasta que vio a un capitán de la TWA que se dirigía hacia ellos.

—¿Cuál es el mejor hotel de Bombay? —le preguntó.

El capitán se detuvo.

—Me dicen que el Grand Palace es de gran lujo, aunque yo nunca he estado allí —contestó.

—Gracias —dijo Townsend.

Empezó a empujar su equipaje hacia la salida. Al salir de la terminal, empezó a llover.

Townsend cargó las maletas en un taxi que esperaba y que ofrecía todo el aspecto de haber sido requisado en cualquier otro país. Una vez que se acomodó en el asiento posterior, junto a Kate, emprendieron el largo viaje hacia Bombay. Aunque algunas de las farolas de las calles funcionaban, no ocurría lo mismo con los faros del taxi, y otro tanto podía decirse de los limpiaparabrisas. En cuanto al conductor, no parecía saber cómo pasar de la segunda marcha. Pero sí pudo confirmar a cada pocos minutos que el Grand Palace era de gran lujo.

Al llegar finalmente al camino de acceso, un trueno restalló sobre ellos. Keith tuvo que admitir que el adornado edificio blanco era ciertamente grande y palaciego, aunque un viajero más curtido habría añadido quizá el calificativo de «marchito».

—Bienvenidos —les saludó un hombre vestido con un elegante traje oscuro en cuanto entraron en el vestíbulo de suelo de mármol—. Soy el señor Baht, el director general. —Hizo ante ellos una profunda inclinación—. ¿Me permite preguntar a nombre de quién está hecha su reserva?

—No tenemos reserva. Necesitaremos dos habitaciones —dijo Keith.

—Ah, es una verdadera pena —dijo el señor Baht—, porque estoy casi seguro de que lo tenemos todo reservado para esta noche. Permítame comprobarlo.

Los dirigió hacia el mostrador de recepción y habló durante algún tiempo con el recepcionista, que no dejaba de asentir con la cabeza. El propio señor Baht estudió la hoja de reservas y finalmente se volvió de nuevo hacia ellos.

—Créame que lo siento mucho, señor, pero solo tenemos disponible una habitación —dijo, juntando las manos, quizá con la esperanza de que, gracias al poder de la oración, una sola habitación pudiera convertirse en dos—. Y me temo...

—¿Se teme? —preguntó Keith.

—Que es la *suite* Real, *sahib*.

—Qué apropiado sería recordarle ahora sus puntos de vista sobre la monarquía —comentó Kate, que hacía intentos por no echarse a reír—. ¿Tiene un sofá? —preguntó.

—Varios —contestó el sorprendido director general, a quien jamás se le había planteado antes aquella pregunta.

—Entonces la aceptamos —dijo Kate.

Una vez que hubieron rellenado los formularios de entrada, el señor Baht dio una palmada y acudió un mozo vestido con una larga túnica roja, pantalones rojos y un gran turbante rojo.

—Es una *suite* muy buena —dijo el mozo mientras llevaba las maletas por la ancha escalera. Esta vez, Kate sí se echó a reír—. Lord Mountbatten durmió en ella —añadió con evidente orgullo—, y muchos maharajás. Es muy buena.

El mozo dejó las maletas a la entrada de la *suite* Real, introdujo una llave grande en la cerradura y abrió la doble puerta, encendió las luces y se hizo a un lado para permitirles el paso.

Los dos entraron en una habitación enorme. Al fondo de la pared más alejada había una vasta y opulenta cama doble, donde podrían haber dormido hasta media docena de maharajás. Tal y como prometiera el señor Baht, y ante la decepción de Keith, también había varios sofás grandes.

—Una cama muy buena —dijo el mozo, que depositó sus maletas en el centro de la estancia.

Keith le entregó un billete de una libra. El mozo le hizo una profunda reverencia, se volvió y abandonó la habitación en el momento en que un fogonazo de luz iluminaba el cielo y se apagaban las luces de repente.

—¿Cómo se las ha arreglado para hacer eso? —preguntó Kate.

—Si mira por la ventana, verá que lo ha hecho una autoridad muy superior a la mía.

Kate se volvió y pudo ver que toda la ciudad había quedado a oscuras.

—Bueno, ¿nos quedamos de pie donde estamos, a la espera de que vuelva la luz, o empezamos a buscar algún sitio donde sentarnos? —preguntó Keith, que extendió una mano en la oscuridad y tocó una cadera de Kate.

—Usted primero —dijo ella tomándolo de la mano.

Keith se volvió hacia donde había visto antes la cama y empezó a caminar en aquella dirección, con pasos cortos, tanteando el aire con el brazo libre, hasta que finalmente se topó con el poste del baldaquino. Los dos se dejaron caer juntos sobre el enorme colchón, sin dejar de reír.

—Muy buena cama —dijo Keith.

—Donde han dormido muchos maharajás —dijo Kate.

—Y hasta el propio lord Mountbatten.

Kate se echó a reír.

—Y a propósito, Keith, no tiene por qué comprar la compañía eléctrica de Bombay solo para llevarme hasta la cama. Me he pasado toda la última semana convencida de que solo estaba usted interesado por mi cerebro.

---

# CUARTA EDICIÓN

---

La batalla entre Armstrong y Townsend por la posesión del  
Globe

---

# THE TIMES

---

1 DE ABRIL DE 1966

Los laboristas acceden al poder: asegurada una mayoría de  
cien escaños

**A**rmstrong miró a una mecanógrafa a la que no conocía y entró en su despacho, donde encontró a Sally hablando por teléfono.

—¿Con quién tengo mi primera cita?

—Con Derek Kirby —contestó ella, después de colocar una mano sobre el micrófono del teléfono.

—¿Y quién es?

—Antiguo director del *Daily Express*. El pobre solo duró ocho meses, pero afirma tener una información interesante para usted. ¿Le hago pasar?

—No. Deje que espere un poco más —contestó Armstrong—. ¿Con quién habla ahora?

—Con Phil Barker. Llama desde Leeds.

Armstrong asintió con un gesto y le tomó el teléfono a Sally, para hablar con el nuevo director general del West Riding Group.

—¿Estuvieron ellos de acuerdo con mis condiciones? —preguntó.

—Acordaron un millón trescientas mil libras, pagaderas en los próximos seis años, en plazos iguales, siempre y cuando las ventas se mantengan constantes. Pero si las ventas bajan durante el primer año, todos los pagos posteriores bajarán en la misma proporción.

—¿No detectaron la trampa en el contrato?

—No —contestó Barker—. Imaginaron que desearía usted aumentar la tirada ya durante el primer año.

—Bien. Ocúpese de que la auditoría solo encuentre la cifra de tirada más baja posible. Luego ya empezaremos a aumentarla durante el segundo año. De ese modo me ahorraré una pequeña fortuna. ¿Qué me dice del *Hull Echo* y del *Grimsby Times*?

—Todavía es pronto, Dick, pero ahora todo el mundo sabe que es usted un comprador, y eso no facilita mi tarea.

—En ese caso, tendremos que ofrecer más y pagar menos.

—¿Y cómo se propone hacerlo? —preguntó Barker.

—Incluyendo cláusulas en las que se hagan promesas que no tenemos ninguna intención de cumplir. No olvide nunca que los viejos consorcios familiares raras veces plantean una demanda ante los tribunales porque no les gusta tener que acudir a ellos. Así que aproveche siempre la letra de la ley. No la infrinja nunca, pero procure doblarla todo lo posible, sin llegar a traspasarla. Adelante con ello.

Armstrong colgó el teléfono.

—Derek Kirby sigue esperando —le recordó Sally.

Armstrong comprobó su reloj.

—¿Cuánto tiempo hace que espera?

—Veinte o veinticinco minutos.

—Entonces veamos qué tenemos de correspondencia.

Después de veintiún años de trabajar para él, Sally sabía qué invitaciones aceptaría Armstrong, qué obras de caridad no deseaba apoyar, ante qué audiencias estaba dispuesto a pronunciar unas palabras, y en compañía de qué comensales deseaba ser visto durante las cenas. La regla consistía en decir que sí a todo aquello que le ayudara a hacer progresar su carrera, y negarse a todo lo demás. Cuarenta minutos más tarde, al cerrar el bloc de notas taquigráficas, le indicó que Derek Kirby llevaba esperando ya más de una hora.

—Está bien, puede hacerlo pasar. Pero si recibe alguna llamada interesante, pásemela.

Al entrar Kirby en el despacho, Armstrong no hizo el menor intento por levantarse del sillón y se limitó a señalar con un dedo el asiento situado en el extremo más alejado de la mesa, frente a él.

Kirby parecía nervioso; Armstrong había descubierto que hacer esperar a alguien durante mucho tiempo casi siempre lo ponía a punto de perder los nervios. Su visitante debía de tener unos cuarenta y cinco años, aunque las arrugas de su frente y las entradas de su cabello le hacían parecer más viejo. El traje que llevaba era elegante, pero no a la última moda, y aunque la camisa estaba limpia y bien planchada, el uso empezaba a notarse en el cuello y los puños. Armstrong imaginó que se había mantenido realizando trabajos por libre desde que abandonara el *Express*, y que echaría de menos su cuenta de gastos. Al margen de lo que le ofreciera Kirby, él le ofrecería probablemente la mitad y le pagaría una cuarta parte.

—Buenos días, señor Armstrong —dijo Kirby antes de sentarse.

—Siento mucho haberle hecho esperar —dijo Armstrong—, pero surgió algo urgente.

—Lo comprendo —asintió Kirby.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—No, se trata más bien de lo que yo puedo hacer por usted —afirmó Kirby, lo que a Armstrong le pareció como una frase ensayada de antemano.

—Le escucho.

—Dispongo de una información confidencial que le permitiría apoderarse de un periódico de distribución nacional.

—No puede ser el *Express* —dijo Armstrong, que se volvió a mirar por la ventana—, porque mientras Beaverbrook siga con vida...

—No, es algo más grande que eso.

Armstrong permaneció en silencio, antes de preguntar:

—¿Quiere tomar café, señor Kirby?

—Prefiero té —contestó el exdirector. Armstrong tomó uno de los teléfonos de su mesa.

—Sally, ¿podemos tomar té?

Aquello le indicó a Sally que la entrevista podía durar más de lo esperado, y que no debían producirse interrupciones.

—Si la memoria no me falla, fue usted director del *Express* —dijo Armstrong.

—Sí, uno de los siete que ha tenido en los últimos ocho años.

—Nunca llegué a comprender por qué lo despidieron.

Sally entró en la habitación, llevando una bandeja. Dejó una taza de té delante de Kirby y otra delante de Armstrong.

—El hombre que le sustituyó en el cargo fue un imbécil, y a usted nunca se le concedió el tiempo suficiente para demostrar de lo que era capaz.

Una sonrisa apareció en el rostro de Kirby, que se sirvió leche en el té, echó dos terrones de azúcar en la taza y luego se arrellanó en la silla. No le pareció el momento más oportuno para recordarle a Armstrong que recientemente había empleado al que fuera su sustituto para dirigir uno de sus propios periódicos.

—Bueno, si no se trata del *Express*, ¿de qué periódico estamos hablando?

—Antes de decir nada más, necesito tener clara cuál es mi posición —dijo Kirby.

—No estoy seguro de comprenderle.

Armstrong apoyó los codos sobre la mesa y lo miró fijamente.

—El caso es que después de mi experiencia en el *Express*, quiero estar seguro de tener la espalda bien cubierta.

Armstrong no dijo nada. Kirby abrió su maletín y extrajo un documento.

—Mis abogados han redactado esto para proteger...

—Solo tiene que decirme lo que desea, Derek. Soy bien conocido por cumplir con mis compromisos.

—En este documento se afirma que si usted se hace con el control del periódico en cuestión, seré nombrado su director, o se me pagará una compensación de cien mil libras.

Le entregó a Armstrong el acuerdo, en una sola hoja de papel.

Armstrong lo leyó rápidamente. En cuanto se dio cuenta de que allí no se mencionaba salario alguno, sino solo el nombramiento como director, firmó encima de su nombre, que aparecía al pie de la página. En Bradford se había librado de un hombre al mostrarse de acuerdo en nombrarlo director, para luego pagarle una sola libra al año. Podría haberle dicho a Kirby que los abogados baratos siempre obtienen resultados baratos, pero se limitó a entregarle el documento firmado, que Kirby tomó con avidez.

—Gracias —dijo tras tomar la hoja, pareciendo un poco más seguro de sí mismo.

—Bien, ¿qué periódico espera usted dirigir?

—El *Globe*.

Armstrong se vio pillado por sorpresa, por segunda vez durante aquella mañana. El *Globe* era una de las joyas de Fleet Street. Nadie había sugerido nunca que pudiera estar a la venta.

—Pero todas las acciones están en poder de una sola familia —observó.

—Eso es cierto —asintió Kirby—. Dos hermanos y una cuñada. *Sir* Walter, Alexander y Margaret Sherwood, para ser exactos. Y como *sir* Walter es el presidente, todo el mundo se imagina que es él quien controla la empresa. Pero la verdad es que no es así: las acciones se hallan repartidas a partes iguales entre ellos.

—Eso ya lo sabía —dijo Armstrong—. Lo he encontrado en todos los informes que he leído sobre *sir* Walter.

—Sí, pero lo que no se ha dicho es que recientemente se ha producido una pelea entre ellos. —Armstrong enarcó una ceja—. El pasado viernes se reunieron todos a cenar en el apartamento de Alexander en París. *Sir* Walter llegó desde Londres, y Margaret desde Nueva York, para celebrar supuestamente el sexagésimo segundo cumpleaños de Alexander. Pero resultó que aquello no fue una fiesta, porque Alexander y Margaret le hicieron saber a Walter que estaban hartos de que no prestara suficiente atención a lo que sucedía en el *Globe*, y le acusaron personalmente de ser el responsable del descenso en las ventas. Han pasado de cuatro millones a menos de dos millones desde que él asumió el cargo de presidente. Están incluso por detrás del *Daily Citizen*, que se pavonea ahora como el periódico con la circulación diaria más grande del país. Le acusaron de dedicar demasiado tiempo a flirtear entre el Turf Club y el hipódromo más cercano. Se produjo entonces una fuerte discusión a gritos, y tanto Alexander como Margaret dejaron bien claro que, a pesar de haber rechazado en el pasado varias ofertas por sus acciones, eso no quería decir que hicieran lo mismo en el futuro, pues no tenían intención de sacrificar su estilo de vida debido simplemente a la incompetencia de Walter.

—¿Cómo sabe usted todo esto? —preguntó Armstrong.

—Por su cocinera —contestó Kirby.

—¿Su cocinera? —repitió Armstrong.

—Se llama Lisa Milton. Trabajó para restauradores de Fleet Street antes de que Alexander le ofreciera trabajar para él en París. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Alexander no ha sido precisamente el mejor de sus patronos, y a Lisa le gustaría dimitir y regresar a Inglaterra si...

—¿Si se lo pudiera permitir? —sugirió Armstrong.

Kirby asintió.

—Lisa pudo escuchar todo lo que se dijeron mientras ella preparaba la cena en la cocina. Según me dijo, no le habría sorprendido nada que toda la discusión se hubiera podido escuchar también en el piso de arriba y en el de abajo.

—Ha hecho usted muy bien, Derek —dijo Armstrong con una sonrisa—. ¿Dispone de alguna otra información que pueda serme de utilidad?

Kirby se inclinó hacia él y extrajo una abultada carpeta de su maletín.

—Aquí encontrará todos los detalles sobre ellos tres. Perfiles, direcciones, números de teléfono e incluso el nombre de la amante de Alexander. Si necesita alguna otra cosa, puede llamarme directamente.

Y tras decir esto dejó una tarjeta de visita sobre la mesa.



Armstrong tomó la carpeta y la dejó sobre el papel secante que tenía delante. Luego, se guardó la tarjeta en la cartera.

—Gracias —le dijo—. Si la cocinera obtiene alguna nueva información o si desea usted ponerse en contacto conmigo, siempre me encontrará disponible. Utilice mi línea directa.

Y le entregó su propia tarjeta a Kirby.

—Le llamaré en cuanto me entere de algo —asintió Kirby, que se puso en pie.

Armstrong lo acompañó hasta la puerta y al salir al despacho de Sally le pasó un brazo sobre el hombro. Después de estrecharse la mano, se volvió hacia su secretaria y dijo:

—Derek siempre tiene que poder ponerse en contacto conmigo, de día o de noche, esté yo con quien esté.

En cuanto Kirby se hubo marchado, Sally se reunió con Armstrong en su despacho. Él ya estaba estudiando la primera página de la carpeta Sherwood.

—¿Dijo en serio lo que de Kirby pudiera ponerse siempre en contacto con usted, de día y de noche?

—En efecto, al menos durante un futuro previsible. Pero ahora necesito que me deje libre de compromisos para efectuar un viaje a París, para ver a un tal señor Alexander Sherwood. Si lograra lo que me propongo, necesitaré ir a Nueva York para conocer a su cuñada.

Sally empezó a pasar las páginas del dietario.

—Lo tiene todo lleno de compromisos —le dijo.

—Como un condenado dentista —espetó Armstrong—. Procure tenerlos todos cancelados para cuando haya regresado de almorzar. Y mientras se ocupa de eso, revise toda la información contenida en esta carpeta. Quizá comprenda entonces por qué es tan importante que me entreviste con el señor Sherwood, pero no permita que nadie más vea esto.

Comprobó su reloj y salió del despacho. Al pasar por el pasillo observó a la nueva mecanógrafa a la que ya había visto esa mañana. Esta vez, ella levantó la mirada y le sonrió. Ya en el coche, camino del Savoy, le pidió a Reg que descubriera todo lo que pudiera sobre ella.

A Armstrong le resultó difícil concentrarse durante el almuerzo, a pesar de que su invitado era un ministro del gobierno. Ya se imaginaba lo que significaría ser el propietario del *Globe*. En cualquier caso, se enteró de que este ministro en particular volvería a ocupar su escaño parlamentario en cuanto el primer ministro llevara a cabo su siguiente remodelación. No lamentó que el ministro le dijera que tendría que marcharse pronto, porque su departamento tenía que contestar a las preguntas que se le plantearan en la Cámara aquella misma tarde. Armstrong pidió la cuenta.

Poco después vio cómo se alejaba el ministro en un coche oficial, conducido por un chófer, y confió en que el pobre hombre no se hubiera acostumbrado demasiado a aquellas prerrogativas. Al subir al asiento trasero de su propio coche, volvió a pensar

en el *Globe*.

—Discúlpeme, señor —le dijo Benson, que lo miró por el espejo retrovisor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Armstrong con voz seca.

—Me pidió que averiguara cosas sobre esa joven.

—Ah, sí —asintió Armstrong, más suavemente.

—Es una administrativa llamada Sharon Levitt, que ocupa el puesto de la secretaria del señor Wakeham, que está de vacaciones. Solo va a estar con nosotros durante un par de semanas.

Armstrong asintió con un gesto. Más tarde, al salir del ascensor y dirigirse a su despacho, se sintió decepcionado al descubrir que la joven ya no estaba sentada en la mesa del rincón.

Sally le siguió, sosteniendo el dietario y unos papeles.

—Si cancela su discurso del sábado por la noche en el SOGAT —le informó avanzando a su lado—, y el almuerzo del domingo con su esposa... —Armstrong movió una mano con un gesto despreciativo—. Es su cumpleaños —le recordó Sally.

—Envíele un ramo de flores. Vaya a Harrods y elíjale un regalo, y recuérdeme que la llame durante el día.

—En ese caso quedará libre de compromisos durante todo el fin de semana.

—¿Qué me dice de Alexander Sherwood?

—Llamé a su secretaria en París, justo antes del almuerzo. Ante mi sorpresa, el propio Sherwood ha llamado hace unos minutos.

—¿Y? —preguntó Armstrong.

—Ni siquiera preguntó por qué quería usted verlo, y dijo si podría usted reunirse con él para almorzar el sábado a la una, en su apartamento de Montmartre.

—Bien hecho, Sally. También necesito ver a su cocinera antes de reunirme con él.

—Se llama Lisa Milton —informó Sally—. Esa mañana se verá con usted en el George V para desayunar.

—En tal caso, lo único que le falta por hacer esta tarde es terminar la correspondencia.

—Ha olvidado que tengo una cita con el dentista a las cuatro. Ya lo he aplazado dos veces, y el dolor de muelas empieza a...

Armstrong estaba a punto de decirle que lo aplazara por tercera vez, pero se controló a tiempo.

—Desde luego, no debe cancelar su cita, Sally. Pídale a la secretaria del señor Wakeham que ocupe su puesto mientras tanto.

Sally no pudo ocultar su sorpresa, pues Dick no había permitido que eso sucediera nunca desde que trabajaba para él.

—Creo que tiene una secretaria temporal durante las dos próximas semanas —comentó, inquieta.

—Me parece bien. De todos modos, solo es trabajo rutinario.

—Iré a llamarla —dijo Sally.

Empezó a sonar el teléfono privado de Armstrong. Era Stephen Hallet, para confirmarle que había planteado una denuncia por difamación contra el director del *Daily Mail*, y le sugería que procurara no llamar mucho la atención durante los días siguientes.

—¿Ha descubierto quién filtró la noticia? —preguntó Armstrong.

—No, pero sospecho que procedió de Alemania —contestó Hallet.

—Pero todo eso sucedió hace años —dijo Armstrong—. En cualquier caso, yo mismo asistí al funeral de Julius Hahn, de modo que no pudo haber sido él. Apuesto a que se trata de Townsend.

—No sé quién es, pero hay alguien deseoso de desacreditarlo, y creo que probablemente tengamos que plantear una serie de pleitos durante las próximas semanas. De ese modo, al menos, se lo pensarán dos veces antes de imprimir algo en el futuro.

—Envíeme copia de cualquier cosa donde se mencione mi nombre —dijo—. Si me necesita con urgencia, estaré en París durante este fin de semana.

—Afortunado de usted. Ofrézcale mis respetos a Charlotte.

Sally entró en el despacho, seguido por una rubia alta y delgada, con una minifalda que solo habría podido llevar alguien con las piernas muy esbeltas.

—Estoy a punto de embarcarme en un negocio muy importante —dijo Armstrong con un tono de voz ligeramente más alto.

—Entiendo —dijo Stephen—. Tenga la seguridad de que siempre estaré dispuesto.

Armstrong colgó el teléfono y le sonrió dulcemente a la secretaria temporal.

—Le presento a Sharon. Le he dicho que solo será trabajo rutinario, y que terminará a las cinco —dijo Sally—. Yo regresaré a primera hora de mañana.

La mirada de Armstrong se detuvo en los tobillos de Sharon y luego ascendió lentamente. Ni siquiera miró a Sally cuando esta se despidió.

—Hasta mañana.

Townsend terminó de leer el artículo publicado en el *Daily Mail*, giró sobre el sillón de su despacho y contempló el puerto de Sydney. Había sido un retrato poco halagador del ascenso continuado de Lubji Hoch, y de su deseo de ser aceptado en Gran Bretaña como un barón de la prensa. Habían utilizado varias citas cuyas fuentes no se indicaban, pero que procedían de oficiales compañeros de Armstrong en el Regimiento del Rey, de alemanes que lo habían conocido en Berlín, y de empleados que tuvo en el pasado.

El artículo contenía poca cosa que no procediera del perfil escrito por Kate varias semanas antes para el *Sunday Continent*. Townsend sabía que pocos en Australia tendrían interés por la vida de Richard Armstrong. Pero el artículo terminaría en cuestión de días sobre el despacho de todos los directores de Fleet Street y luego solo sería cuestión de tiempo que fuera reproducido en parte o totalmente, para difundirse por entre el público británico. Solo se había preguntado qué periódico lo publicaría

primero.

También sabía que Armstrong no tardaría en descubrir la fuente del artículo original, lo que aún le producía más placer. Recientemente, Ned Brewer, su jefe de la oficina de Londres, le dijo que las historias sobre la vida privada de Armstrong habían dejado de aparecer publicadas desde que los pleitos empezaron a caer como confetti sobre las mesas de los directores.

Townsend había observado con creciente cólera cómo Armstrong convertía el WRG en una fuerte base de poder en el norte de Inglaterra. Pero no abrigaba ninguna duda acerca de dónde estaban puestas las verdaderas ambiciones de aquel hombre. Townsend ya tenía infiltradas a dos personas en la sede central de Armstrong, en Fleet Street, que le mantenían informado de todas las personas que acudían a verle. Su última visita, Derek Kirby, antiguo director del *Express*, se despidió de Armstrong, que le rodeó los hombros con un brazo al salir de su despacho. Los asesores de Townsend pensaban que Kirby sería contratado probablemente como director de uno de los periódicos regionales del WRG. Townsend, sin embargo, no estaba tan seguro de ello, y dejó instrucciones para que se le comunicara inmediatamente en el caso de que se descubriera que pretendía comprar algo, cualquier cosa que fuera. Y repitió: «Cualquier cosa».

—¿Es el WRG realmente tan importante para ti? —le preguntó Kate.

—No, pero un hombre capaz de llegar tan bajo como para utilizar un supuesto ataque al corazón de mi madre, tiene que recibir su merecido.

Hasta el momento, Townsend había sido informado de las adquisiciones de Armstrong, desde Stokeon-Trent hasta Durham. Ahora controlaba ya diecinueve periódicos locales y regionales y cinco revistas regionales, y sin duda alguna dio un buen golpe al apoderarse del 25 por ciento de Lancashire Television y del 49 por ciento de la emisora de radio regional, a cambio de acciones preferentes de su propia empresa. Su última aventura había sido el lanzamiento del *London Evening Post*. Pero Townsend sabía que, como él mismo, lo que Armstrong anhelaba más era convertirse en propietario de un diario nacional.

Durante los últimos cuatro años, Townsend había adquirido otros tres periódicos australianos, un dominical y una revista semanal de noticias. Ahora controlaba periódicos en todos los estados de Australia, y no había un solo político u hombre de negocios del país que no le atendiera cada vez que Townsend tomaba el teléfono. También había visitado Estados Unidos una docena de veces durante el año anterior, para seleccionar ciudades donde los patronos principales desarrollaran sus actividades en el ámbito del acero, el carbón y los automóviles, porque había descubierto que las compañías que desarrollaban sus actividades en esas industrias achacosas, controlaban casi siempre los periódicos locales. Cada vez que descubría que una de esas empresas tenía problemas de liquidez, intervenía y casi siempre lograba cerrar rápidamente un acuerdo que le permitía apoderarse del periódico. En casi cada caso descubría que su nueva adquisición contaba con un personal excesivo y estaba mal

gestionada, pues era muy raro que alguien del consejo de administración de la compañía madre tuviera experiencia de primera mano en dirigir un periódico. Al despedir a la mitad del personal y sustituir a los directivos más antiguos por su propia gente, lograba invertir la tendencia de la cuenta de resultados en cuestión de meses.

Mediante este método había logrado apoderarse de nueve periódicos urbanos, desde Seattle a Carolina del Norte y eso, a su vez, le había permitido crear una compañía lo bastante grande como para aspirar a apoderarse de uno de los grandes periódicos de Estados Unidos en cuanto se le presentara la oportunidad.

Kate le acompañó en algunos de aquellos viajes, y aunque no tenía dudas de que deseaba casarse con ella, después de su experiencia con Susan todavía no estaba seguro del todo de que quisiera pedirle a alguien que se pasara el resto de su vida viviendo con las maletas preparadas sin saber muy bien dónde estaban sus raíces.

Si algo le envidiaba a Armstrong era que tenía un hijo que podría heredar su imperio.

---

# THE TIMES

---

29 DE OCTUBRE DE 1966

En 1975 se terminará el túnel del Canal tras cuatro años  
de construcción

—La señorita Levitt me acompañará a París —dijo Armstrong—. Resérveme dos billetes en primera, y la *suite* habitual en el George V.

Sally cumplió sus órdenes como si se tratara de una transacción normal de negocios. Sonrió al pensar en las promesas que se harían durante el fin de semana y que luego no se cumplirían, de los regalos que se ofrecerían y que nunca llegarían a materializarse. El lunes por la mañana le pagaría a la joven, en efectivo, como se había hecho con sus predecesoras, pero a un precio por hora muy superior al que hubiera cobrado cualquier agencia incluso por la trabajadora temporal más experimentada.

El lunes por la mañana, después de que Armstrong llegara desde París, Sharon no dio señales de vida. Sally imaginó que tendría noticias sobre ella a lo largo de ese mismo día.

—¿Cómo fue la reunión con Alexander Sherwood? —le preguntó, tras dejar la correspondencia sobre su mesa.

—Acordamos un precio por su tercio del *Globe* —contestó Armstrong con una sonrisa triunfal. Y antes de que Sally pudiera preguntar por los detalles, añadió—: Su siguiente tarea consiste en conseguir el catálogo de una venta que se celebrará en Sotheby's de Ginebra el próximo jueves por la mañana.

No parpadeó una sola vez y pasó tres hojas del dietario.

—Esa mañana tiene citas a las diez, las once y las once cuarenta y cinco, y almuerzo con William Barnetson, presidente de Reuters. Ya lo ha retrasado usted en dos ocasiones.

—En ese caso tendrá que volver a retrasarlo por tercera vez —dijo Armstrong, que ni siquiera levantó la mirada.

—¿Incluida la entrevista con el secretario del Tesoro?

—Incluido todo. Resérveme dos billetes en primera para Ginebra el miércoles por la mañana, y mi habitación de siempre en Le Richemond, con vistas al lago.

De modo que Sharon..., como se llamase, había sobrevivido a una segunda cita.

Sally tachó con una línea las diversas citas incluidas en el dietario para el jueves, consciente de que tenía que haber una muy buena razón para que Dick retrasara la entrevista con un miembro del gobierno y con el presidente de Reuters. Pero ¿qué querría comprar ahora? Hasta el momento solo había hecho ofertas por periódicos, y en una casa de subastas no encontraría ninguno.

Sally regresó a su despacho y le pidió a Benson que se acercara a la sede de Sotheby's, en Bond Street, y comprara un ejemplar de su catálogo para la subasta de Ginebra. Una hora más tarde, al recibirlo de manos de Benson, todavía se quedó más sorprendida. En el pasado, Dick nunca había mostrado interés por coleccionar

huevos. ¿Sería la conexión rusa? Porque, desde luego, Sharon no podía esperar que se le regalara un Fabergé por solo dos días de trabajo.

El miércoles por la noche, Dick y Sharon volaron a la capital suiza y se alojaron en Le Richemond. Antes de cenar, caminaron hasta el Hotel de Bergues, en el centro de la ciudad, donde Sotheby's celebraba siempre sus subastas en Ginebra, para inspeccionar la sala donde tendría lugar la subasta.

Armstrong observó al personal del hotel que colocaba las sillas en el salón, que calculó tendría una capacidad para cuatrocientas personas. Recorrió lentamente la sala, y decidió dónde tendría que sentarse para estar seguro de ver bien al subastador, así como la hilera de nueve teléfonos situados en una tarima, a un lado de la sala. Cuando él y Sharon estaban a punto de marcharse, se volvió para echar un último vistazo a la sala.

En cuanto llegaron a su hotel, Armstrong entró en el pequeño comedor que dominaba el lago y se dirigió directamente a la mesa reservada situada en la esquina. Ya se había sentado antes de que el *maître* pudiera decirle que la mesa estaba reservada para otro cliente. Pidió para sí mismo y luego le pasó el menú a Sharon.

Mientras esperaba a que le sirvieran el primer plato, se dedicó a untar de mantequilla el rollo de pan del plato que tenía al lado. Una vez que se lo hubo comido, se inclinó y tomó el del plato de Sharon, que seguía pasando las páginas del catálogo de Sotheby's.

—Página cuarenta y nueve —dijo entre dos bocados.

Sharon pasó rápidamente unas pocas páginas más, y su mirada se detuvo sobre un objeto cuyo nombre no pudo pronunciar.

—¿Es esto para añadirlo a una colección? —preguntó, con la esperanza de que pudiera ser un regalo para ella.

—Sí —contestó él con la boca llena—, pero no mía. No había oído hablar de Fabergé hasta la semana pasada —admitió—. Forma parte de un negocio mucho más grande en el que ando metido.

La mirada de Sharon descendió sobre la página y leyó la detallada descripción acerca de cómo aquella pieza maestra había sido sacada de contrabando de Rusia en 1917. Al final de todo se indicaba el precio estimado.

Armstrong descendió la mano por debajo de la mesa y la colocó sobre el muslo de Sharon.

—¿Hasta dónde estarías dispuesto a pujar? —preguntó ella en el momento en que aparecía un camarero a su lado y colocaba un gran cuenco de caviar delante de ellos.

Armstrong apartó rápidamente la mano y concentró toda su atención en el primer plato.

Desde el fin de semana pasado en París dormían juntos cada noche, y Dick no recordaba ya cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que se sintió tan



obsesionado por alguien, si es que lo estuvo alguna vez. Ante la sorpresa de Sally, había empezado a abandonar pronto el despacho por la noche, y no reaparecía hasta las diez de la mañana siguiente.

Cada mañana, durante el desayuno, él le ofrecía regalos, pero ella siempre los rechazaba, y eso hacía que temiera perderla. Sabía perfectamente que no era amor pero, fuera lo que fuese, confiaba en que durase mucho tiempo. Siempre había temido la idea de un divorcio, a pesar de que ahora raras veces veía a Charlotte, excepto en las funciones oficiales, y ni siquiera recordaba cuándo habían dormido juntos por última vez. Pero, para su tranquilidad, Sharon no hizo nunca ningún comentario sobre matrimonio. La única sugerencia que le hizo y le recordó les permitiría disfrutar de lo mejor de ambos mundos. Y él ya empezaba a cumplir sus deseos.

Una vez retirado el cuenco de caviar vacío, Armstrong atacó un solomillo que ocupaba una parte tan importante del plato que las verduras extras que pidió tuvieron que servirse en varios platos aparte. Al utilizar dos tenedores, descubrió que podía comer de dos platos al mismo tiempo, mientras Sharon se contentaba con picar una hoja de lechuga y jugar con su plato de salmón ahumado. Armstrong habría pedido una segunda ración de tarta Selva Negra si ella no hubiera empezado a pasar la punta del pie derecho sobre la parte interior de su muslo.

Arrojó la servilleta sobre la mesa y salió del restaurante para dirigirse al ascensor, dejando que Sharon le siguiera a corta distancia. Entró y apretó el botón del séptimo piso. Las puertas se cerraron justo a tiempo de impedir que una pareja de ancianos subieran con ellos.

Al llegar al piso, se tranquilizó al ver que no había nadie en el pasillo porque, en caso contrario, cualquiera se habría dado cuenta del estado en que se encontraba.

Una vez que abrió la puerta del dormitorio con el pie, para cerrarla con el tacón, ella lo hizo tumbarse sobre el suelo y empezó a desabrocharle la camisa.

—Ya no puedo esperar más —susurró Sharon.

A la mañana siguiente, Armstrong se sentó ante una mesa instalada en su *suite* y preparada para dos. Ambos desayunaron mientras comprobaban el cambio del franco suizo con la libra esterlina en el *Financial Times*.

Sharon se contemplaba en el espejo de cuerpo entero del otro extremo de la habitación, y se tomaba su tiempo para arreglarse. Le gustó lo que vio y sonrió antes de volverse y dirigirse hacia la mesa del desayuno. Colocó una pierna larga y esbelta sobre el brazo del sillón de Armstrong, que dejó caer el cuchillo de la mantequilla sobre la alfombra mientras ella se ponía una media negra. Al cambiar de pierna, él la miró y suspiró al notar los brazos que se introducían por el interior de su batín.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó él.

—No te preocupes por el tiempo, querido. La subasta no empieza hasta las diez —le susurró antes de desabrocharse el sostén y hacer que él se tumbara de nuevo en

el suelo.

Salieron del hotel pocos minutos antes de las diez, pero como el único objeto por el que Armstrong estaba interesado no sería subastado probablemente hasta por lo menos las once, caminaron cogidos del brazo por la orilla del lago, se dirigieron lentamente hacia el centro de la ciudad y disfrutaron del cálido sol de la mañana.

Al entrar en el vestíbulo del Hotel de Bergues, Armstrong se sintió extrañamente receloso. A pesar de haber regateado por todo aquello que deseaba conseguir en la vida, esta era la primera vez que asistía a una subasta. Se le había informado brevemente de lo que se esperaba de él y empezó a poner inmediatamente en práctica sus instrucciones. A la entrada del salón dio su nombre a una de las mujeres elegantemente vestidas sentadas tras una larga mesa. Ella le habló en francés y él hizo lo mismo, explicándole que solo estaba interesado por el lote cuarenta y tres. Armstrong se sorprendió al ver que casi todos los puestos de la sala ya estaban ocupados, incluido el que había identificado la noche anterior como el mejor. Sharon indicó las dos sillas vacías situadas en el lado izquierdo de la sala, al fondo. Armstrong asintió con un gesto y la condujo por el pasillo lateral. Al sentarse, un hombre joven con una camisa de cuello abierto se acomodó en un asiento situado tras ellos.

Armstrong comprobó que desde allí podía ver con claridad al subastador, así como la hilera de teléfonos, cada uno de ellos atendido por una telefonista bien cualificada. Su posición no era tan conveniente como la elegida en un principio, pero no veía razón alguna para que eso le impidiera representar su papel en el regateo.

—Lote diecisiete —declaró el subastador desde el estrado, en la parte delantera del salón.

Armstrong pasó a consultar la página correspondiente del catálogo y contempló un huevo de Pascua de empuñadura plateada, sostenido por cuatro cruces, con las iniciales en esmalte azul del zar Nicolás II, encargado en 1907 a Peter Carl Fabergé para la zarina. Empezó a concentrarse en el procedimiento.

—¿He oído diez mil? —preguntó el subastador, que observó la sala.

Hizo un gesto de asentimiento hacia al fondo.

—Quince mil.

Armstrong trató de seguir las diferentes pujas, aunque no estaba muy seguro de saber de dónde procedían, y cuando el lote diecisiete se vendió finalmente por 45 000 francos, no tenía ni idea de quién lo había comprado. Le sorprendió que el subastador dejara caer el martillo sin decir: «A la una, a las dos, a las tres».

Al llegar el subastador al lote veinticinco, Armstrong ya empezaba a sentirse un poco más seguro de sí mismo, y en el lote treinta creyó poder distinguir incluso a uno u otro de los que pujaban. En el lote treinta y cinco ya se consideraba como un experto, pero al llegar al lote cuarenta, el huevo de invierno de 1913, empezó a sentirse nuevamente nervioso.

—Iniciaré este lote en 20 000 francos —declaró el subastador.

Armstrong observó cómo la puja superaba rápidamente los 50 000 francos y el martillo descendió finalmente al llegar a los 120 000 francos, ofrecidos por un cliente cuyo anonimato quedó garantizado por el hecho de hallarse al otro extremo de una línea telefónica.

Armstrong sintió que le empezaban a sudar las manos al iniciarse la subasta del lote cuarenta y uno, el Huevo Chanticleer de 1896, incrustado de perlas y rubíes, que se vendió por 280 000 francos. Durante la venta del lote cuarenta y dos, el Huevo Yuberov Amarillo, empezó a moverse inquieto, sin dejar de mirar al subastador y, de vez en cuando, la página abierta de su catálogo.

Al anunciar el subastador el lote cuarenta y tres, Sharon le apretó la mano y él consiguió dirigirle una sonrisa nerviosa. Un murmullo de voces se extendió sobre la sala.

—Lote cuarenta y tres —repitió el subastador—. El Huevo del Decimocuarto Aniversario Imperial. Esta pieza única fue encargada por el zar en 1910. Las pinturas fueron ejecutadas por Vasily Zulev, y el acabado está considerado como uno de los ejemplos más exquisitos de la obra de Fabergé. Ya se ha mostrado un interés considerable por este lote, de modo que iniciaré la puja por cien mil francos.

Todos los presentes en la sala guardaron silencio, excepto el subastador. Sostenía firmemente el mango del martillo en la mano derecha, y miraba fijamente al público, tratando de situar dónde estaban los que pujaban.

Armstrong recordó la información recibida y el precio exacto al que debería llegar. Pero notó cómo se le aceleró el pulso cuando el subastador anunció:

—La oferta, hecha ahora por teléfono, es de 150 000 francos. Ciento cincuenta mil —repitió. Miró a los asistentes y una ligera sonrisa apareció en sus labios—. Doscientos mil en el centro de la sala. —Hizo una pausa y miró a su ayudante, al teléfono. Armstrong observó cómo esta susurraba en el micrófono y luego asentía con un gesto dirigido hacia el subastador, que respondió inmediatamente—: Doscientos cincuenta mil. —Dirigió de nuevo la atención hacia los sentados en la sala, donde tuvo que haberse producido alguna otra oferta, porque desvió en seguida la atención hacia la ayudante del teléfono y anunció—: Tengo una oferta de trescientos mil francos.

La mujer informó al cliente de la última oferta y, tras unos momentos, asintió de nuevo con un gesto. En la sala, todas las cabezas se volvieron para mirar al subastador como si contemplaran un partido de tenis en cámara lenta.

—Trescientos cincuenta mil —dijo, mirando hacia el centro de la sala.

Armstrong cerró el catálogo. Sabía que aún no debía participar en la puja, aunque eso no le impedía removerse inquieto en su asiento.

—Cuatrocientos mil —dijo el subastador con un gesto de asentimiento hacia la mujer del teléfono—. Cuatrocientos cincuenta mil en el centro de la sala. —La mujer del teléfono respondió inmediatamente—. Quinientos mil... Seiscientos mil —añadió casi en seguida el subastador, ahora con la mirada fija en el centro de la sala.

Eso le permitió a Armstrong aprender otra de las habilidades del subastador.

Armstrong estiró el cuello hasta que finalmente distinguió a la persona que pujaba desde el centro de la sala. Su mirada se desvió hacia la mujer del teléfono, que volvió a asentir con un gesto.

—Setecientos mil —dijo el subastador con voz serena.

Un hombre sentado justo delante de él levantó el catálogo.

—Ochocientos mil —declaró el subastador—. Una nueva oferta al fondo.

Se volvió hacia la mujer del teléfono, que esta vez tardó un poco más en comunicar la última oferta a su cliente.

—¿Novecientos mil? —sugirió, como si tratara de animarla. De repente, ella hizo un gesto afirmativo—. Tengo una oferta telefónica por novecientos mil —dijo y se volvió a mirar al hombre situado al fondo—. Novecientos mil —repitió, pero esta vez no recibió respuesta.

—¿Alguna otra oferta? —preguntó el subastador—. En ese caso este lote tendrá que venderse por novecientos mil francos. Ultimo aviso —añadió, levantando el martillo—. Voy a...

Cuando Armstrong levantó el catálogo, al subastador le pareció que lo agitaba como si lo saludara. Pero no, solo era el temblor de la mano.

—Tengo una nueva oferta por la derecha, al fondo de la sala. Un millón de francos. —El subastador volvió de nuevo la vista hacia la mujer del teléfono—. ¿Un millón cien mil? —preguntó señalando con el mango del martillo a su asistente del teléfono.

Armstrong guardó silencio, sin estar muy seguro de qué hacer a continuación, ya que un millón de francos era la cifra que habían acordado. La gente empezó a volverse y a mirar en su dirección. Permaneció en silencio, sabiendo que la mujer del teléfono haría un gesto negativo con la cabeza.

Y, en efecto, ella negó con la cabeza.

—Tengo una oferta de un millón al fondo —dijo el subastador, señalando hacia donde estaba Armstrong—. ¿Alguna otra oferta? En ese caso, este lote se va a adjudicar por un millón de francos. —Su mirada recorrió a los presentes, pero nadie hizo el menor gesto. Finalmente, dejó caer el martillo con un golpe y añadió—: Adjudicado al caballero del fondo, a la derecha, por un millón de francos.

Los aplausos resonaron en toda la sala.

Sharon le apretó de nuevo la mano, pero antes de que Dick pudiera normalizar la respiración, una mujer se arrodilló en el suelo, a su lado.

—Si rellena este formulario, señor Armstrong, en el mostrador de recepción le indicarán cómo recoger su lote.

Armstrong asintió con un gesto. Pero una vez que hubo terminado de rellenar el formulario, no se dirigió hacia la recepción, sino que acudió al teléfono más cercano del vestíbulo y marcó un número extranjero. Al recibir contestación, dijo:

—Póngame con el director. —Dio la orden para que se efectuara una rápida

transferencia telegráfica por importe de un millón de francos suizos a la sucursal de Sotheby's en Ginebra, tal como había acordado previamente—. Y hágalo rápido —añadió—, porque no quiero tener que quedarme por aquí más tiempo del necesario.

Colgó el teléfono y se acercó a la señorita del mostrador de recepción para explicarle cómo se liquidaría la cuenta, al mismo tiempo que el hombre joven de la camisa abierta que se había sentado tras él empezaba a marcar un número extranjero, aun sabiendo que con ello despertaría a su jefe.

Townsend se sentó en la cama, tomó el teléfono y escuchó con atención.

—¿Por qué pagaría Armstrong un millón de francos por un huevo de Fabergé? —preguntó.

—Eso tampoco lo he podido averiguar —contestó el joven—. Un momento, se marcha arriba con la chica. Será mejor que le siga. Le volveré a llamar en cuanto averigüe lo que pretende.

Durante el almuerzo, en el comedor del hotel, Armstrong pareció tan preocupado que a Sharon le pareció más sensato no decir nada a menos que fuera él quien iniciara la conversación. Era evidente que no había comprado el huevo para ella. Tras dejar sobre el plato la taza vacía de café, le pidió que regresara a su habitación e hiciera las maletas, ya que deseaba salir para el aeropuerto en una hora.

—Tengo una reunión más a la que asistir —le dijo—, pero no tardaré mucho tiempo.

Al besarla en la mejilla, a la entrada del hotel, el joven de la camisa abierta sabía perfectamente a quién de los dos le hubiera gustado seguir.

—Te veré dentro de una hora —le oyó decir a su presa.

Luego, Armstrong se volvió y se dirigió casi corriendo a la ancha escalera que conducía al salón donde había tenido lugar la subasta. Se dirigió directamente a la mujer sentada tras la mesa alargada, que se dedicaba a comprobar formularios de adjudicación de lotes.

—Ah, señor Armstrong. Me alegro de verle —dijo, dirigiéndole una sonrisa que valía un millón de francos—. Sus fondos acaban de ser confirmados mediante transferencia telegráfica urgente. Si quiere ser tan amable de pasar a ver a mi colega, en el despacho interior, podrá recoger su lote —le dijo, señalándole una puerta situada tras ella.

—Gracias —dijo, entregándole su recibo por la obra maestra.

Armstrong se volvió y casi se tropezó con un hombre joven situado directamente por detrás de él. Entró en el despacho del fondo y le presentó su recibo a un hombre vestido con frac negro, de pie tras el mostrador.

El funcionario comprobó cuidadosamente el recibo, miró atentamente al señor Armstrong, sonrió y dio instrucciones al guardia de seguridad para que trajera el lote cuarenta y tres, el Huevo del Aniversario Imperial de 1910. Al regresar el guardia con el huevo, lo hizo acompañado por el subastador, que dirigió una última y romántica mirada a la pieza, antes de tomarla y entregársela a su cliente para que la

inspeccionara.

—Es magnífico, ¿verdad?

—Absolutamente magnífico —asintió Armstrong, que tomó el huevo como si se tratara de una pelota de rugby salida de improviso de entre una melée. Se volvió para marcharse sin decir nada más, y no oyó al subastador susurrarle a su asistente—. Es extraño que ninguno de nosotros haya conocido hasta ahora al señor Armstrong.

El portero del Hotel de Bergues se llevó una mano a la gorra cuando Armstrong subió a un taxi, aferrando el huevo con las dos manos. Dio instrucciones al chófer para que lo llevara al Banque de Genève, justo en el momento en que otro taxi vacío se detenía tras el primero y era ocupado por el hombre joven.

Al entrar en el banco, donde no había estado hasta entonces, Armstrong fue saludado por un hombre alto, delgado, de aspecto anónimo, vestido de frac, que no habría parecido fuera de lugar proponiendo un brindis por la novia en una boda de sociedad en Hampshire. El hombre efectuó ante él una inclinación para indicarle que lo estaba esperando. No le preguntó si quería que le llevara el huevo.

—¿Quiere seguirme, señor? —le dijo en inglés.

Condujo a Armstrong a través del piso de mármol, hacia un ascensor que esperaba. ¿Cómo sabía aquel hombre quién era él?, se preguntó Armstrong. Entraron en el ascensor y las puertas se cerraron. Ninguno de los dos dijo nada mientras subían lentamente al piso superior. Las puertas se abrieron y el hombre de frac le precedió por un pasillo amplio y alfombrado, hasta que llegaron a la última puerta. El hombre llamó discretamente, la abrió y anunció:

—El señor Armstrong.

Un hombre vestido con un traje a rayas, cuello duro y lazo gris plateado se adelantó hacia él y se presentó a sí mismo como Pierre de Montiaque, director general del banco. Se volvió luego hacia otro hombre sentado en el extremo más alejado de la mesa de reuniones, e indicó a su visitante que tomara asiento en la silla vacía situada frente a él. Armstrong depositó el huevo de Fabergé en el centro de la mesa, y Alexander Sherwood se levantó de su asiento, se inclinó y le estrechó cálidamente la mano.

—Me alegro de verle de nuevo —le dijo.

—Y yo a usted —asintió Armstrong con una sonrisa.

Se sentó y miró al hombre con quien había cerrado el trato en París.

Sherwood tomó el Huevo del Aniversario Imperial de 1910 y lo estudió con atención. Una sonrisa se extendió sobre su rostro.

—Será el orgullo de mi colección, y de ese modo no habrá ninguna razón para que mi cuñada sienta ningún recelo.

Sonrió de nuevo y dirigió un gesto de asentimiento al banquero, que abrió un cajón y extrajo un documento, que le entregó a Armstrong.

Dick estudió con atención el acuerdo que Stephen Hallet le había redactado antes de viajar a París la semana anterior. Una vez comprobado que no se había hecho

ninguna alteración, firmó al pie de la quinta página y luego empujó el documento sobre la mesa. Sherwood no mostró ningún interés por comprobar el contenido del documento, y se limitó a abrirlo por la última página y estampar su firma junto a la de Richard Armstrong.

—¿Puedo confirmar entonces que ambas partes están de acuerdo? —preguntó el banquero—. Dispongo en estos momentos de un depósito por importe de veinte millones de dólares, y solo espero las instrucciones del señor Armstrong para transferirlo a la cuenta del señor Sherwood.

Armstrong asintió con un gesto. Veinte millones de dólares era la suma que Alexander y Margaret Sherwood habían acordado que debían recibir por la tercera parte de las acciones del *Globe* que poseía Alexander, en el bien entendido de que, a continuación, ella se desprendería también de su tercio, que vendería exactamente por la misma cantidad. Lo que Margaret Sherwood no sabía era que Alexander había exigido una pequeña gratificación por arreglar el acuerdo: un huevo de Fabergé, que no aparecería como parte del contrato formal.

Armstrong había pagado un millón de francos suizos más de lo que se declaraba en el contrato, pero ahora se encontraba en posesión del 33,3 por ciento de un periódico nacional que en otros tiempos había alcanzado la mayor circulación en el mundo entero.

—En ese caso, nuestro negocio ha quedado concluido —dijo De Montiaque, que se levantó de su asiento y se dirigió a la mesa.

—No del todo —dijo Sherwood, que permaneció sentado.

El director general volvió a sentarse, inquieto. Armstrong se removió en su asiento. Notaba el sudor bajo el cuello de la camisa.

—Puesto que el señor Armstrong se ha mostrado tan cooperativo —dijo Sherwood—, me parece justo que me comporte con él de la misma manera.

A juzgar por la expresión de sus rostros, era evidente que ni Armstrong ni De Montiaque estaban preparados para esta intervención. Alexander Sherwood pasó a revelar entonces una información relativa al testamento de su padre, que hizo aparecer una sonrisa en los labios de Richard Armstrong.

Pocos minutos más tarde, al salir del banco para regresar a Le Richemond, lo hizo convencido de que su millón de francos suizos había estado muy bien empleado.

Townsend no hizo ningún comentario cuando lo despertaron de su profundo sueño, por segunda vez durante la noche. Escuchó con atención y susurró sus respuestas, por temor a despertar a Kate. Después de colgar finalmente el teléfono, fue incapaz de recuperar el sueño. ¿Por qué habría pagado Armstrong un millón de francos suizos por un huevo de Fabergé, que luego entregó en un banco suizo, para salir de allí una hora más tarde con las manos vacías?

El reloj junto a su mesita de noche le recordó que solo eran las tres y media de la madrugada. Observó a Kate, que dormía plácidamente. Su mente se desvió de ella a

Susan, para volver de nuevo a Kate y pensar en lo diferente que era ella; pensó después en su madre y se preguntó si alguna vez le comprendería; y luego, inevitablemente, pensó en Armstrong y en cómo descubrir en qué andaba metido.

Una hora más tarde, al levantarse, Townsend no se hallaba más cerca que antes de solucionar su pequeño enigma. Y habría seguido sin saberlo si, pocos días más tarde, no hubiera aceptado una llamada a cobro revertido de una mujer que lo llamaba desde Londres.



# Daily Telegraph

---

6 DE FEBRERO DE 1967

Kosiguin se entrevista hoy con Wilson en Londres

**A**rmstrong se sintió furioso al regresar al piso y encontrar la nota dejada por Sharon. Le decía simplemente que no deseaba volver a verlo hasta que no hubiera tomado una decisión.

Se dejó caer en el sofá y leyó las palabras por segunda vez. Marcó su número de teléfono; estaba convencido de que se encontraba allí, pero no obtuvo respuesta. Lo dejó sonar durante un minuto, antes de colgar.

No recordaba una época más feliz en toda su vida, y la nota de Sharon le hizo darse cuenta de lo mucho que ella significaba ahora para él. Había empezado incluso a teñirse el cabello y hacerse la manicura, para no verse obligado a recordar constantemente la diferencia de edad entre ambos. Después de varias noches de insomnios, del envío de ramos de flores que quedaron sin respuesta y de varias docenas de llamadas telefónicas a las que no obtuvo respuesta, llegó a la conclusión de que la única forma de recuperarla sería aceptando sus deseos. Durante algún tiempo, trató de convencerse a sí mismo de que ella no planteaba su idea en serio, pero ahora estaba bien claro que aquellas eran las únicas condiciones en las que estaría de acuerdo en llevar una doble vida. Decidió no ocuparse del problema hasta el viernes siguiente.

Esa mañana llegó insólitamente tarde a la oficina y le pidió inmediatamente a Sally que localizara por teléfono a su esposa. Una vez que le pasó la comunicación con Charlotte, Sally se dedicó a preparar la documentación para el viaje a Nueva York y su encuentro con Margaret Sherwood. Sabía que Dick se había mostrado muy nervioso durante toda la semana, hasta el punto de que llegó a derribar las tazas de café que había sobre la mesa, y que cayeron al suelo. Nadie parecía saber cuál era la causa del problema. A Benson le parecía que tenían que ser problemas con una mujer; Sally sospechaba que, después de haberse hecho con el 33,3 por ciento del *Globe*, Dick se sentía cada vez más frustrado al tener que esperar a que Margaret Sherwood regresara de su crucero anual, antes de aprovecharse de la información que recientemente le había ofrecido Alexander Sherwood.

—Cada día que pasa le proporciona a Townsend más tiempo para descubrir mis propósitos —murmuró irritado.

Aquel estado de ánimo indujo a Sally a retrasar la discusión anual sobre su aumento de sueldo, algo que a él siempre le enfurecía. Pero ella ya había empezado a aplazar el pago de ciertas facturas, que ahora ya estaban muy retrasadas, y sabía que tendría que afrontar la cuestión tarde o temprano, al margen del estado de ánimo de su jefe.

Armstrong colgó el teléfono después de hablar con su esposa, y le pidió a Sally que acudiera. Ella ya le había clasificado la correspondencia, se había ocupado de las

cartas rutinarias, redactado respuestas provisionales para las restantes, y colocado todo ello en una carpeta de correspondencia, para su consideración. La mayoría solo necesitaban de su firma. Pero antes de que tuviera tiempo siquiera de cerrar la puerta del despacho, él empezó a dictarle furiosamente. A medida que las palabras brotaron incontenibles, ella le corrigió automáticamente la gramática empleada y en algunos casos comprendió que tendría que atemperar la furia de sus palabras.

En cuanto hubo terminado de dictar, Armstrong salió a toda prisa del despacho para acudir a una cita para almorzar, sin darle a Sally la oportunidad de decir nada. Decidió que tendría que plantearle el tema de su salario en cuanto regresara. Al fin y al cabo, ¿por qué retrasar sus vacaciones solo por la negativa habitual de su jefe a tener consideración por las vidas de los demás?

Cuando Armstrong regresó de almorzar, Sally ya había mecanografiado el texto dictado, y tenía las cartas preparadas en una segunda carpeta, sobre su mesa, a la espera de la firma. No pudo dejar de observar que, insólitamente para él, su aliento despedía un ligero olor a *whisky*, pero de todos modos llegó a la conclusión de que no podía aplazar el tema por más tiempo.

La primera pregunta que le hizo Armstrong en cuanto ella se encontró de pie delante de su mesa fue:

—¿Quién demonios ha dispuesto que almorzara con el ministro de telecomunicaciones?

—Lo hice según su petición específica —contestó Sally.

—No pudo haber sido así —replicó Dick—. Antes al contrario, recuerdo con claridad haberle dicho que no deseaba volver a ver a ese cretino. —Su tono de voz se fue elevando a cada palabra que pronunciaba—. Es básicamente un inútil, como la mitad de su condenado gobierno.

Sally apretó el puño.

—Dick, creo que debo...

—¿Cuál es la última noticia sobre Margaret Sherwood?

—No hay cambios —contestó Sally—. Regresa de su crucero a finales de mes, y lo he dispuesto todo para que se entreviste con ella en Nueva York al día siguiente. Ya tiene reservado el vuelo, y la *suite* habitual en el Pierre, con vistas a Central Park. Estoy preparando una carpeta, con referencia a la última información aportada por Alexander Sherwood. Tengo entendido que él ya le ha comunicado a su cuñada el precio al que ha vendido sus acciones, y le ha aconsejado hacer lo mismo en cuanto regrese.

—Bien. ¿Tengo entonces algún otro problema que resolver?

—Sí. Yo —contestó Sally.

—¿Usted? —preguntó Armstrong—. ¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Han transcurrido ya casi dos meses desde que tendría que haberse producido mi aumento de sueldo, y empiezo a...

—No pensaba aumentarle el sueldo este año.

Sally casi se echó a reír cuando observó la expresión en el rostro de su jefe.

—Oh, vamos, Dick. Sabe muy bien que no puedo vivir con lo que me paga.

—¿Por qué no? Otros parecen arreglárselas bastante bien sin quejarse.

—Sea razonable, Dick. Desde que Malcolm me dejó...

—Supongo que ahora dirá que la dejó por culpa mía, ¿no es eso?

—Probablemente así fue.

—¿Qué sugiere con eso?

—No sugiero nada, pero con las horas que trabajo aquí...

—En ese caso, quizá haya llegado el momento de que empiece a buscarse un trabajo donde los horarios no sean tan exigentes.

Sally casi no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Después de veintiún años de trabajar para usted? —preguntó—. No estoy muy segura de que nadie quiera aceptarme.

—¿Qué quiere dar a entender ahora con eso? —gritó Armstrong.

Sally vaciló, preguntándose qué le pasaba a su jefe. ¿Estaba borracho, o es que no se daba cuenta de lo que decía? ¿O acaso había bebido porque sabía exactamente lo que deseaba decir? Lo miró fijamente.

—¿Qué le ocurre, Dick? Solo le estoy pidiendo que actualice mi salario de acuerdo con la inflación, y no un verdadero aumento de sueldo.

—Le voy a decir lo que me ocurre —replicó él—. Estoy harto de la ineficiencia de esta oficina, además de observar su costumbre de acordar citas privadas durante las horas de oficina.

—Hoy no es el día de los Santos Inocentes, ¿verdad, Dick? —preguntó ella, tratando de apaciguar su estado de ánimo.

—No sea sarcástica conmigo o descubrirá que estamos más bien en los idus de marzo. Es precisamente esa clase de actitud la que me convence de que ha llegado el momento de dar paso a alguien que sea capaz de realizar este trabajo sin quejarse continuamente. Alguien con ideas nuevas. Alguien que sea capaz de imponer un poco de disciplina de la que esta oficina está tan necesitada.

Hizo descender con furia el puño sobre la carpeta de cartas sin firmar.

Sally le miraba fijamente, temblorosa, con incredulidad. Por lo visto, Benson había tenido razón desde el principio.

—Es por esa joven, ¿verdad? —preguntó—. ¿Cómo se llamaba? ¿Sharon? —Sally hizo una pausa antes de añadir—: De modo que esa ha sido la razón por la que ella no ha venido siquiera a verme.

—No sé de qué me habla ahora —gritó Armstrong—. Simplemente, tengo la sensación de que...

—Sabe usted exactamente de qué estoy hablando —le espetó Sally—. No puede engañarme después de todos estos años. Le ha ofrecido mi puesto a esa mujer, ¿verdad? Casi imagino sus palabras exactas: «Solucionaré todos tus problemas, cariño. De ese modo, siempre estaremos juntos».

—No he dicho nada de eso.

—¿Ha utilizado esta vez palabras diferentes?

—Simplemente, tengo la sensación de que necesito un cambio —dijo en voz más baja—. Me ocuparé de que sea usted debidamente compensada.

—¿Debidamente compensada? —gritó ahora Sally—. Sabe muy bien que a mi edad me será prácticamente imposible encontrar otro trabajo. Y, en cualquier caso, ¿cómo se propone «compensarme» por todos los sacrificios que he hecho por usted durante estos años? ¿Quizá con un piojoso fin de semana en París?

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo?

—Le hablo como me parece que debo hacerlo.

—Continúe hablando de ese modo y vivirá para lamentarlo, muchacha.

—Yo no soy su «muchacha» —le espetó Sally—. De hecho, soy la única persona de esta organización a la que no puede usted seducir ni amedrentar. Le conozco desde hace demasiado tiempo.

—En eso estoy de acuerdo. Y esa es precisamente la razón por la que ha llegado el momento para que se marche.

—Para ser sustituida por Sharon, sin duda.

—Eso a usted ya no le incumbe.

—Solo espero que, al menos, sea buena en la cama.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Solo que durante el par de horas que ocupó mi puesto tuve que volver a mecanografiar siete de las nueve cartas que hizo debido a sus numerosos errores. Las otras dos las tuve que repetir también porque iban dirigidas a las personas equivocadas. Debería haber dejado que el primer ministro se enterara de las medidas para sus pantalones, y el sastre de lo que le decía al primer ministro.

—Fue su primer día. Mejorará.

—No, si mantiene siempre abiertos los botones de su bragueta, no mejorará.

—Salga de aquí antes de que la eche yo mismo.

—Pues tendrá que hacerlo personalmente, Dick, porque no hay nadie entre su personal que esté dispuesto a hacer una cosa así por usted —replicó ella con voz ahora serena.

Armstrong se levantó de la silla con el rostro enrojecido. Colocó las palmas de las manos sobre la mesa y la miró fijamente. Ella le dirigió una amplia sonrisa, se volvió y salió tranquilamente del despacho. Afortunadamente, él no escuchó los aplausos que la saludaron al cruzar el despacho exterior, pues en tal caso otros empleados podrían haberse unido a ella.

Armstrong tomó un teléfono y marcó un número interno.

—Seguridad. ¿En qué puedo servirle?

—Soy Dick Armstrong. La señora Carr abandonará el edificio dentro de pocos minutos. No la dejen salir bajo ninguna circunstancia en el coche de la empresa, y asegúrese de que no vuelva a entrar aquí. ¿Me ha entendido bien?

—Sí, señor —contestó la voz incrédula al otro extremo de la línea.

Armstrong colgó el teléfono con fuerza, lo volvió a levantar inmediatamente y marcó otro número.

—Departamento de contabilidad —dijo una voz.

—Póngame con Fred Preston.

—En estos momentos está ocupado al teléfono.

—Entonces cuélguele el teléfono.

—¿De parte de quién?

—Soy Dick Armstrong —aulló.

La línea quedó en silencio un momento. La siguiente voz que escuchó fue la del jefe del departamento de contabilidad.

—Soy Fred Preston, Dick. Lo siento, estaba...

—Fred, Sally acaba de dimitir. Cancele su cheque mensual y envíele la liquidación que le corresponde a su dirección particular, sin demora. —No hubo ninguna respuesta—. ¿Me ha oído?

—Sí, Dick. Imagino que deberá recibir las gratificaciones que le corresponden, así como la paga apropiada por despido.

—No. No debe recibir nada más que aquello a lo que tenga estrictamente derecho según las condiciones de su contrato y de lo que estipula la ley.

—Como seguramente sabe, Dick, Sally nunca tuvo contrato. Es la persona más antigua de la empresa. ¿No cree usted que teniendo en cuenta las circunstancias...?

—Como diga otra palabra más, Fred, tendrá que prepararse también el finiquito para sí mismo.

Armstrong volvió a colgar el teléfono con fuerza y lo levantó por tercera vez. En esta ocasión marcó el número que tan bien conocía. Aunque alguien contestó inmediatamente, no dijo una sola palabra.

—Soy Dick —empezó a decir—. Antes de que cuelgues, debo decirte que acabo de despedir a Sally. En estos momentos abandona para siempre el edificio.

—Eso es una noticia maravillosa, querido —dijo Sharon—. ¿Cuándo empiezo yo?

—El lunes por la mañana. —Luego, tras una corta vacilación, añadió—: Como mi secretaria.

—Como tu ayudante personal —le recordó Sharon.

—Sí, desde luego, como mi ayudante personal. ¿Qué te parece si hablamos de los detalles durante el fin de semana? Podríamos volar hasta el yate...

—Pero ¿qué me dices de tu esposa?

—Lo primero que he hecho esta mañana ha sido llamarla y decirle que no me espere este fin de semana.

Se produjo una pausa antes de que Sharon hablara de nuevo.

—Sí, creo que me encantará pasar el fin de semana en el yate contigo, Dick, pero si nos encontráramos con alguien en Monte Carlo, recordarás presentarme como tu

ayudante personal, ¿verdad?

Sally esperó en vano a que le llegara el último cheque, y Dick no hizo ningún intento por ponerse en contacto con ella. Los amigos de la oficina le dijeron que la señorita Levitt, como ella insistía en que la llamaran, se había instalado en su lugar y todo estaba sumido en el caos más completo. Armstrong nunca sabía dónde tenía que estar y cuándo, su correspondencia se acumulaba sin contestar, y su temperamento ya no era voluble, sino perpetuo. Nadie parecía dispuesto a decirle que podía solucionar todos los problemas con una sola llamada telefónica, si estaba dispuesto a ello.

Mientras tomaba una copa en un *pub* local, un abogado amigo suyo le indicó a Sally que, teniendo en cuenta la nueva legislación, ella se encontraba, después de veintiún años de trabajo, en una posición bastante fuerte para demandar a Armstrong por despido improcedente. Ella le recordó que no tenía contrato de trabajo, y nadie mejor que ella conocía las tácticas que emplearía Armstrong en el caso de que lo demandara. En el término de un mes ya no podría pagarle siquiera al abogado y al final se vería obligada a abandonar el caso. Había visto utilizar con muy buen resultado esas mismas tácticas con otros muchos que se habían atrevido a tratar de vengarse en el pasado.

Una tarde, Sally acababa de regresar a casa después de presentarse para ocupar un puesto de trabajo temporal cuando sonó el teléfono. Contestó y alguien le pidió, con una voz que sonaba por encima de la estática, que esperara un momento para atender una llamada desde Sydney. Se preguntó por un momento por qué no se limitaba a colgar el teléfono, pero al cabo de un momento sonó otra voz por el auricular.

—Buenas tardes, señora Carr. Soy Keith Townsend, el...

—Sí, señor Townsend, sé muy bien quién es usted.

—La llamaba para decirle lo apesadumbrado que me sentí al enterarme de cómo había sido tratada por su antiguo jefe. —Sally no dijo nada—. Quizá le sorprenda saber que me gustaría ofrecerle un puesto de trabajo.

—¿Para descubrir en qué ha estado metido Dick Armstrong y qué periódico trata de comprar?

Se produjo un prolongado silencio, y solo la estática de la línea le permitió a Sally comprender que la línea seguía abierta.

—Sí —dijo finalmente Townsend—, eso es exactamente lo que pensaba. Pero de ese modo, al menos, podría usted tomarse esas vacaciones en Italia por las que ya ha efectuado el pago inicial. —Sally se quedó asombrada, sin saber qué decir. Townsend continuó—: También estoy dispuesto a superar cualquier compensación a la que pueda tener derecho después de veintiún años de servicio.

Sally no dijo nada durante unos momentos, pero comprendió de pronto por qué Dick consideraba a este hombre como un oponente tan formidable.

—Gracias por su oferta, señor Townsend, pero no me interesa —dijo con firmeza, y colgó el teléfono.

La reacción inmediata de Sally consistió en ponerse en contacto con el departamento de contabilidad de Armstrong House y descubrir por qué no había recibido su último cheque. La hicieron esperar durante algún tiempo, antes de que el jefe de contabilidad se pusiera al habla.

—¿Cuándo puedo esperar el cheque del último mes, Fred? —le preguntó—. Ya han pasado más de dos semanas.

—Lo sé, pero he recibido instrucciones de no enviárselo. Lo siento, Sally.

—¿Por qué no? —preguntó—. Solo es aquello a lo que tengo derecho.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

—Parece ser que se produjo un estropicio la última semana que estuvo aquí, antes de ser despedida. Según me han dicho, se rompió un juego de café de exquisita porcelana de Staffordshire.

—Ese bastardo —exclamó Sally—. Yo ni siquiera estaba en su despacho cuando él lo rompió.

—Y también le ha deducido dos días de salario por tomarse tiempo libre durante el horario de oficina.

—Pero él mismo me dijo que me tomara ese tiempo para que él pudiera...

—Todos lo sabemos, Sally. Pero él ya no quiere escuchar a nadie.

—Lo sé, Fred —dijo ella—. No es culpa suya. Aprecio el riesgo que corre usted incluso por el simple hecho de hablar conmigo, y se lo agradezco.

Colgó el teléfono, y se quedó sentada en la cocina, mirando sin ver. Una hora más tarde, al tomar de nuevo el teléfono, pidió que la pusieran con la telefonista internacional.

En Sydney, Heather asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—Hay una llamada a cobro revertido para usted, desde Londres —informó—. Una tal señora Sally Carr. ¿La acepta?

Sally voló a Sydney dos días más tarde. Sam acudió a recibirla al aeropuerto. Después de una noche de descanso, se inició el proceso de transmisión de información. Con un coste de 5000 dólares, Townsend empleó a un antiguo jefe de la Organización Australiana de Seguridad e Inteligencia para que se ocupara de la entrevista. A finales de esa misma semana, Sally había informado de todo lo que sabía, y Townsend se preguntaba si aún le quedaría algo por saber acerca de Richard Armstrong.

El día en que ella tenía que tomar el vuelo de regreso a Inglaterra, le ofreció un puesto de trabajo en su oficina de Londres.

—Gracias, señor Townsend —contestó Sally tras aceptar el cheque de 25 000 dólares, tras lo cual añadió con la más dulce de las sonrisas—: Me he pasado casi la mitad de la vida trabajando para un monstruo, y después de haber pasado una semana con usted, no creo que quiera pasarme el resto trabajando para otro.

Después de que Sam llevara a Sally al aeropuerto, Townsend y Kate se pasaron



horas escuchando las cintas. Estuvieron de acuerdo en una cosa: si tenía alguna posibilidad de comprar las restantes acciones del *Globe*, tenía que entrevistarse con Margaret Sherwood antes de que lo hiciera Armstrong. Porque ella era la clave para obtener el cien por ciento de la compañía.

Una vez que Sally explicó por qué Armstrong había pujado hasta un millón de francos suizos por un huevo durante una subasta en Ginebra, lo único que Townsend necesitaba descubrir era cuál sería el equivalente de Peter Carl Fabergé para la señora Margaret Sherwood.

De repente, en medio de la noche, Kate saltó de la cama y puso en marcha la cinta número tres. Un adormilado Keith levantó la cabeza de la almohada a tiempo para escuchar las palabras: «la amante del senador».

# *Ocean Times*

*6 de junio de 1967*

---

¡Bienvenido a bordo!

**K**eith aterrizó en el aeropuerto de Kingston cuatro horas antes de la hora prevista para que atracara el crucero en el puerto. Pasó por la aduana y tomó un taxi hasta la oficina de reservas de la Cunard, junto al muelle. Un hombre de elegante uniforme blanco, con demasiados galones dorados para tratarse de un simple empleado de reservas, le preguntó en qué podía servirle.

—Quisiera reservar un camarote de primera clase para la travesía del *Queen Elizabeth* a Nueva York —dijo Townsend—. Mi tía ya está a bordo, efectuando su crucero anual, y me preguntaba si quedaría libre algún camarote cerca del suyo.

—¿Cómo se llama su tía? —preguntó el empleado de efectuar las reservas.

—Es la señora Margaret Sherwood —contestó Townsend.

Un dedo recorrió la lista de pasajeros.

—Ah, sí. La señora Sherwood ocupa la *suite* Trafalgar, como siempre. Se halla situada en la tercera cubierta. Solo nos queda un camarote de primera en esa cubierta, y no está lejos del suyo.

El empleado de reservas desplegó un trazado a gran escala del barco y señaló dos cajetines, el segundo de los cuales era considerablemente más grande que el primero.

—No podría ser mejor —asintió Townsend, y le entregó una de sus tarjetas de crédito.

—¿Debemos informar a su tía de que subirá usted a bordo? —preguntó solícitamente el empleado.

—No —contestó Townsend sin pestañear—. Eso echaría a perder la sorpresa.

—Si quiere dejar aquí su equipaje, señor, me ocuparé de que lo lleven a su camarote en cuanto atraque el barco.

—Gracias. ¿Puede indicarme cómo llegar al centro de la ciudad?

Al alejarse del muelle, pensó en Kate y se preguntó si habría logrado publicar el artículo en el periódico del barco.

Visitó tres quioscos durante el largo trayecto a pie hasta Kingston, y compró *Time*, *Newsweek* y todos los periódicos locales. Se detuvo luego en el primer restaurante que encontró con un cartel de la American Express en la puerta, ocupó una mesa tranquila en un rincón y se dispuso a tomar un prolongado almuerzo.

Siempre le habían fascinado los periódicos de otros países, pero sabía que abandonaría la isla sin el menor deseo de llegar a ser el propietario del *Jamaica Times* que, aunque no se tuviera otra cosa que hacer, solo suponía una lectura de quince minutos. Entre un artículo acerca de cómo pasaba el día la esposa del ministro de agricultura y otro que explicaba por qué el equipo de críquet de la isla perdía continuamente sus partidos, su mente no dejaba de revisar la información que Sally Carr había grabado en Sydney. Le resultaba difícil creer que Sharon fuera tan

incompetente como Sally afirmaba pero, si lo era, tendría que aceptar la opinión de Sally de que debía de ser notablemente buena en la cama.

Tras haber pagado un almuerzo que le pareció preferible olvidar, Townsend abandonó el restaurante y se dedicó a recorrer la ciudad. Era la primera vez que disponía de tiempo para pasear como turista desde la visita que hizo a Berlín durante sus tiempos de estudiante. Miraba su reloj a cada pocos minutos, a pesar de que eso no ayudaba a que el tiempo pasara más deprisa. Finalmente, oyó el sonido de la sirena de un barco en la distancia; el gran transatlántico llegaba a puerto. Inició inmediatamente el regreso hacia el muelle. Al llegar, la tripulación ya bajaba las pasarelas. Una vez que los pasajeros hubieron bajado al muelle, agradecidos por la posibilidad de escapar durante unas horas del barco, Townsend subió a bordo y le pidió a un camarero que le acompañara a su camarote.

En cuanto hubo terminado de deshacer la maleta, se dedicó a comprobar la disposición de la tercera cubierta. Le encantó descubrir que el camarote de la señora Sherwood se encontraba a menos de un minuto del suyo, pero no hizo intento alguno por establecer contacto con ella. En lugar de eso, empleó la hora siguiente en familiarizarse con el barco, y terminó en el Queen's Grill.

El camarero jefe le sonrió al caballero, vestido de un modo ligeramente inapropiado, que entró en el gran comedor vacío, que en aquellos momentos estaba siendo preparado para la cena.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —le preguntó, haciendo un esfuerzo para no dejar traslucir su opinión de que este pasajero en particular se había equivocado de cubierta.

—Espero que sí —contestó Townsend—. Acabo de subir al barco, y deseo saber dónde me situará para la cena.

—Este restaurante solo es para los pasajeros de primera, señor.

—En ese caso he acudido al lugar correcto —dijo Townsend.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó el camarero, que no pareció muy convencido.

—Keith Townsend.

Comprobó la lista de los pasajeros de primera que subían al barco en Kingston.

—Se sentará usted en la mesa ocho, señor Townsend.

—¿Estará la señora Margaret Sherwood en esa mesa, por casualidad?

El camarero comprobó de nuevo la lista.

—No, señor. Ella se sienta en la mesa tres.

—¿Sería posible que me encontrara un lugar en la mesa tres? —preguntó Townsend.

—Me temo que no, señor. Nadie de esa mesa deja el barco en Kingston.

Townsend sacó la cartera y extrajo un billete de cien dólares.

—Bueno, supongo que si traslado al archidiácono a la mesa del capitán, eso solucionaría el problema —dijo el camarero.

Townsend sonrió y se volvió para marcharse.

—Disculpe, señor. ¿Desearía usted sentarse al lado de la señora Sherwood?

—Eso sería muy considerado por su parte —asintió Townsend.

—Lo digo porque quizá eso resulte un tanto difícil. Ha hecho todo el viaje con nosotros, y ya la hemos tenido que cambiar dos veces de sitio porque no le gustaban los pasajeros de su mesa.

Townsend sacó la cartera por segunda vez. Momentos más tarde abandonó el comedor, convencido de que se sentaría al lado de su presa.

Al regresar al camarote, los demás pasajeros ya empezaban a regresar a bordo. Se duchó, se cambió para la cena y, una vez más, leyó el perfil de personalidad de la señora Sherwood, que Kate le había preparado. Pocos minutos antes de las ocho emprendió de nuevo el camino hacia el comedor.

Ya había una pareja sentada en la mesa. El hombre se levantó inmediatamente y se presentó.

—Soy el doctor Arnold Percival, de Ohio —dijo, y estrechó la mano de Townsend—. Le presento a mi querida esposa, Jenny, también de Ohio. —Y lanzó una risotada.

—Keith Townsend —les dijo—. Soy de...

—Australia, si no me equivoco. Señor Townsend, ha sido muy agradable que lo instalen en nuestra mesa —dijo el doctor—. Acabo de jubilarme, y Jenny y yo nos habíamos prometido desde hace años emprender un crucero. ¿Qué le ha traído a bordo? —Antes de que Townsend pudiera contestar, llegó otra pareja—. Les presento a Keith Townsend, de Australia —dijo el doctor Percival—. Permítame presentarles al señor y la señora Osborne, de Chicago, Illinois. —Acaban de estrecharse las manos cuando el doctor dijo—: Buenas noches, señora Sherwood. ¿Me permite que le presente a Keith Townsend?

A partir de la información preparada por Kate, Townsend sabía que la señora Sherwood tenía sesenta y siete años, pero estaba claro que debía de haber empleado una considerable cantidad de tiempo y dinero para tratar de ocultar ese hecho. Dudaba mucho que hubiera sido hermosa alguna vez, pero la descripción «se conserva bien» acudió ciertamente a su mente. Su vestido de noche era elegante, aunque el borde fuera quizá un par de centímetros demasiado corto. Townsend le sonrió como si ella fuera por lo menos veinticinco años más joven.

En cuanto la señora Sherwood escuchó el acento de Townsend apenas si pudo disimular un gesto de desaprobación, pero otros dos pasajeros llegaron en ese momento y eso la distrajo. Townsend no captó bien el nombre del general, pero la mujer se presentó como Claire Williams y ocupó el asiento situado junto al doctor Percival, al otro lado de la mesa. Townsend le dirigió una sonrisa que ella desdeñó.

Antes de que Townsend pudiera ocupar su asiento, la señora Sherwood exigió saber por qué se había trasladado al archidíacono.

—Creo que lo veo sentado en la mesa del capitán —dijo Claire.

—Espero que haya regresado para mañana —observó la señora Sherwood, que inició inmediatamente una conversación con el señor Osborne, sentado a su derecha. Puesto que ella se negó resueltamente a hablar con Townsend durante el primer plato, inició una conversación con la señora Percival, al mismo tiempo que trataba de no perderse lo que decía la señora Sherwood, algo que le resultó bastante difícil.

Después de retirado el plato principal, Townsend apenas había intercambiado una docena de palabras con la señora Sherwood. Fue mientras tomaban café cuando Claire le preguntó desde el otro lado de la mesa si había estado alguna vez en Inglaterra.

—Sí. Estuve en Oxford justo después de la guerra —admitió Townsend por primera vez en quince años.

—¿En qué colegio? —preguntó la señora Sherwood, que se giró hacia él.

—En Worcester —contestó él dulcemente.

Pero esa resultó ser la primera y última pregunta que le dirigió aquella noche. Townsend se levantó cuando ella se dispuso a abandonar la mesa, y se preguntó si tendría suficiente con los tres días de que disponía. Una vez que hubo terminado el café, les deseó buenas noches a Claire y al general, antes de regresar a su camarote para repasar de nuevo la información contenida en la carpeta. En el perfil psicológico no se mencionaba la existencia de prejuicios o esnobismo pero, para ser justos con Kate, ella no había conocido a Margaret Sherwood.

A la mañana siguiente, al ocupar su sitio para tomar el desayuno, la única silla que permaneció vacía fue la de su derecha, y aunque fue el último en levantarse de la mesa, la señora Sherwood no apareció. Miró a Claire cuando esta se levantó para marcharse y se preguntó si sería mejor seguirla, pero decidió no hacerlo, ya que eso no formaba parte del plan. Durante la hora siguiente paseó por el barco con la esperanza de encontrársela. Pero esa mañana no volvió a verla.

Al llegar pocos minutos tarde para el almuerzo, se sintió incómodo al ver que la señora Sherwood había sido trasladada al otro lado de la mesa y ahora se sentaba entre el general y el doctor Percival. Ni siquiera levantó la mirada cuando él se sentó. Claire, que llegó unos minutos más tarde, no tuvo más remedio que sentarse junto a Townsend, aunque inició inmediatamente una conversación con el señor Osborne.

Townsend trató de escuchar lo que la señora Sherwood le decía al general, con la esperanza de encontrar alguna excusa para intervenir en su conversación, pero ella solo hablaba de que este era el decimonoveno crucero que emprendía alrededor del mundo, y que conocía el barco casi tan bien como el capitán.

Townsend ya empezaba a temer que su plan no funcionara. ¿Debía abordar el tema directamente? Kate le había aconsejado que no lo hiciera. «No debemos suponer que sea estúpida», le advirtió antes de que ambos se separaran en el aeropuerto. «Sé paciente y ya se te presentará la oportunidad».

Se volvió con naturalidad hacia la derecha al oír al doctor Percival que le preguntaba a Claire si había leído *Réquiem por una monja*.

—No —contestó ella—. No la he leído. ¿Es buena?

—Oh, yo sí —intervino la señora Sherwood desde el otro lado de la mesa—, y le puedo asegurar que no es la mejor de sus obras.

—Siento mucho oírle decir eso, señora Sherwood —intervino Townsend, con un poco de precipitación.

—¿Y por qué, señor Townsend? —preguntó ella, incapaz de ocultar su sorpresa de que él conociera siquiera al autor.

—Porque he tenido el privilegio de publicar la obra del señor Faulkner.

—No sabía que fuera usted editor —dijo el doctor Percival—. Qué interesante. Apuesto a que en este barco hay mucha gente que podría contarle una buena historia.

—Posiblemente encontraría incluso una o dos en esta misma mesa —comentó Townsend, que evitó la mirada fija de la señora Sherwood.

—Los hospitales son una fuente excelente de historias —dijo el doctor Percival—. Eso es algo que sé muy bien.

—Cierto —asintió Townsend, que ahora empezaba a disfrutar—. Pero disponer de una buena historia no es suficiente. Hay que ser capaz de trasladarla al papel. Y para eso se necesita verdadero talento.

—¿Para qué compañía trabaja? —preguntó la señora Sherwood, que trató de dar a su voz un tono natural.

Townsend se había limitado a poner la mosca y ella había saltado inmediatamente fuera del agua.

—Para Schumann & Co., de Nueva York —contestó con la misma naturalidad.

En ese momento, el general empezó a decirle a Townsend cuántos le habían animado a escribir sus memorias, y pasó a describir a todos los presentes cómo se desarrollaría el primer capítulo.

Aquella noche, al acudir a la cena, a Townsend no le sorprendió descubrir que la señora Sherwood había ocupado de nuevo su antiguo sitio, a su lado. Mientras tomaban el salmón ahumado dedicó un tiempo considerable a explicarle a la señora Percival cómo conseguir que un libro apareciera en las listas de los más vendidos.

—¿Me permite interrumpirle, señor Townsend? —dijo la señora Sherwood en voz baja, cuando ya se servía el cordero.

—Desde luego, señora Sherwood —contestó Townsend, que se volvió a mirarla.

—Me interesa saber en qué departamento trabaja en Schumann.

—No estoy en ningún departamento concreto —contestó.

—Creo que no le comprendo —dijo la señora Sherwood.

—Bueno, es que resulta que soy el propietario de la compañía.

—¿Quiere eso decir que puede revocar la decisión de un director? —preguntó la señora Sherwood.

—Puedo revocar la decisión de cualquiera —asintió Townsend.

—Se lo digo porque... —Vaciló, como para asegurarse de que nadie más escuchaba su conversación, aunque eso no importaba, porque Townsend sabía

exactamente qué iba a decir a continuación—. Porque envié un manuscrito a Schumann hace algún tiempo. Tres meses más tarde recibí una nota de rechazo, en la que no se me daba ninguna explicación sobre esa decisión.

—Siento mucho saberlo —dijo Townsend, que hizo una pausa antes de pronunciar las siguientes palabras, previamente ensayadas—: Naturalmente, la verdad es que muchos de los manuscritos que recibimos ni siquiera llegan a leerse.

—¿Por qué? —preguntó ella con incredulidad.

—Bueno, cualquier editorial grande espera recibir cien o incluso a veces doscientos manuscritos a la semana. Nadie puede permitirse el emplear a un personal que se dedique a leerlos todos. Así que no debería sentirse afectada por ello.

—Entonces, ¿qué puede hacer una novelista en ciernes como yo misma para que alguien se interese por su obra? —le susurró.

—El consejo que doy a todo aquel que afronte ese problema es el de encontrar primero a un buen agente, alguien que sepa exactamente a qué editorial dirigirse, y quizá incluso qué editor puede sentirse interesado.

Townsend se concentró en el cordero y esperó a que la señora Sherwood reuniera el valor necesario para dar el siguiente paso.

«Déjale siempre la iniciativa —le había advertido Kate—. Si es así, no tendrá razón alguna para mostrarse recelosa». Ahora, él no levantó la mirada de su plato.

—¿No sería usted tan amable de leer mi novela y darme su opinión profesional? —se atrevió a preguntar ella finalmente, con timidez.

—Estaré encantado de hacerlo —contestó Townsend. La señora Sherwood le sonrió por primera vez—. ¿Por qué no lo envía a mi despacho en Schumann una vez que estemos de regreso en Nueva York? Me ocuparé de que lo lea uno de mis directores y le envíe un informe por escrito.

La señora Sherwood apretó los labios.

—Pero es que resulta que lo llevo a bordo —dijo—. Durante mi crucero anual tengo la oportunidad de revisar el texto.

Townsend hubiera querido decirle que, gracias a la cocinera de su cuñado, eso era algo que ya sabía. Pero se contentó con decir:

—En ese caso, si le parece, puede acercármelo a mi camarote para que lea los dos primeros capítulos. Eso será suficiente para captar su estilo.

—¿Lo haría de veras, señor Townsend? Es muy amable por su parte. Cuánta razón tenía mi difunto esposo al decir que no había que suponer que todos los australianos fueran descendientes de exconvictos.

Townsend se echó a reír y, en ese momento, Claire se inclinó hacia él, sobre la mesa.

—¿Es usted el señor Townsend del que se habla en el artículo publicado esta mañana en el *Ocean Times*? —le preguntó.

Townsend pareció sorprendido.

—No lo sabía —dijo—. Ni siquiera lo he leído.



—En él se habla de un hombre llamado Richard Armstrong, que también es editor.

Ninguno de los dos observó la reacción de la señora Sherwood.

—Conozco a un Richard Armstrong, de modo que es posible —admitió Townsend.

—Obtuvo una Cruz Militar —dijo el general—, pero eso era lo único bueno que decía el artículo sobre él. Aunque no siempre se puede creer uno todo lo que se cuenta en los periódicos.

—Estoy bastante de acuerdo con usted —asintió Townsend.

La señora Sherwood se levantó de la mesa y se marchó sin desearles siquiera las buenas noches.

En cuanto lo hubo hecho, el general empezó a describir al doctor Percival y a la señora Osborne cómo sería el segundo capítulo de su autobiografía. Claire se levantó.

—No se interrumpa, general, pero yo también me voy a la cama.

Townsend ni siquiera la miró. Pocos minutos más tarde, cuando el viejo soldado describía cómo había sido evacuado de la playa de Dunquerque, él también pidió disculpas, abandonó la mesa y regresó a su camarote.

Acababa de salir de la ducha cuando alguien llamó a su puerta. Sonrió, se puso uno de los batines de tela de toalla del barco, y cruzó lentamente el camarote. Al menos, si la señora Sherwood le entregaba el manuscrito ahora, tendría una buena excusa para acordar una reunión con ella a la mañana siguiente. Abrió la puerta del camarote.

«Buenas noches, señora Sherwood», estuvo a punto de decir, pero se encontró ante Kate, que parecía un tanto angustiada. Entró y cerró rápidamente la puerta.

—Creí que acordamos no encontrarnos a menos que se tratara de una emergencia —dijo Keith.

—Es una emergencia —le aseguró Kate—, pero no podía arriesgarme a decírtelo en la mesa.

—¿Es esa la razón por la que sacaste a relucir lo del artículo cuando se suponía que debías hablar de las obras que se representaban en Broadway?

—Sí —contestó Kate—. No olvides que yo he tenido un par de días más para conocerla, y acaba de llamarme por teléfono a mi camarote para preguntarme si realmente creía que estabas en el mundo de la edición.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Keith, en el momento en que se oyó otra llamada a la puerta.

Se llevó un dedo a los labios y señaló hacia el cuarto de baño. Esperó a que la puerta quedara entornada y luego abrió la puerta del camarote.

—Ah, señora Sherwood —dijo Keith—. Qué agradable verla. ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias, señor Townsend. Pensé que sería mejor dejarle esto esta noche —dijo al tiempo que le entregaba un grueso manuscrito—. Por si acaso no tuviera otra

cosa que hacer.

—Muy considerado por su parte —dijo Keith, que tomó el manuscrito—. ¿Qué le parece si nos reunimos en algún momento, después del desayuno? Entonces podré comunicarle mis primeras impresiones.

—Oh, ¿de veras, señor Townsend? Siento muchos deseos de saber lo que piensa de la novela. —Vaciló, antes de añadir—: Confío en no haberle interrumpido.

—¿Interrumpirme? —preguntó Keith, extrañado.

—Creí haber oído voces antes de llamar a su puerta.

—Supongo que solo era yo, que tarareaba algo en la ducha —dijo Keith con torpeza.

—Ah, eso lo explicaría —dijo la señora Sherwood—. Bueno, espero que encuentre tiempo para leer esta noche unas pocas páginas de *La amante del senador*.

—Desde luego que sí. Buenas noches, señora Sherwood.

—Oh, llámeme Margaret.

—Yo soy Keith —dijo él con una sonrisa.

—Lo sé. Acabo de leer el artículo que habla de usted y del señor Armstrong. Muy interesante. ¿Cree usted que ese hombre es realmente tan malo? —preguntó.

Keith no hizo ningún comentario al cerrar la puerta. Se giró en redondo y se encontró con Kate que salía del cuarto de baño. Llevaba puesto el otro batín. Al acercarse a él, el cordón cayó al suelo, y el batín quedó ligeramente abierto.

—Oh, llámeme Claire —le dijo, al tiempo que le introducía una mano alrededor de la cintura. Keith la atrajo hacia él—. ¿Puedes ser realmente tan malo? —preguntó ella entre risas, mientras él la hacía cruzar el camarote.

—Sí, lo soy —contestó antes de que ambos cayeran juntos sobre la cama.

—Keith —susurró ella—, ¿no crees que deberías empezar a leer ese manuscrito?

Apenas habían transcurrido unas horas desde que Sharon pasara desde el dormitorio hasta el despacho, cuando Armstrong se dio cuenta de que Sally no había exagerado nada al referirse a sus habilidades como secretaria. Pero era demasiado orgulloso como para llamarla y admitirlo.

Al final de la segunda semana, su mesa estaba llena de cartas sin contestar y, lo que era peor, de respuestas bajo las que no podía considerar siquiera la idea de estampar su firma. Después de tantos años con Sally, había olvidado que raras veces dedicaba más de unos pocos minutos diarios a controlar su trabajo antes de firmar todo lo que le presentaba. De hecho, el único documento en el que había estampado su firma durante esa semana fue el contrato de Sharon, que estaba claro no había redactado ella misma.

El martes de la tercera semana, Armstrong apareció por la Cámara de los Comunes para almorzar con el ministro de Sanidad, para descubrir que, en realidad, se le esperaba al día siguiente. Veinte minutos más tarde estaba de regreso en su

despacho, hecho una furia.

—Pero te dije que hoy almorzabas con el presidente del Nat West —insistió Sharon—. Acaba de llamar desde el Savoy para preguntar dónde estabas.

—Estaba donde me enviaste —ladró—. En la Cámara de los Comunes.

—¿Esperas que yo lo haga todo por ti?

—Sally se las arreglaba de algún modo —espetó Armstrong, que apenas si era capaz de controlar su indignación.

—Si vuelvo a oír una sola vez más el nombre de esa mujer, te juro que te dejo.

Armstrong no dijo nada. Salió furioso de la oficina y le ordenó a Benson que lo llevara al Savoy lo más rápidamente posible. Al llegar al Grill, Mario le dijo que su invitado acababa de marcharse. Y al regresar a la oficina, fue informado de que Sharon se había marchado a casa diciendo que sufría de una ligera migraña.

Armstrong se sentó ante la mesa y marcó el número de Sally, pero no le contestó nadie. Siguió llamándola por lo menos una vez al día, pero únicamente encontraba el contestador automático. Al final de la semana siguiente le ordenó a Fred que le pagara su cheque mensual.

—Pero si ya le he enviado el finiquito, tal como usted me dijo —le recordó el jefe de contabilidad.

—No discuta conmigo, Fred —le advirtió Armstrong—. Límitese a pagarle.

Durante la quinta semana, las secretarías temporales empezaron a aparecer y desaparecer casi a diario. Algunas solo duraron unas pocas horas. Pero fue Sharon la que abrió la carta de Sally, para encontrarse con un cheque rasgado por la mitad y una nota que decía: «Ya he sido ampliamente pagada por el trabajo del último mes».

Al despertarse a la mañana siguiente, a Keith le sorprendió descubrir que Kate ya se había puesto el bañín y leía el manuscrito de la señora Sherwood. Se inclinó hacia él y le dio un beso antes de entregarle los siete primeros capítulos. Keith se sentó en la cama, parpadeó unas cuantas veces, tomó la primera página y leyó: «En cuanto ella salió de la piscina, se le empezaron a abultar las molas de la pieza inferior del bikini». Levantó la mirada hacia Kate.

—Sigue leyendo —le dijo ella—. Todavía hay cosas peores.

Keith ya había leído cuarenta páginas cuando Kate saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

—No te molestes en leer mucho más —le aconsejó—. Más tarde te diré cómo termina.

Al reaparecer, al cabo de un rato, Keith ya andaba por la mitad del tercer capítulo. Dejó caer el resto de las páginas al suelo.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Kate.

Ella se acercó a la cama, apartó las sábanas y contempló su cuerpo desnudo.

—A juzgar por tu reacción, yo diría que todavía me deseas, o que tenemos un

*bestseller* en nuestras manos.

Una hora más tarde, cuando Townsend acudió a desayunar, solo encontró a Kate y a la señora Sherwood sentadas en la mesa, enfrascadas en una conversación. Dejaron de hablar en cuanto él se sentó.

—Supongo que... —empezó a decir la señora Sherwood.

—¿Qué es lo que supone? —preguntó Townsend con una mirada inocente.

Kate tuvo que volver la cara para que la señora Sherwood no viera su expresión.

—¿Ha hojeado un poco mi novela?

—¿Hojeado? —replicó Townsend—. La he leído de cabo a rabo. Y una cosa está clara, señora Sherwood; en Schumann nadie ha podido leer el manuscrito, porque si lo hubieran leído lo habrían contratado inmediatamente.

—Oh, ¿cree usted que es realmente tan bueno? —preguntó la señora Sherwood, esperanzada.

—Desde luego que sí —contestó Townsend—. Solo confío en que, a pesar de la imperdonable respuesta que recibí de nosotros, permita que Schumann le haga una oferta por su publicación.

—Pues claro que lo permitiré —asintió la señora Sherwood con entusiasmo.

—Bien. No obstante, me permito sugerir que no es este el lugar indicado para hablar de las condiciones.

—Desde luego. Lo comprendo perfectamente, Keith. ¿Qué le parece si pasa algo más tarde por mi camarote? —Miró su reloj—. ¿Quedamos hacia las diez y media?

Townsend asintió con un gesto.

—A mí me parece perfecto.

Se levantó cortésmente al ver que ella doblaba la servilleta para dejarla en la mesa y se alejaba.

—¿Te has enterado de algo nuevo? —le preguntó a Kate en cuanto se hubo alejado la señora Sherwood.

—No mucho —contestó, antes de mordisquear una tostada de pasas—. Pero creo que ella no está del todo convencida de que hayas leído el manuscrito completo.

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó Townsend.

—Porque acaba de confiarme que anoche había una mujer en tu cuarto de baño.

—¿De veras? —Townsend hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Y qué más te dijo?

—Habló con gran detalle del artículo publicado en el *Ocean Times*, y me preguntó si...

—Buenos días, Townsend. Buenos días, querida señorita —dijo el general, que se sentó a la mesa.

Kate le dirigió una amplia sonrisa y se levantó.

—Buena suerte —le dijo en voz baja a Keith.

—Me alegra tener esta oportunidad de hablar tranquilamente con usted, Townsend. La verdad de la cuestión es que ya tengo escrito el primer volumen de mis

memorias, y resulta que también las llevo a bordo. Me preguntaba si sería lo bastante amable como para leer el manuscrito y darme su opinión profesional.

Townsend necesitó de otros veinte minutos para escapar de un libro que no deseaba leer y mucho menos publicar. El general no le había dejado mucho tiempo para preparar la entrevista con la señora Sherwood. Regresó a su camarote y repasó una vez más las notas de Kate antes de dirigirse al camarote de la señora Sherwood. Llamó a la puerta justo poco después de las diez y media, y esta se abrió de inmediato.

—Me gusta que los hombres sean puntuales —dijo ella.

La *suite* Trafagar ocupaba dos niveles y tenía su propio balcón. La señora Sherwood dirigió a su huésped hacia un par de cómodos sillones en el centro del salón.

—¿Quiere tomar un café, Keith? —le preguntó sentándose frente a él.

—No, gracias, Margaret. Acabo de desayunar.

—Desde luego —asintió ella—. Bien, ¿qué le parece si tratamos de negocios?

—Estoy a su disposición. Como ya le he dicho esta mañana, Schumann consideraría como un privilegio editar su novela.

—Oh, qué interesante —dijo la señora Sherwood—. Solo desearía que aún viviera mi querido esposo. Siempre estuvo convencido de que algún día sería publicada.

—Estaríamos dispuestos a ofrecerle un anticipo de cien mil dólares —siguió diciendo Townsend—, y el diez por ciento del precio de venta una vez compensado el adelanto. La edición en rústica seguiría doce meses después de la edición en tapa dura, y recibiría pagos adicionales por cada semana que el libro se mantenga en la lista de libros más vendidos del *New York Times*.

—¡Oh! ¿Cree realmente que mi pequeño esfuerzo puede llegar a aparecer en la lista de libros más vendidos?

—Estaría dispuesto a apostar por ello —asintió Townsend.

—¿De veras? —preguntó la señora Sherwood.

Townsend la miró con cierta ansiedad, preguntándose si acaso había ido demasiado lejos.

—Acepto complacida sus condiciones, señor Townsend. Creo que esto merece ser celebrado. —Le sirvió una copa de champaña de una botella medio vacía que había en un cubo de hielo, a su lado—. Y ahora que hemos llegado a un acuerdo sobre el libro —dijo un momento más tarde—, quizá sea usted tan amable de aconsejarme acerca de un pequeño problema al que me enfrento actualmente.

—Así lo haré si puedo —le aseguró Townsend, que fijó la mirada en un cuadro que mostraba a un almirante de un solo brazo y un solo ojo, tumbado en el alcázar de su nave, moribundo.

—Me he sentido muy angustiada por un artículo publicado en el *Ocean Times*, sobre el que me llamó la atención la... señorita Williams —dijo la señora Sherwood

—. Se refiere al señor Richard Armstrong.

—No estoy seguro de comprenderla.

—Me explicaré —dijo la señora Sherwood, que pasó a explicarle a Townsend una historia que conocía mejor que ella, y terminó diciendo—: Claire me ha aconsejado que, puesto que pertenece usted al mundo editorial, quizá pudiera recomendarme a alguien que pudiera estar interesado en comprar mis acciones.

—¿Cuánto espera que le ofrezcan por ellas? —preguntó Townsend.

—Veinte millones de dólares. Es la cantidad que acordé con mi hermano Alexander, que ya ha vendido sus acciones a ese tal Richard Armstrong por esa misma cantidad.

—¿Cuándo tiene previsto reunirse con el señor Armstrong? —preguntó Townsend, otra pregunta cuya respuesta conocía.

—Acudiré a verme a mi apartamento de Nueva York el próximo lunes a las once de la mañana.

Townsend siguió mirando el cuadro colgado de la pared, fingiendo que reflexionaba sobre la cuestión.

—Estoy seguro de que mi empresa podría igualar esa oferta —dijo finalmente—, sobre todo porque la cantidad ya ha sido acordada.

Confiaba en que no se le notaran los fuertes latidos de su corazón.

La señora Sherwood bajó la mirada hacia un catálogo de Sotheby's, que un amigo le había enviado desde Ginebra la semana anterior.

—Qué suerte que nos hayamos conocido —dijo—. Una no puede encontrarse con esta clase de coincidencias en una novela. —Se echó a reír, levantó su copa y añadió—: Kismet.

Townsend no hizo ningún comentario.

—Quisiera reflexionar más sobre el tema durante esta noche —añadió ella después de dejar la copa sobre la mesa—. Le comunicaré mi decisión final antes de que desembarquemos.

—Desde luego —dijo Townsend, que trató de ocultar su decepción.

Se levantó de la silla y la dama lo acompañó hasta la puerta.

—Debo darle las gracias por todas las molestias que se ha tomado conmigo, Keith.

—Ha sido un placer —dijo, antes de que ella cerrara la puerta.

Townsend regresó inmediatamente a su camarote, donde encontró a Kate, que ya le esperaba.

—¿Cómo fue todo? —fueron sus primeras palabras.

—Todavía no lo ha decidido, pero creo que ha picado el anzuelo, gracias al artículo que tú comentaste.

—¿Y las acciones?

—Puesto que el precio ya ha sido acordado, no parece que le importe mucho quién las compre, siempre y cuando su libro sea publicado.

—Pero quería disponer de más tiempo para pensárselo —dijo Kate, que guardó un momento de silencio, antes de añadir—: ¿Por qué no te hizo más preguntas acerca de por qué deseabas comprar sus acciones? —Townsend se encogió de hombros—. Empiezo a preguntarme si la señora Sherwood no ha estado esperándonos durante todo este tiempo a bordo, en lugar de al revés.

—No seas tonta —dijo Townsend—. Al fin y al cabo, va a tener que decidir qué es lo más importante para ella, si publicar su libro o no hacerle caso a Alexander, que le ha aconsejado que venda a Armstrong. Y si es esa la elección que tiene que tomar, hay algo que juega a nuestro favor.

—¿Y es? —preguntó Kate.

—Gracias a Sally, sabemos cuántas notas de rechazo ha recibido de los editores durante los últimos diez años. Y, después de haber leído el libro, no creo que ninguno de ellos le diera muchas esperanzas.

—Seguramente, Armstrong también lo sabe y estaría dispuesto a publicarle el libro.

—Pero ella no puede estar segura de eso —observó Townsend.

—Quizá pueda y resulte ser mucho más inteligente de lo que habíamos pensado. ¿Hay teléfono a bordo?

—Sí. Hay uno en el puente. Intenté hacerle una llamada a Tom Spencer, en Nueva York, para pedirle que empezara a preparar el contrato, pero me dijeron que ese teléfono no se puede usar a menos que se trate de una emergencia.

—¿Y quién decide cuándo se trata de una emergencia? —preguntó Kate.

—El contador del barco me dijo que el capitán es el único árbitro en ese sentido.

—En ese caso, ninguno de nosotros podemos hacer nada hasta que no lleguemos a Nueva York.

La señora Sherwood llegó tarde a almorzar y esta vez se sentó junto al general. Pareció complacida de escuchar un extenso resumen del capítulo tres de sus memorias, y en ningún momento planteó el tema de su novela. Después de almorzar desapareció y se encerró en su camarote.

Al ocupar sus puestos para cenar, descubrieron que la señora Sherwood había sido invitada a sentarse en la mesa del capitán.

Después de una noche de insomnio, Townsend y Kate llegaron pronto a desayunar, con la esperanza de conocer la decisión de la señora Sherwood. Pero a medida que transcurrían los minutos y ella no aparecía, terminaron por comprender que debía de haber desayunado en su camarote.

—Probablemente anda retrasada preparando su equipaje —sugirió el siempre solícito doctor Percival.

Kate no pareció quedar muy convencida.

Keith regresó a su camarote, hizo la maleta y se reunió con Kate en la cubierta, cuando el transatlántico ya remontaba el Hudson.

—Tengo la sensación de que hemos perdido esta batalla —comentó Kate al pasar

ante la estatua de la Libertad.

—Creo que puedes tener razón. No me importaría demasiado, si no fuera nuevamente a manos de Armstrong.

—¿Es importante para ti vencerlo?

—Sí, lo es. Lo que tienes que comprender es que...

—Buenos días, señor Townsend —dijo una voz tras ellos.

Keith se giró en redondo y vio a la señora Sherwood que se les acercaba. Confió en que no hubiera visto a Kate, que ya se confundía con la gente.

—Buenos días, señora Sherwood —saludó.

—Después de haberlo considerado cuidadosamente —dijo ella—, he tomado finalmente una decisión. —Keith contuvo la respiración—. Si mañana por la mañana tiene usted preparados los dos contratos para que los firme, entonces ha conseguido usted un acuerdo, como dicen vulgarmente los estadounidenses. —Keith le dirigió una amplia sonrisa—. No obstante —siguió diciendo ella—, si mi libro no fuera publicado en el término de un año después de la firma del contrato, tendrá usted que pagar una penalización de un millón de dólares. Y si no logra aparecer en las listas de libros más vendidos del *New York Times*, la penalización será de dos millones de dólares.

—Pero...

—Cuando le pregunté acerca de la lista de libros más vendidos, me aseguró usted que estaría dispuesto a apostar por ello, ¿no es cierto, señor Townsend? Pues bien, yo simplemente le ofrezco la oportunidad de hacerlo así.

—Pero... —repitió Keith.

—Espero verle en mi apartamento a las diez de mañana, señor Townsend. Mi abogado ya me ha confirmado su asistencia. En el caso de que no acudiera usted, firmaré el contrato con el señor Armstrong a las once. —Hizo una pausa, miró directamente a Keith y añadió—: Tengo la sensación de que él también estaría dispuesto a publicar mi novela.

Sin decir nada más, la señora Sherwood se dirigió hacia la rampa de la pasarela. Kate se reunió con él ante la barandilla y ambos la observaron descender lentamente. Al llegar al muelle se acercaron dos Rolls-Royces negros. Un chófer bajó presuroso del primero y abrió la portezuela, mientras el segundo quedaba a la espera de recoger su equipaje.

—¿Cómo se las arregló para hablar con su abogado? —preguntó Keith—. Llamarlo para hablar de su novela no creo que pueda considerarse como una emergencia.

Antes de subir al coche, la señora Sherwood levantó la mirada y saludó a alguien con un gesto de la mano. Ambos se volvieron al unísono para mirar en dirección al puente, desde donde el capitán le devolvía el saludo.



# **Daily Mail**

---

10 de junio de 1967

Fin de la guerra de los Seis Días: Nasser dimite

**A**rmstrong comprobó de nuevo los horarios de vuelo a Nueva York. Luego consultó la dirección de la señora Sherwood en la guía telefónica de Manhattan, e incluso telefoneó al Pierre para asegurarse de que la *suite* presidencial estaba reservada a su nombre. No podía permitirse llegar tarde a esta reunión, ni aparecer el día equivocado o acudir a la dirección errónea.

Ya había depositado veinte millones de dólares en el Manhattan Bank, repasado la declaración de prensa con su asesor de relaciones públicas, y advertido a Peter Wakeham que preparara al consejo de administración para un anuncio especial.

Alexander Sherwood le había llamado por teléfono la noche anterior, para decirle que había hablado con su cuñada antes de que ella emprendiera su crucero anual. Ella le había confirmado que la cifra acordada era de veinte millones de dólares, y esperaba con impaciencia reunirse con Armstrong a las once de la mañana, en su apartamento, al día siguiente de su regreso. Cuando él y Sharon subieron al avión, se sentía bastante seguro de que en el término de veinticuatro horas sería el único propietario de un periódico nacional que solo era superado en circulación por el *Daily Citizen*.

Aterrizaron en Idlewild pocas horas antes de que el *Queen Elizabeth* atracara en el muelle 90. Una vez instalados en el Pierre, Armstrong caminó hasta la Calle 63 para estar seguro de saber con exactitud dónde vivía la señora Sherwood. Después de una propina de diez dólares, el portero le confirmó que esperaban su regreso a últimas horas de ese mismo día.

Aquella noche, durante la cena en el hotel, él y Sharon apenas hablaron. Armstrong empezaba a preguntarse por qué se había molestado en traerla consigo. Ella se acostó mucho antes de que él se dirigiera al cuarto de baño, y al salir ya se había quedado dormida.

Al acostarse, intentó pensar en todo lo que pudiera salir mal entre ahora y las once de la mañana siguiente.

—Creo que ella supo en todo momento lo que pretendíamos —dijo Kate siguiendo con la mirada el Rolls de la señora Sherwood hasta que desapareció de la vista.

—No pudo haberlo sabido —dijo Townsend—. Pero aunque fuera así, terminó por aceptar las condiciones que yo deseaba.

—¿O las que ella deseaba? —preguntó Kate en voz baja.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Solo quiero decir que todo fue un poco demasiado fácil para mi gusto. No olvides que ella no es una Sherwood, sino que fue simplemente lo bastante inteligente

como para casarse con uno.

—Empiezas a mostrarte demasiado recelosa para tu propio bien —observó Townsend—. No olvides que ella no es Richard Armstrong.

—Solo me convenceré cuando ella haya firmado los dos contratos.

—¿Los dos?

—No se desprenderá de su tercio del *Globe* hasta no estar segura de que vas a publicar su novela.

—No creo que haya ningún problema para convencerla de eso —dijo Townsend—. No debemos olvidar que está desesperada... después de que su manuscrito fuera rechazado quince veces antes de encontrarse conmigo.

—¿O fue ella la que te vio venir?

Townsend miró hacia el muelle en el momento en que una limusina negra se detenía junto a la pasarela. Un hombre alto y rechoncho, de cabellera negra y revuelta, bajó del asiento trasero y levantó la mirada hacia la cubierta de paseo de los pasajeros.

—Tom Spencer acaba de llegar —dijo Townsend. Se volvió hacia Kate y añadió—: Deja de preocuparte. Para cuando te encuentres de regreso en Sydney ya seré el propietario del 33,3 por ciento del *Globe*, algo que no podría haber conseguido sin ti. Llámame en cuanto aterrices en Kingsford-Smith y te informaré de cómo van las cosas.

Townsend la tomó en sus brazos y le dio un beso antes de que ambos regresaran a sus camarotes separados.

Townsend tomó las maletas y se apresuró a descender al muelle. Su abogado de Nueva York caminaba rápidamente alrededor del coche, una costumbre de sus tiempos como corredor de campo a través, según le había explicado una vez a Townsend.

—Disponemos de veinticuatro horas —le dijo Townsend después de estrecharle la mano.

—¿De modo que la señora Sherwood cayó en su red? —preguntó el abogado, que condujo a su cliente hacia la limusina.

—Sí, pero quiere dos contratos —dijo Townsend después de subir al coche—, y ninguno de los dos es el que le pedí que preparara cuando le llamé desde Sydney.

Tom extrajo una libreta amarilla de su maletín y se la colocó sobre las rodillas. Había comprendido desde hacía tiempo que este no era un cliente al que le gustara hablar de cosas superficiales. Empezó a tomar notas mientras Townsend le informaba de los detalles de las condiciones de la señora Sherwood. Cuando llegaron ya estaba enterado de todo lo ocurrido durante los últimos días, y empezaba a experimentar una respetuosa admiración por la vieja dama. Planteó una serie de preguntas, y ninguno de ellos se dio cuenta del trayecto hasta que el coche se detuvo frente al Carlyle.

Townsend bajó inmediatamente, empujó las puertas giratorias y entró en el vestíbulo, donde encontró a los asociados de Tom, que le esperaban.

—¿Por qué no se inscribe usted? —le sugirió Tom—. Informaré a mis colegas de lo que me ha dicho hasta el momento. Cuando esté preparado, reúnanse con nosotros en la Sala Versailles, en el tercer piso.

Una vez que Townsend hubo firmado el formulario de registro, se le entregó la llave de su habitación habitual. Deshizo la maleta antes de tomar el ascensor para bajar al tercer piso. Al entrar en la Sala Versailles se encontró a Tom que caminaba alrededor de una larga mesa e informaba a sus dos colegas. Townsend se sentó en la cabecera más alejada de la mesa, mientras Tom continuaba su incansable paseo. Solo se detenía cuando necesitaba preguntar más detalles sobre las exigencias de la señora Sherwood.

Después de haber recorrido así varios kilómetros, y devorado montones de bocadillos recién preparados y consumir litros de café, terminaron de perfilar los borradores de ambos contratos.

Poco después de las seis entró una camarera para correr las cortinas, y Tom se sentó por primera vez para leer lentamente los borradores. Una vez que hubo terminado la lectura de la última página, se levantó.

—Esto es todo lo que podemos hacer por ahora, Keith —dijo—. Será mejor que regresemos a la oficina y nos dediquemos a preparar los dos documentos. Sugiero que nos reunamos mañana a las ocho para que pueda usted repasar el texto final.

—¿Hay alguna otra cosa en la que deba pensar antes de que llegue ese momento, consejero? —preguntó Townsend.

—Sí —contestó Tom—. ¿Está absolutamente seguro de eliminar esas dos cláusulas en el contrato del libro en las que Kate insistió tanto?

—Absolutamente. Después de haber pasado tres días con la señora Sherwood, le puedo asegurar que ella no sabe nada sobre publicación de libros.

—No fue así como lo entendió Kate —dijo Tom con un encogimiento de hombros.

—Kate se mostraba demasiado precavida —observó Townsend—. Nada me impide imprimir cien mil ejemplares del maldito libro y guardarlos todos en un almacén de New Jersey.

—No —admitió Tom—, pero ¿qué sucederá cuando el libro no aparezca en la lista de los más vendidos del *New York Times*?

—Lea la cláusula correspondiente, consejero. En ella no se hace mención a ninguna limitación de tiempo. ¿Le preocupa alguna otra cosa?

—Sí. Tendrá que disponer de dos órdenes de pago confirmadas y por separado a las diez de la mañana. No quiero arriesgarme a entregarle cheques a la señora Sherwood; eso solo le daría una excusa para no firmar el acuerdo final. Puede estar seguro de una cosa: Armstrong dispondrá de una orden de pago confirmada por importe de veinte millones de dólares cuando aparezca a las once.

Townsend asintió con un gesto.

—El mismo día en que le informé sobre el contrato original, di orden de transferir

el dinero desde Sydney al Manhattan Bank. Podemos recoger las dos órdenes de pago confirmadas a primeras horas de la mañana.

—Bien. En ese caso, nos marchamos.

Tras regresar a su habitación, Townsend se derrumbó sobre la cama, agotado, y se sumió inmediatamente en un profundo sueño. No se despertó hasta las cinco de la mañana siguiente y le sorprendió descubrir que todavía estaba completamente vestido. Sus primeros pensamientos fueron para Kate y dónde estaría ella en aquellos momentos.

Se desnudó, tomó una prolongada ducha de agua caliente y luego se dispuso a pedir un desayuno madrugador. ¿O fue más bien una cena tardía? Repasó el menú del servicio permanente de habitaciones y se decidió finalmente por el desayuno.

Mientras esperaba a que se lo sirvieran, Townsend vio las noticias del informativo matinal. Estaban dominadas por la aplastante victoria de Israel en la guerra de los Seis Días, aunque nadie parecía saber dónde estaba Nasser. En el programa *Today* se entrevistó a un portavoz de la NASA que habló sobre las posibilidades de Estados Unidos de situar a un hombre en la Luna antes que los rusos. El informe meteorológico auguraba el descenso de un frente frío sobre Nueva York. Durante el desayuno, leyó el *New York Times*, seguido por el *Star*, y comprendió con exactitud qué cambios haría en ambos periódicos si fuera el propietario. Trató de olvidar que la Comisión Federal de Comunicaciones le incordiaba continuamente con preguntas sobre su imperio estadounidense en expansión, y le recordaba las normas de propiedades cruzadas que se aplicaban a los extranjeros.

—Existe una solución muy simple a ese problema —le había dicho Tom en varias ocasiones.

—Nunca —contestaba él con firmeza. Pero ¿qué haría si ese fuera el único modo de apoderarse del *New York Star*?—. Nunca —repitió, aunque ya no lo hiciera con la misma convicción.

Durante la hora siguiente, vio el mismo noticiario en la televisión y leyó los mismos periódicos. A las siete y media ya estaba enterado de todo lo que sucedía en el mundo, desde El Cairo hasta Queen's, e incluso en el espacio. A las ocho menos diez tomó el ascensor y descendió a la planta baja, donde encontró a los dos abogados jóvenes que ya le esperaban. Parecían llevar ambos los mismos trajes, camisas y corbatas que el día anterior, aunque por lo visto habían encontrado un momento para afeitarse. No les preguntó dónde estaba Tom; sabía que estaría paseando por el vestíbulo, y que se uniría a ellos en cuanto terminara de hacer su circuito.

—Buenos días, Keith —saludó Tom, que estrechó la mano de su cliente—. He reservado una mesa tranquila para nosotros en un rincón de la cafetería.

Una vez servidos los tres cafés solos y uno con leche, Tom abrió el maletín, extrajo dos documentos y se los entregó a su cliente.

—Si ella está de acuerdo en firmarlos —le dijo—, el 33,3 por ciento del *Globe* será suyo, así como los derechos de publicación de *La amante del senador*.

Townsend repasó el documento con lentitud, cláusula tras cláusula, y empezó a comprender por qué los tres habían permanecido despiertos durante toda la noche.

—Bien, ¿qué hacemos a continuación? —preguntó una vez terminada la lectura, devolviendo los contratos a su abogado.

—Tiene usted que recoger las dos órdenes de pago confirmadas en el Manhattan Bank y procurar estar ante la puerta de la señora Sherwood a las diez menos cinco, porque vamos a necesitar cada minuto de esa hora si queremos que todo esté firmado antes de que aparezca Armstrong.

Armstrong también empezó por leer los periódicos de la mañana momentos después de que los dejaran delante de la puerta de su habitación. Al pasar las páginas del *New York Times*, también él pudo darse cuenta de los cambios que introduciría si pudiera echarle mano a un periódico de Nueva York. Una vez que hubo terminado de leer el *Times*, se dedicó a hacer lo mismo con el *Star*, pero este no le retuvo la atención durante mucho tiempo. Dejó los periódicos a un lado, encendió la televisión y empezó a zapear entre los canales para pasar el tiempo. Prefirió una vieja película en blanco y negro, interpretada por Alan Ladd, antes que una entrevista a un astronauta.

Dejó la televisión encendida cuando se dirigió al cuarto de baño, sin pensar siquiera que pudiera despertar a Sharon.

A las siete ya estaba vestido y se sentía más inquieto a cada minuto que pasaba. Cambió al programa *Buenos días, América* y vio al alcalde, que explicaba cómo tenía la intención de tratar con el sindicato de bomberos y sus exigencias de mayor seguro de desempleo.

—¡Propinar una patada a esos bastardos donde más duela! —gritó ante las cámaras.

Apagó finalmente la televisión cuando el meteorólogo informó que iba a hacer otro día caluroso, sin nubes y con temperaturas que superarían los veinticinco grados..., en Malibú. Armstrong tomó la polvera de Sharon, que estaba sobre la mesa de tocador, y se golpeó ligeramente la frente. Luego se la guardó en el bolsillo. A las siete y medio tomó el desayuno en la habitación, sin haberse molestado en pedir nada para Sharon. Al salir de la *suite*, a las ocho y media, para reunirse con su abogado, ella todavía no se había movido.

Russell Critchley le esperaba en el restaurante. Armstrong empezó por pedir un segundo desayuno antes de sentarse. Su abogado extrajo del maletín un voluminoso documento y empezó a informarle de su contenido. Mientras Critchley tomaba café, Armstrong devoró una tortilla de tres huevos, seguida por cuatro bollos cubiertos de espeso jarabe.

—No preveo que se produzca ningún verdadero problema —dijo Critchley—. Se trata virtualmente del mismo documento que su cuñado firmó en Ginebra aunque, naturalmente, ella no ha pedido ningún pago en especies o en dinero negro.

—Y no tiene más alternativa que aceptar los veinte millones de dólares como liquidación si quiere cumplir con las condiciones del testamento de *sir* George Sherwood.

—En efecto —asintió el abogado. Consultó otra carpeta, antes de añadir—: Parece ser que los tres firmaron un compromiso cuando heredaron las acciones. Ese compromiso estipulaba que si deseaban vender tendrían que hacerlo a un precio acordado al menos por dos de las tres partes. Como sabe, Alexander y Margaret ya han establecido un precio de veinte millones de dólares.

—¿Por qué harían una cosa así?

—Si no lo hubieran hecho, no habrían heredado nada, según las condiciones establecidas en el testamento de *sir* George. Evidentemente, él no deseaba que los tres se pelearan por el precio.

—¿Y sigue aplicándose la regla de los dos tercios? —preguntó Armstrong, que extendió jarabe sobre uno de los bollos.

—Así es. La cláusula es un tanto ambigua —dijo Critchley, que pasó las páginas de otro documento—. La tengo aquí. —Empezó a leer—: «En el caso de que cualquier persona o compañía adquiera el derecho a ser registrada como propietaria de por lo menos el 66,6 por ciento de las acciones emitidas, esa persona o compañía tendrá la opción sobre la compra del resto de las acciones emitidas, a un precio por acción igual al precio medio por acción pagado por esa persona o compañía por las acciones previamente adquiridas».

—Condenados abogados. ¿Qué demonios significa todo eso? —preguntó Armstrong.

—Como ya le dije por teléfono, si está ya en posesión de las dos terceras partes de las acciones, al propietario de la tercera parte restante, en este caso *sir* Walter Sherwood, no le quedará más alternativa que venderle sus acciones exactamente por el mismo precio.

—De ese modo, podré ser el propietario del cien por cien de las acciones antes de que Townsend se entere siquiera de que el *Globe* está a la venta.

Critchley sonrió, se quitó las gafas de media luna y comentó:

—Fue muy considerado por parte de Alexander Sherwood haberle mencionado ese dato cuando se reunió usted con él en Ginebra.

—No olvide que eso me costó un millón de francos suizos —le recordó Armstrong.

—Creo que será dinero bien empleado —asintió Critchley—, siempre y cuando pueda usted disponer de una orden de pago confirmado por importe de veinte millones de dólares, a favor de la señora Sherwood...

—Tengo dispuesto pasar a recogerla por el Bank of New Amsterdam a las diez en punto.

—En ese caso, y puesto que ya es usted el propietario de las acciones de Alexander, tendrá derecho a comprar el tercio restante, perteneciente a *sir* Walter,

exactamente por la misma cantidad, y él no podrá hacer nada al respecto.

Critchley consultó su reloj y mientras Armstrong untaba de jarabe un nuevo pedido de bollos, él permitió que el camarero le sirviera una segunda taza de café.

Exactamente a las 9,55, la limusina de Townsend se detuvo frente a un elegante edificio de piedra marrón de la Calle 63. Bajó a la acera y se dirigió hacia la puerta, seguido por sus tres abogados. Evidentemente, el portero esperaba visitas para la señora Sherwood. Lo único que dijo después de que Townsend le dijera su nombre fue: «En el ático», y señaló hacia el ascensor.

Al abrirse las puertas del ascensor, en el último piso, una doncella les esperaba para recibirles. Un reloj del salón hizo sonar las diez campanadas cuando la señora Sherwood apareció en el pasillo. Iba vestida con lo que la madre de Townsend habría descrito como un vestido de cóctel, y pareció un poco sorprendida al encontrarse con cuatro hombres. Townsend le presentó a los abogados y la señora Sherwood les indicó que la siguieran hasta el comedor.

Al pasar bajo una magnífica araña y recorrer un largo pasillo lleno de muebles Luis XIV y de cuadros impresionistas, Townsend comprendió a dónde habían ido a parar algunos de los beneficios obtenidos por el *Globe* con el paso de los años. Al entrar en el comedor se encontraron con un hombre de edad avanzada, aspecto distinguido y un espeso cabello gris, que llevaba gafas de montura de concha y un traje negro de chaqueta cruzada. El hombre se levantó de la silla que ocupaba, en el otro extremo de la mesa.

Tom reconoció inmediatamente al socio más antiguo de Burlingham, Healey & Yablon y sospechó por primera vez que quizá esta tarea no resultara tan fácil de llevar a término. Los dos hombres se estrecharon la mano cálidamente. A continuación, Tom presentó a Yablon a su cliente y a sus dos asociados.

Una vez que estuvieron todos sentados y la doncella les hubo servido té, Tom abrió su maletín y le entregó los dos contratos a Yablon. Consciente de la limitación de tiempo que se les había impuesto, empezó a informar lo más rápidamente que pudo al abogado de la señora Sherwood del contenido de los documentos. Al hacerlo, el anciano le planteó una serie de preguntas. Townsend tuvo la sensación de que su abogado tuvo que haberlas contestado todas de modo satisfactorio, porque una vez terminada la lectura de la última página, el señor Yablon se volvió hacia su clienta.

—Tengo la satisfacción de poder decirle que puede usted firmar estos dos documentos, señora Sherwood, siempre y cuando las órdenes de pago estén en orden.

Townsend miró su reloj. Eran las 10,43. Sonrió mientras Tom abría de nuevo el maletín y sacaba las dos órdenes de pago. Antes de que pudiera entregarlas, la señora Sherwood se volvió hacia su abogado y preguntó:

—¿Estipula el contrato del libro que si Schumann no imprime cien mil ejemplares de mi novela en el término de un año después de firmado este acuerdo, tendrán que



pagar una penalización de un millón de dólares?

—Sí, así lo estipula —contestó Yablon.

—¿Y que si el libro no aparece en la lista de más vendidos del *New York Times* tendrán que pagar otro millón?

Townsend sonrió, perfectamente consciente de que en el contrato no existía ninguna cláusula sobre la distribución del libro, y no se imponía tampoco ninguna limitación de tiempo para que la novela apareciera en la lista de libros más vendidos. En cuanto imprimiera cien mil ejemplares, algo que podía hacer en cualquiera de sus imprentas en Estados Unidos, todo aquello solo le costaría unos cuarenta mil dólares.

—Todo eso queda cubierto en el segundo contrato —confirmó el señor Yablon.

Tom trató de ocultar su asombro. ¿Cómo era posible que un hombre de la experiencia de Yablon hubiera pasado por alto aquellas dos omisiones tan flagrantes? Townsend demostraba tener razón, y ellos parecían haberse salido con la suya.

—¿Y el señor Townsend puede presentarnos las órdenes de pago por las cantidades completas? —preguntó la señora Sherwood.

Tom deslizó sobre la mesa las dos órdenes de pago hacia el señor Yablon, que se las entregó a su clienta sin mirarlas siquiera.

Townsend esperó a que la señora Sherwood sonriera. Pero ella frunció el ceño.

—Esto no es lo que acordamos —dijo.

—Creo que sí lo es —aseguró Townsend, que había recogido las órdenes de pago de manos del director del Manhattan Bank esa misma mañana, y las había comprobado cuidadosamente.

—Esta es correcta —dijo la señora Sherwood sosteniendo la de veinte millones de dólares—. Pero esta otra no es lo que yo pedí.

Townsend la miró, confuso.

—Pero usted estuvo de acuerdo en que el adelanto por su novela fuera de cien mil dólares —dijo, notando una extraña sequedad en la boca.

—Eso es cierto —asintió con firmeza la señora Sherwood—. Pero yo tenía entendido que esta orden de pago debería ser por importe de dos millones cien mil dólares.

—Esos dos millones de dólares se tendrían que pagar en una fecha posterior, y solo en el caso de que no lográramos cumplir con su estipulación relativa a la publicación del libro —dijo Townsend.

—Ese no es un riesgo que esté dispuesta a aceptar, señor Townsend —dijo ella, mirándolo fijamente desde el otro lado de la mesa.

—No comprendo.

—Permítame explicárselo. Espero que abra usted con el señor Yablon una cuenta con dos millones de dólares en depósito. El señor Yablon será el único árbitro que determine quién debe recibir el dinero dentro de doce meses. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Mire, mi cuñado Alexander obtuvo un beneficio extra de un millón de francos suizos en forma de un huevo Fabergé, y ni siquiera se molestó en informarme

de ello. Tengo por lo tanto la intención de obtener un beneficio extra de más de dos millones de dólares por mi novela, sin molestarme tampoco en informarle.

Townsend se quedó con la boca abierta. El señor Yablon se reclinó en su silla, y Tom comprendió entonces que no había sido él la única persona en trabajar durante toda la noche.

—Si demuestra estar fundada la confianza de su cliente en su capacidad para cumplir el acuerdo —dijo el señor Yablon—, le devolveré este dinero dentro de doce meses, con los intereses correspondientes.

—Por otro lado —dijo la señora Sherwood, que ya no miraba a Townsend—, si su cliente no tuvo nunca la intención de distribuir mi novela y convertirla en un verdadero *bestseller*...

—Pero eso no fue lo que usted y yo acordamos ayer —dijo Townsend, que miró directamente a la señora Sherwood.

Ella le devolvió una mirada dulce desde el otro lado de la mesa.

—Lo siento, señor Townsend. Le mentí —dijo sin el menor rubor.

—Eso quiere decir —intervino Tom mirando el reloj de pared—, que solo le deja a mi cliente once minutos de tiempo para entregarle otros dos millones de dólares.

—Creo que serán doce minutos —dijo el señor Yablon—. Tengo la sensación de que ese reloj siempre se ha adelantado un poco. Pero no planteemos objeciones mezquinas por un minuto más o menos. Estoy seguro de que la señora Sherwood le permitirá utilizar uno de sus teléfonos.

—No faltaba más —asintió la señora Sherwood—. Mire, como decía siempre mi difunto esposo: «Si no puede pagar hoy, ¿por qué debe uno creer que podrá pagar mañana?».

—Pero tiene usted mi orden de pago confirmada por importe de veinte millones de dólares —dijo Townsend—, y otra por importe de cien mil dólares. ¿No es eso prueba suficiente?

—Y dentro de diez minutos, tendré la orden de pago del señor Armstrong por la misma cantidad, y sospecho que él también estará encantado de publicar mi libro, a pesar del bien planteado artículo de Claire..., ¿o debo llamarla Kate?

Townsend permaneció en silencio durante otros treinta segundos. Consideró la alternativa de correr el riesgo de aquel farol, pero al mirar el reloj se lo pensó mejor.

Se levantó de la silla y se acercó rápidamente al teléfono situado sobre una mesita lateral, comprobó el número en su pequeña libreta de teléfonos y marcó siete números. Después de lo que pareció una espera interminable, pidió que le pusieran directamente con el director. Oyó otro clic y una secretaria se puso al aparato.

—Soy Keith Townsend, necesito hablar urgentemente con el director.

—Temo que se encuentra reunido en estos momentos, señor Townsend. Ha dado instrucciones de que no se le moleste durante una hora.

—Muy bien, en ese caso puede usted ocuparse de esto en mi nombre. Necesito efectuar una transferencia por importe de dos millones de dólares a una cuenta en el

término de ocho minutos. En caso contrario, el acuerdo al que hemos llegado yo y el director esta mañana no se cumplirá.

Se produjo una pausa, antes de que la secretaria contestara.

—Le haré salir de la reunión, señor Townsend.

—Pensé que lo haría —dijo Townsend, que escuchaba el tic-tac de los segundos que pasaban en el reloj de pared, por detrás de él.

Tom se inclinó sobre la mesa y le susurró algo al señor Yablon, que asintió con un gesto, tomó su pluma y empezó a escribir. En el silencio que siguió, Townsend escuchó el rasgueo de la pluma del abogado sobre el papel.

—Aquí Andy Harman —dijo una voz al otro extremo de la línea.

El director escuchó con atención mientras Townsend le explicaba lo que necesitaba.

—Pero eso solo me deja seis minutos de tiempo, señor Townsend. En cualquier caso, ¿dónde tiene que depositarse el dinero?

Townsend se volvió para mirar a su abogado. En ese momento, el señor Yablon terminó de escribir, arrancó la hoja de papel del bloc y se la entregó a Tom, que se la pasó a su cliente.

Townsend le leyó al director los detalles de la cuenta de depósito del señor Yablon.

—No le hago ninguna promesa, señor Townsend —le dijo—, pero le volveré a llamar en cuanto pueda. ¿En qué número puedo localizarle?

Townsend le indicó el número del teléfono que tenía ante él y colgó.

Regresó lentamente a la mesa y se dejó caer en la silla, con la sensación de haber gastado hasta su último centavo. Solo confiaba en que la señora Sherwood no le cobrara la llamada.

Nadie de los reunidos alrededor de la mesa dijo nada mientras los segundos pasaban ruidosamente. La mirada de Townsend apenas si era capaz de apartarse del reloj de pared. A medida que transcurrió cada minuto, se acostumbró a reconocer el clic familiar que producía el minuterero. Y a cada uno de ellos se sentía menos seguro de sí mismo. Lo que no le había dicho a Tom era que el día anterior había transferido exactamente veinte millones cien mil dólares desde su cuenta en Sydney al Manhattan Bank de Nueva York. Puesto que en aquellos momentos eran las dos de la madrugada menos unos minutos en Sydney, el director del banco no tenía la menor posibilidad de comprobar si disponía de otros dos millones de dólares.

Otro clic. Cada uno de ellos empezó a sonar como si fuera una bomba de relojería. Luego, el sonido desgarrador del teléfono inundó la estancia. Townsend se precipitó hacia la mesita para cogerlo.

—Es el portero, señor. Puede decirle a la señora Sherwood que acaba de llegar el señor Armstrong, acompañado por otro caballero y que en estos momentos suben en el ascensor.

Unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Townsend, al comprender que

Armstrong había vuelto a derrotarle. Regresó despacio a la mesa en el momento en que la doncella recorría el pasillo para salir a recibir a la visita que la señora Sherwood esperaba para las once. El reloj de pared empezó a hacer sonar las campanadas: una, dos, tres... Y en ese momento el teléfono sonó de nuevo. Townsend volvió a contestar, consciente de que aquella era su última oportunidad.

Pero el que llamaba deseaba hablar con el señor Yablon. Townsend se volvió hacia la mesa y le entregó el teléfono al abogado de la señora Sherwood. Mientras Yablon atendía la llamada, Townsend empezó a mirar a su alrededor. ¿Habría alguna otra forma de salir del apartamento? No se podía esperar de él que se encontrara frente a frente con un jactancioso Armstrong.

El señor Yablon colgó el teléfono y se volvió hacia la señora Sherwood.

—Era una llamada de mi banco —le informó—. Me confirman que los dos millones de dólares se encuentran en mi cuenta de depósito. Y como ya le he dicho desde hace algún tiempo, Margaret, estoy convencido de que ese reloj suyo adelanta un minuto.

La señora Sherwood firmó inmediatamente los dos documentos que estaban sobre la mesa, delante de ella y a continuación reveló una información sobre el testamento de *sir* George Sherwood que pilló por sorpresa, tanto a Townsend como a Tom. Este último recogió los documentos en el momento en que ella se levantó de la mesa.

—Síganme, caballeros —dijo la señora Sherwood.

Condujo rápidamente a Townsend y a sus abogados a través de la cocina y los hizo salir por la escalera de incendios.

—Adiós, señor Townsend —dijo antes de retirarse de la ventana.

—Adiós, señora Sherwood —saludó él con una ligera inclinación.

—Y a propósito... —añadió ella.

—¿Sí?

—¿Sabe una cosa? Debería casarse usted con esa joven, se llame como se llame.

—Lo siento —decía el señor Yablon en el momento en que la señora Sherwood regresaba al comedor—, pero mi cuenta ya ha vendido sus acciones del *Globe* al señor Keith Townsend, a quien, por lo que tengo entendido, ya conoce usted.

Armstrong no pudo creer lo que escuchaban sus oídos. Se volvió a su abogado, con una expresión de furia en su rostro.

—¿Por veinte millones de dólares? —le preguntó Russell Critchley en voz baja al abogado de edad avanzada.

—En efecto —contestó Yablon—. La cifra exacta que su cliente acordó a principios de este mes con el cuñado de la señora Sherwood.

—Pero Alexander me aseguró la semana pasada que la señora Sherwood había acordado venderme a mí sus acciones en el *Globe* —protestó Armstrong—. He volado a Nueva York especialmente para...

—No ha sido su vuelo a Nueva York lo que ha influido en mi decisión, señor

Armstrong —intervino con firmeza la vieja dama—. Sino más bien el que hizo usted a Ginebra.

Armstrong la miró fijamente por un momento. Luego, se dio media vuelta, regresó al ascensor del que había salido apenas unos minutos antes, y cuyas puertas todavía estaban abiertas en el ático. Mientras él y su abogado descendían, barbotó varias maldiciones, antes de preguntar:

—Pero ¿cómo se las arregló ese tipo?

—Solo cabe imaginar que se entrevistó con la señora Sherwood en algún momento durante su crucero.

—Pero ¿cómo descubrió que yo andaba metido en un negocio para apoderarme del *Globe*?

—Tengo la sensación de que no encontrará usted la respuesta a esa pregunta a este lado del Atlántico —dijo Critchley—. Sin embargo, no todo está perdido.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Ya tiene usted en su poder un tercio de las acciones.

—Townsend también tiene el otro —dijo Armstrong.

—Cierto, pero si lograra usted hacerse con las acciones de *sir* Walter Sherwood, estará usted en posesión de las dos terceras partes de la compañía, y a Townsend no le quedaría más remedio que venderle su tercio..., con una pérdida considerable.

Armstrong miró a su abogado y el esbozo de una sonrisa se vislumbró apenas sobre su rostro de amplia papada.

—Y con Alexander Sherwood que sigue apoyando su causa, el juego dista mucho de haber terminado —añadió el abogado.

# The **GLOBE**

---

1 de junio e 1967

¡Es decisión suya!

—¿Puede encontrarme asiento en el próximo vuelo a Londres? —preguntó Armstrong con voz atronadora a la empleada de la agencia de viajes del hotel cuando esta contestó a su llamada.

—Desde luego, señor —contestó la empleada.

La segunda llamada que hizo fue a su despacho de Londres, donde Pamela, su última secretaria, le confirmó que *sir* Walter Sherwood había acordado entrevistarse con él a las diez de la mañana siguiente, aunque no le dijo que lo había hecho de mala gana.

—También necesito hablar con Alexander Sherwood, en París. Y asegúrese de que Reg esté en el aeropuerto esperándome, y de que Stephen Hallet esté en la oficina cuando yo regrese. Todo esto tiene que estar listo antes de que Townsend regrese a Londres.

Pocos minutos más tarde, cuando Sharon entró en el salón de la *suite*, con los paquetes de las numerosas compras que había hecho, se sorprendió al ver que Dick ya hacía la maleta.

—¿Vamos a alguna parte? —le preguntó.

—Nos marchamos inmediatamente —le dijo sin mayores explicaciones—. Prepara tu equipaje mientras yo pago la cuenta.

Un mozo colocó las maletas de Armstrong en una limusina que esperaba mientras él recogía los billetes en el mostrador de la agencia de viajes y luego acudía a recepción para pagar la cuenta. Miró su reloj; apenas tendría tiempo de tomar el avión, y podría estar de regreso en Londres a primeras horas de la mañana siguiente. Mientras Townsend no estuviera enterado de la cláusula de los dos tercios, aún podría apoderarse del cien por cien de la compañía. Y aunque Townsend lo supiera, confiaba en que Alexander Sherwood le apoyara y presionara a *sir* Walter.

En cuanto Sharon subió al asiento de atrás de la limusina, Armstrong le ordenó al chófer que los llevara al aeropuerto.

—Pero todavía no han bajado mis maletas de la habitación —protestó Sharon.

—Entonces tendrán que enviarlas más tarde. No me puedo permitir perder ese vuelo.

Sharon no dijo una sola palabra más durante todo el trayecto hasta el aeropuerto. Al acercarse a la terminal, Armstrong palpó los dos billetes que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, para asegurarse de que no los había olvidado. Bajaron de la limusina, pidió al jefe de equipajes que facturara sus maletas directamente hasta Londres y echó a correr hacia el control de pasaportes, seguido de cerca por Sharon.

Armstrong sacó los billetes del bolsillo y le entregó uno a Sharon. Una azafata comprobó su billete, y Armstrong echó a correr por el largo pasillo hasta el avión que

esperaba. Sharon entregó su billete a la azafata, que lo miró y dijo:

—Este billete no es para este vuelo, señora.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sharon—. Tengo una reserva en primera en este vuelo, junto con el señor Armstrong. Soy su ayudante personal.

—No me cabe la menor duda, señora, pero me temo que este billete es en clase turista para el vuelo de Pan Am de este noche. Creo que va a tener que esperar muchas horas.

—¿Desde dónde me llamas? —preguntó Townsend.

—Desde el aeropuerto Kingsford-Smith —contestó Kate.

—Entonces puedes dar media vuelta y regresar en ese mismo avión.

—¿Por qué? ¿No ha salido bien el negocio?

—Bueno, ella ha firmado, aunque a qué precio. Ha surgido un problema con la novela de la señora Sherwood y tengo la sensación de que tú eres la única persona que puede solucionarlo.

—¿No puedo dormir un poco por la noche, Keith? Estaría de regreso en Nueva York pasado mañana.

—No, no puedes —contestó él—. Hay algo más que tenemos que hacer antes de que te pongas a trabajar, y solo dispongo de una tarde libre.

—¿De qué se trata? —preguntó Kate.

—De casarnos —contestó Keith.

Se produjo un largo silencio al otro extremo de la línea, antes de que Kate dijera:

—Keith Townsend, debes de ser el hombre menos romántico que haya puesto Dios sobre la tierra.

—¿Significa eso que sí? —preguntó él.

Pero la línea ya se había cortado. Colgó el teléfono y se volvió a mirar a Tom Spencer, sentado ante la mesa de su despacho.

—¿Ha aceptado ella sus condiciones? —preguntó el abogado con una sonrisa burlona.

—No puedo estar totalmente seguro —contestó Townsend—. Pero quiero que continúe usted con las disposiciones tal como las hemos planeado.

—De acuerdo, en ese caso será mejor que me ponga en contacto con el ayuntamiento.

—Y asegúrese de estar libre mañana por la tarde.

—¿Por qué? —preguntó Tom.

—Porque necesitaremos de un testigo para el contrato, consejero.

Sir Walter Sherwood había lanzado ya varias maldiciones durante ese día, superando la media de todo un mes.



La primera retahíla de expresiones brotó inmediatamente después de que colgara el teléfono, tras hablar con su hermano. Alexander le había llamado desde París justo antes del desayuno, para informarle que había vendido sus acciones en el *Globe* a Richard Armstrong, por un precio de veinte millones de dólares. Le recomendó a Walter que hiciera lo mismo.

Pero todo lo que *sir* Walter había oído decir de Armstrong le convencía de que aquel era el último hombre que debería controlar un periódico que era tan británico como el *roast beef* y el budín de Yorkshire.

Se calmó un tanto después de un buen almuerzo en el Turf Club, pero entonces casi sufrió un ataque al corazón cuando su cuñada le llamó desde Nueva York para comunicarle que ella también había vendido sus acciones, aunque no a Armstrong, sino a Keith Townsend, un hombre que, en opinión de *sir* Walter, daba mala fama a los coloniales. Nunca olvidaría haber tenido que permanecer en Sydney durante una semana, soportando los artículos diarios publicados en el *Sydney Chronicle* sobre «la así llamada reina de Australia». Cambió entonces al *Continent*, solo para descubrir que ese periódico abogaba por la proclamación de la república en Australia.

La llamada final del día procedió de su jefe de contabilidad, poco antes de que se dispusiera a cenar con su esposa. *Sir* Walter no necesitaba que nadie le recordara que las ventas del *Globe* habían descendido cada semana durante el último año y que, en consecuencia, sería muy prudente por su parte aceptar una oferta de veinte millones de dólares por su tercio de la empresa, debido en buena medida a lo que el contable expresó con términos bastante crudos:

—Esos dos le tienen bien atrapado, y cuanto antes reciba usted el dinero, tanto mejor.

—Pero ¿con cuál de ellos debo acordar la venta? —preguntó patéticamente—. Cada uno me parece tan malo como el otro.

—Esa es una cuestión que no estoy cualificado para responder —contestó el contable—. Quizá deba decidirse por aquel que le disguste menos.

A la mañana siguiente, *sir* Walter llegó inusualmente pronto a su oficina, y su secretaria le presentó una gruesa carpeta con información sobre cada una de las partes interesadas. Le dijo que ambas habían sido entregadas a mano, con apenas una hora de diferencia. Empezó a estudiar el contenido de las carpetas y pronto comprendió que cada una había tenido que ser entregada por la otra parte. Trató de ganar tiempo, pero a medida que pasaron los días su contable, su abogado y hasta su esposa no dejaron de recordarle en ningún momento el continuado descenso de las cifras de venta, y la forma fácil que se le presentaba de salir de aquella situación.

Finalmente, aceptó lo inevitable y decidió que mientras pudiera mantenerse como presidente del consejo de administración durante otros cuatro años, los que faltaban para su septuagésimo cumpleaños, podría aprender a vivir con Armstrong o con Townsend. Tenía la sensación de que sería importante para sus amigos y para el Turf Club saber que él se mantenía como presidente.

A la mañana siguiente, le pidió a su secretaria que invitara a sus pretendientes rivales a almorzar con él en el Turf Club, en días sucesivos, con la promesa de que les haría saber su decisión en el término de una semana.

Pero después de haber almorzado por separado con los dos, seguía sin poder decidir a cuál de ellos detestaba más..., o menos. Admiraba el hecho de que Armstrong hubiera ganado la Cruz Militar luchando por su país de adopción, pero no soportaba la idea de que el futuro propietario del *Globe* no supiera manejar dignamente un cuchillo y un tenedor. En contra de esa alternativa, le agradaba la idea de que el propietario del *Globe* fuera un hombre de Oxford, pero sentía náuseas cada vez que recordaba los puntos de vista de Townsend sobre la monarquía. Los dos le aseguraron al menos que mantendría su puesto como presidente.

Pero, transcurrida la semana, no se hallaba más cerca que al principio de tomar una decisión.

Empezó a recabar consejo de todos los miembros del Turf Club a los que conocía bien, incluido el barman, pero eso tampoco le ayudó a decidirse. Acabó por tomar una decisión después de que su banquero le informara que la libra se estaba fortaleciendo frente al dólar, debido a los continuos problemas del presidente Johnson en Vietnam.

Sir Walter reflexionó acerca de lo extraño que resultaba el que una sola palabra pudiera poner en marcha toda una corriente de pensamientos no relacionados entre sí para transformarlos finalmente en una acción. Al colgar el teléfono, después de hablar con su banquero, sabía exactamente en quién podía confiar para tomar la decisión final. Pero también comprendió que tendría que mantenerlo en secreto hasta el último momento, incluso ante el director del *Globe*.

El viernes por la tarde, Armstrong voló a París con una joven llamada Julie, del departamento de publicidad, tras dejar instrucciones de que nadie se pusiera en contacto con él excepto en caso de emergencia. Y repitió varias veces la palabra «emergencia».

El día anterior, Townsend había volado de regreso a Nueva York, tras haber recibido una información según la cual un accionista importante del *New York Star* podría estar finalmente dispuesto a vender sus acciones en el periódico. Le dijo a Heather que no esperaba regresar a Inglaterra durante por lo menos dos semanas.

El secreto de sir Walter se filtró el viernes por la noche. La primera persona del equipo de Armstrong que se enteró de la noticia llamó inmediatamente a su despacho y consiguió el número de teléfono particular de su secretaria. Al explicarle a esta lo que sir Walter tenía la intención de hacer, ella no tuvo ninguna duda de que se trataba de una emergencia y llamó inmediatamente al George V. en París. El director le informó que el señor Armstrong y su «acompañante» habían decidido cambiarse de hotel después de encontrarse en el bar con un grupo de ministros laboristas, que estaban en París para asistir a una conferencia de la OTAN. La secretaria pasó el resto de la noche llamando sistemáticamente a todos los hoteles de lujo de París, pero no

pudo localizar a Armstrong hasta pocos minutos después de la medianoche.

El conserje de noche le dijo taxativamente que el señor Armstrong había ordenado que no se le molestara bajo ninguna circunstancia. Al recordar la edad de la joven que le acompañaba, el conserje tuvo la sensación de que no recibiría ninguna propina si desobedecía aquella orden. La secretaria permaneció despierta durante toda la noche y volvió a llamar a las siete de la mañana siguiente. Pero puesto que el director del hotel no llegaba hasta las nueve de la mañana del sábado, recibió la misma helada respuesta de la noche anterior.

La primera persona que informó a Townsend de lo que sucedía fue Chris Slater, el subdirector de crónicas del *Globe* quien decidió que, a cambio de la simple molestia de hacer una llamada internacional, bien podría asegurarse su futuro en el periódico. En realidad, tuvo que hacer varias llamadas internacionales para localizar al señor Townsend en el Racquets Club de Nueva York, al que encontró finalmente jugando a squash con Tom Spencer, por mil dólares la partida.

Townsend servía con una ventaja de cuatro puntos en el juego final cuando un botones del club llamó a la puerta acristalada y preguntó si el señor Townsend deseaba atender una llamada telefónica urgente.

—¿De quién? —preguntó Townsend, con un esfuerzo para no perder su concentración. Como el nombre de Chris Slater no significaba nada para él, dijo—: Dígame que yo le llamaré más tarde. —Justo antes de disponerse a servir, añadió—: ¿Dijo de dónde llamaba?

—No, señor —contestó el botones—. Solo dijo que era del *Globe*.

Townsend apretó la pelota mientras consideraba las alternativas. Le ganaba dos mil dólares a un hombre al que no había podido vencer desde hacía varios meses, y sabía que si abandonaba la pista en aquellos momentos, aunque solo fuera por un momento, Tom reclamaría el partido para sí.

Se quedó mirando fijamente la pared de la pista durante otros diez segundos, hasta que Tom exclamó:

—¡Sirva!

—¿Es ese su consejo? —le preguntó.

—Lo es —contestó el abogado—. Continúe con el servicio o gano el partido. La elección es suya.

Townsend dejó caer la pelota, salió corriendo de la pista y siguió al botones. Llegó justo a tiempo antes de que su interlocutor colgara.

—Será mejor que se trate de algo importante, señor Slater —le dijo Townsend—, porque ya me ha costado dos mil dólares.

Escuchó con incredulidad mientras Slater le informaba que en la edición del día siguiente del *Globe*, sir Walter Sherwood invitaría a los lectores del periódico a votar acerca de quién creían que debía ser su siguiente propietario.

—Se publicarán perfiles equilibrados de una página entera sobre ambos candidatos —siguió explicándole Slater—, y se incluirá una papeleta recortable de

votación al pie de la página.

A continuación le leyó las tres últimas frases del editorial propuesto para su edición.

Los fieles lectores del *Globe* no deben temer por el futuro del periódico más querido del reino. Ambos candidatos están de acuerdo en mantener a *sir* Walter Sherwood como presidente del consejo de administración, garantizando así la continuidad que ha sido una de las características del éxito del periódico durante buena parte del presente siglo. De modo que envíe su voto y el resultado será anunciado el próximo sábado.

Townsend le dio las gracias a Slater y le aseguró que, si llegaba a ser el propietario, no lo olvidaría. Una vez que colgó el teléfono, lo primero que se preguntó fue dónde estaría Armstrong.

No regresó a la pista de squash, sino que llamó inmediatamente a Ned Brewer, el jefe de su oficina en Londres. Le comunicó exactamente lo que esperaba que hiciera durante la noche y terminó por decirle que se pondría nuevamente en contacto con él en cuanto aterrizara en Heathrow.

—Y mientras tanto, Ned —añadió—, asegúrese de disponer por lo menos de 20 000 libras en efectivo para cuando llegue a la oficina.

En cuanto colgó el teléfono, Townsend se dirigió al mostrador principal, retiró su cartera de la caja de seguridad, salió a la Quinta Avenida y tomó un taxi.

—Al aeropuerto. Y recibirá una propina de cien dólares si llegamos a tiempo para tomar el próximo vuelo a Londres.

Debería haber añadido «con vida».

Mientras el taxi zigzagueaba entre el tráfico, Townsend recordó de pronto que había dejado a Tom esperándole en la pista de squash, y que tenía previsto llevar a cenar a Kate aquella misma noche para que ella pudiera informarle acerca de sus progresos con *La amante del senador*. Cada día que pasaba, Townsend daba gracias a Dios por no haber creído que Kate fuera capaz de volar de regreso desde Sydney. Tenía la sensación de haber sido lo bastante afortunado como para encontrar a la única persona capaz de tolerar su intolerable estilo de vida, debido en parte a que ella ya había aceptado la situación mucho antes de casarse. Kate nunca le había hecho sentirse culpable por los horarios que seguía, el llegar continuamente tarde a sus citas con ella o el no aparecer siquiera. Solo confiaba en que Tom la llamara para hacerle saber que había desaparecido. «No, no tengo ni la menor idea de adónde se ha ido», casi pudo escuchar que le diría.

A la mañana siguiente, después de aterrizar en Heathrow, al taxista no le pareció prudente preguntar por qué su pasajero vestía un atuendo deportivo y llevaba una raqueta de squash. Quizá hubiera encontrado reservadas todas las pistas en Nueva

York.

Llegó a la oficina de Londres cuarenta minutos más tarde y se hizo cargo de la dirección del plan, que tomó de manos de Ned Brewer. A las diez, todos los empleados de que disponía habían sido enviados a todos los rincones de la capital. A la hora del almuerzo, nadie que se encontrara en un radio de treinta kilómetros de Hyde Park Corner podía encontrar un ejemplar del *Globe*, a ningún precio. A las nueve de la noche, Townsend disponía ya de 126 212 ejemplares del periódico.

Armstrong aterrizó en Heathrow el sábado por la tarde, después de haber pasado la mayor parte de la mañana en París, ladrando órdenes a su personal en toda Gran Bretaña. A las nueve de la mañana del domingo, y gracias al notable rastreo efectuado en la zona de West Riding, tenía a su disposición 79 107 ejemplares del *Globe*.

Se pasó el domingo llamando a todos los directores de sus periódicos regionales y ordenándoles que publicaran en primera página de las ediciones siguientes artículos en los que se pidiera a los lectores encontrar ejemplares del *Globe* del sábado y votar por Armstrong. El lunes por la mañana consiguió aparecer en el programa *Hoy* y en tantos otros programas de radio y televisión como le fue posible. Pero a cada uno de los productores le pareció justo invitar a Townsend a que ejerciera el derecho de réplica al día siguiente.

El jueves, el personal de Armstrong ya estaba agotado de tanto rellenar papeletas de votación, y Armstrong sentía náuseas de tanto pegar sobres. El viernes por la noche, los dos hombres llamaban al *Globe* cada pocos minutos, tratando de averiguar cómo iba el recuento de votos. Pero como *sir* Walter le había pedido a la Sociedad por la Reforma Electoral que se hiciera cargo del recuento, y a sus representantes les interesaba más la exactitud que la velocidad, ni siquiera el director del periódico supo el resultado hasta poco antes de la medianoche.

«El astuto dingo australiano vence al checo fanfarrón», fue el titular de las primeras ediciones del periódico del sábado. El artículo que seguía informaba a los lectores del *Globe* que la votación había dado un resultado de 232 712 votos a favor del colonial, por 229 847 a favor del inmigrante.

El abogado de Townsend llegó a las oficinas del *Globe* a las nueve de la mañana del lunes, con una carta de pago por importe de veinte millones de dólares. Por mucho que Armstrong protestó y por muchas demandas que amenazó con interponer, no pudo impedir que *sir* Walter firmara esa misma tarde el contrato por el que cedía sus acciones a Townsend.

En la primera reunión del consejo de administración, Townsend propuso que *sir* Walter fuera mantenido en su puesto como presidente del consejo, con su salario actual de cien mil libras anuales. El anciano sonrió y pronunció un discurso halagador acerca de cómo los lectores habían hecho incuestionablemente la elección más justa.

Townsend no volvió a hablar hasta que llegaron al apartado «Otros asuntos». Sugirió entonces que todos los empleados del *Globe* se jubilaran automáticamente a

la edad de sesenta años, de acuerdo con el resto de la política seguida por su grupo. *Sir* Walter apoyó la moción, ya que estaba ansioso por unirse a sus compañeros del Turf Club para un almuerzo de celebración. La moción fue aprobada por mayoría.

Aquella noche, al acostarse *sir* Walter, tuvo que ser su esposa quien le explicara el verdadero significado de aquella última resolución.

---

# QUINTA EDICIÓN

---

El Citizen contra el Globe

# The Citizen

---

15 de abril de 1968

Dimite el ministro

—**H**an quedado impresos cien mil ejemplares de *La amante del senador*, que han sido almacenados en el almacén de New Jersey, a la espera de la inspección de la señora Sherwood —dijo Kate, que levantó la mirada al techo.

—Eso está bien para empezar —dijo Townsend—, pero no me van a devolver un centavo de mi dinero hasta que no los vean en las librerías.

—Una vez que su abogado haya verificado las cifras y los albaranes de entrega, no tendrá más remedio que devolverte el primer millón de dólares. Habremos cumplido con esa parte del contrato dentro del período de doce meses previamente estipulado.

—¿Y cuánto me ha costado hasta el momento este pequeño ejercicio?

—Incluida la impresión y el transporte, unos treinta mil dólares —contestó Kate—. Todo lo demás se hizo en la empresa o se puede deducir de impuestos.

—Chica lista. Pero ¿qué posibilidades tengo de recuperar mi segundo millón? A pesar de todo el tiempo que has dedicado a reescribir el libro, sigo sin verlo en las listas de los más vendidos.

—Yo no estoy tan segura —dijo Kate—. Todo el mundo sabe que solo mil cien librerías informan semanalmente de sus ventas al *New York Times*. Si pudiera ver esa lista de librerías, tendría una verdadera oportunidad de asegurarme de que recuperaras tu segundo millón.

—Pero saber qué librerías informan de sus ventas no hará que los clientes compren los libros.

—No, pero creo que podríamos dirigirlos en la dirección correcta.

—¿Y cómo te propones hacer eso?

—Primero, distribuyendo el libro en un mes tradicionalmente bajo, como enero o febrero, y segundo vendiéndolo únicamente en aquellas librerías que informen al *New York Times*.

—Pero eso tampoco hará que la gente lo compre.

—Será suficiente si solo le cobramos a la librería cincuenta centavos por ejemplar, con un precio de cubierta de tres dólares con cincuenta, lo que permitirá al librero obtener un beneficio del 700 por cien por cada ejemplar vendido, en lugar de su habitual cien por cien.

—Eso seguirá sirviendo de poco si el libro es indigerible.

—Eso es algo que no importará durante la primera semana —dijo Kate—. Si las librerías obtienen esa clase de beneficio, tendrán interés en promocionar el libro y ponerlo en sus escaparates, en el mostrador, e incluso en las estanterías de *bestsellers*. Mi investigación demuestra que solo tenemos que vender diez mil ejemplares en la primera semana para alcanzar el puesto número quince en la lista de libros más



vendidos, lo que supone algo menos de diez ejemplares por librería.

—Supongo que eso nos proporcionaría una oportunidad del cincuenta por ciento —dijo Townsend.

—Y todavía puedo aumentar las posibilidades. La semana en que se inicie la distribución, podemos utilizar nuestra red de periódicos y revistas en todo Estados Unidos para asegurarnos de que el libro reciba buenas críticas y anuncios en primera página, y para publicar mi artículo «La extraordinaria señora Sherwood» en tantos otros periódicos a los que te parezca que podemos llegar.

—Si eso me ahorra un millón de dólares habrá valido la pena —asintió Townsend—. Pero eso solo hace que las posibilidades estén algo mejor que el cincuenta por ciento.

—Si me permites ir un paso más allá, probablemente podré conseguir que estén todas a tu favor.

—¿Qué propones? ¿Que compre el *New York Times*?

—No se trata de una idea tan drástica —contestó Kate con una sonrisa—. Propongo que durante la primera semana de distribución nuestros propios empleados compren cinco mil ejemplares del libro.

—¿Cinco mil ejemplares? Eso sería como despilfarrar el dinero.

—No necesariamente —dijo Kate—. Después de que los vendamos de nuevo a las librerías a cincuenta centavos el ejemplar, habrás recuperado dos mil quinientos dólares, de modo que por un gasto total de quince mil dólares te puedes asegurar virtualmente una semana de permanencia en la lista de libros más vendidos, en cuyo caso el señor Yablon tendrá que devolverte el millón de dólares.

Townsend la tomó en sus brazos.

—Es posible que todo salga bien.

—Pero solo si consigues los nombres de las librerías que informan de sus ventas al *New York Times* para confeccionar la lista de libros más vendidos.

—Eres una chica lista —le dijo apretándola más fuerte.

—He descubierto al menos lo que te enciende —dijo Kate con una sonrisa.

—Stephen Hallet llama por la línea uno, y Ray Atkins, el ministro de Industria por la línea dos —dijo Pamela, la secretaria de Armstrong.

—Hablaré primero con Atkins. Dígale a Stephen que le llamaré en seguida que pueda.

Armstrong esperó a que sonara el clic de su último juguete, que aseguraría la grabación de toda la conversación.

—Buenos días, señor ministro —saludó—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Se trata de un problema personal, Dick. Me preguntaba si podríamos reunirnos.

—Desde luego —contestó Armstrong—. ¿Qué le parece si almorzamos en el Savoy en algún momento de la semana que viene?

Revisó su dietario para ver qué cita podía cancelar.

—Me temo que se trate de algo mucho más urgente que eso, Dick. Y preferiría no reunimos en un lugar tan público.

Armstrong comprobó las entrevistas que tenía durante el resto del día.

—Bueno, ¿y si se reúne a almorzar conmigo hoy mismo en mi comedor privado? Iba a verme con Don Sharpe, pero si se trata de algo tan urgente puedo cancelarlo.

—Es muy amable por su parte, Dick. ¿Nos vemos hacia la una?

—Estupendo. Me ocuparé de alguien acuda a recibirle a recepción y le haga subir directamente a mi despacho.

Armstrong colgó el teléfono y sonrió. Sabía exactamente por qué quería verle el ministro de Industria. Al fin y al cabo, había apoyado lealmente al Partido Laborista a lo largo de los años, a través, en buena medida, de donar mil libras anuales a cada uno de cincuenta escaños marginales clave. Esa pequeña inversión le aseguraba cincuenta amigos íntimos en el Parlamento, algunos de ellos ministros, y le permitía mantener abierto el acceso a los niveles gubernamentales más altos cada vez que lo necesitaba. Si hubiera deseado ejercer la misma influencia en Estados Unidos, eso le habría costado un millón de dólares al año.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido del teléfono. Pamela tenía a Stephen Hallet al aparato.

—Siento mucho haberte hecho esperar, Stephen, pero en ese momento tenía al joven Ray Atkins al aparato. Dice que necesita verme urgentemente. Creo que los dos sabemos de qué se trata.

—Creía que la decisión sobre el *Citizen* no se tomaría hasta el próximo mes como mucho.

—Quizá quieran hacer un anuncio antes de que la gente empiece a especular. No olvides que Atkins fue el ministro que envió la oferta de Townsend por el *Citizen* a la Comisión de Monopolios y Fusiones. No creo que al Partido Laborista le entusiasme mucho la idea de que Townsend controle el *Citizen* y el *Globe*.

—Pero es la comisión la que decide al final, Dick, no el ministro.

—A pesar de todo, no me imagino que le permitan a Townsend obtener el control de la mitad de Fleet Street. En cualquier caso, el *Citizen* es el periódico que ha venido apoyando coherentemente al Partido Laborista durante los últimos años, mientras que la mayoría de los demás no han sido más que revistas de los tories.

—Pero la comisión tendrá que parecer ecuaníme.

—¿Como lo ha sido Townsend con Wilson y Heath? El *Globe* se ha convertido en una carta diaria de amor por Teddy, el marinero. Si Townsend le echara también la mano al *Citizen*, el movimiento laborista se quedaría sin voz en este país.

—Usted lo sabe y yo lo sé —asintió Stephen—. Pero la comisión no está compuesta únicamente por socialistas.

—Es una pena —comentó Armstrong—. Si pudiera echarle mano al *Citizen*, Townsend descubriría por primera vez en la vida lo que es la verdadera competencia.

—A mí no tiene que convencerme, Dick. Le deseo suerte con el ministro. Pero no era esa la razón por la que le llamaba.

—Cada vez que me llama por teléfono, Stephen, me plantea un problema. ¿De qué se trata esta vez?

—Acabo de recibir una larga carta del abogado de Sharon Levitt, amenazándole con un proceso ante los tribunales —dijo Stephen.

—Pero hace meses que firmé un acuerdo con ella. No puede esperar sacarme más dinero.

—Sé que lo hizo así, Dick. Pero esta vez le van a poner una demanda de paternidad, Dick. Parece ser que Sharon ha dado a luz a un varón y ella afirma que es usted su padre.

—Podría serlo cualquiera, dada la promiscuidad de esa zorra... —empezó a decir Armstrong.

—Posiblemente —admitió Stephen—. Pero no con esa marca de nacimiento bajo el omóplato derecho. Y no olvide que en la comisión hay cuatro mujeres, y que la esposa de Townsend está embarazada.

—¿Cuándo nació ese bastardo? —preguntó Armstrong que retrocedió rápidamente en su dietario.

—El cuatro de enero.

—Espere un momento —dijo Armstrong. Comprobó las entradas en el dietario nueve meses antes de esa fecha: Alexander Sherwood, en París—. Esa condenada mujer ha tenido que planificarlo todo desde hace tiempo —rugió—, al mismo tiempo que fingía que deseaba ser mi ayudante personal. De ese modo sabía que terminaría con dos finiquitos. ¿Qué me recomienda?

—Sus abogados sabrán la batalla que se plantea por la posesión del *Citizen* y, por lo tanto, saben que solo necesitarían hacer una llamada al *Globe*...

—No se atreverán —dijo Armstrong levantando la voz.

—Quizá no —contestó Stephen con calma—. Pero ella podría hacerlo. Por lo tanto, solo puedo recomendarle que me permita zanjar la cuestión con las mejores condiciones que consiga.

—Si usted lo dice —admitió Armstrong, algo más tranquilo—. Pero asegúrese de decirles que si se filtra una sola palabra de esto, ese mismo día se suspenderán todos los pagos.

—Haré todo lo que pueda —dijo Stephen—. Pero me temo que ella ha aprendido algo de usted.

—¿Y qué es? —preguntó Dick.

—Que no sale a cuenta contratar a un abogado barato. Le volveré a llamar por teléfono en cuando hayamos acordado las condiciones.

—Hágalo —asintió Armstrong antes de colgar el teléfono—. ¡Pamela! —gritó a través de la puerta—. Póngame con Don Sharpe. —Una vez que el director del *London Evening Post* estuvo al aparato, Armstrong le dijo—: Ha surgido algo. Voy a

tener que retrasar nuestro almuerzo por el momento.

Colgó el teléfono antes de darle a Sharpe la oportunidad de responder. Armstrong ya había decidido hacía tiempo que este director en particular tenía que ser sustituido, y hasta se había puesto en contacto con la persona que deseaba para ocupar el puesto, pero la llamada telefónica del ministro supuso que esa decisión se retrasara durante unos pocos días más.

No se sentía preocupado por Sharon y por la posibilidad de que pudiera irse de la lengua. Tenía fichas comprometedoras de todos los directores de Fleet Street, y todavía más abultadas sobre los dueños de los periódicos, y casi un archivo dedicado especialmente a Keith Townsend. Su mente volvió a pensar en Ray Atkins.

Una vez que Pamela hubo terminado de repasar con él la correspondencia de la mañana, le pidió un ejemplar del *Dod's Parliamentary Companion*. Deseaba recordar los datos más destacados de la carrera de Atkins, los nombres de su esposa e hijos, los ministerios de los que había sido titular e incluso sus aficiones.

Todo el mundo aceptaba que Ray Atkins era uno de los políticos más brillantes de su generación, como quedó confirmado cuando Harold Wilson lo nombró ministro en la sombra después de solo quince meses. Tras las elecciones generales de 1966, Atkins se convirtió en ministro de Estado en el departamento de Comercio e Industria. Y todos estaban de acuerdo que si los laboristas ganaban las próximas elecciones, un resultado que Armstrong no consideraba probable, Atkins sería invitado a formar parte del gabinete. Algunos hablaban de él incluso como futuro líder del partido.

Puesto que Atkins era miembro de una circunscripción parlamentaria del norte, cubierta por uno de los periódicos locales de Armstrong, los dos hombres habían llegado a conocerse bien con el transcurso de los años, y a menudo comían juntos en la sede del partido. Cuando Atkins fue nombrado ministro de Industria, con responsabilidades especiales sobre las absorciones de empresas, Armstrong intensificó sus esfuerzos por cultivar su amistad, con la esperanza de que pudiera inclinar la balanza en su favor cuando se tratara de decidir quién se haría cargo del *Citizen*.

Las ventas del *Globe* continuaron su descenso continuo después de que Townsend comprara las acciones de sir Walter Sherwood. Townsend había intentado despedir al director, pero dejó en suspenso sus planes tras la muerte, unos meses más tarde, de Hugh Tuncliffe, el propietario del *Citizen*, en cuanto su viuda anunció su intención de poner el periódico en venta. Townsend dedicó varios días a convencer a su consejo de administración de que debía hacer una oferta por el *Citizen*, que el *Financial Times* describió como «un precio demasiado alto», a pesar de que el *Citizen* era el periódico de mayor circulación de Gran Bretaña. Después de recibidas todas las ofertas, la suya resultó ser la más alta de todas con gran diferencia. Se produjo un alboroto inmediato entre la competencia, cuyos puntos de vista, mantenidos con firmeza, se expresaron en la primera página del *Guardian*. Día tras día, periodistas seleccionados anunciaron

su desaprobación ante la perspectiva de que Townsend fuera el propietario de dos de los periódicos de mayor éxito del país. Con una rara demostración de solidaridad, *The Times* también expresó su opinión en nombre de los estamentos tradicionales, y condenó la idea de que los extranjeros dominaran las instituciones nacionales y ejercieran de ese modo una poderosa influencia sobre el estilo de vida británico. A la mañana siguiente el director recibió varias cartas en las que se le indicaba que el propietario del *The Times* era un canadiense. Ninguna de ellas fue publicada.

Cuando Armstrong anunció que igualaba la oferta de Townsend, y admitió mantener como presidente del consejo de administración a *sir* Paul Maitland, antiguo embajador en Washington, al gobierno no le quedó más remedio que recomendar que la cuestión se dejara en manos de la Comisión de Monopolios y Fusiones. Townsend se quedó lívido ante lo que describió como «nada más que un complot socialista», pero no logró mucha comprensión por parte de quienes habían seguido el continuo declive de los niveles periodísticos del *Globe* durante todo el año anterior. Armstrong, sin embargo, tampoco recibió apoyo de mucha gente. Durante el mes anterior volvió a aparecer en varios periódicos la pauta de tener que elegir entre el menor de dos males.

Pero Armstrong estaba convencido de que esta vez le llevaba la delantera a Townsend, y que el mayor premio de Fleet Street estaba a punto de caer en sus manos. Ya se sentía impaciente ante la visita inminente de Roy Atkins, y esperaba que le confirmara oficialmente la noticia.

Atkins llegó a Armstrong House poco antes de la una. El propietario mantenía una conversación en ruso cuando Pamela lo hizo entrar en su despacho. Armstrong colgó inmediatamente el teléfono, en plena conversación, y se levantó para dar la bienvenida a su invitado. Al estrecharle la mano a Atkins, no pudo dejar de observar que estaba un poco húmeda.

—¿Qué desea beber? —le preguntó.

—Un escocés corto con mucha agua —contestó Atkins.

El propio Armstrong preparó la bebida para el ministro y luego lo condujo hasta la sala de al lado. Encendió una luz totalmente innecesaria y, con ello, una grabadora oculta. Atkins sonrió con alivio al ver que sobre la mesa de comedor solo se habían preparado dos cubiertos. Armstrong le indicó que se sentara en una de las dos sillas.

—Gracias, Dick —dijo con cierto nerviosismo—. Es muy amable por su parte haberme recibido tan rápidamente.

—De nada, Ray —dijo Armstrong, que ocupó su asiento en la cabecera de la mesa—. Es un placer. Me siento encantado de ver a alguien que trabaja tan incansablemente por nuestra causa. Brindemos por su futuro —dijo, levantando su copa—. Un futuro que, según me dicen todos, es de color rosado.

Armstrong observó un ligero temblor en la mano del ministro, antes de que este respondiera.

—Hace usted muchas cosas por nuestro partido, Dick.

—Es muy amable por su parte el decirlo así, Ray.

Durante los dos primeros platos, hablaron de las posibilidades que tenía el Partido Laborista de ganar las próximas elecciones, y ambos tuvieron que admitir que no eran muy optimistas.

—Aunque las encuestas de opinión parece que van mejorando —dijo Atkins—, solo hay que estudiar los resultados de las elecciones locales para comprender lo que está ocurriendo realmente en las circunscripciones electorales.

—Estoy de acuerdo con usted —asintió Dick—. Solo un estúpido se dejaría influir por las encuestas de opinión cuando se trata de unas elecciones generales. Aunque tengo entendido que Wilson suele sacar de quicio a Ted Heath en la sesión de preguntas parlamentarias en la Cámara.

—Cierto, pero eso es algo que solo ven unos pocos cientos de parlamentarios. Si se televisaran las sesiones, toda la nación se daría cuenta de que Harold está en una clase diferente.

—No creo que yo llegue a conocer eso —dijo Dick.

Atkins asintió y luego cayó en un profundo silencio. Una vez retirado el primer plato, Dick le dio instrucciones al mayordomo para que los dejaran a solas. Llenó la copa del ministro con más clarete, pero Atkins se limitó a jugar con ella, con aspecto de preguntarse cómo podía plantear un tema embarazoso. Una vez que el mayordomo hubo cerrado la puerta tras él, Atkins suspiró profundamente.

—Todo esto es un poco angustioso para mí —empezó a decir, con vacilación.

—Diga todo lo que quiera decir, Ray. Sea lo que fuere, no saldrá de esta habitación. Y no olvide nunca que ambos bateamos para el mismo equipo.

—Gracias, Dick —replicó el ministro—. Supe inmediatamente que era usted la persona adecuada con la que discutir mi pequeño problema. —Siguió jugando con la copa, sin decir nada durante un rato. Luego, de repente, barbotó—: El *Evening Post* ha estado hurgando en mi vida personal, Dick, y ya no puedo soportarlo.

—Lamento mucho oírle decir eso —dijo Armstrong, que se había imaginado que hablarían de un tema completamente diferente—. ¿Qué han hecho que le ha molestado tanto?

—Me han estado amenazando.

—¿Amenazándole? —preguntó Armstrong, con un tono de voz que sonó molesto—. ¿De qué forma?

—Bueno, quizá «amenazar» sea una palabra un poco fuerte. Pero uno de sus periodistas ha estado llamando constantemente a mi oficina y a mi casa los fines de semana, en ocasiones incluso dos o tres veces al día.

—Créame, Ray, que no sabía nada de esto —le aseguró Armstrong—. Hablaré con Don Sharpe en cuanto se haya marchado usted. Y puede estar seguro de que ya no se hablará más del asunto.

—Gracias, Dick —dijo el ministro, que esta vez tomó un trago de vino—. Pero no son las llamadas lo que necesito que se detengan, sino la historia que tienen.

—¿Le ayudaría contarme de qué se trata, Ray?

El ministro fijó la mirada sobre la mesa. Transcurrió algún tiempo antes de que levantara la cabeza.

—Todo sucedió hace varios años —empezó a decir—. En realidad, fue hace tanto tiempo que casi se me había olvidado que tuvo lugar, hasta hace poco.

Armstrong permaneció en silencio y volvió a llenar la copa de su invitado.

—Fue poco después de ser elegido para el consejo municipal de Bradford. —El ministro tomó otro trago de vino—. Conocí a la secretaria del consejo.

—¿Estaba usted casado con Jenny por aquel entonces? —preguntó Armstrong.

—No, Jenny y yo nos conocimos un par de años más tarde, antes de que fuera elegido por la circunscripción de Bradford West.

—¿Cuál es entonces el problema? —preguntó Armstrong—. Hasta el Partido Laborista permite tener amigas antes de contraer matrimonio —añadió, tratando de dar un tono ligero a la conversación.

—No cuando esa amiga queda embarazada —dijo el ministro—. Y cuando su religión prohíbe el aborto.

—Comprendo —asintió Armstrong en voz baja. Hizo una pausa, antes de preguntar—: ¿Está Jenny enterada de todo esto?

—No, no sabe nada. Nunca se lo dije. En realidad, no se lo dije a nadie. Ella es hija de un médico local, un condenado tory, de modo que su familia no me aceptó en ningún momento. Si esto llega a saberse, tendré que soportar el clásico síndrome del «Ya te lo dije».

—¿De modo que es ella la que plantea dificultades?

—No. Que Dios la bendiga, Rahila ha sido magnífica, aunque su familia me consideraba con el mismo afecto que mis parientes políticos. Naturalmente, le he venido pagando una cantidad por alimentos.

—Naturalmente. Pero si ella no le causa ninguna molestia, ¿dónde está el problema? Ningún periódico se atrevería a publicar nada a menos que ella confirmara la historia.

—Lo sé. Pero, desgraciadamente, su hermano bebió demasiado una noche y se le soltó la lengua en el *pub* local. No sabía que en esos momentos había un periodista en el bar que trabaja por libre para el *Evening Post*. El hermano lo negó todo al día siguiente, pero el bastardo del periodista no hizo más que hurgar en el asunto. Si esta historia llega al dominio público, no me quedará más alternativa que dimitir. Y solo Dios sabe lo que eso representaría para Jenny.

—Bueno, todavía no hemos llegado a eso, Ray, y puede estar seguro de una cosa: nunca la verá publicada en ningún periódico de mi propiedad. Cuenta usted con mi palabra. En cuanto se marche llamaré a Sharpe y le dejaré bien clara cuál es mi postura al respecto. Nadie volverá a ponerse en contacto con usted en relación con este tema.

—Gracias —dijo Atkins—. Eso me produce un gran alivio. Lo único que tengo

que hacer ahora es rezar para que a ese periodista no se le ocurra ir con la historia a otra parte.

—¿Cómo se llama? —preguntó Armstrong.

—John Cummins.

Armstrong anotó el nombre en una libreta que tenía a su lado.

—Me ocuparé de que al señor Cummins se le ofrezca un puesto de trabajo en uno de mis periódicos en el norte, en alguna parte lo más alejada posible de Bradford. Eso será suficiente para amortiguar su entusiasmo.

—No sé cómo agradeceréelo —dijo el ministro.

—Estoy seguro de que ya se le ocurrirá alguna forma —dijo Armstrong, que se levantó del asiento sin molestarse en ofrecerle café a su invitado.

Acompañó a Atkins fuera del comedor. El nerviosismo del ministro se vio sustituido por la voluble seguridad en sí mismo más habitualmente asociada con los políticos. Al pasar por el despacho de Armstrong, observó que en la estantería había una edición completa de *Wisden*.

—No sabía que fuera usted aficionado al críquet, Dick.

—Oh, sí —contestó Armstrong—. Me ha gustado ese juego desde que era muy pequeño.

—¿A qué condado apoya? —preguntó Atkins.

—A Oxford —contestó Armstrong cuando ya llegaban ante el ascensor.

Atkins no dijo nada y le estrechó cálidamente la mano.

—Gracias de nuevo, Dick. Muchas gracias.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, Armstrong regresó a su despacho.

—Quiero ver inmediatamente a Don Sharpe —gritó al pasar ante la mesa de Pamela.

El director del *Evening Post* apareció en el despacho del propietario pocos minutos más tarde. Llevaba una gruesa carpeta. Esperó a que Armstrong terminara una conversación telefónica en una lengua que no reconoció.

—Pidió verme —le dijo, una vez que Armstrong hubo colgado el teléfono.

—Sí. Acabo de almorzar con Ray Atkins. Me dice que el *Post* lo ha estado molestando con alguna historia que ha estado usted siguiendo.

—Así es, hemos hecho algún trabajo con una historia. En realidad, llevamos varios días tratando de ponernos en contacto con Atkins. Creemos que el ministro fue padre de un hijo ilegítimo hace varios años, un muchacho llamado Vengi.

—Pero todo eso tuvo lugar antes de que se casara.

—Cierto —asintió el director—, pero...

—En ese caso no veo motivo alguno para considerar que la historia pueda ser de interés público.

Don Sharpe pareció un tanto sorprendido ante la insólita insensibilidad del propietario por aquel tema, pero también sabía que la decisión de la comisión sobre el *Citizen* tendría que tomarse en las pocas semanas siguientes.



—¿Está usted de acuerdo o no? —preguntó Armstrong.

—En circunstancias normales lo estaría —contestó Sharpe—. Pero en este caso resulta que la mujer en cuestión ha perdido su puesto de trabajo en el consejo municipal, se ha visto abandonada por su familia, y sobrevive apenas en un piso de una sola habitación, en la circunscripción representada por el ministro, quien, por otra parte, es conducido de un lado a otro en un Jaguar y cuenta con una segunda residencia en el sur de Francia.

—Pero él le paga todos sus alimentos.

—No siempre lo hace a tiempo —dijo el director—. Y podría considerarse como de interés público saber que cuando fue subsecretario de Estado en el departamento de Servicios Sociales, fue responsable de promover la aprobación de la ley sobre progenitores solos, que defendió en la fase de comité de la Cámara.

—Eso no tiene importancia y usted lo sabe.

—Hay otro factor que podría interesar conocer a nuestros lectores.

—¿De qué se trata?

—Ella es musulmana. Tras haber dado a luz a un niño fuera del matrimonio, no cuenta con ninguna esperanza de casarse. En estas cuestiones ellos son un poco más estrictos que la Iglesia de Inglaterra.

El director sacó una fotografía de la carpeta y la dejó sobre la mesa de Armstrong, que observó en ella a una madre asiática atractiva que sostenía a un niño pequeño en sus brazos. Habría sido difícil negar la semejanza del niño con su padre.

Armstrong miró a Sharpe.

—¿Cómo sabía que iba a hablar de este tema con usted? —le preguntó.

—Imaginé que no había cancelado nuestro almuerzo solo porque deseaba hablar con Ray Atkins sobre las posibilidades de ser reelegido esta temporada por la circunscripción de Bradford.

—No sea sarcástico conmigo —le espetó Armstrong—. Abandonará usted de inmediato esa investigación. Si observo en alguna ocasión la más mínima alusión a esta historia en uno de mis periódicos, no tendrá necesidad de acudir a trabajar al día siguiente.

—Pero... —protestó el director.

—Y mientras continúa con su trabajo habitual, puede dejar esa carpeta sobre mi mesa.

—¿Que puedo qué?

Armstrong siguió mirándolo con expresión furibunda hasta que él dejó dócilmente la abultada carpeta sobre la mesa. Se dio media vuelta y salió del despacho sin añadir una sola palabra más.

Armstrong lanzó una maldición por lo bajo. Ahora, si despedía a Sharpe, lo primero que haría este sería cruzar la calle y acudir con la historia al *Globe*. Acababa de tomar una decisión que probablemente le costaría mucho dinero de una u otra forma. Tomó el teléfono.

—Pamela, póngame con el señor Atkins, del Departamento de Comercio e Industria.

Atkins estuvo al habla momentos más tarde.

—¿Es esta una línea pública? —preguntó Armstrong, consciente de que los funcionarios escuchaban a menudo las conversaciones por si acaso los ministros acordaban compromisos que luego ellos tuvieran que cumplir.

—No, me ha llamado usted por mi línea privada —le aseguró Atkins.

—He hablado con el director en cuestión —le informó Armstrong—, y le puedo asegurar que el señor Cummins no volverá a molestarle. También le advertí que si veo alguna referencia a este incidente en cualquiera de mis periódicos, ya puede empezar a buscarse otro trabajo.

—Gracias —dijo el ministro.

—Y quizá le interese saber, Ray, que tengo sobre mi mesa la carpeta de Cummins relativa a esta cuestión, y que destruiré su contenido en cuanto terminemos esta conversación. Créame, nadie volverá a oír una sola palabra sobre este asunto.

—Es usted un buen amigo, Dick. Y probablemente ha salvado mi carrera.

—Una carrera que vale la pena salvar —dijo Armstrong—. No olvide nunca que yo estoy aquí si me necesita.

Acababa de colgar el teléfono cuando Pamela, su secretaria, asomó la cabeza por la puerta.

—Stephen volvió a llamar mientras hablaba usted con el ministro. ¿Me pongo de nuevo en contacto con él?

—Sí. Y cuando termine de hablar con él, hay algo que quiero que haga por mí.

Pamela asintió con un gesto de la cabeza y desapareció en su propio despacho. Un momento más tarde sonó de nuevo el teléfono y Armstrong lo descolgó.

—¿Cuál es el problema ahora, Stephen?

—No hay ningún problema. He mantenido una larga discusión con los abogados de Sharon Levitt, y hemos alcanzado unas propuestas preliminares para llegar a un acuerdo..., sujeto, claro está, a la aprobación de ambas partes.

—Infórmeme —le pidió Armstrong.

—Parece ser que Sharon tiene un amigo que vive en Italia y...

Armstrong escuchó con atención mientras Stephen esbozaba las condiciones que había negociado en su nombre. Sonrió mucho antes de que el abogado hubiera terminado de informarle.

—Todo eso me parece muy satisfactorio —dijo finalmente.

—Lo es. ¿Cómo fue la reunión con el ministro?

—Bastante bien. Se enfrenta más o menos al mismo problema que yo, pero él tiene la desventaja de no contar con alguien como usted para sacarlo del atolladero.

—¿Debo entender eso como un halago?

—No —contestó Armstrong.

En cuanto hubo colgado el teléfono, llamó a su secretaria.

—Pamela, una vez que haya mecanografiado la conversación que ha tenido lugar durante el almuerzo, quiero que incluya una copia en esta carpeta —dijo, señalando el montón de documentos que Don Sharpe había dejado sobre su mesa.

—¿Qué hago después con la carpeta?

—Guárdela en la caja de seguridad. Si la vuelvo a necesitar, se lo haré saber.

Cuando el director del *London Evening Post* solicitó mantener una entrevista con Keith Townsend, recibió una respuesta inmediata. En Fleet Street todos sabían que el personal de Armstrong estaba invitado a ver a Townsend en cualquier momento si tenía alguna información interesante sobre su jefe. No eran muchos los que se habían aprovechado de esa oferta hasta el momento, porque todos sabían que, de ser descubiertos, ya podían recoger sus objetos personales de su despacho ese mismo día, y que jamás volverían a trabajar en ninguno de los periódicos de Armstrong.

Había pasado mucho tiempo desde que alguien tan importante como Don Sharpe se pusiera en contacto directo con Townsend. Sospechaba que el señor Sharpe ya sabía que tenía los días contados y había llegado a la conclusión de que no tenía nada que perder. Pero, como sucedió con otros antes que él, insistió en que el encuentro tuviera lugar en terreno neutral.

Townsend siempre alquilaba para esos propósitos la *suite* FitzAlan, en el hotel Howard, ya que solo estaba a corta distancia de Fleet Street y no era un establecimiento frecuentado por periodistas avizor. Una sola llamada telefónica de Heather a la recepción y se tomaron todas las disposiciones necesarias con la máxima discreción.

Sharpe le contó a Townsend con todo detalle la conversación que había tenido lugar entre él y Armstrong después de que el propietario almorzara con Ray Atkins el día anterior. Luego, esperó a ver cuál era su reacción.

—Ray Atkins —dijo Townsend.

—Sí, el ministro de Industria.

—El hombre que tomará la decisión final acerca de quién se hace con el control del *Citizen*.

—Exactamente. Por eso pensé que desearía usted saberlo de inmediato —dijo Sharpe.

—¿Y dice que Armstrong se guardó la carpeta?

—Sí, pero solo tardaría unos pocos días en conseguir duplicados de todo. Si publicara usted la historia en la primera página del *Globe*, estoy seguro de que, teniendo en cuenta las circunstancias, la Comisión de Monopolios y Fusiones se vería obligada a eliminar a Armstrong de sus cálculos.

—Quizá —dijo Townsend—. Una vez que haya reunido usted esa documentación, envíemela a mí directamente. Asegúrese de poner las iniciales K. R. T. en la esquina inferior izquierda del paquete. De ese modo tendré la seguridad de que nadie más lo abre.

—Deme una semana —asintió Sharpe con un gesto—. Dos como máximo.

—Y en el caso de que terminara por ser el propietario del *Citizen* —añadió Townsend—, puede tener usted la seguridad de que contará con un puesto de trabajo en ese periódico si desea aceptarlo. —Sharpe se disponía a preguntarle en qué clase de trabajo estaba pensando cuando Townsend añadió—: No salga del hotel durante por lo menos otros diez minutos.

Al salir a la calle, el portero se llevó la mano al ala de la chistera. Townsend fue conducido de regreso a Fleet Street, convencido de que el *Citizen* terminaría por caer ahora en su poder.

Un mozo joven, que había visto llegar a los dos hombres por separado y salir también por separado, esperó a que su jefe hiciera un descanso para tomar un té antes de efectuar una llamada telefónica.

Diez días más tarde llegaron dos sobres a la oficina de Townsend con las iniciales «K. R. T». escritas en letras mayúsculas en la parte inferior izquierda. Heather los dejó sobre la mesa de su jefe, sin abrirlos. El primero era de un antiguo empleado del *New York Times*, que le enviaba la lista completa de librerías que informaban de sus ventas para la confección de las listas de libros más vendidos. A cambio de dos mil dólares, había sido una buena inversión, pensó Townsend. Dejó la lista a un lado y abrió el segundo sobre. Contenía páginas y páginas de investigaciones, enviadas por Don Sharpe, sobre las actividades extraprofesionales del ministro de Industria.

Una hora más tarde, Townsend se convenció no solo de que podría recuperar su segundo millón de dólares, sino también de que Armstrong viviría para lamentar el haber silenciado el secreto del ministro. Tomó un teléfono y le dijo a Heather que necesitaba enviar un paquete a Nueva York mediante entrega especial. Una vez que ella se hizo cargo de uno de los sobres sellados, Townsend tomó de nuevo el teléfono y le pidió al director del *Globe* que acudiera a verle.

—En cuanto haya tenido la oportunidad de leer el contenido de esto —le dijo empujando hacia él el segundo sobre—, sabrá cuál debería ser el titular del periódico de mañana.

—Ya tengo un titular para mañana —dijo el director—. Tenemos pruebas de que Marilyn Monroe está con vida.

—Eso puede esperar otro día —dijo Townsend—. El titular de mañana versará sobre el ministro de Industria y su intento por suprimir la historia sobre la existencia de su hijo ilegítimo. Procure dejarme una prueba de la primera página con mi nueva disposición en mi despacho a las cinco de la tarde sin falta.

Pocos minutos después, Armstrong recibió una llamada de Ray Atkins.

—¿En qué puedo ayudarle, Ray? —le preguntó, al tiempo que apretaba el botón situado al lado del teléfono.

—No, Dick, en esta ocasión soy yo el que puede ayudarle a usted —dijo Atkins—. Acaba de llegar a mi despacho un informe de la Comisión de Monopolios y Fusiones en la que expone sus recomendaciones para el *Citizen*. —Ahora fue Armstrong el que sintió un ligero humedecimiento en las palmas de las manos—. Aconsejan que dictamine en favor de usted. Le llamo simplemente para que sepa que tengo la intención de seguir su consejo.

—Esa es una noticia maravillosa —dijo Armstrong, que se levantó del asiento—. Gracias.

—Encantado de ser el que le haya dado la noticia —dijo Atkins—. En cuanto disponga usted de un cheque por importe de setenta y ocho millones de libras, el *Citizen* será suyo.

Armstrong se echó a reír.

—¿Cuándo se hará el anuncio oficial?

—La recomendación de la comisión se presentará ante el gabinete a las once de esta mañana, y no creo que encuentre la oposición de nadie —dijo el ministro—. Tengo previsto hacer una declaración ante la Cámara a las 15,30 de hoy, por lo que le quedaría agradecido si no dijera usted nada hasta entonces. Al fin y al cabo, no queremos dar a la comisión ninguna razón para que revoque su decisión.

—Ni una sola palabra, Ray, se lo prometo. —Hizo una pausa—. Y quiero que sepa que si hay algo que pueda hacer por usted en el futuro, solo tiene que pedírmelo.

Townsend sonrió al leer una vez más el titular:

---

EL MISTERIO DEL HIJO MUSULMÁN DEL  
MINISTRO

---

A continuación leyó el primer párrafo, en el que introdujo uno o dos pequeños cambios.

Anoche, Ray Atkins, el ministro de Industria, se negó a hacer comentario alguno al preguntársele si era el padre del pequeño Vengi Patel (véase foto), de siete años de edad, que vive con su madre en un sombrío piso de una sola habitación en la circunscripción electoral del ministro. La madre de Vengi, la señorita Rahila Patel, de treinta y tres años...

—¿Qué ocurre, Heather? —preguntó, levantando la mirada cuando su secretaria

entró en el despacho.

—El director de política está al teléfono. Llama desde la galería de prensa de la Cámara de los Comunes. Parece ser que se ha hecho una declaración oficial relativa al *Citizen*.

—Pero se me dijo que no se produciría una declaración oficial durante por lo menos otro mes —dijo Townsend al tiempo que tomaba el teléfono.

La expresión de su rostro se hizo más y más sombría a medida que se le leían por teléfono los detalles de la declaración que Ray Atkins acababa de hacer ante la Cámara.

—Ahora ya no tiene mucho sentido publicar esa primera página —dijo el director de política.

—Esperemos y veamos —dijo Townsend—. Le echaré otro vistazo esta noche.

Miró sombríamente por la ventana. La decisión de Atkins significaba que Armstrong controlaría ahora el único periódico diario de Gran Bretaña que tenía una circulación superior a la del *Globe*. A partir de ese momento, él y Armstrong se enzarzarían en una batalla por atraer a los mismos lectores, y Townsend se preguntó si podrían sobrevivir ambos.

Una hora después de que el ministro hubiera hecho su declaración en la Cámara, Armstrong llamó a Alistair McAlvoy, el director del *Citizen* y le pidió que acudiera a verle a Armstrong House. También dispuso cenar esa noche con *sir* Paul Maitland, el presidente del consejo de administración del *Citizen*.

Alistair McAlvoy era director del *Citizen* desde hacía una década. Al ser informado de la decisión del ministro, advirtió a sus colegas que nadie, ni siquiera él mismo, podían tener la seguridad de sacar adelante la edición del día siguiente del periódico. Pero cuando Armstrong rodeó los hombros de McAlvoy con un brazo por segunda vez a lo largo de su entrevista, y le describió como el mejor director de Fleet Street, empezó a tener la sensación de que su puesto estaba seguro después de todo. Al relajarse un poco más el ambiente, Armstrong le advirtió que se enfrentaban a una batalla a muerte con el *Globe*, que sospechaba se iniciaría al día siguiente.

—Lo sé —asintió McAlvoy—, así que será mejor que regrese a mi despacho. Le llamaré en cuanto descubra los titulares del *Globe* y vea si encuentro alguna forma de contrarrestarlos.

McAlvoy salió del despacho de Armstrong cuando llegó Pamela con una botella de champaña.

—¿Quién ha ordenado que traigan eso?

—Ray Atkins —contestó Pamela.

—Descórchela —dijo Armstrong.

En el momento en que descorchó la botella, sonó el teléfono. Pamela contestó y escuchó.

—Es un mozo joven del hotel Howard... Dice que no puede esperar mucho tiempo por temor a que lo pillen. —Colocó la mano sobre el micrófono antes de añadir—: Intentó hablar con usted hace diez días, pero no le pasé la comunicación. Ahora dice que se trata de Keith Townsend.

Armstrong le arrebató el teléfono. Cuando el mozo le dijo con quién acababa de tener Townsend una entrevista en la *suite* FitzAlan, supo inmediatamente cuál sería el artículo que el *Globe* publicaría en primera página a la mañana siguiente. Lo único que deseaba el joven por aquella información tan importante eran cincuenta libras.

Colgó el teléfono y ladró una serie de órdenes antes de que Pamela tuviera tiempo de llenar las copas de champaña.

—Y una vez que haya visto a Sharpe, póngame con McAlvoy.

En cuanto Don Sharpe regresó al edificio, se le dijo que el propietario deseaba verle. Subió directamente al despacho de Armstrong, donde solo escuchó tres palabras: «Está usted despedido». Se volvió y encontró a dos guardias de seguridad junto a la puerta, esperando para acompañarle fuera del edificio.

—Póngame con McAlvoy.

Todo lo que dijo Armstrong en cuanto el director del *Citizen* se puso al teléfono fue:

—Alistar, sé lo que se va a publicar en la primera página del *Globe* de mañana, y soy la única persona que puede contrarrestarlo.

En cuanto hubo colgado el teléfono tras hablar con McAlvoy, Armstrong le pidió a Pamela que sacara la carpeta de Atkins de la caja de seguridad. Luego tomó un sorbo de champaña. Era de buena cosecha.

A la mañana siguiente, el titular del *Globe* decía: «El secreto del hijo musulmán del ministro: exclusiva». Seguían tres páginas de información, acompañadas con fotografías, que ilustraban una entrevista con el hermano de la señorita Patel, bajo el encabezamiento: «Don Sharpe, periodista investigador jefe».

Townsend estaba encantado, hasta que se le entregó un ejemplar del *Citizen* y leyó su titular de primera página.

---

EL HIJO ILEGÍTIMO DEL MINISTRO LO REVELA  
TODO AL CITIZEN

---

Seguían cinco páginas con fotografías y extractos de una entrevista grabada ofrecida en exclusiva al corresponsal especial del periódico, cuyo nombre no se citaba.

Aquella noche, el artículo principal del *London Evening Post* estaba dedicado al anuncio, hecho por el primer ministro en el 10 de Downing Street, de que había

aceptado con mucho pesar la dimisión del señor Ray Atkins, miembro del Parlamento.



# The Citizen

---

21 de agosto de 1978

No son muchos los habitantes del Nuevo Globo

**E**n cuanto Townsend pasó por los trámites aduaneros, encontró a Sam que le esperaba fuera de la terminal para conducirlo a Sydney. Durante el trayecto, que duró veinticinco minutos, Sam puso a su jefe al día de lo que ocurría en Australia. No le dejó la menor duda en cuanto a lo que debía sentir con respecto al primer ministro, Malcolm Fraser, anticuado y sin tacto, así como acerca del Teatro de la Ópera de Sydney, un despilfarro de dinero que ya se había quedado obsoleto. Pero sí le dio una información que no estaba anticuada.

—¿Dónde se enteró de eso, Sam?

—Me lo dijo el chófer del presidente del consejo.

—¿Y qué tuvo que decirle usted a cambio?

—Solo que regresaba usted de Londres en una visita rápida —contestó Sam cuando ya se detenían frente a la sede central de Global Corp, en Pitt Street.

Las cabezas se volvieron al pasar Townsend por las puertas giratorias, cruzar el vestíbulo y entrar en el ascensor que le esperaba para llevarlo directamente al último piso. Pidió que viniera el director a verle antes de que Heather tuviera la oportunidad de darle la bienvenida.

Townsend recorrió su despacho de un lado a otro mientras esperaba, y solo se detuvo alguna que otra vez para admirar el nuevo teatro de la ópera que, como Sam, habían sido rápidos en condenar todos sus periódicos, excepto el *Continent*. A solo ochocientos metros de distancia se levantaba el puente que había sido hasta entonces la construcción característica de la ciudad. En el puerto, las embarcaciones de vela navegaban con sus mástiles relucientes bajo el sol. Aunque Sydney había duplicado su población, ahora le parecía terriblemente pequeña en comparación con la época en que se hizo cargo del *Chronicle*. Tenía la sensación de contemplar una ciudad provinciana.

—Qué alegría de tenerle de vuelta por aquí, Keith —dijo Bruce Kelly al entrar.

Townsend se giró en redondo para saludar al primer hombre que había nombrado como director de uno de sus periódicos.

—Y también es una alegría estar de vuelta, Bruce. Ha pasado mucho tiempo —le dijo al estrecharle la mano.

Se preguntó si habría envejecido tanto como el hombre calvo y con exceso de peso que ahora se encontraba de pie ante él.

—¿Cómo está Kate?

—Detesta Londres, y parece pasar más tiempo en Nueva York, pero confío en que pueda reunirse conmigo a la semana que viene. ¿Qué ha estado ocurriendo aquí?

—Bueno, como habrá visto por nuestros informes semanales, las ventas han superado ligeramente las del año pasado, y los beneficios alcanzan unos niveles

récord. Así que supongo que ha llegado el momento de jubilarme.

—Esa es exactamente la razón por la que he regresado a casa, para hablar con usted —dijo Townsend.

La sangre desapareció del rostro de Bruce.

—¿Lo dice en serio, jefe?

—Nunca he hablado más en serio —afirmó Townsend frente a su amigo—. Le necesito en Londres.

—¿Para qué? —preguntó Bruce—. El *Globe* no es la clase de periódico que yo esté preparado para dirigir. Es demasiado tradicional y británico.

—Precisamente por eso pierde ventas a cada semana que pasa. En primer lugar, sus lectores son tan viejos que prácticamente se me mueren. Si quiero adelantar a Armstrong, le necesito como próximo director del *Globe*. Hay que reconfigurar todo el periódico. Lo primero que hay que hacer es convertirlo en un tabloide.

Bruce miró a su jefe, con incredulidad.

—Pero los sindicatos no lo tolerarán jamás.

—También tengo planes para ellos —dijo Townsend.

---

### El diario más vendido de Gran Bretaña

---

Armstrong observó con orgullo la banda que se extendía por debajo de la cabecera del *Citizen*. Pero aunque las ventas del periódico se habían mantenido estables, empezaba a tener la sensación de que Alistair McAlvoy, el director más antiguo de Fleet Street, quizá no fuera el hombre adecuado para llevar a cabo su estrategia a largo plazo.

Armstrong seguía extrañado ante la repentina partida de Townsend a Sydney. No podía creer que siguiera permitiendo el descenso continuo en la tirada del *Globe* sin plantear batalla. Pero mientras el *Citizen* superara en ventas al *Globe* en una proporción de dos a uno, Armstrong no vacilaba en recordarles cada mañana a sus leales lectores que él era el propietario del periódico de mayor venta en Gran Bretaña. Armstrong Communications acababa de declarar unos beneficios de diecisiete millones de libras durante el año anterior, y todo el mundo sabía que su director general miraba ahora hacia el oeste para su próxima gran adquisición.

Personas que imaginaban saber de qué hablaban le habían dicho seguramente mil veces que Townsend se había dedicado a comprar acciones del *New York Star*. Lo que no sabían era que él también había hecho lo mismo. Russell Critchley, su abogado en Nueva York, le había advertido que una vez que estuviera en posesión de más del cinco por ciento de las acciones, tendría que hacerlo público según las normas de la Comisión de Bolsa, y declarar si tenía la intención de aumentar su participación hasta apoderarse de la compañía.

Ahora tenía poco más del cuatro y medio por ciento de las acciones del *Star*, y

sospechaba que Townsend se encontraba más o menos en la misma posición. Pero, por el momento, cada uno de los dos se contentaba con sentarse y esperar a que fuera el otro quien hiciera el primer movimiento. Armstrong sabía que Townsend controlaba más imprentas urbanas y estatales en Estados Unidos que él mismo, a pesar de su reciente adquisición del Milwaukee Group y de sus once periódicos. Ambos sabían igualmente que el *New York Times* nunca se pondría a la venta, y que el premio definitivo que podían encontrar en la Gran Manzana consistía en controlar el mercado de los tabloides.

Mientras Townsend permanecía en Sydney, preparando sus planes para el lanzamiento del nuevo *Globe* sobre un público británico que no sospechaba lo que se avecinaba, Armstrong voló a Manhattan para preparar su asalto al *New York Star*.

—Pero Bruce Kelly no sabía nada de eso —dijo Townsend mientras Sam le conducía desde el aeropuerto Tullamarine a la ciudad de Melbourne.

—No esperaba yo que lo supiera —replicó Sam—. Él nunca ha tenido la oportunidad de hablar con el chófer del presidente del consejo.

—¿Intenta decirme que un chófer puede saber algo de lo que no ha oído hablar nadie más en el mundo periodístico?

—No. El vicepresidente también lo sabe porque lo estaba discutiendo con el presidente en los asientos traseros del coche.

—¿Y el chófer le ha dicho que el consejo se reúne a las diez de esta mañana?

—Así es, jefe. De hecho, en estos precisos momentos conduce al presidente del consejo a esa reunión.

—¿Y que el precio acordado era de doce dólares por acción?

—Eso fue lo que el presidente y el vicepresidente acordaron en el coche —contestó Sam mientras conducía hacia el centro de la ciudad.

A Townsend no se le ocurrieron más preguntas que hacerle a Sam sin parecer como un completo estúpido.

—Supongo que no estaría usted dispuesto a apostar por ello, ¿verdad? —preguntó mientras el coche giraba hacia Flinders Street.

Sam pensó por un momento en la propuesta, antes de contestar.

—A mí me parece bien, jefe. —Hizo una pausa antes de añadir—. Cien dólares a que tengo razón.

—Oh, no —replicó Townsend—. Su salario de un mes, o damos media vuelta y regresamos de inmediato al aeropuerto.

En ese momento, Sam se pasó un semáforo en rojo y evitó por poco chocar contra un tranvía.

—De acuerdo —asintió—, pero solo si Arthur recibe el mismo trato.

—¿Y quién demonios es Arthur?

—El chófer del presidente del consejo.

—De acuerdo, usted y Arthur acaban de cerrar un trato —dijo Townsend cuando el coche se detuvo frente a las oficinas del *Courier*.

—¿Cuánto tiempo quiere que le espere? —preguntó Sam.

—El tiempo que sea necesario para que pierda usted el salario de un mes — contestó Townsend, que bajó y cerró con fuerza la portezuela del coche.

Townsend observó el edificio en el que su padre iniciara su carrera como periodista en la década de los años veinte, y donde él mismo había cumplido con su primera misión como periodista en prácticas cuando todavía estaba en la escuela, y que su madre vendió más tarde a un rival sin decírselo siquiera. Desde el sendero de acceso distinguió el despacho donde había trabajado su padre. ¿Podía ser realmente cierto que el *Courier* estuviera a la venta sin que ninguno de sus asesores profesionales se hubiera enterado de nada? Esa misma mañana había comprobado el precio de la acción, antes de tomar el primer vuelo desde Sydney; el precio era de 8,40 dólares. ¿Podía arriesgarlo todo fiándose de la palabra de un chófer? Empezó a desear que Kate estuviera con él para darle su opinión. Gracias a ella, *La amante del senador*, de Margaret Sherwood, había logrado aparecer dos semanas consecutivas en los últimos puestos de la lista de libros más vendidos del *New York Times*, y el segundo millón de dólares le fue devuelto íntegro. Ante la sorpresa de ambos, el libro también obtuvo críticas razonables en periódicos que no le pertenecían a Townsend. A Keith le divirtió recibir una carta de la señora Sherwood en la que le preguntaba si estaría interesado en un contrato por tres libros.

Townsend cruzó las puertas dobles y pasó bajo el reloj situado sobre la entrada del vestíbulo. Permaneció un momento de pie ante un busto de bronce de su padre, y recordó cómo se había estirado de niño para tratar de tocarle el cabello. Eso no hizo sino ponerlo más nervioso.

Se volvió y cruzó el vestíbulo para unirse a un grupo de personas que entraron en el primer ascensor disponible. Todos guardaron silencio en cuanto se dieron cuenta de quién era. Apretó el botón y las puertas se cerraron. No había estado en aquel edificio desde hacía treinta años, pero aún recordaba dónde se hallaba situada la sala del consejo de administración, a unos pocos metros más allá de lo que había sido el despacho de su padre.

Las puertas se abrieron en los departamentos de circulación, publicidad y editorial, antes de que se quedara finalmente a solas en el ascensor. En el piso de los ejecutivos salió precavidamente al pasillo y miró en ambas direcciones. No vio a nadie. Giró a la derecha y se dirigió hacia la sala del consejo. Su paso se hizo más lento al pasar ante el antiguo despacho de su padre. Luego, se hizo más y más lento, hasta que llegó ante la puerta de la sala del consejo.

Estaba a punto de darse media vuelta, abandonar el edificio y decirle exactamente a Sam lo que pensaba de él y también de su amigo Arthur, cuando recordó la apuesta. Si no hubiera sido tan mal perdedor, quizá no habría llamado a la puerta y hubiera entrado sin esperar respuesta.

Dieciséis rostros se volvieron y le miraron fijamente. Esperó a que el presidente del consejo le preguntara qué demonios creía estar haciendo, pero nadie dijo nada.

Era casi como si todos hubieran esperado su visita.

—Señor presidente —empezó a decir—. Estoy dispuesto a ofrecer doce dólares por cada acción del *Courier*. Puesto que mañana mismo salgo para Londres, o cerramos el trato ahora mismo, o no lo haremos.

Sam estaba sentado en el coche, a la espera de que regresara su jefe. Durante la tercera hora de espera, llamó por teléfono a Arthur y le aconsejó que invirtiera el salario del próximo mes en acciones del *Melbourne Courier*, y que lo hiciera antes de que el consejo de administración efectuara una declaración oficial.

A la mañana siguiente, cuando Townsend emprendió el vuelo hacia Londres, emitió un comunicado de prensa para informar que Bruce Kelly ocuparía el puesto de director del *Globe* y que el periódico iba a ser convertido en un tabloide. Solo un puñado de expertos apreciaron la importancia de aquel nombramiento. Durante los días siguientes se publicaron perfiles de la carrera de Bruce en diversos periódicos nacionales. Todos ellos informaban que había sido director del *Sydney Chronicle* durante veinticinco años, estaba divorciado, tenía dos hijos mayores y, aunque se decía que Keith Townsend no tenía amigos íntimos, Bruce era lo más cercano. El *Citizen* se alegró cuando no se le concedió un permiso de trabajo, y sugirió que dirigir el *Globe* no podía considerarse como un trabajo. Aparte de eso, no se publicó mucha más información sobre el último inmigrante procedente de Australia. Bajo el titular «R. I. P», el *Citizen* informaba a sus lectores que Kelly no era más que un director de pompas fúnebres que había sido traído para enterrar algo que todo el mundo aceptaba ya como muerto desde hacía años. Pasaba a decir que por cada ejemplar vendido del *Globe*, el *Citizen* vendía ahora tres. La verdadera cifra era de 2,3 pero Townsend ya empezaba a acostumbrarse a las exageraciones de Armstrong cuando se trataba de estadísticas. Hizo enmarcar la cabecera y la colgó de la pared del nuevo despacho de Bruce, a la espera de su llegada.

En cuanto Bruce aterrizó en Londres, incluso antes de ocuparse de encontrar un sitio donde vivir, empezó a engatusar a los periodistas de los tabloides. A la mayoría de ellos no pareció preocuparles las advertencias del *Citizen*, según las cuales el *Globe* se encontraba en una espiral descendente sin retorno y no podría sobrevivir si Townsend no llegaba a un acuerdo con los sindicatos. El primer nombramiento de Bruce recayó en Kevin Rushcliffe quien, según se le había asegurado, había adquirido una excelente fama como subdirector del *People*.

La primera vez que Rushcliffe tuvo que editar el periódico porque Bruce se tomó el día libre, recibió una demanda de los abogados que representaban al señor Mick Jagger. Rushcliffe se limitó a encogerse de hombros y comentó: «Era una historia demasiado buena como para dedicarse a comprobarla». Después de haber pagado una indemnización sustancial y de haber publicado una nota de disculpa, los abogados recibieron instrucciones de vigilar más cuidadosamente el periódico cuando Rushcliffe lo tuviera que editar en el futuro.

Algunos periodistas curtidos pasaron a formar parte del equipo editorial. Al preguntárseles por qué habían abandonado unos puestos de trabajo seguros para unirse al *Globe*, señalaron que se les ofrecían contratos por tres años y que, de todos modos, no les importaba demasiado.

Durante las primeras pocas semanas bajo la dirección de Bruce, las ventas siguieron bajando. Al director le habría gustado disponer de más tiempo para discutir el problema con Townsend, pero el jefe parecía estar continuamente enzarzado en negociaciones con los sindicatos de artes gráficas.

El día del lanzamiento del *Globe* como tabloide, Bruce celebró una fiesta en las oficinas para ver salir el nuevo periódico de las prensas. Se sintió decepcionado al comprobar que no acudieron muchos de los políticos y personajes famosos a los que había invitado. Más tarde se enteró de que asistían a una fiesta organizada por Armstrong para celebrar el septuagesimoquinto aniversario del *Citizen*. Un antiguo empleado del *Citizen*, que ahora trabajaba para el *Globe*, indicó que en realidad el periódico solo existía desde hacía setenta y dos años.

—Bueno, en ese caso se lo tendremos que recordar a Armstrong dentro de tres años —dijo Townsend.

Pocos minutos después de la medianoche, a punto de acabar la fiesta, un mensajero entró en el despacho del director para comunicarle que las prensas se habían estropeado. Townsend y Bruce bajaron inmediatamente a la imprenta y descubrieron que los obreros habían apagado las máquinas y se habían marchado a casa. Se remangaron las camisas y emprendieron la desesperada tarea de intentar volver a poner en marcha las prensas, pero pronto descubrieron que se había introducido literalmente un palo en la maquinaria. Al día siguiente solo llegaron a los quioscos 131 000 ejemplares, ninguno de los cuales se pudo distribuir más allá de Birmingham, ya que los conductores de trenes habían acudido en apoyo de sus compañeros del sindicato de artes gráficas.

---

«NO SON MUCHOS LOS HABITANTES DEL NUEVO  
GLOBO»

---

Decía el titular del *Citizen* de la mañana siguiente. El periódico dedicaba toda la página cinco a sugerir que había llegado el momento de volver a imprimir el viejo *Globe*. Después de todo, el «inmigrante ilegal», como se empeñaban en llamar a Bruce, había prometido nuevos records de ventas y, en efecto, los había conseguido: el *Citizen* superaba ahora al *Globe* por una proporción de treinta a uno. Sí, ¡treinta a uno!

En la página siguiente, el *Citizen* ofrecía a sus lectores una apuesta de cien contra uno a que el *Globe* no podría sobrevivir más de seis meses. Townsend extendió inmediatamente un cheque por importe de mil libras y lo hizo entregar a mano en el

despacho de Armstrong, pero no obtuvo acuse de recibo. No obstante, una llamada de Bruce a la Asociación de la Prensa se aseguró de que la historia fuera difundida por todos los demás periódicos.

En la primera página del *Citizen* del día siguiente, Armstrong anunció que había ingresado en el banco el cheque de mil libras de Townsend y declaraba que puesto que el *Globe* no tenía esperanzas de sobrevivir otros seis meses, ofrecería una donación de 50 000 libras al Fondo de Beneficencia de la Prensa y otras 50 000 libras a cualquier institución de caridad elegida por el señor Townsend. A finales de esa misma semana, Townsend había recibido ya más de cien cartas de destacadas instituciones caritativas en las que se le explicaba por qué debería elegir su causa particular.

Durante las pocas semanas que siguieron, el *Globe* raras veces logró imprimir más de 300 000 ejemplares diarios, un hecho que Armstrong no dejó de recordar a sus lectores. A medida que transcurrieron los meses, Townsend aceptó que finalmente tendría que llegar a un acuerdo con los sindicatos. Pero sabía que eso sería imposible mientras el Partido Laborista permaneciera en el poder.



# **The GLOBE**

---

---

4 de mayo de 1979

¡Vence Maggie!

Townsend dejó encendido el televisor de su despacho durante toda la noche, para informarse de los resultados electorales a medida que llegaban desde todos los rincones del país. Una vez que estuvo seguro de que Margaret Thatcher ocuparía el número 10 de Downing Street, escribió apresuradamente un editorial en el que aseguraba a los lectores que Gran Bretaña estaba a punto de embarcarse en una apasionante nueva era. Terminó con las palabras: «Abróchense los cinturones».

A las cuatro de la madrugada, al abandonar el edificio en compañía de Bruce, las palabras que le dijo Townsend antes de despedirse fueron:

—Sabe lo que esto significa, ¿verdad?

A la tarde siguiente, Townsend dispuso una entrevista privada en el hotel Howard con Eric Harrison, el secretario general del disidente sindicato de artes gráficas. Una vez terminada la reunión, el portero llamó a la puerta y preguntó si podía hablar con él en privado. Le contó a Townsend lo que había podido escuchar a un mozo del hotel por teléfono al regresar pronto de su descanso para tomar el té. Townsend no necesitó que le dijera quién estaba al otro lado de la línea telefónica.

—Lo despediré inmediatamente —le aseguró el portero—. Puede estar seguro de que eso no volverá a suceder.

—No, no —le pidió Townsend—. Déjelo exactamente en el puesto que ocupa ahora. Es posible que ya no pueda entrevistarme aquí con personas sin que Armstrong se entere, pero eso no me impedirá entrevistarme con personas cuando me interese que Armstrong se entere.

Durante la reunión mensual del consejo de administración de Armstrong Communications, el director financiero informó que, según sus estimaciones, el *Globe* debía seguir perdiendo cien mil libras a la semana. Por muy hondos que fueran los bolsillos de Townsend, esa clase de liquidez negativa no tardaría en vaciarlos.

Armstrong sonrió, pero no dijo nada hasta que *sir* Paul Maitland pasó al segundo punto del orden del día y le pidió que informara al consejo sobre su último viaje a Estados Unidos. Armstrong les puso al día de los avances conseguidos en Nueva York y pasó a decirles que tenía la intención de efectuar un nuevo viaje al otro lado del Atlántico en un próximo futuro, pues estaba convencido de que la empresa se encontraría dentro de poco en posición de efectuar una oferta pública de adquisición de acciones del *New York Star*.

*Sir* Paul indicó que le preocupaba la magnitud de una adquisición como aquella, y solicitó que no se llegara a ningún compromiso sin la aprobación del consejo de administración. Armstrong le aseguró que jamás se le habría ocurrido hacerlo de otro

modo.

En el apartado de Otros asuntos, Peter Wakeham llamó la atención del consejo sobre un artículo del *Financial Times* en el que se decía que Keith Townsend había adquirido recientemente un gran bloque de almacenes en la isla de los Perros, y que una flota de camiones sin distintivos efectuaban con regularidad entregas nocturnas en aquellos almacenes.

—¿Tiene alguien alguna idea de lo que se trata? —preguntó *sir Paul*, cuya mirada recorrió a los presentes.

—Sabemos que Townsend adquirió una empresa de camiones al hacerse cargo del *Globe* —dijo Armstrong—. Como le van las cosas tan mal con sus periódicos, quizá tenga que diversificar sus actividades en sectores más o menos afines.

Algunos miembros del consejo se echaron a reír, pero *sir Paul* no estuvo entre ellos.

—Eso no explicaría por qué Townsend ha montado un dispositivo de seguridad tan escrupuloso alrededor de esos almacenes —dijo—. Hay guardias de seguridad, perros, puertas eléctricas, alambradas en lo alto de los muros... Anda metido en algo.

Armstrong se encogió de hombros y lo miró con expresión de aburrimiento, de modo que *sir Paul* se vio obligado de mala gana a dar por concluida la reunión.

Tres días más tarde, Armstrong recibió una llamada del hotel Howard y el mozo que le mantenía informado le dijo que Townsend había pasado toda la tarde y buena parte de la noche encerrado en la *suite FitzAlan* con tres dirigentes de uno de los principales sindicatos de artes gráficas, que se negaban a hacer horas extras. Armstrong imaginó que estarían negociando mejoras salariales y de condiciones laborales, a cambio de que consiguieran que sus afiliados volvieran al trabajo.

El lunes siguiente se marchó a Estados Unidos, convencido de que Townsend estaría preocupado por los problemas que tenía en Londres, y que no podría encontrar un mejor momento para plantear su oferta de adquisición de acciones del *New York Star*.

Cuando Townsend convocó una reunión de todos los periodistas que trabajaban en el *Globe*, la mayoría de ellos imaginaron que el propietario había llegado finalmente a un acuerdo con los sindicatos, y que la reunión no sería más que un ejercicio de relaciones públicas para demostrar que lo había conseguido.

A las cuatro de aquella tarde, más de setecientos periodistas llenaban el piso de la redacción. Guardaron silencio en cuanto entraron Townsend y Bruce Kelly y abrieron filas para que el propietario se dirigiera al centro de la sala, donde se subió sobre una mesa. Observó al grupo de periodistas que estaban a punto de decidir su destino.

—Durante los últimos meses —empezó a decir con voz serena—, Bruce Kelly y yo hemos tratado de poner en marcha un plan que, estoy convencido de ello, cambiará nuestras vidas y posiblemente todo el panorama del periodismo en este país.

Los periódicos no tienen esperanzas de sobrevivir en el futuro si continúan siendo dirigidos como lo han sido durante los últimos cien años. Alguien tiene que asumir una postura, y esa persona soy yo. Y este es el momento para hacerlo. A partir de la medianoche del domingo, tengo la intención de transferir todas mis empresas de impresión y publicación a la isla de los Perros.

Entre los asistentes pudieron escucharse murmullos de sorpresa.

—Recientemente —siguió diciendo Townsend—, he alcanzado un acuerdo con Eric Harrison, secretario general del sindicato Alianza de Obreros Gráficos, que nos ofrecerá una oportunidad para desembarazarnos de una vez por todas del baluarte del taller agremiado.

Algunas personas empezaron a aplaudir. Otros parecían desconcertados y unos pocos abiertamente hostiles.

El propietario pasó a explicar a los periodistas la logística de una operación tan vasta.

—El problema de la distribución será solucionado por nuestra propia flota de camiones, lo que hará innecesario depender en el futuro de los sindicatos ferroviarios, que indudablemente emprenderán una huelga en apoyo de sus compañeros del sindicato de artes gráficas. Solo confío en que todos ustedes me apoyen en esta aventura. ¿Hay alguna pregunta?

Se levantaron manos diseminadas por toda la sala. Townsend señaló a un hombre situado directamente delante de él.

—¿Espera que los sindicatos monten piquetes en el nuevo edificio? Y, en tal caso, ¿qué medidas se propone tomar?

—La respuesta a la primera parte de su pregunta es afirmativa —contestó Townsend—. Por lo que se refiere a la segunda parte, la policía me ha aconsejado que no divulgue los detalles de lo que hemos planeado. Pero le puedo asegurar que cuento con el apoyo de la primera ministra y de su gobierno para poner en marcha toda esta operación.

En la sala se oyeron algunos gemidos. Townsend se volvió y señaló otra mano alzada.

—¿Habría alguna compensación para aquellos de nosotros que no estemos dispuestos a participar en este descabellado plan?

Se trataba de una cuestión que Townsend ya confiaba que sería planteada por alguien.

—Les aconsejo que lean sus contratos muy cuidadosamente —contestó—. En ellos encontrarán exactamente cuál es la compensación que recibirán en el caso de que tenga que cerrar el periódico.

Los murmullos aumentaron de tono a su alrededor.

—¿Nos está amenazando, señor? —preguntó el mismo periodista.

Townsend se giró velozmente hacia él y contestó con ferocidad:

—No, no les amenazo. Pero si ustedes no me apoyan en esto, estarán amenazando

la propia supervivencia de todos aquellos que trabajan para el *Globe*.

Numerosas manos se levantaron. Townsend señaló a una mujer situada al fondo.

—¿Cuántos otros sindicatos han estado de acuerdo en apoyarle?

—Ninguno —contestó—. De hecho, espero que todos los demás inicien una huelga inmediatamente después de acabada esta reunión.

Señaló a otra persona y continuó contestando preguntas durante más de una hora. Cuando finalmente se bajó de la mesa, estaba claro que los periodistas se hallaban divididos acerca de si debían apoyar el plan o unirse a los otros sindicatos de artes gráficas y optar por una huelga general.

Más tarde, aquella misma noche, Bruce le dijo que el Sindicato Nacional de Periodistas había emitido un comunicado de prensa afirmando su intención de celebrar una asamblea de todos los empleados de Townsend a las diez de la mañana siguiente. En ella se decidiría qué respuesta debía darse a sus planteamientos. Una hora más tarde, Townsend emitió su propio comunicado de prensa.

Townsend pasó la noche en vela, preguntándose si acaso no se habría embarcado en un temerario juego que pusiera finalmente de rodillas a todo su imperio. La única buena noticia recibida en el último mes fue que su hijo más pequeño, Graham, que estaba en Nueva York con Kate, había pronunciado su primera palabra y esta no era «periódico». Aunque había asistido al nacimiento del niño se le vio subir tres horas más tarde a un avión en el aeropuerto Kennedy. A veces se preguntaba si todo aquello merecía la pena.

A la mañana siguiente, tras haber sido conducido hasta sus oficinas, se sentó a solas en su despacho para esperar el resultado de la asamblea. Si decidían convocar una huelga, sabía que estaba derrotado. Después de su comunicado de prensa, en el que esbozaba sus planes, las acciones de la Global Corp. habían caído cuatro peniques de la noche a la mañana, mientras que las de Armstrong Communications, la evidente beneficiaria si se producían consecuencias, había aumentado el precio de sus acciones en dos peniques.

Pocos minutos después de la una, Bruce entró precipitadamente en su despacho, sin llamar.

—Le han apoyado —dijo. Townsend le miró y el color volvió a sus mejillas—. Pero ha sido por un margen muy escaso. Votaron 343 contra 301 a favor de apoyarle. Creo que su amenaza de cerrar el periódico si no lo hacían fue lo que finalmente inclinó la balanza en su favor.

Townsend llamó al Número Diez pocos minutos más tarde para informar a la primera ministra de que probablemente se produciría un enfrentamiento que quizá durara varias semanas. La señora Thatcher le prometió todo su apoyo. A medida que transcurrieron los días se puso rápidamente de manifiesto que él no había exagerado en nada: periodistas y obreros de artes gráficas por igual tuvieron que ser escoltados por la policía armada para entrar y salir del nuevo complejo; Townsend y Bruce Kelly recibieron protección policial permanente después de recibir amenazas anónimas de

muerte.

Pero ese no resultó ser su único problema. Aunque los nuevos talleres de la isla de los Perros eran incuestionablemente los más modernos del mundo, algunos de los periodistas se quejaban de la vida que se esperaba tuvieran que soportar, y señalaban que en sus contratos no se decía nada sobre maltratos y, en ocasiones, incluso piedras que les arrojaban los cientos de sindicalistas al entrar cada mañana en la fortaleza Townsend y al abandonarla por la noche.

Las quejas de los periodistas no se quedaron ahí. Una vez que lograban entrar en las instalaciones, pocos de ellos se preocupaban por el ambiente de la línea de producción, los modernos teclados y computadoras que habían sustituido a sus viejas máquinas de escribir y no les gustaba, en particular, la prohibición de beber alcohol dentro de las instalaciones. Las cosas habrían resultado más fáciles si no se hubieran encontrado tan lejos de los locales habituales a los que solían acudir a beber en Fleet Street.

Durante el primer mes posterior al cambio, sesenta y tres periodistas dimitieron, y las ventas del *Globe* continuaron cayendo semana tras semana. Los piquetes de huelga se hicieron más y más violentos, y el director financiero le advirtió a Townsend que si las cosas continuaban del mismo modo durante mucho más tiempo, se agotarían hasta los recursos de la Global Corp. Después, le preguntó:

—¿Vale la pena arriesgarse a afrontar la bancarrota solo por demostrar que tiene razón?

Armstrong observaba encantado todo lo que sucedía desde el otro lado del Atlántico. El *Citizen* seguía aumentando sus ventas, y el precio de sus acciones se disparaba. Pero sabía que si Townsend lograba invertir la situación, tendría que regresar a Londres y poner rápidamente en marcha un plan similar.

Sin embargo, nadie pudo anticipar lo que sucedió a continuación.

**The**  
**SUN**

¡Lo pillamos!

La noche de un viernes de abril de 1982, mientras los británicos se quedaban dormidos, las tropas argentinas invadieron las islas Malvinas. La señora Thatcher convocó una sesión del Parlamento en un sábado, por primera vez en cuarenta años, y la Cámara votó a favor de enviar sin dilación una fuerza militar para recuperar las islas.

Alistair McAlvoy se puso en contacto con Armstrong, que estaba en Nueva York, y lo convenció para que el *Citizen* apoyara la postura del Partido Laborista en el sentido de que la solución no estaba en dar una respuesta patrioterica, y que el problema debía ser solucionado por las Naciones Unidas. Armstrong no estaba muy convencido hasta que McAlvoy añadió:

—Esto es una aventura irresponsable que provocará la caída de la Thatcher. Créame, el Partido Laborista volverá al poder en el término de pocas semanas.

Townsend, por su parte, no abrigó la menor duda de que debía apoyar a la señora Thatcher y ordenó izar la Union Jack en el *Globe*. EL INTRUSO ARGENTINO, fue el titular de la edición del lunes, con una viñeta que representaba al general Galtieri como un malvado pirata. Cuando la fuerza militar operativa zarpó de Portsmouth y puso rumbo al Atlántico Sur, las ventas del *Globe* aumentaron a los 300 000 ejemplares. Durante las escaramuzas de los primeros días hasta el príncipe Andrés fue elogiado por su «valeroso y heroico servicio» como piloto de helicópteros. Cuando el submarino británico *Conqueror* hundió el *General Belgrano*, el 2 de mayo, el *Globe* informó al mundo: «¡En el blanco!», y las ventas volvieron a aumentar. Para cuando las fuerzas británicas recuperaron Port Stanley, el *Globe* ya vendía más de 500 000 ejemplares diarios, y las ventas del *Citizen* habían descendido ligeramente por primera vez desde que Armstrong se convirtiera en su propietario. En cuanto Peter Wakeham llamó a Armstrong a Nueva York para informarle de las últimas cifras de ventas, tomó el primer vuelo de regreso a Londres.

Semanas más tarde, cuando las triunfantes tropas británicas emprendieron el regreso a casa, el *Globe* ya vendía más de un millón de ejemplares diarios, mientras que el *Citizen* había descendido por debajo de los cuatro millones por primera vez en veinticinco años. En cuanto la flota entró en Portsmouth, el *Globe* lanzó una campaña para recaudar dinero para las viudas de aquellos valerosos esposos que habían hecho el sacrificio más definitivo de todos por su país. Día tras día, Bruce Kelly publicaba historias de heroísmo y orgullo, apoyadas por fotografías de las viudas y sus hijos..., todas las cuales resultaban ser lectoras del *Globe*.

Al día siguiente del servicio religioso en memoria de los caídos, celebrado en la



catedral de San Pablo, Armstrong convocó un consejo de guerra en el noveno piso de Armstrong House. De forma totalmente innecesaria, su director de circulación le recordó que la mayoría de los lectores del *Globe* los había ganado a expensas del *Citizen*. Alistair McAlvoy seguía aconsejándole que no se dejara arrastrar por el pánico. Al fin y al cabo, el *Globe* no era más que un periodicucho, mientras que el *Citizen* seguía siendo un periódico radical serio, con una gran reputación.

—Sería una estupidez bajar nuestros propios niveles simplemente para contrarrestar a un advenedizo cuyo periódico no sirve ni para envolver una ración de pescado y patatas fritas que se precie —dijo—. ¿Se imaginan al *Citizen* dejándose envolver en una competencia propia de un bingo? Esa no sería más que otra de las ideas vulgares de Kevin Rushcliffe.

Armstrong tomó nota del nombre. Resultaba que el bingo había logrado aumentar las ventas del *Globe* en otros cien mil ejemplares diarios, y no veía razón alguna para que no pudiera hacer lo mismo por el *Citizen*. Pero también sabía que el equipo creado por McAlvoy a lo largo de los últimos diez años apoyaba por completo a su director.

—Observen el artículo de primera página del *Globe* de hoy —dijo Armstrong, en un último y desesperado esfuerzo por imponer su punto de vista—. ¿Por qué no conseguimos historias como esa?

—Porque Freddie Starr no es digno de aparecer ni siquiera en la página once del *Citizen* —contestó McAlvoy—. Y, en cualquier caso, ¿a quién le importan sus hábitos culinarios? Esa clase de historias se nos ofrecen cada día, pero no recibimos el puñado de demandas judiciales que suelen acompañarlas.

McAlvoy y su equipo abandonaron la reunión convencidos de haber persuadido al propietario de que no descendiera por el mismo camino seguido por el *Globe*.

La seguridad que tenían en sí mismos solo duró hasta que las siguientes cifras de ventas llegaron a la mesa de Armstrong. Sin consultar con nadie, tomó el teléfono y acordó una cita para verse con Kevin Rushcliffe, el subdirector del *Globe*.

Rushcliffe llegó al edificio de Armstrong Communications a últimas horas de aquella misma tarde. No podía ofrecer un mayor contraste en comparación con Alistair McAlvoy. Ya durante la primera reunión, se dirigió a Dick como si fueran viejos amigos, y hablaba con tal rapidez que el propietario tenía que hacer esfuerzos para comprender lo que decía. Rushcliffe no le dejó dudas acerca de los cambios inmediatos que haría si se le diera la oportunidad de dirigir el *Citizen*.

—Los editoriales son demasiado suaves —afirmó—. Hay que hacerles saber a los lectores lo que se siente en apenas un par de frases. No emplear palabras con más de tres sílabas, ni frases con más de diez palabras. Ni siquiera hay que tratar de influir sobre ellos. Solo hay que asegurarse de que pidan lo que ya desean.

Un Armstrong insólitamente avasallado le explicó al joven que tendría que empezar como subdirector.

—Porque el contrato de McAlvoy no expira hasta dentro de siete meses.

Armstrong estuvo a punto de cambiar de opinión cuando Rushcliffe le dijo el paquete que esperaba recibir. No habría dado tan fácilmente su brazo a torcer si hubiera conocido las condiciones del contrato de Rushcliffe con el *Globe*, o el hecho de que Bruce Kelly no tenía la intención de renovárselo a finales de año. Tres días más tarde le envió un memorándum a McAlvoy comunicándole que había nombrado subdirector a Kevin Rushcliffe.

McAlvoy consideró la alternativa de protestar por el hecho de que se le impusiera al subdirector del *Globe*, pero su esposa le indicó que tenía previsto jubilarse en siete meses más, con jubilación completa, y que no era este el momento más adecuado para sacrificar su trabajo en el altar de los principios. A la mañana siguiente, al llegar a su despacho, McAlvoy se limitó a desdeñar a su nuevo subdirector y sus ideas precipitadas para la primera página del día siguiente.

Cuando el *Globe* publicó un desnudo en la página tres y vendió dos millones de ejemplares por primera vez, McAlvoy convocó una conferencia matinal de sus colaboradores.

—En este periódico, eso solo se hará pasando por encima de mi cadáver — declaró.

Nadie se atrevió a señalar que dos o tres de sus mejores periodistas habían abandonado recientemente el *Citizen* para pasarse al *Globe*, mientras que solo Rushcliffe había efectuado el trayecto en sentido contrario.

Como Armstrong seguía pasando una gran cantidad de su tiempo preparando la batalla de absorción en Nueva York, continuó aceptando de mala gana las opiniones de McAlvoy, debido en buena medida a que no quería despedir al director más experimentado cuando solo faltaban pocas semanas para las elecciones generales.

Después de que Margaret Thatcher regresara a la Cámara de los Comunes con una mayoría de 144 escaños, el *Globe* consideró la victoria como suya y declaró que eso aceleraría sin duda la caída del *Citizen*. Varios comentaristas se apresuraron a señalar la ironía de aquella afirmación.

Cuando Armstrong regresó a Inglaterra a la semana siguiente para asistir a la reunión mensual del consejo de administración, *sir* Paul planteó el tema del descenso de las ventas del periódico.

—Mientras que el *Globe* sigue aumentando su tirada cada mes —observó Peter Wakeham desde el otro extremo de la mesa.

—¿Qué vamos a hacer al respecto? —preguntó el presidente, que se volvió a mirar a su director general.

—Ya he puesto en marcha algunos planes —contestó Armstrong.

—¿Y vamos a ser informados de esos planes? —preguntó *sir* Paul.

—Informaré ampliamente al consejo en nuestra próxima reunión —contestó Armstrong.

Al día siguiente, Armstrong llamó a McAlvoy, sin molestarse en consultar con ningún miembro del consejo. Al entrar el director del *Citizen* en el despacho del

propietario, Armstrong ni siquiera se levantó para saludarlo y tampoco le sugirió que se sentara.

—Estoy seguro de que ya sabrá por qué le he pedido que viniera a verme —dijo.

—No, Dick, no tengo ni la menor idea —replicó McAlvoy con expresión inocente.

—Bueno, acabo de ver las cifras de tirada del pasado mes. Si continuamos a este ritmo, el *Globe* estará vendiendo más ejemplares que nosotros para finales de año.

—Y usted seguirá siendo el propietario de un gran periódico nacional, mientras que Townsend seguirá publicando un periodicocho.

—Quizá sea así, pero yo debo tener en cuenta a un consejo de administración y a unos accionistas.

McAlvoy no recordaba que Armstrong hubiera mencionado nunca al consejo de administración o a los accionistas. Eso es el último refugio de un propietario, estuvo a punto de decirle. Entonces recordó la advertencia que le había hecho su abogado, en el sentido de que todavía faltaban cinco meses para que expirara su contrato, y el consejo de que no sería prudente provocar a Armstrong.

—Supongo que habrá visto los titulares del *Globe* de esta mañana, ¿verdad? —preguntó Armstrong, que levantó con una mano el periódico de su rival.

—Desde luego que lo he visto —asintió McAlvoy observando las gruesas letras del titular:

---

«Destacada estrella del pop involucrada  
en un escándalo de drogas».

---

—El nuestro dice: «Beneficios extra para las enfermeras».

—A nuestros lectores les encantan las enfermeras —observó McAlvoy.

—Es posible que a nuestros lectores les encanten las enfermeras —dijo Armstrong hojeando el periódico—, pero, por si acaso no se ha dado cuenta, el *Globe* publica la misma historia en la página siete. Está bastante claro para mí, aunque quizá no lo esté para usted, que a la mayoría de nuestros lectores les interesan mucho más las estrellas del pop y los escándalos con drogas.

—Esa estrella del pop en particular —contrarrestó McAlvoy— nunca ha ocupado un puesto en los cien primeros, y solo fumaba un porro en la intimidad de su propio hogar. Si alguien hubiera oído hablar de él, el *Globe* habría incluido su nombre en el titular. Tengo un archivo lleno de esa clase de basura, pero no insulto a nuestros lectores publicándolo.

—En ese caso quizá haya llegado el momento de que lo haga —dijo Armstrong, cuyo tono de voz se elevaba a cada palabra que pronunciaba—. Empecemos por desafiar al *Globe* en su propio terreno, para variar. Quizá si lo hiciéramos así, no estaría buscando ahora a un nuevo director.

McAlvoy se quedó momentáneamente atónito.

—¿Debo suponer por esas palabras que estoy despedido? —preguntó finalmente.

—Por fin empiezo a hacerme comprender —dijo Armstrong—. Sí, está usted despedido. El nombre del nuevo director será anunciado el lunes. Procure haber recogido sus cosas personales esta misma noche.

—¿Puedo suponer que, después de diez años como director de este periódico, recibiré mi jubilación completa?

—No recibirá usted ni más ni menos que aquello a lo que tenga derecho —le gritó Armstrong—. Y ahora, salga de mi despacho.

Miró con ojos relampagueantes a McAlvoy, a la espera de que le dirigiera una de las diatribas por las que era tan famoso, pero el director despedido se limitó a dar media vuelta y salir del despacho sin pronunciar una sola palabra más. Al hacerlo, cerró la puerta despacio tras él.

Armstrong se dirigió a la sala de al lado y se cambió la camisa, que era exactamente del mismo color que la anterior, para que nadie se diera cuenta.

Una vez que McAlvoy regresó a su despacho, informó rápidamente a un puñado de sus colaboradores más cercanos del resultado de su reunión con Armstrong y de lo que planeaba hacer. Pocos minutos más tarde presidió la conferencia de la tarde por última vez. Observó la lista de historias que competían por ocupar la primera página.

—Tengo algo para mañana que puede causar sensación, Alistair —dijo una voz.

McAlvoy miró al jefe de redacción de política.

—¿En qué está pensando, Campbell? —preguntó.

—Una consejera laborista en Lambeth ha iniciado una huelga de hambre para llamar la atención sobre la injusticia de la política de viviendas del gobierno. Es negra y está en el paro.

—¿Qué tiene usted, Kevin?

El subdirector levantó la mirada desde el rincón donde estaba sentado y parpadeó, incapaz de creer que el director se hubiera dirigido a él.

—Bueno, he seguido desde hace semanas una pista sobre la vida privada del secretario de Asuntos Exteriores, pero me resulta difícil conseguir que la historia se sostenga en pie.

—¿Por qué no prepara trescientas palabras sobre el tema y dejamos que los abogados decidan si podemos publicarlo?

Algunos de los colaboradores más antiguos empezaron a removerse inquietos en sus asientos.

—¿Y qué ocurrió con esa historia sobre el arquitecto? —preguntó McAlvoy, dirigiéndose aún al subdirector.

—Usted la rechazó —contestó Rushcliffe, un tanto sorprendido.

—Me pareció un poco apagada. ¿No podría ponerle algo más de picante?

—Si eso es lo que desea... —dijo Rushcliffe sin salir de su asombro. Puesto que McAlvoy nunca tomaba una copa hasta después de haber leído de cabo a rabo la

primera edición, algunos de los presentes se preguntaron si se sentía bien.

—Muy bien, queda solucionado. Kevin tiene la primera página y Campbell la segunda. —Hizo una pausa—. Y como esta noche tengo que llevar a mi esposa a ver a Pavarotti, dejaré el periódico en manos de Kevin. ¿Se siente usted cómodo con esa decisión? —preguntó, mirando al subdirector.

—Desde luego —asintió Rushcliffe, que parecía encantado al verse finalmente tratado como un igual.

—En tal caso, eso también queda solucionado —dijo McAlvoy—. Volvamos todos al trabajo, ¿les parece?

Mientras los periodistas empezaban a abandonar el despacho del director, murmurando entre ellos, Rushcliffe se acercó a la mesa de McAlvoy y le dio las gracias.

—No hay de qué —dijo el director—. Sabe que esta podría ser su gran oportunidad, Kevin. Estoy seguro de que sabe que he tenido una entrevista con el propietario a primeras horas de esta tarde. Me ha dicho que le gustaría ver al periódico desafiarse al *Globe* en su propio terreno. Esas fueron exactamente sus palabras. De modo que cuando lea el *Citizen* mañana, asegúrese de que observe la huella que usted deje en él. Como bien sabe, yo no ocuparé eternamente este puesto.

—Haré todo lo que pueda —le prometió Rushcliffe antes de salir del despacho.

Si se hubiera quedado un momento más, habría podido ayudar al director a recoger sus cosas personales.

A últimas horas de aquella tarde, McAlvoy abandonó lentamente el edificio, y se detuvo para hablar un momento con todos los miembros del personal con los que se encontró. Les dijo a todos ellos la ilusión con la que él y su esposa se disponían a ver a Pavarotti esa misma noche, y si alguno le preguntaba quién dirigiría el periódico esa noche le contestó que hasta el portero podría hacerlo. De hecho, habló largo rato con el portero antes de dirigirse hacia la estación de metro más cercana, consciente de que su coche de la empresa ya habría sido inmovilizado con un cepo.

Kevin Rushcliffe trató de concentrarse en la redacción del artículo para la primera página, pero se vio interrumpido constantemente por una corriente de personas que deseaban aportar su colaboración para la edición. Dio el visto bueno a varias páginas que no tuvo tiempo para comprobar con cuidado. Al entregar finalmente su propio artículo, en la imprenta ya se quejaban de que iban retrasados, y se sintió aliviado al comprobar que los primeros ejemplares salían de la imprenta pocos minutos antes de las once.

Un par de horas más tarde, Armstrong tomó el teléfono situado a la cabecera de su cama para contestar una llamada de Stephen Hallet, que le leyó la primera página.

—¿Por qué demonios no ha impedido esa barbaridad? —preguntó.

—No la he visto hasta que la primera edición estaba ya en la calle —contestó

Stephen—. Al empezar a salir la segunda edición se hablaba de una consejera de Lambeth que ha iniciado una huelga de hambre. Es una mujer negra y...

—Me importa un pimiento de qué color sea —gritó Armstrong—. ¿Qué demonios se ha imaginado McAlvoy que hacía?

—McAlvoy no ha dirigido el periódico esta noche.

—En el nombre del cielo, ¿quién lo ha dirigido entonces?

—Kevin Rushcliffe —contestó el abogado.

Armstrong no pudo dormir aquella noche. Tampoco fueron muchos los que durmieron en Fleet Street, dedicados frenéticamente a tratar de ponerse en contacto con el secretario de Asuntos Exteriores y/o la actriz/modelo. Cuando salieron de imprenta las últimas ediciones, la mayoría de ellos ya habían podido comprobar que el secretario jamás conoció a la *Miss Sifón Soda* 1983.

Se habló tanto del artículo durante toda la mañana siguiente que fueron pocos los que detectaron una pequeña nota incluida en la página siete del *Citizen*, bajo el titular: «Ladrillos, pero no mortero», en el que se afirmaba que uno de los más destacados arquitectos de Gran Bretaña no hacía más que diseñar viviendas protegidas que se desmoronaban. Una carta entregada a mano por el abogado de *sir* Angus, tan distinguido como su cliente, señalaba que el arquitecto jamás había diseñado una vivienda protegida en toda su vida. El abogado incluía una copia de la nota de disculpa que esperaba ver publicada en la primera página del periódico del día siguiente, y otra en la que informaba de la cantidad de la donación que debería ser enviada a la institución de caridad elegida por el arquitecto.

En las páginas culinarias del periódico, un destacado restaurante era acusado de envenenar cada día a sus clientes, y en la sección de viajes se citaba el nombre de una compañía turística que supuestamente había dejado a sus clientes empantanados en España, sin habitaciones de hotel. En la última página se afirmaba que el entrenador del equipo de fútbol de Inglaterra había dicho que...

A todos los que le llamaron aquella mañana a su casa, McAlvoy les dejó bien claro que había sido despedido por Armstrong el día anterior y que se le ordenó que recogiera inmediatamente sus objetos personales de su despacho. Había salido de Armstrong House exactamente a las 16,19 horas, y dejado al subdirector a cargo de todo.

—El responsable de todo es Rushcliffe —añadió, por si hiciera falta.

Todos los miembros del personal que fueron abordados confirmaron las palabras de McAlvoy.

Stephen Hallet tuvo que llamar a Armstrong en cinco ocasiones a lo largo del día, y en cada una de ellas le comunicó que acababa de recibir una demanda, y le recomendó, también en cada ocasión, que llegara a un acuerdo lo más rápidamente posible.

El *Globe* informó en la página dos de la triste partida de Alistair McAlvoy como director del *Citizen*, después de una década de fieles servicios. Lo describían a

continuación como el decano de los directores de Fleet Street, al que todos los verdaderos profesionales echarían tristemente de menos.

Al alcanzar el *Globe* unas ventas de tres millones de ejemplares por primera vez en su historia, Townsend organizó una fiesta para celebrarlo. Esta vez sí que asistieron la mayoría de los políticos más destacados y personalidades de los medios de comunicación, a pesar de la fiesta rival organizada por Armstrong para celebrar el octogésimo aniversario del *Citizen*.

—Bueno, esta vez ha acertado al menos con la fecha —comentó Townsend.

—Y hablando de fechas —dijo Bruce—, ¿cuándo puedo abrigar la esperanza de regresar a Australia? Supongo que no se habrá dado cuenta, pero no he vuelto a casa desde hace cinco años.

—No regresará a casa hasta que no haya eliminado de la cabecera del *Citizen* las palabras «El diario más vendido de Gran Bretaña».

Bruce Kelly no pudo reservar una plaza en un vuelo a Sydney hasta quince meses más tarde, cuando la comisión de control de tirada anunció que las ventas diarias del *Globe* habían alcanzado durante el mes anterior una media de 3 612 000, mientras que las del *Citizen* eran de 3.610.000. El titular del *Globe* a la mañana siguiente fue:

---

## QUÍTESELOS

---

Sobre una foto de Armstrong, con sus ciento cuarenta kilos de peso, llevando por todo atuendo unos calzones de boxeador.

Al comprobar que la cabecera del *Citizen* seguía siendo la misma, el *Globe* informó a «los lectores más perspicaces del mundo» que el propietario del *Citizen* aún no había cumplido con el pago de cien mil libras derivado de su apuesta perdida, con lo que «no es solo un mal perdedor, sino un mal pagador de sus compromisos».

Al día siguiente, Armstrong plantó ante los tribunales una demanda por difamación contra Townsend. Incluso al *The Times* le pareció que eso merecía un comentario: «Solo se beneficiarán los abogados», concluyó.

El caso llegó al Tribunal Supremo dieciocho meses más tarde y la vista duró más de tres semanas, apareciendo con regularidad en la primera página de todos los periódicos, excepto en el *Independent*. El señor Michael Beloff, consejero de la Reina, argumentó en nombre del *Globe* que las cifras de auditoría de tiradas daban la razón a su cliente. El señor Anthony Grabnar, también consejero real, señaló en nombre del *Citizen* que las cifras de la auditoría no incluían las ventas del *Scottish Citizen* que, combinadas con las del *Daily* mantenían la tirada cómodamente por encima de la del *Globe*.

El jurado se retiró a considerar su veredicto y después de cinco horas de

deliberación dictaminó en favor de Armstrong por una mayoría de diez a dos. Al preguntar qué daños debían pagarse, el portavoz del jurado se levantó y declaró sin vacilación: «Doce peniques, señor juez», el precio de un ejemplar del *Citizen*.

El juez comunicó al consejo judicial que, teniendo en cuenta las circunstancias, cada parte debía pagar sus propios costes judiciales, que se calcularon conservadoramente en un millón de libras para cada parte. El consejo admitió la propuesta y empezó a dictaminar sus órdenes.

Al día siguiente, el *Financial Times*, en un largo artículo sobre los dos barones de la prensa, predijo que uno de los dos terminaría por provocar la caída del otro. No obstante, el periodista revelaba que el juicio había ayudado a aumentar las ventas de los dos periódicos que, en el caso del *Globe*, sobrepasaron por primera vez los cuatro millones de ejemplares.

Al día siguiente, el precio de las acciones de los dos grupos aumentaron en un penique.

Mientras Armstrong se dedicaba a leer lo que se publicaba sobre él mismo en los innumerables artículos de prensa dedicados al juicio, Townsend se concentraba en un artículo publicado en el *New York Times*, que Tom Spencer le había enviado por fax.

Aunque nunca había oído hablar de Lloyd Summers, o de la galería de arte cuyo contrato de alquiler estaba a punto de expirar, al llegar a la última línea del fax comprendió por qué Tom había escrito en letras mayúsculas en la parte superior:

*PARA SU ATENCIÓN INMEDIATA.*

Tras haber leído el artículo por segunda vez, Townsend le pidió a Heather que se pusiera en contacto con Tom y que le reservara después plaza en el siguiente vuelo a Nueva York.

A Tom no le sorprendió que su cliente le llamara minutos después de haber recibido el fax. Al fin y al cabo, buscaba desde hacía más de una década una oportunidad para apoderarse de un paquete sustancial de acciones del *New York Star*.

Townsend escuchó atentamente a Tom, que le comunicó todo lo que había descubierto sobre el señor Lloyd Summers y por qué su galería de arte buscaba un nuevo lugar donde instalarse. Una vez agotadas todas las preguntas que tenía para plantearle, dio instrucciones a su abogado para que concertara una entrevista con Summers lo más rápidamente posible.

—Volaré a Nueva York mañana por la mañana —añadió.

—No hay necesidad de que venga usted todavía, Keith. Siempre puedo entrevistarme yo con Summers en su nombre.

—No —replicó Townsend—. Lo del *Star* es una cuestión personal. Deseo cerrar ese trato yo mismo.



—Keith, ¿se da cuenta de que si lo consigue tendrá que convertirse en ciudadano de Estados Unidos? —le dijo Tom.

—Como ya le he dicho muchas veces, Tom, eso no lo haré nunca.

Colgó el teléfono y tomó unas notas. Una vez que determinó cuánto estaba dispuesto a ofrecer, tomó el teléfono de nuevo y le preguntó a Heather a qué hora despegaba su vuelo. Si Armstrong no iba en el mismo avión podría cerrar un trato con Summers antes de que nadie se diera cuenta de que la terminación de un contrato de alquiler en el SoHo podía ser la clave para convertirse en el propietario del *New York Star*.

—Apuesto a que Townsend tomará el primer vuelo a Nueva York —dijo Armstrong una vez que Russell Critchley hubo terminado de leerle el artículo.

—En tal caso, será mejor que tome usted el mismo avión —aconsejó su abogado de Nueva York, sentado en el borde de su cama.

—De ningún modo —dijo Armstrong—. ¿Por qué alertar a ese bastardo sobre el hecho de que yo sé tanto como él? No, lo mejor que puedo hacer es ponerme en movimiento antes de que su avión aterrice. Acuerde una entrevista con Summers lo antes posible.

—Dudo mucho que la galería abra antes de las diez.

—En tal caso, procure estar esperándole delante a las diez menos cinco.

—¿De qué margen de maniobra dispongo?

—Ofrézcale lo que pida —contestó Armstrong—. Incluso comprarle una nueva galería de arte. Pero, haga lo que haga, no permita que Townsend logre acercarse a él, porque si podemos convencer a Summers para que nos apoye, eso nos abrirá la puerta para llegar a su madre.

—Correcto —asintió Critchley poniéndose un calcetín—. Será mejor que me ponga en marcha.

—Solo tiene que asegurarse de estar ante la galería antes de que abra —dijo Armstrong, y tras una pausa añadió—: Y si el abogado de Townsend llega antes, arróllelo.

Critchley podría haberse echado a reír, pero no estaba del todo seguro de que su cliente hubiera hablado en broma.

Tom esperaba frente a la salida de aduanas cuando su cliente salió por las puertas giratorias.

—Las noticias no son buenas, Keith —fueron sus primeras palabras en cuanto se hubieron estrechado la mano.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Townsend mientras los dos se dirigían hacia la salida—. Armstrong no ha podido llegar a Nueva York antes que yo, porque sé que aún estaba en su despacho del *Citizen* cuando despegué de Heathrow.

—Por todo lo que sé, podría continuar sentado en su despacho ahora mismo, pero

Russell Critchley, su abogado en Nueva York, mantuvo una entrevista con Summers a primeras horas de esta mañana.

—¿Firmaron un acuerdo?

—No tengo ni la menor idea —contestó Tom—. Lo único que puedo decirle es que al llegar a mi despacho, la secretaria de Summers me había dejado un mensaje en el contestador automático para comunicar que nuestra cita había sido cancelada.

—Maldita sea. En ese caso tenemos que pasar antes por la galería —dijo Townsend al salir a la acera—. No pueden haber firmado todavía un contrato. Maldita sea. ¡Maldita sea! —repitió—. Debería haber permitido que lo viera usted el primero.

—Está de acuerdo en prometerle el apoyo de sus acciones del *Star*, que representan el cinco por ciento, si aporta usted el dinero para una nueva galería —informó Critchley.

—¿Y qué me va a costar eso? —preguntó Armstrong, que dejó el tenedor sobre el plato.

—Todavía no ha encontrado el edificio adecuado, pero cree que unos tres millones.

—¿Cuánto?

—Naturalmente, usted tendría el alquiler del edificio...

—Claro.

—Y como la galería está registrada como una institución sin ánimo de lucro, hay algunas ventajas fiscales.

Se produjo un prolongado silencio al otro extremo de la línea, antes de que Armstrong volviera a hablar.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Al recordarme por tercera vez que tenía una cita con Townsend a últimas horas de la mañana, le dije que sí, sujeto a la firma de un contrato.

—¿Firmó usted algo?

—No. Le expliqué que llegaba usted desde Londres, y que no tenía autoridad para firmar nada.

—Bien. En ese caso todavía disponemos de un poco de tiempo para...

—Lo dudo mucho —dijo Russell—. Summers sabe muy bien que le tiene cogido por los huevos.

—Precisamente cuando los demás creen tenerme cogido por los huevos, es cuando más disfruto dándoles por el culo —dijo Armstrong.

# WALL STREET JOURNAL

---

---

12 DE SEPTIEMBRE DE 1986

---

Se hunde la Bolsa de Nueva York.

Récord de 86,61 puntos

—**D**amas y caballeros —empezó a decir Armstrong—, he convocado esta rueda de prensa para anunciar que he informado esta misma mañana a la Comisión de la Bolsa de Valores que tengo la intención de efectuar una oferta oficial de adquisición de acciones del *New York Star*. Tengo la satisfacción de informarles que una gran accionista del periódico, la señora Nancy Summers, ha vendido sus acciones a la Armstrong Communications a un precio de 4,10 dólares por acción.

Aunque algunos periodistas continuaron anotando cada una de las palabras de Armstrong, la noticia ya se había anunciado en la mayoría de los periódicos desde hacía más de una semana. Los bolígrafos de los periodistas se mantuvieron preparados, a la espera de que se les diera la verdadera noticia.

—Pero hoy me siento especialmente orgulloso de anunciarles —continuó Armstrong—, que el señor Lloyd Summers, hijo de la señora Summers, y director de la fundación que lleva su nombre, también ha delegado en mi empresa el voto correspondiente al cinco por ciento de las acciones que posee del *New York Star*.

»A ninguno de ustedes le sorprenderá que tenga la intención de seguir apoyando el destacado trabajo realizado por la Fundación Summers en la promoción de las carreras de los artistas y escultores jóvenes que normalmente no tendrían la oportunidad de exponer en ninguna gran galería. Como sabrán muchos de ustedes, he estado relacionado durante toda mi vida con el arte, y en particular con los artistas jóvenes.

Ninguno de los periodistas presentes recordaba un solo acontecimiento artístico al que hubiera asistido y mucho menos apoyado Armstrong. La mayoría de bolígrafos se mantuvieron preparados.

—Con el apoyo del señor Summers, dispongo ahora del control sobre el diecinueve por ciento de las acciones del *Star*, y espero con ilusión convertirme en un próximo futuro en el accionista mayoritario, para asumir la presidencia del periódico en la junta anual de accionistas convocada para el próximo mes.

Armstrong levantó la mirada del texto de la declaración que Russell Critchley le había preparado y sonrió ante el nutrido grupo de rostros que le miraban.

—Y ahora, si lo desean, estaré encantado de contestar a sus preguntas.

Russell tuvo la impresión de que Dick manejaba bastante bien las primeras preguntas que se le plantearon, pero entonces concedió el turno a una mujer sentada en la tercera fila.

—Soy Janet Brewer, del *Washington Post*. Señor Armstrong, ¿me permite preguntarle cuál es su reacción al comunicado de prensa difundido esta mañana por el señor Keith Townsend?

—Nunca leo los comunicados de prensa del señor Townsend —contestó

Armstrong—. Son más o menos tan exactos como lo que dicen sus periódicos.

—Permítame entonces que le informe —dijo la periodista, que consultó una hoja de papel—. Parece ser que el señor Townsend cuenta con el apoyo de los banqueros J. P. Grenville, que delegan en él su voto, correspondiente al once por ciento de las acciones, en su oferta de adquisición de acciones del *Star*. Eso, unido a sus propias acciones le permite controlar más del quince por ciento.

Armstrong la miró directamente antes de contestar.

—Como presidente del *Star*, estaré encantado de dar la bienvenida al señor Townsend en la junta anual del próximo mes..., como accionista minoritario.

En esta ocasión, los bolígrafos anotaron cada una de sus palabras.

Sentado en el recientemente adquirido apartamento del piso treinta y siete de la Torre Trump, Armstrong leyó el comunicado de prensa de Townsend. Emitió una risita al llegar al párrafo en el que Townsend alababa el trabajo realizado por la Fundación Summers.

—Demasiado tarde —dijo en voz alta—. Ese cinco por ciento me pertenece a mí.

Dio inmediatamente instrucciones a sus agentes de Bolsa para que compraran cualquier acción del *Star* que apareciera en el mercado, fuera cual fuese su precio. El precio de las acciones se disparó en cuanto estuvo claro que Townsend había dado la misma orden. Algunos analistas financieros sugirieron que, «debido a una fuerte animosidad personal», los dos estaban pagando por las acciones un precio muy superior a su valor real.

Durante las cuatro semanas siguientes Armstrong y Townsend, acompañados por una batería de abogados y contables, pasaron muchas horas en aviones, trenes y coches, recorriendo todo Estados Unidos, tratando de convencer a bancos e instituciones, a fideicomisos e incluso a alguna que otra viuda rica, para que les apoyaran en su batalla por apoderarse del *Star*.

El presidente del periódico, Cornelius J. Adams IV, anunció que entregaría las riendas del poder en la junta anual de accionistas al contendiente que controlara el 51 por ciento de las acciones. A falta de dos semanas para que se celebrara la junta, los directores financieros todavía no se ponían de acuerdo acerca de quién poseía el mayor número de acciones de la empresa. Townsend anunció que controlaba ahora el 46 por ciento de las acciones, mientras que Armstrong afirmaba tener el 41 por ciento. En consecuencia, los analistas llegaron a la conclusión de que quien consiguiera el apoyo del diez por ciento que estaba en manos de la Applebaum Corporation, se llevaría el gato al agua.

Vic Applebaum estaba decidido a disfrutar de sus quince minutos de fama y declaró a todo aquel que quiso escucharle que tenía la intención de escuchar a los dos propietarios antes de tomar una decisión final. Eligió el martes antes de la celebración de la junta para llevar a cabo sus entrevistas, en las que decidiría a quién de los dos

concedería su favor.

Los abogados de los dos rivales se reunieron en terreno neutral y acordaron que se le permitiera a Armstrong ver el primero a Applebaum, algo que, según le aseguró Tom Spencer a su cliente, constituía un error táctico. Townsend estuvo de acuerdo, hasta que Armstrong salió de la reunión con los certificados de posesión de las acciones que demostraban que estaba en posesión del diez por ciento de Applebaum.

—¿Cómo se las ha arreglado para conseguirlo? —preguntó Townsend con incredulidad.

Tom no tuvo respuesta a esa pregunta hasta que, durante el desayuno de la mañana siguiente, leyó la primera edición del *New York Times*. Su corresponsal de medios de comunicación informaba a sus lectores que Armstrong no había dedicado mucho tiempo en explicarle al señor Applebaum cómo dirigiría el *Star*, sino que se había concentrado más bien en explicarle en yiddish cómo no había llegado a recuperarse nunca por el hecho de haber perdido a toda su familia en el Holocausto, y que terminó la reunión revelando cómo el momento más orgulloso de su vida se produjo cuando el primer ministro de Israel le nombró embajador volante de su país ante la URSS, con el encargo especial de ayudar a los judíos rusos que desearan emigrar a Israel. Por lo visto, llegados a ese punto Applebaum rompió a llorar, le entregó las acciones y se negó a ver a Townsend.

Armstrong anunció que ahora controlaba el 51 por ciento de la empresa y que, en consecuencia, era el nuevo propietario del *New York Star*. El *Wall Street Journal* aseguró que la junta anual del *Star* no sería más que una ceremonia de unción, pero en una nota final añadió que Keith Townsend no debía de sentirse demasiado deprimido por haber perdido el control del periódico a manos de su rival porque, gracias al enorme aumento del precio de la acción, obtendría unos beneficios superiores a los veinte millones de dólares.

La sección de arte del *New York Times* recordaba a sus lectores que la Fundación Summers inauguraría su exposición de vanguardia el jueves por la noche. Después de todas las afirmaciones de apoyo de los barones de la prensa en favor de Lloyd Summers y del trabajo de la fundación, sería interesante comprobar si alguno de ellos se molestaba en aparecer en el acto.

Tom Spencer le sugirió a Townsend que sería prudente aparecer aunque solo fuera durante unos minutos, pues Armstrong estaría seguramente presente y nunca se sabía lo que podría suceder en una ocasión así.

Townsend lamentó su decisión de asistir a la inauguración de la exposición momentos después de su llegada. Recorrió la sala una sola vez, contempló la selección de cuadros elegidos por los administradores de la fundación y llegó a la conclusión de que eran, sin excepción, lo que Kate habría calificado como «basura pretenciosa». Decidió marcharse de allí lo más rápidamente posible. Había logrado

acercarse a la salida, abriéndose paso entre los asistentes, cuando Summers tomó un micrófono y rogó silencio. A continuación, el director procedió a pronunciar «unas palabras». Townsend comprobó su reloj. Al levantar la mirada vio a Armstrong, que sostenía con firmeza un catálogo de la exposición, y estaba de pie junto a Summers, con una expresión resplandeciente.

Hubo un conato de aplausos, amortiguados por el tintineo de las copas de vino, y Armstrong sonrió de nuevo alegremente. Townsend imaginó que Summers ya había terminado de hablar y se volvió para marcharse, cuando el director añadió:

—Desgraciadamente, esta será la última exposición que se celebre en este local. Como estoy seguro que saben todos ustedes, nuestro contrato de alquiler termina en diciembre. —Un suspiro colectivo se extendió sobre toda la sala, pero Summers levantó una mano y añadió—: Pero no temáis, amigos míos. Después de una larga búsqueda creo haber encontrado el lugar perfecto para la sede de la fundación. Espero que todos volvamos a encontrarnos allí para nuestra próxima exposición.

—Aunque solo uno o dos de entre nosotros sabemos por qué se ha elegido ese lugar en particular —murmuró alguien *sotto voce* por detrás de donde estaba Townsend.

Se volvió y vio a una mujer esbelta, de unos treinta y cinco años, de cabello pelirrojo corto, que llevaba una blusa blanca y una falda estampada de flores. La pequeña etiqueta de su blusa anunciaba que era la señorita Angela Humphries, subdirectora.

—Y sería un inicio maravilloso —siguió diciendo Summers— que la primera exposición en nuestro nuevo edificio fuera inaugurada por el próximo presidente del *Star*, que tan generosamente ha ofrecido su continuado apoyo a la fundación.

Armstrong sonrió ampliamente y asintió con un gesto.

—No, si tiene algo de sentido común, no lo hará —dijo la mujer situada por detrás de Townsend.

Keith retrocedió un paso y se situó junto a la señorita Angela Humphries, que bebía una copa de cava español.

—Gracias, queridos amigos —dijo Summers—. Y ahora, les ruego que continúen disfrutando con la exposición.

Siguió otra ronda de aplausos, después de lo cual Armstrong se adelantó y estrechó cálidamente la mano del director. Summers empezó a circular entre los invitados, presentando a Armstrong a aquellos que consideraba importantes.

Townsend se volvió a mirar a Angela Humphries, que terminaba su copa de cava. Tomó rápidamente una botella de cava español de la mesa situada tras él y le volvió a llenar la copa.

—Gracias —dijo ella, mirándole por primera vez—. Como puede ver, soy Angela Humphries. ¿Quién es usted?

—No soy de la ciudad —contestó él tras una ligera vacilación—. Solo estoy de visita en Nueva York por asuntos de negocios.

Angela tomó un nuevo sorbo de cava antes de preguntar:

—¿Qué clase de negocios?

—Me dedico a los transportes, principalmente aviones y contenedores, aunque también soy propietario de un par de minas de carbón.

—La mayoría de estos cuadros estarían mejor en el fondo de una mina de carbón —comentó Angela, que señaló con un amplio gesto los cuadros.

—No podría estar más de acuerdo con usted —asintió Townsend.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Me encontraba solo en Nueva York y leí en el *Times* la inauguración de la exposición —contestó.

—¿Y qué clase de arte le gusta a usted? —preguntó ella.

Townsend evitó contestar «Boyd, Nolan y Williams», cuyos cuadros llenaban las paredes de su casa en Darling Point.

—Bonnard, Camoir y Vuillard —contestó, artistas que Kate coleccionaba desde hacía años.

—Esos sí que saben pintar —asintió Angela—. Si los admira, se me ocurren unas cuantas exposiciones a las que sí valdría la pena dedicar una velada.

—Eso está muy bien si se sabe dónde mirar, pero cuando se es un extraño en...

—¿Está usted casado? —preguntó ella enarcando una ceja.

—No —contestó, confiando en que ella le creyera—. ¿Y usted?

—Divorciada —le dijo—. Estuve casada con un artista convencido de que su talento solo era superado por el de Bellini.

—¿Y hasta qué punto era realmente bueno? —preguntó Townsend.

—Fue rechazado para participar en esta exposición —contestó ella—, lo que quizá le dé ya una pista.

Townsend se echó a reír. La gente había empezado a desplazarse hacia la salida, y Armstrong y Summers solo estaban ahora a pocos pasos de distancia. Al servir Townsend una nueva copa de cava a Angela, Armstrong se encontró de repente delante de él. Los dos hombres se miraron fijamente por un momento, antes de que Armstrong tomara a Summers por el brazo y lo alejara rápidamente hacia el centro de la sala.

—Como habrá observado, ni siquiera quiso presentarme al nuevo presidente —comentó Angela tristemente.

Townsend no se molestó en explicarle que, mucho más probablemente, era Armstrong el que no deseaba presentarle a él al director.

—Ha sido un placer conocerle, señor...

—¿Tiene previsto ir a cenar a alguna parte?

Ella vaciló un momento.

—No. No tenía previsto nada, pero mañana tengo que empezar temprano.

—Yo también —dijo Townsend—. ¿Qué le parece si tomamos un bocado rápido?

—Muy bien. Espere un momento a que recoja mi abrigo y estaré con usted.



Al dirigirse hacia el guardarropía, Townsend miró a su alrededor. Armstrong, seguido de cerca por Summers, se hallaba rodeado ahora por una multitud de admiradores. Townsend no necesitaba estar cerca para saber que les estaría hablando de sus apasionantes planes para el futuro de la fundación.

Angela regresó un momento más tarde, llevando puesto un pesado abrigo de invierno que descendía hasta pocos centímetros del suelo.

—¿Dónde le gustaría cenar? —preguntó Townsend al tiempo que se dirigían hacia la ancha escalera que ascendía desde la galería, situada en el sótano, hasta la calle.

—Todos los restaurantes cercanos de los alrededores estarán llenos a estas horas de la noche del jueves —dijo Angela—. ¿Dónde se aloja usted?

—En el Carlyle.

—Nunca he comido allí. Podría ser divertido —comentó en el momento en que él le abría la puerta que daba a la calle.

Al salir a la acera fueron recibidos por un helado viento neoyorquino, y él casi tuvo que sostenerla.

El chófer del BMW del señor Townsend se sorprendió al verle llamar un taxi, y aún quedó más sorprendido al ver a la mujer que lo acompañaba. Francamente, no habría creído que aquella clase de mujer fuera el tipo preferido por el señor Townsend. Puso el coche en marcha y siguió al taxi de regreso al Carlyle. Los vio bajarse en Madison y desaparecer por las puertas giratorias de acceso al hotel.

Townsend condujo a Angela directamente al restaurante del primer piso, con la esperanza de que el *maître* no recordara su nombre.

—Buenas noches, señor —le saludó—. ¿Ha reservado mesa?

—No —contestó Townsend—, pero resido en el hotel.

El *maître* frunció el ceño.

—Lo siento, señor, pero no podré acomodarle hasta dentro de unos treinta minutos. Naturalmente, podría solicitar el servicio de habitaciones, si lo desea.

—No, esperaremos en el bar —dijo Townsend.

—Tengo realmente una cita a primeras horas de la mañana —dijo Angela—, y no me gustaría llegar tarde.

—¿Quiere que salgamos a buscar un restaurante?

—Me parecería bien cenar en su habitación, aunque tendré que marcharme a las once.

—A mí me parece bien —dijo Townsend. Se volvió hacia el *maître* y le dijo—: Cenaremos en mi habitación.

El *maître* inclinó ligeramente la cabeza.

—Le enviaré inmediatamente a alguien. ¿Qué número de habitación tiene, señor?

—La 712 —contestó Townsend.

Condujo a Angela fuera del restaurante. Al alejarse por el pasillo, pasaron ante una sala en la que tocaba Bobby Schultz.

—Ese hombre sí que tiene verdadero talento —comentó Angela mientras se dirigían hacia el ascensor.

Townsend asintió con un gesto y sonrió. Se unieron a un grupo de clientes antes de que se cerraran las puertas y él apretó el botón del séptimo piso. Al salir, ella le dirigió una sonrisa nerviosa. Townsend hubiera querido decirle que no era su cuerpo lo que le interesaba.

Townsend introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta para permitirle pasar a Angela. Se sintió aliviado al observar la botella de champña obsequio del hotel, que no se había molestado en abrir, y que seguía en el centro de la mesa. Ella se quitó el abrigo y lo dejó sobre la silla más cercana, mientras él descorchaba la botella y llenaba dos copas hasta el borde.

—No debo tomar mucho —dijo ella—. Ya bebí bastante en la galería.

Townsend levantó la copa en el momento en que se oyó una llamada ante la puerta. Apareció un camarero, que llevaba el menú, un bloc de pedidos y un bolígrafo.

—Lenguado de Dover y una ensalada verde para mí —dijo Angela, sin molestarse en estudiar el menú que se le ofrecía.

—¿Limpio o entero, señora? —preguntó el camarero.

—Limpio, por favor.

—Que sean dos —dijo Townsend.

Luego se tomó su tiempo para elegir un par de botellas de vino francés, ignorando el chardonnay australiano, que era su favorito.

Una vez que estuvieron sentados, Angela empezó a hablar sobre los otros artistas que exponían en Nueva York, y su entusiasmo y conocimientos sobre el tema casi le hicieron olvidar a Townsend el verdadero propósito por el que la había invitado a cenar. Mientras esperaban a que llegara la cena, condujo lentamente la conversación hacia su trabajo en la galería. Se mostró de acuerdo con su opinión sobre la exposición a cuya inauguración habían asistido, y le preguntó por qué no había hecho ella algo al respecto, puesto que era la subdirectora.

—Eso no es más que un título pomposo que tiene poca o ninguna influencia —contestó con un suspiro mientras Townsend le llenaba la copa vacía.

—¿Quiere decir que Summers toma todas las decisiones?

—Desde luego que sí. Yo no malgastaría el dinero de la fundación en la basura de esos pseudointelectuales. En esta ciudad hay mucho talento si una se toma la molestia de salir a buscarlo.

—La exposición ha estado bien presentada —observó Townsend, tratando de empujarla un poco más.

—¿Bien presentada? —preguntó ella con incredulidad—. Yo no hablo de la forma de colgar los cuadros, de la iluminación o de los marcos. Me refería a los cuadros. En cualquier caso, en esa galería solo hay una cosa que debería estar colgada.

Alguien llamó a la puerta. Townsend se levantó de la silla, abrió y se hizo a un

lado para dejar pasar al camarero, que empujaba un carrito cargado. Preparó la mesa para dos en el centro del salón y explicó que el pescado estaba caliente en el cajón de abajo. Townsend firmó el recibo y le dio una propina de diez dólares.

—¿Quiere que regrese más tarde para retirarlo todo, señor? —preguntó el camarero con amabilidad.

Recibió un ligero pero firme gesto negativo de la cabeza.

Al sentarse Townsend frente a ella, Angela ya jugueteaba con la ensalada. Descorchó el vino y llenó las dos copas.

—De modo que tiene usted la impresión de que Summers gastó posiblemente mucho más de lo necesario en la exposición —la animó a seguir.

—¿Más de lo estrictamente necesario? —preguntó Angela, que probó el vino blanco—. Cada año despilfarra más de un millón de dólares del dinero de la fundación, a cambio de lo cual solo podemos celebrar unas pocas fiestas, cuyo único propósito consiste en halagar su ego.

—¿Y cómo se las arregla para gastar un millón de dólares? —preguntó Townsend, que fingió concentrarse en su ensalada.

—Bueno, tome por ejemplo la exposición de esta noche. Eso le ha costado a la fundación un cuarto de millón de dólares, para empezar. Luego, está su cuenta de gastos, que solo se ve superada por la de Ed Koch.

—¿Cómo consigue salir adelante sin que nadie lo advierta? —preguntó Townsend, que le volvió a llenar la copa, esperando que ella no se diera cuenta de que apenas había tocado la suya.

—Porque nadie controla sus andanzas —contestó Angela—. La fundación está controlada por su madre, que es la que tiene la bolsa..., al menos hasta que se celebre la junta anual de accionistas.

—¿La señora Summers? —preguntó Townsend, decidido a seguir haciéndola hablar.

—Ni más ni menos —asintió Angela.

—En ese caso, ¿por qué no hace ella algo al respecto?

—¿Cómo podría hacerlo? La pobre mujer no ha podido abandonar la cama durante los dos últimos años, y la única persona que la visita, y podría añadir que diariamente, no es ni más ni menos que su querido hijo.

—Tengo la sensación de que eso podría cambiar en cuanto Armstrong esté al frente de la situación.

—¿Por qué dice eso? ¿Le conoce?

—No —se apresuró a contestar Townsend, tratando de recuperarse de su error—. Pero todo lo que he leído sobre él sugiere que no le gustan mucho los parásitos.

—Solo espero que tenga razón —dijo Angela, que se sirvió otra copa de vino—, porque eso me daría una oportunidad para demostrarle lo que yo podría hacer por la fundación.

—Quizá sea esa la razón por la que Summers no perdió de vista a Armstrong

durante toda la velada.

—Ni siquiera me lo presentó —dijo Angela—, como seguramente observó usted. Lloyd no abandonará su estilo de vida sin plantear batalla, de eso puede estar seguro. —Pinchó con el tenedor un trozo de calabacín—. Y si consigue que Armstrong firme el alquiler del nuevo edificio antes de que se celebre la junta anual, no tendrá ningún motivo para hacerlo. Este vino es realmente excepcional —comentó. Dejó sobre la mesa la copa vacía, y Townsend se apresuró a descorchar la segunda botella—. ¿Está tratando de emborracharme? —preguntó riendo.

—Ni siquiera se me había pasado por la cabeza —contestó Townsend. Se levantó de la silla, sacó los dos platos del cajón caliente y los depositó sobre la mesa—. Y dígame, ¿espera usted con ilusión el traslado?

—¿El traslado? —repitió ella sirviéndose un poco de salsa holandesa en un lado del plato.

—A las nuevas instalaciones —dijo Townsend—. Parece ser que Lloyd ha encontrado el lugar perfecto.

—¿Perfecto? Debería serlo por tres millones de dólares. Pero ¿perfecto para quién? —preguntó, tomando el cuchillo y el tenedor.

—Por lo que explicó —dijo Townsend—, no tuvo usted muchas alternativas.

—No, más bien querrá decir que el consejo de administración no tuvo muchas alternativas porque él se encargó de explicar que no las había.

—Pero el alquiler del edificio actual expiraba, ¿no es así? —preguntó Townsend.

—Lo que no dijo en su discurso fue que el propietario habría estado encantado de renovárselo por otros diez años, sin aumentarle el alquiler —dijo Angela, que tomó de nuevo su copa de vino—. Realmente, no debería beber más, pero después de lo que bebí en la galería, esto es un verdadero placer.

—¿Por qué no lo hizo entonces? —preguntó Townsend.

—¿Hacer, qué?

—Renovar el alquiler.

—Porque encontró otro edificio que tiene además un ático para él —contestó, dejando de nuevo la copa sobre la mesa para concentrarse en el pescado.

—Tiene todo el derecho a vivir en el mismo lugar —observó Townsend—. Al fin y al cabo es el director.

—Cierto, pero eso no le da derecho a tener un alquiler aparte por el apartamento, de modo que cuando finalmente decida jubilarse no podrán quitárselo de encima sin pagarle una enorme compensación. Lo tiene todo bien calculado.

Angela ya empezaba a arrastrar las palabras.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Porque hubo un tiempo en que compartimos un amante —contestó ella con bastante tristeza.

Townsend se apresuró a llenarle la copa.

—¿Dónde está ese nuevo edificio?

—¿Por qué tiene tantas ganas de saber dónde está el nuevo edificio? —preguntó ella, que pareció recelosa por primera vez.

—Porque me gustaría volver a verla la próxima vez que venga a Nueva York —contestó él sin la menor vacilación.

Angela dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato, empujó la silla hacia atrás y preguntó:

—No tendrá usted algo de *brandy*, ¿verdad? Solo uno corto, para calentarme un poco antes de afrontar la tormenta cuando regrese a casa.

—Desde luego que sí —contestó Townsend.

Se levantó, se dirigió a la nevera y sacó cuatro pequeñas botellas de *brandy* de marcas diferentes. Las abrió y vertió su contenido en una copa grande.

—¿No quiere acompañarme? —preguntó ella cuando le entregó la copa.

—No, gracias. Todavía no me he terminado el vino —contestó, al tiempo que tomaba su primera copa, que apenas había tocado—. Y, lo que es más importante, yo no tengo que afrontar la tormenta. Dígame, ¿cómo se convirtió usted en subdirectora?

—Después de que otros cinco dimitieran en cuatro años, creo que fui la única persona que se presentó para ocupar ese cargo.

—Me sorprende que se moleste en tener a una subdirectora.

—Tiene que hacerlo así —dijo ella tomando un sorbo de *brandy*—. Lo especifican los estatutos.

—Pero debe de estar usted muy bien calificada para que se le ofreciera ese puesto de trabajo —comentó, cambiando rápidamente de tema.

—Estudié historia del arte en Yale, y obtuve mi doctorado en el Renacimiento de 1527 a 1590 en la Accademia de Venecia.

—Después de haber estudiado a Caravaggio, Luini y Miguel Ángel todos esos otros llamados artistas modernos tienen que haber representado un acusado descenso de nivel —comentó Townsend.

—Eso no me habría importado demasiado, pero soy subdirectora desde hace dos años y nunca se me ha permitido montar una sola exposición. Si él me diera al menos la oportunidad, organizaría una exposición de la que la fundación pudiera sentirse orgullosa, y por una décima parte del coste de la actual.

Angela tomó otro sorbo de *brandy*.

—Si eso es lo que piensa, me sorprende que haya resistido tanto —dijo Townsend.

—No será así por mucho tiempo más —aseguró ella—. Si no logro convencer a Armstrong para que cambie la política de la galería, terminaré por dimitir. Pero como Lloyd parece llevarlo por donde quiere, dudo mucho que se presente siquiera para la próxima exposición. —Hizo una pausa y tomó otro sorbo de *brandy*—. Ni siquiera se lo he dicho a mi madre —admitió—, pero a veces resulta más fácil hablar con extraños. Usted no trabaja en el mundo del arte, ¿verdad?

—No, como ya le dije antes, mis actividades son el transporte y las minas de

carbón.

—¿A qué se dedica realmente? ¿A conducir o a excavar? —Lo miró fijamente, se terminó el contenido de la copa y lo intentó de nuevo—. Lo que quiero decir es...

—¿Sí? —preguntó Townsend.

—Pues, para empezar..., ¿qué transporte y adónde?

Tomó la copa, se detuvo un momento y luego, lentamente, se deslizó de la silla para caer sobre la alfombra, al tiempo que murmuraba algo sobre combustibles fósiles en la Roma del Renacimiento. Poco después estaba acurrucada sobre el suelo y ronroneaba como un gatito. Townsend la alzó con suavidad y la llevó al dormitorio. La depositó sobre la cama y cubrió su ligero cuerpo con una manta. No tuvo más remedio que admirarla por haber resistido tanto tiempo; dudaba mucho que pesara más de cincuenta kilos.

Regresó al salón y cerró la puerta del dormitorio tras él, sin hacer ruido. Luego, se puso a buscar los estatutos del *New York Star*. Una vez que encontró el pequeño volumen rojo guardado en el fondo de su maleta, se sentó en el sofá y empezó a leer lenta y meticulosamente los estatutos de la compañía. Había llegado a la página cuarenta y siete cuando se quedó dormido.

Armstrong no encontró una buena excusa para rechazar la invitación de Summers a cenar juntos después de la exposición. Le alivió ver que su abogado todavía no se había marchado a casa.

—Nos acompañará usted, ¿verdad, Russell? —le preguntó al abogado con voz estentórea, haciéndolo parecer más una orden que una invitación.

Armstrong ya le había expresado a Russell en privado lo que pensaba de la exposición, algo que apenas había logrado ocultarle a Summers. Había tratado de evitar una reunión desde el momento mismo en que Summers anunció que había descubierto el lugar perfecto para trasladar la fundación. Pero Russell le advirtió que Summers empezaba a sentirse impaciente, y que había empezado incluso a lanzar veladas amenazas.

—No olvide que me queda todavía una alternativa.

Armstrong tuvo que admitir que el restaurante elegido por Summers era bastante excepcional, pero durante el pasado mes se había tenido que acostumbrar a los gustos extravagantes de aquel hombre. Una vez retirado el plato principal, Summers reiteró lo importante que era que se firmara el contrato para el nuevo edificio lo antes posible, puesto que si no se hacía así, la fundación no tendría sede.

—Desde el primer día que nos vimos, Dick, dejé bien claro que mi condición para cederle las acciones del consorcio fiduciario era que, a cambio, comprara usted una nueva galería para la fundación.

—Y sigue siendo mi intención hacerlo así —le aseguró Armstrong con firmeza.

—Y que lo hiciera antes de la junta anual de accionistas. —Los dos hombres se

miraron fijamente—. Le sugiero que redacte inmediatamente el contrato de arrendamiento, y que esté listo para la firma el lunes. —Summers tomó una copa de *brandy* y vació su contenido—. Porque conozco a alguien que se sentiría muy feliz de firmarlo si usted no lo hiciera.

—No, no, lo prepararé inmediatamente —dijo Armstrong.

—Bien. En ese caso mañana mismo le mostraré el lugar.

—¿Mañana? —preguntó Armstrong—. Estoy seguro de que encontraré tiempo.

—¿Le parece bien a las nueve? —preguntó Summers después de que se le sirviera un café descafeinado.

Armstrong se bebió su café de un solo trago.

—A las nueve me parece bien —dijo finalmente, antes de pedir la cuenta.

Pagó otra de las extravagancias de Summers, dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó. El director de la fundación y Russell hicieron lo mismo, y lo acompañaron en silencio hacia la limusina que esperaba.

—Le veré mañana por la mañana a las nueve —dijo Summers, una vez que Armstrong subió al asiento trasero del coche.

—Desde luego que sí —asintió Armstrong sin molestarse en mirarlo.

Durante el trayecto hasta el Pierre, Armstrong le dijo a Russell que deseaba encontrar respuestas a tres preguntas. El abogado extrajo del bolsillo interior de la chaqueta un pequeño bloc de notas forrado en cuero.

—Primero, ¿quién controla la fundación? Segundo, ¿cuánto se come cada año de los beneficios del *Star*? Y tercero, ¿tengo yo alguna obligación legal de gastar tres millones de dólares en ese nuevo edificio del que él no deja de hablar? —Russell anotó todas las preguntas en el pequeño bloc—. Y quiero las respuestas mañana por la mañana.

La limusina dejó a Armstrong frente a su hotel. Hizo un gesto con la cabeza para despedirse de Russell, bajó del coche y paseó alrededor de la manzana. Compró un ejemplar del *New York Star* en el quiosco de la Sesenta y uno y Madison, y sonrió al ver una gran foto de él mismo que dominaba la primera página, con la palabra «Presidente» debajo. No le complació en cambio que la foto de Townsend se publicara en la misma página, aunque fuera considerablemente más pequeña. El epígrafe decía: «¿Un beneficio de 20 millones de dólares?».

Armstrong se colocó el periódico bajo el brazo. Al llegar al hotel, subió al ascensor y le dijo al botones:

—¿Qué importan veinte millones de dólares cuando se puede ser el propietario del *Star*?

—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó el botones.

—¿Qué preferiría tener usted? —le preguntó Armstrong—. ¿El *New York Star* o veinte millones de dólares?

El botones miró fijamente al hombre corpulento, que le pareció perfectamente sobrio, y contestó esperanzado:

—Veinte millones de dólares, señor.

Al despertar a la mañana siguiente, Townsend tenía tortícolis. Se levantó y se despezó. Luego se dio cuenta de que los estatutos del *New York Star* habían caído a sus pies. Y entonces lo recordó todo.

Cruzó el salón y abrió con cuidado la puerta del dormitorio. Angela todavía estaba profundamente dormida. Cerró la puerta sin hacer ruido, regresó a su silla y llamó al servicio de habitaciones. Pidió el desayuno, cinco periódicos y que retiraran el servicio de la cena de la noche anterior.

Cuando la puerta del dormitorio se abrió por segunda vez aquella mañana, Angela salió tambaleante al salón y se encontró a Townsend que leía el *Wall Street Journal* y tomaba café. Le hizo la misma pregunta que le planteó cuando se conocieron en la galería.

—¿Quién es usted?

Townsend le dio la misma respuesta y ella sonrió.

—¿Quiere que le pida el desayuno?

—No, gracias, pero podría servirme una buena taza de café. Regresaré en un momento.

La puerta del dormitorio se cerró y no volvió a abrirse durante otros veinte minutos. Cuando Angela se sentó finalmente en una silla frente a Townsend, parecía muy nerviosa. Él le sirvió el café, pero ella no hizo ningún intento por hablar hasta después de haber tomado varios sorbos.

—¿Cometí anoche alguna tontería? —preguntó al cabo de un rato.

—No, no cometió ninguna tontería —contestó Townsend con una sonrisa.

—Es que nunca he...

—No tiene nada de qué preocuparse —le aseguró él—. Se quedó dormida y la llevé a la cama. —Hizo una pausa antes de añadir—: Completamente vestida.

—Es un alivio saberlo. —Miró su reloj—. Dios santo, ¿es realmente tan tarde o es que llevo el reloj al revés?

—Son las ocho y veinte —le dijo Townsend.

—Tendré que tomar un taxi inmediatamente. A las nueve tengo una reunión en el SoHo con el nuevo presidente, y debo causarle buena impresión. Si se negara a comprar el nuevo edificio, esa podría ser mi única oportunidad.

—No se moleste en tomar un taxi —dijo Townsend—. Mi chófer la llevará adonde necesite ir. Lo encontrará aparcado enfrente, en un BMW blanco.

—Gracias. Es muy generoso por su parte.

Angela terminó de beber rápidamente el café.

—La de anoche fue una cena estupenda, y usted fue todo un caballero —dijo al levantarse de la silla—. Pero si quiero estar allí antes que el señor Armstrong, debo marcharme ahora mismo.

—Desde luego.



Townsend se levantó y la ayudó a ponerse el abrigo. Al llegar a la puerta, ella se volvió a mirarle de nuevo.

—Si anoche no hice nada estúpido, ¿dije algo que pudiera lamentar?

—No, no lo creo. Simplemente, habló de su trabajo en la fundación —contestó Townsend, que le abrió la puerta de la habitación.

—Fue usted muy amable al escucharme. Espero que volvamos a vernos.

—Tengo la sensación de que así será —dijo Townsend.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Y a propósito —le dijo—, no me ha dicho en ningún momento cómo se llama.

—Keith Townsend.

—Oh, mierda —exclamó ella cuando la puerta ya se cerraba.

Esa mañana, cuando Armstrong llegó frente al 147 de Lower Broadway, se encontró con Lloyd Summers, que ya le esperaba en el último escalón, junto a una mujer delgada, de aspecto académico, que parecía muy cansada, o simplemente aburrida.

—Buenos días, señor Armstrong —dijo Summers en cuanto descendió del coche.

—Buenos días —contestó con una sonrisa forzada al estrechar la mano del director.

—Le presento a Angela Humphries, mi subdirectora. Quizá la viera anoche, en la inauguración de la exposición.

Armstrong recordaba su rostro, pero no que se la hubieran presentado. Asintió con un breve gesto de cortesía.

—Angela está especializada en el período renacentista —dijo Summers, que abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Qué interesante —dijo Armstrong, que no hizo ningún esfuerzo por parecer interesado.

—Permítame empezar por mostrarle el edificio —dijo el director tras entrar en un gran salón vacío en la planta baja.

Armstrong se introdujo una mano en el bolsillo y apretó un conmutador.

—Son paredes maravillosas para colgar cuadros —comentó el director con tono entusiasmado.

Armstrong trató de dar la impresión de que se sentía fascinado por un edificio que no tenía ninguna intención de comprar. Pero sabía que no podía admitir eso hasta después de haber sido confirmado como presidente del *Star* en la junta que se celebraría el lunes, algo que probablemente no sucedería sin el apoyo del cinco por ciento de las acciones de Summers. Se las arregló para intercalar de vez en cuando un «Maravilloso», «Es ideal», «Perfecto» o «Estoy de acuerdo» en el efusivo monólogo del director, y hasta llegó a decirle: «Qué inteligente por su parte haberlo encontrado», cuando entraron en una nueva sala.

Cuando Summers lo tomó por el brazo y se dispuso a conducirlo de nuevo hacia

la planta baja, Armstrong señaló una escalera que conducía a otro piso superior.

—¿Qué hay ahí arriba? —preguntó.

—Solo es una buhardilla —contestó Summers sin darle importancia—. Puede ser muy útil como almacén, pero no mucho más.

Angela no dijo nada, y trató de recordar si le había comentado al señor Townsend algo de lo que había en el último piso del edificio.

Al llegar de nuevo a la planta baja, Armstrong ya estaba impaciente por escaparse.

—Ahora comprenderá, presidente, por qué considero que este es el lugar ideal para que la fundación continúe con su trabajo hasta el siglo que viene —comentó Summers al salir de nuevo a la acera.

—No podría estar más de acuerdo con usted —asintió Armstrong—. Es absolutamente ideal. —Sonrió aliviado al ver quién le esperaba sentado en el asiento de atrás de la limusina—. Me ocuparé de todo el papeleo necesario en cuanto regrese a mi oficina.

—Yo estaré en la galería durante el resto del día —dijo Summers.

—En ese caso, esta misma tarde le enviaré los documentos para la firma.

—A cualquier hora que desee... durante el día de hoy —dijo Summers, que le ofreció la mano.

Armstrong estrechó la mano del director y, sin molestarse en despedirse de Angela, subió al coche, donde encontró a Russell con un bloc amarillo sobre el regazo y el bolígrafo preparado.

—¿Ha encontrado ya todas las respuestas? —le preguntó, antes de que el chófer pudiera poner el coche en marcha.

Se volvió para saludar a Summers antes de que el coche se apartara del bordillo.

—Sí, las tengo —contestó Russell, que miró su libreta—. Primero, la fundación está presidida actualmente por la señora Summers, que nombró director a su hijo hace seis años. —Armstrong hizo un gesto de asentimiento—. Segundo, el año pasado gastaron algo más de un millón de dólares de los beneficios del *Star*.

Armstrong se sujetó con firmeza al brazo del asiento.

—¿Cómo demonios lograron hacerlo?

—Bueno, para empezar, Summers recibe un salario de ciento cincuenta mil dólares anuales. Pero lo más interesante —añadió Russell tras consultar sus notas—, es que ha conseguido incluir doscientos cuarenta mil dólares anuales en su cuenta de gastos... durante los dos últimos años.

Armstrong pudo sentir cómo se le aceleraba el pulso.

—¿Cómo lo consigue? —preguntó en el momento en que se cruzaban con un BMW blanco que, por un instante, juraría haber visto antes en alguna parte.

Se volvió a mirarlo fijamente.

—Sospecho que su madre no hace demasiadas preguntas.

—¿Qué?

—Sospecho que su madre no hace demasiadas preguntas —repitió Russell.

—Pero ¿y el consejo de administración? Seguramente, sus miembros tienen el deber de ser más vigilantes. Por no hablar de los accionistas.

—Alguien planteó el tema durante la junta anual de accionistas del año pasado —dijo Russell tras consultar sus notas—. Pero el presidente les aseguró, y cito textualmente, que «los lectores del *Star* aprueban que el periódico participe en el avance de la cultura en nuestra gran ciudad».

—¿El avance de qué? —preguntó Armstrong.

—De la cultura —contestó Russell.

—¿Y qué me dice del edificio? —preguntó Armstrong señalando a la ventanilla trasera.

—Ninguna dirección futura tiene la obligación de comprar otro edificio una vez que haya expirado el alquiler del antiguo, en diciembre. —Armstrong sonrió por primera vez durante aquella mañana—. Debo advertirle, sin embargo —añadió Russell— que, en mi opinión, Summers deberá estar convencido de que ha comprado usted el edificio antes de que tenga lugar la junta anual de accionistas, el lunes. Si no fuera así, y como director del consorcio fideicomisario, todavía podría cambiar en el último momento el sentido del voto de su cinco por ciento de acciones.

—En ese caso, envíele dos copias de un contrato de arrendamiento, preparado para su firma. Eso lo mantendrá tranquilo hasta el lunes por la mañana.

Russell no pareció quedar muy convencido.

Cuando el BMW regresó al Carlyle, Townsend ya esperaba en la acera. Se instaló en el asiento de atrás y le preguntó al chófer:

—¿Dónde dejó usted a la mujer?

—En Lower Broadway, en el SoHo —contestó el chófer.

—En ese caso, lléveme allí —ordenó Townsend.

Al unirse el chófer al tráfico que circulaba por la Quinta Avenida, no dejó de sentirse extrañado por lo que el señor Townsend podía ver en aquella mujer. Tenía que haber un aspecto que él no había considerado. Quizá fuera una rica heredera.

Al entrar el BMW en Lower Broadway, Townsend no dejó de observar la alargada limusina aparcada frente al edificio que mostraba un cartel que decía «En venta» en una de las ventanas delanteras.

—Aparque a este lado de la calle, a unos cincuenta metros por delante del edificio donde dejó a la mujer esta mañana —le dijo al chófer.

Una vez puesto el freno de mano, Townsend miró por encima del hombro.

—¿Puede distinguir los números de teléfono de esos carteles?

—Hay dos carteles, señor —contestó el chófer—. Con dos números de teléfono diferentes.

—Necesito los dos —dijo Townsend.

El chófer leyó los números y Townsend los anotó en un billete de cinco dólares.

Luego tomó el teléfono del coche y marcó el primer número.

—Buenos días, aquí Wood, Knight & Levy, ¿en qué podemos servirle? —preguntó una voz.

Townsend dijo estar interesado por conocer los detalles del edificio en venta del número 147 de Lower Broadway.

—Le pondré con nuestras oficinas, señor —le dijeron.

Siguió un clic y un momento después otra voz preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Townsend repitió la pregunta y lo pasaron con una tercera persona.

—¿El número 147 de Broadway? Ah, sí, me temo que ya tenemos un posible comprador para esa propiedad, señor. Hemos recibido instrucciones de preparar un contrato de compra-venta, con la perspectiva de cerrar la operación el lunes. No obstante, tenemos otras propiedades en el mismo vecindario.

Townsend interrumpió la comunicación sin decir nada más. Solo en Nueva York podía asombrarse alguien ante tan mala educación. Marcó en seguida el segundo número. Mientras esperaba a que le pusieran con la persona correcta, se distrajo un momento al observar un taxi que se detenía frente al edificio. Del taxi bajó un hombre alto, de edad mediana, elegantemente vestido, que se acercó a la limusina, habló un momento con el chófer y subió luego al asiento de atrás. Una voz sonó por la línea telefónica.

—Tendrá que actuar con rapidez si está interesado en comprar el edificio del 147 —le dijo una voz—, porque sé que la otra empresa que se ocupa de la transacción ya ha encontrado a un cliente interesado y están a punto de cerrar un trato, y esto que le digo no es ninguna fanfarronada. De hecho, ahora mismo están visitando el edificio, de modo que no podría llevarlo a hacer lo mismo hasta por lo menos las diez.

—A las diez me parecería bien —dijo Townsend—. Me reuniré con usted frente al edificio.

Y tras decir esto cortó la comunicación.

Townsend solo tuvo que esperar unos pocos minutos más para que Armstrong, Summers y Angela salieran a la acera. Después de un breve intercambio de palabras y un apretón de manos, Armstrong subió a la limusina negra. No pareció sorprendido de encontrar allí a alguien que le esperaba. Al alejarse el coche, Summers le dirigió un saludo efusivo hasta que Armstrong se perdió de vista. Angela se mantuvo un par de pasos por detrás de él, con expresión de estar harta. Townsend se agachó al pasar la limusina, y al mirar de nuevo vio a Summers que detenía un taxi. Él y Angela subieron y Townsend los vio desaparecer en la dirección opuesta a la que había seguido la limusina.

En cuanto el taxi hubo doblado la esquina, Townsend bajó del coche y se acercó para estudiar el edificio desde el exterior. Un momento después continuó caminando y descubrió que algo más abajo, en la misma manzana, había otra propiedad similar en venta. También se anotó el número de teléfono indicado en el cartel en el billete de

cinco dólares. Luego regresó al coche.

Una llamada telefónica más le permitió descubrir que el precio del edificio del número 171 era de dos millones y medio de dólares. Summers no solo estaba tratando de conseguir un apartamento para él, sino que también daba la impresión de lograr un buen beneficio marginal sin que nadie lo supiera.

El chófer tabaleó sobre la ventanilla de separación interna y señaló hacia el número 147. Townsend levantó la mirada y vio a un hombre joven que subía los escalones. Colgó el teléfono, bajó del coche y se le acercó.

Después de haber recorrido detenidamente los cinco pisos del edificio, Townsend tuvo que estar de acuerdo con Angela en que era perfecto por tres millones de dólares... pero solo para una persona. Al salir de nuevo a la acera, le preguntó al agente:

—¿Cuál es el depósito mínimo que pediría por este edificio?

—El diez por ciento, no recuperable —contestó.

—Con los habituales treinta días para formalizar la operación, supongo.

—En efecto, señor —asintió el agente.

—Bien. En ese caso, extienda inmediatamente un contrato —dijo Townsend, que le entregó su tarjeta al joven—. Y envíemelo al Carlyle.

—Sí, señor —repitió el agente—. Me aseguraré de que lo reciba esta misma tarde.

Townsend extrajo finalmente un billete de cien dólares de la cartera y lo sostuvo ante el joven, para que este pudiera ver la efigie del presidente grabada en él.

—Y quiero que el otro agente que trata de vender la propiedad sepa que haré un depósito por la compra de este edificio a primeras horas del lunes por la mañana.

El joven se embolsó el billete de cien dólares y asintió.

En cuanto Townsend llegó a su habitación del Carlyle, llamó inmediatamente a Tom a su despacho.

—¿Qué planes tiene para el fin de semana? —le preguntó a su abogado.

—Una partida de golf y un poco de jardinería —contestó Tom—. Y también esperaba ver jugar a mi hijo menor en la escuela superior. Pero por su forma de plantear la pregunta, Keith, tengo la sensación de que ni siquiera tendré que tomar el tren de regreso a Greenwich.

—Tiene razón. Tenemos mucho trabajo que hacer antes del lunes por la mañana si es que quiero ser el próximo propietario del *New York Star*.

—¿Por dónde tengo que empezar?

—Por un contrato de compra-venta que hay que revisar antes de que lo firme. Luego, quiero que cierre usted un acuerdo con la única persona que puede hacer posible todo esto.

Cuando Townsend colgó finalmente el teléfono, se reclinó en el sillón y observó fijamente el pequeño libro rojo que le había mantenido despierto la noche anterior.

Pocos minutos después lo había tomado y abierto por la página cuarenta y siete.

Por primera vez en su vida se sintió agradecido por haber recibido una educación en Oxford.

# NEW YORK TIMES

---

11 de octubre de 1986

Guerra de las galaxias

**A**rmstrong firmó el contrato de alquiler y luego le pasó la pluma a Russell, que firmó como testigo.

Lloyd Summers no había dejado de sonreír desde que llegó aquella mañana a la Torre Trump, y casi saltó de la silla cuando Russell añadió su firma al contrato de alquiler por el edificio del número 147 de Lower Broadway. Extendió la mano y le dijo a Armstrong:

—Gracias, presidente. Espero con ansia poder trabajar con usted.

—Y yo con usted —dijo Armstrong, que le estrechó la mano.

Summers se inclinó ante Armstrong y luego hizo una inclinación algo menor ante Russell. Tomó el contrato y el depósito de trescientos mil dólares y se volvió para salir de la habitación. Al llegar a la puerta, se volvió a mirarlo y le dijo:

—Nunca lo lamentaré.

—Me temo que pueda llegar a lamentarlo, Dick —comentó Russell en cuanto se hubo cerrado la puerta—. ¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—No me quedó más alternativa en cuanto descubrí lo que Townsend se proponía.

—De modo que acaba de tirar a la basura esos tres millones de dólares —dijo el abogado.

—Trescientos mil —le corrigió Armstrong.

—No comprendo.

—He pagado el depósito, pero no tengo ninguna intención de comprar ese condenado edificio.

—Pero entonces le demandará si no cumple lo pactado en el término de treinta días.

—Lo dudo mucho —dijo Armstrong.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Porque dentro de un par de semanas llamará usted a su abogado y le dirá lo horrorizado que me sentí al descubrir que su cliente había firmado un contrato de alquiler por separado para un ático situado por encima de la galería, y que él me describió como una simple buhardilla.

—Eso será casi imposible de demostrar.

Armstrong extrajo un pequeño cassette del bolsillo interior y se lo entregó a Russell.

—Puede que sea mucho más fácil de lo que cree.

—Pero esto será inadmisibile como prueba —observó Russell, que tomó la cinta.

—En ese caso, tendrá que preguntarle qué habría ocurrido con los seiscientos mil dólares que los agentes le iban a pagar a Summers por encima del precio de venta original.



—Se limitará a negarlo, sobre todo porque usted no habrá cumplido con su parte del contrato.

Armstrong guardó un momento de silencio.

—Bueno, siempre queda un último recurso.

Abrió un cajón de su mesa y retiró una prueba de la primera página del *Star*, cuyo titular decía: «Lloyd Summers acusado de fraude».

—Le interpondrá otra demanda.

—No después de leer las páginas del interior.

—Pero eso ya será una historia muy antigua cuando llegue el momento de celebrarse el juicio.

—No, no lo será mientras yo sea el propietario del *Star*.

—¿Cuánto tiempo tardará? —preguntó Townsend.

—Yo diría que unos veinte minutos —contestó Tom.

—¿Y a cuántas personas ha logrado reunir?

—Algo más de doscientas.

—¿Será eso suficiente?

—Fue todo lo que conseguí con tan poco tiempo, de modo que esperemos que sí.

—¿Saben exactamente lo que se espera de ellos?

—Desde luego. Anoche les hice efectuar varios ensayos. Pero quisiera que se dirigiera usted a ellos antes de que empiece la junta.

—¿Y qué me dice de la actriz principal? ¿Ha ensayado bien su papel? —preguntó Townsend.

—No necesitó hacerlo porque ya lo había estudiado desde hacía algún tiempo.

—¿Estuvo de acuerdo con mis condiciones?

—Ni siquiera regateó.

—¿Y lo del contrato? ¿Alguna sorpresa por ese lado?

—Ninguna. Todo salió tal como ella dijo.

Townsend se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia Central Park.

—¿Será usted el que proponga la moción?

—No. Le he pedido a Andrew Fraser que se encargue de eso. Yo voy a estar con usted.

—¿Por qué eligió a Fraser?

—Es el socio más antiguo y eso le permitirá al presidente darse cuenta de lo serio de nuestra actitud.

Townsend se giró en redondo para mirar a su abogado.

—Entonces ¿qué puede salir mal?

Al salir Armstrong de las oficinas de Keating, Gould & Critchley, acompañado por el socio más antiguo del bufete de abogados, se encontró ante una batería de cámaras, fotógrafos y periodistas, todos los cuales esperaban obtener respuesta a las

mismas preguntas.

—¿Qué cambios se propone hacer, señor Armstrong, una vez que se convierta en el presidente del *Star*?

—¿Por qué cambiar una gran institución? —replicó—. En cualquier caso —añadió mientras caminaba por el largo pasillo y salía a la acera—, no soy la clase de propietario que interfiere en el funcionamiento cotidiano de un periódico. Pregunten a cualquiera de mis directores. Ellos se lo confirmarán.

Uno o dos de los periodistas que le seguían ya habían hecho precisamente eso, pero antes de que pudieran plantearle más preguntas, Armstrong ya había llegado a la relativa seguridad de su limusina.

—Condenados buitres —exclamó en cuanto el coche emprendió la marcha hacia el Hotel Plaza, donde se iba a celebrar la junta anual de accionistas del *Star*—. Ni siquiera puede controlar uno a los que emplea.

Russell no hizo ningún comentario. A lo largo del trayecto por la Quinta Avenida, Armstrong empezó a mirar el reloj a cada pocos momentos. Los semáforos parecían ponerse en rojo justo cuando se acercaban a ellos. ¿O es que uno solo se da cuenta de esas cosas cuando tiene prisa? Armstrong miró por la ventanilla hacia la acera llena de gentes de Manhattan que caminaban presurosas en ambas direcciones, a un ritmo que ahora ya daba por sentado. Al ponerse el semáforo en verde se tocó el bolsillo interior de la chaqueta para comprobar que llevaba el texto del discurso de aceptación del cargo. Había leído en cierta ocasión que Margaret Thatcher nunca permitía que sus ayudantes le llevaran los textos de los discursos que tenía que pronunciar, porque le aterrorizaba la idea de llegar ante un podio sin llevar escrito el guión de lo que tenía que decir. Ahora comprendió por primera vez la angustia de la primera ministra.

La nerviosa conversación entre Armstrong y su abogado se detuvo y reanudó varias veces, mientras el coche pasaba ante el edificio de la General Motors. Armstrong extrajo una gran polvera del bolsillo y se empolvó la frente. Russell seguía mirando fijamente por la ventanilla.

—Entonces ¿qué puede salir mal? —preguntó Armstrong por enésima vez.

—Nada —repitió Russell, que tabaleó con los dedos sobre el maletín de cuero que sostenía sobre las rodillas—. Tengo acciones y delegaciones de voto que totalizan el cincuenta y uno por ciento del accionariado, y sabemos que Townsend solo cuenta con el cuarenta y seis por ciento. Así que relájese.

Más cámaras, fotógrafos y periodistas esperaban en los escalones del Plaza al detenerse la limusina. Russell miró a su cliente que, a pesar de sus afirmaciones en contra, parecía disfrutar de cada momento de atención de que era objeto. Al salir Armstrong del coche, el director del Plaza se adelantó hacia él para saludarlo como si se tratara de un jefe de Estado que estuviera de visita. Condujo a los dos hombres hacia el interior del hotel, cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a la Sala Lincoln. Armstrong no vio a Keith Townsend, acompañado por el socio más antiguo de otro distinguido bufete de abogados, que salieron del ascensor al pasar él y su grupo.

Townsend había llegado al Plaza una hora antes. Sin que el director lo supiera, comprobó la sala donde se celebraría la junta y luego se dirigió a la *suite* State, donde Tom había reunido a un equipo de actores sin trabajo. Les informó brevemente del papel que esperaba que representaran y por qué era necesario que firmaran tantos formularios de transferencia de acciones. Cuarenta minutos más tarde, regresó al vestíbulo.

Townsend y Tom Spencer se encaminaron lentamente hacia la Sala Lincoln, por detrás de Armstrong. Podrían haber sido confundidos fácilmente por dos de sus acólitos.

—¿Y si ella no aparece? —preguntó Townsend.

—Entonces, una gran cantidad de gente habrá empleado mucho tiempo y dinero inútilmente —contestó Tom al entrar en la Sala Lincoln.

A Townsend le sorprendió ver lo llena que ya estaba la sala; imaginaba que las quinientas sillas que había visto colocar al personal a primeras horas de la mañana serían muchas más de las necesarias. Pero se equivocaba, y ya había gente de pie al fondo. Recorrida una tercera parte de la sala, un cordón rojo impedía a todo aquel que no fuera accionista acomodarse en las veinte hileras de sillas situadas delante del estrado. Los miembros de la prensa, los empleados del periódico y los simples curiosos tenían que quedarse al fondo de la sala.

Townsend y su socio avanzaron lentamente por el pasillo central, acosados por el *flash* de alguna que otra cámara, hasta que llegaron al cordón rojo, donde se les pidió a ambos que demostraran que eran accionistas de la compañía. Una mujer eficiente recorrió con un dedo una larga lista de nombres que abarcaba varias páginas. Hizo dos pequeñas cruces junto a los dos nombres, les sonrió y desenganchó el cordón para permitirles el paso.

Lo primero que observó Townsend fue la enorme atención que los medios de comunicación centraban en Armstrong y en su séquito, que parecían ocupar la mayoría de los asientos de las dos primeras filas. Fue Tom el primero en verlos. Tocó ligeramente a Townsend con el codo.

—Extremo de la izquierda —le dijo—. Hacia la décima fila.

Townsend miró a su izquierda y emitió un audible suspiro de alivio al ver a Lloyd Summers y a su subdirectora, sentados juntos.

Tom condujo a Townsend hacia el otro extremo de la sala, y los dos ocuparon sendos asientos al fondo. Townsend miró nervioso a su alrededor, y Tom señaló con un gesto hacia otro hombre que avanzaba en ese momento por el pasillo central. Andrew Fraser, el socio más antiguo del bufete de Tom ocupó un asiento vacío un par de filas por detrás de Armstrong.

Townsend dirigió su atención hacia el estrado, donde reconoció a algunos de los directores del *Star*, con los que se había reunido a lo largo de las últimas seis semanas. Formaban pequeños grupos por detrás de una mesa alargada, cubierta con un paño verde en el que se leían en grandes letras rojas las palabras «The New York

Star». Sabía que Armstrong les había prometido a varios de ellos que permanecerían en el consejo si él era elegido presidente. Ninguno de ellos le creyó.

El reloj de la pared, por detrás de ellos, indicaba que eran las doce menos cinco. Townsend miró por encima del hombro y observó que la sala empezaba a estar tan llena que pronto no quedaría espacio para nadie más. Se lo susurró a Tom, que también miró hacia atrás, frunció el ceño y dijo:

—Si eso fuera un problema cuando ellos empiecen a llegar, me ocuparé del asunto personalmente.

Townsend se volvió de nuevo hacia el estrado y observó a los miembros del consejo, que empezaron a ocupar sus asientos tras la mesa alargada. La última persona en ocupar su asiento fue Cornelius J. Adams IV, como indicaba a los menos informados un cartel elegantemente grabado situado delante de él. En cuanto se hubo sentado, las cámaras dirigieron su atención desde la primera fila del público hasta el estrado. Las conversaciones que llenaban el salón se hicieron más apagadas. En el momento en que el reloj empezaba a hacer sonar las doce campanadas, el presidente hizo sonar el martillo varias veces para imponer orden, hasta que atrajo la atención de todos los presentes.

—Buenas tardes, damas y caballeros —empezó a decir—. Soy Cornelius Adams, presidente del consejo de administración del *New York Star*. —Hizo una pausa—. Bueno, al menos durante unos pocos minutos más. —Miró hacia donde estaba sentado Armstrong y brotaron unas ligeras risas ante lo que Townsend sospechaba que era una frase bien ensayada—. Iniciamos la junta anual y general de accionistas del periódico más grande de Estados Unidos.

Esa afirmación fue saludada con aplausos de entusiasmo por parte de quienes estaban sentados en los dos primeros tercios del salón, y con silenciosa indiferencia por la mayoría de quienes se encontraban por detrás del cordón rojo.

—Nuestro propósito principal hoy —continuó—, consiste en nombrar a un nuevo presidente, al hombre que tendrá la responsabilidad de dirigir el *Star* hacia el próximo siglo. Como estoy seguro que sabrán todos ustedes, a principios de este año se hizo una oferta de adquisición de acciones del periódico por parte del señor Richard Armstrong, de Armstrong Communications, y ese mismo día se planteó una contraoferta por parte del señor Keith Townsend, de Global Corp. Mi primera tarea de esta tarde consiste en informarles sobre el procedimiento a seguir para que se produzca una suave transferencia de poder.

»Puedo confirmarles que ambas partes afectadas me han presentado, a través de sus distinguidos asesores legales, demostración fehaciente de su posesión o control sobre las acciones de la compañía. Nuestros auditores han comprobado por dos veces esas declaraciones y las han hallado en orden. Demuestran —añadió, tomando una pizarra que tenía junto a la mesa, y mostrándola ante el público asistente—, que el señor Richard Armstrong está en posesión del cincuenta y uno por ciento de las acciones de la empresa, mientras que el señor Keith Townsend controla el cuarenta y

seis por ciento. Un tres por ciento de los accionistas no han dado a conocer sus preferencias.

»Como accionista mayoritario, el señor Armstrong cuenta *ipso facto* con el control de la empresa, de modo que no me resta por hacer otra cosa que ofrecerle la presidencia de esta junta, a menos que, como se dice en los servicios de registros matrimoniales, exista alguna causa o impedimento para no hacerlo así.

Sonrió abiertamente al público, como un sacerdote que se encontrara ante los novios, y guardó silencio por un momento.

Entonces, una mujer se levantó en la tercera fila.

—Los dos hombres que tratan de hacerse con el control del *Star* son extranjeros —dijo—. ¿Qué recurso tengo si no deseo a ninguno de los dos como presidente?

Era una pregunta que el secretario de la empresa ya había anticipado, y para la que Adams tenía preparada una respuesta.

—Ninguna, señora —fue la respuesta inmediata del presidente—. De otro modo, cualquier grupo de accionistas estaría en posición de eliminar a los directores estadounidenses de compañías británicas y australianas en todo el mundo.

El presidente se sintió satisfecho, al pensar que había tratado a la mujer con amabilidad y contestado a su pregunta con efectividad.

La mujer en cuestión, sin embargo, no estuvo de acuerdo. Se volvió de espaldas al estrado y abandonó la sala, seguida por un cámara de la CNN y un fotógrafo.

Siguieron varias preguntas más sobre el mismo tema, algo de cuya probabilidad Russell ya había advertido a Armstrong.

—Son simplemente accionistas que ejercen sus condenados derechos —le explicó.

A medida que se contestaba a cada pregunta, Townsend se volvía y miraba con ansiedad hacia la puerta. Cada vez que lo hacía encontraba a más gente bloqueando la puerta. Tom comprendió lo nervioso que empezaba a sentirse su cliente, de modo que se levantó del asiento, se dirigió al fondo de la sala y habló un momento con el ujier. Para cuando el presidente ya creía haber contestado satisfactoriamente todas las preguntas planteadas desde el público, algunas de ellas dos veces, Tom había regresado a su sitio.

—No se preocupe, Keith —le aseguró—. Todo está bajo control.

—Pero ¿cuándo empezará Andrew...?

—Paciencia —le aconsejó Tom.

—Si no hay más preguntas entre el público —anunció el presidente—, solo me resta por cumplir la agradable tarea de invitar al señor Richard...

Habría terminado la frase si Andrew Fraser no se hubiera levantado en ese momento de su asiento, un par de filas por detrás de Armstrong, para indicar que deseaba tomar la palabra.

Cornelius J. Adams frunció el ceño, pero asintió con un breve gesto al darse cuenta quién era el que deseaba plantear una pregunta.

—Señor presidente —dijo Fraser, y uno o dos gemidos surgieron en la sala.

—¿Sí? —preguntó Adams, incapaz de ocultar su irritación.

Townsend se volvió a mirar de nuevo hacia la entrada y vio a un grupo de gente que se abría paso por el pasillo central hacia los asientos de los accionistas. A medida que cada uno de ellos llegaba hasta el cordón rojo era detenido por la eficiente mujer que comprobaba sus nombres en la larga lista, antes de desenganchar el cordón para permitirlos pasar y ocupar los pocos puestos que quedaban libres.

—Desearía llamar su atención sobre la regla 7 B de los estatutos de la compañía —siguió diciendo el colega de Tom.

Los murmullos de conversación se extendieron por toda la sala. Pocas de las personas situadas a ambos lados del cordón habían leído los estatutos de la empresa y, desde luego, nadie tenía idea de lo que decía la regla 7 B. El presidente se inclinó para permitir que el secretario de la compañía le susurrara al oído las palabras que acababa de leer en la página cuarenta y siete del pequeño libro de tapas de cuero rojo, raras veces consultado. Se trataba de una cuestión que no había anticipado, y para la que no disponía de una respuesta preparada.

A juzgar por el frenesí de actividad que se produjo en la fila delantera, Townsend comprendió que el primer hombre al que había visto subir al asiento trasero de la limusina, frente al 147 de Lower Broadway, trataba de explicar a su cliente el significado de la regla 7 B.

Andrew Fraser esperó a que se acallaran las voces que siguieron al planteamiento de su pregunta, dando así más tiempo para que el flujo continuo de personas que entraban en la sala ocupara sus puestos más allá del cordón rojo. Al presidente le pareció necesario hacer sonar varias veces el martillo para imponer silencio, antes de que la sala se tranquilizara lo suficiente como para informar a todos los presentes.

—La regla 7 B permite a cualquier accionista que asista a la junta anual general... —leía directamente del texto del pequeño libro rojo— «proponer a un candidato para ocupar cualquier puesto de la compañía». ¿Es esa la regla a la que usted se refiere, señor? —preguntó, mirando directamente a Andrew Fraser.

—En efecto —contestó con firmeza el abogado de edad avanzada.

El secretario de la compañía tiró de la manga de la chaqueta del presidente. Una vez más, Adams se inclinó hacia él y escuchó. Andrew Fraser permaneció de pie. Un momento más tarde, el presidente se levantó y miró fijamente a Fraser.

—Como seguramente sabrá, señor, no se puede proponer un candidato alternativo para el puesto de presidente sin haberlo comunicado por escrito con treinta días de antelación, según la regla 7 B, apartado a —dijo, con una cierta satisfacción.

—Soy consciente de ello, señor —asintió Fraser, que permanecía de pie—. Pero no es para el puesto de presidente para el que propongo un candidato.

Un gran alboroto de voces estalló por toda la sala. Adams tuvo que golpear varias veces el martillo antes de que Fraser pudiera continuar.

—Deseo proponer un candidato para el puesto de director de la Fundación

Summers.

Townsend no dejó de observar a Lloyd Summers, que se había quedado blanco. Miraba fijamente a Andrew Fraser, y se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo de seda roja.

—Pero ya tenemos a un excelente director en la persona del señor Summers —dijo el presidente—. ¿O desea simplemente confirmar su puesto? Si fuera así, puedo asegurarle que el señor Armstrong tiene toda la intención de...

—No, señor. Propongo que el señor Summers sea sustituido por la señorita Angela Humphries, la actual subdirectora.

El presidente se inclinó y trató de asegurarse con el secretario de la compañía que la moción planteada estaba dentro del orden. Tom Spencer se levantó entonces y empezó a comprobar a los asistentes para asegurarse de que todos sus reclutas se encontraban por delante del cordón rojo. Townsend pudo ver que todos los asientos se hallaban ocupados, y que varios de los llegados en el último momento tenían que contentarse con permanecer de pie en los pasillos laterales, o sentarse en ellos.

Finalmente, el secretario de la compañía le confirmó que la moción se ajustaba a las normas.

—¿Alguien apoya la moción? —preguntó el presidente.

Ante su sorpresa, varias manos se levantaron. Adams eligió a una mujer sentada en la fila quinta.

—¿Me puede decir su nombre, por favor? Es para las actas.

—Señora Roscoe —contestó la mujer.

—Es mi deber informarle que, de acuerdo con la regla 7 B, tendrá lugar ahora una votación que permita emitir su voto a todos los accionistas presentes. —Leyó directamente del libro rojo—. Se distribuirán las papeletas de votación, tal como se indica en los estatutos, y pueden colocar una cruz en uno de los cajetines que contienen, indicando si están a favor o en contra de la moción para sustituir al señor Lloyd Summers como director de la Fundación Summers por la señorita Angela Humphries. —Hizo una pausa y levantó la mirada—. En esta situación, me parece apropiado indicar que es la intención del consejo de administración votar por unanimidad contra esta moción, al creer que la corporación fideicomisaria ha sido bien servida por su actual director, el señor Summers, y que se le debe permitir que continúe ocupando ese puesto.

Summers miró nervioso a Adams, pero pareció tranquilizarse al ver que los miembros del consejo asentían con gestos, en apoyo de su presidente.

Los ayudantes empezaron a moverse por los pasillos laterales y a distribuir las papeletas de votación. Armstrong colocó su cruz en el cajetín marcado «EN CONTRA». Townsend puso la suya en el que indicaba «A FAVOR», y luego introdujo la papeleta en la urna de estaño que se le presentó.

A medida que continuó la votación, algunas personas de la sala empezaron a levantarse, como para estirar las piernas. Lloyd Summers permaneció sentado en

silencio, derrumbado en su silla, y de vez en cuando se pasaba el pañuelo de seda roja por la frente. Angela Humphries no le miró en ningún momento.

Russell le aconsejó a su cliente que se mantuviera tranquilo y utilizara el tiempo para repasar su discurso de aceptación. Estaba convencido de que, después de la clara aquiescencia del consejo, la moción sería ampliamente derrotada.

—Pero ¿no debería hablar un momento con la señorita Humphreys, para el caso de que no lo sea? —susurró Armstrong.

—Creo que eso no sería nada prudente teniendo en cuenta las circunstancias —contestó Russell—, sobre todo si observa junto a quién está sentada.

Armstrong miró en aquella dirección y frunció el ceño. Seguramente, Townsend no podía haber...

Mientras tenía lugar el recuento de los votos, en algún lugar por detrás del estrado, Lloyd Summers trató de hacerle enojadamente una pregunta a su subdirectora. Ella lo miró y sonrió dulcemente.

—Damas y caballeros —dijo Cornelius Adams, que se levantó de nuevo de su asiento—, les ruego que regresen a sus asientos, ya que ha terminado el recuento.

Quienes habían estado charlando en los pasillos volvieron a sus puestos y esperaron a que se declarara el resultado de la votación. El secretario de la compañía le pasó una hoja de papel doblado al presidente. Este la abrió y, como un buen juez, no ofreció en su expresión ninguna clave que permitiera adivinar el veredicto.

—Han apoyado la moción 317 votos —declaró con un tono senatorial.

Townsend respiró profundamente.

—¿Es suficiente? —le preguntó a Tom, tratando de calcular cuántas personas se sentaban por delante del cordón rojo.

—Estamos a punto de descubrirlo —contestó Tom con calma.

—Han votado en contra 286. En consecuencia, declaro aprobada la moción por treinta y un votos. —Hizo una pausa—. La señorita Angela Humphries queda nombrada nueva directora de la fundación.

Un murmullo de voces se extendió por la sala, seguido por un gran alboroto, ya que, al parecer, todos los presentes tenían algo que decir.

—Por un margen más estrecho del que había esperado —comentó Townsend.

—Pero ha ganado usted, y eso es lo único que importa —replicó Tom.

—No, no he ganado todavía —le recordó Townsend, con la mirada muy fija en Angela.

Ahora, los presentes miraban por la sala y trataban de descubrir dónde estaba sentada la señorita Humphries, aunque no eran muchos los que sabían cuál era su aspecto. Una persona permaneció de pie en su puesto.

En el estrado, el presidente consultaba de nuevo con el secretario, que una vez más le leía directamente del texto del pequeño libro rojo. Finalmente, asintió con un gesto, se volvió hacia el público e hizo sonar el martillo para imponer orden.

El presidente miró directamente a Fraser y esperó a que los murmullos se



acallaran y se restableciera una apariencia de orden.

—¿Tiene la intención de proponer alguna otra moción, señor Fraser? —preguntó, sin hacer el menor intento por ocultar el sarcasmo de su voz.

—No, señor, no la tengo. Pero desearía saber a quién apoyará la recién elegida directora con el cinco por ciento de acciones que posee la fundación sobre la compañía, ya que eso afectará a la identidad del siguiente presidente del consejo de administración.

Por un momento, todos los presentes en la sala empezaron a hablar y mirar de un lado a otro, buscando a la nueva directora. El señor Fraser se sentó y Angela se levantó entonces de su asiento, como si se encontrara al otro lado del columpio.

El presidente desvió hacia ella toda su atención.

—Señorita Humphries —le dijo—, puesto que ahora controla usted el cinco por ciento de las acciones de la compañía, es mi deber preguntarle a quién apoyará como presidente.

Lloyd Summers no dejaba de limpiarse la frente, pero no tuvo valor para levantar la mirada hacia Angela. Ella parecía sentirse notablemente tranquila y compuesta. Esperó hasta que se produjo un silencio total.

—Señor presidente, no le sorprenderá que apoye al hombre que, en mi opinión, servirá mejor a los intereses de la fundación.

Hizo una pausa que Armstrong aprovechó para levantarse y saludarla, moviendo una mano en su dirección, pero el resplandor de los focos de la televisión impidió que ella lo viera. El presidente pareció relajarse.

—El consorcio fideicomisario ofrece su voto, correspondiente al cinco por ciento de las acciones, en favor del señor... —Hizo una nueva pausa, evidentemente disfrutando de cada momento—..., Keith Townsend.

Fuertes murmullos estallaron de nuevo en la sala. Por primera vez, el presidente se quedó sin habla. Dejó caer el martillo al suelo y miró con la boca abierta hacia Angela. Un momento después se recuperó y empezó a imponer orden. Una vez que creyó ser oído por los presentes, preguntó:

—¿Es usted consciente, señorita Humphries, de las consecuencias de cambiar el sentido del voto de la fundación en esta fase tan avanzada?

—Desde luego que lo soy, señor presidente —contestó ella con firmeza.

Un grupo de abogados de Armstrong ya se había levantado para protestar. El presidente no hacía más que golpear con el martillo para imponer orden. Una vez que se hubieron acallado las voces, anunció que, puesto que la señorita Humphries cedía los votos de su cinco por ciento de la compañía, en posesión de la fundación, en favor del señor Townsend, eso le proporcionaba el 51 por ciento de los votos totales, contra el 46 por ciento de Armstrong y que, en consecuencia, según el artículo 11 A, apartado d de los estatutos, no tenía más remedio que declarar al señor Keith Townsend nuevo presidente del *New York Star*.

Los doscientos accionistas que habían llegado en el último momento al salón se

pusieron a vitorear a coro, como extras de una película bien ensayada, mientras Townsend se levantaba y se dirigía al estrado. Armstrong abandonó precipitadamente la sala, y dejó a sus abogados que continuaran con sus protestas.

Townsend empezó por estrechar las manos de Cornelius Adams, el presidente anterior, y las de cada uno de los miembros del consejo de administración, aunque ninguno de ellos pareció particularmente complacido con él.

Luego, ocupó su asiento en el centro del estrado y observó la ruidosa sala.

—Señor presidente, damas y caballeros —dijo, tomando el micrófono—, quisiera empezar por expresarle mi agradecimiento, señor Adams, así como al consejo de administración del *Star*, por el servicio y el inspirado liderazgo que todos han ofrecido a la empresa durante los últimos años, y les deseo a todos y cada uno de ustedes el mayor éxito en todo aquello que decidan hacer en el futuro.

Tom se sintió contento que Townsend no viera las expresiones de los rostros de los hombres sentados tras él.

—Quisiera asegurar a los accionistas de este gran periódico, que haré todo lo que esté en mi poder para mantener las tradiciones del *Star*. Cuentan con mi palabra de que nunca interferiré en la integridad editorial del periódico, como no sea para recordar a cada uno de sus periodistas las palabras del gran C. P. Scott, director del *Manchester Guardian*, y que han sido el lema de mi vida profesional: «El comentario es libre, pero los hechos son sagrados».

Los actores se levantaron de nuevo de sus asientos y empezaron a aplaudir al unísono. Una vez amortiguado el ruido de los aplausos, Townsend terminó diciendo:

—Espero verles a todos ustedes dentro de un año.

Dejó caer el martillo y dio por concluida la junta anual general de accionistas.

Varias de las personas sentadas en la primera fila se levantaron inmediatamente de nuevo para continuar con sus protestas, mientras que otras doscientas cumplían con las instrucciones que se les habían dado. Se levantaron y empezaron a dirigirse hacia la salida, hablando en voz alta entre ellas. Pocos minutos más tarde en la sala solo quedaba un grupo de personas que protestaban ante un estrado vacío.

En cuanto Townsend abandonó la sala, lo primero que hizo fue preguntarle a Tom:

—¿Ha redactado un nuevo contrato de alquiler por el antiguo edificio de la fundación?

—Sí, está en mi despacho. Lo único que necesita es su firma.

—¿Y no se producirá aumento en el alquiler?

—No, se ha concretado ya para los próximos diez años —contestó Tom—. Tal y como la señorita Humphries me aseguró que se haría.

—¿Y el contrato de ella?

—También es por diez años, pero con un tercio del salario de Lloyd Summers.

Al salir los dos hombres del hotel, Townsend se volvió hacia su abogado y le comentó:

—Bien, lo único que tengo que decidir ahora es si firmar ese contrato o no.

—Pero yo ya he llegado a un acuerdo verbal con ella —dijo Tom.

Townsend miró a su abogado con una sonrisa burlona, mientras el director del hotel y varios cámaras, fotógrafos y periodistas les seguían hacia el coche que esperaba.

—Ahora me toca a mí hacerle una pregunta —dijo Tom una vez que estuvieron sentados en el interior del BMW.

—Adelante.

—Ahora que todo ha pasado, quisiera saber cuándo se le ocurrió este golpe maestro para derrotar a Armstrong.

—Hace aproximadamente cuarenta años.

—Creo que no le comprendo —dijo el abogado, que lo miró extrañado.

—No tiene razones para comprenderlo, compañero Tom, pero eso es porque no era usted miembro del Club Laborista de la Universidad de Oxford, cuando no pude convertirme en presidente del mismo simplemente porque no me había molestado en leer sus estatutos.

12 DE JUNIO DE 1987

**The**  
**SUN**

---

Tercera victoria de Maggie: Los tories ganan fácilmente  
«por 110 escaños»

Cuando Armstrong salió precipitadamente del Salón Lincoln, decidido a no sufrir la humillación de tener que asistir al discurso de aceptación de Townsend, pocos fueron los periodistas que se molestaron en seguirle. Pero sí lo hicieron dos caballeros llegados expresamente desde Chicago. Las instrucciones de su cliente no podían haber quedado más claras.

—Hagan una oferta a cualquiera de los dos que fracase para convertirse en presidente del *Post*.

Armstrong se quedó a solas en la acera, tras haber despachado a uno de sus caros abogados para que encontrara y le trajera su limusina. Al director del hotel ya no se le veía por ninguna parte.

—¿Dónde está mi condenado coche? —gritó Armstrong, que miró fijamente el BMW blanco aparcado en la acera de enfrente.

—Acudirá a recogerlos dentro de un momento —contestó Russell, que llegó en ese momento a su lado.

—¿Cómo ha logrado ganar la votación? —preguntó Armstrong.

—Tuvo que haber creado un gran número de accionistas durante las últimas veinticuatro horas. Accionistas que no aparecerán en el registro durante por lo menos otras dos semanas.

—Entonces, ¿por qué se les permitió asistir a la junta?

—Lo único que tenían que hacer era presentar a la persona que comprobaba la lista la demostración de que poseían las acciones mínimas exigidas para su asistencia, junto con su identidad. Todo lo que se necesitó fueron cien acciones por, digamos, doscientos de ellos. Podrían haber comprado esas acciones a cualquier agente de Bolsa de Wall Street, o el mismo Townsend pudo haberles cedido 20 000 de sus acciones antes de que se iniciara la junta.

—¿Y eso es legal?

—Digamos que entra dentro de la letra de la ley —contestó Russell—. Podríamos desafiar esa legalidad ante los tribunales. En eso se tendrían que emplear un par de años de trabajo, y no hay forma de saber de qué lado se pondría el juez. Pero mi consejo es que se limite usted a vender sus acciones y conseguir un buen beneficio por ellas.

—Ese es exactamente la clase de consejo que me daría usted —dijo Armstrong—. Y no tengo la intención de seguirlo. Voy a exigir tres puestos en el consejo de administración y acosar a ese condenado hombre durante el resto de su vida.

Dos hombres altos, elegantemente vestidos con abrigos negros se encontraban a pocos metros de distancia de ellos. Armstrong imaginó que debían de formar parte del equipo de abogados de Critchley.

—¿Cuánto me están costando esos dos? —preguntó.

Russell se volvió a mirarlos.

—No los había visto antes —contestó.

Eso pareció actuar como una excusa, porque uno de los dos hombres se adelantó un paso hacia ellos.

—¿Señor Armstrong? —preguntó.

Armstrong se disponía a contestar cuando Russell se adelantó un paso y lo hizo por él.

—Soy Russell Critchley, el abogado del señor Armstrong en Nueva York. ¿Qué desean?

El más alto de los dos hombres sonrió.

—Buenas tardes, señor Critchley. Soy Earl Withers, de Spender, Dickson & Withers, de Chicago. Tengo entendido que hemos tenido el placer de mantener negociaciones con su bufete en el pasado.

—En muchas ocasiones —asintió Russell, que sonrió por primera vez.

—Digan lo que tengan que decir —intervino Armstrong.

El más bajo de los dos hombres asintió con un gesto.

—Nuestro bufete tiene el honor de representar al Chicago News Group, y mi colega y yo desearíamos discutir una propuesta de negocios con su cliente.

—¿Por qué no se ponen en contacto conmigo mañana por la mañana, en mi oficina? —sugirió Russell, en el momento en que llegaba la limusina.

—¿De qué propuesta de negocios se trata? —preguntó Armstrong cuando el chófer bajó y le abrió la portezuela trasera.

—Hemos sido autorizados para ofrecerle la oportunidad de comprar el *New York Tribune*.

—Como ya le he dicho... —empezó a decir nuevamente Russell.

—Les veré a ambos en mi apartamento de la Torre Trump dentro de quince minutos —dijo Armstrong antes de subir al coche.

Withers asintió con un gesto mientras Russell se dirigía hacia el otro lado del coche y se acomodaba junto a su cliente. Cerró la portezuela, apretó un botón y no dijo nada hasta que el cristal de separación se elevó entre ellos y el chófer.

—Dick, en ninguna circunstancia le recomendaría... —empezó a decir el abogado.

—¿Por qué no? —preguntó Armstrong.

—Es bastante sencillo —dijo Russell—. Todo el mundo sabe que el *Tribune* tiene unas deudas de doscientos millones de dólares, y pierde más de un millón de dólares a la semana. Además, se halla enzarzado en una insostenible disputa con los sindicatos. Le aseguro, Dick, que nadie puede darle la vuelta a la situación de ese periódico.

—Townsend consiguió hacerlo con el *Globe* —observó Armstrong—. Como sé muy bien a mi propia costa.

—Eso fue una situación completamente diferente —dijo Russell, que empezaba a sentirse desesperado.

—Y apuesto a que vuelve a hacer lo mismo con el *Star*.

—A partir de una base mucho más viable, que es precisamente la razón por la que montó usted una operación para apoderarse del periódico.

—En la que usted fracasó —le dijo Armstrong—. Así pues, no se me ocurre ninguna razón por la que no deba escuchar su propuesta.

La limusina se detuvo momentos después frente a la Torre Trump. Los dos abogados de Chicago ya estaban allí, esperándoles.

—¿Cómo han conseguido llegar antes? —preguntó Armstrong, que abrió la portezuela y bajó a la acera.

—Tengo la impresión de que han venido a pie —contestó Russell.

—Sígueme —les dijo Armstrong a los dos abogados, para dirigirse directamente hacia los ascensores.

Ninguno de ellos dijo nada hasta que se encontraron todos en el ático. Armstrong ni siquiera les preguntó si deseaban quitarse los abrigos o sentarse, y no les ofreció una taza de café.

—Mi abogado me dice que su periódico está en bancarrota y que ni siquiera es prudente que hable con ustedes.

—Es posible que el consejo del señor Critchley sea correcto. A pesar de todo, el *Tribune* sigue siendo el único competidor del *New York Star* —dijo Withers, que parecía actuar como portavoz—. Y a pesar de todos sus problemas actuales, sigue teniendo una tirada superior al *Star*.

—Solo cuando consigue llegar a ser distribuido en las calles —intervino Russell.

Withers asintió con un gesto pero no dijo nada, evidentemente con la esperanza de que pasaran a otro tema.

—¿Es cierto que tiene una deuda de doscientos millones de dólares? —preguntó Armstrong.

—Doscientos siete millones, para ser exactos —asintió Withers.

—¿Y pierde más de un millón a la semana?

—Aproximadamente un millón trescientos mil.

—¿Y que los sindicatos les tienen cogidos por los huevos?

—En Chicago, señor Armstrong, lo describiríamos como cogidos por el cañón del arma. Pero esa es precisamente la razón por la que mis clientes creen que deberíamos ponernos en contacto con usted, puesto que no tenemos mucha experiencia en tratar a los sindicatos.

Russell confiaba que su cliente comprendiera que Withers habría podido cambiar el nombre de Armstrong por el de Townsend si la votación celebrada media hora antes hubiera salido de otro modo. Observó con atención a su cliente, y empezó a temer que se sintiera lentamente seducido por los dos hombres de Chicago.

—¿Por qué podría hacer yo algo que ustedes han sido tan lamentablemente

incapaces de hacer en el pasado? —preguntó Armstrong volviéndose a mirar para contemplar una vista panorámica de Manhattan.

—Temo que la prolongada relación de mi cliente con los sindicatos haya llegado a ser insostenible, y las cosas no se ven facilitadas por el hecho de que el periódico hermano del *Tribune*, así como la sede central del grupo se encuentren en Chicago. Debo añadir que se va a necesitar a un gran hombre para sortear esta clase de problemas. Alguien que sea capaz de enfrentarse a los sindicatos tal y como hizo el señor Townsend con tanto éxito en Gran Bretaña.

Russell observó para ver la reacción de Armstrong. No podía creer que su cliente se dejara engatusar por unos halagos tan serviles. Lo que debía hacer era darse media vuelta y echarlos de allí. Armstrong hizo lo primero, pero no lo segundo.

—Y si no lo compro, ¿cuál es su alternativa?

Russell se inclinó en su silla, se llevó las manos a la cabeza y emitió un suspiro audible.

—No tendremos más remedio que cerrar el periódico y permitir que Townsend disfrute del monopolio periodístico en esta ciudad.

Armstrong no dijo nada, pero siguió mirando fijamente a los dos hombres, que todavía no se habían quitado los abrigos.

—¿Cuánto esperan conseguir por ello?

—Estamos abiertos a recibir sus ofertas —contestó Withers.

—Apuesto a que sí —dijo Armstrong.

Russell hubiera querido que les hiciera una oferta que ellos pudieran rechazar.

—De acuerdo —dijo Armstrong, que evitó la mirada de incredulidad de su abogado—. Esta es mi oferta. Me haré cargo del periódico por veinticinco centavos, el precio actual de un ejemplar.

Lanzó una risotada. Los abogados de Chicago sonrieron por primera vez y Russell hundió aún más la cabeza entre las manos.

—Pero tendrán que asumir la deuda de doscientos siete millones de dólares en su balance —añadió Armstrong—. Y mientras se efectúan todos los trámites, cualquier coste adicional por el funcionamiento cotidiano del periódico será de su entera responsabilidad. —Se giró para mirar a Russell—. Ofrezca una copa a nuestros dos amigos mientras consideran mi propuesta.

Armstrong se preguntó cuánto tiempo tardarían en regatear. Pero no tenía forma de saber que el señor Withers había recibido instrucciones de vender el periódico por un dólar. El abogado tendría que informar a sus clientes de que habían perdido setenta y cinco centavos en el trato.

—Regresaremos a Chicago y recibiremos instrucciones —fue todo lo que dijo Withers.

Una vez que los dos abogados de Chicago se marcharon, Russell se pasó el resto de la tarde tratando de convencer a su cliente de que sería un error comprar el *Tribune*, fueran cuales fuesen las condiciones.



Pocos minutos después de las seis, al abandonar la Torre Trump, después de haber tomado parte en el almuerzo más prolongado de su vida, acordaron que si Withers llamaba para aceptar su oferta, Armstrong dejaría bien claro que ya no estaba interesado en ella.

Cuando Withers llamó a la semana siguiente para comunicar que sus clientes habían aceptado la oferta, Armstrong le dijo que se lo había pensado mejor.

—¿Por qué no visita el edificio antes de dar una respuesta definitiva? —sugirió Withers.

Armstrong no vio nada de malo en ello y hasta le pareció que sería una forma fácil de librarse del compromiso. Russell sugirió acompañarlo para, después de haber visitado el edificio, encargarse de llamar a Chicago y explicar que su cliente no deseaba seguir adelante.

Aquella misma tarde, al llegar ante el edificio del *New York Tribune*, Armstrong se situó en la acera de enfrente y contempló el rascacielos *art déco*. Aquello fue amor a primera vista. Al entrar en el vestíbulo y ver el globo de cinco metros de altura, en el que se indicaba la distancia en millas a las principales ciudades del mundo, incluidas Londres, Moscú y Jerusalén, se sintió con ánimos para declararse. Pero el matrimonio quedó consumado en cuanto le empezaron a vitorear los cientos de empleados que se habían reunido en el vestíbulo, a la espera de su llegada. Por mucho que su abogado trató de convencerlo de lo contrario, no pudo evitar que tuviera lugar la ceremonia de firma del contrato.

Seis semanas más tarde, Armstrong tomó posesión del *New York Tribune*. El titular de la primera página del periódico de aquella tarde informaba a los neoyorquinos:

---

« ¡DICK TOMA EL MANDO! » .

---

Townsend se enteró de la oferta de Armstrong de adquirir el *Tribune* por veinticinco centavos en el programa *Today*, cuando estaba a punto de meterse en la ducha. Se detuvo y observó a su rival en la pantalla del televisor, repantigado en un sillón y llevando una gorra roja de béisbol, con la leyenda «The N. Y. Tribune» grabada en ella.

—Tengo la intención de mantener en las calles al periódico más grande de Nueva York —le decía a Barbara Walters—, me cueste lo que me cueste.

—El *Star* ya está en las calles —dijo Townsend, como si Armstrong estuviera en la habitación y pudiera oírle.

—Y seguir ofreciendo trabajo a los mejores periodistas de Estados Unidos.

—Esos ya trabajan para el *Star*.

—Y quizá, si tengo un poco de suerte, hasta es posible que consiga unos pocos de beneficios —añadió Armstrong con una risa.

—Deberás tener mucha suerte para eso —dijo Townsend—. Pregúntale ahora cómo piensa negociar con los sindicatos —añadió, mirando fijamente a Barbara Walters.

—Pero ¿no existe un gran problema de exceso de personal, que ha agobiado al *Tribune* durante las tres últimas décadas?

Townsend dejó abierto el grifo de la ducha, mientras esperaba a escuchar la respuesta.

—Es posible que haya sido así en el pasado, Barbara —contestó Armstrong—. Pero les he dejado bien claro a los sindicatos afectados que si no aceptan los recortes que propongo en el personal, no me quedará más alternativa que cerrar el periódico de una vez por todas.

—¿Cuánto tiempo les darás para que decidan? —preguntó Townsend.

—¿Y durante cuánto tiempo estará dispuesto a seguir perdiendo más de un millón de dólares a la semana antes de cumplir con esa amenaza?

La mirada de Townsend no se apartó en ningún momento de la pantalla.

—No he podido dejar más clara mi postura a los líderes sindicales —contestó Armstrong con firmeza—. Seis semanas como máximo.

—Pues le deseo mucha suerte, señor Armstrong —dijo Barbara Walters—. Espero poder entrevistarle de nuevo dentro de seis semanas.

—Una invitación que me sentiré feliz de aceptar, Barbara —dijo Armstrong llevándose los dedos a la punta de la gorra de béisbol.

Townsend apagó el televisor, se quitó el batín y se metió en la ducha.

A partir de ese momento no necesitó emplear a nadie para que le mantuviera informado de los planes de Armstrong. Por una inversión de veinticinco centavos diarios quedaba perfectamente informado con la lectura de las páginas del *Tribune*. Woody Allen sugirió que se necesitaría que un avión se estrellara en el centro de Queens para que Armstrong desapareciera de la primera página del periódico, y aun así tendría que tratarse de un Concorde.

Townsend también se enfrentaba al mismo problema con los sindicatos. Cuando en el *Star* se inició una huelga, el *Tribune* casi duplicó su tirada de la noche a la mañana. Armstrong empezó a aparecer en todos los canales de televisión que quisieron entrevistarle, para decirle a los neoyorquinos que «si se sabe negociar con los sindicatos, las huelgas son totalmente innecesarias». Los líderes sindicales comprendieron rápidamente que Armstrong disfrutaba apareciendo en la primera página del periódico y en los programas de la televisión, y que estaba poco dispuesto a cerrar el *Tribune* o admitir que había fracasado.

Cuando Townsend llegó finalmente a un acuerdo con los sindicatos, el *Star* no había salido a la calle desde hacía dos meses y había perdido varios millones de dólares. Necesitó emplear buena parte de su tiempo en reconstruir la circulación del

periódico. Las cifras del *Tribune*, sin embargo, no se vieron ayudadas por una serie de titulares que comunicaban a los neoyorquinos que «Dick muerde la Gran Manzana», «Dick lanza por los Yanquis» y «El mágico Dick encesta por los Nicks». Pero todo eso pareció poco en cuanto regresaron las tropas enviadas al Golfo y la ciudad ofreció a los héroes que regresaban a casa un desfile de bienvenida a lo largo de la Quinta Avenida. La primera página del *Tribune* publicó una foto de Armstrong de pie en el podio, entre el general Schwarzkopf y el mayor Dinkins; en los artículos interiores, que cubrían el acontecimiento con todo lujo de detalles, el nombre del capitán Armstrong, Cruz Militar, se mencionaba en cuatro páginas diferentes.

Pero, a medida que pasaron las semanas, Townsend no encontró la menor alusión a que Armstrong hubiera llegado a un acuerdo con los sindicatos de impresores, por mucho que buscara en las columnas del *Tribune*. Seis semanas más tarde, al ser invitado de nuevo para acudir al programa de Barbara Walters, el secretario de prensa de Armstrong le comunicó que nada le habría gustado más, pero que tenía que estar en Londres para asistir a una reunión del consejo de administración de la compañía madre.

Eso, al menos, era cierto, aunque solo porque Peter Wakeham le había llamado para advertirle que *sir* Paul había decidido seguir el sendero de la guerra, y exigía saber durante cuánto tiempo más tenía la intención de mantener el *New York Tribune* en las calles mientras seguía perdiendo más de un millón de dólares a la semana.

—¿Quién se imagina que le ha permitido mantenerse en su puesto como presidente? —replicó Armstrong.

—No puedo estar más de acuerdo con usted —asintió Peter—. Pero me pareció que debía saber lo que *sir* Paul le está diciendo a todo el mundo.

—En tal caso tendré que regresar y explicarle unas pocas verdades a *sir* Paul, ¿no le parece?

La limusina se detuvo en el tribunal del distrito, en el Lower Manhattan, pocos minutos antes de las diez y media. Townsend, acompañado por su abogado, bajó del coche y subió rápidamente los escalones de acceso al tribunal.

Tom Spencer había visitado el edificio el día anterior para ocuparse de todas las formalidades legales, de modo que sabía exactamente adónde tenía que ir su cliente, y lo condujo a través del dédalo de pasillos. Una vez que entraron en la sala del tribunal, los dos se apretaron en uno de los atestados bancos situados al fondo, y esperaron pacientemente. La sala estaba llena de gente que hablaba en idiomas diferentes. Ellos aguardaron en silencio entre dos cubanos, y Townsend se preguntó si había tomado la decisión correcta. Tom no había dejado de señalarle que, si deseaba expandir su imperio, aquella era la única forma que le quedaba, aun sabiendo que tanto sus compatriotas como los más destacados estamentos británicos, se mostrarían muy críticos con sus razones. Lo que no podía decirles era que ninguna fórmula de palabras podía hacer que se sintiera más que como australiano.

Veinte minutos más tarde, un juez con una larga toga negra entró en el tribunal y todos los presentes se levantaron. Una vez que él hubo tomado asiento en el banco, un funcionario de inmigración se adelantó y dijo:

—Señoría, solicito permiso para presentarle a ciento setenta y dos inmigrantes para su consideración como ciudadanos estadounidenses.

—¿Han cumplido todos ellos con el procedimiento correcto, tal como exige la ley? —preguntó el juez con solemnidad.

—Así lo han hecho, señoría —contestó el funcionario.

—En ese caso puede proceder a tomarles el juramento de fidelidad.

Townsend y otros 171 futuros ciudadanos estadounidenses recitaron al unísono las palabras que había leído por primera vez en el coche, durante el trayecto hasta el tribunal.

—Declaro por la presente, bajo juramento, que renuncio absoluta y completamente y abjuro de cualquier otra fidelidad y obediencia a cualquier príncipe extranjero, potestad, estado o soberanía, de la que haya sido hasta el momento súbdito o ciudadano; que apoyaré y defenderé la Constitución y las leyes de Estados Unidos de América contra todos sus enemigos, tanto extranjeros como nacionales; que demostraré verdadera fidelidad a la misma; que tomaré las armas, en nombre de Estados Unidos, cuando así lo exija la ley; que realizaré servicios no combatientes en las fuerzas armadas de Estados Unidos cuando así lo exija la ley; que realizaré trabajos de importancia nacional, bajo dirección civil, siempre que así lo exija la ley, y que acepto libremente esta obligación, sin ninguna reserva mental o propósito de evasión. Que Dios me ayude a cumplir este juramento.

El juez sonrió y miró los alegres rostros.

—Permítanme que sea el primero en darles la bienvenida como ciudadanos de pleno derecho de Estados Unidos —dijo.

Al sonar las once campanadas, *sir* Paul Maitland carraspeó y sugirió que quizá había llegado el momento de iniciar la reunión.

—Quisiera empezar por dar la bienvenida a nuestro director general, que ha regresado de Nueva York —dijo, mirando a la derecha. Hubo murmullos de asentimiento procedentes de todos los lados de la mesa—. Pero sería negligente por mi parte no admitir que algunos de los informes que nos han llegado procedentes de esa ciudad nos han provocado cierta angustia.

Los murmullos se repitieron y, en todo caso, aumentaron de tono.

—El consejo de administración le apoyó, Dick —siguió diciendo *sir* Paul— cuando adquirió el *New York Tribune* por veinticinco centavos. No obstante, tenemos ahora la sensación de que debería hacernos saber durante cuánto tiempo está dispuesto a tolerar pérdidas cercanas a un millón y medio de dólares semanales. Porque la situación actual —añadió, refiriéndose a un cuadro de cifras— es que los beneficios obtenidos por el grupo en Londres apenas si alcanzan para cubrir las

pérdidas que se experimentan en Nueva York. Dentro de unas pocas semanas tendremos que afrontar a nuestros accionistas en la junta anual general. —Miró a sus colegas, sentados alrededor de la mesa—. Y no estoy convencido de que ellos apoyen nuestra administración si la situación se mantiene durante mucho más tiempo como hasta ahora. Como sabe muy bien, el precio de nuestras acciones ha descendido en las últimas semanas desde las 3,10 a las 2,70 libras.

Sir Paul se reclinó en la silla y se volvió a mirar a Armstrong, para indicarle que estaba dispuesto a escuchar una explicación.

Armstrong observó lentamente a los reunidos alrededor de la mesa, consciente de que casi todos los presentes estaban allí gracias a su protección.

—Señor presidente —empezó a decir—, puedo comunicarle al consejo que mis negociaciones con los sindicatos de Nueva York, que debo admitir me han mantenido despierto muchas noches, están llegando finalmente a su conclusión.

Hizo una pausa y dos o tres sonrisas aparecieron en los rostros de los presentes.

—Setecientos veinte miembros del sindicato de impresores ya han acordado aceptar una jubilación anticipada, o una indemnización por despido. Haré este anuncio oficial en cuanto regrese a Nueva York.

—Pero el *Wall Street Journal* ha calculado que tenemos que reducir los puestos de trabajo entre mil quinientos y dos mil —dijo sir Paul, refiriéndose a un artículo que extrajo de su maletín.

—¿Qué saben ellos, sentados en sus costosos despachos con aire acondicionado, en el centro de la ciudad? —replicó Armstrong—. Yo soy el que tiene que enfrentarse a esos hombres cara a cara.

—Aun así...

—El segundo plan de despidos y jubilaciones anticipadas se acordará a lo largo de las próximas semanas —siguió diciendo Armstrong—. Estoy convencido de que terminaré esas negociaciones para cuando se vaya a producir la siguiente reunión del consejo.

—¿Y cuántas semanas cree que transcurrirán antes de que empecemos a comprobar los beneficios de esas negociaciones?

Armstrong vaciló antes de contestar.

—Unas seis semanas, ocho semanas como máximo aunque, naturalmente, haré todo lo que esté en mi mano para acelerar ese proceso.

—¿Cuánto le va a costar a la empresa el último paquete de medidas? —preguntó sir Paul, que consultó una hoja de papel escrita a máquina que tenía ante sí.

Armstrong comprendió que en ella tenía una lista de preguntas a plantear delante de cada una de las cuales trazaba una señal a medida que lo hacía.

—No dispongo de una cifra exacta, señor presidente —contestó Armstrong.

—Para los propósitos de esta reunión —dijo sir Paul, que consultó de nuevo sus notas—, me contentaría con una cifra global aproximada, o lo que los estadounidenses llaman una «cifra redondeada».

Unas ligeras risas rompieron la tensión reinante alrededor de la mesa.

—Doscientos, o quizá hasta doscientos treinta millones —contestó Armstrong, sabiendo que los contables de Nueva York ya le habían indicado que la cifra se acercaba más a los trescientos millones.

Ninguno de los presentes expresó su opinión, aunque dos o tres de los reunidos empezaron a tomar notas.

—Quizá no lo haya usted observado, señor presidente —añadió Armstrong—, pero el edificio del *New York Tribune* está valorado contablemente de forma conservadora en ciento cincuenta millones de dólares.

—Siempre y cuando produzca un periódico —observó *sir* Paul, que ahora revisó las páginas de un documento de síntesis que le había enviado un bufete de abogados llamado Spender, Dickson & Withers de Chicago—, pero si nos vemos obligados a cerrar el periódico, se me informa con fiabilidad que el edificio no vale más de cincuenta millones.

—No nos encontramos en una situación de cierre —aseguró Armstrong—, como no tardarán en apreciar todos.

—Solo espero que tenga usted razón —dijo *sir* Paul en voz baja.

Armstrong permaneció en silencio mientras los miembros del consejo de administración pasaban a discutir el resto de los asuntos del día, punto por punto. Permaneció allí sentado, preguntándose por qué le trataban tan mal en su propio país, mientras que era saludado como un héroe en Estados Unidos. Sus pensamientos volvieron a centrarse en la reunión al captar la voz de Eric Chapman, el secretario de la compañía, que decía:

—... y en estos momentos tenemos un superávit satisfactorio en esa cuenta, señor presidente.

—Como debe ser —asintió *sir* Paul—. Quizá sea usted tan amable de proporcionarnos las cifras, señor Chapman.

El secretario de la compañía se inclinó, tomó un libro encuadernado en piel, de aspecto antiguo, lo colocó sobre la mesa y pasó sus páginas.

—Como saben todos los miembros del consejo —empezó a decir—, el fondo de pensiones se financia mediante contribuciones conjuntas. Los empleados ingresan en el fondo el cuatro por ciento de sus salarios, y la dirección aporta una contribución igual. Sobre una base de año contable, pagamos actualmente a nuestros antiguos empleados aproximadamente 34 millones de libras, mientras que de los empleados actuales recibimos unos ingresos por importe de 51 millones de libras. Gracias en parte al excelente programa de inversiones llevado a cabo por nuestros banqueros comerciales, el saldo de la cuenta asciende actualmente a poco más de 631 millones de libras, frente a unas exigencias para cumplir adecuadamente con nuestras obligaciones legales hacia los antiguos empleados de aproximadamente 400 millones de libras.

—Eso es de lo más satisfactorio —ronroneó *sir* Paul, mientras Armstrong seguía

escuchando atentamente.

—No obstante —siguió diciendo Chapman—, debo informar al consejo que me he asesorado debidamente y aunque estas cantidades puedan indicar un gran superávit sobre el papel, eso no es más que un necesario cojín de amortiguación, teniendo en cuenta el aumento en las expectativas de vida que se produce cada año.

—Comprendemos su punto de vista —dijo *sir Paul*—. ¿Algún otro asunto?

Nadie dijo nada, y los directores empezaron a enfundar sus plumas, cerrar las carpetas y guardarlas en sus maletines.

—Bien —dijo *sir Paul*—, en ese claro declaro cerrada la reunión, y todos podemos pasar a almorzar.

En cuanto salieron de la sala del consejo y entraron en el comedor, Armstrong se dirigió directamente a la cabecera de la mesa, se sentó y empezó a atacar el primer plato, sin esperar a que los demás se sentaran. Le hizo una seña a Eric Chapman al entrar este en el comedor, para indicarle que quería que se sentara a su derecha, mientras que Peter Wakeham se sentó a su izquierda. *Sir Paul* encontró un asiento vacío hacia el centro de la mesa, en el lado derecho.

Armstrong dejó que el secretario de la compañía hablara un rato de su handicap en el golf, y del estado del gobierno y de la economía. No demostró mucho interés en sus opiniones sobre Nick Faldo, Neil Kinnock o Alan Walters. Pero en cuanto Chapman empezó a hablar de lo que más le apasionaba, el fondo de pensiones, escuchó con atención cada una de sus palabras.

—Para ser justos, Dick, es a usted a quien debemos estar agradecidos —admitió Chapman—. Fue usted el que detectó la mina de oro que nos estaban entregando. No es que sea nuestra en realidad, claro. Pero los superávits siempre constituyen una buena lectura en el balance anual, por no hablar de las cuentas auditadas que se tienen que presentar en la junta general de accionistas.

Después de que se cubrieran con salsa las cinco rebanadas de exquisito *roast beef* que sirvieron en el plato de Armstrong, este volvió su atención hacia Peter, que seguía demostrándole la devoción servil a la que se había acostumbrado desde que ambos sirvieran juntos en Berlín.

—¿Por qué no vuela usted a Nueva York y pasa conmigo unos pocos días, Peter? —le sugirió, mientras una camarera seguía sirviéndole patatas en un plato aparte—. De ese modo podrá ver contra qué me tengo que enfrentar en lo que se refiere a los sindicatos y, lo que es más importantes, lo mucho que he conseguido hasta ahora. Luego, si por alguna razón no pudiera regresar a tiempo para participar en la próxima reunión mensual, siempre puede informar al consejo en mi nombre.

—Si eso es lo que desea —dijo Peter, a quien le gustó la idea de visitar Nueva York, pero confió en que fuera el propio Dick quien informara al consejo al mes siguiente.

—Tome el Concorde el lunes que viene —dijo Armstrong—. Por la tarde, tengo una reunión acordada con Sean O'Reilly, uno de los líderes sindicales más

importantes del periódico. Me gustaría que estuviera usted presente para que vea cómo lo trato.

Después del almuerzo, Armstrong regresó a su despacho para encontrarse con una montaña de correspondencia sobre su mesa. Ni siquiera hizo el intento de revisarla. Tomó el teléfono y pidió que le pusieran con el departamento de contabilidad. En cuanto contestaron a su llamada, preguntó:

—Fred, ¿puede hacerme llegar un talonario de cheques? Solo estaré en Inglaterra unas pocas horas y...

—No soy Fred, señor —fue la respuesta—, sino Mark Tenby.

—Entonces póngame con Fred, ¿quiere?

—Fred se jubiló hace tres meses, señor —le informó el nuevo contable jefe—. *Sir Paul* me nombró a mí en su lugar.

Armstrong estuvo a punto de preguntar: «¿Con qué autoridad?», pero se lo pensó mejor.

—Estupendo. Entonces quizá pueda enviarme inmediatamente ese talonario de cheques. Salgo para Estados Unidos dentro de un par de horas.

—Desde luego, señor Armstrong. ¿De la cuenta personal o de la compañía?

—De la cuenta del fondo de pensiones —contestó con naturalidad—. Haré un par de inversiones en nombre de la compañía mientras estoy en Estados Unidos.

Se produjo un largo silencio que Armstrong había esperado.

—Sí, señor —dijo finalmente el contable jefe—. Naturalmente, necesitará usted la firma de un segundo director para manejar esa cuenta en particular, como estoy seguro que ya sabe, señor Armstrong. Y debo recordarle que va en contra de las leyes de las sociedades anónimas el invertir dinero de un fondo de pensiones en cualquier otra empresa en la que tengamos acciones mayoritarias.

—No necesito que me dé lecciones sobre las leyes de sociedades anónimas, jovencito —gritó Armstrong y colgó el teléfono con fuerza—. Condenado estúpido —exclamó en la habitación vacía—. ¿Quién se cree que le paga su salario?

Una vez recibido el talonario de cheques, Armstrong abandonó toda apariencia de dedicarse a trabajar y salió del despacho sin despedirse siquiera de Pamela. Tomó el ascensor hasta el techo y dio órdenes al piloto del helicóptero para que lo llevara a Heathrow. Tras despegar, contempló Londres sin ningún atisbo del mismo afecto que ahora sentía por Nueva York.

Aterrizó en Heathrow veinte minutos más tarde, y se dirigió rápidamente a la sala de espera de ejecutivos. Mientras esperaba a subir a su vuelo, uno o dos estadounidenses se le acercaron para estrecharle la mano y expresarle su agradecimiento por lo que estaba haciendo por los ciudadanos de Nueva York. Sonrió y empezó a preguntarse qué habría sido de su vida si el barco en el que escapó hacía tantos años hubiera atracado en Ellis Island, en lugar de hacerlo en Liverpool. Quizá hubiera podido terminar por sentarse en la Casa Blanca.

Se llamó a los pasajeros de su vuelo y se instaló en la parte delantera del avión.



Después de que le sirvieran un almuerzo inadecuado, durmió intermitentemente durante un par de horas. Cuanto más se acercaba a la costa este de Estados Unidos, más seguro se sentía de poder salir adelante. Dentro de un año, el *Tribune* no solo vendería más ejemplares que el *Star*, sino que declararía unos beneficios que hasta el propio *sir* Paul Maitland tendría que reconocer que había conseguido él solo. Y con la perspectiva de un gobierno laborista en el poder, nadie sabía lo que sería capaz de alcanzar. Garabateó en el menú: «*Sir* Richard Armstrong» y pocos momentos más tarde lo tachó y escribió debajo: «Honorable lord Armstrong de Headley».

Al aterrizar en la pista del aeropuerto Kennedy se sentía de nuevo como un hombre joven, y ya estaba impaciente por encontrarse de nuevo en su despacho. Al pasar por la aduana, observó a unos pasajeros que le señalaban y oyó murmurar: «Mira, es Dick Armstrong». Algunos de ellos hasta le saludaron. Fingió no darse cuenta, pero la sonrisa no abandonó en ningún momento la expresión de su rostro. Su limusina le esperaba ya en la sección de personalidades importantes, y fue transportado rápidamente hacia Manhattan. Se arrellanó en el asiento de atrás y encendió el televisor, pasando de un canal a otro hasta que, de repente, un rostro familiar llamó su atención.

—Ha llegado el momento de jubilarme y concentrarme en el trabajo de mi fundación —dijo Henry Sinclair, el presidente de Multi Media, el imperio editorial más grande del mundo.

Armstrong escuchaba las palabras de Sinclair y se preguntaba a qué precio estaría dispuesto a vender cuando el coche se detuvo frente al edificio del *Tribune*.

Armstrong descendió pesadamente del coche y cruzó la acera. Después de empujar las puertas giratorias, la gente que encontró en el vestíbulo le aplaudió hasta que llegó al ascensor. Les sonrió a todos, como si aquello fuera algo que le sucediera habitualmente fuera adonde fuese. Un cargo sindical vio cómo se cerraban las puertas del ascensor y se preguntó si el propietario llegaría a enterarse alguna vez de que los miembros del sindicato habían recibido instrucciones para aplaudirle cuando y donde apareciera.

—Tratadlo como al presidente, y empezará a creérselo —les había dicho Sean O'Really durante la reunión llena de cargos sindicales—. Y seguid aplaudiendo hasta que se acabe el dinero.

Ahora, en cada piso en el que se abrían las puertas del ascensor, los aplausos se iniciaban de nuevo. Al llegar al vigésimo primero, Armstrong se encontró con su secretaria, que ya le esperaba.

—Bienvenido a casa, señor —le dijo.

—Tiene usted razón —replicó al salir del ascensor—. Esta es mi casa.

Solo desearía haber nacido en Estados Unidos. Si hubiera sido así, a estas alturas ya sería presidente.

—El señor Critchley ha llegado unos pocos minutos antes que usted, señor, y le espera en su despacho —le comunicó la secretaria mientras avanzaban por el pasillo.

—Bien —asintió Armstrong, que entró en la sala más grande del edificio—. Me alegro mucho de volver a verle, Russell —saludó en cuanto el abogado se levantó para saludarlo—. ¿Ha solucionado en mi nombre el espinoso problema sindical?

—Me temo que no, Dick —contestó Russell tras estrecharle la mano—. En realidad, las noticias no son buenas por ese lado. Siento tener que informarle que vamos a tener que empezar desde el principio.

—¿Qué quiere decir con empezar desde el principio? —preguntó Armstrong.

—Mientras estaba usted fuera, los sindicatos rechazaron el paquete de indemnizaciones que propuso usted por importe de 230 millones de dólares, y han planteado unas exigencias por importe de 370 millones de dólares.

Armstrong se derrumbó en su silla.

—Solo tengo que marcharme un par de días y deja usted que todo se desmorone —gritó.

Miró hacia la puerta en el momento en que su secretaria entraba en el despacho y dejaba sobre la mesa, delante de él, un ejemplar de la primera edición del *Tribune*. Leyó el titular, que decía:

---

« ¡BIENVENIDO A CASA, DICK! » .

---

# ***NEW YORK TRIBUNE***

---

4 DE FEBRERO DE 1991

El capitán Dick al mando

—**A**rmstrong ha hecho una oferta de dos mil millones de dólares por Multi Media —dijo Townsend.

—¿Qué? Esa es la actitud propia de un político que declara la guerra cuando no desea que el pueblo se dé cuenta de lo graves que son sus problemas en casa —comentó Tom.

—Posiblemente. Pero, lo mismo que sucede con esos políticos, si se sale con la suya, podría acabar por solucionar sus problemas en casa.

—Lo dudo mucho. Después de haber revisado esas cifras durante el fin de semana, si desembolsa dos mil millones de dólares lo más probable es que termine metido en otro desastre.

—Multi Media vale mucho más que esos dos mil millones —dijo Townsend—. Es propietaria de catorce periódicos que se extienden desde Maine a México, tiene nueve emisoras de televisión y la *TV News*, la revista de mayor venta del mundo. Su facturación alcanzó el año pasado casi los mil millones de dólares, y la compañía declaró unos beneficios superiores a los cien millones de dólares. Eso es una fábrica de liquidez.

—Por la que Sinclair espera que le den el Everest a cambio —dijo Tom—. No veo cómo puede tener Armstrong la esperanza de lograr unos beneficios de dos mil millones de dólares, sobre todo sin pedir fuertes créditos para ello.

—Sencillamente, generando más liquidez —dijo Townsend—. Multi Media funciona con piloto automático desde hace años. Para empezar, yo vendería algunas de las subsidiarias que ya no son rentables, y revitalizaría otras que deberían estar produciendo más beneficios. Pero mis esfuerzos principales se concentrarían en intensificar el negocio de los medios de comunicación, que nunca han sido debidamente explotados, utilizar la facturación y los beneficios de los periódicos y revistas para financiar toda la operación.

—Pero usted ya tiene preocupaciones más que suficientes como para meterse ahora en otra absorción —le recordó Tom—. Apenas ha logrado solucionar la huelga del *New York Star*, y no olvide que el banco recomendó iniciar ahora un período de consolidación.

—Ya sabe usted lo que pienso yo de los banqueros —dijo Townsend—. El *Globe*, el *Star* y todos mis intereses australianos producen ahora beneficios y es posible que no se me vuelva a presentar una oportunidad como esta. Sin duda alguna se dará usted cuenta de ello, Tom, aunque el banco no lo quiera ver.

Tom no dijo nada durante un rato. Admiraba el impulso y la innovación de Townsend, pero lo de Multi Media empequeñecía cualquier cosa que hubieran intentado hacer en el pasado. Y por mucho que lo intentara, no lograba que las cifras

le cuadraran.

—Solo se me ocurre una forma de que funcione —dijo finalmente.

—¿Y cuál es? —preguntó Townsend.

—Ofreciéndole acciones preferenciales, nuestro paquete accionarial a cambio del suyo.

—Pero eso sería, simplemente, una absorción a la inversa. Jamás estaría de acuerdo en hacerlo, sobre todo si Armstrong ya le ha ofrecido dos mil millones en efectivo.

—Si lo ha hecho, solo Dios sabe de dónde puede haberlos sacado —comentó Tom—. ¿Qué le parece si hablo con sus abogados y trato de averiguar si Armstrong ha hecho realmente una oferta de pago en efectivo?

—No. Esa no es la actitud adecuada. No olvide que Sinclair es el único dueño de la empresa, de modo que tiene mucho más sentido tratar directamente con él. Eso es lo que habrá hecho Armstrong.

—Pero no es ese el estilo que suele usted emplear.

—Ya me doy cuenta de ello. Lo que sucede es que últimamente no he tenido la oportunidad de tratar con nadie que sea el propietario de su propia compañía.

Tom se encogió de hombros.

—¿Qué sabe usted de Sinclair? —preguntó al fin.

—Tiene setenta años —contestó Townsend—, que es la razón por la que se jubila. A lo largo de su vida ha creado la corporación de medios de comunicación de propiedad privada de mayor éxito en el mundo. Fue embajador ante la Corte de St. James cuando su amigo Nixon era presidente, y en su tiempo libre ha reunido una de las colecciones privadas más exquisitas de cuadros impresionistas que se encuentren fuera de un museo nacional. También es el presidente de una fundación caritativa especializada en educación y, de algún modo, hasta encuentra tiempo para jugar al golf.

—Bien. ¿Y qué se imagina que Sinclair sabe sobre usted?

—Que soy australiano de nacimiento, dirijo la segunda compañía de medios de comunicación más grande del mundo, prefiero Nolan a Renoir, y no juego al golf.

—¿Cómo tiene intención de acercarse a él?

—Cortando por lo sano. Llamándole directamente y haciéndole una oferta. De ese modo, al menos, no tendré que pasarme el resto de mi vida pensando si habría podido conseguirlo.

Townsend miró a su abogado, pero Tom no hizo ningún comentario. Tras un momento de silencio, Townsend tomó el teléfono.

—Heather, póngame con la sede central de Multi Media, en Colorado. Y cuando estén al habla, pásame con la telefonista.

Luego colgó el teléfono.

—¿Cree realmente que Armstrong haya podido hacer una oferta por importe de dos mil millones? —preguntó Tom.

Townsend reflexionó un momento sobre la pregunta.

—Sí, lo creo.

—Pero ¿dónde encontraría esa cantidad de dinero en efectivo?

—Imagino que en el mismo sitio donde encontró el dinero para cumplir con las exigencias de los sindicatos.

—¿Y cuánto tiene usted la intención de ofrecer?

El teléfono de la mesa sonó antes de que pudiera contestar.

—¿Es ahí Multi Media?

—Sí, señor —contestó una voz con profundo acento sureño.

—Soy Keith Townsend, y quisiera hablar con el señor Sinclair.

—¿Le conoce el embajador Sinclair, señor?

—Espero que sí —contestó Townsend—. En caso contrario estaría perdiendo el tiempo.

—Le pondré con su oficina.

Townsend le hizo señas a su abogado para indicarle que podía escuchar la conversación por la extensión. Tom tomó el teléfono auxiliar de la mesita situada a su lado.

—Oficina del embajador Sinclair —dijo otra voz sureña.

—Soy Keith Townsend y confiaba en poder hablar con el señor Sinclair.

—El embajador está en su rancho, señor Townsend, y sé que lo esperan en el club campestre dentro de veinte minutos para su lección semanal de golf. Veré si puedo ponerme en contacto con él antes de que se marche.

—Llámele embajador —dijo Tom colocando una mano sobre el micrófono—. Es evidente que todo el mundo le llama de ese modo.

Townsend asintió con un gesto y poco después una voz surgió por la línea.

—Buenos días, señor Townsend. Soy Henry Sinclair. ¿Deseaba hablar conmigo?

—Buenos días, embajador —dijo Townsend, que hizo esfuerzos por mantener la calma—. Deseaba hablar con usted personalmente, para no perder un tiempo innecesario haciéndolo a través de los abogados.

—Por no hablar de incurrir en unos gastos innecesarios —sugirió Sinclair—. ¿De qué deseaba hablar conmigo, señor Townsend?

Por un momento, Townsend deseó haber dedicado algo más de tiempo a analizar con Tom la táctica a emplear.

—Deseo hacerle una oferta por Multi Media —dijo finalmente—, y me parecía sensato hacerlo personalmente.

—Se lo agradezco, señor Townsend —dijo Sinclair—. Pero recuerde que el señor Armstrong, a quien tengo entendido que ya conoce, ya me ha hecho una oferta que he rechazado.

—Estoy enterado de ello, embajador —dijo Townsend, que se preguntó cuánto le habría ofrecido Armstrong.

Guardó un momento de silencio, sin mirar hacia donde estaba Tom.

—¿Sería demasiado preguntarle en qué cifra había pensado usted, señor Townsend? —preguntó Sinclair.

Al darle Townsend su respuesta, a Tom casi se le cayó el teléfono al suelo.

—¿Y cómo se propone financiar esa cantidad? —preguntó Sinclair.

—En efectivo —contestó Townsend, sin tener ni la menor idea de cómo lograría reunir el dinero.

—Si logra reunir esa cantidad en el término de treinta días, señor Townsend, acaba usted de cerrar un trato, en cuyo caso quizá fuera tan amable de pedirle a sus abogados que se pongan en contacto conmigo.

—¿Y el nombre de sus abogados...?

—Discúlpeme por tener que interrumpir esta conversación tan rápidamente, señor Townsend, pero tengo que estar en el campo de golf dentro de diez minutos, y el profesional que me da clases me cobra por horas.

—Desde luego, embajador —asintió Townsend, contento de que Sinclair no pudiera ver la expresión de su rostro.

Colgó el teléfono y se volvió a mirar a Tom.

—¿Sabe usted lo que acaba de hacer, Keith?

—El mayor negocio de mi vida —contestó Townsend.

—Por tres mil millones de dólares quizá sea también el último —dijo Tom lacónicamente.

—¡Cerraré el maldito periódico! —gritó Armstrong, que descargó al mismo tiempo el puño sobre la mesa.

Russell Critchley, que se hallaba situado a un paso por detrás de su cliente, tuvo la sensación de que aquellas palabras podían haber sido expresadas con un poco más de convicción si Sean O'Reilly no las hubiera escuchado cada día durante los tres últimos meses.

—Le costará mucho más si lo hace ahora —replicó O'Reilly, con voz serena y suave, de pie frente a Armstrong.

—¿Qué quiere decir con eso? —aulló Armstrong.

—Simplemente que cuando ponga usted el periódico a la venta, es posible que ya no quede nada que valga la pena vender.

—¿Me está amenazando?

—Supongo que podría interpretarlo usted de ese modo.

Armstrong se levantó de la silla, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante hasta quedar situado a tan solo pocos centímetros de la cara del líder sindical. Pero O'Reilly ni siquiera parpadeó.

—¿Espera usted que acuerde pagar 320 millones de dólares cuando anoche mismo encontré dieciocho nombres en las listas de despidos propuestos que ya se debían de haber jubilado, uno de ellos hace más de diez años?

—Lo sé —admitió O'Reilly—. Se sienten tan apegados a su puesto que no han

podido dejar de trabajar —dijo tratando de mantener una expresión seria en su cara.

—Por quinientos dólares la noche, no me sorprende nada —gritó Armstrong.

—Por eso precisamente le ofrezco una fórmula para salir del atolladero —dijo O'Reilly.

En la cara de Armstrong apareció una mueca al mirar las últimas plantillas.

—¿Y qué me dice de Bugs Bunny, Jimmy Carter y O. J. Simpson, por no mencionar a otros cuarenta y ocho bien conocidos personajes que, según esta plantilla, ficharon en el último turno de anoche? Apuesto a que el único dedo que movieron en toda la noche fue para agitar el azúcar en el café mientras jugaban una mano de póquer. ¿Y espera usted que esté de acuerdo en que cada uno de ellos, incluido George Bush, sea incluido en el paquete de despidos colectivos?

—Sí. Solo es nuestra forma de ayudarle a financiar su campaña con nuestras contribuciones.

Armstrong se volvió a mirar a Russell y a Peter, exasperado, confiando en lograr algún apoyo de ellos pero, por razones diferentes, ninguno de los dos dijo esta boca es mía. Se volvió a mirar a O'Reilly.

—Le daré a conocer mi decisión más tarde —gritó—. Ahora, salga de mi despacho.

—¿Confiaba usted que el periódico saliera a la calle esta noche? —preguntó O'Reilly con expresión inocente.

—¿Es esa otra amenaza?

—Desde luego que lo es —asintió O'Reilly—. Porque si abriga esa esperanza, le sugiero que tome su decisión antes de que entre el turno de la noche, a las cinco de la tarde. A mis hombres no les importa demasiado que se les pague por trabajar o por no hacerlo.

—Salga de mi despacho —repitió Armstrong con toda la potencia de su voz.

—Lo que usted diga, señor Armstrong. Usted es el jefe.

Le dirigió un gesto de despedida a Russell y se volvió para salir. Una vez que se hubo cerrado la puerta, Armstrong se giró en redondo para mirar a Peter.

—¿Se da cuenta ahora a qué tengo que enfrentarme? ¿Qué esperan que haga? —preguntó, sin dejar de gritar.

—Cerrar el periódico —contestó Russell con voz tranquila—, como debería haber hecho desde el primer día de la séptima semana. Para entonces se habrían conformado con un precio mucho más bajo.

—Pero si hubiera seguido su consejo, ya no tendríamos periódico.

—Y todos podríamos dormir mejor por la noche.

—Si lo que quiere es dormir por la noche, ya puede ir preparándose —dijo Armstrong—, porque voy a firmar ese acuerdo. A corto plazo, es la única forma de salir del atolladero. Pero les ganaremos al final, de eso puede estar seguro. O'Reilly está a punto de reventar. Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo, Peter.

Peter Wakeham no dijo nada hasta que Armstrong se volvió a mirarle. Solo



entonces asintió vigorosamente con la cabeza.

—Pero ¿dónde va a encontrar otros 320 millones de dólares? —preguntó Russell.

—Eso es problema mío —contestó Armstrong.

—También lo es mío. Necesitaré disponer del dinero minutos después de que O'Reilly estampe su firma en el acuerdo, ya que de otro modo iniciarán una huelga justo cuando estemos a punto de imprimir la siguiente edición.

—Lo tendrá —le aseguró Armstrong.

—Dick, todavía no es demasiado tarde para... —dijo Russell.

—Cierre el trato, ahora mismo —gritó Armstrong.

Russell asintió de mala gana y salió del despacho. Armstrong tomó el teléfono y pidió que le comunicaran directamente con el director.

—Barney, tengo buenas noticias —barbotó, exultante—. He conseguido convencer a los sindicatos para que acepten mis condiciones. Deseo una primera página en la que se diga que ha sido una victoria del sentido común, y un artículo de fondo sobre cómo he logrado algo que ningún otro había logrado en el pasado.

—Desde luego, si es eso lo que quiere, jefe. ¿Quiere que imprima también los detalles del acuerdo?

—No, no se moleste con los detalles. Las condiciones son tan complicadas que ni siquiera los lectores del *Wall Street Journal* las comprenderían. En cualquier caso, no vale la pena colocar a los sindicatos en una situación embarazosa —añadió, antes de colgar.

—Bien hecho, Dick —dijo Peter—. No tenía ninguna duda de que al final ganaría.

—Pero a qué precio —exclamó Armstrong, que abrió el cajón superior de su mesa.

—En realidad, no es tanto, Dick. O'Reilly se amilanó en cuanto le amenazó con cerrar el periódico. Lo ha tratado usted de una forma brillante.

—Peter, necesito que me firme un par de cheques —dijo Armstrong—, y como es usted el único otro director que está en Nueva York en estos momentos...

—Desde luego —dijo Peter—. Encantado de complacerle.

Armstrong colocó sobre la mesa el talonario de cheques del fondo de pensiones y abrió la tapa.

—¿Cuándo regresa a Londres? —preguntó mientras le hacía señas a Peter para que se sentara en su silla.

—Mañana, en el Concorde —contestó Peter con una sonrisa.

—En ese caso, tendrá que explicarle a *sir* Paul por qué no puedo asistir a la reunión del consejo que se celebrará el miércoles, por mucho que me gustaría estar presente. Dígame que he llegado finalmente a un acuerdo con los sindicatos, en condiciones excelentes, y que para cuando informe al consejo al mes que viene ya habremos alcanzado una liquidez positiva.

Colocó una mano sobre el hombro de Peter.

—Será un placer, Dick. Y ahora, ¿cuántos de estos cheques tengo que firmarle?

—Pues ya que está en ello puede firmarlos todos.

—¿Todo el talonario? —preguntó Peter, que se removió inquieto en la silla.

—Sí —contestó Armstrong, que le entregó su pluma—. Estarán totalmente a salvo conmigo. Al fin y al cabo, ninguno de ellos podrá hacerse efectivo mientras yo mismo no los haya firmado.

Peter emitió una risita nerviosa al desenroscar el capuchón de la pluma. Vaciló un momento, y entonces sintió que los dedos de Armstrong se apretaban ligeramente sobre su hombro.

—Su puesto como vicepresidente tendrá que ser renovado dentro de pocas semanas, ¿no es así? —preguntó Armstrong.

Peter firmó los tres primeros cheques sin protestar.

—Y Paul Maitland no ocupará su puesto eternamente, como bien sabe. Llegará un momento en el que alguien tendrá que sustituirle como presidente.

Peter continuó firmando cheques. Doble o nada.

---

# ÚLTIMA EDICIÓN

---

El gabinete escapa ileso tras la explosión de una bomba  
del IRA en el jardín del número 10

**DAILY EXPRESS**

8 DE FEBRERO DE 1991

---

---

Han mordido más de lo que pueden digerir

---

**F**ue el titular del artículo publicado en el *Financial Times*. Sir Paul Maitland, sentado ante la chimenea encendida de su hogar en Epsom, y Tom Spencer, que en ese momento viajaba en un tren de cercanías desde Greenwich, Connecticut, leyeron el artículo por segunda vez, aunque solo la mitad de su contenido tenía algún interés para ellos.

Los barones de la prensa, Keith Townsend y Richard Armstrong, parecen haber cometido el error clásico de asegurarse préstamos sobre una proporción demasiado elevada de sus valores. Ambos parecen destinados a convertirse en casos de estudio para generaciones futuras de estudiantes de la Harvard Business School.

Los analistas siempre han estado de acuerdo en que Armstrong pareció haber dado inicialmente un buen golpe al adquirir el *New York Tribune* por solo veinticinco centavos, mientras que todas las responsabilidades del periódico eran asumidas por los antiguos propietarios. El golpe podría haberse convertido en un triunfo si hubiera cumplido con su amenaza de cerrar el periódico en seis semanas en el caso de que los sindicatos no firmaran un acuerdo que los comprometiera. Pero no lo hizo así, y su error se vio agravado al conceder finalmente un acuerdo de despido colectivo tan generoso que los líderes sindicales dejaron de llamarlo «Capitán Dick» para pasar a llamarlo «Capitán Santa Claus».

A pesar de ese acuerdo, el periódico continúa arrojando unas pérdidas de más de un millón de dólares semanales, aunque se cree inminente un acuerdo sobre un segundo paquete de despidos colectivos y jubilaciones anticipadas.

Pero mientras siguen aumentando las tasas de interés y continúa la moda de reducir el precio de venta de los periódicos, no pasará mucho tiempo antes de que los beneficios del *Citizen* y del resto del grupo Armstrong Communications sean incapaces de soportar las pérdidas de su periódico subsidiario en Estados Unidos.

El señor Armstrong todavía no ha informado a sus accionistas acerca de cómo tiene la intención de financiar el segundo acuerdo por importe de 320 millones de dólares, recientemente establecido con los sindicatos de impresores de Nueva York. La única declaración que ha hecho al respecto se ha publicado en las columnas del *Tribune*: «Ahora que los sindicatos han aceptado el segundo paquete, no hay razón alguna para pensar que la liquidez del Tribune no sea positiva».

La City se muestra escéptica respecto de esta afirmación y las acciones de la Armstrong Communications cayeron ayer en otros nueve peniques, hasta alcanzar las

2,42 libras...

El error de Keith Townsend...

Sonó el teléfono y *sir Paul* dejó el periódico, se levantó del sillón y se dirigió a su despacho para contestarlo. Al reconocer la voz de Eric Chapman le pidió que esperara un momento, mientras cerraba la puerta. Eso era algo totalmente innecesario, ya que no había nadie más en la casa en ese momento, pero cuando se ha sido durante cuatro años el embajador británico en Pekín, algunos hábitos resultan difíciles de eliminar.

—Creo que deberíamos reunirnos inmediatamente —dijo Chapman.

—¿Por el artículo del *Financial Times*? —preguntó *sir Paul*.

—No, se trata de algo potencialmente mucho más peligroso que eso. Preferiría no ser más explícito por teléfono.

—Lo comprendo —dijo *sir Paul*—. ¿Debo pedirle a Peter Wakeham que nos acompañe?

—No, si quiere que lo que hablemos sea estrictamente confidencial.

—Tiene razón —asintió *sir Paul*—. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—Podría conducir ahora mismo hasta Epsom. Me reuniré con usted dentro de una hora.

Tom Spencer leyó por encima la primera mitad del artículo mientras el tren pasaba por Mamaroneck, camino de Nueva York. Solo empezó a concentrarse plenamente al leer las palabras:

El error de Keith Townsend fue el de ansiar algo tanto que no logró poner en práctica las reglas básicas de llegar a cualquier acuerdo de negocios.

Todo escolar sabe que si se quieren cambiar unas viejas castañas pilongas por un paquete de patatas fritas sin abrir, no solo no se debe parpadear en ningún momento, sino que también hay que esperar a que sea el oponente el que haga la oferta inicial. Pero parece ser que el señor Townsend estaba tan decidido a ser el propietario de Multi Media que no dejó de parpadear en ningún momento y, sin detenerse a preguntar siquiera por cuánto estaría dispuesto Henry Sinclair a vender su compañía, hizo por su cuenta una oferta de tres mil millones. A continuación, agravó el problema al mostrarse de acuerdo en pagar esa cantidad en efectivo.

Del mismo modo que los sindicatos de impresores de Nueva York se refieren al señor Armstrong llamándolo «Capitán Santa Claus», al señor Sinclair se le podría disculpar por creer que la Navidad se ha anticipado este año para él, sobre todo cuando era de todos conocido que había estado a punto de cerrar un trato con Armstrong por dos mil millones, un precio que incluso se habría considerado como demasiado alto.

Una vez acordados los términos, al señor Townsend le resultó extremadamente difícil conseguir el dinero en efectivo dentro de los treinta días estipulados por el

señor Sinclair. Y para cuando finalmente lo consiguió fue a costa de condiciones tan exorbitantes que mantener el prohibitivo programa de devolución de los créditos acabará por ser la prueba terminal para el resto de Global International. El señor Townsend ha sido un jugador durante toda su vida. Con este acuerdo, ha demostrado estar dispuesto a arriesgarlo todo a una sola tirada de los dados.

Al informar ayer de sus previsiones para mitad de año, las acciones de la Global descendieron otros ocho peniques, para situarse en las 3,19 libras.

Pero, por encima de todos los problemas a los que se enfrentan los dos barones de la prensa, ambos se verán particularmente afectados por el continuo aumento en el precio del papel y por la actual debilidad del dólar frente a la libra esterlina. Si la combinación de estas dos tendencias continúa durante mucho más tiempo, hasta sus vacas lecheras se quedarán sin leche.

El futuro de ambas compañías se encuentra ahora en manos de sus banqueros, que deben de estar preguntándose, como los acreedores de una nación del Tercer Mundo, si llegarán a cobrar siquiera los intereses, por no hablar de la devolución del principal a largo plazo. Su única alternativa consiste en reducir sus pérdidas y acordar el participar en la mayor venta de saldos de la historia. La ironía final es que solo se necesita que un banco rompa la cadena de los préstamos para que todo el edificio se desplome.

Según me comentó ayer alguien que sabe del asunto, si cualquiera de los dos hombres presentara hoy un cheque, su banco se negaría a pagarlo por falta de fondos.

Tom fue la primera persona en bajar del tren en cuanto este se detuvo en la estación Grand Central. Corrió hasta la cabina telefónica más cercana y marcó el número de Townsend. Heather le pasó inmediatamente. Esta vez, Townsend escuchó con atención el consejo de su abogado.

Cuando Armstrong terminó de leer el artículo, tomó un teléfono interno y dio instrucciones a su secretaria para decir que no estaba en el caso de que llamara *sir* Paul Maitland desde Londres. Apenas hubo colgado cuando volvió a sonar el teléfono.

—Señor Armstrong, tengo al habla al principal agente de Bolsa del Bank of New Amsterdam. Dice que necesita hablar urgentemente con usted.

—Entonces pásemelo —dijo Armstrong.

—El mercado está siendo inundado con órdenes de venta de acciones de Armstrong Communications —le informó el agente de Bolsa—. El precio de la acción ha descendido ahora a 2,31 libras y me pregunto si tiene alguna instrucción que darme.

—Siga comprando —dijo Armstrong sin la menor vacilación.

Se produjo una pausa.

—Permítame indicarle que por cada penique que baja la acción pierde usted

aproximadamente otros setecientos mil dólares —dijo el agente, que comprobó rápidamente el número de acciones puestas a la venta esa mañana.

—No me importa lo que cueste —dijo Armstrong—. Solo es una situación coyuntural a corto plazo. Una vez que el mercado se haya vuelto a estabilizar, podrá volver a poner las acciones en el mercado y recuperar las pérdidas gradualmente.

—Pero si continúan bajando a pesar...

—Usted siga comprando —le interrumpió Armstrong—. El mercado invertirá la tendencia en algún momento.

Colgó el teléfono con fuerza y contempló fijamente la fotografía en la que aparecía él mismo en la primera página del *Financial Times*. No era precisamente muy halagadora.

En cuanto Townsend hubo terminado de leer el artículo, siguió el consejo de Tom y llamó a sus banqueros comerciales, antes de que fueran ellos los que le llamaran. David Grenville, el director general del banco, le confirmó que las acciones de Global habían vuelto a caer esa misma mañana. Le pareció una buena idea reunirse lo antes posible, y Townsend acordó reorganizar las citas que tenía previstas para esa tarde, y reunirse con él a las dos.

—Sería conveniente que asistiera también su abogado —añadió Grenville con un tono siniestro.

Townsend le dio a Heather instrucciones para que cancelara todas sus citas para la tarde. Se pasó el resto de la mañana informándose para un seminario que celebraría la compañía al mes siguiente. Henry Kissinger y *sir* James Goldsmith ya habían confirmado su asistencia como oradores más destacados. Había sido idea del propio Townsend reunir en Honolulu a todos sus altos ejecutivos repartidos por el mundo para analizar el desarrollo de la corporación durante los diez próximos años, ver cómo encajaba Multi Media en la estructura general de la compañía, y cómo podían aprovechar mejor su nueva adquisición. Por un momento se preguntó si acaso tendría que cancelar también aquel seminario. ¿O se trataría más bien de un servicio funerario?

Había necesitado de veintisiete frenéticos días para reunir el paquete financiero con el que comprar Multi Media, y muchas noches más de insomnio preguntándose si acaso no habría cometido un error desastroso. Ahora, el plumífero del *Financial Times* parecía confirmar sus peores temores. Si al menos no hubiera conseguido cumplir con el plazo previsto, o si hubiera escuchado a Tom desde el principio, las cosas quizá hubieran tenido un desenlace diferente.

Su chófer, al volante de su coche, giró por Wall Street pocos minutos antes de las dos y se detuvo ante las oficinas de J. P. Grenville. Al bajar a la acera, Townsend recordó lo nervioso que se sintió la primera vez que fue convocado al despacho del director de la escuela donde había estudiado cincuenta años antes. La enorme puerta acristalada fue abierta por un hombre vestido con un largo abrigo azul. Se llevó una mano a la visera de la gorra al ver de quién se trataba. Pero ¿durante cuánto tiempo

más haría eso?, se preguntó Townsend.

Le dirigió un gesto de asentimiento y se dirigió al mostrador de recepción, donde David Grenville ya estaba enfrascado en una profunda conversación con Tom Spencer. En cuanto lo vieron, los dos hombres se volvieron hacia él y le sonrieron. Evidentemente, estaban ambos convencidos de que no llegaría tarde a esta cita.

—Me alegro de verle, Keith —le saludó Grenville al estrecharse ambos la mano—. Y gracias por haber acudido tan rápidamente.

Townsend sonrió. No recordaba que el director de su escuela le hubiera dicho nada semejante. Tom pasó un brazo alrededor del hombro de su cliente mientras se dirigían hacia el ascensor que esperaba.

—¿Cómo está Kate? —preguntó Grenville—. La última vez que la vi se disponía a editar una novela.

—Alcanzó tanto éxito que ahora ya está trabajando en otra —contestó Townsend—. Si las cosas no salieran bien, podría terminar por vivir de sus derechos de autora.

Ninguno de sus dos acompañantes dijo nada ante aquel humor de condenado a la horca.

Las puertas del ascensor se abrieron en el decimoquinto piso. Salieron al pasillo y entraron en el despacho del director general. Grenville hizo sentar a los dos hombres en cómodos sillones, y abrió una carpeta que estaba sobre la mesa, frente a él.

—Permítanme empezar por agradecerles a ambos que hayan acudido con tanta rapidez —dijo.

Tanto Townsend como su abogado asintieron con sendos gestos, aunque sabían que no habrían tenido ninguna otra alternativa. Grenville se volvió a mirar a Townsend.

—Hemos tenido el privilegio de actuar en nombre de su compañía desde hace más de un cuarto de siglo, y lamentaría mucho que nos viéramos obligados a dar por terminada esa asociación.

A Townsend se le secó la boca, pero no hizo ningún intento por interrumpirlo.

—Sin embargo, sería estúpido que cualquiera de nosotros subestimara la gravedad de la situación a la que nos enfrentamos ahora. Tras un estudio superficial de sus asuntos, nos parece que sus préstamos pueden superar bastante sus valores, lo que posiblemente le deja en una situación de insolvencia. Si desea que sigamos siendo sus banqueros de inversiones, Keith, únicamente lo haremos en el caso de que nos garantice su plena cooperación para tratar de solucionar el dilema en el que ahora se encuentra.

—¿Y qué significa «plena cooperación»? —preguntó Tom.

—Empezaremos por adscribir a su compañía un equipo financiero bajo la dirección de uno de nuestros directores más antiguos, que dispondrá de plena autoridad, y me refiero a la más plena autoridad, para investigar cualquier aspecto de sus acuerdos comerciales que nos parezcan necesarios para asegurar la supervivencia de la compañía.



—¿Y una vez que haya concluido esa investigación? —preguntó Tom, que enarcó una ceja.

—El director del equipo financiero planteará sus recomendaciones, que esperamos sigan ustedes al pie de la letra.

—¿Cuándo puedo ver a ese señor? —preguntó Townsend.

—Señora —le corrigió el director general del banco—. Y la respuesta concreta a su pregunta es..., inmediatamente, porque la señorita Beresford se encuentra ahora en su despacho, en el piso inferior, a la espera de conocerle.

—En ese caso, sigamos adelante —dijo Townsend.

—Antes debo saber si está usted de acuerdo con nuestras condiciones —dijo Grenville.

—Creo que puede asumir usted que mi cliente ya ha tomado esa decisión —intervino Tom.

—Bien, en tal caso les acompañaré al despacho de E. B. para que ella le informe del siguiente paso a dar.

Grenville se levantó de detrás de la mesa, y condujo a los dos hombres por la escalera, hasta el decimocuarto piso del edificio. Al llegar ante el despacho de la señorita Beresford, se detuvo y llamó casi con deferencia.

—Pase —dijo una voz de mujer.

El director general abrió la puerta y les hizo pasar a una sala grande, agradablemente amueblada, desde la que se dominaba Wall Street. Causó la impresión inmediata de estar ocupada por una persona limpia, ordenada y eficiente.

Una mujer que Townsend imaginó que debía de tener unos cuarenta años, quizá cuarenta y cinco, se levantó desde detrás de una mesa y se adelantó para saludarles. Tenía aproximadamente la misma altura que Townsend, con un cabello oscuro perfectamente peinado y un rostro de expresión austera oculto tras un par de gafas bastante grandes. Vestía un traque chaqueta de corte elegante y color azul oscuro, con blusa de color crema.

—Buenas tardes, caballeros —dijo, al tiempo que extendía la mano—. Soy Elizabeth Beresford.

—Keith Townsend —dijo él, estrechándosela—. Mi asesor legal, Tom Spencer.

—Les dejaré a solas para que hablen del asunto —dijo David Grenville—. Pero antes de marcharse le ruego que pase por mi despacho, Keith. —Hizo una pausa antes de añadir—: Si se siente con ánimos para ello.

—Gracias —asintió Townsend.

Grenville abandonó la sala y cerró la puerta despacio tras él.

—Tomen asiento, por favor —invitó la señorita Beresford, que les indicó dos cómodos sillones frente a la mesa.

Al volverse para ocupar su propio sillón ante la mesa, Townsend observó la docena de carpetas que tenía encima.

—¿Quiere alguno de ustedes tomar café? —preguntó.

—No, gracias —contestó Townsend, desesperado por meterse de lleno en el asunto.

Tom negó con un gesto de la cabeza.

—Soy una especie de médico de empresas —empezó a explicar la señorita Beresford—, y mi tarea, señor Townsend, es bien sencilla: tratar de salvar la Global Corp. de una muerte prematura. —Se reclinó en el sillón y junto las yemas de los dedos, con los codos apoyados en los reposabrazos—. Como cualquier médico que diagnostica un tumor, mi primera obligación consiste en determinar si es benigno o maligno. Debo decirle, ya desde el principio, que mi índice de éxitos en esta clase de operaciones es aproximadamente de uno por cada cuatro. Y también debería añadir que este es el encargo más difícil que se me ha confiado hasta ahora.

—Gracias, señorita Beresford —dijo Townsend—. Es muy reconfortante oírle decir esas palabras.

Ella no demostró ninguna reacción ante el sarcasmo. Se inclinó hacia adelante y abrió una de las carpetas que tenía sobre la mesa.

—Aunque esta mañana he dedicado varias horas a repasar sus balances, y a pesar de la investigación adicional llevada a cabo por mi excelente equipo financiero, sigo sin poder juzgar con hechos si la valoración que hace el *Financial Times* de su compañía es exacta o no, señor Townsend. Ese periódico se ha contentado con una civilizada opinión según la cual sus compromisos financieros superan con mucho los activos, y mi tarea tiene que ser mucho más exacta.

»Mis problemas se han visto agravados por varias influencias externas. En primer lugar, y tras haber repasado sus datos, cualquier puede darse cuenta de que sufre usted de una enfermedad bastante común entre los hombres que se han hecho a sí mismos... Cuando están cerca de cerrar un trato, se sienten fascinados por un horizonte distante, hasta el punto de dejar en manos de otros que se preocupen acerca de cómo llegar hasta allí.

Tom hizo un esfuerzo por no sonreír.

—En segundo lugar, parece que ha cometido usted el error clásico que los japoneses describen tan singularmente como «el principio de Arquímedes», es decir, que su último negocio es a menudo más grande que la suma de todos los negocios anteriores juntos.

»Específicamente, siguió usted adelante y tomó prestados tres mil millones de dólares de una serie de bancos e instituciones financieras, con el propósito de comprar Multi Media, sin detenerse a considerar si el resto del grupo podía producir la liquidez necesaria para afrontar los pagos de un préstamo tan vasto. —Hizo una pausa y volvió a juntar las yemas de los dedos—. Me resulta difícil creer que aceptara usted asesoramiento profesional antes de llevar adelante esta transacción.

—Pedí asesoramiento profesional —dijo Townsend—, y el señor Spencer me aconsejó que no me metiera.

Se volvió a mirar a su abogado, que permaneció impassible.

—Comprendo —dijo la señorita Beresford—. Si yo fracaso, será el implacable jugador que hay en usted el que habrá sido la causa de su propia caída. Al leer anoche y durante esta mañana la información contenida en estas carpetas, he llegado a la conclusión de que la única razón por la que ha sobrevivido hasta el momento es porque a lo largo de los años ha conseguido ganar más de lo que ha perdido, y porque sus banqueros, aunque impulsados a menudo hacia la distracción, han mantenido la confianza en usted, a veces en contra de lo que les dictaba su sentido común.

—¿Me va a dar usted alguna buena noticia? —preguntó Townsend. Ella ignoró la pregunta y continuó.

—Mi primera responsabilidad consistirá en repasar sus libros con toda escrupulosidad, estudiar cada una de sus empresas y compromisos, sea cual fuere su tamaño, el país donde ejerza sus actividades y la moneda en que lo haga, para tratar de encontrarle algún sentido al cuadro general. Una vez hecho eso, si llego a la conclusión de que la Global Corp. sigue siendo solvente en el sentido legal de la palabra, pasaré a una segunda fase que significará, indudablemente, la venta de algunos de los valores más preciados de la compañía, por muchos de los cuales estoy segura de que sentirá un cariño personal especial.

Townsend ni siquiera quiso pensar en qué tesoros estaría pensando ella. Se limitó a permanecer sentado y escuchar el diagnóstico del forense.

—Aun suponiendo que el proceso quede terminado de un modo satisfactorio, y como parte de un plan de emergencia, tendremos que emitir un comunicado de prensa para explicar por qué la Global Corp. se dispone a efectuar una liquidación voluntaria. Si eso fuera necesario, entregaría sin dilación ese comunicado de prensa a la agencia Reuters.

Townsend tragó saliva con dificultad.

—Pero si ese paso demostrara ser innecesario y seguimos trabajando juntos, pasaría entonces a la tercera fase, que me exigirá visitar a cada banco e institución financiera con la que esté relacionado, para tratar de convencerles de que le concedan un poco más de tiempo para devolver sus extraordinarios créditos. Aunque debo decir que, si yo estuviera en su lugar, no lo haría así.

Guardó un momento de silencio, se inclinó de nuevo hacia adelante y abrió otra carpeta.

—Parece ser —dijo, leyendo de una nota escrita a mano—, que tendría que visitar en ese caso un total de treinta y siete bancos y otras once instituciones financieras situadas en cuatro continentes, la mayoría de las cuales ya se han puesto en contacto conmigo esta misma mañana. Solo espero que haya podido ser lo bastante convincente como para inducirles a esperar hasta que nos hayamos hecho una composición del cuadro general. —Sus manos se desplazaron por el aire, sobre las carpetas—. Si por algún milagro se pudieran completar las fases uno, dos y tres, mi tarea final, y con mucho la más difícil, consistiría en convencer a esos mismos bancos e instituciones, actualmente tan recelosos en cuanto a las perspectivas futuras de su

grupo, que deben permitirle establecer un paquete de medidas financieras que aseguren la supervivencia a largo plazo de la compañía. No podré alcanzar esa fase, sin embargo, a menos que pueda demostrarles, con cifras auditadas de modo independiente, que sus préstamos están asegurados por verdaderos valores de mercado y por una liquidez positiva. Y estoy segura de que no le sorprenderá saber que eso es algo de lo que yo misma tengo que quedar previamente convencida. Tampoco debe imaginar ni por un momento que si fuera usted tan afortunado como para llegar a la cuarta fase, puede por ello relajarse. Antes al contrario, porque será entonces cuando se le comunicarán los detalles de la quinta fase.

Townsend notaba que el sudor empezaba a resbalarle por la nariz.

—Ha habido un aspecto en el que el *Financial Times* ha sido exacto —continuó ella—. Si uno solo de los bancos no estuviera dispuesto a colaborar, entonces, y cito textualmente, eso sería suficiente para que «todo el edificio se desplome». En el caso de que ese fuera el resultado final, le pasaría el caso a un colega mío que trabaja en el piso de abajo, y que se especializa en liquidaciones.

»Concluiré diciéndole, señor Townsend, que si espera usted evitar el destino de sus compatriotas, el señor Alan Bond y el señor Christopher Skase, no solo tiene que estar de acuerdo en cooperar plenamente conmigo, sino que también tiene que darme la seguridad de que, a partir del momento en que salga de este despacho, no firmará un solo cheque sin consultar antes conmigo, ni transferirá ningún dinero de ninguna cuenta que esté bajo su control, a excepción de aquello que sea absolutamente necesario para cubrir los gastos corrientes cotidianos. Y ni siquiera entonces pueden exceder, bajo ninguna circunstancia, la cantidad de dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares? —repitió Townsend.

—Sí —asintió ella—. Podrá ponerse en contacto conmigo en cualquier momento, de día o de noche, y nunca tendrá que esperar más de una hora a que yo tome una decisión. Sin embargo, si cree usted que no puede aceptar estas condiciones —añadió, cerrando la carpeta—, entonces no estoy dispuesta a seguir representándole, y con ello incluyo a este banco, cuya reputación, no hace falta decirlo, también está en juego. Espero haber dejado bien clara mi postura, señor Townsend.

—Abundantemente —asintió Townsend, que tenía la sensación de haber mantenido diez asaltos con un peso pesado.

Elizabeth Beresford se reclinó en su sillón.

—Naturalmente, puede usted solicitar asesoramiento profesional —dijo—. En cuyo caso me complacería ofrecerle la utilización de una de nuestras salas de consulta.

—Eso no será necesario —dijo Townsend—. Si mi asesor profesional hubiera estado en desacuerdo con cualquier aspecto de su valoración, tal como lo ha planteado usted, ya lo habría dicho así hace rato. —Tom se permitió esbozar una sonrisa—. Cooperaré con todas sus recomendaciones.

Townsend se volvió a mirar a Tom, que hizo un gesto de asentimiento.

—Bien —dijo la señorita Beresford—. En ese caso podría empezar por entregarme sus tarjetas de crédito.

Tres horas más tarde, Townsend se levantó de la silla, estrechó la mano de Elizabeth Beresford y, sintiéndose totalmente exhausto, la dejó en compañía de sus carpetas. Tom regresó a su oficina mientras él subía lentamente los escalones que conducían al piso superior y recorría el pasillo hasta llegar a la puerta del despacho del director general. Estaba a punto de llamar cuando David Grenville abrió la puerta y apareció ante él con un gran vaso de *whisky*.

—Tengo la sensación de que podría necesitar esto —le dijo, entregándole el vaso a Townsend—. Pero antes dígame, ¿ha sobrevivido a los asaltos iniciales de E. B.?

—No estoy muy seguro —contestó él—. Pero estoy ocupado todas las tardes, desde las tres hasta las seis durante los próximos quince días, incluidos los fines de semana. —Tomó un gran trago de *whisky* y añadió—: Y ella se ha quedado hasta con mis tarjetas de crédito.

—Eso es una buena señal —dijo Grenville—. Demuestra que no da su caso por perdido. A veces, E. B. se limita a enviar las carpetas a un despacho situado un piso más abajo en cuanto ha terminado la primera reunión.

—¿Y encima debo sentirme agradecido? —preguntó Townsend después de vaciar el *whisky*.

—No, solo temporalmente aliviado —dijo Grenville—. ¿Se siente todavía con ánimos para asistir esta noche a la cena de banqueros? —le preguntó al tiempo que le servía un segundo *whisky*.

—Bueno, la verdad es que esperaba acompañarle —contestó Townsend—, pero resulta que ella —y señaló con un dedo hacía el piso de abajo—, me ha puesto tantos deberes para hacer en casa y dejarlos terminados antes de las tres de la tarde de mañana que...

—Creo que sería prudente que hiciera usted una aparición en público esta noche, Keith. En las circunstancias actuales, su ausencia podría malinterpretarse con suma facilidad.

—Quizá sea cierto, pero ¿no me enviará ella a casa antes de que sirvan los entremeses?

—Lo dudo, porque le he situado a la derecha de donde ella se sienta. Todo esto forma parte de mi estrategia para convencer al mundo de la banca de que estamos apoyándole por completo.

—Demonios, ¿cómo se comporta esa mujer en un ambiente social?

El presidente reflexionó un momento sobre la pregunta, antes de contestar:

—Debo confesar que a E. B. no le gusta mucho hablar de fruslerías.

# **Daily Mail**

---

2 de julio de 1991

Carlos y Diana: «Motivo de preocupación»

— Tiene una llamada de Suiza por la línea uno, señor Armstrong —dijo la secretaria temporal cuyo nombre ya no recordaba—. Dice llamarse Jacques Lacroix. También retengo otra llamada de Londres por la línea dos.

—¿Quién llama desde Londres? —preguntó Armstrong.

—Un tal señor Peter Wakeham.

—Dígale que espere, y pásame directamente la llamada de Suiza.

—¿Es usted, Dick?

—Sí, Jacques. ¿Cómo está, viejo amigo? —preguntó Armstrong con voz alegre.

—Un poco inquieto, Dick —fue la suave respuesta desde Ginebra.

—¿Por qué? —preguntó Armstrong—. La semana pasada deposité un cheque por importe de cincuenta millones de dólares en su sucursal de Nueva York. Tengo incluso el recibo.

—No discuto el hecho de que depositara ese cheque —dijo Lacroix—. El propósito de mi llamada es para comunicarle que hoy nos ha sido devuelto por el banco, con la anotación «Guardar en el cajón».

—Tiene que haber algún error —dijo Armstrong—. Sé que esa cuenta dispone de fondos más que suficientes para cubrir esa cantidad.

—Quizá sea así. Pero alguien se niega a entregarnos esos fondos y, de hecho, ha dejado bien claro, a través de los canales habituales, que en el futuro no cubrirán ningún cheque que se les presente al cobro sobre esa cuenta.

—Les llamaré inmediatamente y luego le llamaré a usted —dijo Armstrong.

—Le agradecería que así lo hiciera —dijo Lacroix.

Armstrong colgó y observó que la luz parpadeaba en lo alto del teléfono. Recordó que Wakeham todavía esperaba por la línea dos y levantó de nuevo el teléfono.

—Peter, ¿qué demonios está pasando ahí?

—Ni siquiera yo mismo estoy seguro de saberlo —admitió Peter—. Lo único que puedo decirle es que Paul Maitland y Eric Chapman me visitaron en casa a últimas horas de anoche y me preguntaron si había firmado algún cheque sobre la cuenta del fondo de pensiones. Les dije exactamente lo que usted me pidió que les dijera, pero tengo la impresión de que Maitland ha dado ahora órdenes para que no se pague ningún cheque que lleve mi firma.

—¿Quiénes diablos se creen que son? —aulló Armstrong—. Es mi compañía y haré con ella lo que me plazca.

—*Sir* Paul dice que ha tratado de ponerse en contacto con usted desde hace una semana, pero no le ha devuelto sus llamadas. Durante una reunión del comité financiero celebrada la semana pasada dijo que si no aparecía en la reunión del consejo de administración del próximo mes, no le quedaría más remedio que dimitir.

—Pues que dimita, ¿a quién le importa eso? En cuanto se haya marchado puedo nombrar a cualquiera que sea de mi gusto como presidente.

—Desde luego que puede hacerlo —asintió Peter—. Pero creo que le gustaría saber que su secretaria me ha dicho que se ha pasado los últimos días redactando una y otra vez un comunicado de prensa para anunciar su dimisión.

—¿Y qué? —preguntó Armstrong—. Nadie se molestará en seguir su ejemplo.

—Yo no estoy tan seguro de eso —dijo Peter.

—¿Qué le hace decir eso?

—Después de que su secretaria se marchara, me di una vuelta por su despacho y conseguí ver la declaración en su ordenador.

—¿Y qué dice?

—Dice, entre otras cosas, que solicitará a la Comisión de Bolsa que suspenda la cotización de nuestras acciones hasta que se lleve a cabo una investigación completa.

—No tiene autoridad para hacer eso —gritó Armstrong—. Algo así tendría que ser aprobado por el consejo.

—Creo que tiene la intención de solicitar esa autorización en el próximo consejo —dijo Peter.

—Entonces dígame con toda claridad que estaré presente en esa reunión —aulló Armstrong por el teléfono—, y que el único comunicado de prensa que se emitirá será el mío anunciando las razones por las que *sir* Paul Maitland ha tenido que ser sustituido como presidente del consejo de administración.

—Quizá sea mejor que se lo diga usted mismo —comentó Peter con voz serena—. Yo me limitaré a decirle que tiene usted la intención de estar presente.

—Dígame lo que se le antoje, pero déjele bien claro que no debe emitir ningún comunicado de prensa hasta que yo no regrese, a finales de mes.

—Haré todo lo que pueda, Dick, pero...

Peter escuchó un clic al otro extremo de la línea.

Armstrong trató de poner en orden sus pensamientos. *Sir* Paul podía esperar. Su primera prioridad consistía en conseguir de algún modo cincuenta millones de dólares antes de que Jacques Lacroix le hiciera saber al mundo entero su secreto. El *Tribune* todavía no lograba despegar, a pesar de todos sus esfuerzos. Incluso después del segundo acuerdo de despido colectivo con los sindicatos, la compañía mostraba una liquidez desastrosamente negativa. Ya había tenido que retirar trescientos millones de libras esterlinas del fondo de pensiones sin conocimiento del consejo de administración para quitarse a los sindicatos de encima, y para mantener el precio de las acciones, ya que no podía seguir comprando cantidades tan masivas de acciones de su propia compañía. Pero si no lograba pagar a los suizos en los próximos días, sabía que las acciones volverían a bajar y esta vez no dispondría de una fuente de fondos de la que echar mano.

Se volvió a mirar el reloj internacional que colgaba de la pared, por detrás de su mesa, para comprobar qué hora era en Moscú. Poco después de las seis de la tarde,



pero sospechaba que el hombre con el que deseaba hablar se encontraría todavía en su despacho. Tomó el teléfono y le pidió a su secretaria que le pusiera con un número de Moscú.

Colgó el teléfono. Nadie se había sentido más satisfecho que Armstrong cuando el mariscal Tulpanov fue nombrado jefe de la KGB. Desde entonces había efectuado varios viajes a Moscú y de ese modo había conseguido varios grandes contratos en países del este de Europa. Pero recientemente había descubierto que ya no le resultaba tan fácil ponerse en contacto con Tulpanov.

Armstrong empezó a sudar mientras esperaba a que le pasaran la llamada. A lo largo de los años había estado presente en una serie de encuentros con Mijail Gorbachov, que parecía bastante receptivo a sus ideas. Pero entonces llegó Boris Yeltsin al poder. Tulpanov le presentó al nuevo líder ruso, pero Armstrong salió de aquella reunión con la sensación de que ninguno de ellos apreciaba lo importante que era él.

Mientras esperaba la comunicación hojeó las páginas de su Filofax, en busca de nombres que pudieran ayudarle en su actual dilema. Al llegar a la C se encontró con Sally Carr. En ese momento, sonó el teléfono. Lo tomó y escuchó una voz en ruso que preguntaba quién deseaba hablar con el mariscal Tulpanov.

—Lubji, sector de Londres —contestó.

Se escuchó un clic, y la voz familiar del jefe de la KGB surgió por la línea.

—¿Qué puedo hacer por usted, Lubji? —preguntó.

—Necesito un poco de ayuda, Sergei —empezó a decir Armstrong.

No se produjo una respuesta inmediata.

—¿Y qué forma espera usted que cobre esa ayuda? —preguntó finalmente Tulpanov con un tono contenido.

—Necesito un préstamo a corto plazo de cincuenta millones de dólares. Se lo devolvería en el término de un mes, se lo garantizo.

—Pero camarada —dijo el jefe de la KGB—, ya tiene usted siete millones de dólares de nuestro dinero. Algunos de mis comandantes de estación me comunican que no han recibido sus derechos de autor por la publicación de nuestro último libro.

A Armstrong se le secó la boca.

—Lo sé, lo sé, Sergei —rogó—. Pero solo necesito un poco más de tiempo y podré devolvérselo todo en el mismo paquete.

—No estoy seguro de que quiera correr ese riesgo —dijo Tulpanov después de otro prolongado silencio—. Creo que los británicos dicen algo respecto de arrojar buen dinero detrás del malo. Y haría bien en recordar, Lubji, que el *Financial Times* no solo se lee en Londres y Nueva York, sino también en Moscú. Creo que esperaré a ver mis siete millones depositados en las cuentas adecuadas, antes de considerar siquiera la idea de prestarle más dinero. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí —contestó Armstrong en voz baja.

—Bien. Le daré hasta finales de mes para cumplir con sus obligaciones. En caso

contrario, me temo que nos veremos obligados a recurrir a métodos menos sutiles. Creo que ya le indiqué, hace muchos años, que en algún momento tendría que tomar una decisión acerca de en qué lado quería estar. Se lo recuerdo solo porque, en estos momentos, y por citar otro dicho inglés, parece estar jugando con los dos extremos en contra del centro.

—No, eso no es justo —protestó Armstrong—. Estoy de su lado, Sergei. Siempre he estado de su lado.

—Escucho lo que me está diciendo, Lubji, pero si nuestro dinero no ha sido devuelto a finales de mes, no podré hacer nada por ayudarle. Y después de una amistad tan larga entre nosotros, eso sería de lo más desafortunado. Estoy seguro de que se dará cuenta de la tesitura en la que me coloca.

Armstrong oyó que la línea quedaba cortada. Su frente estaba cubierta de sudor. Se sintió mal. Colgó el teléfono, sacó una polvera del bolsillo y empezó a pasarse la torunda de algodón por la frente y las mejillas. Trató de concentrarse. Pocos momentos más tarde tomó el teléfono de nuevo.

—Póngame con el primer ministro de Israel.

—¿Es un número de Manhattan? —preguntó la secretaria temporal.

—Maldita sea, ¿es que soy yo la única persona que queda en este edificio capaz de realizar una tarea tan sencilla?

—Lo siento —balbuceó la secretaria.

—No se moleste. Ya lo haré yo mismo —gritó Armstrong.

Consultó el Filofax y marcó el número. Mientras esperaba, se dedicó a pasar de nuevo las páginas del Filofax. Al llegar a la H se encontró con Julius Hahn y una voz al otro extremo de la línea dijo:

—Despacho del primer ministro.

—Soy Dick Armstrong. Necesitaría hablar urgentemente con el primer ministro.

—Veré si puedo interrumpirle, señor.

Otro clic, otra espera, unas cuantas páginas más hasta llegar a la letra L, Sharon Levitt.

—Dick, ¿es usted? —preguntó el primer ministro Shamir.

—Sí, soy yo, Yitzhak.

—¿Cómo está, viejo amigo?

—Estupendamente —contestó Armstrong—. ¿Y usted, qué tal?

—Estoy bien, gracias. —Hizo una pausa—. Tengo los problemas habituales, claro, pero al menos me conservo con buena salud. ¿Cómo está Charlotte?

—Charlotte está muy bien —contestó Armstrong, incapaz de recordar cuándo la había visto por última vez—. Está en Oxford, cuidando de los nietos.

—¿Cuántos tiene ahora? —preguntó Shamir.

Armstrong se lo tuvo que pensar un momento.

—Tres —contestó, y casi añadió: «¿O son cuatro?».

—Ah, hombre afortunado. ¿Y sigue manteniendo felices a los judíos de Nueva

York?

—Siempre puede contar conmigo para eso —contestó Armstrong.

—Sé que podemos, viejo amigo —le aseguró el primer ministro—. Bien, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Se trata de una cuestión personal, Yitzhak, en la que espero que pueda aconsejarme.

—Haré todo lo que pueda por ayudar. Israel siempre estará en deuda con usted por el trabajo que ha hecho por nuestro pueblo. Dígame en qué puedo ayudarle, viejo amigo.

—Es una petición muy sencilla —contestó Armstrong—. Necesito un préstamo a corto plazo de cincuenta millones de dólares, que serán devueltos en un mes como máximo. Me preguntaba si podría usted ayudar de alguna forma.

Se produjo un prolongado silencio antes de que el primer ministro contestara.

—El gobierno no se dedica a hacer préstamos, claro, pero podría hablar con el presidente del Banco Leumi si cree que eso puede serle útil.

Armstrong decidió no decirle al primer ministro que ya tenía un préstamo vencido con ese banco concreto por importe de veinte millones de dólares, y le habían dejado bien claro que no le prestarían más.

—Es una buena idea, Yitzhak. Pero no se moleste. Yo mismo me pondré en contacto con él —añadió tratando de dar a su voz un tono alegre.

—Y a propósito, Dick —dijo el primer ministro—, ahora que lo tengo al teléfono... En relación con su otra petición...

—¿Sí? —preguntó Armstrong, cuyas esperanzas aumentaron por un momento.

—Sin pretender ser morboso por ello, el Knesset acordó la semana pasada que fuera usted enterrado, llegado el momento, en el Monte de los Olivos, un privilegio que solo se concede a aquellos judíos que han prestado un gran servicio al Estado de Israel. Felicitaciones. Como bien sabe, no todo primer ministro puede estar seguro de conseguirlo. —Se echó a reír—. Aunque espero que no aproveche usted la ventaja de esta oferta durante muchos años.

—Esperemos que tenga razón —dijo Armstrong.

—¿Le veré entonces a usted y a Charlotte en Londres al mes que viene, en el banquete del Guildhall?

—Sí, esperamos ese momento con ilusión —contestó Armstrong—. Le veré entonces. Pero no quisiera ocuparle ahora más de su tiempo, señor primer ministro.

Armstrong colgó el teléfono, repentinamente consciente de que tenía la camisa empapada de sudor y pegada al cuerpo. Se levantó pesadamente del sillón y se dirigió al cuarto de baño, quitándose la chaqueta y desabrochándose la camisa mientras avanzaba. Una vez que hubo cerrado la puerta tras él, se secó con la toalla y se puso la tercera camisa limpia del día.

Regresó a la mesa y continuó revisando la lista de números de teléfono, hasta que llegó a la S, Arno Schultz. Levantó el teléfono y le pidió a la secretaria que le pusiera

con su abogado.

—¿Tiene usted su número? —preguntó la secretaria.

Después de otro estallido, colgó el teléfono y poco después marcaba él mismo el número de Russell. Sin pensar, pasó unas pocas páginas más del Filofax hasta que oyó la voz del abogado al otro extremo de la línea.

—¿Tengo cincuenta millones de dólares ocultos en alguna parte del mundo? —le preguntó de inmediato.

—¿Para qué los necesita? —preguntó Russell.

—Los suizos empiezan a amenazarme.

—Creía que les había pagado la semana pasada.

—Así lo hice.

—¿Qué ocurrió con esa fuente inagotable de fondos?

—Se ha secado.

—Comprendo. ¿Cuánto ha dicho que necesita?

—Cincuenta millones.

—Bueno, se me ocurre una forma con la que podría conseguir por lo menos esa cantidad.

—¿Cómo? —preguntó Armstrong, que hizo un esfuerzo para que su voz no sonara desesperada.

Russell vaciló antes de contestar.

—Siempre podría vender el 46 por ciento de sus acciones en el *New York Star*.

—Pero ¿quién podría poner encima de la mesa esa cantidad de dinero en tan poco tiempo?

—Keith Townsend. —Russell apartó de la oreja el teléfono y esperó a escuchar la palabra «¡Nunca!», resonando con fuerza por la línea. Al comprobar que no ocurría eso, continuó—: Supongo que estaría de acuerdo en pagar la acción por encima del precio del mercado, porque eso le garantizaría el control completo de la compañía.

Russell volvió a apartar el teléfono de la oreja, a la espera del estallido. Pero Armstrong se limitó a decir:

—¿Por qué no habla usted con sus abogados?

—No creo que sea ese el mejor método —contestó Russell—. Si yo le llamara así, de improviso, Townsend llegaría rápidamente a la conclusión de que andaba usted escaso de fondos.

—¡Eso no es cierto! —gritó Armstrong.

—Nadie está sugiriendo que sea así —dijo Russell—. ¿Asistirá usted a la cena de banqueros de esta noche, en el Four Seasons?

—¿La cena de banqueros? ¿Qué cena de banqueros?

—El encuentro anual que mantienen los principales actores del mundo financiero y sus invitados. Sé que ha sido usted invitado, porque he leído en el *Tribune* que se sentará entre el gobernador y el alcalde.

Armstrong comprobó la hoja impresa de compromisos del día, que tenía sobre la

mesa.

—Tiene razón. Se supone que debo asistir. ¿Por qué lo pregunta?

—Tengo la impresión de que Townsend también estará presente, aunque solo sea para hacerle saber al mundo de la banca que todavía está vivo después de ese desgraciado artículo publicado en el *Financial Times*.

—Supongo que lo mismo podría decirse de mí —observó Armstrong con un tono de voz insólitamente taciturno.

—Podría ser la oportunidad ideal para sacar a relucir el tema con la mayor naturalidad posible, y comprobar qué clase de reacción obtiene.

Otro teléfono empezó a sonar en ese momento.

—Espere un momento, Russell —dijo Armstrong, que descolgó el otro teléfono. Era su secretaria—. ¿Qué quiere ahora? —aulló Armstrong tan fuerte que Russell se preguntó por un momento si todavía hablaba con él.

—Siento interrumpirle, señor Armstrong, pero el hombre de Suiza acaba de llamar otra vez.

—Dígale que yo volveré a llamarle —dijo Armstrong.

—Insistió en esperar, señor. ¿Quiere que le pase?

—Tendré que llamarle dentro de un momento, Russell dijo Armstrong cambiando de teléfono.

Se quedó mirando por un momento el Filofax, abierto por la letra T.

—Jacques —dijo por el otro teléfono—. Creo que ya he podido solucionar nuestro pequeño problema.

# NEW YORK STAR

---

20 DE AGOSTO DE 1991

---

El alcalde le dice al jefe de policía: «El armario está vacío»

Townsend detestaba la idea de tener que vender sus acciones del *Star*, y precisamente a Richard Armstrong. Sostuvo la pajarita frente al espejo y maldijo de nuevo en voz alta. Sabía que todo aquello en lo que Elizabeth Beresford había insistido aquella tarde era probablemente su única esperanza de supervivencia.

Quizá Armstrong no apareciera en la cena. Eso, al menos, le permitiría farolear durante unos pocos días más. ¿Cómo hacerle comprender a E. B. que, de todos sus valores, el *Star* solo se veía superado en sus afectos por el *Melbourne Courier*? Se estremeció al pensar que ella todavía no le había dicho lo que en su opinión tendría que ser liquidado en Australia.

Townsend revisó el cajón de abajo en busca de una camisa de gala, y se sintió aliviado al encontrar una perfectamente envuelta en un paquete de celofán. La sacó. ¡Maldición! Lanzó el exabrupto cuando el botón superior se desprendió, al tratar de desabrocharlo, y volvió a maldecir al recordar que Kate no regresaría de Sydney hasta dentro de otra semana. Se puso la pajarita, con la esperanza de que ocultara el problema. Se miró en el espejo. No lo ocultaba del todo. Y lo que era peor, el cuello de la chaqueta parecía tan brillante que tenía el aspecto de un director de orquesta de los años cincuenta. Kate le había dicho desde hacía años que se comprara una nueva chaqueta de esmoquin, y quizá hubiera llegado el momento de seguir su consejo. Fue entonces cuando recordó que ya no disponía de sus tarjetas de crédito.

Esa noche, al salir del apartamento y tomar el ascensor para bajar al coche que le esperaba, Townsend no pudo evitar el darse cuenta por primera vez que su chófer llevaba un traje de aspecto más elegante que todo lo que él tuviera en su propio guardarropa. Mientras la limusina iniciaba el lento trayecto hacia el Four Seasons, se arrellanó en el asiento de atrás y trató de imaginar cómo podría plantear el tema de vender sus acciones en el *Star* en el caso de que se encontrara un momento a solas con Dick Armstrong.

Armstrong pensó que una de las cosas buenas de una chaqueta cruzada y bien cortada era que ayudaba a ocultar el propio exceso de peso. Esa noche había pasado más de una hora dejando que el mayordomo le tiñera el cabello y la doncella le hiciera la manicura. Al mirarse en el espejo, se sintió convencido de que pocos de los que asistieran a la cena de banqueros de esa noche creerían que él ya tenía casi setenta años.

Russell le había llamado por teléfono poco antes de salir del despacho, para decirle que había calculado que el valor de sus acciones del *Star* debía de ser entre sesenta y setenta millones de dólares, y estaba convencido de que Townsend estaría dispuesto a pagar una bonificación si lograba adquirir todo el paquete.

Por el momento, lo único que necesitaba eran cincuenta y siete millones de

dólares. Eso permitiría taponar la boca a los suizos, a los rusos e incluso a *sir* Paul.

Al detenerse la limusina en el Four Seasons, un hombre joven, vestido con una elegante chaqueta roja, se precipitó a abrirle la portezuela. Al ver quién era el que hacía esfuerzos por incorporarse y bajar del coche, se llevó una mano a la gorra.

—Buenas noches, señor Armstrong.

—Buenas noches —contestó Armstrong y le entregó al joven un billete de diez dólares.

Al menos seguiría habiendo una persona convencida de que él todavía era un multimillonario. Subió la ancha escalera que conducía al comedor y se unió a la corriente de otros invitados. Algunos de ellos se volvieron para sonreírle. Otros le señalaron con gestos. Se preguntó que se estarían susurrando entre sí. ¿Predecían su caída, o hablaban de su genio? En cualquier caso, les devolvió las sonrisas.

Russell ya le esperaba en lo alto de la escalera. Al dirigirse juntos hacia el comedor, se inclinó hacia él y le susurró:

—Townsend ya ha llegado. Está en la mesa catorce, como invitado de J. P. Grenville.

Armstrong asintió con un gesto, consciente de que J. P. Grenville había sido el banquero comercial de Townsend desde hacía más de veinticinco años. Entró en el comedor, encendió un largo puro habano y empezó a abrirse paso entre las atestadas mesas redondas. Ocasionalmente se detenía para estrechar una mano que se le tendía, o para charlar un momento con alguien de quien sabía que era capaz de prestar grandes sumas de dinero.

Townsend estaba de pie, tras su silla de la mesa catorce, y observó a Armstrong que avanzaba lentamente hacia la mesa de honor. Finalmente, se sentó entre el gobernador Cuomo y el alcalde Dinkins. Sonreía cada vez que un invitado le saludaba desde la distancia, suponiendo siempre que el saludo iba dirigido a él.

—Esta noche podría encontrar su mejor oportunidad —le comentó Elizabeth Beresford, que también miraba hacia la mesa de honor.

Townsend asintió con un gesto.

—Quizá no sea tan fácil hablar con él en privado.

—Si quisiera usted comprar sus acciones, seguro que encontraría una forma rápida de hacerlo.

¿Por qué aquella condenada mujer tenía siempre razón?

El maestro de ceremonias hizo sonar varias veces el martillo sobre la mesa hasta que todos los presentes guardaron silencio para que el rabino pronunciara una oración. Más de la mitad de los presentes llevaban *kipas* sobre la coronilla, incluido Armstrong, algo que Townsend nunca le había visto hacer en una función pública en Londres.

Una vez que los invitados se sentaron, un numeroso grupo de camareros empezó a servir la sopa. Townsend no tardó mucho tiempo en descubrir que David Grenville había tenido razón al valorar la conversación de E. B., que terminó mucho antes de



que él hubiera terminado el primer plato. En cuanto se sirvió el plato principal se volvió hacia él, bajó el tono de voz y empezó a hacerle una serie de preguntas acerca de sus valores australianos. Contestó a cada una de ellas lo mejor que pudo, sabiendo que hasta la menor inexactitud sería recogida y utilizada más tarde como prueba contra él. Sin hacer la menor concesión al hecho de que se encontraban en una ocasión social, ella abordó el tema de cómo pensaba plantear el tema de venderle a Armstrong sus acciones en el *Star*.

Después de que las respuestas de Townsend llenaran la contratapa de dos tarjetas del menú, la primera oportunidad para escapar al interrogatorio de E. B. se le presentó cuando llegó un camarero para llenarle la copa de vino. Aprovechó el momento para volverse hacia Carol Grenville, la esposa del presidente del banco, que estaba sentada a su izquierda. Las únicas preguntas a las que Carol deseaba encontrar respuesta fueron: «¿Cómo están Kate y los niños?», y «¿Ha visto usted la reposición de *Chicos y chicas*?».

—¿Ha visto usted la reposición de *Chicos y chicas*, Dick? —preguntó el gobernador.

—No, no la he visto, Mario —contestó Armstrong—. Con eso de dirigir los periódicos de mayor éxito de Nueva York y Londres no encuentro últimamente tiempo para asistir al teatro. Y, francamente, con las elecciones tan cerca, me sorprende que usted pueda asistir.

—No olvide nunca, Dick, que los votantes también acuden al teatro —comentó el gobernador—. Y si uno se sienta en la quinta fila de las butacas de platea, tres mil de ellos le ven a uno inmediatamente. Siempre les complace descubrir que uno tiene sus mismos gustos.

Armstrong se echó a reír.

—Nunca habría podido ser político —comentó, al tiempo que levantaba una mano. Un instante después, un camarero apareció a su lado—. ¿Puede servirme un poco más? —le susurró Armstrong.

—Desde luego, señor —asintió el camarero de la mesa de honor, aunque casi podría jurar que ya le había servido a Armstrong una segunda ración.

Armstrong miró hacia la derecha, donde estaba sentado David Dinkins, y observó que apenas probaba la comida, un hábito bastante común entre quienes tenían que hablar después de la cena, según había podido descubrir a lo largo de los años. El alcalde, con la cabeza inclinada, comprobaba su texto escrito, y efectuaba algún pequeño cambio de última hora con un bolígrafo del Four Seasons.

Armstrong no hizo ningún intento por interrumpirlo en su tarea, y observó que Dinkins hacía un gesto de rechazo cuando se le ofreció una *crème brûlée*, lo que él aprovechó para sugerirle al camarero que la dejara a su lado, por si acaso el alcalde cambiaba de opinión. Cuando Dinkins acabó de repasar el texto de su discurso, Armstrong ya había dado buena cuenta de su postre. Se sintió encantado al ver una bandeja de *petits fours* situada entre ellos, un momento después de que se sirviera el

café.

Durante los discursos que siguieron, Townsend se sintió distraído. Trató de no pensar demasiado en sus problemas actuales, pero una vez que se apagaron los aplausos tras la salutación de agradecimiento del presidente de la Asociación de la Banca, se dio cuenta de que apenas si lograba recordar nada de lo que este había dicho.

—Los discursos han sido excelentes, ¿no le parece? —preguntó David Grenville desde el otro lado de la mesa—. Dudo que este año vuelva a haber oradores tan distinguidos para dirigirse al público en Nueva York.

—Probablemente tiene usted razón —asintió Townsend.

Su único pensamiento se centraba ahora en cuánto tendría que quedarse por allí antes de que E. B. le permitiera regresar a casa. Al mirar a su derecha, vio que la mirada de aquella mujer se hallaba fija en la mesa de honor.

—Keith —dijo una voz tras él.

Se volvió y se levantó, para recibir el abrazo de oso por el que era justamente famoso el alcalde de Nueva York. Townsend aceptaba que debía haber alguna que otra desventaja en aquello de ser el propietario del *Star*.

—Buenas noches, señor alcalde —saludó—. Qué agradable volver a verle. Me permito felicitarle por su excelente discurso.

—Gracias, Keith, pero no es esa la razón por la que he venido para charlar un momento con usted. —Dirigió el dedo índice hacia el pecho de Townsend—. ¿Por qué tengo la sensación de que el director de su periódico se mete demasiado conmigo? Sé que es irlandés, pero quisiera que le preguntara cómo puede esperar que aumente otra vez el salario de los miembros del departamento de policía de Nueva York cuando la ciudad ya se ha quedado sin dinero para lo que resta del año. ¿Acaso quiere que vuelva a aumentar los impuestos, o que deje a la ciudad en bancarrota?

Townsend le habría recomendado al alcalde que empleara a E. B. para solucionar el problema del departamento de policía, pero cuando David Dinkins dejó de hablar, le dijo que hablaría con su director a la mañana siguiente, para añadir, sin embargo, que siempre había seguido la política de no interferir en el contenido editorial de ninguno de sus periódicos.

E. B. enarcó una ceja, lo que no hizo sino indicarle lo muy meticulosamente que ella había revisado sus carpetas.

—Le estoy agradecido, Keith —dijo el alcalde—. Estaba seguro de que una vez que le explicara contra qué tengo que enfrentarme, comprendería usted mi postura, aunque difícilmente sabrá usted lo que significa no poder pagar sus facturas a fin de mes.

El alcalde miró por encima del hombro de Townsend, y anunció en tono más alto.

—Ahí llega un hombre que nunca me causa ningún problema.

Townsend y E. B. se volvieron al unísono para ver a quién se refería. El alcalde señalaba con un gesto hacia Richard Armstrong.

—Supongo que son ustedes viejos amigos —dijo el alcalde, que los tomó a ambos por el brazo.

Cualquiera de los dos podría haber contestado a la pregunta si Dinkins no se hubiera alejado para continuar su ronda de visitas a la búsqueda de sacar algo. Elizabeth se apartó discretamente, pero no tanto como para dejar de escuchar cada una de las palabras que se cruzaran entre ellos.

—¿Cómo está, Dick? —preguntó Townsend, a pesar de no sentir el menor interés por el bienestar de Armstrong.

—Nunca me he sentido mejor —contestó Armstrong, que se volvió para arrojar una nube de humo en dirección a Elizabeth.

—Tiene que haber sido un alivio para usted solucionar finalmente sus disputas con los sindicatos.

—Al final no tuvieron más remedio que aceptar —dijo Armstrong—. O aceptaban mis condiciones, o cerraba el periódico.

Russell se les acercó despacio y quedó situado cerca de ellos, por detrás.

—Pero a qué precio —dijo Townsend.

—Un precio que me puedo permitir —replicó Armstrong—. Sobre todo ahora que el periódico empieza a dar beneficios cada semana. Solo espero que pueda usted conseguir lo mismo con Multi Media —comentó y aspiró profundamente el humo del puro.

—Eso nunca ha sido un problema para Multi Media, desde el primer día —dijo Townsend—. Con la liquidez que genera esa empresa, mi mayor preocupación consiste en disponer de personal suficiente para ingresar el dinero en el banco.

—Debo admitir que escupirle tres mil millones a ese vaquero demostró que tiene usted agallas. Yo solo le ofrecí mil quinientos a Henry Sinclair, y solo después de que mis contables revisaran sus libros con lupa.

En circunstancias diferentes, Townsend podría haberle recordado que en la cena ofrecida por el alcalde el año anterior, en el ayuntamiento, Armstrong le había dicho que había ofrecido a Sinclair dos mil quinientos millones, a pesar de que ni siquiera le habían permitido revisar sus cuentas, pero sabía que no podía decirle eso teniendo a E. B. a dos pasos de distancia.

Armstrong aspiró de nuevo profundamente de su habano antes de pronunciar su siguiente frase, bien meditada.

—¿Sigue usted teniendo tiempo para ocuparse de mis intereses en el *Star*?

—Más que suficiente, desde luego —contestó Townsend—. Y aunque quizá no alcance la tirada del *Tribune*, estoy convencido de que ya le gustaría cambiarlas por los beneficios del *Star*.

—Dentro de un año, por estas mismas fechas, le aseguro que el *Tribune* le habrá adelantado al *Star* en ambos aspectos.

Ahora le tocó a Russell enarcar una ceja.

—Bueno, podemos comparar notas en la cena del próximo año —dijo Townsend

—. Para entonces todo estará tan claro que cualquiera podrá verlo.

—Mientras yo controle el cien por cien del *Tribune* y el 46 por ciento del *Star*, estoy destinado a llevarme el gato al agua en cualquier caso —dijo Armstrong. Elizabeth frunció el ceño.

—De hecho, si Multi Media vale tres mil millones de dólares —siguió diciendo Armstrong—, mis acciones en el *Star* tienen que valer por lo menos cien millones para cualquiera.

—Si eso fuera así —replicó Townsend, con ligera precipitación—, las mías deben de valer bastante más de cien millones.

—Quizá haya llegado el momento de que uno de los dos se las compre al otro —dijo Armstrong.

Los dos hombres guardaron silencio. Russell y Elizabeth se miraron el uno al otro.

—¿En qué estaba usted pensando? —preguntó Townsend finalmente.

Russell volvió la atención a su cliente, sin estar muy seguro de saber cómo reaccionaría. Se trataba de una pregunta para la que no tenían preparada una respuesta.

—Estaría dispuesto a sacrificar mi cuarenta y seis por ciento del *Star* a cambio de..., digamos que unos cien millones.

Elizabeth no dejó de preguntarse cómo habría contestado Townsend a aquella oferta si ella no hubiera estado discretamente presente.

—No me interesa —dijo—, pero le diré lo que puedo hacer. Si cree que sus acciones valen cien millones, le dejaría disponer de las mías exactamente por esa misma cantidad. No podría hacerle una oferta más justa.

Tres personas hicieron esfuerzos para no parpadear, a la espera de la reacción de Armstrong, que inhaló de nuevo el humo del puro antes de apoyarse sobre la mesa y hundir el resto del puro en el plato intacto de *crème brûlée* de Elizabeth.

—No —dijo finalmente, encendiendo otro puro. Lanzó una nubecilla de humo, antes de añadir—: Puedo esperar tranquilamente a que ponga sus acciones en venta en el mercado libre, porque entonces podré hacerme con ellas por una tercera parte de su precio. De ese modo controlaría los dos tabloides de la ciudad y no habría premios para suponer cuál de los dos cerraría primero. —Se echó a reír, se volvió por primera vez hacia su abogado y dijo—: Vamos, Russell, ya es hora de que sigamos nuestro camino.

Townsend se quedó allí de pie, apenas capaz de controlarse.

—Hágame saber si cambia de opinión —dijo Armstrong en voz alta, antes de dirigirse hacia la salida. En cuanto estuvo seguro de que no le podía oír, se volvió a su abogado y comentó—: Ese hombre está tan necesitado de liquidez que trataba de venderme sus acciones.

—Ciertamente, todo parecía indicar que así era —asintió Russell—. Debo confesar que no había imaginado que se produjera esa situación.

—¿Qué oportunidades tengo ahora de vender mis acciones en el *Star*?

—Ni una sola —dijo Russell—. Después de esa conversación todo el mundo en la ciudad sabrá que Townsend está dispuesto a vender. Entonces, cualquier comprador potencial supondrá que ambos tratan de desprenderse de su paquete de acciones, antes de que el otro tenga la oportunidad de hacerlo.

—Y si yo situara las mías en el mercado abierto, ¿cómo cree que reaccionarían?

—Si colocara esas acciones a la venta en el mercado, de una sola vez, se llegaría rápidamente a la conclusión de que estaría dispuesto a venderlas muy baratas, de modo que tendría suerte en conseguir apenas veinte millones. En toda venta de éxito tiene que haber un comprador bien dispuesto y un vendedor reacio. Por lo que parece, en estos momentos solo tenemos a dos vendedores desesperados.

—¿Qué alternativas me quedan? —preguntó Armstrong mientras se dirigían ya hacia la limusina.

—No nos ha dejado virtualmente ninguna alternativa —observó E. B.—. Voy a tener que encontrar a una tercera parte que esté dispuesta a comprar sus acciones en el *Star*, y hacerlo preferiblemente antes de que Armstrong empiece a hacer bajar el precio.

—¿Por qué seguir ese camino? —preguntó Townsend.

—Porque tengo la sensación de que el señor Armstrong se encuentra incluso con mayores problemas que usted.

—¿Qué le hace decir eso?

—En ningún momento aparté la mirada de él y, una vez terminados de pronunciar los discursos, lo primero que hizo fue dirigirse directamente hacia esta mesa.

—¿Qué demuestra eso?

—Que solo perseguía un propósito —contestó E. B.—. Venderle a usted sus acciones en el *Star*.

Una tenue sonrisa apareció en el rostro de Townsend.

—Entonces, ¿por qué no las compramos? —preguntó—. Si pudiera echarle mano a su paquete de acciones podría...

—Señor Townsend, no se le ocurra siquiera pensar en ello.

# FINANCIAL TIMES

---

---

1 DE NOVIEMBRE DE 1991

Acciones de grupos periodísticos en caída libre

Cuando Townsend subió al avión para Honolulu, Elizabeth Beresford ya habría sobrevolado la mitad del Atlántico. Durante las tres últimas semanas, Townsend se había visto sometido al examen más duro de toda su vida y, como sucede con todos los exámenes, tardaría algún tiempo más en saber los resultados.

E. B. había interrogado, comprobado e investigado cada uno de los aspectos de todos los tratos en los que había participado. Ahora, sabía de él mucho más que su propia madre, esposa, hijos y asesores juntos. Townsend se preguntaba si existiría algún aspecto que ella no conociera, aparte de lo que había hecho en el pabellón de la escuela con la hija del director. Y si hubiera tenido que pagar por ello, estaba convencido de que ella habría insistido en conocer todos los detalles de la transacción.

Aquella noche, al llegar a su apartamento, exhausto, repasó la última situación con Kate.

—Solo estoy seguro de una cosa —repitió varias veces—. Mis posibilidades de supervivencia se encuentran ahora por completo en manos de esa mujer.

Habían terminado la primera fase. E. B. aceptó que la compañía era técnicamente solvente. A continuación, dirigió toda su atención a la segunda fase: el disponer de los valores. Al decirle a Townsend que la señora Summers quería recuperar sus acciones en el *New York Star*, él se mostró de acuerdo, aunque de mala gana. Pero E. B. le permitió al menos conservar sus intereses de control en el *Melbourne Courier* y en el *Adelaide Gazette*. Se vería obligado, sin embargo, a vender el *Perth Sunday Monitor* y el *Continent*, a cambio de mantener el *Sydney Chronicle*. También tendría que sacrificar sus intereses minoritarios en su canal australiano de televisión, así como todas las empresas subsidiarias de Multi Media, de modo que ya no podría seguir publicando el *TV News*.

A finales de la tercera semana ella ya había terminado el despiece y lo había dejado desnudo. Y todo ello por una simple llamada telefónica. Se preguntó cuándo dejarían de obsesionarle aquellas palabras.

«¿Sería demasiado preguntarle en qué cifra había pensado usted, señor Townsend?».

«En tres mil millones de dólares, embajador».

E. B. no tuvo necesidad de recordarle que aún había que considerar el plan de contingencias, antes de que pudiera pasar a la tercera fase.

Sin embargo, por muchas veces que escribieron y volvieron a redactar el comunicado de prensa, la conclusión que transmitía era siempre la misma: la Global Corp. planteaba una situación incluida en el capítulo once de la ley de sociedades anónimas y entraría en proceso de liquidación voluntaria. Townsend nunca había

tenido que emplear un par de horas más desagradables en toda su vida. Ya se imaginaba el titular del *Citizen*: «Townsend en bancarrota».

Una vez que se pusieron de acuerdo en el texto del comunicado de prensa, E. B. estuvo preparada para pasar a la siguiente fase. Le preguntó a Townsend cuáles eran, en su opinión, los bancos que probablemente se mostrarían más comprensivos con su causa. Identificó inmediatamente a seis, y luego añadió otros cinco cuya relación desde hacía tiempo con la compañía siempre se había planteado en términos amistosos. Pero en cuanto al resto, le advirtió a E. B., nunca había tratado con ellos hasta que se le presentó la necesidad de conseguir los tres mil millones de dólares para la compra de Multi Media. Y uno de ellos ya le había exigido la devolución del dinero «pase lo que pase».

—En tal caso, dejaremos ese en último lugar —sentenció E. B.

Ella empezó por entrevistarse con el director de préstamos más antiguo del banco con el que Townsend mantenía una línea de crédito más amplia, y le explicó con todo detalle el exhaustivo rigor con el que había tratado a Townsend. El director quedó impresionado y estuvo de acuerdo en apoyar su plan, pero solo en el caso de que todos los demás bancos implicados aceptaran también el paquete de rescate. Los cinco siguientes tardaron algún tiempo más en hacer lo mismo, pero una vez que E. B. se aseguró su cooperación, empezó a visitar a los demás uno a uno, y en cada caso pudo indicar que, hasta el momento, todas las instituciones bancarias con las que había hablado estaban dispuestas a seguir adelante con sus planteamientos. En Londres mantuvo entrevistas con Barclays, Midland Montagu y Rothschild. Tenía la intención de continuar su viaje a París, donde acudiría al Crédit Lyonnais, y más tarde tenía plazas reservadas para volar a Frankfurt, Bonn y Zurich, en su intento por soldar cada uno de los eslabones de la cadena.

Le había prometido a Townsend que si alcanzaba éxito en Londres, le llamaría inmediatamente para comunicárselo. Pero que si fallaba con cualquiera de los bancos, su próximo vuelo la llevaría a Honolulu, donde él podría informar a los delegados reunidos de la Global no sobre el futuro a largo plazo de la compañía, sino que tendría que explicarles por qué cuando regresaran a sus países de origen tendrían que empezar a buscar nuevos trabajos.

E. B. partió para Londres aquella misma noche, armada con una caja llena de carpetas, un grueso talonario de billetes aéreos y una lista de números de teléfono que le permitirían ponerse en contacto con Townsend en cualquier momento del día o de la noche. Durante los cuatro días siguientes tenía la intención de visitar a todos los bancos e instituciones financieras que decidirían, entre todas ellas, el destino de la Global. Townsend sabía que si no lograba convencer a uno solo de ellos, ella no vacilaría en regresar a Nueva York y enviar todas sus carpetas al decimotercer piso de sus oficinas. La única concesión que le prometió fue darle una hora de tiempo antes de emitir el comunicado de prensa.

—Si se encuentra en Honolulu al menos no se verá acosado por la prensa mundial



—le comentó ella poco antes de partir para Europa.

Townsend le dirigió una seca sonrisa.

—Si tiene que dar a conocer ese comunicado de prensa, no importará dónde me encuentre —le aseguró—. Ya me encontrarán.

El Gulfstream de Townsend aterrizó en Honolulu a la puesta de sol. Fue recogido en el aeropuerto y conducido directamente al hotel. Al llegar se le entregó un mensaje que decía simplemente: «Los tres bancos de Londres están de acuerdo con el paquete. Salgo para París. E. B.».

Ya en su habitación, deshizo la maleta, tomó una ducha y se reunió con sus principales directivos para cenar. Habían acudido desde todas partes del mundo para participar en lo que originalmente tenía la intención que fuera un intercambio de ideas sobre el desarrollo de la compañía durante los diez próximos años. Ahora, en cambio, parecía como si tuviera que desmantelarla en los próximos diez días.

Todos los que se encontraban alrededor de la mesa hicieron lo posible por mostrarse alegres, aunque la mayoría de ellos habían sido convocados ante la presencia de E. B. en algún momento durante el transcurso de las últimas semanas. Y acabadas las entrevistas, todos ellos archivaron inmediatamente cualquier idea que pudieran tener para la expansión. La palabra más optimista que brotó de labios de E. B. durante aquellos exámenes fue la de «consolidación». Le había pedido al secretario y el jefe financiero del grupo que prepararan un plan de emergencia que supondría suspender la cotización de las acciones de la compañía y solicitar la liquidación voluntaria. Así pues, les resultaba particularmente difícil aparentar que disfrutaban.

Después de la cena, Townsend se acostó en seguida y pasó otra noche de insomnio que no pudo achacar a la diferencia horaria. Hacia las tres de la madrugada oyó que alguien le pasaba un mensaje por debajo de la puerta. Saltó de la cama y abrió el sobre con nerviosismo. «Los franceses están de acuerdo, de mala gana. Salgo para Frankfurt. E. B.».

A las siete, Bruce Kelly acudió para desayunar en su *suite*. Recientemente, Bruce había vuelto a Londres para convertirse en director general de Global TV, y empezó por explicarle a Townsend que su mayor problema consistía en explicarles a los escépticos británicos que compraran los cien mil discos de transmisión por satélite que estaban actualmente almacenados en un almacén de Watford. Su última idea era regalarlos a cada lector del *Globe*. Townsend se limitó a asentir mientras tomaba el té. Ninguno de los dos mencionó el tema que estaba en la mente de ambos.

Después del desayuno bajaron juntos a la cafetería, y Townsend se movió entre las mesas, charlando con sus ejecutivos jefes procedentes de todo el mundo. Una vez que hubo recorrido la sala llegó a la conclusión de que eran todos muy buenos actores o no tenían ni la menor idea de lo precaria que era realmente la situación. Confiaba en que solo se tratara de esto último.

La conferencia inaugural pronunciada durante la mañana estuvo a cargo de Henry Kissinger, que habló sobre la importancia internacional de la cuenca del Pacífico. Townsend, sentado en primera fila, hubiera deseado que su padre estuviera presente para escuchar las palabras del antiguo secretario de Estado, que hablaba de oportunidades que nadie habría creído posibles hacía apenas una década, y en las que estaba convencido de que la Globe jugaría un papel principal. Los pensamientos de Townsend se desviaron hacia su madre, que ahora ya tenía noventa años de edad y las palabras que le dijo la primera vez que regresó a Australia, cuarenta años antes: «Siempre he detestado cualquier clase de deudas». Incluso recordaba su tono de voz.

Durante el día, Townsend estuvo presente en todos los seminarios que pudo, y salió de cada uno de ellos con las palabras «compromiso», «visión» y «expansión» resonando en sus oídos. Esa noche, antes de acostarse, se le entregó la última misiva de E. B.: «Frankfurt y Bonn están de acuerdo, pero imponen duras condiciones. Salgo para Zurich. Le llamaré en cuanto conozca su decisión». Pasó otra noche de insomnio mientras esperaba su llamada telefónica.

Townsend había sugerido que, inmediatamente después de Zurich, E. B. volara directamente a Honolulu para que pudiera informarle personalmente. Pero a ella no le pareció una buena idea.

—Después de todo —le recordó—, no voy a elevar la moral hablándoles a los delegados sobre cuál es el trabajo que realizo.

—Quizá se imaginen que es usted mi amante —dijo Townsend.

Ella ni siquiera sonrió ante este comentario.

Después del almuerzo del tercer día, le llegó a *sir* James Goldsmith el turno para dirigirse a los reunidos. Pero en cuando disminuyó la intensidad de las luces, Townsend empezó a mirar su reloj con ansiedad, preguntándose cuándo le llamaría E. B.

*Sir* James subió al estrado ante el aplauso entusiasmado de los delegados. Colocó las hojas de su discurso sobre el atril, miró a un público al que ya no podía ver y empezó diciendo:

—Constituye un gran placer para mí dirigirme a un grupo de personas que trabajan para una de las compañías de mayor éxito en el mundo.

Townsend prestó atención a los puntos de vista de *sir* James sobre el futuro de la CE y por qué había decidido presentarse para el Parlamento Europeo.

—Como miembro electo del mismo, tendré la oportunidad de...

—Discúlpeme, señor. —Townsend levantó la mirada para ver al director del hotel, que estaba a su lado—. Hay una llamada de Zurich para usted. Dice que es urgente.

Townsend asintió con un gesto y lo siguió rápidamente fuera de la oscurecida sala para salir al pasillo.

—¿Quiere atender la llamada en mi despacho?

—No. Pásemela a mi habitación —contestó Townsend.

—Desde luego, señor —asintió el director mientras Townsend se dirigía al ascensor más cercano.

En el pasillo se cruzó con una de sus secretarias, que se preguntó por qué su jefe había abandonado la conferencia de *sir* James cuando estaba previsto en el programa que dirigiera al final unas palabras de agradecimiento.

Al entrar Townsend en la *suite*, el teléfono ya sonaba. Cruzó el salón y tomó el teléfono, contento por el hecho de que ella no pudiera observar lo nervioso que estaba.

—Keith Townsend —dijo.

—El Banco de Zurich está de acuerdo con el paquete.

—Gracias a Dios.

—Pero a un precio. Exigen tres puntos por encima del tipo de interés básico durante todo el período de diez años. Eso le costará a la Global otros 17,5 millones de dólares.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Acepté sus condiciones. Fueron lo bastante astutos como para calcular que se encontraban entre los últimos a los que había abordado, de modo que ya no me quedaban muchas más cartas que jugar.

Townsend se tomó algún tiempo antes de plantear su siguiente pregunta.

—¿Cuáles son ahora mis posibilidades de supervivencia?

—No siguen siendo mejores que cincuenta-cincuenta —contestó ella—. No apueste dinero por ello.

—No me queda ningún dinero que apostar —replicó Townsend—. Se llevó usted hasta mis tarjetas de crédito, ¿recuerda? —E. B. no hizo ningún comentario—. ¿Hay algo que yo pueda hacer todavía?

—Al pronunciar su discurso de cierre, esta noche, procure que nadie abrigue la menor duda de que es usted el presidente de la compañía de medios de comunicación de mayor éxito en el mundo, sin dejarles entrever en ningún momento que se encuentre posiblemente a muy pocas horas de solicitar una liquidación voluntaria.

—¿Y cuándo sabré cuál de los dos caminos hay que tomar?

—Yo diría que en algún momento a lo largo del día de mañana —contestó E. B.—. Le llamaré en cuanto haya concluido mi entrevista con Austin Pierson.

Luego, la línea quedó en silencio.

Tras bajar del Concorde, Armstrong fue recogido por Reg, que le condujo a través del aguanieve que caía desde Heathrow a Londres. Siempre le molestaba que las autoridades de la aviación civil no le permitieran utilizar su helicóptero sobre la ciudad una vez que oscurecía. De regreso en Armstrong House, tomó el ascensor para subir directamente a su ático, despertó al *chef* y le ordenó que le preparara una comida. Tomó una prolongada ducha caliente y treinta minutos más tarde estaba sentado ante la mesa preparada, envuelto en un batín y fumando un puro.

Se le había servido un gran plato de caviar; ya se había llenado la boca con los dedos antes de sentarse. Después de tomar varios puñados más, tomó el maletín, lo dejó sobre la mesa y extrajo una sola hoja de papel que colocó delante de él. Empezó a estudiar la agenda para la reunión del consejo del día siguiente, entre puñados de caviar y copa tras copa de champaña.

Pocos minutos más tarde dejó la agenda a un lado, convencido de que si lograba pasar más allá del primer punto del día tendría respuestas convincentes para cualquier otra cosa que se le pudiera ocurrir a *sir* Paul. Se retiró a su habitación y se dejó caer sobre la cama, con un par de almohadones. Encendió la televisión y empezó a pasar de un canal a otro, en busca de algo que le distrajera. Finalmente, se quedó dormido mientras veía una vieja película de Laurel y Hardy.

Townsend tomó el texto de su discurso de una mesita lateral, salió de la *suite* y recorrió el pasillo hasta el ascensor. Ya en la planta baja, se dirigió rápidamente hacia el salón de conferencias.

Mucho antes de que llegara pudo escuchar las conversaciones relajadas de los delegados, que esperaban. Al entrar en el salón mil ejecutivos guardaron silencio y se levantaron de sus asientos. Recorrió el pasillo central hasta el estrado y colocó las hojas de su discurso sobre el atril. Luego miró a los presentes, que formaban un grupo compuesto por los hombres y mujeres de mayor talento en el mundo de los medios de comunicación, algunos de los cuales trabajaban para él desde hacía treinta años.

—Damas y caballeros, permítanme empezar diciendo que la Global nunca se ha encontrado en mejor forma para afrontar los desafíos del siglo veintiuno. Controlamos ahora cuarenta y una emisoras de radio y televisión, ciento treinta y siete periódicos y doscientas cuarenta y nueve revistas. Y, naturalmente, hemos añadido recientemente una joya a nuestra corona: la *TV News*, la revista de mayor venta en el mundo. Gracias a esa cartera, la Global se ha convertido en el imperio de comunicaciones más poderoso de la tierra. Nuestra tarea consiste en mantenernos como líderes mundiales, y veo ante mí a un equipo de hombres y mujeres dedicados a mantener a la Global en la vanguardia de las comunicaciones. Durante la próxima década...

Townsend habló otros cuarenta minutos sobre el futuro de la compañía y los papeles que ellos jugarían en ese futuro, y terminó diciendo:

—Ha sido un año récord para Global. Cuando nos volvamos a reunir al año que viene, confundamos a nuestros críticos presentándoles un año todavía mejor.

Todos se levantaron y lo vitorearon. Pero al apagarse el sonido de los aplausos, no pudo dejar de recordar otra reunión que tendría lugar en Cleveland a la mañana siguiente. En esa reunión solo se contestaría a una pregunta y, desde luego, no se vería seguida por los aplausos.

Cuando los delegados empezaron a dispersarse, Townsend salió de la sala tratando de parecer relajado mientras se iba despidiendo de sus directores generales.

Solo confiaba en que cuando regresaran a sus territorios respectivos, no tuvieran que enfrentarse con periodistas de los periódicos rivales que querrían saber por qué la compañía había solicitado una liquidación voluntaria, que sería lo que sucedería si un banquero de Ohio decía: «No, señor Townsend. Exijo que se me paguen los cincuenta millones antes de que termine el día. De otro modo, no tendré más alternativa que poner la cuestión en manos de nuestros abogados».

En cuanto pudo librarse de compromisos, Townsend regresó a su *suite* e hizo la maleta. Un chófer lo llevó al aeropuerto, donde el Gulfstream ya le esperaba, preparado para despegar. ¿Tendría que viajar al día siguiente en clase turista? No se había dado cuenta de lo mucho que aquella conferencia lo había agotado, y pocos minutos después de abrocharse el cinturón de seguridad, ya se había quedado dormido.

Armstrong tenía previsto levantarse temprano y disponer de tiempo suficiente para destruir varios papeles que guardaba en su caja fuerte, pero le despertaron las campanadas del Big Ben que anunciaban las noticias de las siete en la televisión. Maldijo el cansancio producido por el cambio de horario y se levantó, consciente de todo lo que aún le quedaba por hacer.

Se vistió y se dirigió al comedor, donde ya encontró el desayuno servido: bacon, salchichas, budín negro y cuatro huevos fritos, que regó con media docena de tazas de humeante café negro.

A las 7,35 abandonó el ático y bajó en el ascensor hasta el undécimo piso. Salió al rellano, encendió las luces, recorrió rápidamente el pasillo, pasó ante la mesa de su secretaria y se detuvo para teclear un código en la plancha electrónica situada junto a la puerta de su despacho. Al pasar el piloto indicador de rojo a verde, empujó la puerta y abrió.

Una vez en el interior, dejó de lado el montón de correspondencia que le esperaba sobre la mesa y se dirigió directamente a la gran caja de seguridad situada en un rincón del despacho. Tuvo que marcar un código mucho más largo y complicado antes de poder abrir la pesada puerta de la caja fuerte.

La primera carpeta que encontró estaba marcada como «Liechtenstein». Se dirigió a la trituradora de documentos y empezó a alimentarla, página tras página. Luego volvió a la caja fuerte y extrajo una segunda carpeta, marcada «Rusia (Contratos de libros)», cuyo contenido sometió al mismo proceso. Estaba enfrascado de hacer lo mismo con una carpeta marcada como «Territorio de distribución», cuando oyó una voz tras él.

—¿Qué demonios cree estar haciendo?

Armstrong se giró en redondo para encontrarse con uno de los guardias de seguridad, que le enfocaba con una linterna.

—Salga de aquí, estúpido —le gritó—. Y cierre la puerta al salir.

—Lo siento, señor —dijo el guardia—. Nadie me dijo que estaba en el edificio.

Una vez cerrada la puerta, Armstrong continuó triturando documentos durante otros cuarenta minutos, hasta que oyó llegar a su secretaria. Ella llamó a la puerta.

—Buenos días, señor Armstrong —dijo con tono alegre—. Soy Pamela. ¿Necesita alguna ayuda?

—No —gritó por encima del ruido de la trituradora—. Saldré dentro de un momento.

Pero pasaron otros veinticinco minutos antes de que abriera finalmente la puerta.

—¿De cuánto tiempo dispongo antes de que empiece el consejo? —preguntó.

—Poco más de media hora —contestó ella.

—Dígale al señor Wakeham que se reúna inmediatamente conmigo.

—No esperamos hoy al vicepresidente —dijo Pamela.

—¿Que no lo esperan? ¿Por qué no? —aulló Armstrong.

—Creo que ha pillado la gripe que nos afecta a casi todos. Sé que ya ha presentado sus disculpas al secretario de la compañía.

Armstrong se dirigió a su mesa, buscó el número de Peter en su Filofax y lo marcó. El teléfono sonó varias veces antes de que lo contestara una voz femenina.

—¿Está Peter ahí? —bramó.

—Sí, pero está en la cama. Se encuentra bastante mal y el médico ha dicho que necesita unos días de descanso.

—Sáquelo de la cama.

Se produjo un largo silencio, antes de que una voz carrasposa preguntara:

—¿Es usted, Dick?

—Sí, soy yo —contestó Armstrong—. ¿Qué demonios cree estar haciendo al no asistir a una reunión tan crucial?

—Lo siento, Dick, pero tengo un resfriado terrible y el médico me ha recomendado unos días de descanso.

—Me importa un comino lo que le haya recomendado el médico —bramó Armstrong—. Quiero que esté presente en esta reunión. Voy a necesitar todo el apoyo que pueda conseguir.

—Bueno, si cree que es tan importante... —dijo Peter.

—Desde luego que sí —replicó Armstrong—. Así que venga aquí, y hágalo rápido.

Armstrong se sentó tras su mesa, consciente de los ruidos que llegaban desde los despachos exteriores, que demostraban que el edificio iba cobrando vida. Miró el reloj; solo faltaban unos diez minutos para que empezara la reunión del consejo. Pero ninguno de los ejecutivos se había acercado a su despacho para charlar un rato con él, como solían hacer, o para asegurarse su apoyo para cualquier propuesta que desearan recomendar al consejo. Quizá era porque no sabían que había regresado.

Pamela entró en su despacho, nerviosa, y le entregó una gruesa carpeta informativa sobre la agenda de la reunión de esa mañana. El primer punto en el orden del día, tal como había leído la noche anterior, era: «El fondo de pensiones». Sin

embargo, al comprobar el contenido de la carpeta, no encontró notas aclaratorias para consideración de los directores; la primera de esas notas pertenecía al segundo punto del orden del día: el descenso en la circulación del *Citizen*, después de que el *Globe* recortara su precio a diez peniques.

Armstrong siguió revisando el contenido de la carpeta hasta que Pamela regresó para decirle que faltaban dos minutos para las diez. Se levantó de la silla con un esfuerzo, tomó la carpeta bajo el brazo y salió seguro de sí mismo al pasillo. Al dirigirse hacia la sala del consejo de administración, se cruzó con varios empleados que le saludaron con un «Buenos días». Dirigió a cada uno de ellos una cálida sonrisa y les devolvió el saludo, a pesar de que no estaba muy seguro de conocer sus nombres.

Al acercarse a la puerta abierta de la sala del consejo, escuchó a los otros directores, que hablaban en voz baja entre ellos. Pero en cuanto entró en la sala se produjo un extraño silencio, como si su presencia los hubiera dejado mudos a todos.

Townsend fue despertado por una azafata cuando el avión iniciaba ya su aproximación al aeropuerto Kennedy.

—Una tal señorita Beresford llama desde Cleveland. Me ha asegurado que aceptaría usted la llamada.

—Acabo de salir de la reunión con Pierson —le informó—. Ha durado más de una hora, pero él seguía sin tomar una decisión cuando le dejé.

—¿Que no ha tomado una decisión?

—No. Todavía necesita consultar con el comité financiero del banco, antes de tomar una decisión final.

—Pero, seguramente, ahora que todos los demás bancos están de acuerdo, Pierson no puede...

—Puede hacerlo, y es posible que lo haga. Procure recordar que es el presidente de un pequeño banco de Ohio. No le interesa lo que otros bancos hayan podido acordar. Y después de toda la mala prensa que ha recibido usted en las últimas semanas, a él solo le interesa ahora una cosa.

—¿Y qué es?

—Cubrirse las espaldas —contestó la asesora.

—Pero ¿es que no se da cuenta de que todos los demás bancos se echarán atrás si él no está de acuerdo con el plan general?

—Sí, se da cuenta de ello, pero al decírselo así se limitó a encogerse de hombros y replicó: «En ese caso, tendré que correr mi suerte junto a todos los demás». — Townsend empezó a maldecir y E. B. añadió—: Pero me prometió una cosa.

—¿Qué fue?

—Que llamaría en cuanto el comité hubiera tomado su decisión.

—Muy generoso por su parte. ¿Qué espera que haga si la decisión va en contra de mis intereses?

—Que anuncie la declaración de prensa que acordamos —contestó ella.

Townsend sintió náuseas.

Veinte minutos más tarde salió precipitadamente de la terminal. Una limusina le esperaba y subió al asiento trasero antes de que el chófer pudiera abrirle la portezuela. Lo primero que hizo fue marcar el número de su apartamento en Manhattan. Por lo visto, Kate esperaba la llamada junto al teléfono, porque contestó inmediatamente.

—¿Has tenido ya alguna noticia de Cleveland? —fue su primera pregunta.

—Sí, E. B. se ha entrevistado con Pierson, pero él todavía no ha decidido nada —contestó Townsend mientras el coche se unía al denso tráfico de Queen's Boulevard.

—¿Cuáles crees que son las oportunidades de que te conceda el préstamo?

—Eso mismo le pregunté ayer a E. B., y me contestó que cincuenta-cincuenta.

—Solo quisiera que nos sacara de una vez de esta angustia.

—Lo hará pronto.

—Pues en cuanto lo haga, procura que sea yo la primera persona a la que llames, sea cual fuere el resultado.

—Desde luego, serás la primera persona a la que llame —le aseguró Keith antes de colgar.

La segunda llamada que hizo Townsend, mientras el coche cruzaba el puente Queensboro, fue a Tom Spencer. Él tampoco sabía nada.

—Pero no esperaré saberlo hasta que E. B. le haya informado a usted —dijo—. No es ese su estilo de hacer las cosas.

—En cuanto sepa lo que ha decidido Pierson, será mejor que nos veamos para decidir qué hacer a continuación.

—Desde luego —asintió Tom—. Llámeme en cuanto tenga alguna noticia y acudiré en seguida.

El chófer tomó por Madison Avenue y se situó en el carril de la derecha, antes de detenerse ante la sede de la Global International. Se sintió sorprendido cuando el señor Townsend se inclinó hacia adelante y le dio las gracias por primera vez en veinte años. Pero todavía se sorprendió más cuando le abrió la portezuela del coche y su jefe le dijo:

—Adiós.

El presidente de Global International cruzó rápidamente la acera y entró en el edificio. Se dirigió directamente hacia la batería de ascensores y entró en el primero que llegó a la planta baja. Aunque el vestíbulo estaba lleno de empleados de la Global, ninguno de ellos intentó subir con él, excepto un botones que entró e hizo girar una llave en una cerradura, junto al botón superior. Las puertas se cerraron suavemente y el ascensor inició la rápida aceleración hacia el piso cuarenta y siete.

Al abrirse las puertas de nuevo, Townsend salió al pasillo del piso de los ejecutivos, cubierto con una mullida alfombra, y pasó ante la mesa de la recepcionista, que levantó la mirada y le sonrió. Estaba a punto de decirle: «Buenos días, señor Townsend» cuando vio la expresión taciturna de su rostro y se lo pensó mejor.



El rápido paso de Townsend no disminuyó al llegar a las puertas de cristal que se abrieron ante su presencia.

—¿Algún mensaje? —preguntó al pasar ante la mesa de su secretaria, para dirigirse hacia su despacho sin esperar contestación.

# **The GLOBE**

---

**5 de noviembre de 1991**

Búsqueda del magnate desaparecido

—**B**uenos días, caballeros —saludó Armstrong con un tono de voz fuerte y alegre, aunque solo recibió un murmullo por toda respuesta.

*Sir Paul Maitland* le dirigió un ligero gesto de cabeza mientras Armstrong ocupaba el asiento vacío situado a su lado. Armstrong observó lentamente a los sentados alrededor de la mesa de la sala de conferencias. Estaban todos, excepto el vicepresidente.

—Puesto que todos están presentes, excepto el señor Wakeham —dijo *sir Paul* tras comprobar su reloj—, que por cierto ya ha presentado al secretario sus disculpas por su inasistencia, sugiero que empecemos. Me permito preguntarles si aprueban las minutas que se les han entregado sobre la reunión del consejo del pasado mes, y las aceptan como ciertas y exactas.

Todos asintieron excepto Armstrong.

—Bien. El primer punto del orden del día es el que discutimos ampliamente durante nuestra reciente reunión de finanzas —continuó *sir Paul*—, es decir, la situación actual del fondo de pensiones. En esa ocasión, el señor Wakeham hizo lo que pudo por informarnos tras su breve viaje a Nueva York, pero me temo que siguen por contestar varias preguntas. Llegamos a la conclusión de que únicamente nuestro director general podía informarnos con exactitud de lo que estaba ocurriendo realmente en Nueva York. Me tranquiliza ver que le ha sido posible unirse a nosotros en esta ocasión, de modo que todos nosotros podemos esperar que pueda empezar por...

—No —le interrumpió Armstrong—, quizá sea yo el que deba empezar por ofrecerles una explicación del por qué no pude asistir a la reunión del mes pasado.

*Sir Paul* apretó los labios, cruzó los brazos y miró fijamente hacia la silla desocupada, en el otro extremo de la mesa.

—Estuve en mi despacho de Nueva York, caballeros —continuó Armstrong—, porque era la única persona con la que estaban dispuestos a negociar los sindicatos de impresores, como estoy seguro que les informó Peter Wakeham durante la reunión del mes pasado. Gracias a eso, no solo conseguí lo que algún comentarista ha calificado como «un milagro» —*sir Paul Maitland* observó un titular publicado la semana anterior en el *New York Tribune*, en el que efectivamente se utilizaba la palabra «milagro»—, sino que puedo confirmar ahora ante el consejo de algo más que le pedí al señor Wakeham que les transmitiera. Me refiero a la noticia de que el *Tribune* ha logrado finalmente superar el escollo y que durante el pasado mes ha podido efectuar una contribución positiva a nuestra cuenta de pérdidas y ganancias. —Armstrong hizo una breve pausa, antes de añadir—: Y, lo que es más importante, lo hace por primera vez desde que me hice cargo de ese periódico. —Varios de los

miembros del consejo parecieron incapaces de mirar hacia él. Otros que lo hicieron no indicaban aprobación en la expresión de sus rostros—. Quizá sea merecedor de alguna alabanza por este logro tan monumental —continuó Armstrong—, en lugar de la continua crítica sin fundamento que recibo de un presidente cuya idea de la empresa parece consistir en alimentar a los patos en Epsom Downs.

Sir Paul pareció dispuesto a protestar, pero Armstrong hizo un gesto despreciativo con la mano y aumentó el tono de voz.

—Permítame terminar.

El presidente se enderezó en su asiento, rodeando firmemente con los dedos los reposabrazos de su sillón, con la mirada todavía rígidamente fija por delante de él.

—Por lo que se refiere al fondo de pensiones —continuó Armstrong—, el secretario de la compañía estará en mejor situación que yo para confirmar que disponemos de un considerable superávit en esa cuenta, una parte del cual me he permitido utilizar, de modo totalmente legítimo, para efectuar inversiones en Estados Unidos. Quizá le interese saber al consejo que recientemente he entablado negociaciones confidenciales con Keith Townsend, con la intención de comprarle su paquete de acciones en el *New York Star*.

La mayoría de directores parecieron asombrados ante el anuncio y esta vez todos se volvieron a mirarle.

—No es ningún secreto —continuó Armstrong—, que Townsend se halla sumido en graves problemas financieros después de su estúpida compra de Multi Media, por la que pagó tres mil millones de dólares. El consejo recordará que apenas el año pasado recomendé que hiciéramos una oferta no superior a los mil quinientos millones por esa compañía, y a la vista de lo ocurrido se demuestra que mi juicio era correcto. Ahora he podido aprovecharme del desastroso error de Townsend y hacerle una oferta por su paquete de acciones del *Star* que no habría sido concebible hace apenas seis meses.

Ahora contaba ya con la atención de todos los presentes.

—Ese golpe permitiría a la Armstrong Communications tener la más poderosa presencia en el mundo de la prensa en la costa este de Estados Unidos. —Armstrong hizo una pausa para que sus palabras tuvieran mayor efecto—. También aseguraría una contribución todavía mayor a los beneficios globales de los que actualmente obtenemos en Gran Bretaña.

Uno o dos de los rostros de las personas sentadas ante la mesa se iluminaron, pero el del presidente no fue uno de ellos.

—¿Debemos comprender por sus palabras que ese trato con Townsend ha sido concluido? —preguntó en voz baja.

—Se encuentra en sus fases finales, presidente —contestó Armstrong—. Pero jamás se me ocurriría comprometer a la compañía en una absorción de tanta importancia sin tratar de conseguir antes la aprobación del consejo.

—¿Y qué significa exactamente «en sus fases finales»? —preguntó sir Paul.

—Townsend y yo hemos mantenido una reunión informal en terreno neutral, en la que han estado presentes nuestros asesores profesionales. Pudimos llegar a un acuerdo sobre la cifra que sería aceptable para ambas partes, de modo que ahora todo depende simplemente de que los abogados redacten los contratos para su firma.

—¿De modo que todavía no tenemos nada por escrito?

—Todavía no —contestó Armstrong—. Pero estoy convencido de que podremos entregar toda la documentación necesaria a tiempo para la aprobación del consejo en la reunión del próximo mes.

—Comprendo —dijo *sir* Paul secamente, al tiempo que abría una carpeta que tenía ante él—. A pesar de todo, me pregunto si podemos volver ahora al primer punto del orden del día y, en particular, al estado actual del fondo de pensiones. —Comprobó sus notas y añadió—: De esa cuenta se ha retirado recientemente una suma que totaliza cuatrocientos...

—Y le puedo asegurar que el dinero ha sido bien invertido —dijo Armstrong que, una vez más, impidió que el presidente terminara su frase.

—¿En qué, si me permite preguntarle? —quiso saber *sir* Paul.

—No dispongo de los detalles precisos en estos momentos —contestó Armstrong—. Pero he pedido a nuestros contables de Nueva York que me presenten un informe detallado y amplio, de modo que los miembros del consejo puedan efectuar una valoración completa de la situación antes de la reunión del próximo consejo.

—Muy interesante —dijo *sir* Paul—. Porque al ponerme anoche mismo en comunicación con nuestro departamento de contabilidad en Nueva York, no tenían ni idea de lo que estaba hablando.

—Eso es porque para esta ocasión en particular se ha elegido a un pequeño grupo interno, y tienen instrucciones de no informar sobre los detalles, debido a la sensibilidad de uno o dos de los negocios en los que ahora estoy metido. En consecuencia, no puedo...

—Maldita sea —estalló *sir* Paul elevando la voz—. Yo soy el presidente de esta compañía, y tengo derecho a estar informado de cualquier gran negocio que pueda afectar a nuestro futuro.

—No si eso puede poner en peligro mis posibilidades de cerrar un gran trato.

—Yo no soy ningún sello de goma —dijo *sir* Paul, que se volvió para mirar a Armstrong por primera vez.

—En ningún momento he sugerido que lo fuera, presidente, pero hay momentos en que se tienen que tomar decisiones cuando usted ya está en la cama y medio dormido.

—Celebraría que se me despertara —dijo *sir* Paul, que seguía mirando directamente a Armstrong—, como lo fui anoche por *monsieur* Jacques Lacroix, que me llamó desde Ginebra para comunicarme que, a menos que se devuelva a su banco un préstamo vencido por importe de cincuenta millones de dólares antes de esta noche, se verán obligados a dejar la cuestión en manos de sus abogados.

Varios de los directores inclinaron sus cabezas.

—Ese dinero será devuelto esta noche —afirmó Armstrong sin pestañear—. Se lo aseguro.

—¿Y de dónde se propone sacarlo a tiempo? —preguntó *sir Paul*—. Porque he dado claras instrucciones de que no se retire nada más del fondo de pensiones, mientras yo sea el presidente. Nuestros abogados me han informado que si ese cheque de cincuenta millones de dólares se hubiera pagado, cada uno de los miembros de este consejo tendría que responder de sus actos ante una demanda criminal.

—Eso no fue más que un sencillo error cometido por uno de nuestros empleados más jóvenes en el departamento de contabilidad —dijo Armstrong—, que depositó estúpidamente el cheque en el banco equivocado. Fue despedido ese mismo día.

—Pero *monsieur Lacroix* me informó que había entregado usted el cheque personalmente, y tiene el recibo firmado para demostrarlo si fuera necesario.

—¿Cree usted realmente que ocupó el tiempo que estoy en Nueva York en depositar cheques? —preguntó Armstrong, que miró fijamente a *sir Paul*.

—Francamente, no tengo ni idea de lo que hace cuando está en Nueva York, aunque debo decir que no fue nada verosímil la explicación que nos ofreció Peter Wakeham durante la reunión del mes pasado acerca de cómo el dinero retirado del fondo de pensiones terminó en cuentas en Bank of New Amsterdam y del Manhattan Bank.

—¿Qué está usted sugiriendo? —gritó Armstrong.

—Señor Armstrong, ambos sabemos muy bien que el Manhattan es el banco que representa a los sindicatos de impresores de Nueva York, y que usted mismo dio instrucciones al BNA para comprar durante el pasado mes acciones de la compañía por un importe superior a los setenta millones de dólares, y eso a pesar de que Mark Tenby, nuestro jefe de contabilidad, le indicó, al entregarle un talonario de cheques de la cuenta del fondo de pensiones, que comprar acciones de nuestras propias compañías es un delito.

—Él no me dijo nada de eso —gritó Armstrong.

—¿Acaso es ese otro ejemplo de «un sencillo error de uno de nuestros empleados»? —preguntó *sir Paul*—. ¿Algo que sin duda puede solucionarse despidiendo a nuestro jefe de contabilidad?

—Esto es algo totalmente absurdo —dijo Armstrong—. El BNA podría haber comprado esas acciones para cualquiera de sus clientes.

—Desgraciadamente no ha sido así —dijo *sir Paul*, que consultó otra carpeta—. El principal agente de bolsa de ese banco, que estuvo dispuesto a atender mi llamada, me confirmó que usted le había transmitido instrucciones concretas... —miró sus notas—, de «apuntalar», según sus propias palabras, el precio de la acción, porque no podía permitir que el precio de esta descendiera todavía más. Cuando se le indicaron las implicaciones que podía tener esa clase de acción, usted, por lo visto, le indicó...

—*sir Paul* volvió a consultar sus notas—: «No me importa lo que cueste».

—Es su palabra contra la mía —dijo *Armstrong*—. Si lo repite le plantearé una demanda por difamación. —Hizo una pausa y añadió—: En los dos países.

—Esa no sería una actitud muy prudente —dijo *sir Paul*—, porque cada llamada que se recibe en ese departamento del BNA queda grabada y registrada, y he solicitado que se me envíe una transcripción completa de la conversación.

—¿Me acusa de mentir? —gritó *Armstrong*.

—Si lo hiciera, ¿planteará usted una demanda por difamación contra mí? —preguntó el presidente. Por un momento, *Armstrong* se quedó atónito—. Ya veo que no tiene usted la intención de contestar a ninguna de mis preguntas por las buenas —continuó *sir Paul*—. No me queda, pues, otro remedio que dimitir como presidente del consejo de administración.

—No, no —gritaron unas pocas voces apagadas alrededor de la mesa.

*Armstrong* se dio cuenta por primera vez de que había forzado demasiado la situación. En el caso de que *sir Paul* dimitiera ahora, todo el mundo se enteraría en el término de muy pocos días de la precaria situación de las finanzas de la empresa.

—Espero que pueda usted permanecer como presidente hasta que se celebre la próxima junta anual general de accionistas del próximo mes de abril —dijo en voz baja—, para que de ese modo podamos efectuar un ordenado traspaso de poderes.

—Me temo que todo esto ha llegado ya demasiado lejos —dijo *sir Paul*.

Al levantarse de la silla, *Armstrong* levantó la mirada hacia él y le preguntó:

—¿Espera acaso que le suplique?

—No, señor. No es eso lo que espero. Es usted tan perfectamente capaz de hacerlo así como de decir la verdad.

*Armstrong* se levantó inmediatamente del asiento y los dos hombres se miraron fijamente por un momento antes de que *sir Paul* se diera media vuelta y abandonara la sala, dejando sus papeles sobre la mesa.

*Armstrong* se sentó en la silla del presidente, pero no dijo nada durante un rato, mientras su mirada recorría la mesa.

—Si hay alguien que desea unirse a él, ahora tiene la oportunidad —dijo finalmente.

Se oyó el rumor de papeles al ser manoseados, algunas sillas crujieron y algunos de los presentes se miraron fijamente las manos, pero nadie hizo ademán de marcharse.

—Bien —dijo *Armstrong*—. Y ahora, mientras todos nos comportemos como adultos, pronto quedará claro que *sir Paul* se ha precipitado al llegar a conclusiones, sin ninguna comprensión de la verdadera situación.

No todos los presentes parecieron convencidos. *Eric Chapman*, el secretario de la compañía, estuvo entre aquellos que mantuvieron la cabeza inclinada.

—Segundo punto del orden del día —dijo *Armstrong* con tono firme.

El director de circulación empleó algún tiempo en explicar por qué las cifras de

venta del *Citizen* habían descendido tanto durante el pasado mes, algo que, según advirtió, tendría un efecto inmediato y demoledor sobre los ingresos por publicidad.

—Puesto que el *Globe* ha bajado su precio en diez peniques, solo puedo aconsejar al consejo que hagamos lo mismo.

—Pero si lo hacemos —intervino Chapman—, solo sufriremos una mayor pérdida de ingresos.

—Cierto... —empezó a decir el director de circulación.

—Tenemos que mantener los nervios —dijo Armstrong, interrumpiéndole—, y ver quién parpadea primero. Apuesto a que Townsend no estará aquí dentro de un mes, y entonces podremos recoger los despojos.

Aunque un par de directores asintieron con sendos gestos, la mayoría de ellos llevaban en el consejo el tiempo suficiente como para recordar lo que había sucedido la última vez que Armstrong sugirió que se podría producir esa situación en particular.

Necesitaron otra hora para revisar los puntos del día que quedaban y a cada minuto que pasaba estaba cada vez más claro que ninguno de los presentes parecía dispuesto a enfrentarse directamente con el director general. Cuando Armstrong preguntó finalmente si existía algún otro asunto pendiente, nadie dijo nada.

—Gracias, caballeros —dijo.

Se levantó del asiento, recogió las carpetas abandonadas por *sir* Paul y salió rápidamente de la sala. Al recorrer el pasillo, hacia el ascensor, vio a Peter Wakeham que se dirigía jadeante hacia él. Armstrong le sonrió al vicepresidente al pasar a su lado y este se volvió y le siguió. Lo alcanzó justo cuando Armstrong entraba en el ascensor.

—Si hubiera llegado usted unos pocos minutos antes, Peter —le dijo mirándolo altivamente—, podría haberlo nombrado presidente.

Le sonrió ampliamente a Wakeham antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

Apretó el botón de la terraza y al llegar encontró al piloto apoyado sobre la barandilla y fumando un cigarrillo.

—A Heathrow —ladró, sin pensar ni por un instante en el permiso del control de tráfico aéreo, o en la disponibilidad de canales de despegue.

El piloto aplastó rápidamente el cigarrillo y corrió hacia la plataforma de despegue donde estaba el helicóptero. Mientras volaban sobre la City de Londres, Armstrong empezó a considerar la secuencia de acontecimientos que se producirían durante las pocas horas siguientes, a menos que se materializaran de algún modo milagroso los cincuenta millones de dólares.

Quince minutos más tarde, el helicóptero se posó sobre la pista privada conocida como Terminal Cinco por aquellos que pueden permitirse el utilizarla. Descendió a tierra y se dirigió lentamente hacia su jet privado.

Otro piloto, que ya esperaba para recibir sus órdenes, le saludó desde lo alto de la



escalerilla.

—A Niza —dijo Armstrong, antes de dirigirse hacia el fondo de la carlinga.

El piloto desapareció en la cabina de mando, e imaginó que el «capitán Dick» iba a tomar su yate en Monte Carlo, para pasar unos pocos días de descanso.

El Gulfstream despegó y tomó la ruta hacia el sur. Durante el vuelo de dos horas, Armstrong solo hizo una llamada telefónica, a Jacques Lacroix, en Ginebra. Pero, por mucho que rogó, la respuesta se mantuvo inflexible.

—Señor Armstrong, dispone usted hasta la hora de cierre de hoy para reponer los cincuenta millones de dólares. En caso contrario, no tendré más alternativa que dejar el tema en manos de nuestros abogados.

# NEW YORK STAR

---

---

6 DE NOVIEMBRE DE 1991

---

¡Plaf!

— **T**engo al presidente de Estados Unidos por la línea uno —dijo Heather—, y al señor Austin Pierson, de Cleveland, por la línea dos. ¿A cuál quiere que le pase primero?

Townsend le dijo a Heather con cuál de los dos quería hablar primero. Tomó el teléfono, nervioso, y escuchó una voz con la que no estaba familiarizado.

—Buenos días, señor Pierson. Ha sido usted muy amable al llamarme —dijo Townsend.

Luego, escuchó con suma atención.

—Sí, señor Pierson —dijo finalmente—. Desde luego. Comprendo perfectamente su situación. Estoy seguro de que yo habría respondido del mismo modo dadas las circunstancias.

Townsend escuchó atentamente las razones por las que Pierson había tomado su decisión.

—Comprendo su dilema y aprecio que se haya tomado la molestia de llamarme personalmente. —Hizo una pausa—. Solo puedo esperar que no lo lamente. Adiós, señor Pierson.

Colgó el teléfono y hundió el rostro entre las manos. De repente, se sintió muy sereno.

Cuando Heather escuchó el grito, dejó de teclear, se levantó de un salto y corrió hacia el despacho de Townsend. Lo encontró dando saltos.

—¡Está de acuerdo! —gritaba—. ¡Está de acuerdo!

—¿Significa eso que puedo pedirle finalmente esa chaqueta de esmoquin que tanto necesita? —preguntó Heather.

—Media docena si quiere —contestó, tomándola en sus brazos—. Pero antes tendrá usted que recuperar mis tarjetas de crédito.

Heather se echó a reír y ambos empezaron a dar saltos de alegría.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Elizabeth Beresford acababa de entrar en el despacho.

—¿Debo asumir que esto es alguna clase de culto practicado en las partes más remotas de las antípodas? —preguntó E. B.—. ¿O existe una explicación mucho más sencilla, relacionada con la decisión tomada por un banquero en un estado del Medio Oeste?

Se detuvieron abruptamente y se volvieron a mirarla.

—Es una forma de culto —dijo Townsend—. Y usted es el ídolo.

E. B. sonrió.

—Me siento complacida de oírsele decir —dijo con voz serena—. Heather, ¿podría hablar un momento con el señor Townsend, en privado?

—Desde luego —asintió Heather.

Volvió a ponerse los zapatos, que se había quitado durante la efusión de alegría y abandonó el despacho, cerrando la puerta silenciosamente tras ella.

Townsend se pasó una mano por el cabello y regresó rápidamente a su silla. Una vez que se hubo sentado, trató de recuperar la compostura.

—Ahora, Keith, quiero que me escuche, y que lo haga muy atentamente —empezó a decir E. B.—. Ha tenido usted una suerte increíble. Estuvo en un tris de perderlo absolutamente todo.

—Me doy cuenta de ello —asintió Townsend con tranquilidad.

—Quiero que me prometa que nunca hará una oferta por nada sin consultar primero con el banco..., y con ello me refiero a consultar conmigo.

—Cuenta usted con mi solemne juramento.

—Bien. Porque ahora dispone usted de diez años para consolidar la Global y convertirla en una de las instituciones más conservadoras y respetadas en este campo. No olvide que esa es la quinta fase de nuestro acuerdo original.

—Nunca lo olvidaré —dijo Townsend—. Y le estaré eternamente agradecido por ello, Elizabeth, no solo por haber salvado mi empresa, sino a mí con ella.

—Ha sido un placer ayudarle —dijo E. B.—, pero no estaré convencida de haber terminado mi trabajo hasta que no oiga describir a su compañía como una empresa impecable, especialmente por parte de sus detractores.

Él asintió con un gesto solemne y ella se inclinó, abrió un maletín y extrajo un montón de tarjetas de crédito, que le entregó.

—Gracias —dijo Townsend.

Un atisbo de sonrisa apareció en los labios de E. B. Se levantó de la silla y le ofreció la mano extendida, sobre la mesa. Townsend se la estrechó cálidamente.

—Espero que volveremos a vernos pronto —dijo, acompañándola hasta la puerta.

—Espero que no —dijo ella—. No creo que esté dispuesta a pasar una segunda vez por ese agotador rodillo.

Al llegar al despacho de Heather, E. B. se volvió hacia él. Por un momento, Townsend consideró la idea de besarla en la mejilla, pero luego se lo pensó mejor. Permaneció junto a la mesa de Heather, mientras E. B. le estrechaba la mano a su secretaria, con una actitud formal. Miró luego hacia Townsend, lo saludó con un gesto final de la cabeza y se marchó sin decir nada más.

—Toda una señora —comentó Townsend con la vista fija en la puerta, ya cerrada.

—De eso puede estar seguro —asintió Heather—. Hasta me enseñó un par de cosas sobre usted. —Townsend estaba a punto de preguntarle de qué se trataba, cuando ella añadió—: ¿Quiere que vuelva a llamar ahora a la Casa Blanca?

—Sí, directamente. Se me había olvidado por completo. Cuando haya terminado de hablar con el presidente, póngame con Kate.

Mientras Townsend regresaba a su despacho, Elizabeth permaneció en el pasillo, a la espera de que llegara al último piso uno de los seis ascensores. Tenía prisa por

regresar al banco y recoger los papeles de su mesa. No había pasado un solo fin de semana en su casa desde hacía un mes, y le había prometido a su esposo que estaría de regreso para ver a su hija representar el papel de Gwendolen en la obra de teatro de la escuela. Cuando el ascensor llegó al piso de ejecutivos, entró y apretó el botón de la planta baja, en el momento en que otro ascensor se detenía en el otro lado del pasillo y se abrían sus puertas. Pero las puertas del ascensor donde estaba Elizabeth se cerraron antes de que pudiera ver quién salía del otro y se dirigía hacia la oficina de Townsend.

El ascensor se detuvo en el piso cuarenta y uno, y tres hombres jóvenes se unieron a E. B., al tiempo que continuaban en animada conversación, como si ella no estuviera allí. Cuando uno de ellos mencionó el nombre de Armstrong, empezó a prestar más atención a lo que decían. No podía creer lo que estaban diciendo. Cada vez que el ascensor se detenía y nuevas personas entraban, lograba captar un poco más de información.

Un Tom jadeante entró precipitadamente en la oficina de Heather.

—¿Está dentro? —fue todo lo que preguntó.

—Sí, señor Spencer —contestó ella—. Acaba de hablar con el presidente. ¿Por qué no pasa directamente?

Tom se dirigió hacia la *suite* ejecutiva y abrió la puerta en el momento en que Townsend acababa de marcar un número en su teléfono privado.

—¿Se ha enterado de la noticia? —preguntó, todavía jadeante.

—Sí —contestó Townsend, que levantó la mirada—. Me disponía a llamar a Kate para dársela ahora que Pierson está de acuerdo en conceder el préstamo.

—Me complace saberlo. Pero eso ya no es noticia, sino historia —dijo Tom, que se dejó caer en el asiento que E. B. había desocupado momentos antes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Townsend—. Si yo mismo acabo de enterarme hace escasos minutos.

Una voz sonó entonces por el teléfono.

—¿Diga? Aquí Kate Townsend.

—Quiero decir si se ha enterado de algo respecto a Armstrong.

—¿Armstrong? No, ¿en qué anda metido ahora? —preguntó Townsend, que ignoró el teléfono.

—¿Diga? —repitió Kate—. ¿Hay alguien ahí?

—Se ha suicidado —dijo Tom.

—¿Eres tú, Keith? —preguntó Kate.

—¿Que se ha qué...? —preguntó Townsend, que colgó el teléfono, atónito.

—Parece ser que estuvo perdido en el mar durante varias horas, y unos pescadores acaban de encontrar su cuerpo frente a la costa de Cerdeña.

—¿Armstrong, muerto? —Townsend giró en su sillón y por unos momentos se quedó mirando por la ventana que daba a la Quinta Avenida—. Y pensar que mi madre le ha sobrevivido —observó finalmente.

Tom se sintió perplejo ante aquellas palabras.

—No puedo creer que se haya suicidado —dijo Townsend.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Tom.

—Porque no es ese su estilo. Ese condenado hombre siempre se creyó capaz de sobrevivir a cualquier cosa.

—En cualquier caso, de Londres llegan noticias continuamente —dijo Tom—. Parece ser que el inagotable flujo de dinero del que disponía Armstrong procedía del fondo de pensiones de la compañía, que no solo utilizó para comprar sus propias acciones, sino también para pagar a los sindicatos en Nueva York.

—¿El fondo de pensiones de la compañía? —preguntó Townsend—. ¿De qué está usted hablando?

—Al parecer, Armstrong descubrió que en el fondo había mucha más liquidez de la legalmente necesaria, de modo que empezó a sacar dinero, a base de unos pocos millones cada vez, hasta que su presidente descubrió lo que estaba haciendo y presentó su dimisión.

Townsend tomó un teléfono interno y marcó tres números.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Tom.

—Sshh —siseó Townsend, que se llevó un dedo a los labios. Al escuchar una voz al otro extremo de la línea preguntó—: ¿Es el departamento de contabilidad?

—Sí, señor —contestó alguien que reconoció inmediatamente el acento australiano—. Soy Hank Turner, el subdirector de contabilidad.

—Es usted exactamente el hombre que necesito, Hank. Antes que nada, dígame una cosa, ¿tiene la Global una cuenta aparte para el fondo de pensiones?

—Sí, desde luego que sí, señor.

—¿Y cuánto tenemos en esa cuenta en el momento actual? —preguntó.

Colgó, y quedó a la espera de la respuesta. El ascensor en el que iba E. B. ya había llegado al noveno piso en sentido ascendente cuando el subdirector de contabilidad pudo informar a Townsend.

—A las nueve de esta mañana, señor, la cuenta indicaba un balance de setecientos veintitrés millones de dólares.

—¿Y cuánto necesitamos tener para cumplir con la legalidad vigente y atender las obligaciones del fondo de pensiones?

—Algo más de cuatrocientos millones, señor —fue la respuesta del contable—. Gracias a la atinada política de inversiones del director del fondo, hemos podido mantenernos bastante por delante de la inflación.

—¿De modo que disponemos de un superávit de trescientos millones de dólares por encima de las obligaciones indicadas en los estatutos?

—Así es, señor, pero la posición legal es que debemos mantenernos en todo momento por encima de...

Townsend colgó el teléfono sin esperar a oír más y se volvió hacia el abogado, que lo miraba con incredulidad.

E. B. salió del ascensor y echó a andar por el pasillo.

—Espero que no esté pensando lo que creo que está pensando —dijo Tom cuando E. B. ya entraba en el despacho de Heather.

—Necesito ver al señor Townsend urgentemente —dijo.

—¿No me diga que Pierson ha cambiado de opinión? —preguntó Heather.

—No, esto no tiene nada que ver con Pierson, sino con Richard Armstrong.

—¿Con Armstrong?

—Ha sido encontrado muerto en el mar. Los primeros informes sugieren que se ha suicidado.

—Santo cielo. Será mejor que entre usted inmediatamente, señora Beresford. Está reunido en estos momentos con Tom Spencer.

E. B. se dirigió hacia el despacho de Townsend. Tom había dejado la puerta entreabierta al entrar precipitadamente, de modo que, antes de llegar, E. B. pudo darse cuenta de que se producía entre los dos hombres una acalorada discusión. Al escuchar las palabras «fondo de pensiones», se quedó helada donde estaba y escuchó con incredulidad la conversación que mantenían Townsend y su abogado.

—No, escúcheme usted a mí, Tom —decía Townsend—. Mi idea seguiría encajando bien dentro de cualquier exigencia legal.

—Espero que me permita ser el juez sobre eso —dijo Tom.

—Supongamos que la cotización de Armstrong Communications haya sido suspendida a últimas horas del día de hoy.

—Es una suposición razonable —asintió Tom.

—Así pues, sería inútil en estos momentos tratar de apoderarme de sus acciones. Lo único que sabemos por ahora es que Armstrong estaba sangrando el fondo de pensiones hasta dejarlo seco, de modo que cuando las acciones vuelvan a cotizar en el mercado, seguro que lo harán a un precio muy bajo.

—Sigo sin comprender en qué puede ayudarme eso —dijo Tom.

—Sencillamente, actuaré como los cruzados de los viejos tiempos, con su armadura justiciera, y entraré a saco para salvar la situación.

—¿Y cómo se propone hacerlo?

—Sencillamente, fusionando las dos compañías.

—Pero jamás aceptarán una cosa así. Para empezar, los fideicomisarios del fondo de pensiones del *Citizen* no se arriesgarán a otra...

—Quizá lo hagan cuando descubran que el superávit de nuestro propio fondo de pensiones cubre con creces las pérdidas del suyo. Eso solucionaría convenientemente dos problemas al mismo tiempo. En primer lugar, el gobierno británico no tendría que echar mano de su fondo especial de reserva.

—¿Y segundo? —preguntó Tom, que seguía mirándolo con expresión escéptica.

—Los propios pensionistas podrían dormir seguros, convencidos de que no tendrían que afrontar el resto de sus días sumidos en la penuria.

—Pero la Comisión de Monopolios y Fusiones jamás estará de acuerdo en

permitir que sea usted el propietario de los dos tabloides más grandes que existen en Gran Bretaña —dijo Tom.

—Quizá no —asintió Townsend—, pero no pondrán ninguna objeción a que me apodere de todas las publicaciones regionales de Armstrong..., que deberían haber sido mías desde el principio.

—Supongo que eso lo podrían tolerar —dijo Tom—, pero los accionistas no...

—A los accionistas no les importaría un bledo el cuarenta y seis por ciento del paquete de acciones de Armstrong en el *New York Star*.

—Es un poco tarde para preocuparse por eso —dijo Tom—. Ya ha perdido usted el control general sobre ese periódico.

—No, todavía no —dijo Townsend—. Todavía nos encontramos en el proceso de determinación de deudas exigibles. No tengo que firmar los documentos finales hasta el próximo lunes.

—Pero ¿qué me dice entonces del *New York Tribune*? —preguntó Tom—. Quizá Armstrong haya muerto, pero no haría usted otra cosa que heredar sus problemas. Al margen de lo que él afirmara en sentido contrario, la verdad es que ese periódico sigue perdiendo más de un millón de dólares a la semana.

—No será así si yo hago lo que Armstrong tendría que haber hecho desde el principio, que no es ni más ni menos que cerrar el periódico —dijo Townsend—. De ese modo, crearía en esta ciudad un monopolio que nadie podría desafiar nunca.

—Pero aunque convenciera al gobierno británico y a la Comisión de Monopolios y Fusiones, ¿qué le hace pensar que el consejo de administración de Armstrong Communications estaría de acuerdo en aceptar su plan?

—Porque de ese modo no solo volvería a llenar las arcas de su fondo de pensiones, sino que también permitiría a la dirección conservar el control del *Citizen*. Y no actuaríamos en contra de la ley, porque el superávit de nuestro propio fondo de pensiones cubre con creces el déficit del suyo.

—Sigo pensando que le plantearían una lucha feroz para impedirselo —dijo Tom.

—No cuando el *Globe* le recuerde cada mañana a los 35 000 antiguos empleados del *Citizen* que existe una solución muy sencilla a su problema de pensiones. Al cabo de pocos días se estarían manifestando frente a la Armstrong House, para exigir que el consejo aceptara la fusión.

—Pero eso supone que el Parlamento también lo aceptaría —dijo Tom—. Piense en todos esos miembros del Partido Laborista que le detestan mucho más de lo que detestaban a Armstrong.

—Tendré que asegurarme de que esos mismos parlamentarios reciban montones de cartas de sus votantes, para recordarles que solo faltan pocos meses para las elecciones, y que si esperan que les voten...

Keith levantó la mirada y vio a E. B., de pie en la puerta. Ella le miró fijamente, de la misma forma que lo había mirado el primer día que se reunieron.

—Señor Townsend —dijo ella—, hace menos de quince minutos que usted y yo



llegamos a un acuerdo. Un acuerdo sobre cuyo cumplimiento me dio usted su más solemne promesa. ¿O es que acaso su memoria no llega tan lejos?

Las mejillas de Keith se enrojecieron ligeramente y a continuación, una ligera sonrisa se extendió lentamente sobre su rostro.

—Lo siento, E. B. Le mentí.

*Fin*



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.